Cuentos fantásticos del XIX

Edición de ITALO CALVINO

En palabras del propio Italo Calvino, «El cuento fantástico es uno de los productos más característicos de la narrativa del siglo XIX y, para nosotros, uno de los más significativos, pues es el que más nos dice sobre la interioridad del individuo y de la simbología colectiva. Para nuestra sensibilidad de hoy, el elemento sobrenatural en el centro de estas historias aparece siempre cargado de sentido, como la rebelión de lo inconsciente, de lo reprimido, de lo olvidado, de lo alejado de nuestra atención racional. En esto se ve la modernidad de lo fantástico, la razón de su triunfal retorno en nuestra época…». El gran escritor italiano ha dividido su antología en dos partes, que ordenan la sucesión cronológica de los relatos en dos clasificaciones estilísticas. La primera, Lo fantástico visionario, reúne a una cuidada nómina de autores —Potocki, Eichendorff, Hoffmann, W. Scott, Balzac, Chasles, Nerval, Hawthorne, Gógol, Gautier, Mérimée y Le Fanu— cuyos cuentos tienen en común, bajo la descripción de un mundo encantado o infernal, una poderosa sugestión visual. La segunda, Lo fantástico cotidiano, compuesta por narraciones más abstractas y mentales, más psicológicas, congrega a escritores tan variados y significativos como Poe, Andersen, Dickens, Turguéniev, Leskov, Villiers de l'Isle-Adam, Maupassant, Vernon Lee, Bierce, Lorrain, Stevenson, H. James, Kipling y H. G. Wells. Esta nueva edición de *Cuentos fantásticos del XIX* reúne por primera vez en un solo volumen todos los relatos seleccionados y prologados por Italo calvino. Imperdible…

AA. VV. & Jan Potocki & Joseph von Eichendorff & Ernst Theodor Amadeus Hoffmann & Walter Scott & Honoré de Balzac & Philarète Chasles & Gérard de Nerval & Nathaniel Hawthorne & Nikolái Vasilievich Gógol & Théophile Gautier & Prosper Mérimée & Joseph Sheridan Le Fanu & Edgar Allan Poe & Hans Christian Andersen & Charles Dickens & Ivan Turgueniev & Nikolái Leskov & Auguste Villiers de L'Isle-Adam & Guy de Maupassant & Vernon Lee & Ambrose Bierce & Jean Lorrain & Robert Louis Stevenson & Henry James & Rudyard Kipling & H. G. Wells

Cuentos fantásticos del XIX

ePub r1.1
diegoan 03.04.2022

Título original: *Racconti fantastici dell’ottocento*
AA. VV. & Jan Potocki & Joseph von Eichendorff & Ernst Theodor Amadeus Hoffmann & Walter Scott & Honoré de Balzac & Philarète Chasles & Gérard de Nerval & Nathaniel Hawthorne & Nikolái Vasilievich Gógol & Théophile Gautier & Prosper Mérimée & Joseph Sheridan Le Fanu & Edgar Allan Poe & Hans Christian Andersen & Charles Dickens & Ivan Turgueniev & Nikolái Leskov & Auguste Villiers de L’Isle-Adam & Guy de Maupassant & Vernon Lee & Ambrose Bierce & Jean Lorrain & Robert Louis Stevenson & Henry James & Rudyard Kipling & H. G. Wells, 1983
Traducción: Julio Martínez Mesanza & J. L. Cano & Violeta Pérez Gil & Rosa López & Ricardo Mosquera Martínez & Joaquín Maestre & Isabel Vicente & Elena Jiménez & A. Aguell & José Bianco & José Luis López-Muñoz & María Luisa Balseiro & Julia Escobar & Gianni Mion
Prologuista y editor: Italo Calvino

Editor digital: diegoan
Primer editor: SoporAeternus
Corrección de erratas: adkop
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Cuentos fantásticos del XIX

Volumen primero: Lo fantástico visionario

- Introducción
- Historia del endemoniado Pacheco
- Sortilegio de otoño
- El hombre de arena
- La historia de Willie el vagabundo
- El elixir de la larga vida
- El ojo sin párpado
- La mano encantada
- El joven Goodman Brown
- La nariz
- La muerte enamorada
- La venus de Ille
- El fantasma y el ensalmador

Volumen segundo: Lo fantástico cotidiano

- El corazón revelador
- La sombra
- El guardavía
- Un sueño
- Chertogon
- ¡Cómo para confundirse!
- La noche
- Amour dure
- Chickamauga
- Los agujeros de la máscara
- El diablo en la botella
- Los amigos de los amigos
- Los constructores de puentes
- El país de los ciegos

Notas

VOLUMEN PRIMERO: LO FANTÁSTICO VISIONARIO

INTRODUCCIÓN

El cuento fantástico es uno de los productos más característicos de la narrativa del siglo XIX y, para nosotros, uno de los más significativos, pues es el que más nos dice sobre la interioridad del individuo y de la simbología colectiva. Para nuestra sensibilidad de hoy, el elemento sobrenatural en el centro de estas historias aparece siempre cargado de sentido, como la rebelión de lo inconsciente, de lo reprimido, de lo olvidado, de lo alejado de nuestra atención racional. En esto se ve la modernidad de lo fantástico, la razón de su triunfal retorno en nuestra época. Notamos que lo fantástico dice cosas que nos tocan de cerca, aunque estemos menos dispuestos que los lectores del siglo pasado a dejarnos sorprender por apariciones y fantasmagorías, o nos inclinemos a gustarlas de otro modo, como elementos del colorido de la época.

El cuento fantástico nace entre los siglos XVIII y XIX sobre el mismo terreno que la especulación filosófica: su tema es la relación entre la realidad del mundo que habitamos y conocemos a través de la percepción, y la realidad del mundo del pensamiento que habita en nosotros y nos dirige. El problema de la realidad de lo que se ve —caras extraordinarias que tal vez son alucinaciones proyectadas por nuestra mente; cosas corrientes que tal vez esconden bajo la apariencia más banal una segunda naturaleza inquietante, misteriosa, terrible— es la esencia de la literatura fantástica, cuyos mejores efectos residen en la oscilación de niveles de realidad inconciliables.

Tzvetan Todorov, en su *Introduction à la littérature fantastique* (1970), sostiene que lo que distingue a lo «fantástico» narrativo es precisamente la perplejidad frente a un hecho increíble, la indecisión entre una explicación racional y realista, y una aceptación de lo sobrenatural. El personaje del incrédulo positivista que interviene a menudo en este tipo de cuentos, visto con compasión y sarcasmo porque

debe rendirse frente a lo que no sabe explicar, no es, sin embargo, refutado por completo. El hecho increíble que narra el cuento fantástico debe dejar siempre, según Todorov, una posibilidad de explicación racional, a no ser que se trate de una alucinación o de un sueño (buena tapadera para todos los pucheros). En cambio, lo «maravilloso», según Todorov se distingue de lo «fantástico» por presuponer la aceptación de lo inverosímil y de lo inexplicable, como en las fábulas o en *Las mil y una noches* (distinción que se adhiere a la terminología literaria francesa, donde «fantastique» se refiere casi siempre a elementos macabros, tales como apariciones de fantasmas de ultratumba. El uso italiano, en cambio, asocia más libremente *fantástico* a *fantasía*; en efecto, nosotros hablamos de lo *fantástico ariostesco*, mientras que según la terminología francesa se debería decir «lo maravilloso ariostesco»).

El cuento fantástico nace a principios del siglo XIX con el romanticismo alemán, pero ya en la segunda mitad del XVIII la novela «gótica» inglesa había explorado un repertorio de motivos, de ambientes y de efectos (sobre todo macabros, crueles y pavorosos) que los escritores del Romanticismo emplearon profusamente. Y dado que uno de los primeros nombres que destaca entre estos (por el logro que supone su *Peter Schlemihl*) pertenece a un autor alemán nacido francés, Chamisso, que aporta una ligereza propia del XVIII francés a su cristalina prosa alemana, vemos que también el componente francés aparece como esencial desde el primer momento. La herencia que el siglo XVIII francés deja al cuento fantástico del Romanticismo es de dos tipos: por un lado, la pompa espectacular del «cuento maravilloso» (del *féerique* de la corte de Luis XIV a las fantasmagorías orientales de *Las mil y una noches* descubiertas y traducidas por Galland) y, por otro, el estilo lineal, directo y cortante del «cuento filosófico» volteriano, donde nada es gratuito y todo tiende a un fin.

Si el «cuento filosófico» del siglo XVIII había sido la expresión paradójica de la Razón iluminista, el «cuento fantástico» nace en Alemania como sueño con los ojos abiertos del idealismo filosófico, con la declarada intención de representar la realidad del mundo interior, subjetivo, de la mente, de la imaginación, dándole una dignidad igual o

mayor que a la del mundo de la objetividad y de los sentidos, Por tanto, esta también se presenta como cuento filosófico, y aquí un nombre se destaca por encima de todos: Hoffmann.

Toda antología debe trazarse unos límites e imponerse unas reglas; la nuestra se ha impuesto la regla de ofrecer un solo texto de cada autor: regla particularmente cruel cuando se trata de elegir un solo cuento que represente todo Hoffmann. He elegido el más conocido (porque es un texto, podríamos decir, «obligatorio»), *El hombre de la arena (Der Sandmann)*, en el que los personajes y las imágenes de la tranquila vida burguesa se transfiguran en apariciones grotescas, diabólicas, aterradoras, como en las pesadillas. Pero también habría podido orientar mi elección hacia ciertas obras de Hoffmann en las que falta casi por completo lo grotesco, como en *Las minas de Falun*, donde la poesía romántica de la naturaleza alcanza lo sublime a través de la fascinación del mundo mineral. Las minas en las que el joven Ellis se abisma hasta el punto de preferirlas a la luz del sol y al abrazo de su esposa constituyen uno de los grandes símbolos de la interioridad ideal. Y aquí aparece otro punto esencial que todo discurso sobre lo fantástico debe tener presente: los intentos de esclarecer el significado de un símbolo (la sombra perdida de Peter Schlemihl en Chamisso, las minas en las que se pierde el Ellis de Hoffmann, el callejón de los hebreos en *Die Majoratsherren* de Arnim) no hacen otra cosa que empobrecer sus ricas sugerencias.

Dejando a un lado el caso de Hoffmann, las grandes obras del género fantástico en el romanticismo alemán son demasiado largas para entrar en una antología que quiere ofrecer el panorama más extenso posible. La medida de menos de cincuenta páginas es otro límite que me he impuesto y que me ha obligado a renunciar a algunos de mis textos favoritos, que tienen dimensiones de cuento largo o de novela corta: Chamisso, de quien ya he hablado, y su *Isabel de Egipto*, las demás obras hermosas de Arnim y *Las memorias de un holgazán* de Eichendorff. Ofrecer algunas páginas elegidas habría supuesto contravenir la tercera regla que me había fijado: ofrecer solo cuentos completos. (He hecho una sola excepción: Potocki. Su novela, *El manuscrito encontrado en*

Zaragoza, tiene cuentos que, pese a estar bastante relacionados entre sí, gozan de una cierta autonomía).

Si consideramos la difusión de la influencia declarada de Hoffmann en las distintas literaturas europeas, podemos asegurar que, al menos para la primera mitad del siglo XIX, «cuento fantástico» es sinónimo de «cuento a lo Hoffmann». En la literatura rusa el influjo de Hoffmann produce frutos milagrosos, como los *Cuentos de Petersburgo* de Gogol; pero hay que advertir que, antes incluso de cualquier inspiración europea, Gogol había escrito extraordinarios relatos de brujería en sus dos libros de cuentos ambientados en el campo ucraniano. Desde un primer momento la tradición crítica ha considerado la literatura rusa del siglo XIX bajo la perspectiva del realismo, pero, de igual modo, el desarrollo paralelo de la tendencia fantástica —de Pushkin a Dostoyevski— se advierte con claridad. Precisamente en esta línea, un autor de primera fila como Leskov adquiere su plena proporción.

En Francia, Hoffmann ejerce una gran influencia sobre Charles Nodier, sobre Balzac (sobre el Balzac declaradamente fantástico y sobre el Balzac realista con sus sugestiones grotescas y nocturnas) y sobre Théophile Gautier, de quien podemos hacer partir una ramificación del tronco romántico que jugará un papel importante en el desarrollo del cuento fantástico: la esteticista. En cuanto al aspecto filosófico, en Francia lo fantástico se tiñe de esoterismo iniciático de Nodier a Nerval, o de teosofía a lo Swedenborg, como en Balzac y Gautier. Gérard de Nerval crea un nuevo género fantástico: el cuento-sueño (Sylvie, Aurélia), sostenido por la densidad lírica más que por la estructura de la trama. En lo que respecta a Mérimée, con sus historias mediterráneas (y también nórdicas: la sugerente Lituania de *Lokis*), con su arte para fijar la luz y el alma de un país en una imagen que al punto se convierte en emblemática, abre al género fantástico una nueva dimensión; el exotismo.

Inglaterra pone un especial placer intelectual en jugar con lo macabro y lo terrible: el ejemplo más famoso es el Frankenstein de Mary Shelley. El patetismo y el *humour* de la novela victoriana dejan cierto margen para que siga actuando la imaginación «negra», «gótica», con renovado

espíritu: nace la *ghost story*, cuyos autores acaso hacen gala de un guiño irónico pero, mientras tanto, ponen sobre el tapete algo de sí mismos, una verdad interior que no aparecerá en los manierismos del género. La propensión de Dickens por lo grotesco y macabro no solo tiene cabida en sus grandes novelas, sino también en sus producciones menores, tales como las fábulas navideñas y las historias de fantasmas. Digo producciones porque Dickens (como Balzac) programaba su trabajo con la determinación de quien actúa en un mundo industrial y comercial (y de ese modo nacen sus mejores obras) y publicaba periódicos de narrativa escritos en su mayor parte por él mismo, pero pensados para dar cabida también a las colaboraciones de sus amigos. Entre estos escritores de su círculo (que incluye al primer autor de novelas policíacas, Wilkie Collins), hay uno que tiene un puesto de relieve en la historia del género: Le Fanu, irlandés de familia protestante, primer ejemplo de «profesional» de la *ghost story*, ya que prácticamente no escribió otra cosa que historias de fantasmas y de horror. Se afirma por entonces una «especialización» en el cuento fantástico que se desarrollará ampliamente en nuestro siglo (tanto a nivel de literatura popular como de literatura de calidad, pero a menudo a caballo entre ambas). Esto no implica que Le Fanu deba considerarse como un mero artesano (lo que más tarde será Bram Stoker, el creador de *Drácula*), al contrario: el drama de las controversias religiosas da vida a sus cuentos, así como la imaginación popular irlandesa y una vena poética grotesca y nocturna (véase *El juez Harbottle*) en la que reconocemos una vez más la influencia de Hoffmann.

Lo común de todos estos autores tan distintos que he hombrado hasta aquí consiste en poner en primer plano una sugestión visual. Y no es casual. Como decía al principio, el verdadero tema del cuento fantástico del siglo XIX es la realidad de lo que se ve: creer o no creer en apariciones fantasmagóricas, vislumbrar detrás de la apariencia cotidiana otro mundo encantado o infernal. Es como si el cuento fantástico, más que cualquier otro género, estuviera destinado a entrar por los ojos, a concretarse en una sucesión de imágenes, a confiar su fuerza de comunicación al poder de crear «figuras». No es tanto la maestría en el

tratamiento de la palabra o en perseguir el fulgor del pensamiento abstracto que se narra, como la evidencia de una escena compleja e insólita. El elemento «espectáculo» es esencial en la narración fantástica: no es de extrañar que el cine se haya alimentado tanto de ella.

Pero no podemos generalizar. Si en la mayor parte de los casos la imaginación romántica crea en torno a sí un espacio poblado de apariciones visionarias, existe también el cuento fantástico en el que lo sobrenatural es invisible, más que verse se siente, entra a formar parte de una dimensión interior, como estado de ánimo o como conjetura. Incluso Hoffmann, que tanto se complace en evocar visiones angustiosas y demoníacas, tiene cuentos en los que pone en juego una apretada economía de elementos espectaculares, con predominio de las imágenes de la vida cotidiana. Por ejemplo, en *La casa deshabitada* bastan las ventanas cerradas de una casucha ruinosa en medio de los ricos palacios del Unter den Linden, un brazo de mujer y luego un rostro de muchacha que asoman, para crear una expectación llena de misterio: tanto mayor por cuanto estos movimientos no son observados directamente, sino que se reflejan en un espejillo cualquiera que adquiere la función de espejo mágico.

La ejemplificación más clara de estas dos direcciones podemos encontrarla en Poe. Sus cuentos más típicos son aquellos en los que una muerta vestida de blanco y ensangrentada sale del féretro en una casa oscura cuyo fastuoso mobiliario respira un aire de disolución. *La caída de la casa Usher* constituye la más rica elaboración de este tipo. Pero tomemos *El corazón revelador*: las sugestiones visuales, reducidas al mínimo, se han concentrado en un ojo abierto de par en par en la oscuridad, y toda la tensión se centra en el monólogo del asesino.

Para comparar los aspectos de lo fantástico «visionario» y los de lo fantástico «mental», o «abstracto», o «psicológico», o «cotidiano», había pensado en un primer momento elegir dos cuentos representativos de ambas tendencias por cada autor. Pero rápidamente he advertido que a principios del siglo XIX lo fantástico «visionario», predomina con claridad, así como a finales de siglo predomina lo fantástico «cotidiano», para alcanzar la cima de lo inmaterial e inaprehensible con Henry James.

He entendido, en suma, que con un mínimo de renuncias respecto al proyecto primitivo, podía unificar la sucesión cronológica y la clasificación estilística, titulando «Lo fantástico visionario» el primer volumen, que comprende textos de las tres primeras décadas del siglo XIX, y «Lo fantástico cotidiano» el segundo, que llega hasta el alba del siglo XX. Forzar un poco las cosas es inevitable en operaciones como esta, que tienen su punto de partida en definiciones contrapuestas: en todo caso, las etiquetas son intercambiables y cualquier cuento de una serie también podrá ser asignado a la otra; pero lo importante es que quede claro que la dirección general va hacia la paulatina interiorización de lo sobrenatural.

Poe ha sido, después de Hoffmann, el autor que más ha influido sobre el género fantástico europeo. La traducción de Baudelaire debía funcionar como el manifiesto de un nuevo planteamiento del gusto literario; y sucedió que los efectos macabros y «malditos» fueron acogidos más fácilmente que la lucidez de raciocinio que es el más importante rasgo distintivo de este autor. He hablado en primer lugar de su fortuna europea porque en su patria la figura de Poe no resultaba tan emblemática como para identificarla con un género literario concreto. Junto a él, incluso un poco antes que él, hubo otro gran americano que alcanzó en el cuento fantástico una intensidad extraordinaria: Nathaniel Hawthorne.

Hawthorne, entre los autores representados en esta antología, es ciertamente el que logra profundizar más en una concepción moral y religiosa, tanto en el drama de la conciencia individual como en la representación sin paliativos de un mundo forjado por una religiosidad exasperada, como el de la sociedad puritana. Muchos de sus cuentos son obras maestras (tanto de lo fantástico visionario, el aquelarre de *Young Master Brown*, como de lo fantástico introspectivo, *Egotismo o la serpiente en el seno*), pero no todos: cuando se aleja de los escenarios americanos (como en la demasiado famosa *La hija de Rapaccini*) su inventiva puede permitirse los efectos más previsibles. Pero en las obras mejores sus alegorías morales, siempre basadas en la presencia indeleble del pecado en el corazón humano, tienen una fuerza para visualizar el

drama interior que solo será igualada en nuestro siglo por Franz Kafka (sin duda existe un antecedente de *El castillo* kafkiano en uno de los mejores y más angustiosos cuentos de Hawthorne: *My kinsman Major Molineaux*).

Habría que decir que antes de Hawthorne y Poe lo fantástico en la literatura de los Estados Unidos tenía ya su tradición y su clásico: Washington Irving. Y no debemos olvidar un cuento emblemático como *Peter Rugg, the Missing Man* de William Austin (1824). Una misteriosa condena divina obliga a un hombre a correr en calesa junto a su hija, sin poder detenerse nunca perseguido por el huracán a través de la inmensa geografía del continente; un cuento que expresa con elemental evidencia los componentes del naciente mito americano: poder de la naturaleza, predestinación individual, intensidad aventurera.

Es, en suma, una tradición de lo fantástico ya adulta la que Poe hereda (a diferencia de los románticos de principios del siglo XIX) y transmite a sus seguidores, que a menudo no son más que epígonos y manieristas (algunos de ellos ricos en colores de la época, como Ambrose Bierce). Hasta que con Henry James nos encontramos frente a una nueva directriz.

En Francia, el Poe que a través de Baudelaire se ha hecho francés no tarda en hacer escuela. Y el más interesante de sus continuadores en el ámbito específico del cuento es Villiers de l'Isle-Adam, que en *Véra* nos ofrece una eficaz puesta en escena del tema del amor que continúa más allá de la tumba, y en *La tortura con la esperanza*, uno de los ejemplos más perfectos de lo fantástico puramente mental (en sus antologías del género, Roger Callois elige *Véra*; Borges, *La tortura con la esperanza*: óptimas elecciones una y, sobre todo, la otra. Si yo propongo un tercer cuento es más que nada por no repetir las elecciones de los otros).

A finales de siglo, sobre todo en Inglaterra, se abren los caminos que serán recorridos por el género fantástico en el siglo XX. Es en Inglaterra donde se perfila un tipo de escritor refinado al que le gusta disfrazarse de escritor popular, y su disfraz tiene éxito porque no lo emplea con condescendencia, sino con desenfado y empeño profesional, y esto es solo posible cuando se sabe que sin la técnica del oficio no hay sabiduría

artística que valga. R. L. Stevenson es el más feliz ejemplo de esta disposición de ánimo; pero junto a él debemos considerar dos casos extraordinarios de genialidad inventiva, así como de dominio del oficio: Kipling y Wells.

Lo fantástico de los cuentos hindúes de Kipling es exótico, pero no en el sentido esteticista y decadente, sino en cuanto que nace del contraste entre el mundo religioso, moral y social de la India y el mundo inglés. Lo sobrenatural a menudo es una presencia invisible, aunque sea terrorífica, como en *La marca de la bestia*; a veces el escenario del trabajo cotidiano, como el de *Los constructores de puentes*, se desgarra y, en una aparición visionaria, se revelan las antiguas divinidades de la mitología hindú. Kipling ha escrito también muchos cuentos fantásticos de ambiente inglés donde lo sobrenatural es casi siempre invisible (como en *They*) y domina la angustia de la muerte.

Con Wells se inaugura la ciencia ficción, un nuevo horizonte de la imaginación que conocerá un gran desarrollo en la segunda mitad de nuestro siglo. Pero el genio de Wells no reside solo en formular hipótesis maravillosas y terrores futuros desvelando visiones apocalípticas; sus cuentos extraordinarios se basan siempre en un hallazgo de la inteligencia que puede ser muy simple. *El caso del difunto Mr. Evelsham* trata de un joven que es nombrado heredero universal por un viejo desconocido a condición de que acepte tomar su nombre. He aquí que se despierta en casa del viejo; se mira las manos: están arrugadas; se mira al espejo: él es el viejo; entonces se da cuenta de que el viejo ha tomado su identidad y su persona y está viviendo su juventud. Exteriormente todo es idéntico a la normal apariencia de antes; pero la realidad es de un horror sin límites.

Quien con más facilidad conjuga el refinamiento del literato de calidad y el brío del narrador popular (entre sus autores favoritos siempre citaba a Dumas) es R. L. Stevenson. En su corta vida de enfermo llegó a hacer muchas obras perfectas, de las novelas de aventuras al *Dr. Jekyll*, y numerosas narraciones fantásticas muy breves: *Olalla*, historia de vampiresas en la España napoleónica (el mismo ambiente de Potocki, a quien no sé si él llegó a leer); *Thrown Janet*,

historia escocesa de brujería; los *Island's Entertainements*, donde con pluma ligera muestra lo mágico del exotismo (y también exporta motivos escoceses adaptándolos a los ambientes de la Polinesia); *Markheim*, que sigue el camino de lo fantástico interiorizado, como *El corazón revelador* de Poe, con una presencia más marcada de la conciencia puritana.

Uno de los más firmes seguidores de Stevenson es precisamente un escritor que no tiene nada de popular: Henry James. Con este escritor, que no sabemos si llamar americano, inglés o europeo, el género fantástico del siglo XIX tiene su última encarnación —o, mejor dicho, desencarnación—; ya que se hace más invisible e impalpable que nunca: una emanación o vibración psicológica. Es necesario considerar el ambiente intelectual del que nace la obra de Henry James, y particularmente las teorías de su hermano, el filósofo William James, sobre la realidad psíquica de la experiencia: podemos decir que a finales de siglo el cuento fantástico vuelve a ser cuento filosófico como a principios de siglo.

Los fantasmas de las *ghost stories* de Henry James son muy evasivos: pueden ser encarnaciones del mal sin rostro o sin forma, como los diabólicos servidores de *La vuelta de tuerca*, o apariciones bien visibles que dan forma sensible a un pensamiento dominante, como *Sir Edmund Orme*, o mixtificaciones que desencadenan la verdadera presencia de lo sobrenatural, como en *El alquiler del fantasma*. En uno de los cuentos más sugestivos y emocionantes, *The Jolly Corner*, el fantasma apenas entrevisto por el protagonista es el mismo que él habría sido si su vida hubiese tomado otro camino; en *La vida privada* hay un hombre que solo existe cuando otros lo miran, en caso contrario se disipa, y otro que, sin embargo, existe dos veces, porque tiene un doble que escribe los libros que él no sabría escribir.

Con James, autor que pertenece al siglo XIX por la cronología, pero a nuestro siglo por el gusto literario, se cierra esta reseña: He dejado a un lado a los autores italianos porque no me agradaba hacerlos figurar solo por obligación: lo fantástico representa en la literatura italiana del XIX algo «menor». Antologías especiales (*Poesie e racconti de Arrigo Boito, y*

Racconti neri della scapigliatura), así como algunos textos de escritores más conocidos por otros aspectos de su obra, de De Marchi a Capuana, pueden ofrecer preciosos hallazgos y una interesante documentación sobre el gusto de la época. Entre las demás literaturas que he omitido, la española tiene un autor de cuentos fantásticos muy conocido, Gustavo Adolfo Bécquer. Pero esta antología no pretende ser exhaustiva. Lo que he querido ofrecer es un panorama centrado en algunos ejemplos y, sobre todo, un libro fácil de leer.

Italo Calvino

HISTORIA DEL ENDEMONIADO PACHECO

Jan Potocki

(Histoire du démoniaque Pacheco, 1805)

Lo macabro, lo espectral, lo demoníaco, lo vampiresco, lo erótico y lo perverso: todos los ingredientes (ocultos o manifiestos) del romanticismo visionario se encuentran en ese libro extraordinario que es el Manuscrit trouvé à Saragosse publicado en francés por el conde polaco Jan Potocki (1761-1815). Misterioso por su origen y fortuna tanto como por su contenido, este libro desapareció durante más de un siglo (era, por otra parte, demasiado escandaloso para poder circular impunemente) y solo en 1958 volvió a publicarse como en la edición original, mérito que hay que atribuir a Robert Callois, gran connaisseur *de lo fantástico de cualquier época y país.*

Preludio ideal al siglo de Hoffmann y de Poe, Potocki no podía faltar al comienzo de nuestra antología: pero como se trata de un libro en el que los cuentos están insertados unos en otros, un poco como en Las mil y una noches, formando una novela larga donde es difícil desligar una historia de otra, estamos obligados a hacer, precisamente al comienzo, una excepción a la regla que el resto de nuestra antología pretende respetar, y así damos aquí un capítulo del libro por separado, mientras que nuestra norma será la de ofrecer cuentos completos e independientes.

Estamos poco después del comienzo de la novela (Jornada segunda). Alphonse van Worden, oficial del ejército napoleónico, se encuentra en España, ve un patíbulo con dos ahorcados (los dos hermanos de Zoto), luego encuentra a dos bellísimas hermanas árabes que le cuentan su historia, repleta de un erotismo perturbador. Alphonse hace el amor con ambas, pero por la noche tiene extrañas visiones, y al alba se encuentra abrazado a los cadáveres de los dos ahorcados.

Este tema del abrazo con dos hermanas (y a veces con su madre) se repite en el libro varias veces, en las historias de varios personajes, y siempre

aquel que se creía un amante afortunadísimo se encuentra por la mañana bajo el patíbulo, entre los cadáveres y los buitres. Un encantamiento ligado a la constelación de Géminis es la clave de la novela.

En los inicios del nuevo género literario, Potocki sabe con exactitud por dónde encaminarse: lo fantástico es exploración de la zona oscura donde se mezclan las pasiones más desenfrenadas del deseo y los terrores de la culpa; es evocación de fantasmas que cambian de forma como en los sueños, ambigüedad y perversión.

FINALMENTE, desperté de verdad. El sol quemaba mis párpados, que apenas si podía abrir. Entreví el cielo y me di cuenta de que me hallaba al aire libre. Pero el sueño pesaba aún sobre mis ojos, y aunque ya no dormía, todavía no estaba despierto del todo. Veía desfilar ante mí imágenes de suplicios, sucediéndose unas tras otras. Me sentí horrorizado, y me incorporé rápidamente.

¿Cómo expresar con palabras el horror que sentí en ese momento? Me encontraba bajo la horca de Los Hermanos. Pero los cadáveres de los dos hermanos de Zoto no colgaban al aire, sino que yacían junto a mí. Lo que quiere decir que había pasado la noche con ellos. Me hallaba sentado sobre trozos de cuerdas, restos de ruedas y de esqueletos humanos, y sobre horrorosos harapos que la podredumbre había separado de ellos.

Pensé un momento que quizá no estaría aún bien despierto y que aquello era un horrible sueño. Cerré los ojos y busqué en mi memoria dónde había estado la víspera. En ese instante sentí como si las garras de un animal se hundiesen en mi costado, y vi a un buitre que se había arrojado sobre mí y que devoraba a uno de mis compañeros de lecho. El dolor que me causaban sus garras era tan intenso que logró despertarme del todo. Junto a mí se encontraban mis ropas, y me apresuré a vestirme. Ya vestido, quise salir de la tapia que rodeaba la horca, pero vi que la puerta se hallaba cerrada, y a pesar de mi esfuerzo no logré romperla. Tuve, pues, que trepar por la triste muralla y, apoyándome en una de las columnas de la horca, me puse a contemplar la comarca que desde allí se

divisaba. Fácilmente pude orientarme. Me hallaba a la entrada del valle de Los Hermanos, no lejos de las orillas del Guadalquivir.

Mientras observaba el paisaje, vi cerca del río a dos viajeros, uno de los cuales preparaba un almuerzo, mientras el otro sujetaba con la brida los caballos. Me alegró tanto ver a aquellos hombres que mi primer movimiento fue gritarles: «¡Agur, agur!». Lo que en español quiere decir «hola» o «buenos días».

Al ver que alguien les saludaba desde lo alto de la horca, los viajeros parecieron indecisos un instante, pero enseguida montaron en sus caballos, los pusieron a galope tendido y tomaron el camino de Los Alcornoques. Fue inútil que les gritara para que se detuviesen. Cuanto más les gritaba, más golpes de espuela daban a sus caballos. Cuando les perdí de vista decidí abandonar aquel sitio. Salté a tierra, pero con tan mala fortuna que me hice daño en una pierna.

Cojeando un poco, logré llegar a la orilla del Guadalquivir, y me acerqué al sitio donde los viajeros habían abandonado su almuerzo; era lo que yo necesitaba, pues me encontraba agotadísimo. El almuerzo se componía de chocolate, que cocía aún, *sponhao* mojado en vino de Alicante, pan y huevos. Después de reparar mis fuerzas, me puse a pensar en lo que me había ocurrido durante la noche. Guardaba todavía un recuerdo algo confuso de ello pero lo que sí recordaba perfectamente era haber dado mi palabra de honor de guardar el secreto, y estaba firmemente decidido a cumplirla. Esto resuelto, lo único que tenía que hacer, por el momento, era decidir qué camino había de tomar, y me pareció que las leyes del honor me obligaban más que nunca a atravesar Sierra Morena.

Quizá el lector se sorprenda de verme tan preocupado por mi honor y tan poco por los sucesos de la víspera. Pero esta manera de pensar era consecuencia de la educación que había recibido, como podrá verse por la continuación de mi relato. Por el momento, sigo con el de mi viaje.

Tenía gran curiosidad por saber lo que los demonios habrían hecho de mi caballo, que había dejado en Venta Quemada. Y como además estaba en mi camino, decidí pasar nuevamente por la Venta. Tuve que recorrer a pie todo el valle de Los Hermanos y el de la Venta, lo que no

dejó de fatigarme. Estaba deseando encontrar mi caballo, y, en efecto, lo hallé en la misma cuadra donde lo dejé. Parecía animado, bien cuidado y limpio. No podía imaginarme quién se había ocupado de él, pero como ya había presenciado tantas cosas extraordinarias, no me llamó mucho la atención. Me habría puesto inmediatamente en camino si la curiosidad no me hubiese empujado a recorrer de nuevo el interior de la Venta. Encontré el cuarto donde había dormido la noche que llegué por vez primera, pero no pude hallar el salón donde vi a las bellas africanas. Cansado de buscarlo, renuncié a ello, y montando en mi caballo continué mi camino.

Cuando desperté bajo la horca de Los Hermanos, el sol se encontraba en su punto más alto. Como había tardado más de dos horas en llegar a la Venta, después de hacer dos leguas más, tuve que pensar en buscar una posada, pero, al no encontrar ninguna, decidí continuar mi camino. Por fin vi a lo lejos una capilla gótica y una cabaña que parecía ser la vivienda de un ermitaño. Aunque se hallaba alejada del camino principal, como empezaba a tener hambre, no dudé en dar ese rodeo con tal de conseguir algo de comer. Cuando llegué a la cabaña, até el caballo a un árbol y llamé a la puerta de la ermita. La abrió un religioso de rostro venerable, que me abrazó con paternal ternura, y me dijo:

—Entrad, hijo mío, daos prisa. No os conviene pasar la noche fuera; temed al demonio. El Señor nos ha retirado su mano.

Di las gracias al ermitaño por su bondad y le confesé que estaba muerto de hambre.

—Pensad primero en vuestra alma, hijo mío —me contestó—. Pasad a la capilla y arrodillaos ante la cruz. Me cuidaré de vuestra hambre, pero solo podréis hacer una comida frugal, la que corresponde a un ermitaño.

Entré en la capilla y me puse a rezar de verdad, pues era creyente y hasta ignoraba que hubiese incrédulos.

El ermitaño vino a buscarme al cabo de un cuarto de hora y me condujo a la cabaña, donde me había preparado una modesta comida. Se componía de aceitunas excelentes, cardos conservados en vinagre, cebollas dulces en salsa y galletas en vez de pan. También disponía de una media botella de vino. El ermitaño me dijo que él no bebía nunca, pero

que la guardaba para el sacrificio de la misa. Así, pues, tampoco me atreví a beber yo, pero gocé, en cambio, de la cena. Mientras comía, vi entrar en la cabaña a una figura más horrible que todo lo que había visto hasta entonces. Era un hombre que parecía joven, pero de una delgadez espantosa. Sus cabellos se hallaban erizados, y de uno de sus ojos, que había perdido, manaba sangre. Su lengua pendía fuera de su boca, y de ella resbalaba una babosa espuma. Llevaba puesto un traje negro bastante bueno, pero esa era su única ropa; no tenía ni medias ni camisa.

El repugnante personaje no dijo ni palabra, y fue a acurrucarse a un rincón de la cabaña, donde permaneció más quieto que una estatua, contemplando fijamente con su único ojo un crucifijo que sostenía en su mano. Cuando acabé de cenar, pregunté al ermitaño quién era aquel hombre.

—Hijo mío —me respondió—, ese hombre es un poseso al que yo intento librar de los demonios. Su terrible historia prueba el poder fatal que el ángel de las tinieblas ha usurpado en esta desgraciada comarca. Como puede ser útil para vuestra salvación que la conozcáis, voy a ordenarle que os la cuente —y, volviéndose hacia donde estaba el endemoniado, le dijo—: Pacheco, Pacheco, en nombre de tu redentor, te ordeno que relates tu historia.

Pacheco lanzó un terrible alarido, y comenzó en estos términos.

Historia del endemoniado Pacheco

«Nací en Córdoba, donde mi padre vivía disfrutando de una excelente posición. Mi madre murió allí hace tres años. Al principio, mi padre pareció sentir mucho su pérdida, pero al cabo de algunos meses, con ocasión de un viaje que tuvo que hacer a Sevilla, se enamoró de una joven viuda llamada Camila de Tormes. Esta Camila no gozaba de muy buena fama, y algunos amigos de mi padre intentaron hacerle desistir de tales relaciones. Pero fue inútil. Mi padre insistió en casarse con ella, y el matrimonio tuvo lugar dos años después de que mi madre muriera. Las bodas se celebraron en Sevilla, y pocos días después mi padre regresó a

Córdoba con Camila, su nueva esposa, y una hermana de esta que se llamaba Inesilla.

»Mi madrastra respondía perfectamente a la mala opinión que se tenía de ella, y lo primero que hizo en su nueva casa fue intentar seducirme, cosa que no logró, pues supe resistir a su intento. Pero, en cambio, me enamoré perdidamente de su hermana Inesilla. Mi pasión por ella creció de tal modo que no tardé en arrojarme a los pies de mi padre para pedirle la mano de su cuñada.

»Mi padre me obligó a levantarme, y después me dijo:

»—Hijo mío, te prohíbo que pienses en ese matrimonio, y te lo prohíbo por tres razones. En primer lugar, no sería serio que te convirtieras en el cuñado de tu padre. En segundo lugar, los santos cánones de la Iglesia no aprueban esa clase de matrimonios. Y por último, no quiero que te cases con Inesilla.

»Después de exponerme estas tres razones, me volvió la espalda y se marchó. Me encerré en mi cuarto, abandonándome a la desesperación. Mi madrastra, a quien mi padre había contado lo ocurrido, vino enseguida a verme. Me dijo que no debía desesperarme de ese modo, porque, aunque yo no pudiese ser el marido de Inesilla, podría ser su cortejo, es decir, su amante, y que el lograrlo corría de su cuenta. Pero a la vez me declaró la pasión que sentía por mí e hizo valer el sacrificio que hacía al brindarme a su hermana. Abrí mis oídos a sus palabras, que tanto encendían mis deseos, aunque Inesilla era tan recatada que me parecía imposible se pudiese lograr que correspondiera a mi pasión.

»Por aquel tiempo mi padre decidió hacer un viaje a Madrid, con el propósito de conseguir la plaza de corregidor de Córdoba, y llevó consigo a su mujer y a su cuñada. Su ausencia iba a durar solo dos meses, pero ese tiempo me pareció muy largo, estando lejos de Inesilla. Cuando transcurrieron los dos meses, recibí una carta de mi padre en la cual me ordenaba fuese a esperarle a Venta Quemada, a la entrada de Sierra Morena. Unas semanas antes quizá hubiese dudado mucho antes de ir a Sierra Morena. Pero precisamente acababan de ahorcar a los dos hermanos de Zoto, su banda había sido dispersada y los campos parecían ahora bastante seguros. Partí, pues, de Córdoba a las diez de la mañana

siguiente y pernocté en Andújar, en la posada de uno de los andaluces más charlatanes que he conocido. Pedí una cena abundante; comí buena parte de ella y guardé el resto para el viaje.

»Al día siguiente, al llegar a Los Alcornoques, almorcé algo de lo que había reservado la víspera, y aquella misma tarde llegué a Venta Quemada. Mi padre no había llegado aún, pero como en su carta me ordenaba que lo esperase me dispuse a ello con agrado, pues la posada era espaciosa y confortable. El posadero que la dirigía entonces era un tal González de Murcia, buena persona, pero muy hablador, que enseguida me prometió una cena digna de un grande de España. Mientras se ocupaba en prepararla, fui a pasearme por la orilla del Guadalquivir, y cuando regresé a la posada me encontré, en efecto, ya dispuesta una cena nada despreciable.

»Cuando terminé de cenar, dije a González que preparase mi lecho. Apenas me oyó vi que se turbaba, y empezaba a hablarme de modo confuso. Por último, me confesó que en la posada había fantasmas y que él y su familia pasaban las noches en una pequeña granja junto al río. Añadió que, si yo quería, podría prepararme una cama cerca de la suya. La proposición me pareció absurda, y le dije que podía irse a dormir donde quisiera, y que llamara a mis criados. Me obedeció, y se retiró al instante, moviendo la cabeza de un lado para otro y encogiéndose de hombros. Un momento después llegaron mis criados. También ellos habían oído hablar de aparecidos, y me rogaron que pasara la noche en la granja. No acepté, naturalmente, sus consejos, y les ordené que me prepararan la cama en la habitación donde había cenado. Me obedecieron muy a regañadientes, y cuando el lecho estuvo preparado me rogaron aún, con lágrimas en los ojos, que fuese a dormir con ellos a la granja. Sus ruegos me impacientaron de tal modo que les amenacé con arrojarlos violentamente, y se apresuraron a salir. Como no era mi costumbre que mis criados me ayudaran a desnudarme, pude pasarme fácilmente sin ellos. Pero debo reconocer que fueron muy gentiles conmigo, más de lo que yo merecía por mi crudeza al tratarlos. Antes de marcharse dejaron junto a mi lecho una vela encendida, otra de repuesto, un par de pistolas

y algunos libros con cuya lectura pudiese permanecer despierto, aunque la verdad es que había perdido completamente el sueño.

»Durante un par de horas estuve leyendo y dando vueltas en la cama. Por último, oí el sonido de una campana o de un reloj que daba las doce. El hecho me sorprendió, pues no había oído dar las otras horas. Pero enseguida se abrió la puerta y vi entrar a mi madrastra, en camisón de noche, y llevando una palmatoria en la mano. Andando de puntillas se acercó hasta mí, con un dedo en la boca como para imponerme silencio. Y dejando la palmatoria en mi mesilla de noche se sentó en mi cama, tomó una de mis manos entre las suyas y me habló así:

»—Mi querido Pacheco, ha llegado el momento de ofreceros los placeres que os prometí. Hace una hora que hemos llegado a esta posada. Vuestro padre ha ido a dormir a la granja, pero como he sabido que os hallabais aquí, logré que me autorizara a pasar la noche en la posada con Inesilla. Ella os aguarda y está dispuesta a no negaros sus favores. Pero debo informaros de las condiciones que impongo para que logréis vuestra dicha. Amáis a Inesilla, y yo os amo. No es justo que, de nosotros tres, solo dos sean felices a costa del tercero. Así pues, un solo lecho nos acogerá a los tres. Seguidme.

»Mi madrastra no me dejó tiempo para contestarla. Tomándome de la mano me condujo, de corredor en corredor, hasta que llegamos a una puerta, en donde Camila se puso a mirar por el ojo de la cerradura. Estuvo algún tiempo mirando, y después me dijo:

»—Todo va bien, podéis mirar vos mismo.

»Ocupé su puesto junto a la cerradura y pude ver a la encantadora Inesilla en su lecho. Me sorprendió el que no pareciera tan pudorosa como la había conocido siempre. La expresión de sus ojos, su agitada respiración, su animada tez, su actitud, todo en ella expresaba que estaba aguardando a un amante.

»Después de haberme dejado mirar unos minutos, mi madrastra me dijo:

»—Mi querido Pacheco, permaneced en esta puerta, y cuando llegue el instante oportuno vendré a avisaros.

»Cuando Camila entró en la habitación pegué mi ojo al agujero de la cerradura y vi mil cosas que me cuesta trabajo contar. Primeramente, Camila se desnudó del todo, y metiéndose en la cama de su hermana le dijo estas palabras:

»—Mi pobre Inesilla, ¿es verdad que deseas un amante? Pobre niña. No sabes el daño que te hará. Primero te derribará, se echará sobre ti, y después te aplastará y te desgarrará.

»Cuando Camila creyó que su alumna ya sabía bastante, vino a abrirme la puerta, me llevó hasta el lecho de su hermana y se acostó con nosotros.

»¿Qué podría deciros de aquella noche fatal? Que agoté en ella las delicias y los crímenes. Durante largo tiempo estuve luchando contra el sueño y la naturaleza para lograr aún más los infernales goces. Finalmente, me dormí y desperté al día siguiente bajo la horca de los hermanos de Zoto, acostado entre los dos horribles cadáveres».

En este momento, el ermitaño interrumpió al endemoniado y me dijo:

—Y bien, hijo mío, ¿qué os parece? Imaginad vuestro horror si hubieseis amanecido entre los dos ahorcados.

A lo cual respondí:

—Me ofendéis, padre. Un caballero no debe jamás tener miedo y menos aún si tiene el honor de ser capitán de la Guardia Valona.

—Pero hijo mío —continuó el padre—, ¿habéis oído decir alguna vez que semejante aventura ha sucedido a alguien?

Dudé un instante antes de contestar, y al fin le dije:

—Si esa aventura, padre, ha ocurrido al señor Pacheco, puede también suceder a otros. Pero mejor podré juzgar si os dignáis ordenarle que continúe su historia.

El ermitaño se volvió hacia el endemoniado y le dijo:

—Pacheco, en nombre de tu redentor, te ordeno que continúes tu historia.

Pacheco lanzó un nuevo y terrible alarido, y continuó de esta suerte:

«Dejé la horca medio muerto de miedo. Me arrastré como pude y marché sin saber adónde me dirigía. Por fin, encontré a unos viajeros que

tuvieron piedad de mi situación y me condujeron a la Venta Quemada, donde hallé al posadero y a mis criados, muy preocupados por mí. Les pregunté si mi padre había dormido en la granja, y me contestaron que nadie había llegado aún.

»No me atreví a quedarme más tiempo en la Venta, y resolví regresar a Andújar. Cuando llegué ya se había puesto el sol y la posada estaba llena. Me prepararon una cama en la cocina, y me acosté pronto, pero los horrores de la noche anterior, vivos aún en mi espíritu, me impedían coger el sueño.

»Había dejado encendida una vela sobre el hogar de la cocina. De pronto, la vela se apagó, y sentí al instante un escalofrío mortal que heló mis venas. Al mismo tiempo alguien tiró del cobertor, y oí una voz femenina que me decía:

»—Soy Camila, tu madrastra. Tengo frío, amor mío, hazme sitio bajo la manta.

»Y otra voz:

»—Soy Inesilla. Tengo mucho frío, déjame entrar en tu cama.

»En ese momento sentí una mano helada que me agarraba por el cuello. Reuní todas mis fuerzas y exclamé:

»—¡Satán, vete de aquí!

»Entonces las dos voces de antes me dijeron:

»—¿Por qué nos echas? ¿No eres nuestro maridito? Tenemos mucho frío. Vamos a encender un poco de lumbre.

»En efecto, poco tiempo después vi las llamas en el hogar de la chimenea. La estancia se iluminó, pero en vez de ver a Camila y a Inesilla lo que vi fue a los hermanos de Zoto, colgados de la chimenea.

»Esta visión me aterrorizó. Rápidamente me levanté, salté por la ventana y me puse a correr con todas mis fuerzas. Por un momento creí haber logrado escapar de tantos horrores, pero al volverme vi con terror que era seguido por los dos ahorcados. Corrí de nuevo, y me pareció que había logrado dejarlos atrás. Pero mi ilusión duró poco. Las horribles criaturas lograron rodearme y llegar hasta mí. Intenté correr, pero mis fuerzas me abandonaron.

»Sentí entonces que uno de los ahorcados me sujetaba por el tobillo izquierdo. Intenté zafarme, pero el otro ahorcado me cortó el camino poniéndose ante mí, mirándome con ojos terribles y sacándome una lengua roja como el hierro cuando sale del fuego. Pedí clemencia, pero fue en vano. Aquel monstruo me sujetó del cuello con una mano y con la otra me arrancó el ojo que me falta. En el hueco de mi ojo introdujo su lengua de fuego. Me lamió el cerebro y me hizo aullar de dolor.

»El otro ahorcado, que me había agarrado la pierna derecha, quiso también martirizarme. Comenzó haciéndome cosquillas en la planta del pie que tenía sujeto, pero después el monstruo me arrancó la piel del pie, separó los nervios, les quitó su encarnadura, y el muy canalla se puso a tocar sobre ellos como si fuesen un instrumento musical. Mas como por lo visto no daban un sonido que fuese de su agrado, hundió sus uñas en mi corva, agarró con ellas mis tendones y se puso a retorcerlos, como se hace para afinar un arpa. Finalmente, se puso a tocar sobre mi pierna, convertida en salterio. Escuché su risa diabólica, y mientras el dolor me arrancaba terribles aullidos los gemidos del infierno me hacían coro. Cuando oí el rechinar de los condenados me pareció que cada una de mis fibras era triturada por sus dientes. Por último, perdí el conocimiento.

»Al día siguiente, unos pastores me encontraron en el campo y me trajeron a esta ermita. Aquí he confesado mis pecados y he hallado al pie de la cruz algún consuelo a mis desgracias».

Nuevamente el endemoniado lanzó un horrible aullido y se calló. El ermitaño habló entonces, y me dijo:

—Joven, ya veis el poder de Satán. Debéis rezar y llorar. Pero ya es tarde y debemos separarnos. No os invito a que descanséis en mi celda porque Pacheco lanza tales gritos durante la noche que no podríais dormir. Id a acostaros a la capilla. Allí estaréis bajo la protección de la cruz que triunfa sobre los demonios.

Contesté al buen ermitaño que lo haría de buen grado. Llevamos a la capilla un pequeño catre de tijera y me acosté en él, mientras el ermitaño me deseaba buenas noches.

Cuando me encontré solo me puse a pensar en la historia de Pacheco, en la que encontraba bastante semejanza con mis propias aventuras.

Me hallaba aún pensando en ello cuando oí que daban las doce, pero no podía saber si era la campana de la ermita o si es que iba a toparme nuevamente con aparecidos. A los pocos instantes oí que llamaban a la puerta de la capilla, y pregunté:

—¿Quién es ahí?

Una voz femenina me respondió:

—Tenemos frío, ábrenos, somos tus mujercitas.

—Sí, sí, malditos ahorcados —les contesté—, volveos a vuestra horca y dejadme dormir.

La misma voz volvió a decirme:

—Te burlas de nosotras porque estás en una capilla. Ven fuera y verás…

—Ahora mismo voy —contesté.

Fui a buscar mi espada e intenté salir, pero vi que la puerta estaba cerrada. Les dije a los aparecidos lo que ocurría, pero no me contestaron. Entonces me fui a acostar y dormí hasta el alba.

SORTILEGIO DE OTOÑO

Joseph von Eichendorff

(Die Zauberei im Herbst, 1808-1809)

Eichendorff (1788-1857) narrador y poeta, es uno de los autores más brillantes del romanticismo alemán; su obra más representativa es la breve novela Historia de un holgazán (1826). En la novela corta que incluyo aquí, la primera que escribió —a los veinte años—, aunque fue publicada póstuma, Eichendorff nos da una versión romántica de una famosa leyenda medieval: la de la estancia de Tannhäuser en el paraíso pagano de Venus, visto como el mundo de la seducción y del pecado. Esta leyenda —que Wagner transformaría después en ópera— será también la inspiración de otro cuento de Eichendorff, La estatua de mármol (1819), de ambiente italiano. Pero aquí el país del pecado es una especie de doble de nuestro mundo, un mundo paralelo, sensual y angustioso a la vez. Pasar de un mundo a otro es fácil, y volver a nuestro mundo no es imposible: pero el hombre que, después de haber sufrido el encantamiento y haber escapado, quería expiar sus culpas haciéndose ermitaño, al cabo opta por el mundo encantado y sucumbe ante él.

EL caballero Ubaldo, una tranquila tarde de otoño mientras cazaba, se encontró alejado de los suyos, y cabalgaba por los montes desiertos y boscosos cuando vio venir hacia él a un hombre vestido con ropas extrañas. El desconocido no advirtió la presencia del caballero hasta que estuvo delante de él. Ubaldo vio con estupor que vestía un jubón magnífico y muy adornado pero descolorido y pasado de moda. Su rostro era hermoso, aunque pálido, y estaba cubierto por una barba tupida y descuidada.

Los dos se saludaron sorprendidos y Ubaldo explicó que, por desgracia, se encontraba perdido. El sol se había ocultado detrás de los

montes y aquel lugar se encontraba lejos de cualquier sitio habitado. El desconocido ofreció entonces al caballero pasar la noche en su compañía. Al día, añadió, le indicaría la única manera de salir de aquellos bosques. Ubaldo aceptó y le siguió a través de los desiertos desfiladeros.

Pronto llegaron a un elevado risco a cuyo pie se encontraba una espaciosa cueva, en medio de la cual había una piedra y sobre la piedra un crucifijo de madera. Al fondo estaba situada una yacija de hojas secas. Ubaldo ató su caballo a la entrada y, mientras, el huésped trajo en silencio pan y vino. Después de haberse sentado, el caballero, a quien no le parecían las ropas del desconocido propias de un ermitaño, no pudo por más que preguntarle quién era y qué le había llevado hasta allí.

—No indagues quién soy —respondió secamente el ermitaño, y su rostro se volvió sombrío y severo. Entonces Ubaldo notó que el ermitaño escuchaba con atención y se sumía en profundas meditaciones cuando empezó a contarle algunos viajes y gestas gloriosas que había realizado en su juventud. Finalmente Ubaldo, cansado, se acostó en la yacija que le había ofrecido su huésped y se durmió pronto, mientras el ermitaño se sentaba en el suelo a la entrada de la cueva.

A la mitad de la noche el caballero, turbado por agitados sueños, se despertó sobresaltado y se incorporó. Afuera, la luna bañaba con su clara luz el silencioso perfil de los montes. Delante de la caverna vio al desconocido paseando intranquilo de aquí para allá bajo los grandes árboles. Cantaba con voz profunda una canción de la que Ubaldo solo consiguió entender estas palabras:

Me arrastra fuera de la cueva el temor.
Me llaman viejas melodías.
Dulce pecado, déjame.
O póstrame en el suelo.
Frente al embrujo de esta canción,
Ocultándome en las entrañas de la tierra.

¡Dios! Querría suplicarte con fervor,
Mas las imágenes del mundo siempre

Se interponen entre nosotros,
Y el rumor de los bosques
Me llena de terror el alma.
¡Severo Dios, te temo!

¡Oh, rompe también mis cadenas!
Para salvar a todos los hombres
Sufriste tú una amarga muerte.
Estoy perdido ante las puertas del infierno.
¡Qué desamparado estoy!
¡Jesús, ayúdame en mi angustia!

Al terminar su canción se sentó sobre una roca y pareció murmurar una imperceptible oración, semejante a una confusa fórmula mágica. El rumor del riachuelo cercano a las montañas y el leve silbido de los abetos se unieron en una misma melodía, y Ubaldo, vencido por el sueño, cayó de nuevo sobre su lecho.

Apenas brillaron los primeros rayos de la mañana a través de las copas de los árboles, cuando el ermitaño se presentó ante el caballero para mostrarle el camino hacia los desfiladeros. Ubaldo montó alegre su caballo y su extraño guía cabalgó en silencio junto a él. Pronto alcanzaron la cima del monte, y contemplaron la deslumbrante llanura que aparecía súbitamente a sus pies con sus torrentes, ciudades y fortalezas en la hermosa luz de la mañana. El ermitaño pareció especialmente sorprendido:

—¡Ah, qué hermoso es el mundo! —exclamó turbado, cubrió su rostro con ambas manos y se apresuró a adentrarse de nuevo en los bosques. Ubaldo, moviendo la cabeza, tomó el conocido camino que conducía a su castillo.

La curiosidad le empujó de nuevo a buscar aquellas soledades, y, aunque con esfuerzo, consiguió encontrar la cueva, donde el ermitaño le recibió esta vez sombrío y silencioso.

Ubaldo, por el canto nocturno del ermitaño en el primer encuentro, supo que este quería sinceramente expiar graves pecados, pero le pareció

que su espíritu luchaba en vano contra el enemigo, pues en su conducta no existía la alegre confianza de un alma verdaderamente sumisa a la voluntad de Dios, y, con frecuencia, cuando conversaban sentados uno junto al otro, irrumpía una contenida ansiedad terrenal con una fuerza terrible en los extraviados y llameantes ojos de aquel hombre, transformando su fisonomía y dándole un cierto aire salvaje.

Esto impulsó al piadoso caballero a hacer más frecuentes sus visitas para ayudar con todas sus fuerzas a aquel espíritu vacilante. Sin embargo, el ermitaño calló su nombre y su vida anterior durante todo aquel tiempo, y parecía temeroso de su pasado. Pero, con cada visita se tornaba más apacible y confiado. Así, finalmente consiguió el buen caballero convencerle para que le acompañara a su castillo.

Ya había anochecido cuando llegaron a la fortaleza. El caballero Ubaldo ordenó encender un hermoso fuego en la chimenea e hizo traer el mejor vino de cuantos tenía. Era la primera vez que el ermitaño parecía encontrarse a gusto. Observaba muy atentamente una espada y otras armas que, colgadas en la pared, reflejaban los destellos de la lumbre, y luego contemplaba silenciosamente al caballero.

—Vos sois feliz —dijo—, y veo vuestra firme y gallarda figura con verdadero temor y profundo respeto; vivís sin que os conmueva la alegría ni el dolor, y domináis con serena tranquilidad la vida, al igual que un navegante que sabe manejar el timón, y no se deja confundir con el maravilloso canto de las sirenas. Junto a vos me he sentido muchas veces como un necio cobarde o como un loco. Hay personas embriagadas de vida. ¡Qué terrible es volver de nuevo a la sobriedad!

Ubaldo, que no quería desaprovechar aquel desacostumbrado comportamiento de su huésped, le insistió con entusiasmo para que le revelara la historia de su vida. El ermitaño se quedó pensativo.

—Si me prometéis —dijo finalmente— mantener eternamente en secreto lo que voy a contaros y me permitís omitir los nombres, lo haré.

El caballero levantó su mano en señal de juramento y llamó a continuación a su mujer, de cuyo silencio respondía, para que participase junto con él de la historia tan ansiosamente esperada.

Esta apareció con un niño en sus brazos y llevando a otro de la mano. Era alta y de hermosa figura en su floreciente juventud, silenciosa y dulce como el crepúsculo, reflejando en los encantadores niños su propia belleza. El huésped se sintió profundamente confundido al verla. Abrió bruscamente la ventana y, pensativo, detuvo su mirada unos instantes en el bosque oscurecido. Tranquilizado, volvió junto a ellos, se sentaron alrededor del fuego y empezó a hablar de la siguiente manera:

«El tibio sol del otoño se levantaba sobre la niebla azul que cubría los valles cercanos a mi castillo. La música había callado, la fiesta terminaba y los animados invitados se dispersaban. Era una fiesta de despedida que yo ofrecía a mi más querido amigo, que aquel día, con su hueste, se había armado de la Santa Cruz para unirse al ejército cristiano en la conquista de Tierra Santa. Desde nuestra más temprana juventud era esta empresa nuestra única meta, el único deseo y la única esperanza de nuestros sueños de adolescencia. Aún hoy recuerdo con indescriptible nostalgia aquel tiempo tranquilo como la mañana, cuando, sentados bajo los altos tilos de mi castillo, seguíamos con la imaginación las nubes navegantes hacia aquella tierra bendita, donde Godofredo y otros héroes vivían y combatían en el claro esplendor de la gloria. Pero ¡qué pronto cambió todo en mí!

»Una doncella, flor de toda belleza, que había visto muy poco y de la cual, sin que ella lo supiera, estaba perdidamente enamorado, me retenía en la cárcel silenciosa de estas montañas. Sí, yo era lo bastante fuerte para luchar, pero no tuve el valor de alejarme, y dejé marchar solo al amigo.

»También la doncella había participado en la fiesta y yo había sucumbido al esplendor de su hermosura. Al alba, cuando ella iba a despedirse y yo la ayudaba a montar en su caballo, tuve el valor de confesarle que, si era su voluntad, renunciaría a mi empresa. Ella no dijo nada y me miró fijamente, casi con horror, y salió al galope».

Oyendo estas palabras, Ubaldo y su mujer se miraron sin ocultar su asombro. Pero el huésped no lo advirtió y siguió su relato:

«Todos se habían ido. Los rayos del sol, a través de las altas ventanas ojivales, entraban en los salones vacíos, donde solo resonaban mis pasos.

Permanecí largo tiempo asomado al mirador; del silencioso bosque llegaban los acompasados golpes de las hachas de los leñadores. Tan grande era mi soledad, que, en un momento, se apoderó de mí una indescriptible ansiedad. No pude soportarlo: monté sobre mi caballo y salí de caza para aliviar mi oprimido corazón.

»Erré durante mucho tiempo y, finalmente, me encontré perdido en un paraje desconocido entre las montañas. Cabalgaba pensativo, con mi halcón en la mano a través de un prado maravilloso que acariciaban los oblicuos rayos del sol poniente. Las nubes otoñales se movían ligeras en el aire azul y sobre las montañas se oían los cantos de adiós de los pájaros migratorios.

»De repente llegó a mis oídos el sonido de varios cuernos de caza que parecían responderse unos a otros desde las cimas. Algunas voces los acompañaban con un canto. Hasta entonces, ninguna melodía me había conmovido de tal manera, y, aún hoy, recuerdo algunas de sus estrofas, que llegaban a mí a través del viento:

Por lo alto, en bandadas amarillas y rojas
Se van los pájaros volando.
Los pensamientos vagan sin consuelo
¡Ay de mí, que no encuentran refugio!
Y las oscuras quejas de los cuernos,
Golpean el corazón solitario.

¿Ves el perfil de los azules montes
Que se yergue a lo lejos sobre los bosques,
Y los arroyos que en el valle silencioso,
Se alejan susurrantes?
Nubes, arroyos, pájaros ruidosos:
Todo se junta allá a lo lejos.

Mis rizos de oro ondean
Y florece mi joven cuerpo dulcemente.
Pronto sucumbe la belleza;
Igual que el esplendor se apaga del verano

Debe la juventud inclinar sus flores.
Callan alrededor todos los cuernos.
Esbeltos brazos para abrazar,
Y roja boca para el dulce beso,
El cobijo del blanco seno,
Y el cálido saludo de amor,
Te ofrece el eco de los cuernos de caza.
Dulce amor, ven, antes de que callen.

»Yo estaba confundido con aquella melodía que había conmovido mi corazón. Mi halcón, tan pronto como oyó las primeras notas, se intranquilizó, para después desaparecer en el aire y no volver más. Yo, sin embargo, incapaz de resistir, seguí oyendo aquella seductora melodía que confusa, unas veces se alejaba y, otras, llevada por el viento, parecía acercarse.

»Finalmente salí del bosque y divisé delante de mí, sobre la cumbre de una montaña, un majestuoso castillo. Desde arriba hasta el bosque, sonreía un bellísimo jardín, repleto de todos los colores, que rodeaba al castillo como un anillo mágico. Todos los árboles y los setos, encendidos por los tonos violentos del otoño, aparecían purpúreos, amarillos oro y rojos fuego. Altos áster, las últimas estrellas del verano, brillaban allí con múltiples destellos. El sol poniente derramaba sus últimos rayos sobre aquella deliciosa altura, reflejando sus deslumbrantes llamas en las ventanas y en las fuentes.

»Me di cuenta entonces de que el sonido de los cuernos de caza que había escuchado poco antes provenía de este jardín. Vi con espanto, en medio de tanta magnificencia, bajo los emparrados, a la doncella de mis sueños, que paseaba cantando la misma melodía. Al verme calló, pero los cuernos de caza seguían sonando. Hermosos muchachos, vestidos de seda, se acercaron a mí y me ayudaron a desmontar.

»Pasé a través del arco ligero y dorado de la cancela, directo hacia la explanada del jardín, donde se encontraba mi amada y caí a sus pies, vencido por tanta belleza. Llevaba un vestido rojo oscuro; largos velos

transparentes cubrían sus rizos dorados, que una diadema de piedras preciosas sujetaba sobre la frente.

»Me ayudó a levantarme amorosamente y, con voz entrecortada por el amor y el dolor, me dijo:

»—¡Cuánto te amo, hermoso e infeliz joven! Desde hace mucho tiempo te amo, y cuando el otoño inicia su fiesta misteriosa despierta mi deseo con nueva e irresistible fuerza. ¡Infeliz! ¿Cómo has llegado a la esfera de mi canción? Déjame y vete.

»Al oír estas palabras fui presa de un gran temblor y le supliqué que me hablara y se explicase. Pero ella no respondió, y recorrimos silenciosos, uno al lado del otro, el jardín.

»Mientras tanto, había oscurecido y el aspecto de la doncella se había tornado grave y majestuoso.

»—Debes saber —dijo— que tu amigo de la infancia, el cual hoy se ha despedido de ti, es un traidor. He sido obligada a ser su prometida. Solo por celos te ha ocultado su amor. No ha partido hacia Palestina: mañana vendrá para llevarme a un castillo lejano donde estaré eternamente oculta a la mirada de todos. Ahora debo irme. Solo nos volveremos a ver si él muere.

»Dicho esto, me besó en los labios y desapareció en las oscuras galerías. Una gema de su diadema heló mi vista, y su beso estremeció mis venas con un tembloroso deleite.

»Medité con terror las espantosas palabras que, al despedirse, había vertido como un veneno en mi sangre. Vagué pensativo mucho tiempo por los solitarios senderos. Finalmente, cansado, me eché sobre los escalones de piedra de la puerta del castillo. Los cuernos de caza sonaban todavía, y me dormí combatido por extraños pensamientos.

»Cuando abrí los ojos, ya había amanecido. Las puertas y las ventanas del castillo estaban cerradas, y el jardín, silencioso. En aquella soledad, con los nuevos y hermosos colores de la mañana, se despertaban en mi corazón la imagen de mi amada y todo el sortilegio de la víspera, y yo me sentía feliz sabiéndome amado y correspondido. A veces, al recordar aquellas terribles palabras, quería huir lejos de allí, pero aquel beso ardía aún en mis labios y no podía hacerlo.

»El aire era cálido, casi sofocante, como si el verano quisiera volver sobre sus propios pasos. Recorrí el bosque cercano para distraerme con la caza. De improviso vislumbré en la copa de un árbol un pájaro con un plumaje tan maravilloso como jamás lo había visto. Cuando tensé el arco para lanzar la flecha, voló hacia otro árbol. Lo perseguí ávidamente, pero el pájaro seguía saltando de copa en copa, mientras sus alas doradas reflejaban la luz del sol.

»Así, fui a parar a un estrecho valle, flanqueado por escarpados riscos. Allí no llegaba la fría brisa y todo estaba todavía verde y florido como en el verano. Del centro del valle salía un canto embriagador. Sorprendido, aparté las ramas de los tupidos matorrales y mis ojos se cegaron ante el hechizo que se manifestó delante de mí.

»En medio de las altas rocas había un apacible lago circundado de hiedra y juncos. Muchas doncellas bañaban sus hermosos miembros en las tibias ondas. Entre ellas se encontraba mi hermosísima amada sin velos, que, silenciosa, mientras las otras cantaban, miraba fijamente el agua, que cubría sus tobillos, como encantada y absorta en su propia belleza reflejada en el agua. Permanecí durante un tiempo mirando de lejos, inmóvil y tembloroso. De golpe, el hermoso grupo salió del agua, y me apresuré para no ser descubierto.

»Me refugié en lo más profundo del bosque para apaciguar las llamas que abrasaban mi corazón. Pero cuanto más lejos huía tanto más viva se agitaba delante de mis ojos la visión de aquellos miembros juveniles.

»La noche me alcanzó en el bosque. El cielo se había oscurecido y una tremenda tormenta apareció sobre los montes. “Solo nos volveremos a ver si él muere”, repetía para mí, mientras huía como si me persiguieran fantasmas.

»A veces me parecía oír a mi flanco estrépito de caballos, pero yo huía de toda mirada humana y de todo rumor que pareciera acercarse. Al cabo, cuando llegué a una cima, vi a lo lejos el castillo de mi amada. Los cuernos de caza sonaban como siempre, el esplendor de las luces irradiaba como una tenue luz de luna a través de las ventanas, iluminando alrededor mágicamente los árboles y las flores cercanas, mientras todo el resto del paraje luchaba en la tormenta y la oscuridad.

»Finalmente, incapaz casi de dominar mis facultades, escalé una alta roca, a cuyos pies pasaba un ruidoso torrente. Llegado a la cima divisé una sombra oscura que, sentada sobre una piedra, silenciosa e inmóvil, parecía ella misma también de piedra. Rasgadas nubes huían por el cielo. Una luna color sangre apareció por un instante, reconocí entonces a mi amigo, el prometido de mi amada.

»Apenas me vio, se levantó apresuradamente. Temblé de arriba abajo. Entonces le vi empuñar su espada. Colérico, me lancé contra él y lo agarré. Luchamos unos instantes y luego lo despeñé.

»De repente el silencio se hizo terrible. Solo el torrente rugió más fuerte como si sepultase eternamente mi pasado en medio del fragor de sus ondas turbulentas.

»Me alejé velozmente de aquel horrible lugar. Entonces me pareció oír a mis espaldas una carcajada aguda y perversa que venía de las copas de los árboles. Al mismo tiempo creí ver en la confusión de mis sentidos, al pájaro que poco antes había perseguido. Me precipité lleno de espanto, a través del bosque, y salté el muro del jardín. Con todas mis fuerzas llamé a las puertas del castillo:

»—¡Abre! —gritaba fuera de mí—, ¡abre, he matado al hermano de mi corazón! ¡Ahora eres mía en la tierra y en el infierno!

»La puerta se abrió y la doncella, más hermosa que nunca, se echó contra mi pecho, destrozado por tantas tormentas, y me cubrió de ardientes besos.

»No os hablaré de la magnificencia de las salas, de la fragancia de exóticas y maravillosas flores, entre las cuales cantaban hermosas doncellas, de los torrentes de luz y de música, del placer salvaje e inefable que gusté entre los brazos de la doncella».

En este punto, el ermitaño dejó de hablar. Fuera se oía una extraña canción. Eran pocas notas: ora semejaban una voz humana, ora la voz aguda de un clarinete, cuando el viento soplaba sobre los lejanos montes, encogiendo el corazón.

—Tranquilizaos —dijo el caballero—. Estamos acostumbrados a esto desde hace tiempo. Se dice que en los bosques vecinos existe un sortilegio. Muchas veces, en las noches de otoño, esta música llega hasta

nuestro castillo. Pero igual que se acerca, se aleja y no nos preocupamos de ello.

Sin embargo, un estremecimiento sobrecogió el corazón de Ubaldo y solo con esfuerzo consiguió dominarse. Ya no se oía la música. El huésped, sentado, callaba, perdido en profundos pensamientos. Su espíritu vagaba lejos. Después de una larga pausa volvió en sí y retomó su narración, aunque no con la calma de antes:

»Observé que, a veces, la doncella, en medio de todo aquel esplendor, caía en una invencible melancolía cuando veía desde el castillo que el otoño iba a despedirse. Pero bastaba un sueño profundo para que se calmase, y su rostro maravilloso, el jardín y todo el paraje me parecían, a la mañana, frescos y como recién creados.

»Una vez, mientras estaba junto a ella asomado a la ventana, noté que mi amada estaba más triste y silenciosa que de costumbre. Fuera, en el jardín, el viento del invierno jugaba con las hojas caídas. Advertí que mientras miraba el paisaje palidecía y temblaba. Todas sus damas se habían ido, las canciones de los cuernos de caza sonaban aquel día en una lejanía infinita, hasta que, finalmente, callaron. Los ojos de mi amada habían perdido su esplendor, casi hasta apagarse. El sol se ocultó detrás de los montes, e iluminó con un último fulgor el jardín y los valles. De repente, la doncella me apretó entre sus brazos y comenzó una extraña canción, que yo no había oído hasta entonces y resonaba en toda la estancia con melancólicos acordes. Yo escuchaba embelesado. Era como si aquella melodía me empujase hacia abajo junto con el ocaso. Mis ojos se cerraron involuntariamente: Caí adormecido y soñé.

»Cuando me desperté ya era de noche. Un gran silencio reinaba en todo el castillo y la luna brillaba muy clara. Mi amada dormía a mi lado sobre un lecho de seda. La observé con asombro: estaba pálida, como muerta. Sus rizos caían desordenadamente como enredados por el viento, sobre su rostro y su pecho. Todo lo demás, a mi alrededor, permanecía intacto; igual que cuando me había dormido. Me parecía, sin embargo, como si hubiera pasado mucho tiempo. Me acerqué a la ventana abierta. Todo lo de fuera me pareció distinto de lo que siempre había visto. El rumor de los árboles era misterioso. De repente vi junto a

la muralla del castillo a dos hombres que murmuraban frases oscuras, y se inclinaban curvándose el uno hacia el otro como si quisieran tejer una tela de araña. No entendí nada de lo que hablaban: solo oía de vez en cuando pronunciar mi nombre. Me volví a mirar la imagen de la doncella que palidecía aún más en la claridad de la luna. Me pareció una estatua de piedra, hermosa, pero fría como la muerte e inmóvil. Sobre su plácido seno brillaba una piedra similar al ojo del basilisco y su boca estaba extrañamente desfigurada.

»Entonces se apoderó de mí un terror como nunca había sentido. Hui de la alcoba y me precipité a través de los desiertos salones, donde todo el esplendor se había apagado. Cuando salí del castillo vi a los dos desconocidos dejar lo que estaban haciendo y quedarse rígidos y silenciosos como estatuas. Había al pie del monte un lago solitario, a cuyo alrededor algunas doncellas con túnicas blancas como la nieve cantaban maravillosamente, a la vez que parecían entretenidas en extender sobre el prado extrañas telas de araña a la luz de la luna. Aquella visión y aquel canto aumentaron mi terror. Salté aprisa el muro del jardín. Las nubes pasaban rápidas por el cielo, las hojas de los árboles susurraban a mis espaldas, y corrí sin aliento.

»Poco a poco la noche se fue haciendo más callada y tibia; los ruiseñores cantaban entre los arbustos. Abajo, en el fondo del valle, se oían voces humanas, y viejos y olvidados recuerdos volvieron a amanecer en mi corazón apagado, mientras, ante mí, se levantaba sobre las montañas una hermosa alba de primavera.

»—¿Qué es esto? ¿Dónde estoy? —exclamé con asombro. No sabía qué me había pasado—. El otoño y el invierno han transcurrido. La primavera ilumina nuevamente el mundo. Dios mío, ¿dónde he permanecido tanto tiempo?

»Finalmente alcancé la cima de la última montaña. Salía un sol espléndido. Un estremecimiento de placer recorrió la tierra; brillaron los torrentes y los castillos; los tranquilos y alegres hombres preparaban sus trabajos cotidianos; incontables alondras volaban jubilosas. Caí de rodillas y lloré amargamente mi vida perdida.

»No comprendí, y aún hoy no lo comprendo, cómo había sucedido todo. Me propuse no bajar más al alegre e inocente mundo con este corazón lleno de pecados y de desenfrenada ansiedad. Decidí sepultarme vivo en un lugar desolado, invocar el perdón del cielo y no volver a ver las casas de los hombres antes de haber lavado con lágrimas de cálido arrepentimiento mis pecados, lo único que en mi pasado era claro para mí.

»Así viví todo un año hasta que me encontré con vos. Cada día elevaba ardientes plegarias y a veces me pareció haber superado todo y haber encontrado la gracia de Dios, pero era una falsa ilusión que luego desaparecía. Solo cuando el otoño extendía de nuevo su maravillosa red de colores sobre el monte y el valle, llegaban de nuevo del bosque cantos muy conocidos. Penetraban en mi soledad, y oscuras voces respondían dentro de mí. El sonido de las campanas de la lejana catedral me espanta cuando, en las claras mañanas de domingo, vuela sobre las montañas y llega hasta mí como si buscara en mi pecho el antiguo y callado reino del Dios de la infancia, que ya no existe. Sabed que en el corazón de los hombres hay un reino encantado y oscuro, en el cual brillan cristales, rubíes y todas las piedras preciosas de las profundidades con amorosa y estremecedora mirada, y tú no sabes de dónde vienen ni adónde van. La belleza de la vida terrenal se filtra resplandeciendo como en el crepúsculo y las invisibles fuentes, arremolinándose, murmuran melancólicas, todo te arrastra hacia abajo, eternamente hacia abajo».

—¡Pobre Raimundo! —exclamó el caballero Ubaldo, que había escuchado con profunda emoción al ermitaño, absorto e inmerso en su relato.

—¡Por Dios! ¿Quién sois que conocéis mi nombre? —preguntó el ermitaño levantándose como herido por un rayo.

—Dios mío —respondió el caballero abrazando con afecto al tembloroso ermitaño—. ¿Es que no me reconoces? Yo soy tu viejo y fiel hermano de armas, Ubaldo, y esta es tu Berta, a la que amabas en secreto y a la que ayudaste a montar a caballo después de la fiesta en el castillo. El tiempo y una vida venturosa han desdibujado nuestro aspecto de entonces. Te he reconocido solo cuando comenzaste a relatar tu historia.

Jamás he estado en un paraje como el que tú describes y nunca he luchado contigo en el acantilado. Inmediatamente después de aquella festa salí para Palestina, donde combatí varios años, y, a mi vuelta, la hermosa Berta se convirtió en mi esposa. Ella tampoco te ha visto jamás después de aquella fiesta, y todo lo que has contado es una vana fantasía. Un malvado sortilegio, que despierta cada otoño y desaparece después, te ha tenido, mi pobre Raimundo, encadenado con juegos engañosos durante muchos años. Los días han sido meses para ti. Cuando volví de Tierra Santa nadie supo decirme dónde estabas y todos te creíamos perdido.

A causa de su alegría, Ubaldo no se dio cuenta de que su amigo temblaba cada vez más fuertemente a cada una de sus palabras. Raimundo les miraba a él y a su esposa con ojos extraviados. De repente reconoció a su amigo y a la amada de su juventud, iluminados por la crepitante llama de la chimenea.

—¡Perdido, todo perdido! —exclamó trágicamente. Se separó de los brazos de Ubaldo y huyó velozmente en la noche hacia el bosque.

—Sí, todo está perdido, y mi amor y toda mi vida no son más que una larga ilusión —decía para sí mientras corría, hasta que las luces del castillo de Ubaldo desaparecieron a sus espaldas. Involuntariamente, se había dirigido hacia su propio castillo, al que llegó cuando amanecía.

Había amanecido de nuevo un claro día de otoño, como aquel de muchos años antes, cuando se había marchado del castillo. El recuerdo de aquel tiempo y el dolor por el perdido esplendor de la gloria de su juventud se apoderaron de toda su alma. Los altos tilos del jardín susurraban como antaño, pero la desolación reinaba por todos lados y el viento silbaba a través de los arcos en ruinas.

Entró en el jardín. Estaba desierto y destruido. Solo algunas flores tardías brillaban acá y allá sobre la hierba amarillenta. Sobre una rama un pájaro cantaba una maravillosa canción que llenaba el corazón de una gran nostalgia.

Era la misma melodía que oyera junto a las ventanas del castillo de Ubaldo. Con terror reconoció también al hermoso y dorado pájaro del

bosque encantado. Asomado a una ventana del castillo había un hombre alto, pálido y manchado de sangre. Era la imagen de Ubaldo.

Horrorizado, Raimundo alejó la mirada de esa visión y fijó los ojos en la claridad de la mañana. De repente, vio avanzar por el valle a la hermosa doncella a lomos de un brioso corcel. Estaba en la flor de su juventud. Plateados hilos del verano flotaban a sus espaldas; la gema de su diadema arrojaba desde su frente rayos de verde oro sobre la llanura.

Raimundo, enloquecido, salió del jardín y persiguió a la dulce figura, precedido del extraño canto del pájaro.

A medida que avanzaba, la canción se transformaba en la vieja melodía del cuerno de caza, que en otro tiempo le sedujera.

Mis rizos de oro ondean
Y florece mi joven cuerpo dulcemente,

oyó, como si fuera un eco en la lejanía…

Y los arroyos que en el valle silencioso,
Se alejan susurrantes.

Su castillo, las montañas, y el mundo entero, todo se hundió a sus espaldas.

Y el cálido saludo de amor,
Te ofrece el eco de los cuernos de caza.
¡Dulce amor, ven antes de que callen!

resonó una vez más.

Vencido por la locura, el pobre Raimundo siguió tras la melodía por lo profundo del bosque. Desde entonces nadie le ha vuelto a ver.

EL HOMBRE DE ARENA

Ernst Theodor Amadeus Hoffmann

(Der Sandmann, 1817)

Es el cuento más célebre de Hoffmann: fue la fuente principal de la ópera de Offenbach; ha dado pie a un ensayo de Freud sobre lo «perturbador». Escoger uno entre los muchos cuentos de Hoffmann es difícil: si elijo Der Sandmann no es por confirmar la elección más obvia, sino porque este cuento me parece en verdad el más representativo del máximo autor del género durante el siglo XIX (1766-1822), el más rico en sugestión y el de mayor contenido narrativo. El descubrimiento del inconsciente acontece aquí, en la literatura fantástica romántica, casi cien años antes de que aparezca su primera definición teórica.

Las pesadillas infantiles de Nataniel —el cual identifica el coco que su madre le evocaba para que se durmiese con el siniestro personaje del abogado Coppelius, amigo de su padre, y se convence de que este es el ogro que arranca los ojos a los niños— le siguen acompañando de adulto. Mientras estudia en la ciudad, cree descubrir a Coppelius en el piamontés Coppola, vendedor de barómetros y gafas. El amor por la hija del profesor Spalanzani, Olimpia, que no es una muchacha, pese a lo que todos creen, sino un maniquí (este tema del autómata, de la muñeca, reaparecerá con frecuencia en la literatura fantástica), se ve trastornado por nuevas apariciones de Coppola-Coppelius hasta que se consuma la locura de Nataniel.

Nataniel a Lotario

SIN duda estaréis inquietos porque hace tanto tiempo que no os escribo. Mamá estará enfadada y Clara pensará que vivo en tal torbellino de alegría que he olvidado por completo la dulce imagen angelical tan

profundamente grabada en mi corazón y en mi alma. Pero no es así; cada día, cada hora, pienso en vosotros y el rostro encantador de Clara vuelve una y otra vez en mis sueños; sus ojos transparentes me miran con dulzura, y su boca me sonríe como antaño, cuando volvía junto a vosotros. ¡Ay de mí! ¿Cómo podría haberos escrito con la violencia que anidaba en mi espíritu y que hasta ahora ha turbado todos mis pensamientos? ¡Algo espantoso se ha introducido en mi vida! Sombríos presentimientos de un destino cruel y amenazador se ciernen sobre mí, como nubes negras, impenetrables a los alegres rayos del sol. Debo decirte lo que me ha sucedido. Debo hacerlo, es preciso, pero solo con pensarlo oigo a mi alrededor risas burlonas. ¡Ay, querido Lotario, cómo hacer para intentar solamente que comprendas que lo que me sucedió hace unos días ha podido turbar mi vida de una forma terrible! Si estuvieras aquí, podrías ver con tus propios ojos; pero ciertamente piensas ahora en mí como en un visionario absurdo. En pocas palabras, la horrible visión que tuve, y cuya mortal influencia intento evitar, consiste simplemente en que, hace unos días, concretamente el 30 de octubre a mediodía, un vendedor de barómetros entró en mi casa y me ofreció su mercancía. No compré nada y le amenacé con precipitarle escaleras abajo, pero se marchó al instante.

Sospechas sin duda que circunstancias concretas que han marcado profundamente mi vida, conceden relevancia a este insignificante acontecimiento, y así es en efecto. Reúno todas mis fuerzas para contarte con tranquilidad y paciencia algunas cosas de mi infancia que aportarán luz y claridad a tu espíritu. En el momento de comenzar te veo reír y oigo a Clara que dice: «¡son auténticas chiquilladas!». ¡Reíros! ¡Reíros de todo corazón, os lo suplico! Pero ¡Dios del cielo!, mis cabellos se erizan, y me parece que os conjuro a burlaros de mi en el delirio de la desesperación, como Franz Moor conjuraba a Daniel[1]. Vamos al hecho en cuestión.

Salvo en las horas de las comidas, mis hermanos y yo veíamos a mi padre bastante poco. Estaba muy ocupado en su trabajo. Después de la cena, que, conforme a las antiguas costumbres, se servía a las siete, íbamos todos, nuestra madre con nosotros, al despacho de nuestro

padre, y nos sentábamos a una mesa redonda. Mi padre fumaba su pipa y bebía un gran vaso de cerveza. Con frecuencia nos contaba historias maravillosas, y sus relatos le apasionaban tanto que dejaba que su pipa se apagase; yo estaba encargado de encendérsela de nuevo con una astilla prendida, lo cual me producía un indescriptible placer. También a menudo nos daba libros con láminas; y permanecía silencioso e inmóvil en su sillón apartando espesas nubes de humo que nos envolvían a todos como la niebla. En este tipo de veladas, mi madre estaba muy triste, y apenas oía sonar las nueve, exclamaba: «Vamos niños, a la cama… ¡el Hombre de Arena está al llegar…! ¡Ya le oigo!». Y, en efecto, se oían entonces retumbar en la escalera graves pasos; debía ser el Hombre de Arena. En cierta ocasión, aquel ruido me produjo más escalofrío que de costumbre y pregunté a mi madre mientras nos acompañaba:

—¡Oye mamá! ¿Quién es ese malvado Hombre de Arena que nos aleja siempre del lado de papá? ¿Qué aspecto tiene?

—No existe tal Hombre de Arena, cariño —me respondió mi madre—. Cuando digo: viene el Hombre de Arena, quiero decir que tenéis que ir a la cama y que vuestros párpados se cierran involuntariamente como si alguien os hubiera tirado arena a los ojos.

La respuesta de mi madre no me satisfizo y mi infantil imaginación adivinaba que mi madre había negado la existencia del Hombre de Arena para no asustarnos. Pero yo le oía siempre subir las escaleras.

Lleno de curiosidad, impaciente por asegurarme de la existencia de este hombre, pregunté a una vieja criada que cuidaba de la más pequeña de mis hermanas, quién era aquel personaje.

—¡Ah mi pequeño Nataniel! —me contestó—, ¿no lo sabes? Es un hombre malo que viene a buscar a los niños cuando no quieren irse a la cama y les arroja un puñado de arena a los ojos haciéndoles llorar sangre. Luego, los mete en un saco y se los lleva a la luna creciente para divertir a sus hijos, que esperan en el nido y tienen picos encorvados como las lechuzas para comerles los ojos a picotazos.

Desde entonces, la imagen del Hombre de Arena se grabó en mi espíritu de forma terrible; y, por la noche, en el instante en que las escaleras retumbaban con el ruido de sus pasos, temblaba de ansiedad y

de horror; mi madre solo podía entonces arrancarme estas palabras ahogadas por mis lágrimas: «¡El Hombre de Arena! ¡El Hombre de Arena!». Corría al dormitorio y aquella terrible aparición me atormentaba durante toda la noche.

Yo tenía ya la edad suficiente como para pensar que la historia del Hombre de Arena y sus hijos en el nido de la luna creciente, según la contaba la vieja criada, no era del todo exacta pero, sin embargo, el Hombre de Arena siguió siendo para mí un espectro amenazador. El terror se apoderaba de mí cuando le oía subir al despacho de mi padre. Algunas veces duraba su ausencia largo tiempo; luego, sus visitas volvían a ser frecuentes; aquello duró varios años. No podía acostumbrarme a tan extraña aparición, y la sombría figura de aquel desconocido no palidecía en mi pensamiento. Su relación con mi padre ocupaba cada vez más mi imaginación, la idea de preguntarle a él me sumía en un insuperable temor, y el deseo de indagar el misterio, de ver al legendario Hombre de Arena, aumentaba en mí con los años. El Hombre de Arena me había deslizado en el mundo de lo fantástico, donde el espíritu infantil se introduce tan fácilmente. Nada me complacía tanto como leer o escuchar horribles historias de genios, brujas y duendes; pero, por encima de todas las escalofriantes apariciones, prefería la del Hombre de Arena que dibujaba con tiza y carbón en las mesas, en los armarios y en las paredes bajo las formas más espantosas. Cuando cumplí diez años, mi madre me asignó una habitación para mí solo, en el corredor, no lejos de la de mi padre. Como siempre, al sonar las nueve, el desconocido se hacía oír, y había que retirarse. Desde mi habitación, le oía entrar en el despacho de mi padre, y poco después, me parecía que un imperceptible vapor se extendía por toda la casa. La curiosidad por ver al Hombre de Arena de la forma que fuese crecía en mí cada vez más. Alguna vez abrí mi puerta, cuando mi padre ya se había ido, y me deslicé en el corredor; pero no pude oír nada, pues siempre habían cerrado ya la puerta cuando alcanzaba la posición adecuada para poder verle. Finalmente, empujado por un deseo irresistible, decidí esconderme en el gabinete de mi padre, y esperar allí mismo al Hombre de Arena.

Por el semblante taciturno de mi padre y por la tristeza de mi madre supe una noche que vendría el Hombre de Arena. Pretexté un enorme cansancio y abandonando la sala antes de las nueve fui a esconderme detrás de la puerta. La puerta de la calle crujió en sus goznes y lentos pasos, tardos y amenazadores, retumbaron desde el vestíbulo hasta las escaleras. Mi madre y los niños pasaron apresuradamente ante mí. Abrí despacio, muy despacio, la puerta del gabinete de mi padre. Estaba sentado, como de costumbre en silencio, y de espaldas a la puerta. No me vio, y corrí a esconderme detrás de una cortina que tapaba un armario en el que estaban colgados sus trajes. Después los pasos se oyeron cada vez más cerca, alguien tosía, resoplaba y murmuraba de forma singular. El corazón me latía de miedo y expectación. Muy cerca de la puerta, un paso sonoro, un golpe violento en el picaporte, los goznes giran ruidosamente. Adelanto a mi pesar la cabeza con precaución, el Hombre de Arena está en medio de la habitación ¡el resplandor de las velas ilumina su rostro! ¡El Hombre de Arena, el terrible Hombre de Arena es el viejo abogado Coppelius que a veces se sienta a nuestra mesa! Pero, el más horrible de los rostros no me hubiera causado más espanto que el de aquel Coppelius. Imagínate un hombre de anchos hombros con una enorme cabeza deforme, una tez mate, cejas grises y espesas bajo las que brillan dos ojos verdes como los de los gatos y una nariz gigantesca que desciende bruscamente sobre sus gruesos labios. Su boca torcida se encorva aún más con su burlona sonrisa; en sus mejillas dos manchas rojas y unos acentos a la vez sordos y silbantes se escapan de entre sus dientes irregulares. Coppelius aparecía siempre con un traje color ceniza, de una hechura pasada de moda, chaqueta y pantalones del mismo color, medias negras y zapatos con hebillas de estrás. Su corta peluca, que apenas cubría su cuello, terminaba en dos bucles pegados que soportaban sus grandes orejas, de un rojo vivo, e iba a perderse en un amplio tafetán negro que se desplegaba aquí y allá en su espalda y dejaba ver el broche de plata que sujetaba su lazo. Aquella cara ofrecía un aspecto horrible y repugnante, pero lo que más nos chocaba a nosotros, niños, eran aquellas grandes manos velludas y huesudas; cuando él las dirigía hacia algún objeto, nos guardábamos de tocarlo. Él

se había dado cuenta de esto y se complacía en tocar los pasteles o las frutas confitadas que nuestra madre había puesto sigilosamente en nuestros platos; entonces él gozaba viendo nuestros ojos llenos de lágrimas al no poder ya saborear por asco y repulsión las golosinas que él había rozado. Lo mismo hacía los días de fiesta, cuando nuestro padre nos servía un vasito de vino dulce. Entonces se apresuraba a coger el vaso y lo acercaba a sus labios azulados, y reía diabólicamente viendo cómo solo podíamos exteriorizar nuestra rabia con leves sollozos. Acostumbraba a llamarnos los animalitos; en presencia suya no nos estaba permitido decir una sola palabra y maldecíamos con toda nuestra alma a aquel personaje odioso, a aquel enemigo que envenenaba deliberadamente nuestra más pequeña alegría. Mi madre parecía odiar tanto como nosotros al repugnante Coppelius, pues, desde el instante en que aparecía, su dulce alegría y su despreocupada forma de ser, se tornaban en una triste y sombría gravedad. Nuestro padre se comportaba con Coppelius como si este perteneciera a un rango superior y hubiera que soportar sus desaires con buen ánimo. Nunca dejaba de ofrecerle sus platos favoritos y descorchaba en su honor vinos de reserva.

Al ver entonces a Coppelius me di cuenta de que ningún otro podía haber sido el Hombre de Arena; pero el Hombre de Arena ya no era para mí aquel ogro del cuento de la niñera que se lleva a los niños a la luna, al nido de sus hijos con pico de lechuza. No. Era una odiosa y fantasmagórica criatura que dondequiera que se presentase traía tormento y necesidad, causando un mal durable, eterno.

Yo estaba como embrujado, con la cabeza entre las cortinas, a riesgo de ser descubierto y cruelmente castigado. Mi padre recibió alegremente a Coppelius.

—¡Vamos, al trabajo! —exclamó el otro con voz sorda quitándose la levita.

Mi padre, con aire sombrío, se quitó su bata y los dos se pusieron unas túnicas negras. Mi padre abrió la puerta de un armario empotrado que ocultaba un profundo nicho donde había un horno. Coppelius se acercó, y del hogar se elevó una llama azul. Una gran cantidad de extrañas herramientas se iluminaron con aquella claridad. Pero ¡Dios

mío, qué extraña metamorfosis se había operado en los rasgos de mi anciano padre! Un dolor violento y terrible parecía haber cambiado la expresión honesta y leal de su fisonomía, que se había contraído de forma satánica. ¡Se parecía a Coppelius! Este manejaba unas pinzas incandescentes y atizaba los carbones ardientes del hogar. Creí ver a su alrededor figuras humanas, pero sin ojos. En su lugar había cavidades negras, profundas, horribles.

—¡Ojos, ojos! —gritaba Coppelius con voz sorda, amenazadora.

Grité y caí al suelo violentamente abatido por el miedo. Entonces Coppelius me cogió.

—¡Pequeña bestia! ¡Pequeña bestia! —dijo haciendo crujir los dientes de un modo espantoso. Diciendo esto me arrojó al horno, cuya llama prendía ya mis cabellos.

—Ahora —exclamó— ya tenemos ojos, ¡ojos! ¡Un hermoso par de ojos de niño! Y con sus manos cogió del hogar un puñado de carbones ardientes que se disponía a arrojar a mis ojos, cuando mi padre, con las manos juntas le imploró:

—¡Maestro! ¡Maestro! ¡Deja los ojos a mi Nataniel! ¡Déjaselos!

Coppelius se echó a reír de forma estrepitosa.

—Que el niño conserve sus ojos para que estos realicen su trabajo en el mundo; pero, puesto que está aquí, observemos atentamente el mecanismo de sus pies y de sus manos.

Sus dedos apretaron todas las articulaciones de mis miembros, que crujieron, y me retorció las manos y los pies de una forma y de otra.

—¡Esto no está del todo bien! ¡Tan bien como estaba! ¡El viejo lo ha entendido perfectamente!

Coppelius murmuraba esto mientras me retorcía; pero pronto, todo se volvió oscuro y confuso a mi alrededor; un dolor nervioso agitó todo mi ser; no sentí nada más. Un vapor dulce y cálido se derramó sobre mi rostro; desperté como del sueño de la muerte. Mi madre estaba inclinada sobre mí.

—¿Está aquí el Hombre de Arena? —balbucí.

—No, mi niño, está muy lejos; se fue hace mucho, no te hará daño.

Así decía mi madre, y me besaba estrechando contra su corazón al niño querido que le era devuelto.

¿Para qué cansarte por más tiempo con estas historias, querido Lotario? Fui descubierto y cruelmente maltratado por Coppelius. La ansiedad y el miedo me causaron una ardiente fiebre que padecí durante algunas semanas; «¿Está aún aquí el Hombre de Arena?». Estas fueron las primeras palabras de mi salvación y el primer signo de mi curación. Solo me queda contarte el instante más horrible de mi infancia; después te habrás convencido de que no hay que acusarles a mis ojos de que todo me parezca sin color en la vida; pues un sombrío destino ha levantado una densa nube ante todos los objetos, y solo mi muerte podrá disiparla.

Coppelius no volvió a aparecer, se dijo que había abandonado la ciudad.

Había transcurrido un año, y cierta noche, según la antigua e invariable costumbre, estábamos sentados en la mesa redonda. Nuestro padre estaba muy alegre y nos contaba historias divertidas que le habían sucedido en los viajes de su juventud. En el momento en que el reloj daba las nueve oímos sonar los goznes de la puerta de la casa, y unos graves pasos retumbaron desde el vestíbulo hasta las escaleras.

—¡Es Coppelius! —dijo mi madre palideciendo.

—Sí, es Coppelius —repitió mi padre con voz entrecortada.

Las lágrimas asomaron a los ojos de mi madre:

—¡Padre!, ¿es preciso?

—Por última vez —respondió—. Viene por última vez, te lo juro. Ve con los niños. Buenas noches.

Yo estaba petrificado, me faltaba el aire. Mi madre, viéndome inmóvil, me cogió del brazo.

—Ven, Nataniel —me dijo. Me dejé llevar a mi habitación—. Estate tranquilo y acuéstate. ¡Duerme! —me dijo al irse. Pero un terror invencible me agitaba y no pude cerrar los ojos. El horrible, el odioso Coppelius estaba ante mí, con sus ojos destellantes, sonriéndome hipócrita, e intentaba alejar su imagen. Era cerca de media noche cuando se oyó un golpe violento, como la detonación de un arma de fuego. La

casa entera se tambaleó, alguien pasó corriendo por delante de mi cuarto y la puerta de la calle se cerró estrepitosamente de un porrazo.

—¡Es Coppelius! —grité fuera de mí, y salté de la cama. Oí gemidos; corrí a la habitación de mi padre, la puerta estaba abierta, se respiraba un humo asfixiante, y una criada gritaba:

—¡El señor! ¡El señor!

Delante del horno encendido, en el suelo, yacía mi padre, muerto, con la cara destrozada. Mis hermanas, de rodillas a su alrededor, clamaban y gemían. Mi madre había caído inmóvil junto a su marido.

—¡Coppelius, monstruo infame! ¡Has asesinado a mi padre! —grité. Y caí sin sentido. Dos días más tarde cuando colocaron su cuerpo en el ataúd, sus rasgos habían vuelto a ser serenos y dulces como lo fueron durante toda su vida. Aquella imagen mitigó mi dolor, pensé que su alianza con el infernal Coppelius no le había llevado a la condenación eterna.

La explosión había despertado a los vecinos, el suceso causó sensación, y las autoridades, que tuvieron conocimiento del mismo, requirieron la presencia de Coppelius. Pero había desaparecido de la ciudad sin dejar rastro.

Si te dijera, querido amigo, que el vendedor de barómetros no era otro sino el miserable Coppelius, comprenderías el horror que me produjo tan desgraciada y enemiga aparición. Llevaba otro traje, pero los rasgos de Coppelius están demasiado profundamente marcados en mi alma como para poder equivocarme. Además, Coppelius ni siquiera ha cambiado de nombre. Se hace pasar aquí —según tengo oído—, por un mecánico piamontés llamado Giuseppe Coppola.

Estoy decidido a vengar la muerte de mi padre, pase lo que pase. No digas nada a mi madre de este encuentro cruel. Saluda a la encantadora Clara; le escribiré con una mayor presencia de ánimo.

Queda con Dios, etcétera.

Clara a Nataniel

Es cierto que hace mucho que no me has escrito pero creo, sin embargo, que me llevas en tu alma y en tus pensamientos; pues pensabas vivamente en mí cuando, queriendo enviar tu última carta a mi hermano Lotario la suscribiste a mi nombre. La abrí con alegría y solo me di cuenta de mi error al ver estas palabras: «¡Ay, mi querido Lotario!». Sin duda no debería haber seguido leyendo y debí entregar la carta a mi hermano. Alguna vez me has reprochado entre risas el que yo tuviera un espíritu tan apacible y tranquilo que si la casa se derrumbara, antes que huir, colocaría en su sitio una cortina mal puesta; pero apenas podía respirar y todo daba vueltas ante mis ojos, mi querido Nataniel, al saber la infortunada causa que ha turbado tu vida. Separación eterna, no verte nunca más, este presentimiento me atravesaba como un puñal ardiente. Leí y volví a leer. Tu descripción del repugnante Coppelius es horrible. Así he sabido la forma cruel en que murió tu anciano y venerable padre. Mi hermano, a quien remití lo que le pertenecía, intentó tranquilizarme, sin conseguirlo. El fatal vendedor de barómetros Giuseppe Coppola me perseguía, y casi me avergüenza confesar que ha turbado, con terribles imágenes, mi sueño siempre profundo y tranquilo. Pero de pronto, desde la mañana siguiente, todo me parece distinto. No estés enfadado conmigo, amor mío, si Lotario te dice que a pesar de tus funestos presentimientos sobre Coppelius no se altera mi serenidad en absoluto. Te diré sinceramente lo que pienso. Las cosas terribles de que hablas tienen su origen dentro de ti mismo, el mundo exterior y real tiene poco que ver. El viejo Coppelius sin duda era repelente, pero, como odiaba a los niños, esto producía en vosotros, niños, verdadero horror hacia él.

El Hombre de Arena de la niñera se asoció en tu imaginación infantil al viejo Coppelius quien, sin que te dieras cuenta, permaneció en ti como un fantasma de tus primeros años. Sus entrevistas nocturnas con tu padre no tenían otro objeto que realizar experimentos de alquimia, cosa que afligía a tu madre pues posiblemente costara mucho dinero; y aquella ocupación, además de llenar a su esposo de una engañosa esperanza de sabiduría, le apartaba del cuidado de su familia. Tu padre sin duda causó su muerte por imprudencia suya, y Coppelius no es culpable. ¿Creerías

que ayer pregunté a un viejo vecino boticario si los experimentos químicos podían causar explosiones mortales? Asintió describiéndome largamente a su manera cómo se hacían tales cosas, citándome gran número de palabras extrañas que no he podido retener en mi memoria. Ahora vas a enfadarte con tu Clara; dices: «en su frío espíritu no entra ni un solo rayo misterioso de los que tantas veces abrazan al hombre con sus alas invisibles; ella percibe tan solo la superficie coloreada del mundo y se alegra como un niño a la vista de frutas cuya dorada cáscara esconde un mortal veneno».

¡Ah, mi bienamado Nataniel! ¿Acaso no piensas que el sentimiento de un poder enemigo que se agita de manera funesta sobre nuestro ser, no puede penetrar en las almas sonrientes y serenas? Perdóname, si yo, una simple jovencita, intento expresar lo que siento ante la idea de una lucha semejante. Quizá no encuentro las palabras adecuadas y tú te ríes, no de mis pensamientos, sino de mi torpeza para expresarlos. Si realmente existe un poder oculto que tan traidoramente hunde sus garras en nuestro interior para cogernos y arrastrarnos a un camino peligroso que habríamos evitado, si tal fuerza existe, debe doblegarse ante nosotros mismos, pues solo así ganará nuestra confianza y un lugar en nuestro corazón, lugar que necesita para realizar su obra. Si tenemos la suficiente firmeza, el valor necesario para reconocer el camino hacia el que deben conducirnos nuestra vocación y nuestras inclinaciones, para caminar con paso tranquilo, nuestro enemigo interior perecerá en los vanos esfuerzos que haga por ilusionarnos. También es cierto, añade Lotario, que la tenebrosa presencia a la que nos entregamos, crea con frecuencia en nosotros imágenes tan atrayentes que nosotros mismos producimos el engaño que nos consume. Es el fantasma de nuestro propio Yo cuya influencia mueve nuestra alma y nos sumerge en el infierno o nos conduce al cielo. ¡Te das cuenta, querido Nataniel! Mi hermano y yo hemos hablado de oscuras fuerzas y poderes que a mí, después de haber escrito, no sin esfuerzo, lo más importante, se me aparecen sosegadas, profundas. Las últimas palabras de Lotario no las entiendo del todo bien, solo intuyo lo que piensa, y sin embargo, me parece rigurosamente cierto. Te lo suplico, aparta de tu pensamiento al

odioso abogado Coppelius y al vendedor de barómetros Coppola. Convéncete de que esas extrañas figuras no tienen influencia sobre ti. Solo la creencia en su poder enemigo las vuelve enemigas. Si cada línea de tu carta no expresara la profunda exaltación de tu espíritu, si el estado de tu alma no afligiera mi corazón, podría bromear sobre tu Hombre de Arena y tu abogado alquimista. ¡Alégrate! Me he prometido estar a tu lado como un ángel guardián y arrojar al odioso Coppola de una loca carcajada si viniera a turbar tu sueño. No le temo en absoluto, ni a él ni a sus horribles manos que no podrían estropearme las golosinas ni arrojarme arena a los ojos.

Hasta siempre, mi bienamado Nataniel, etcétera.

Nataniel a Lotario

Me resulta muy penoso el que Clara, por un error que causó mi negligencia, haya roto el sello de mi carta y la haya leído. Me ha escrito una epístola llena de una profunda filosofía, según la cual me demuestra explícitamente que Coppelius y Coppola solo existen en mi interior y que se trata de fantasmas de mi Yo que se verán reducidos a polvo en cuanto los reconozca como tales. Uno jamás podría imaginar que el espíritu que brilla en sus claros y estremecedores ojos, como un delicioso sueño, sea tan inteligente y pueda razonar de una forma tan metódica. Se apoya en tu autoridad. ¡Habéis hablado de mí los dos juntos! Le has dado un curso de lógica para que pueda ver las cosas con claridad y razonadamente. ¡Déjalo! Además, es cierto que el vendedor de barómetros Coppola no es el viejo abogado Coppelius. Asisto a las clases de un profesor de física de origen italiano que acaba de llegar a la ciudad, un célebre naturalista llamado Spalanzani. Conoce a Coppola desde hace muchos años, y por otra parte, es fácil observar su acento piamontés. Coppelius era alemán, pero no un alemán honesto. Aun así, no estoy del todo tranquilo. Tú y Clara podéis seguir considerándome un sombrío soñador, pero no puedo apartar de mí la impresión que Coppola y su espantoso rostro causaron en mí. Estoy contento de que haya abandonado la ciudad, según dice Spalanzani. Este profesor es un

personaje singular, un hombre rechoncho, de pómulos salientes, nariz puntiaguda y ojos pequeños y penetrantes. Te lo podrías imaginar mejor que con mi descripción mirando el retrato de Cagliostro realizado por Chodowiecki y que aparece en cualquier calendario berlinés; así es Spalanzani. Hace unos días subiendo a su apartamento observé que una cortina que habitualmente cubre una puerta de cristal estaba un poco separada. Ignoro yo mismo cómo me encontré mirando a través del cristal. Una mujer, alta, muy delgada, de armoniosa silueta, magníficamente vestida, estaba sentada con sus manos apoyadas en una mesa pequeña. Estaba situada frente a la puerta, y de este modo pude contemplar su rostro arrebatador. Pareció no darse cuenta de que la miraba, y sus ojos estaban fijos, parecían no ver; era como si durmiera con los ojos abiertos. Me sentí tan mal que corrí a meterme en el salón de actos que está justo al lado. Más tarde supe que la persona que había visto era la hija de Spalanzani, llamada Olimpia, a la que este guarda con celo, de forma que nadie puede acercarse a ella. Esta medida debe ocultar algún misterio, y Olimpia tiene sin duda alguna tara. Pero ¿por qué te escribo estas cosas? Podría contártelas personalmente. Debes saber que dentro de dos semanas estaré con vosotros. Tengo que ver a mi ángel, a mi Clara. Entonces podrá borrarse la impresión que se apoderó de mí (lo confieso), al leer su carta tan fatal y razonable. Por eso no le escribo hoy.

Mil abrazos, etcétera.

Nadie podría imaginar algo tan extraño y maravilloso como lo que le sucedió a mi pobre amigo, el joven estudiante Nataniel, y que voy a referirte, lector. ¿Acaso no has sentido alguna vez tu interior lleno de extraños pensamientos? ¿Quién no ha sentido latir su sangre en las venas y un rojo ardiente en las mejillas? Las miradas parecen buscar entonces imágenes fantásticas e invisibles en el espacio y las palabras se exhalan entrecortadas. En vano los amigos te rodean y te preguntan qué te sucede. Y tú querrías pintar con sus brillantes colores, sus sombras y sus luces destellantes, las vaporosas figuras que percibes, y te esfuerzas inútilmente en encontrar palabras para expresar tu pensamiento. Querrías reproducir con una sola palabra todo cuanto estas apariciones

tienen de maravilloso, de magnífico, de sombrío horror y de alegría inaudita, para sacudir a los amigos como con una descarga eléctrica, pero toda palabra, cada frase, te parece descolorida, glacial, sin vida. Buscas y rebuscas, y balbuces y murmuras, y las tímidas preguntas de tus amigos vienen a golpear, como el soplo del viento, tu ardiente imaginación hasta acabar apagándola. Pero si tú, como un hábil pintor, trazas un rápido esbozo de tales imágenes interiores, del mismo modo puedes también animar con poco esfuerzo los colores y hacerlos cada vez más brillantes, y las diversas figuras fascinan a los amigos que te ven en medio del mundo que tu alma ha creado. Debo confesar que, a mí, querido lector, nadie me ha preguntado por la historia del joven Nataniel; pero tú sabes que yo pertenezco a esa clase de autores que cuando se encuentra en el estado de ánimo que acabo de describir se imagina que cuantos le rodean, e incluso el mundo entero, le preguntan, «¿qué te pasa?, ¡cuéntanos!». Así, una fuerza poderosa me obliga a hablarte del fatal destino de Nataniel. Su vida singular me impresionaba, y por esta razón me atormentaba la idea de comenzar su historia de una manera significativa, original. «Erase una vez…» bonito principio, para aburrir a todo el mundo. «En la pequeña ciudad de S…, vivía…» algo mejor, si se tiene en cuenta que prepara ya el desenlace. O bien entrar *in medias res*: «—¡Váyase al diablo!—, exclamó colérico con los ojos llenos de furia y de espanto el estudiante Nataniel cuando el vendedor de barómetros Giuseppe Coppola…». Así había empezado ya a escribir cuando creí ver algo de burla en la enfurecida mirada de Nataniel, aunque la historia no es en absoluto divertida. No me vino a la mente ninguna frase que reflejara el estallido de colores de la imagen que brillaba en mi interior. Decidí entonces no empezar. Toma, querido lector, las tres cartas que mi amigo Lotario me invitó a compartir como el esbozo del cuadro que me esforzaré, en el curso de la narración, en animar cada vez con más colorido, lo mejor que pueda. Quizá consiga, como un buen retratista, dar a algún personaje un toque expresivo de manera que al verlo lo encuentres parecido al original, aun sin conocerlo, y te parecerá verlo en persona. Quizá creerás, lector, que no hay nada tan maravilloso y

fantástico como la vida real, y que el poeta se limita a recoger un pálido brillo, como en un espejo sin pulir.

Para que desde el principio quede claro lo que es necesario saber, hay que añadir como aclaración a las cartas que, inmediatamente después de la muerte del padre de Nataniel, Clara y Lotario, hijos de un pariente lejano también recientemente fallecido, fueron recogidos por la madre de aquel. Clara y Nataniel sintieron una fuerte inclinación mutua, contra la que nadie tuvo nada que oponer. Estaban, pues, prometidos cuando Nataniel abandonó la ciudad para proseguir sus estudios en G. Aquí se encuentra mientras escribe su última carta y asiste al curso del célebre profesor de física Spalanzani.

Ahora podría continuar mi relato tranquilamente, pero la imagen de Clara se presenta ante mis ojos tan llena de vida que no puedo apartarla de mí, como me pasaba siempre que me miraba dulcemente.

No podía decirse que Clara fuese bella, esto pensaban al menos los entendidos en belleza. Sin embargo, los arquitectos elogiaban la pureza de las líneas de su talle; los pintores decían que su nuca, sus hombros y su seno eran tal vez demasiado castos, pero todos amaban su maravillosa cabellera que recordaba a la de la Magdalena y coincidían en el color de su tez, digno de un Battoni. Uno de ellos, un auténtico extravagante, comparaba sus ojos a un lago de Ruisdael, donde se reflejan el azul del cielo, el colorido del bosque y las flores del campo, la vida apacible. Poetas y virtuosos iban más lejos y decían:

—¡Cómo habláis de lagos y de espejos! No podemos contemplar a esta muchacha sin que su mirada haga brotar de nuestra alma cantos y armonías celestes que nos sobrecogen y nos animan. ¿Acaso no cantamos nosotros también, y alguna vez hasta creemos leer en la tenue sonrisa de Clara, que es como un cántico, no obstante algunos tonos disonantes?

Así era, Clara poseía la imaginación alegre y vivaz de un niño inocente, un alma de mujer tierna y delicada, y una inteligencia penetrante y lúcida. Los espíritus ligeros y presuntuosos no tenían nada que hacer a su lado, pues ella, sin muchas palabras, conforme a su temperamento silencioso, parecía decirles con su mirada transparente y

su sonrisa irónica: «Queridos amigos, ¿pretendéis que mire vuestras tristes sombras como auténticas figuras animadas y con vida?». Por esta razón Clara fue acusada por muchos de ser fría, prosaica e insensible. Pero otros, que veían la vida con más claridad, amaban fervorosamente a esta joven y encantadora muchacha; pero nadie tanto como Nataniel, quien se dedicaba a las ciencias y a las artes con pasión. Clara le correspondía con toda su alma. Las primeras nubes de tristeza pasaron por su vida cuando se separó de ella. ¡Con cuánta alegría se arrojó en sus brazos cuando él, al volver a su ciudad natal, entró en casa de su madre, como había anunciado en su última carta a Lotario! Sucedió entonces lo que Nataniel había imaginado; en el momento en que volvió a ver a Clara desapareció la imagen del abogado Coppelius y la fatal y razonable carta de Clara, que tanto le había contrariado.

Sin embargo, Nataniel tenía razón cuando escribía a su amigo Lotario que su encuentro con el repugnante vendedor de barómetros había ejercido una funesta influencia en su vida. Todos sintieron desde los primeros días de su estancia que Nataniel había cambiado su forma de ser. Se hundía en sombrías ensoñaciones y se comportaba de un modo extraño, no habitual en él. La vida era solo sueños y presentimientos; hablaba siempre de cómo los hombres, creyéndose libres, son solo juguete de oscuros poderes, y humildemente deben conformarse con lo que el destino les depara. Aún iba más lejos, y afirmaba que era una locura creer que el arte y las ciencias pueden ser creados a nuestro antojo, puesto que la exaltación necesaria para crear no proviene de nuestro interior sino de una fuerza exterior de la que no somos dueños.

Clara no estaba de acuerdo con esos delirios místicos pero era inútil refutarlos. Solo cuando Nataniel afirmaba que Coppelius era el principio maligno que se había apoderado de él en el momento en que se escondió tras la cortina para observarle, y que aquel demonio enemigo turbaría su dichoso amor, Clara decía seriamente:

—Sí, Nataniel, tienes razón, Coppelius es un principio maligno y enemigo, puede actuar de forma espantosa, como una fuerza diabólica que se introduce visiblemente en tu vida, pero solo si no lo destierras de

tu pensamiento y de tu alma. Mientras tú creas en él, existirá; su poder está en tu credulidad.

Nataniel, irritado al ver que Clara solo admitía la existencia del demonio en su interior quiso probársela por medio de doctrinas místicas de demonios y fuerzas oscuras, pero Clara interrumpió la discusión con una frase indiferente, con gran disgusto de Nataniel. Pensó entonces que las almas frías encerraban estos profundos misterios sin saberlo, y que Clara pertenecía a esta naturaleza secundaria, por lo cual decidió hacer todo lo posible para iniciarla en tales secretos. Al día siguiente, mientras Clara preparaba el desayuno, fue a su lado y empezó a leer diversos pasajes de libros místicos, hasta que Clara dijo:

—Pero, mi querido Nataniel, ¿y si yo te considerase a ti como el principio diabólico que actúa contra mi café? Porque, si me pasara el día escuchándote mientras lees y mirándote a los ojos como tú quieres, el café herviría en el fuego y no desayunaríais ninguno. Nataniel cerró el libro de golpe y se dirigió malhumorado a su habitación.

En otro tiempo había escrito cuentos agradables y animados que Clara escuchaba con indescriptible placer, pero ahora, sus composiciones eran sombrías, incomprensibles, vagas, y podía sentir en el indulgente silencio de Clara, que no eran de su gusto. Nada era peor para Clara que el aburrimiento; su mirada y sus palabras dejaban ver que el sueño se apoderaba de ella. Las obras de Nataniel eran de hecho muy aburridas. Su disgusto por el frío y prosaico carácter de Clara fue en aumento, y Clara no podía vencer el mal humor que le producía el sombrío y aburrido misticismo de Nataniel; y así, sus almas se fueron alejando una de otra, sin que se dieran cuenta. La imagen del odioso Coppelius, como el mismo Nataniel podía reconocer, cada vez era más pálida en su fantasía, y hasta le costaba a menudo un esfuerzo darle vida y color en sus poemas, donde aparecía como un horrible espantajo del destino. Finalmente, el atormentado presentimiento de que Coppelius destruiría su amor le inspiró el tema de una de sus composiciones. Se describía a él mismo y a Clara unidos por un amor fiel, pero, de vez en cuando, una mano amenazadora aparecía en su vida y les arrebataba su alegría. Cuando por fin se encontraban ante el altar aparecía el horrible

Coppelius que tocaba los maravillosos ojos de Clara; estos saltaban al pecho de Nataniel como chispas sangrientas encendidas y ardientes, luego Coppelius se apoderaba de él, le arrojaba a un círculo de fuego que giraba con la velocidad de la tormenta y le arrastraba en medio de sordos bramidos. Es un rugido, como cuando el huracán azota la espuma de las olas en el mar, que se alzan, como negros gigantes de cabeza blanca, en furiosa lucha. En medio de aquel salvaje bramido oye la voz de Clara: «¿No puedes mirarme? Coppelius te ha engañado, no eran mis ojos los que ardían en tu pecho, eran ardientes gotas de sangre de tu propio corazón… yo tengo mis ojos, ¡mírame!». Nataniel piensa: Es Clara, y yo soy eternamente suyo. Es como si dominase el círculo de fuego donde se encuentra, y el sordo estruendo desaparece en un negro abismo. Nataniel mira los ojos de Clara, pero es la muerte la que le contempla amigablemente con los ojos de Clara.

Mientras Nataniel escribía el poema estaba muy tranquilo y reflexivo, limaba y perfeccionaba cada línea, y volcado por completo en la rima, no descansaba hasta conseguir que todo fuera puro y armonioso. Cuando terminó y leyó el poema en voz alta, el horror se apoderó de él y exclamó espantado:

—¿De quién es esa horrible voz?

Enseguida le pareció, sin embargo, que había escrito un poema excelente, y que podría inflamar el frío ánimo de Clara, sin darse cuenta de que así conseguiría sobresaltarla con terribles imágenes presagiando un destino fatal que destruiría su amor.

Nataniel y Clara se hallaban sentados en el pequeño jardín de su madre. Clara estaba muy alegre, porque Nataniel, desde hacía tres días, durante los cuales había trabajado en el poema, no la había atormentado con sus sueños y presentimientos. También Nataniel hablaba con entusiasmo y alegría de cosas divertidas, de modo que Clara dijo:

—Ahora vuelvo a tenerre, ¿ves cómo hemos desterrado al odioso Coppelius?

Nataniel entonces se acordó de que llevaba el poema en el bolsillo, y de que deseaba leérselo, sacó las hojas y comenzó su lectura.

Clara, esperando algo aburrido como de costumbre, y resignándose, empezó a hacer punto. Pero, del mismo modo que se van levantando los negros y cada vez más sombríos nubarrones, dejó caer su labor y miró fijamente a Naraniel a los ojos. Este seguía su lectura fascinado, con las mejillas encendidas y los ojos llenos de lágrimas. Cuando terminó suspiró profundamente abatido, cogió la mano de Clara y sollozando exclamó desconsolado:

—¡Ah, Clara, Clara! —Clara le estrechó contra su pecho y le dijo dulcemente pero seria:

—Nataniel, querido Nataniel, ¡arroja al fuego esa loca y absurda historia!

Nataniel se levantó indignado y exclamó apartándose de Clara:

—Eres un autómata inanimado y maldito —y se alejó corriendo.

Clara se echó a llorar amargamente, y decía entre sollozos:

—Nunca me ha amado, pues no me comprende.

Lotario apareció en el cenador y Clara tuvo que contarle lo que había sucedido; como amaba a su hermana con toda su alma, cada una de sus quejas caía como una chispa en su interior de tal modo que el disgusto que llevaba en su corazón desde hacía tiempo contra el visionario Nataniel se transformó en una cólera terrible. Corrió tras él y le reprochó con tan duras palabras su loca conducta para con su querida hermana que el fogoso Nataniel contestó de igual manera. Los insultos de fatuo, insensato y loco, fueron contestados por los de desgraciado y vulgar. El duelo era inevitable. Decidieron batirse a la mañana siguiente detrás del jardín y conforme a las reglas académicas con afilados floretes. Se separaron sombríos y silenciosos. Clara había oído la violenta discusión, y al ver que el padrino traía los floretes al atardecer, presintió lo que iba a ocurrir.

Llegados al lugar del desafío se quitaron las levitas en medio de un hondo silencio, e iban a abalanzarse uno sobre otro con los ojos relampagueantes de ardor sangriento cuando apareció Clara en la puerta del jardín. Separándolos, exclamó entre sollozos:

—¡Locos, salvajes, tendréis que matarme a mí antes que uno de vosotros caiga!, porque ¿cómo podría seguir viviendo en este mundo si

mi amado matara a mi hermano o mi hermano a mi amado?

Lotario dejó caer el arma y bajó los ojos en silencio; pero Nataniel sintió renacer dentro de sí toda la fuerza de su amor hacia Clara de la misma manera que lo había sentido en los hermosos días de la juventud. El arma homicida cayó de sus manos y se arrojó a los pies de Clara diciendo:

—¿Podrás perdonarme alguna vez tú, mi querida Clara, mi único amor? ¿Podrás perdonarme, querido hermano Lotario?

Lotario se conmovió al ver el profundo dolor de su amigo y derramando abundantes lágrimas se abrazaron los tres y se juraron permanecer unidos por el amor y la fidelidad.

A Nataniel le pareció haberse librado de una pesada carga que le oprimía, como si se hubiera liberado de un oscuro poder que amenazaba todo su ser. Permaneció aún durante tres felices días junto a sus bienamados hasta que regresó a G., donde debía permanecer un año más antes de volver para siempre a su ciudad natal.

A la madre de Nataniel se le ocultó todo lo referente a Coppelius, pues sabían que no podía pensar sin horror en aquel hombre a quien, al igual que Nataniel, culpaba de la muerte de su esposo.

¡Cuál no sería la sorpresa de Nataniel cuando al llegar a su casa vio que esta había ardido entera, y que solo quedaban de ella los muros y un montón de escombros! El fuego había comenzado en el laboratorio del químico, situado en el piso bajo; varios amigos, que vivían cerca de la casa incendiada, habían conseguido entrar valientemente en la habitación de Nataniel, situada en el último piso, y salvar sus libros, manuscritos e instrumentos que trasladaron a otra casa donde alquilaron una habitación en la que Nataniel se instaló. No se dio cuenta al principio de que el profesor Spalanzani vivía enfrente, y no llamó especialmente su atención observar que desde su ventana podía ver el interior de la habitación donde Olimpia estaba sentada a solas. Podía reconocer su silueta claramente, aunque los rasgos de su cara continuaban borrosos. Pero acabó por extrañarse de que Olimpia permaneciera en la misma posición, igual que la había descubierto la primera vez a través de la

puerta de cristal, sin ninguna ocupación, sentada junto a la mesita, con la mirada fija, invariablemente dirigida hacia él; tuvo que confesarse que no había visto nunca una belleza como la suya, pero la imagen de Clara seguía instalada en su corazón, y la inmóvil Olimpia le fue indiferente, y solo de vez en cuando dirigía una mirada furtiva por encima de su libro hacia la hermosa estatua, eso era todo. Un día estaba escribiendo a Clara cuando llamaron suavemente a la puerta. Al abrirla, vio el repugnante rostro de Coppola. Nataniel se estremeció; pero recordando lo que Spalanzani le había dicho de su compatriota Coppola y lo que le había prometido a su amada en relación con el Hombre de Arena, se avergonzó de su miedo infantil y reunió todas sus fuerzas para decir con la mayor tranquilidad posible:

—No compro barómetros, amigo, así que ¡váyase!

Pero Coppola, entrando en la habitación, le dijo con voz ronca, mientras su boca se contraía en una odiosa sonrisa y sus pequeños ojos brillaban bajo unas largas pestañas grises:

—¡Eh, no barómetros, no barómetros! ¡También tengo bellos ojos…, bellos ojos!

Nataniel espantado exclamó:

—¡Maldito loco! ¡Cómo puedes tú tener ojos! ¡Ojos!… ¡Ojos!…

Al instante puso Coppola a un lado los barómetros y empezó a sacar del inmenso bolsillo de su levita lentes y gafas que iba dejando sobre la mesa.

—Gafas para poner sobre la nariz. Esos son mis ojos, ¡bellos ojos! —y, mientras hablaba, seguía sacando más y más gafas, tantas que empezaron a brillar y a lanzar destellos sobre la mesa.

Miles de ojos centelleaban y miraban fijamente a Nataniel, pero él no podía apartar su mirada de la mesa, y Coppola continuaba sacando cada vez más gafas y cada vez eran más terribles las encendidas miradas que disparaban sus rayos sangrientos en el pecho de Nataniel.

Este, sobrecogido de terror, gritó:

—¡Detente, hombre maldito! —cogiéndole del brazo en el momento en que Coppola hundía de nuevo su mano en el bolsillo para sacar más lentes, por más que la mesa estuviera ya cubierta de ellas.

Coppola se separó de él suavemente con una sonrisa forzada, diciendo:

—¡Ah, no son para usted, pero aquí tengo bellos prismáticos! —y recogiendo los lentes empezó a sacar del inmenso bolsillo prismáticos de todos los tamaños.

En cuanto todas las gafas estuvieron guardadas, Nataniel se tranquilizó, y acordándose de Clara, se dio cuenta de que el horrible fantasma solo estaba en su interior, ya que Coppola era un gran mecánico y óptico, y en modo alguno el doble del maldito Coppelius. Por otra parte, las lentes que Coppola había extendido sobre la mesa no tenían nada de particular, y menos de fantasmagórico, por lo que Nataniel decidió, para reparar su extraño comportamiento, comprarle alguna cosa. Escogió unos pequeños prismáticos muy bien trabajados, y, para probarlos, miró a través de la ventana. Nunca en su vida había utilizado unos prismáticos con los que pudieran verse los objetos con tanta claridad y pureza. Involuntariamente miró hacia la estancia de Spalanzani. Olimpia estaba sentada, como de costumbre, ante la mesita, con los brazos apoyados y las manos cruzadas. Por primera vez podía Nataniel contemplar la belleza de su rostro. Solo los ojos le parecieron algo fijos, muertos. Sin embargo, a medida que miraba más y más a través de los prismáticos le parecía que los ojos de Olimpia irradiaban húmedos rayos de luna. Creyó que ella veía por primera vez y que sus miradas eran cada vez más vivas y brillantes. Nataniel permanecía como hechizado junto a la ventana, absorto en la contemplación de la belleza celestial de Olimpia…

Un ligero carraspeo le despertó como de un profundo sueño. Coppola estaba detrás de él:

—*Tre Zechini*. Tres ducados.

Nataniel, que había olvidado al óptico por completo, se apresuró a pagarle:

—¿No es verdad? ¡Buenos prismáticos, buenos prismáticos! —decía Coppola con su repugnante voz y su odiosa sonrisa.

—Sí, sí —respondió Nataniel contrariado—. Adiós, querido amigo.

Coppola abandonó la habitación, no sin antes lanzar una mirada de reojo sobre Nataniel, que le oyó reír a carcajadas al bajar la escalera.

—Sin duda —pensó Nataniel— se ríe de mí porque he pagado los prismáticos más caros de lo que valen, más caros de lo que valen.

Mientras decía estas palabras en voz baja le pareció oír en la habitación un profundo suspiro que le hizo contener la respiración sobrecogido de espanto. Se dio cuenta de que era él mismo quien había suspirado así. «Clara tenía razón —se dijo a sí mismo— al considerarme un visionario, pero lo absurdo, más que absurdo, es que la idea de haber pagado a Coppola los prismáticos más caros de lo que valen me produzca tal terror, y no encuentro cuál puede ser el motivo».

Se sentó de nuevo para terminar la carta a Clara, pero una mirada hacia la ventana le hizo ver que Olimpia aún estaba allí sentada, y al instante, empujado por una fuerza irresistible, cogió los prismáticos de Coppola y ya no pudo apartarse de la seductora mirada de Olimpia hasta que vino a buscarle su amigo Segismundo para asistir a clase del profesor Spalanzani.

A partir de aquel día, la cortina de la puerta de cristal estuvo totalmente echada, por lo que no pudo ver a Olimpia, y los dos días siguientes tampoco la encontró en la habitación, si bien apenas se apartó de la ventana mirando a través de los prismáticos. Al tercer día estaba la ventana cerrada. Lleno de desesperación y poseído de delirio y ardiente deseo, salió de la ciudad. La imagen de Olimpia flotaba ante él en el aire, aparecía en cada arbusto y le miraba con ojos radiantes desde el claro riachuelo. El recuerdo de Clara se había borrado, solo pensaba en Olimpia y gemía y sollozaba:

—Estrella de mi amor, ¿por qué te has alzado para desaparecer súbitamente y dejarme en una noche oscura y desesperada?

Cuando Nataniel volvió a su casa observó una gran agitación en la de Spalanzani. Las puertas estaban abiertas, y unos hombres metían muebles; las ventanas del primer piso estaban abiertas también, y unas atareadas criadas iban y venían mientras carpinteros y tapiceros daban golpes y martilleaban por toda la casa.

Nataniel, asombrado, se detuvo en mitad de la calle. Segismundo se le acercó sonriente y le dijo:

—¿Qué me dices de nuestro viejo amigo Spalanzani?

Nataniel aseguró que no podía decir nada, puesto que nada sabía de él, y que le sorprendía bastante que aquella casa silenciosa y sombría se viera envuelta en tan gran tumulto y actividad. Segismundo le dijo entonces que al día siguiente daba Spalanzani una gran fiesta con concierto y baile a la que estaba invitada media universidad. Se rumoreaba que Spalanzani iba a presentar por primera vez a su hija Olimpia, que hasta entonces había mantenido oculta, con extremo cuidado, a las miradas de todos. Nataniel encontró una invitación, y, con el corazón palpitante, se encaminó a la hora fijada a casa del profesor cuando empezaban a llegar los carruajes y resplandecían las luces de los adornados salones. La reunión era numerosa y brillante. Olimpia apareció ricamente vestida, con un gusto exquisito, Todos admiraron la perfección de su rostro y de su talle. La ligera inclinación de sus hombros parecía estar causada por la oprimida esbeltez de su cintura de avispa. Su forma de andar tenía algo de medido y de rígido, que causó mala impresión a muchos, y que fue atribuida a la turbación que le causaba tanta gente.

El concierto empezó. Olimpia tocaba el piano con una habilidad extrema, e interpretó un aria con voz tan clara y penetrante que parecía el sonido de una campana de cristal. Nataniel estaba fascinado; se encontraba en una de las últimas filas y el resplandor de los candelabros le impedía apreciar los rasgos de Olimpia. Sin ser visto, sacó los lentes de Coppola y miró a la hermosa Olimpia. ¡Ah!… entonces sintió las miradas anhelantes que ella le dirigía, y que a cada nota le acompañaba una mirada de amor que le atravesaba ardientemente. Las brillantes notas le parecían a Nataniel el lamento celestial de un corazón enamorado, y cuando finalmente la cadencia del largo trino resonó en la sala, le pareció que un brazo ardiente le ceñía y, extasiado, no pudo contenerse y exclamó en voz alta:

—¡Olimpia!

Todos los ojos se volvieron hacia él, algunos rieron. El organista de la catedral adoptó un aire sombrío y dijo simplemente:

—Bueno, bueno.

El concierto había terminado y el baile comenzó. «¡Bailar con ella…, bailar con ella!», era ahora su máximo deseo, su máxima aspiración, pero ¿cómo tener el valor de invitarla a ella, la reina de la fiesta?

Sin saber ni él mismo cómo, se encontró junto a Olimpia, a quien nadie había sacado aún; cuando comenzaba el baile y, después de intentar balbucir algunas palabras, tomó su mano. La mano de Olimpia estaba helada, y él se sintió atravesado por un frío mortal, miró a Olimpia fijamente a los ojos, que irradiaban amor y deseo, y al instante le pareció que el pulso empezaba a latir en su fría mano y que una sangre ardiente corría por sus venas. También Nataniel sentía en su interior una ardorosa voluptuosidad, rodeó la cintura de la hermosa Olimpia y cruzó con ella la multitud de invitados.

Creía haber bailado acompasadamente, pero la rítmica regularidad con que Olimpia bailaba y que algunas veces le obligaba a detenerse, le hizo observar enseguida que no seguía los compases. No quiso bailar con ninguna otra mujer, y hubiera matado a cualquiera que se hubiese acercado a Olimpia para solicitar un baile. Si Nataniel hubiera sido capaz de ver algo más que a Olimpia, no habría podido evitar alguna pelea, pues murmullos burlones y risas apenas sofocadas se escapaban de entre los grupos de jóvenes, cuyas curiosas miradas se dirigían a Olimpia, sin que se pudiera saber por qué.

Excitado por la danza y por el vino, había perdido su natural timidez. Sentado junto a Olimpia y con su mano entre las suyas le hablaba de su amor exaltado e inspirado con palabras que nadie, ni él ni Olimpia, habría podido comprender. O quizá Olimpia sí, pues le miraba fijamente a los ojos, y de vez en cuando suspiraba:

—¡Ah…, ah…, ah…!

A lo que Nataniel respondía:

—¡Oh, mujer celestial, divina criatura, luz que se nos promete en la otra vida, alma profunda donde todo mi ser se mira…! —y cosas parecidas.

Pero Olimpia suspiraba y contestaba solo:

—¡Ah…, ah…!

El profesor Spalanzani pasó varias veces junto a los felices enamorados y les sonrió con satisfacción.

Aunque Nataniel se encontraba en un mundo distinto, le pareció como si de pronto oscureciera en casa del profesor Spalanzani. Miró a su alrededor y observó espantado que las dos últimas velas se consumían y estaban a punto de apagarse. Hacía tiempo que el baile y la música habían cesado.

—¡Separarnos, separarnos! —exclamó furioso y desesperado Nataniel, besó la mano de Olimpia y se inclinó sobre su boca; sus labios ardientes se encontraron con los suyos helados. Se estremeció como cuando tocó por primera vez la fría mano de Olimpia, y la leyenda de la novia muerta le vino de pronto a la memoria; pero al abrazar y besar a Olimpia sus labios parecían cobrar el calor de la vida.

El profesor Spalanzani atravesó lentamente la sala vacía, sus pasos resonaban huecos y su figura, rodeada de sombras vacilantes, ofrecía un aspecto fantasmagórico.

—¿Me amas? ¿Me amas, Olimpia? ¡Solo una palabra! —murmuraba Nataniel.

Pero Olimpia, levantándose, suspiró solo:

—¡Ah…, ah…!

—¡Sí, amada estrella de mi amor! —dijo Nataniel—, ¡tú eres la luz que alumbrará mi alma para siempre!

—¡Ah…, ah…! —replicó Olimpia alejándose.

Nataniel la siguió, y se detuvieron delante del profesor.

—Ya veo que lo ha pasado muy bien con mi hija —dijo este sonriendo—: así que, si le complace conversar con esta tímida muchacha, su visita será bien recibida.

Nataniel se marchó llevando el cielo en su corazón.

Al día siguiente, la fiesta de Spalanzani fue el centro de las conversaciones. A pesar de que el profesor había hecho todo lo posible para que la reunión resultara espléndida, hubo numerosas críticas, y se dirigieron especialmente contra la muda y rígida Olimpia, a la que, a

pesar de su belleza, consideraron completamente estúpida; se pensó que esta era la causa por la que Spalanzani la había mantenido tanto tiempo oculta. Nataniel escuchaba estas cosas con rabia, pero callaba; pues pensaba que aquellos miserables no merecían que se les demostrara que era su propia estupidez la que les impedía conocer la belleza del alma de Olimpia.

—Dime, por favor, amigo —le dijo un día Segismundo—, dime, ¿cómo es posible que una persona sensata como tú se haya enamorado del rostro de cera de una muñeca?

Nataniel iba a responder encolerizado, pero se tranquilizó y contestó:

—Dime, Segismundo, ¿cómo es posible que los encantos celestiales de Olimpia hayan pasado inadvertidos a tus clarividentes ojos? Pero agradezco al destino el no tenerte como rival, pues uno de los dos habría tenido que morir a manos del otro.

Segismundo se dio cuenta del estado de su amigo y desvió la conversación diciendo que en amor era muy difícil juzgar, para luego añadir:

—Es muy extraño que la mayoría de nosotros haya juzgado a Olimpia del mismo modo. Nos ha parecido —no te enfades, amigo— algo rígida y sin alma. Su talle es proporcionado, al igual que su rostro, es cierto. Podría parecer bella si su mirada no careciera de rayos de vida, quiero decir, de visión. Su paso es extrañamente rítmico, y cada uno de sus movimientos parece provocado por un mecanismo. Su canto, su interpretación musical tiene ese ritmo regular e incómodo que recuerda el funcionamiento de una máquina, y pasa lo mismo cuando baila. Olimpia nos resulta muy inquietante, no queremos tener nada que ver con ella, porque nos parece que se comporta como un ser viviente pero pertenece a otra naturaleza distinta.

Nataniel no quiso abandonarse a la amargura que provocaron en él las palabras de Segismundo, hizo un esfuerzo para contenerse y respondió simplemente muy serio:

—Para vosotros, almas prosaicas y frías, Olimpia resulta inquietante. Solo al espíritu de un poeta se le revela una personalidad que le es

semejante. Solo a mí se han dirigido su mirada de amor y sus pensamientos, solo en el amor de Olimpia he vuelto a encontrarme a mí mismo. A vosotros no os parece bien que Olimpia no participe en conversaciones vulgares, como hacen las gentes superficiales. Habla poco, es verdad, pero esas pocas palabras son para mí como jeroglíficos de un mundo interior lleno de amor y de conocimientos de la vida espiritual en la contemplación de la eternidad. Ya sé que esto para vosotros no tiene ningún sentido, y es en vano hablar de ello.

—¡Que Dios te proteja, hermano! —dijo Segismundo dulcemente, de un modo casi doloroso—, pero pienso que vas por mal camino. Puedes contar conmigo si todo… no, no quiero decir nada más.

Nataniel comprendió de pronto que el frío y prosaico Segismundo acababa de demostrarle su lealtad y estrechó de corazón la mano que le tendía.

Había olvidado por completo que existía una Clara en el mundo a la que él había amado; su madre, Lotario, todos habían desaparecido de su memoria, vivía solamente para Olimpia, junto a quien permanecía, cada día, largas horas hablándole de su amor, de la simpatía de las almas y de las afinidades psíquicas, todo lo cual Olimpia escuchaba con una gran atención.

Nataniel sacó de los lugares más recónditos de su escritorio todo lo que había escrito, poesías, fantasías, visiones, novelas, cuentos, y todo esto se vio aumentado con toda clase de disparatados sonetos, estrofas, canciones que leía a Olimpia durante horas sin cansarse. Jamás había tenido una oyente tan admirable. No cosía ni tricotaba, no miraba por la ventana, no daba de comer a ningún pájaro, ni jugaba con ningún perrito, ni con su gato favorito, ni recortaba papeles o cosas parecidas, ni tenía que ocultar un bostezo con una tos forzada; en una palabra, permanecía horas enteras con los ojos fijos en él, inmóvil, y su mirada era cada vez más brillante y animada. Solo cuando Nataniel al terminar cogía su mano para besarla decía:

—¡Ah! ¡Ah! —y luego—, buenas noches, mi amor.

—¡Alma sensible y profunda! —exclamaba Nataniel en su habitación—: ¡Solo tú me comprendes!

Se estremecía de felicidad al pensar en las afinidades intelectuales que existían entre ellos y que aumentaban cada día; le parecía oír la voz de Olimpia en su interior que ella hablaba en sus obras. Debía ser así, pues Olimpia nunca pronunció otras palabras que las ya citadas. Pero cuando Nataniel se acordaba en los momentos de lucidez —por ejemplo, cuando se levantaba por las mañanas y en ayunas—, de la pasividad y del mutismo de Olimpia se decía:

—¿Qué son las palabras? ¡Palabras! La mirada celestial de sus ojos dice más que todas las lenguas. ¿Puede acaso una criatura del Cielo encerrarse en el círculo estrecho de nuestra forma de expresarnos?

El profesor Spalanzani parecía mirar con mucho agrado las relaciones de su hija con Nataniel, prodigándole a este todo tipo de atenciones, de modo que cuando se atrevió a insinuar un matrimonio con Olimpia, el profesor, con una gran sonrisa, dijo que dejaría a su hija elegir libremente.

Animado por estas palabras y con el corazón ardiente de deseos, Nataniel decidió pedirle a Olimpia al día siguiente que le dijera con palabras lo que sus miradas le daban a entender desde hacía tiempo, que sería suya para siempre. Buscó el anillo que su madre le diera al despedirse, para ofrecérselo a Olimpia, como símbolo de unión eterna. Las cartas de Clara y de Lotario cayeron en sus manos; las apartó con indiferencia, encontró el anillo y, poniéndoselo en el dedo, corrió de nuevo junto a Olimpia. Al subir las escaleras, y cuando se encontraba ya en el vestíbulo, oyó un gran estrépito que parecía venir del estudio de Spalanzani. Pasos, crujidos, golpes contra la puerta, mezclados con maldiciones y juramentos:

—¡Suelta! ¡Suelta de una vez!

—¡Infame!

—¡Miserable!

—¿Para esto he sacrificado mi vida? ¡Este no era el trato!

—¡Yo hice los ojos!

—¡Y yo los engranajes!

—¡Maldito perro relojero!

—¡Largo de aquí, Satanás!

—¡Fuera de aquí, bestia infernal!

Eran las voces de Spalanzani y del horrible Coppelius que se mezclaban y retumbaban juntas. Nataniel, sobrecogido de espanto, se precipitó en la habitación. El profesor sujetaba un cuerpo de mujer por los hombros, y el italiano Coppola tiraba de los pies, luchando con furia para apoderarse de él. Nataniel retrocedió horrorizado al reconocer el rostro de Olimpia; lleno de cólera quiso arrancar a su amada de aquellos salvajes, pero al instante, Coppola, con la fuerza de un gigante, consiguió hacerse con ella descargando al mismo tiempo un tremendo golpe sobre el profesor, que fue a caer sobre una mesa llena de frascos, cilindros y alambiques, que se rompieron en mil pedazos. Coppola se echó el cuerpo a la espalda y bajó rápidamente las escaleras profiriendo una horrible carcajada; los pies de Olimpia golpeaban con un sonido de madera en los escalones.

Nataniel permaneció inmóvil; había visto que el pálido rostro de cera de Olimpia no tenía ojos, y que en su lugar había unas negras cavidades; era una muñeca sin vida.

Spalanzani yacía en el suelo, en medio de cristales rotos que le habían herido en la cabeza, en el pecho y en un brazo, y sangraba abundantemente. Reuniendo fuerzas dijo:

—¡Corre tras él! ¡Corre! ¿A qué esperas? ¡Coppelius me ha robado mi mejor autómata! ¡Veinte años de trabajo! ¡He sacrificado mi vida! Los engranajes, la voz, el paso, eran míos; los ojos, te he robado los ojos, maldito, ¡corre tras él! ¡Devuélveme a mi Olimpia! ¡Aquí tienes los ojos!

Entonces vio Nataniel en el suelo un par de ojos sangrientos que le miraban fijamente. Spalanzani los recogió y se los lanzó al pecho. El delirio se apoderó de él y, confundidos sus sentidos y su pensamiento, decía:

—¡Huy… Huy…! ¡Círculo de fuego! ¡Círculo de fuego! ¡Gira, círculo de fuego! ¡Linda muñequita de madera, gira! ¡Qué divertido…!

Y precipitándose sobre el profesor le agarró del cuello. Le hubiera estrangulado, pero el ruido atrajo a algunas personas que derribaron y luego ataron al colérico Nataniel, salvando así al profesor. Segismundo,

aunque era muy fuerte, apenas podía sujetar a su amigo, que seguía gritando con voz terrible:

—Gira, muñequita de madera —pegando puñetazos a su alrededor. Finalmente consiguieron dominarle entre varios. Sus palabras seguían oyéndose como un rugido salvaje, y así, en su delirio, fue conducido al manicomio.

Antes de continuar, ¡oh amable lector!, con la historia del desdichado Nataniel, puedo decirte, ya que te interesarás por el mecánico y fabricante de autómatas Spalanzani, que se restableció completamente de sus heridas. Se vio obligado a abandonar la universidad porque la historia de Nataniel había producido una gran sensación y en todas partes se consideró intolerable el hecho de haber presentado en los círculos de té —donde había tenido cierto éxito— a una muñeca de madera. Los juristas encontraban el engaño tanto más punible cuanto que se había dirigido contra el público y con tanta astucia que nadie (salvo algunos estudiantes muy inteligentes) había sospechado nada, aunque ahora todos decían haber concebido sospechas al respecto. Para algunos, entre ellos un elegante asiduo a las tertulias de té, resultaba sospechoso el que Olimpia estornudase con más frecuencia que bostezaba, lo cual iba contra todas las reglas. Aquello era debido, según el elegante, al mecanismo interior que crujía de una manera distinta, etcétera. El profesor de poesía y elocuencia tomó un poco de rapé y dijo alegremente:

—Honorables damas y caballeros, no se dan cuenta de cuál es el quid del asunto. Todo ha sido una alegoría, una metáfora continuada. ¿Comprenden? *¡Sapienti sat!*

Pero muchas personas honorables no se contentaron con aquella explicación; la historia del autómata les había impresionado profundamente y se extendió entre ellos una terrible desconfianza hacia las figuras humanas. Muchos enamorados, para convencerse de que su amada no era una muñeca de madera, obligaban a esta a bailar y a cantar sin seguir los compases, a tricotar o a coser mientras les escuchaban en la lectura, a jugar con el perrito… etc., y, sobre todo, a no limitarse a escuchar, sino que también debía hablar, de modo que se apreciase su

sensibilidad y su pensamiento. En algunos casos, los lazos amorosos se estrecharon más, en otros, esto fue causa de numerosas rupturas.

—Así no podemos seguir, decían todos.

Ahora en los tés se bostezaba de forma increíble y no se estornudaba nunca para evitar sospechas.

Como ya hemos dicho, Spalanzani tuvo que huir para evitar una investigación criminal por haber engañado a la sociedad con un autómata. Coppola también desapareció.

Nataniel se despertó un día como de un sueño penoso y profundo, abrió los ojos, y un sentimiento de infinito bienestar y de calor celestial le invadió. Se hallaba acostado en su habitación, en la casa paterna, Clara estaba inclinada sobre él y, a su lado, su madre y Lotario.

—¡Por fin, por fin, querido Nataniel! ¡Te has curado de una grave enfermedad! ¡Otra vez eres mío!

Así hablaba Clara, llena de ternura, abrazando a Nataniel que murmuró entre lágrimas:

—¡Clara, mi Clara!

Segismundo, que no había abandonado a su amigo, entró en la habitación. Nataniel le estrechó la mano:

—Hermano, no me has abandonado.

Todo rastro de locura había desaparecido, y muy pronto los cuidados de su madre, de su amada y de los amigos le devolvieron las fuerzas. La felicidad volvió a aquella casa, pues un viejo tío, de quien nadie se acordaba, acababa de morir y había dejado a la madre en herencia una extensa propiedad cerca de la ciudad. Toda la familia se proponía ir allí, la madre, Nataniel y Clara, quienes iban a contraer matrimonio, y Lotario.

Nataniel estaba más amable que nunca, había recobrado la ingenuidad de su niñez y apreciaba el alma pura y celestial de Clara. Nadie le recordaba el pasado ni en el más mínimo detalle. Solo cuando Segismundo fue a despedirse de él le dijo:

—Bien sabe Dios, hermano, que estaba en el mal camino, pero un ángel me ha conducido a tiempo al sendero de la luz. Ese ángel ha sido Clara.

Segismundo no le permitió seguir hablando temiendo que se hundiera en dolorosos pensamientos.

Llegó el momento en que los cuatro, felices, iban a dirigirse hacia su casa de campo. Durante el día hicieron compras en el centro de la ciudad. La alta torre del ayuntamiento proyectaba su sombra gigantesca sobre el mercado.

—¡Vamos a subir a la torre para contemplar las montañas! —dijo Clara.

Dicho y hecho; Nataniel y Clara subieron a la torre, la madre volvió a casa con la criada, y Lotario, que no tenía ganas de subir tantos escalones, prefirió esperar abajo. Enseguida se encontraron los dos enamorados, cogidos del brazo, en la más alta galería de la torre contemplando la espesura de los bosques, detrás de los cuales se elevaba la cordillera azul, como una ciudad de gigantes.

—¿Ves aquellos arbustos que parecen venir hacia nosotros? —preguntó Clara. Nataniel buscó instintivamente en su bolsillo y sacó los prismáticos de Coppola. Al llevárselos a los ojos vio la imagen de Clara ante él. Su pulso empezó a latir con violencia en sus venas; pálido como la muerte, miró fijamente a Clara, sus ojos lanzaban chispas y empezó a rugir como un animal salvaje; luego empezó a dar saltos mientras decía riéndose a carcajadas:

—¡Gira muñequita de madera, gira! —y, cogiendo a Clara, quiso precipitarla desde la galería; pero, en su desesperación, Clara se agarró a la barandilla. Lotario oyó la risa furiosa del loco y los gritos de espanto de Clara; un terrible presentimiento se apoderó de él y corrió escaleras arriba. La puerta de la segunda escalera estaba cerrada. Los gritos de Clara aumentaban y, ciego de rabia y de terror, empujó la puerta hasta que cedió. La voz de Clara se iba debilitando:

—¡Socorro, salvadme, salvadme! —su voz moría en el aire.

—¡Ese loco va a matarla! —exclamó Lotario. También la puerta de la galería estaba cerrada. La desesperación le dio fuerzas y la hizo saltar de sus goznes. ¡Dios del cielo! Nataniel sostenía en el aire a Clara, que aún se agarraba con una mano a la barandilla. Lotario se apoderó de su hermana con la rapidez de un rayo, y golpeó en el rostro a Nataniel

obligándole a soltar la presa. Luego bajó la escalera con su hermana desmayada en los brazos. Estaba salvada.

Nataniel corría y saltaba alrededor de la galería gritando:

—¡Círculo de fuego, gira, círculo de fuego!

La multitud acudió al oír los salvajes gritos y entre ellos destacaba por su altura el abogado Coppelius, que acababa de llegar a la ciudad y se encontraba en el mercado. Cuando alguien propuso subir a la torre para dominar al insensato, Coppelius dijo riendo:

—Solo hay que esperar, ya bajará solo —y siguió mirando hacia arriba como los demás. Nataniel se detuvo de pronto y miró fijamente hacia abajo, y distinguiendo a Coppelius gritó con voz estridente:

—¡Ah, hermosos ojos, hermosos ojos! —y se lanzó al vacío.

Cuando Nataniel quedó tendido y con la cabeza rota sobre las losas de la calle, Coppelius desapareció.

Alguien asegura haber visto años después a Clara, en una región apartada, sentada junto a su dichoso marido ante una linda casa de campo. Junto a ellos jugaban dos niños encantadores. Se podría concluir diciendo que Clara encontró por fin la felicidad tranquila y doméstica que correspondía a su dulce y alegre carácter y que nunca habría disfrutado junto al fogoso y exaltado Nataniel.

LA HISTORIA DE WILLIE EL VAGABUNDO

Walter Scott

(Wandering Willie's Tale, 1824)

En este cuento histórico de Walter Scott sobre la Escocia del siglo XVII, el más allá se asemeja por completo a la existencia que las almas condenadas llevaban en vida: es un infierno feudal en el que se come, se bebe y se baila. Pero el ser vivo que por una intercesión autorizada (el diablo bajo la forma de un gentil hombre a caballo) pudiera pisar ese mundo, deberá guardarse de las tentaciones que allí se le ofrecen. ¡Ay de él si se lleva a los labios la flauta escocesa que se le pide tocar! Está incandescente por el fuego infernal. Y si acepta acercar a sus labios comida o bebida, jamás podrá volverse atrás. La prohibición de probar la comida del país de los muertos es una vieja creencia de la que encontramos huellas tanto en Homero (Ulises y los Lotófagos) como en las religiones orientales.

Las leyendas y las tradiciones locales constituyen una de las inagotables fuentes de la literatura fantástica. Aquí lo sobrenatural de las leyendas religiosas se mezcla con el arte de la novela histórica, del que Walter Scott (1771-1832) puede considerarse precursor; a ello se le añade la agilidad del relato contado de viva voz y un antecedente de historia policíaca. Otro elemento inesperado: el papel importante que juega un mono, animal que desde Bandello y el Renacimiento sirve a los efectos del género fantástico.

PUEDE que hayáis oído hablar de *Sir* Robert Redgauntlet, del señorío de Redgauntlet, que vivió en estas tierras hace ya mucho tiempo. Siempre se le recordará en la región; nuestros padres solían contener el aliento cuando oían su nombre. Ya estaba con los Highlanders en tiempos de Montrose y estuvo nuevamente en las colinas con Glencairn en el año de 1652; y cuando volvió el rey Carlos II ¿quién gozaba más de su favor sino el señor de Redgauntlet? Fue armado caballero en la

corte de Londres por la propia espada del rey. Y como era prelatista acérrimo vino a estas tierras, fiero como un león, con el nombramiento de teniente (y, por lo que sé, de loco) para aplastar a los Whigs y a los Covenanters del país. Y no se anduvo con contemplaciones. Porque los Whigs eran tan tercos como fieros los caballeros y se trataba de ver quien se cansaría primero. Redgauntlet era partidario de emplear mano dura y su nombre era tan conocido en el país como los de Claverhouse o Tom Dalyell. Ni valle, ni ladera, ni montaña, ni cueva servían para ocultar a la pobre gente de las montañas cuando Redgauntlet salía en su persecución con cuernos de caza y sabuesos, como si de ciervos se tratase. Y la verdad es que, cuando alcanzaban a alguien, no se andaban con más ceremonias que con un corzo. Tan solo le preguntaban: «¿Quieres prestar juramento?». Y si no: «Preparados, listos, ¡fuego!», y allí yacía el renegado.

Temido y odiado era *Sir* Robert a lo largo y ancho de la región. La gente pensaba que tenía tratos con el diablo, que era inmune al acero, y que las balas rebotaban en su armadura como el granizo en la piedra, que tenía una yegua que podía transformarse en liebre en la pared de Garrifra-gawns, y más cosas por el estilo, que contaré más adelante. La maldición más suave que le dirigían era: «¡Que el diablo se lleve a Redgauntlet!».

Sin embargo, no era un mal amo para los suyos, y sus vasallos le querían. Y los escuderos y soldados que cabalgaban con él durante las persecuciones, como llamaban los Whigs a aquellos tiempos turbulentos, hubieran estado dispuestos en cualquier momento a brindar a su salud hasta quedarse ciegos.

Pues bien, habéis de saber que mi abuelo vivía en los dominios de Redgauntlet. El lugar se llamaba Primrose-Knowe. Mi familia había vivido allí desde los tiempos de los bandoleros y aun antes. Era un sitio agradable, y estoy convencido de que el aire es más fresco y sano allí que en ninguna otra parte de la comarca. Hoy día está desierto. Hace solo tres días estuve sentado en el roto umbral de la puerta y me alegré de no poder ver la ruina en que se había convertido.

Pero me estoy desviando de mi historia. Allí habitaba mi abuelo, Sieenie Steenson, que había sido en su juventud algo bribón y un poco vagabundo y era un buen gaitero. Era famoso tocando Hoopers and Girders y no había en Cumberland quien le superase con Jockie Latin. Desde Berwick a Carlisle no había nadie mejor en la *back-lilt*. Los hombres como Steenie no tienen madera de *Whig*, así que se hizo *Tory*, como los llamaban entonces, lo que ahora llamamos jacobitas, simplemente porque sentía una especie de necesidad de pertenecer a uno de los dos bandos. No les tenía inquina a los Whigs y le gustaba poco ver correr la sangre, aunque, obligado como estaba a seguir a *Sir* Robert cuando salía a cazar, a reclutar, de vigilancia o de guardia, vio hacer muchas cosas malas y puede que no pudiese evitar hacer algún daño a su vez.

Resulta que Steenie era un poco el favorito de su señor, y conocía a toda la gente del castillo, y a menudo le mandaban buscar para que tocase la gaita mientras se divertían. Al viejo Dougal McCallum, el mayordomo, que había servido a *Sir* Robert en las duras y en las maduras, en los buenos y en los malos tiempos, en la adversidad y en la fortuna, le gustaba muchísimo la gaita, y de ahí le venía a mi abuelo su buen cartel ante el señor, porque Dougal hacía lo que quería con su amo.

Bueno, llegó la Revolución, que debiera de haber roto los corazones de Dougal y su amo. Pero el cambio no fue tan grande como ambos se temían y otros deseaban. Mucho fanfarronearon los Whigs sobre lo que le iban a hacer a sus viejos enemigos, y en especial a *Sir* Robert Redgauntlet. Pero había demasiados señores importantes comprometidos en el asunto como para poder hacer tabla rasa y empezar el mundo desde los cimientos, así que el Parlamento hizo la vista gorda; y *Sir* Robert, salvo que tuvo que conformarse con cazar zorros en vez de Covenanters, siguió siendo el hombre que siempre había sido. Sus fiestas eran tan ruidosas y sus salones estaban tan bien iluminados como siempre, aunque es posible que echara de menos las multas de los no conformistas que solían irle a engordar la despensa y la bodega; porque lo cierto es que empezó a interesarse por las rentas de sus vasallos mucho más de lo que acostumbraba. Y estos se esforzaban por pagar a

tiempo ya que, si no, el señor se disgustaba muchísimo. Y era tan temible que nadie se atrevía a provocar su ira, pues profería tales juramentos, se ponía tan furioso y adquiría un aspecto tan terrible que la gente pensaba que era el mismísimo demonio.

Bueno, mi abuelo no era un buen administrador, tampoco es que fuera despilfarrador, pero no tenía la virtud del ahorro, y se atrasó en dos recibos de la renta. Consiguió salir del primer aprieto el domingo de Pentecostés con buenas palabras y canciones de su gaita, pero, al llegar el día de San Martín, el oficial de guardia le transmitió la orden de que se presentase con la renta un día determinado o tendría que exiliarse del señorío. Arduo trabajo le costó conseguir el dinero. Pero tenía buenos amigos y por fin consiguió reunir el importe, mil monedas de plata. La mayor parte del dinero procedía de un vecino al que llamaban Laurie Lapraik, un zorro astuto. Laurie poseía todo tipo de riquezas, le ponía una vela a Dios y otra al Diablo y era *Whig* o *Tory*, pecador o santo según soplasen los vientos. Era un maestro en este mundo de la Revolución, pero le gustaba bastante un soplo de aire mundano de vez en cuando y alguna que otra canción de gaita y, sobre todo, pensó que hacía un buen negocio con el dinero que le prestaba a mi abuelo a cambio de todos los bienes de Primrose-Knowe como garantía.

Allá que se fue mi abuelo al castillo de Redgauntlet, con la bolsa pesada y el corazón ligero, contento de escapar a la ira de su señor. Bueno, pues lo primero de lo que se enteró en el castillo fue de que a *Sir* Robert le había dado un ataque de gota del enfado, porque no había aparecido antes de las doce. No era solo por el dinero, creía Dougal, sino porque no le gustaba tener que prescindir de mi abuelo. Dougal se alegró mucho de ver a Steenie y lo condujo al gran salón de roble, y allí estaba el señor sentado en completa soledad, excepto por la compañía de un mono feo y grande que era su animal favorito; era una bestia maligna que gastaba muchas bromas pesadas —difícil de complacer y fácil de enfadar—, correteaba por todo el castillo parloteando y gritando, robando y mordiendo a la gente, sobre todo cuando iba a hacer mal tiempo o iba a haber problemas de gobierno. *Sir* Robert lo llamaba Mayor Weir, como a un brujo que habían quemado; y a muy poca gente

le gustaba, ni el nombre ni la criatura —creían que había algo extraño en ella—, y mi abuelo no se sintió precisamente feliz cuando la puerta se cerró tras él y se encontró solo en la habitación con el señor, Dougal McCallum y el Mayor, cosa que nunca antes le había ocurrido.

Sir Robert estaba sentado o mejor dicho tendido, en un gran sillón, con su magnífica bata de terciopelo y los pies sobre un taburete, porque sufría de gota y arenilla, y su rostro estaba tan pálido y descompuesto como el de Satanás. El Mayor Weir estaba sentado frente a él, con una casaca roja de encaje y la peluca del señor en la cabeza, y juro que cuando *Sir* Robert se retorcía de dolor, el mono lo hacía también y formaban una pareja tan perversa como aterradora. El abrigo de cuero del señor colgaba de una percha a su espalda, y el sable y las pistolas estaban a su alcance; porque conservaba la vieja costumbre de tener las armas preparadas y un caballo ensillado día y noche, como solía hacer cuando aún podía montar a caballo y salir en persecución de cualquier montañés de que tuviera noticia. Algunos dicen que era por temor a que los Whigs intentaran vengarse, pero yo opino que era simplemente una vieja costumbre, pues no era hombre que se asustara por nada. El libro de cuentas, con sus tapas negras y sus cierres de cobre, estaba frente a él; y había un librillo de canciones obscenas entre las páginas, para mantenerlo abierto en el sitio en que figuraba la evidencia de que el buen hombre de Primrose-Knowe estaba atrasado en el pago de sus rentas e impuestos. La mirada que *Sir* Robert dirigió a mi abuelo parecía querer helarle el corazón en el pecho. Puede que hayáis oído decir a la gente que al fruncir las cejas se le formaba el dibujo de una herradura profundamente incrustada en la frente, como si se la hubiesen estampado allí.

—¿Vienes con las manos vacías, tú, hijo de una gaita desinflada? Brrrrr… si es así…

Mi abuelo, poniendo la mejor cara que pudo, dio un paso adelante y puso la bolsa del dinero sobre la mesa, con movimientos rápidos, como quien está muy seguro de lo que hace. El señor se apresuró a atraerla hacia sí:

—¿Está todo Steenie?

—Su Excelencia comprobará que sí —dijo mi abuelo.

—Bien Dougal, dale a Steenie una copa de *brandy* abajo, mientras cuento el dinero y le extiendo el recibo.

Pero apenas si habían terminado de salir de la habitación cuando *Sir* Robert dio un grito que conmovió los cimientos de roca del castillo. Volvió Dougal corriendo, volaron los lacayos, grito tras grito daba el señor, a cuál más horrible. Mi abuelo no sabía si quedarse o salir corriendo, pero se aventuró a regresar al salón, donde el lío era tan fenomenal que nadie se preocupaba de quién salía o entraba. El señor daba terribles alaridos pidiendo agua fría para los pies y vino para refrescar la garganta. Y la palabra infierno —infierno, infierno y sus llamas— no se le caía de la boca. Y cuando le trajeron agua y sumergieron sus hinchados pies en el barreño gritó que estaba ardiendo; y muchos dicen que realmente burbujeaba y humeaba como un caldero en ebullición. Le tiró la copa a la cabeza a Dougal y gritó que le había dado sangre en vez de borgoña; y efectivamente, al día siguiente los criados limpiaron sangre coagulada de la alfombra. El mono al que llamaban Mayor Weir se retorcía y gritaba como si estuviese haciéndole burla a su amo. Mi abuelo estuvo a punto de perder la cabeza, olvidó el dinero y el recibo y salió disparado escaleras abajo; pero conforme corría, los gritos fueron haciéndose cada vez más débiles, se oyó un largo y tembloroso gemido y la noticia de que el señor había muerto se extendió por el castillo.

Bueno, mi abuelo se fue con las manos vacías confiando en que Dougal hubiera visto la bolsa del dinero y hubiera oído al señor hablar de redactar el recibo. El joven señor, ahora *Sir* John, vino de Edimburgo para arreglar las cosas. *Sir* John y su padre nunca se habían llevado bien. *Sir* John había estudiado para abogado y luego había tenido un escaño en el último Parlamento escocés y votado a favor de la Unión, habiendo obtenido, se creía, un buen bocado de las compensaciones. Si su padre hubiera podido salir de la tumba le hubiera parado la cabeza con las piedras de su propia lápida.

Algunos creían que era más fácil tratar con el viejo y rudo caballero que con el joven, a pesar de sus suaves maneras, pero ya hablaremos de

eso más adelante.

Dougal McCallum, pobre hombre, ni lloraba, ni se lamentaba, sino que se paseaba por la casa como un muerto, pero dirigiendo, como era su deber, todos los preparativos para el grandioso funeral. Pero conforme se aproximaba la noche Dougal tenía cada vez peor aspecto y era siempre el último en irse a la cama, que estaba en una pequeña alcoba justo enfrente de la cámara que su amo ocupaba mientras vivió, y donde ahora yacía de cuerpo presente, como se dice. La noche del funeral, Dougal no pudo mantenerse callado por más tiempo. Olvidó su orgullo y le pidió al viejo Hutcheon que se sentara con él durante un rato. Cuando estuvieron en la habitación, Dougal se sirvió una copa de *brandy* y le sirvió otra a Hutcheon, y le deseó salud y larga vida y dijo que, por su parte, no le quedaba mucho de estar en este mundo. Porque todas las noches desde la muerte de *Sir* Robert, había sonado el silbato de plata desde la cámara mortuoria, como lo solía hacer por la noche, en vida de *Sir* Robert, para llamar a Dougal a que le ayudase a darse la vuelta en la cama. Dougal dijo que, al estar solo en aquel piso de la torre (porque nadie quería velar a *Sir* Robert Redgauntlet como se vela a cualquier otro cadáver) no se había atrevido a responder a la llamada, pero que ahora su conciencia le reprochaba el haber descuidado su deber; porque:

—Aunque la muerte libera del voto de obediencia —dijo McCallum— nunca romperé mi voto a *Sir* Robert; y contestaré a su próximo silbido, así que te ruego que te quedes conmigo, Hutcheon.

Hutcheon no sentía deseo alguno de hacerlo, pero había luchado y pasado penalidades junto a Dougal y no iba a fallarle en aquel aprieto; así que los dos sirvientes se sentaron ante una copa de *brandy* y Hutcheon, que era algo clerical, hubiera leído un capítulo de la Biblia, pero Dougal no quiso oír sino un párrafo de David Lindsay, cosa que no era precisamente lo más adecuado.

A medianoche, cuando la casa estaba silenciosa como una tumba, se oyó el sonido del silbato, tan claro y penetrante como si *Sir* Robert estuviera tocándolo, y allá que se levantaron los dos viejos servidores y se dirigieron tambaleándose a la habitación donde yacía el muerto: Hutcheon vio lo suficiente al primer vistazo, porque había antorchas en

la habitación que le mostraron al maldito diablo en persona, sentado sobre el ataúd del señor. Se desplomó como un muerto y no pudo decir durante cuánto tiempo yació en trance en la puerta, pero cuando volvió en sí, llamó a su compañero y, al no encontrar respuesta, alertó al resto de la casa. Dougal fue encontrado muerto a dos pasos de la cama donde estaba colocado el ataúd de su señor. Respecto al silbato, este había desaparecido por completo, pero muchas veces se lo oía en lo alto de la casa, en las almenas y en las viejas chimeneas y torreones donde anidan los búhos. *Sir* John acalló el incidente y el funeral transcurrió sin más contratiempos.

Cuando todo hubo terminado y el Señor empezó a poner orden en sus asuntos, todos los vasallos fueron llamados a pagar sus atrasos y mi abuelo lo fue por toda la suma que se suponía que debía. Bueno, pues allá se va para el castillo a contar la historia, y allí fue llevado a presencia de *Sir* John, sentado en la silla de su padre, de luto riguroso, con brazalete y corbata negras y un pequeño estoque de paseo junto a él, en vez del viejo sable que, con la hoja, la empuñadura y la funda, pesaba un quintal. Tantas veces he oído contar la conversación que sostuvieron que casi me parece haberla presenciado, aunque aún no había nacido por aquel entonces.

—Le deseo felicidad, señor del gran asiento, el pan blanco y el ancho señorío.

Su padre era un hombre amable para sus amigos y sirvientes; es un honor para usted, *Sir* John, llevar sus zapatos —sus botas debería decir— porque rara vez se ponía zapatos, a no ser las zapatillas cuando tenía la gota.

—Ay, Steenie —replicó el Señor, dando un profundo suspiro y llevándose el pañuelo a los ojos—, la suya fue una muerte repentina y el país lo echará de menos; no tuvo tiempo de ordenar sus asuntos, pero sin duda estaba preparado para Dios, que es lo que cuenta, y nos dejó una enredada madeja que deshilvanar. Ejem, ejem, Steenie… podemos ir al grano; tengo mucho trabajo que hacer y poco tiempo para hacerlo.

Y con esto abrió el libro fatídico. He oído hablar de algo a lo que llaman el libro del Juicio Final y estoy seguro de que era un libro de

vasallos deudores.

—Stephen —dijo *Sir* John con el mismo tono de voz, suave y meloso— Stephen Stevenson o Steenson, apareces aquí con un año de atraso en el pago de tus rentas. Vencía el trimestre pasado.

Stephen: Por favor, Excelencia, *Sir* John, se lo pagué a vuestro padre.

Sir John: Entonces tendrás un recibo, Stephen. ¿Puedes presentarlo?

Stephen: No tuve tiempo, Excelencia, porque no había hecho más que entregar el dinero y justo cuando Su Excelencia *Sir* Robert, que en paz descanse, lo cogió para contarlo y extender el recibo, le asaltaron los dolores que le causaron la muerte.

—Mala suerte —dijo *Sir* John tras una pausa—, pero quizá lo pagaste en presencia de alguien. Solo quiero una prueba palpable, Stephen. No pretendo aprovecharme de un pobre hombre.

Stephen: La verdad, señor, no había nadie en la habitación excepto Dougal McCallum, el mayordomo. Pero, como sabe Su Excelencia, ha seguido el mismo destino que su antiguo amo.

—Mala suerte otra vez —dijo *Sir* John, sin alterar la voz ni una octava—, el hombre al que le pagaste está muerto y el hombre que presenció el pago también, y del dinero, que debería haber aparecido, no hay ni rastro en los inventarios. ¿Cómo voy a creérmelo?

Stephen: No lo sé, Excelencia, pero aquí tengo anotadas cada una de las monedas; porque ¡Dios me ayude!, tuve que pedirlas prestadas a veinte bolsillos distintos, y estoy seguro de que todos estarán dispuestos a jurar para qué tomé prestado el dinero.

Sir John: No dudo de que *tomaste* prestado el dinero, Steenie. Es de la *entrega* del dinero a mi padre de lo que quiero alguna prueba.

Stephen: Puede que el dinero esté en algún sitio de la casa, *Sir* John. Y puesto que Vuestra Excelencia nunca lo recibió y Su Excelencia que en paz descanse no pudo llevárselo, puede que alguien de la familia lo haya visto.

Sir John: Preguntaremos a los criados, Stephen; es lo razonable.

Pero criados y criadas, pajes y caballerizos, todos negaron de firme haber visto nunca una bolsa de dinero como la que describía mi abuelo. Para empeorarlo, Steenie no había comunicado a ningún ser vivo que se

proponía pagar la renta. Una doncella había notado que llevaba algo bajo el brazo, pero creyó que era la gaita.

Sir John Redgauntlet ordenó salir a los sirvientes y a continuación dijo a mi abuelo:

—Ahora Steenie, ves que has tenido un trato justo; y puesto que no me cabe duda de que tú sabes mejor que nadie dónde encontrar la bolsa, te pido, de buenas maneras y por tu propio bien, que termines de una vez con este fastidioso asunto; o pagas o te vas de mis tierras.

—Que el Señor me perdone —dijo Steenie, ya agotados todos sus recursos—, yo soy un hombre honrado.

—Yo también, Stephen —dijo Su Excelencia— y también lo son todos los de esta casa, espero. Pero si hay algún granuja entre nosotros debe de ser aquel que cuenta una historia que no puede probar —hizo una pausa y añadió, con más seriedad—: si entiendo tu jugada, intentas aprovecharte de algunas habladurías maliciosas sobre mi familia y en especial sobre la repentina muerte de mi padre, para estafarme el dinero y quizá desacreditarme, insinuando que ya he recibido la renta que reclamo. ¿Dónde supones que puede estar el dinero? Insisto en saberlo.

Mi abuelo lo vio todo tan en su contra que casi se dejó llevar por la desesperación, sin embargo se removió un poco, miró a todos lados y permaneció en silencio.

—Habla, bribón —dijo el señor, con el mismo aspecto de su padre, ese tan especial que tenía cuando se enfadaba (parecía como si las arrugas de la frente formaran la misma aterradora herradura en el ceño)—. ¡Habla! *Quiero saber* lo que piensas. ¿Crees que el dinero lo tengo yo?

—Lejos de mí afirmar tal cosa —respondió Stephen.

—¿Acusas a alguno de mis criados de haberlo robado?

—No me gustaría acusar a un inocente. Y si alguno fuera el culpable no tengo pruebas.

—En alguna parte tiene que estar el dinero, si hay algo de verdad en tu historia —dijo *Sir* John—, te pregunto dónde crees que está y exijo una respuesta.

—En el infierno, si de verdad *quiere saber* lo que pienso —dijo mi abuelo, sintiéndose completamente acorralado—; en el infierno, con el

padre de Vuestra Excelencia, su mono y su silbato de plata.

Salió corriendo escaleras abajo (porque el salón no era un lugar seguro para él después de haber dicho tales palabras) y oyó al señor maldecirle a sus espaldas, con la misma soltura con que lo hacía *Sir* Robert, llamando a gritos al alguacil y al oficial de guardia. Cabalgó mi abuelo hasta la casa de su principal acreedor (aquel al que llamaban Laurie Lapraik) para ver si podía sacarle algo; pero cuando le contó la historia, no obtuvo más que los peores insultos de su repertorio —*ladrón, mendigo* y *granuja* fueron los más suaves—; y junto a los insultos sacó de nuevo a relucir la historia de que mi abuelo se había manchado las manos con la sangre de los justos, como si un vasallo hubiera podido negarse a cabalgar junto a su señor, y más junto a un señor como *Sir* Robert Redgauntlet. A estas alturas a mi abuelo se le había agotado la paciencia y cuando él y Laurie estaban a punto de echarse a las manos, tuvo la desfachatez suficiente de insultarle, tanto al hombre como a lo que este decía, y dijo unas cosas que hicieron ponerse lívidos a los que las oyeron; estaba fuera de sí, y además había convivido con gente que no se mordía la lengua.

Por fin les separaron y mi abuelo volvió a casa por el bosque de Pitmurkie, que, según dicen, está todo lleno de abetos negros —conozco el bosque, pero no sabría decir si los abetos son blancos o negros—. A la entrada del bosque hay un prado, y en el borde del prado una pequeña posada solitaria que en aquella época estaba a cargo de una posadera a la que llamaban Tibbie Faw, y allí el pobre Steenie pidió media pinta de *brandy*, porque no había tomado ningún refrigerio en todo el día. Tibbie insistió en que comiera algo, pero él no quiso ni oír hablar de ello, ni consintió en bajar de su cabalgadura, y se tomó todo el *brandy* en dos tragos, haciendo cada vez un brindis: el primero a la memoria de *Sir* Robert Redgauntlet, para que no descansara en su tumba hasta que hubiera hecho justicia a su pobre vasallo; y el segundo a la salud del Enemigo del Hombre si le devolvía el saco con el dinero o le decía lo que había sido de él, porque veía que todo el mundo iba a considerarle un ladrón y un estafador, y eso le sentaba aún peor que la pérdida de todos sus bienes.

Siguió cabalgando, sin importarle a dónde. La noche era oscura y los árboles la oscurecían todavía más, así que dejó al animal elegir su propio camino a través del bosque cuando, de repente, de estar cansado y agotado, el rocín empezó a trotar, galopar y encabritarse, hasta el punto de que mi abuelo apenas podía mantenerse en la silla. Y conforme sucedía esto, un jinete, acercándose de repente a él, le dijo:

—Una bestia valerosa la suya, amigo, ¿estaría dispuesto a venderla? —y diciendo esto, tocó el cuello del caballo con su fusta y este volvió a su antiguo trote cansino y vacilante—. Pero pronto se le acaba el valor, me parece —continuó el extraño— y lo mismo les ocurre a muchos hombres, que se creen capaces de grandes cosas hasta que les llega el momento de demostrarlo.

Mi abuelo apenas si prestó atención a sus palabras, sino que espoleó a su caballo con un:

—Buenas noches, amigo.

Pero al parecer el extraño no era de los que dan fácilmente su brazo a torcer porque, cabalgase como cabalgase Steenie, siempre estaba a su lado. Por fin mi abuelo empezó a enfadarse y, a decir verdad, a asustarse.

—¿Qué queréis de mí, amigo? —dijo—. Si sois un ladrón, no tengo dinero; si sois un hombre honrado que quiere compañía, no tengo ánimos para hablar o bromear; y si queréis saber el camino, apenas lo conozco yo mismo.

—Si hay algo que te atormente —dijo el extraño— cuéntamelo, soy alguien que, aunque ha sido muy calumniado en este mundo, no tiene igual para ayudar a sus amigos.

Así que mi abuelo, más para aliviar su propia congoja que porque esperase ayuda alguna, le contó toda la historia.

—Estás en un buen aprieto —dijo el extraño—, pero creo que puedo ayudarte.

—Si podéis prestarme el dinero y no esperáis que os lo devuelva en mucho tiempo… no sé de otra ayuda en la tierra —dijo mi abuelo.

—Puede que la haya debajo de ella —replicó el extraño—. Venga, seré sincero contigo. Podría prestarte el dinero a cambio de un contrato, pero puede que sintieses escrúpulos al ver los términos. Aun así puedo

decirte que tus juramentos y los lamentos de tu familia han turbado el descanso de tu viejo Señor en su tumba y que si te atreves a aventurarte a ir a verle, te dará el recibo.

A mi abuelo se le pusieron los pelos de punta al oír la oferta, pero pensó que su compañero podía ser algún bromista que estaba tratando de amedrentarle y que quizá acabaría prestándole el dinero. Además, el *brandy* le infundía valor y estaba desesperado por la angustia; así que le dijo que tenía suficientes agallas para ir a las puertas del infierno, y aún más allá, por aquel recibo. El extraño se echó a reír.

Bueno, pues siguieron cabalgando por lo más espeso del bosque cuando, de repente, el caballo se detuvo a la puerta de una gran casa; y, si no fuera porque sabía que el lugar estaba a diez millas de distancia, mi abuelo hubiera pensado que se trataba del castillo de Redgauntlet. Atravesando el arco de la vieja puerta, entraron en el patio. Vieron todo el frente de la casa iluminado y oyeron gaitas y violines, y había tanto baile y bullicio dentro como solía haber en la casa de *Sir* Robert en Navidades y en otras grandes ocasiones. Se apearon de sus caballos y a mi abuelo le pareció que ataba el suyo a la misma argolla a la que lo había atado aquella mañana cuando acudió a presentarse al joven *Sir* John.

—¡Dios! —exclamó mi abuelo— ¡si parece que la muerte de *Sir* Robert solo ha sido un sueño!

Llamó a la puerta del vestíbulo, como acostumbraba, y su viejo conocido Dougal McCallum, también como de costumbre, vino a abrir la puerta y dijo:

—Gaitero Steenie, ¿estás ahí, chico? *Sir* Robert ha estado llamándote.

A mi abuelo le parecía que estaba soñando. Buscó al extraño, pero había desaparecido por el momento. Por fin trató simplemente de decir:

—Hola Dougal del Más Allá ¿estás vivo? Creía que estabas muerto.

—No te preocupes por mí —dijo Dougal—, sino por ti; y cuida de no tomar nada de nadie aquí, ni comida, ni bebida, ni dinero, excepto el recibo que te pertenece.

Y dicho esto, le guio a través de salones y estancias que mi abuelo conocía muy bien, hasta llegar al viejo salón de roble; había en él ese

mismo cantar, canciones profanas, escanciar vino, blasfemar y contar obscenidades que siempre había habido en el castillo de Redgauntlet en sus mejores tiempos. Pero ¡que Dios nos ampare! ¡Qué colección de juerguistas fantasmales se sentaban a la mesa! Mi abuelo reconoció a varios que hacía ya tiempo que se habían convertido en polvo, porque a menudo había tocado para ellos en el vestíbulo de Redgauntlet. Allí estaba el fiero Middleton, y el disoluto Rothes, y el astuto Lauderdale; y Dalyell, con la cabeza calva y barba hasta la cintura; y Earlshall, con la sangre de Cameron en sus manos; y el cruel Bonshaw, que desmembró a *Mr*. Cargill; y Dunbarton Douglas, dos veces traidor, a su patria y a su rey. Allí estaba el sanguinario abogado McKenyie que, por su sabiduría y su astucia mundana, había sido como un dios para el resto. Y allí estaba Claverhouse, tan bello como cuando vivía, con sus largos y oscuros rizos cayéndole sobre la casaca de encaje y la mano izquierda siempre en el hombro derecho, para ocultar la herida que la bala de plata le había hecho. Se sentaba aparte de todos los demás y los miraba con expresión melancólica y altiva; mientras, el resto aullaba, cantaba y reía de tal modo que la habitación retumbaba. Pero, de vez en cuando, sus sonrisas se contraían de manera tan horrible y sus risas eran tan salvajes que a mi abuelo se le pusieron azules las uñas y se le heló la médula de los huesos.

Los que servían las mesas eran los mismos sirvientes y soldados que habían ejecutado sus crueles órdenes en la tierra.

Estaba el Mozo Largo de Nethertown, que ayudó a tomar Argyle; y el que intimidó al obispo, al que llamaban el Sonajero del Diablo; y los malvados guardias con sus casacas de encaje; y los salvajes amoritas de las Tierras Altas, que derramaban sangre como si fuera agua; y muchos sirvientes altivos, de corazón soberbio y manos ensangrentadas, serviles con los ricos para hacerlos aún peores de lo que hubieran sido, despiadados con los pobres hasta convertirlos en polvo una vez despedazados por los ricos. Y muchos muchos más iban y venían, tan atareados como en vida.

En medio de aquel terrible escándalo, *Sir* Robert Redgauntlet llamó con voz de trueno al gaitero Steenie, para que se acercase a la mesa principal, donde él estaba sentado, con las piernas extendidas y envueltas

en franela; las pistolas estaban junto a él y el sable apoyado en la silla, justo como mi abuelo lo había visto por última vez en la tierra, incluso el cojín del mono estaba allí, —pero no la criatura— no le había llegado la hora, probablemente, porque, al aproximarse, oyó decir a uno de ellos:

—¿No ha venido aún el Mayor? Y el otro contestó:

—Estará aquí antes de la mañana.

Y cuando mi abuelo se adelantó, *Sir* Robert, o su fantasma, o el diablo con su apariencia, dijo:

—Bueno, gaitero ¿has arreglado lo de la renta anual con mi hijo?

Con gran esfuerzo, mi abuelo consiguió el aliento suficiente para decir que *Sir* John no se conformaría sin el recibo de Su Excelencia.

—Lo tendrás a cambio de alguna melodía, Steenie —dijo la apariencia de *Sir* Robert—, toca para nosotros Veel Horldled Luckie.

Aquella era una melodía que mi abuelo aprendió de un brujo, quien a su vez la había oído cuando estaban adorando a Satanás en sus aquelarres, y mi abuelo la había tocado algunas veces en las ruidosas cenas del castillo de Redgauntlet, pero siempre a disgusto. Y ahora, con solo mencionarla, sintió frío y, para excusarse, dijo que no llevaba la gaita consigo.

—McCallum, tú, hijo de Belcebú —dijo el terrible *Sir* Robert—, tráele a Steenie la gaita que tengo para él.

McCallum trajo una gaita que podía haber servido a Donald de las Islas. Pero, al ofrecérsela, le dio a mi abuelo un ligero codazo y, mirando de reojo con atención, Steenie vio que el caramillo era de acero y había sido calentado al rojo vivo. Así que tuvo buen cuidado de no tocarlo con los dedos. Se excusó de nuevo y dijo que estaba tan débil y asustado que no tenía bastante aliento para tocar.

—Entonces debes comer y beber, Steenie —dijo la figura—, porque poco más hacemos aquí; y no está bien que conversen un hombre harto y otro hambriento.

Pero aquellas eran las mismísimas palabras que el sanguinario conde de Douglas dijo para entretener al mensajero del rey mientras le cortaba la cabeza a McLellan de Bombie en el castillo de Threave; y eso puso a Steenie aún más en guardia. Así que alzó la voz como un hombre y dijo

que no había ido allí a comer, ni a beber ni a tocar la gaita, sino a recuperar lo suyo, a saber qué había sido del dinero que había pagado y a conseguir un recibo a cambio; y en ese momento se sentía tan valiente que instó a *Sir* Robert en nombre de su conciencia (no tuvo valor para decir el nombre sagrado) a que, si quería descansar en paz, no le tendiese más trampas y le diese lo que le pertenecía.

La aparición rechinó los dientes y se rio, pero sacó el recibo de una gran carpeta y se lo tendió a Steenie:

—Ahí tienes tu recibo, perro despreciable; y en cuanto al dinero, el hijo de perra de mi hijo puede ir a buscarlo a la Cuna del Gato.

Mi abuelo le dio las gracias y estaba a punto de retirarse cuando *Sir* Robert gritó:

—¡Detente, tú, condenado hijo de puta! No he terminado contigo. Aquí no hacemos nada gratis; tienes que volver dentro de doce meses, a rendir a tu amo el homenaje que le debes por su protección.

A Steenie se le desató la lengua de repente y dijo en voz alta:

—Me debo al servicio de Dios y no al vuestro.

No había terminado de pronunciar estas palabras cuando se hizo la oscuridad a su alrededor y cayó a tierra con tal fuerza que perdió a la vez la respiración y el sentido.

Cuánto tiempo yació tendido allí no supo decirlo, pero cuando volvió en sí estaba tendido en el viejo cementerio de la iglesia de Redgauntlet, justo en la puerta del panteón de la familia, y el escudo de armas del viejo caballero, *Sir* Robert, colgaba sobre su cabeza. Una densa niebla matinal se extendía sobre la hierba y alrededor de las lápidas, y su caballo pacía tranquilamente junto a las dos vacas del párroco. Steenie habría pensado que todo había sido un sueño de no haber tenido el recibo en la mano, claramente escrito y firmado por el viejo señor; tan solo las últimas letras del nombre eran un poco irregulares, como si hubiesen sido escritas por alguien víctima de un dolor repentino.

Profundamente preocupado, mi abuelo abandonó aquel triste lugar, cabalgó a través de la niebla hasta el castillo de Redgauntlet y con gran dificultad consiguió hablar con el señor.

—Bueno, ¿me traes la renta, bribón arruinado? —fueron sus primeras palabras.

—No, —contestó mi abuelo—, no la traigo. Pero le traigo el recibo que *Sir* Robert me dio.

—¿Cómo bribón? ¡El recibo de *Sir* Robert! ¡Me dijiste que no te había dado ninguno!

—¿Quiere Vuestra Excelencia ver si estas pocas líneas son correctas?

Sir John examinó cada línea y cada letra con gran atención y, por último, la fecha que mi abuelo no había notado. En el lugar que me corresponde —leyó— a veinticinco de noviembre.

—¡Qué! ¡Eso fue ayer! Villano, debes de haber ido al infierno por esto.

—Lo obtuve del padre de Vuestra Excelencia, si está en el infierno o en el cielo no lo sé.

—Te denunciaré por brujo al Consejo Privado —dijo *Sir* John—, te enviaré junto a tu amo, el diablo, con ayuda de un barril de alquitrán y una antorcha.

—Tengo intención de presentarme yo mismo en la iglesia —dijo Steenie—, y decirles todo lo que vi ayer noche, que son cosas más apropiadas para ser juzgadas por ellos que por un ignorante como yo.

Sir John se detuvo, recuperó el control y quiso oír la historia completa; y mi abuelo se la contó punto por punto, como yo la he contado, palabra por palabra, ni más ni menos.

Sin John permaneció en silencio durante largo rato y por fin dijo, con gran comedimiento:

—Steenie, esta historia tuya afecta al honor de muchas familias nobles, además de la mía y si fuese una mentira para librarte de mí, lo menos que puedes esperar es que te perfore la lengua con un hierro candente, que será casi tan malo como abrasarse los dedos con un caramillo al rojo vivo. Pero puede que sea verdad; y si el dinero aparece no sabré qué pensar. Pero ¿dónde encontraremos esa Cuna del Gato? Hay gatos de sobra en el castillo, pero me parece que crían sin necesidad de cama o cuna.

—Es mejor que le preguntemos a Hutcheon —dijo mi abuelo—, conoce todos los rincones tan bien como… como otro antiguo servidor que ha desaparecido y al que no me gustaría nombrar. Bueno, pues Hutcheon, cuando le preguntaron, les dijo que había un torreón ruinoso, en desuso desde hacía largo tiempo, próximo a la torre del reloj, accesible solo por una escalerilla, porque la apertura estaba en el exterior y situada muy por encima de las almenas, al que desde antiguo se le llamaba la Cuna del Gato.

—Iré allí inmediatamente —dijo *Sir* John, y cogió (con qué propósito, solo el cielo lo sabe) una de las pistolas de su padre de la mesa del salón, donde habían estado desde la noche en que murió, y se dirigió apresuradamente a las almenas.

Era un lugar peligroso porque la escalerilla estaba vieja y carcomida, y le faltaban uno o dos peldaños. Sin embargo, *Sir* John trepó por ella y entró por la puerta de la torre, donde su cuerpo tapó la poca luz que se filtraba. Algo se abalanzó sobre él con violencia y casi lo tira de espaldas, la pistola del caballero se disparó y Hutcheon, que sostenía la escalera, y mi abuelo, que estaba a su lado, oyeron un fuerte alarido. Un minuto después *Sir* John lanzó el cuerpo del mono a los pies de ambos y gritó que había descubierto el dinero y que debían subir a ayudarle. Y allí estaba la bolsa con el dinero, efectivamente, y muchas otras cosas que se habían perdido hacía mucho tiempo.

Cuando *Sir* John hubo limpiado bien el torreón, condujo a mi abuelo al comedor, le cogió de la mano, le habló afablemente y le dijo que sentía haber dudado de su palabra, y que para compensarle en adelante sería un buen señor para él.

—Y ahora Steenie —dijo *Sir* John—, aunque esa visión tuya, en general, acredita a mi padre como un hombre honrado que incluso después de muerto ha querido hacer justicia a un pobre hombre como tú, eres lo bastante sensato como para comprender que hombres malintencionados podrían poner en duda la salvación de su alma. Así que mejor le echamos toda la culpa a esa criatura ladrona, el Mayor Weir, y no decimos nada de tu sueño en el bosque de Pitmurkie. Habías bebido demasiado *brandy* para estar muy seguro de nada y, Steenie, este recibo

(la mano le temblaba mientras lo sostenía) no es sino un extraño documento y lo mejor que podemos hacer es, creo, echarlo tranquilamente al fuego.

—Pero por muy extraño que sea, es la única garantía que tengo de haber pagado mi renta —dijo mi abuelo, que tenía miedo quizá de perder el beneficio del recibo de *Sir* Robert.

—Anotaré el importe a tu favor en el libro de rentas y te daré un recibo de mi propia mano —dijo *Sir* John— ahora mismo. Y Steenie, si eres capaz de mantener la boca cerrada sobre este asunto, a partir de ahora tendrás una renta más baja.

—Muchas gracias, Excelencia —dijo Steenie, que vio rápidamente cómo estaban las cosas—. Desde luego que seguiré en todo las órdenes de Vuestra Excelencia; solo que me gustaría hablar del asunto con algún hombre de la iglesia, porque no me gusta el emplazamiento que el padre de Vuestra Excelencia…

—No llames a ese fantasma mi padre —dijo *Sir* John, interrumpiéndole.

—Bueno, entonces, esa cosa que se le parecía tanto —dijo mi abuelo— habló de que tenía que regresar el mismo día al cabo de un año, y eso me pesa sobre la conciencia.

—Bien —dijo *Sir* John—, si estás tan angustiado puedes hablar con nuestro párroco; es un hombre justo, respeta el honor de nuestra familia y además creo que quiere conseguir mi protección. Y con esto mi abuelo estuvo enseguida de acuerdo en que se quemase el recibo y el señor lo tiró a la chimenea con su propia mano. Sin embargo, no ardió, sino que voló chimenea arriba con un cortejo de chispas y un ruido de cohete.

Mi abuelo fue a la casa del párroco y este, después de oír la historia, dijo que su opinión era que aunque mi abuelo había ido demasiado lejos en asuntos muy peligrosos, sin embargo, como había rechazado las arras del demonio (pues eso es lo que eran las ofertas de comida y bebida) y se había negado a rendirle homenaje tocando la gaita cuando se lo ordenó, esperaba que si de ahora en adelante se comportaba con circunspección, Satanás podría sacar muy pocas ventajas de lo ocurrido. Y desde luego mi abuelo, por su propia voluntad, estuvo durante bastante tiempo sin tocar

la gaita ni el *brandy* y, hasta que no terminó el año y pasó el día fatídico, no hizo tan siquiera intención de coger el violín ni de beber *whisky* o cerveza.

Sir John contó la historia del mono a su manera, y hasta hoy día algunas personas creen que en aquel asunto todo se debió a la naturaleza ladrona del animal. Incluso hay quienes aseguran que no fue el Viejo Enemigo al que Dougal y Hutcheon vieron en la habitación del señor, sino a esa criatura, el Mayor Weir, brincando sobre el ataúd; y en cuanto al silbato del señor, oído después de su muerte, era el sucio animal, que lo tocaba tan bien como el propio señor, si no mejor.

Pero el cielo sabe la verdad y salió a la luz por vez primera por boca de la esposa del párroco, después de que *Sir* John y su marido estuvieran ambos en sus respectivas tumbas.

Entonces, mi abuelo, a quien le fallaban las piernas pero no el juicio ni la memoria —al menos no tanto como para que se le notara— se vio obligado a contar la verdadera historia a sus amigos, para defender su buen nombre. De otro modo le podían haber acusado de brujo.

EL ELIXIR DE LA LARGA VIDA

Honoré de Balzac

(L'élixir de longue vie, 1830)

Si la gloria de Balzac (1799-1850), se funda en La Comedia Humana, esto es, en el gran fresco de la sociedad francesa de su tiempo, no es menos cierto que las obras fantásticas tienen un puesto de relieve dentro de su producción y en especial en su primer período, cuando estaba más influido por el ocultismo de Swedenborg. Una novela fantástica, La peau de chagrin (1831), es una de sus mejores obras. Pero también en sus novelas consideradas «realistas», hay un fuerte componente de transfiguración fantástica que constituye un elemento esencial de su arte.

Cuando Balzac emprende el proyecto de La Comedia Humana, deja al margen de su obra la narrativa fantástica de su juventud; así, el cuento L'élixir de longue vie, ya publicado en revista en 1830, fue publicado de nuevo entre los Études philosophiques, precedido por un encabezamiento que lo presentaba como un estudio social sobre los herederos que esperan con impaciencia la muerte de sus padres. No he tenido en cuenta este añadido artificioso y presento aquí el texto de la primera versión.

Lo satánico con carácter docto es un viejo tema medieval y renacentista (Fausto, las leyendas de los alquimistas) que el siglo XIX, primero romántico y después simbolista, sabrá aprovechar (basta recordar el Frankenstein de Mary Shelley, obra que no figura en nuestra antología debido a su extensión) y que, finalmente, heredará la ciencia ficción.

Estamos en la Ferrara del siglo XVI. Un viejo muy rico se ha hecho con un ungüento oriental que hace resucitar a los muertos. Balzac tiene muchas ideas, quizá demasiadas: la Italia renacentista papal y pagana, la España beata y penitencial, el desafío alquimista a las leyes de la naturaleza, la perdición de don Juan (con una curiosa variante: es él quien se convierte en convidado de piedra) y un final espectacular repleto de grandes pompas eclesiásticas y de sarcasmos blasfemos. Pero el cuento se impone por los

efectos macabros de las partes del cuerpo que viven por sí mismas: un ojo, un brazo e incluso una cabeza que, separándose del cuerpo muerto, muerde el cráneo de un vivo, como el conde Ugolino en el Infierno.

AL LECTOR: al comienzo de su carrera literaria recibió el autor, de manos de un amigo muerto hacía tiempo, el tema de esta obra, que más tarde encontró en una antología a principios de este siglo; y, según sus conjeturas, se trata de una fantasía creada por Hoffmann de Berlín, publicada en algún almanaque alemán y olvidada por sus editores. La Comédie Humaine es lo suficientemente original para que el autor pueda confesar una copia inocente; como La Fontaine ha tratado a su manera, y sin saberlo, un hecho ya contado. Esto no ha sido una broma como estaba de moda en 1810, época en la que todo autor escribía cosas atroces para complacer a las jovencitas. Cuando el lector llegue al elegante parricidio de don Juan, intente adivinar cuál sería la conducta, en situaciones más o menos semejantes, de gentes honestas que en el siglo diecinueve toman dinero de rentas vitalicias con la excusa de un catarro, o que alquilan una casa a una anciana por el resto de sus días. ¿Resucitarían a sus arrendatarios? Desearía que «pesadores-jurados» examinasen concienzudamente qué grado de similitud puede existir entre don Juan y los padres que casan a sus hijos por interés. La sociedad humana, que según algunos filósofos avanza por una vía de progreso, ¿considera como un paso hacia el bien el arte de esperar pasar a mejor vida? Esta ciencia ha creado oficios honestos, por medio de los cuales se vive de la muerte. Algunas personas tienen como ocupación la de esperar un fallecimiento, la abrigan, se acurrucan cada mañana sobre el cadáver, lo convierten en almohada por la noche: se trata de los coadjutores, cardenales supernumerarios, tontineros, etc. Hay que añadir gente elegante presurosa por comprar una propiedad cuyo precio sobrepasa sus posibilidades, pero que consideran lógica y fríamente el tiempo de vida que les queda a sus padres o a sus suegras, octogenarias o septuagenarias diciendo: «Antes de tres años heredaré seguramente, y entonces…». Un asesino nos desagrada menos que un espía. El asesino lo es quizá por un arrebato de locura, puede arrepentirse,

ennoblecer. Pero el espía es siempre un espía; es espía en la cama, en la mesa, andando, de noche, de día; es vil a cada momento, ¿qué es, pues, ser un asesino, cuando un espía es vil? Pues bien, ¿no acabamos de reconocer que hay en la sociedad unos seres que llevados por nuestras leyes, por nuestras costumbres y nuestros hábitos piensan sin cesar en la muerte de los suyos y la codician? Sopesan lo que vale un ataúd mientras compran cachemira para sus mujeres, subiendo la escalera del teatro, queriendo ir a la Comedia o deseando un coche. Asesinan en el momento en que los seres queridos, llenos de inocencia, les dan a besar por la noche frentes infantiles, mientras dicen:

—Buenas noches, padre.

A todas horas ven los ojos que quisieran cerrar, y que cada mañana se abren a la luz como el de Belvídero en esta obra. ¡Solo Dios sabe el número de parricidios que se cometen con el pensamiento! Imaginemos a un hombre que tiene que pagar mil escudos de renta vitalicia a una anciana, y que ambos viven en el campo, separados por un riachuelo, pero tan extraños uno a otro como para poderse odiar cordialmente, sin faltar a las humanas conveniencias que colocan una máscara sobre el rostro de dos hermanos, de los cuales uno obtendrá el mayorazgo y otro una legitimación. Toda la civilización europea reposa en la herencia como sobre un eje, sería una locura suprimirla; pero ¿no se podría hacer como con las máquinas que son el orgullo de nuestra época, es decir, perfeccionar el engranaje principal?

Si el autor ha conservado la vieja fórmula AL LECTOR *en una obra en la que trata de representar todas las formas literarias, es para incluir una observación relativa a algunos trabajos, y sobre todo a este. Cada una de sus composiciones está basada en ideas más o menos nuevas cuya expresión le parece útil, puede haber considerado la prioridad de ciertas fórmulas, de ciertos pensamientos que, más tarde, han pasado al campo literario, y una vez allí quizá se han vulgarizado. Las fechas de la publicación primitiva de cada obra no deben, pues, serles indiferentes a aquellos lectores que quieran hacerles justicia. La lectura proporciona amigos desconocidos y ¡qué amigo, el lector! Tenemos amigos conocidos que no leen nada nuestro. El autor espera haber pagado su deuda dedicando esta obra* DIIS IGNOTIS[2]*. (1846).*

En un suntuoso palacio de Ferrara, agasajaba don Juan Belvídero una noche de invierno a un príncipe de la casa de Este. En aquella época, una fiesta era un maravilloso espectáculo de riquezas reales de que solo un gran señor podía disponer. Sentadas en torno a una mesa iluminada con velas perfumadas conversaban suavemente siete alegres mujeres, en medio de obras de arte, cuyos blancos mármoles destacaban en las paredes de estuco rojo y contrastaban con las ricas alfombras de Turquía. Vestidas de satén, resplandecientes de oro y cargadas de piedras preciosas que brillaban menos que sus ojos, todas contaban pasiones enérgicas, pero tan diferentes unas de otras como lo eran sus bellezas. No diferían ni en las palabras, ni en las ideas; el aire, una mirada; algún gesto, el tono, servían a sus palabras como comentarios libertinos, lascivos, melancólicos o burlones.

Una parecía decir:

—Mi belleza sabe reanimar el corazón helado de un hombre viejo.

Otra:

—Adoro estar recostada sobre los almohadones pensando con embriaguez en aquellos que me adoran.

Una tercera, debutante en aquel tipo de fiestas, parecía ruborizarse:

—En el fondo de mi corazón siento remordimientos —decía—. Soy católica, y temo al infierno. Pero os amo tanto, ¡tanto!, que podría sacrificaros la eternidad.

La cuarta, apurando una copa de vino de Quío, exclamaba:

—¡Viva la alegría! Con cada aurora tomo una nueva existencia. Olvidada del pasado, ebria aún del encuentro de la víspera, agoto todas las noches una vida de felicidad, una vida llena de amor.

La mujer sentada junto a Belvídero le miraba con los ojos llameantes. Guardaba silencio.

—¡No me confiaría a unos espadachines para matar a mi amante, si me abandonara! —después había reído; pero su mano convulsa hacía añicos una bombonera de oro milagrosamente esculpida.

—¿Cuándo serás Gran Duque? —preguntó la sexta al Príncipe, con una expresión de alegría asesina en los dientes y de delirio báquico en los

ojos.

—¿Y cuándo morirá tu padre? —dijo la séptima riendo y arrojando su ramillete de flores a don Juan con un gesto ebrio y alocado. Era una inocente jovencita acostumbrada a jugar con las cosas sagradas.

—¡Ah, no me habléis de ello! —exclamó el joven y hermoso don Juan Belvídero—. ¡Solo hay un padre eterno en el mundo, y la desgracia ha querido que sea yo quien lo tenga!

Las siete cortesanas de Ferrara, los amigos de don Juan y el mismo Príncipe lanzaron un grito de horror. Doscientos años más tarde y bajo Luis XV, las gentes de buen gusto hubieran reído ante esta ocurrencia. Pero, tal vez al comienzo de una orgía las almas tienen aún demasiada lucidez. A pesar de la luz de las velas, las voces de las pasiones, de los vasos de oro y de plata, el vapor de los vinos, a pesar de la contemplación de las mujeres más arrebatadoras, quizá había aún, en el fondo de los corazones, un poco de vergüenza ante las cosas humanas y divinas, que lucha hasta que la orgía la ahoga en las últimas ondas de un vino espumoso. Sin embargo, los corazones estaban ya marchitos, torpes los ojos, y la embriaguez llegaba, según la expresión de Rabelais, hasta las sandalias. En aquel momento de silencio se abrió una puerta, y, como en el festín de Balthazar, Dios hizo acto de presencia y apareció bajo la forma de un viejo sirviente, de pelo blanco, andar vacilante y de ceño contraído. Entró con una expresión triste; con una mirada marchitó las coronas, las copas bermejas, las torres de fruta, el brillo de la fiesta, el púrpura de los rostros sorprendidos, y los colores de los cojines arrugados por el blanco brazo de las mujeres; finalmente, puso un crespón de luto a toda aquella locura, diciendo con voz cavernosa estas sombrías palabras:

—Señor, vuestro padre se está muriendo.

Don Juan se levantó haciendo a sus invitados un gesto que bien podría traducirse por un: «Lo siento, esto no pasa todos los días».

¿Acaso la muerte de un padre no sorprende a menudo a los jóvenes en medio de los esplendores de la vida, en el seno de las locas ideas de una orgía? La muerte es tan repentina en sus caprichos como lo es una cortesana en sus desdenes; pero más fiel, pues nunca engañó a nadie.

Cuando don Juan cerró la puerta de la sala y enfiló una larga galería tan fría como oscura, se esforzó por adoptar una actitud teatral pues, al pensar en su papel de hijo, había arrojado su alegría junto con su servilleta. La noche era negra. El silencioso sirviente que conducía al joven hacia la cámara mortuoria alumbraba bastante mal a su amo, de modo que la Muerte, ayudada por el frío, el silencio, la oscuridad, y quizá por la embriaguez, pudo deslizar algunas reflexiones en el alma de este hombre disipado; examinó su vida y se quedó pensativo, como un procesado que se dirige al tribunal.

Bartolomé Belvídero, padre de don Juan, era un anciano nonagenario que había pasado la mayor parte de su vida dedicado al comercio. Como había atravesado con frecuencia las talismánicas regiones de Oriente, había adquirido inmensas riquezas y una sabiduría más valiosa —decía— que el oro y los diamantes, que ahora ya no le preocupaban lo más mínimo.

—Prefiero un diente a un rubí, y el poder al saber —exclamaba a veces sonriendo.

Aquel padre bondadoso gustaba de oír contar a don Juan alguna locura de su juventud y decía en tono jovial, prodigándole el oro:

—Querido hijo, haz solo tonterías que te diviertan.

Era el único anciano que se complacía en ver a un hombre joven, el amor paterno engañaba a su avanzada edad en la contemplación de una vida tan brillante. A la edad de sesenta años Belvídero se había enamorado de un ángel de paz y de belleza. Don Juan había sido el único fruto de este amor tardío y pasajero. Desde hacía quince años este hombre lamentaba la pérdida de su amada Juana. Sus numerosos sirvientes y también su hijo atribuyeron a este dolor de anciano las extrañas costumbres que adoptó. Confinado en el ala más incómoda de su palacio, salía raramente, y ni el mismo don Juan podía entrar en las habitaciones de su padre sin haber obtenido permiso. Si aquel anacoreta voluntario iba y venía por el palacio, o por las calles de Ferrara, parecía buscar alguna cosa que le faltase; caminaba soñador, indeciso, preocupado como un hombre en conflicto con una idea o un recuerdo. Mientras el joven daba fiestas suntuosas y el palacio retumbaba con el

estallido de su alegría, los caballos resoplaban en el patio y los pajes discutían jugando a los dados en las gradas, Bartolomé comía siete onzas de pan al día y bebía agua. Si tomaba algo de carne era para darle los huesos a un perro de aguas, su fiel compañero[3]. Jamás se quejaba del ruido. Durante su enfermedad, si el sonido del cuerno de caza y los ladridos de los perros le sorprendían, se limitaba a decir: ¡ah, es don Juan que vuelve! Nunca hubo en la tierra un padre tan indulgente. Por otra parte, el joven Belvídero, acostumbrado a tratarle sin ceremonias, tenía todos los defectos de un niño mimado. Vivía con Bartolomé como vive una cortesana caprichosa con un viejo amante, disculpando sus impertinencias con una sonrisa, vendiendo su buen humor, y dejándose querer. Reconstruyendo con un solo pensamiento el cuadro de sus años jóvenes, don Juan se dio cuenta de que le sería difícil echar en falta la bondad de su padre. Y sintiendo nacer remordimientos en el fondo de su corazón mientras atravesaba la galería, estuvo próximo a perdonar a Belvídero por haber vivido tanto tiempo. Le venían sentimientos de piedad filial del mismo modo que un ladrón se convierte en un hombre honrado por el posible goce de un millón bien robado. Cruzó pronto las altas y frías salas que constituían los aposentos de su padre. Tras haber sentido los efectos de una atmósfera húmeda, respirado el aire denso, el rancio olor que exhalaban viejas tapicerías y armarios cubiertos de polvo, se encontró en la antigua habitación del anciano, ante un lecho nauseabundo junto a una chimenea casi apagada. Una lámpara, situada sobre una mesa de forma gótica, arrojaba sobre el lecho, en intervalos desiguales, capas de luz más o menos intensas, mostrando de este modo el rostro del anciano siempre bajo un aspecto diferente. Silbaba el frío a través de las ventanas mal cerradas; y la nieve, azorando las vidrieras, producía un ruido sordo. Aquella escena, contrastaba de tal modo con la que don Juan acababa de abandonar, que no pudo evitar un estremecimiento. Después tuvo frío, cuando al acercarse al lecho un violento resplandor empujado por un golpe de viento iluminó la cabeza de su padre: sus rasgos estaban descompuestos, la piel pegada a los huesos tenía tintes verdosos que la blancura de la almohada sobre la que reposaba el anciano hacía aún más horribles. Contraída por el dolor, la

boca entreabierta y desprovista de dientes, dejaba pasar algunos suspiros cuya lúgubre energía era sostenida por los aullidos de la tempestad. A pesar de tales signos de destrucción brillaba en aquella cabeza un increíble carácter de poder. Un espíritu superior que combatía a la muerte. Los ojos hundidos por la enfermedad guardaban una singular fijeza. Parecía que Bartolomé buscaba con su mirada moribunda a un enemigo sentado al pie de su cama para matarlo. Aquella mirada, fija y fría, era más escalofriante por cuanto que la cabeza permanecía en una inmovilidad semejante a la de los cráneos situados sobre la mesa de los médicos. Su cuerpo, dibujado por completo por las sábanas del lecho, permitía ver que los miembros del anciano guardaban la misma rigidez. Todo estaba muerto menos los ojos. Los sonidos que salían de su boca tenían también algo de mecánico.

Don Juan sintió una cierta vergüenza al llegar junto al lecho de su padre moribundo conservando un ramillete de cortesana en el pecho, llevando el perfume de la fiesta y el olor del vino.

—¡Te divertías! —exclamó el anciano cuando vio a su hijo.

En el mismo momento, la voz fina y ligera de una cantante que hechizaba a los invitados, reforzada por los acordes de la viola con la que se acompañaba, dominó el bramido del huracán y resonó en la cámara fúnebre. Don Juan no quiso oír aquel salvaje asentimiento.

Bartolomé dijo:

—No te quiero aquí, hijo mío.

Aquella frase llena de dulzura lastimó a don Juan, que no perdonó a su padre semejante puñalada de bondad.

—¡Qué remordimientos, padre! —dijo hipócritamente.

—¡Pobre Juanito! —continuó el moribundo con voz sorda—, ¿tan bueno he sido para ti que no deseas mi muerte?

—¡Oh! —exclamó don Juan—, ¡si fuera posible devolverte a la vida dándote parte de la mía! (cosas así pueden decirse siempre, pensaba el vividor, ¡es como si ofreciera el mundo a mi amante!).

Apenas concluyó este pensamiento cuando ladró el viejo perro de aguas. Aquella voz inteligente hizo que don Juan se estremeciera, pues creyó haber sido comprendido por el perro.

—Ya sabía, hijo mío, que podía contar contigo —exclamó el moribundo—, viviré. Podrás estar contento. Viviré, pero sin quitarte un solo día que te pertenezca.

«Delira», se dijo a sí mismo don Juan. Luego añadió en voz alta:

—Sí, padre querido, viviréis ciertamente, porque vuestra imagen permanecerá en mi corazón.

—No se trata de esa vida —dijo el noble anciano, reuniendo todas sus fuerzas para incorporarse, porque le sobrecogió una de esas sospechas que solo nacen en la cabecera de los moribundos—. Escúchame, hijo —continuó con la voz debilitada por este último esfuerzo—, no tengo yo más ganas de morirme que tú de prescindir de amantes, vino, caballos, halcones, perros y oro.

«Estoy seguro de ello», pensó el hijo arrodillándose a la cabecera de la cama y besando una de las manos cadavéricas de Bartolomé.

—Pero —continuó en voz alta—, padre, padre querido, hay que someterse a la voluntad de Dios.

—Dios soy yo —replicó el anciano refunfuñando.

—No blasfeméis —dijo el joven viendo el aire amenazador que tomaban los rasgos de su padre. Guardaos de hacerlo, habéis recibido la Extremaunción, y no podría hallar consuelo viéndoos morir en pecado.

—¿Quieres escucharme? —exclamó el moribundo, cuya boca crujió.

Don Juan cedió. Reinó un horrible silencio. Entre los grandes silbidos de la nieve llegaron aún los acordes de la viola y la deliciosa voz, débiles como un día naciente. El moribundo sonrió.

—Te agradezco el haber invitado a cantantes, haber traído música. ¡Una fiesta!, mujeres jóvenes y bellas, blancas y de negros cabellos. Todos los placeres de la vida, haz que se queden. Voy a renacer.

—Es el colmo del delirio —dijo don Juan.

—He descubierto un medio de resucitar. Mira, busca en el cajón de la mesa; podrás abrirlo apretando un resorte que hay escondido por el Grifo.

—Ya está, padre.

—Bien, coge un pequeño frasco de cristal de roca.

—Aquí está.

—He empleado veinte años en… —en aquel instante, el anciano sintió próximo el final y reunió toda su energía para decir—: Tan pronto como haya exhalado el último suspiro, me frotarás todo el cuerpo con este agua, y renaceré.

—Pues hay bastante poco —replicó el joven.

Si bien Bartolomé ya no podía hablar, tenía aún la facultad de oír y de ver, y al oír esto, su cabeza se volvió hacia don Juan con un movimiento de escalofriante brusquedad, su cuello se quedó torcido como el de una estatua de mármol a quien el pensamiento del escultor ha condenado a mirar de lado, sus ojos, más grandes, adoptaron una espantosa inmovilidad. Estaba muerto, muerto perdiendo su única, su última ilusión. Buscando asilo en el corazón de su hijo encontró una tumba más honda que las que los hombres cavan habitualmente a sus muertos. Sus cabellos se habían erizado también por el horror, y su mirada convulsa hablaba aún. Era un padre saliendo con rabia de un sepulcro para pedir venganza a Dios.

—¡Vaya!, se acabó el buen hombre —exclamó don Juan.

Presuroso por acercar el misterioso cristal a la luz de la lámpara como un bebedor examina su botella al final de la comida, no había visto blanquear el ojo de su padre. El perro contemplaba con la boca abierta alternativamente a su amo muerto y el elixir, del mismo modo que don Juan miraba, ora a su padre, ora al frasco. La lámpara arrojaba ráfagas ondulantes. El silencio era profundo, la viola había enmudecido. Belvídero se estremeció creyendo ver moverse a su padre. Intimidado por la expresión rígida de sus ojos acusadores los cerró del mismo modo que hubiera bajado una persiana abatida por el viento en una noche de otoño. Permaneció de pie, inmóvil, perdido en un mundo de pensamientos. De repente, un ruido agrio, semejante al grito de un resorte oxidado, rompió el silencio. Don Juan, sorprendido, estuvo a punto de dejar caer el frasco. De sus poros brotó un sudor más frío que el acero de un puñal. Un gallo de madera pintada surgió de lo alto de un reloj de pared, y cantó tres veces. Era una de esas máquinas ingeniosas, con la ayuda de las cuales se hacían despertar para sus trabajos a una hora fija los sabios de la época. El alba enrojecía ya las ventanas. Don Juan

había pasado diez horas reflexionando. El viejo reloj de pared era más fiel a su servicio que él en el cumplimiento de sus deberes hacia Bartolomé. Aquel mecanismo estaba hecho de madera, poleas, cuerdas y engranajes, mientras que don Juan poseía uno particular al hombre, llamado corazón. Para no arriesgarse a perder el misterioso licor, el escéptico don Juan volvió a colocarlo en el cajón de la mesita gótica. En tan solemne momento oyó un tumulto sordo en la galería: eran voces confusas, risas ahogadas, pasos ligeros, el roce de las sedas, el ruido en fin de un alegre grupo que se recoge. La puerta se abrió y el Príncipe, los amigos de don Juan, las siete cortesanas y las cantantes aparecieron en el extraño desorden en que se encuentran las bailarinas sorprendidas por la luz de la mañana, cuando el sol lucha con el fuego palideciente de las velas. Todos iban a darle al joven heredero el pésame de costumbre.

—¡Oh, oh!, ¿se habrá tomado el pobre don Juan esta muerte en serio? —dijo el Príncipe al oído de la de Brambilla.

—Su padre era un buen hombre —le respondió ella.

Sin embargo, las meditaciones nocturnas de don Juan habían imprimido a sus rasgos una expresión tan extraña que impuso silencio a semejante grupo. Los hombres permanecieron inmóviles. Las mujeres, que tenían los labios secos por el vino y las mejillas cárdenas por los besos, se arrodillaron y comenzaron a rezar. Don Juan no pudo evitar estremecerse viendo cómo el esplendor, las alegrías, las risas, los cantos, la juventud, la belleza, el poder, todo lo que es vida, se postraba así ante la muerte. Pero, en aquella adorable Italia la vida disoluta y la religión se acoplaban por entonces tan bien, que la religión era un exceso, y los excesos una religión. El Príncipe estrechó afectuosamente la mano de don Juan, y después, todos los rostros adoptaron simultáneamente el mismo gesto, mitad de tristeza mitad de indiferencia, y aquella fantasmagoría desapareció, dejando la sala vacía. Ciertamente era una imagen de la vida. Mientras bajaban las escaleras le dijo el Príncipe a la Rivabarella:

—Y bien, ¿quién habría creído a don Juan un fanfarrón impío? ¡Ama a su padre!

—¿Os habéis fijado en el perro negro? —preguntó la Brambilla.

—Ya es inmensamente rico, —dijo suspirando Blanca Cavatolino.

—¡Y eso qué importa! —exclamó la orgullosa Baronesa, aquella que había roto la bombonera.

—¿Cómo que qué importa? —exclamó el Duque—. ¡Con sus escudos él es tan príncipe como yo!

Don Juan, en un principio, asediado por mil pensamientos, dudaba ante varias decisiones. Después de haber examinado el tesoro amasado por su padre, volvió a la cámara mortuoria con el alma llena de un tremendo egoísmo. Encontró allí a toda la servidumbre ocupada en adornar el lecho fúnebre en el cual iba a ser expuesto al día siguiente el difunto señor, en medio de una soberbia capilla ardiente, curioso espectáculo que toda Ferrara vendría a admirar. Don Juan hizo un gesto y sus gentes se detuvieron, sobrecogidos, temblorosos.

—Dejadme solo aquí —dijo con voz alterada— y no entréis hasta que yo salga.

Cuando los pasos del anciano sirviente que salió el último solo sonaron débilmente en las losas, cerró don Juan precipitadamente la puerta, y seguro de su soledad exclamó:

—¡Veamos!

El cuerpo de Bartolomé estaba acostado en una larga mesa. Con el fin de evitar a los ojos de todos el horrible espectáculo de un cadáver al que una decrepitud extrema y la debilidad asemejaban a un esqueleto, los embalsamadores habían colocado una sábana sobre el cuerpo, envolviéndole todo menos la cabeza. Aquella especie de momia yacía en el centro de la habitación, y la sábana, amplia, dibujaba vagamente las formas, aun así duras, rígidas y heladas. El rostro tenía ya amplias marcas violeta que mostraban la necesidad de terminar el embalsamamiento. A pesar del escepticismo que le acompañaba, don Juan tembló al destapar el mágico frasco de cristal. Cuando se acercó a la cabecera un temblor estuvo a punto de obligarle a detenerse. Pero aquel joven había sido sabiamente corrompido, desde muy pronto, por las costumbres de una corte disoluta; un pensamiento digno del duque de Urbino le otorgó el valor que aguijoneaba su viva curiosidad; pareció como si el diablo le hubiera susurrado estas palabras que resonaron en su corazón:

«¡impregna un ojo!». Tomó un paño y, después de haberlo empapado con parsimonia en el precioso licor, lo pasó lentamente sobre el párpado derecho del cadáver. El ojo se abrió.

—¡Ah! ¡Ah! —dijo don Juan apretando el frasco en su mano como se agarra en sueños la rama de la que colgamos sobre un precipicio.

Veía un ojo lleno de vida, un ojo de niño en una cabeza de muerto, donde la luz temblaba en un joven fluido, y, protegida por hermosas pestañas negras, brillaba como ese único resplandor que el viajero percibe en un campo desierto en las noches de invierno. Aquel ojo resplandeciente parecía querer arrojarse sobre don Juan, pensaba, acusaba, condenaba, amenazaba, juzgaba, hablaba, gritaba, mordía. Todas las pasiones humanas se agitaban en él. Eran las más tiernas súplicas: la cólera de un rey, luego, el amor de una joven pidiendo gracia a sus verdugos; la mirada que lanza un hombre a los hombres al subir el último escalón del patíbulo. Tanta vida estallaba en aquel fragmento de vida, que don Juan retrocedió espantado, paseó por la habitación sin atreverse a mirar aquel ojo, que veía de nuevo en el suelo, en los tapices. La estancia estaba sembrada de puntos llenos de fuego, de vida, de inteligencia. Por todas partes brillaban ojos que ladraban a su alrededor.

—¡Bien podría haber vivido cien años! —exclamó sin querer cuando, llevado ante su padre por una fuerza diabólica, contemplaba aquella chispa luminosa.

De repente, aquel párpado inteligente se cerró y volvió a abrirse bruscamente, como el de una mujer que consiente. Si una voz hubiera gritado: «¡Sí!», don Juan no se hubiera asustado más.

«¿Qué hacer?», pensaba. Tuvo el valor de intentar cerrar aquel párpado blanco. Sus esfuerzos fueron vanos.

—¿Reventarlo? ¿Sería acaso un parricidio? —se preguntaba.

—Sí —dijo el ojo con un guiño de una sorprendente ironía.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Aquí hay brujería! —exclamó don Juan, y se acercó al ojo para reventarlo. Una lágrima rodó por las mejillas hundidas del cadáver, y cayó en la mano de Belvídero—. ¡Está ardiendo! —gritó sentándose.

Aquella lucha le había fatigado como si hubiera combatido contra un ángel, como Jacob.

Finalmente se levantó diciendo para sí:

«¡Mientras no haya sangre…!». Luego, reuniendo todo el valor necesario para ser cobarde, reventó el ojo aplastándolo con un paño, pero sin mirar. Un gemido inesperado, pero terrible, se hizo oír. El pobre perro de aguas expiró aullando.

«¿Sabría él el secreto?», se preguntó don Juan mirando al fiel animal.

Don Juan Belvídero pasó por un hijo piadoso. Levantó sobre la tumba de su padre un monumento y confió la realización de las figuras a los artistas más célebres de su tiempo. Solo estuvo completamente tranquilo el día en que la estatua paterna, arrodillada ante la Religión, impuso su enorme peso sobre aquella fosa, en el fondo de la cual enterró el único remordimiento que hubiera rozado su corazón en los momentos de cansancio físico. Haciendo inventario de las inmensas riquezas amasadas por el viejo orientalista, don Juan se hizo avaro. ¿Acaso no tenía dos vidas humanas para proveer de dinero? Su mirada, profunda y escrutadora, penetró en el principio de la vida social y abrazó mejor al mundo, puesto que lo veía a través de una tumba. Analizó a los hombres y las cosas para terminar de una vez con el Pasado, representado por la Historia; con el Presente, configurado por la Ley; con el Futuro, desvelado por las Religiones. Tomó el alma y la materia, las arrojó a un crisol, no encontró nada, y desde entonces se convirtió en DON JUAN.

Dueño de las ilusiones de la vida, se lanzó, joven y hermoso, a la vida, despreciando al mundo, pero apoderándose del mundo. Su felicidad no podía ser una felicidad burguesa que se alimenta con un hervido diario, con un agradable calentador de cama en invierno, una lámpara de noche y unas pantuflas nuevas cada trimestre. No; se asió a la existencia como un mono que coge una nuez y, sin entretenerse largo tiempo, despoja sabiamente las envolturas del fruto, para degustar la sabrosa pulpa. La poesía y los sublimes arrebatos de la pasión humana no le interesaban. No cometió el error de otros hombres poderosos que, imaginando que las almas pequeñas creen en las grandes almas, se dedican a intercambiar los más altos pensamientos del futuro con la calderilla de nuestras ideas vitalicias. Bien podía, como ellos, caminar con los pies en la tierra y la cabeza en el cielo; pero prefería sentarse y secar bajo sus besos más de un

labio de mujer joven, fresca y perfumada; porque, al igual que la Muerte, allí por donde pasaba devoraba todo sin pudor, queriendo un amor posesivo, un amor oriental de placeres largos y fáciles. Amando solo a la mujer en las mujeres, hizo de la ironía un cariz natural de su alma. Cuando sus amantes se servían de un lecho para subir a los cielos donde iban a perderse en el seno de un éxtasis embriagador, don Juan las seguía, grave, expansivo, sincero, tanto como un estudiante alemán sabe serlo. Pero decía YO cuando su amante, loca, extasiada decía NOSOTROS. Sabía dejarse llevar por una mujer de forma admirable. Siempre era lo bastante fuerte como para hacerla creer que era un joven colegial que dice a su primera compañera de baile: «¿Te gusta bailar?», también sabía enrojecer a propósito, y sacar su poderosa espada y derribar a los comendadores. Había burla en su simpleza y risa en sus lágrimas, pues siempre supo llorar como una mujer cuando le dice a su marido: «Dame un séquito o me moriré enferma del pecho».

Para los negociantes, el mundo es un fardo o una mesa de billetes en circulación; para la mayoría de los jóvenes, es una mujer; para algunas mujeres, es un hombre; para ciertos espíritus es un salón, una camarilla, un barrio, una ciudad; para don Juan, el universo era él. Modelo de gracia y de belleza, con un espíritu seductor, amarró su barca en todas las orillas; pero, haciéndose llevar, solo iba allí adonde quería ser llevado. Cuanto más vivió, más dudó. Examinando a los hombres, adivinó con frecuencia que el valor era temeridad; la prudencia, cobardía; la generosidad, finura; la justicia, un crimen; la delicadeza, una necedad; la honestidad, organización; y, gracias a una fatalidad singular, se dio cuenta de que las gentes honestas, delicadas, justas, generosas, prudentes y valerosas, no obtenían ninguna consideración entre los hombres: ¡Qué broma tan absurda! —se dijo—. No procede de un dios. Y entonces, renunciando a un mundo mejor, jamás se descubrió al oír pronunciar un nombre, y consideró a los santos de piedra de las iglesias como obras de arte. Pero también, comprendiendo el mecanismo de las sociedades humanas, no contradecía en exceso los prejuicios, puesto que no era tan poderoso como el verdugo, pero daba la vuelta a las leyes sociales con la gracia y el ingenio tan bien expresados en su escena con el Señor

Dimanche[4]. Fue, en efecto, el tipo de Don Juan de Molière, del Fausto de Goethe, del Manfred de Byron y del Melmoth de Maturin. Grandes imágenes trazadas por los mayores genios de Europa, y a las que no faltarán quizá ni los acordes de Mozart ni la lira de Rossini. Terribles imágenes que el principio del mal, existente en el hombre, eterniza y del cual se encuentran copias cada siglo: bien porque este tipo entra en conversaciones humanas encarnándose en Mirabeau; bien porque se conforma con actuar en silencio como Bonaparte; o de comprimir el mundo en una ironía como el divino Rabelais; o, incluso, se ría de los seres en lugar de insultar a las cosas como el mariscal de Richelieu; o que se burle a la vez de los hombres y de las cosas como el más célebre de nuestros embajadores.

Pero la profunda jovialidad de don Juan Belvídero precedió a todos ellos. Se rio de todo. Su vida era una burla que abarcaba hombres, cosas, instituciones e ideas. En lo que respecta a la eternidad, había conversado familiarmente media hora con el papa Julio II, y al final de la charla le había dicho riendo:

—Si es absolutamente preciso elegir prefiero creer en Dios a creer en el diablo; el poder unido a la bondad ofrece siempre más recursos que el genio del mal.

—Sí, pero Dios quiere que se haga penitencia en este mundo.

—¿Siempre pensáis en vuestras indulgencias? —respondió Belvídero—. ¡Pues bien!, tengo reservada toda una existencia para arrepentirme de las faltas de mi primera vida.

—¡Ah!, si es así como entiendes la vejez —exclamó el papa— corres el riesgo de ser canonizado.

—Después de vuestra ascensión al papado, puede creerse todo.

Fueron entonces a ver a los obreros que construían la inmensa basílica consagrada a San Pedro.

—San Pedro es el hombre de genio que dejó constituido nuestro doble poder —dijo el papa a don Juan—, merece este monumento. Pero, a veces, por la noche, pienso que un silencio borrará todo esto y habrá que volver a empezar…

Don Juan y el papa se echaron a reír, se habían entendido bien. Un necio habría ido a la mañana siguiente a divertirse con Julio II a casa de Rafael o a la deliciosa Villa Madame[5], pero Belvídero acudió a verle oficiar pontificalmente para convencerse de todas sus dudas. En un momento libertino, la Rovere hubiera podido desdecirse y comentar el Apocalipsis.

Sin embargo, esta leyenda no tiene por objeto el proporcionar material a aquellos que deseen escribir sobre la vida de don Juan, sino que está destinada a probar a las gentes honestas que Belvídero no murió en un duelo con una piedra como algunos litógrafos quieren hacer creer.

Cuando don Juan Belvídero alcanzó la edad de sesenta años, se instaló en España. Allí, ya anciano, se casó con una joven y encantadora andaluza. Pero, tal y como lo había calculado, no fue ni buen padre ni buen esposo. Había observado que no somos tan tiernamente amados como por las mujeres en las que nunca pensamos. Doña Elvira, educada santamente por una anciana tía en lo más profundo de Andalucía, en un castillo a pocas leguas de Sanlúcar, era toda gracia y devoción. Don Juan adivinó que aquella joven sería del tipo de mujer que combate largamente una pasión antes de ceder, y por ello pensó poder conservarla virtuosa hasta su muerte. Fue una broma seria, un jaque que se quiso reservar para jugarlo en sus días de vejez. Fortalecido con los errores cometidos por su padre Bartolomé, don Juan decidió utilizar los actos más insignificantes de su vejez para el éxito del drama que debía consumarse en su lecho de muerte. De este modo, la mayor parte de su riqueza permaneció oculta en los sótanos de su palacio de Ferrara, donde raramente iba. Con la otra mitad de su fortuna estableció una renta vitalicia para que le produjera intereses durante su vida, la de su mujer y la de sus hijos, astucia que su padre debiera haber practicado. Pero semejante maquiavélica especulación no le fue muy necesaria. El joven Felipe Belvídero, su hijo, se convirtió en un español tan concienzudamente religioso como impío era su padre, quizá en virtud del proverbio: *a padre avaro, hijo pródigo*.

El abad de Sanlúcar fue elegido por don Juan para dirigir la conciencia de la duquesa de Belvídero y de Felipe. Aquel eclesiástico era un hombre santo, admirablemente bien proporcionado, alto, de bellos

ojos negros y una cabeza al estilo de Tiberio, cansada por el ayuno, blanca por la mortificación y diariamente tentada como son tentados todos los solitarios. Quizá esperaba el anciano señor matar a algún monje antes de terminar su primer siglo de vida. Pero, bien porque el abad fuera tan fuerte como podía serlo el mismo don Juan, bien porque doña Elvira tuviera más prudencia o virtud de la que España le otorga a las mujeres, don Juan fue obligado a pasar sus últimos días como un viejo cura rural, sin escándalos en su casa. A veces, sentía placer si encontraba a su mujer o a su hijo faltando a sus deberes religiosos, y les exigía realizar todas las obligaciones impuestas a los fieles por el tribunal de Roma. En fin, nunca se sentía tan feliz como cuando oía al galante abad de Sanlúcar, a doña Elvira y a Felipe discutir sobre un caso de conciencia. Sin embargo, a pesar de los cuidados que don Juan Belvídero prodigaba a su persona, llegaron los días de decrepitud; con la edad del dolor llegaron los gritos de impotencia, gritos tanto más desgarradores cuanto más ricos eran los recuerdos de su ardiente juventud y de su voluptuosa madurez. Aquel hombre, cuyo grado más alto de burla era inducir a los otros a creer en las leyes y principios de los que él se mofaba, se dormía por las noches pensando en un *quizá*. Aquel modelo de elegancia, aquel duque, vigoroso en las orgías, soberbio en la corte, gentil para con las mujeres cuyos corazones había retorcido como un campesino retuerce una vara de mimbre, aquel hombre ingenio, tenía una pituita pertinaz, una molesta ciática y una gota brutal. Veía cómo sus dientes le abandonaban, al igual que se van, una a una, las más blancas damas, las más engalanadas, dejando el salón desierto. Finalmente, sus atrevidas manos temblaron, sus esbeltas piernas se tambalearon, y una noche, la apoplejía le aprisionó sus manos corvas y heladas. Desde aquel fatal día se volvió taciturno y duro. Acusaba la dedicación de su mujer y de su hijo, pretendiendo en ocasiones que sus emotivos cuidados y delicadezas le eran así prodigados porque había puesto su fortuna en rentas vitalicias. Elvira y Felipe derramaban entonces lágrimas amargas y doblaban sus caricias al malicioso viejo, cuya voz cascada se volvía afectuosa para decirles: «Queridos míos, querida esposa, ¿me perdonáis, verdad? Os atormento un poco. ¡Ay, gran Dios! ¿Cómo te sirves de mí

para poner a prueba a estas dos celestes criaturas? Yo, que debiera ser su alegría, soy su calamidad». De este modo les encadenó a la cabecera de su cama, haciéndoles olvidar meses enteros de impaciencia y crueldad por una hora en que les prodigaba los tesoros, siempre nuevos, de su gracia y de una falsa ternura. Paternal sistema que resultó infinitamente mejor que el que su padre había utilizado en otro tiempo para con él.

Por fin llegó a un grado tal de enfermedad en que, para acostarle, había que manejarle como una falúa que entra en un canal peligroso. Luego, llegó el día de la muerte. Aquel brillante y escéptico personaje de quien solo el entendimiento sobrevivía a la más espantosa de las destrucciones, se vio entre un médico y un confesor, los dos seres que le eran más antipáticos. Pero estuvo jovial con ellos. ¿Acaso no había para él una luz brillante tras el velo del porvenir? Sobre aquella tela, para unos de plomo, diáfana para él, jugaban como sombras las arrebatadoras delicias de la juventud.

Era una hermosa tarde cuando don Juan sintió la proximidad de la muerte. El cielo de España era de una pureza admirable, los naranjos perfumaban el aire, las estrellas destilaban luces vivas y frescas, parecía que la naturaleza le daba pruebas ciertas de su resurrección, un hijo piadoso y obediente le contemplaba con amor y respeto. Hacia las once, quiso quedarse solo con aquel cándido ser.

—Felipe —le dijo con una voz tan tierna y afectuosa que hizo estremecerse y llorar de felicidad al joven. Jamás había pronunciado así «Felipe», aquel padre inflexible.

—Escúchame, hijo mío —continuó el moribundo. Soy un gran pecador. Durante mi vida, también he pensado en mi muerte. En otro tiempo, fui amigo del gran papa Julio II. El ilustre pontífice temió que la excesiva exaltación de mis sentidos me hiciese cometer algún pecado mortal entre el momento de expirar y de recibir los santos óleos; me regaló un frasco con el agua bendita que mana entre las rocas, en el desierto. He mantenido el secreto de este despilfarro del tesoro de la Iglesia, pero estoy autorizado a revelar el misterio a mi hijo, *in articulo mortis*. Encontrarás el frasco en el cajón de esa mesa gótica que siempre

ha estado en la cabecera de mi cama… El precioso cristal podrá servirte aún, querido Felipe. Júrame, por tu salvación eterna, que ejecutarás puntualmente mis órdenes.

Felipe miró a su padre. Don Juan conocía demasiado la expresión de los sentimientos humanos como para no morir en paz bajo el testimonio de aquella mirada, como su padre había muerto en la desesperanza de su propia mirada.

—Tú merecías otro padre, —continuó don Juan—. Me atrevo a confesarte, hijo mío, que en el momento en que el venerable abad de Sanlúcar me administraba el viático, pensaba en la incompatibilidad de los dos poderes, el del diablo y el de Dios.

—¡Oh, padre!

—Y me decía a mí mismo que, cuando Satán haga su paz, tendrá que acordar el perdón de sus partidarios, para no ser un gran miserable. Esta idea me persigue. Iré, pues, al infierno, hijo mío, si no cumples mi voluntad.

—¡Oh, decídmela pronto, padre!

—Tan pronto como haya cerrado los ojos —continuó don Juan—, unos minutos después, cogerás mi cuerpo, aún caliente, y lo extenderás sobre una mesa, en medio de la habitación. Después apagarás la luz. El resplandor de las estrellas deberá ser suficiente. Me despojarás de mis ropas, rezarás padrenuestros y avemarías elevando tu alma a Dios y humedecerás cuidadosamente con este agua santa mis ojos, mis labios, toda mi cabeza primero, y luego sucesivamente los miembros y el cuerpo; pero, hijo mío, el poder de Dios es tan grande, que no deberás asombrarte de nada.

Entonces, don Juan, que sintió llegar la muerte, añadió con voz terrible:

—Coge bien el frasco —y expiró dulcemente en los brazos de su hijo, cuyas abundantes lágrimas bañaron su rostro irónico y pálido.

Era cerca de la medianoche cuando don Felipe Belvídero colocó el cadáver de su padre sobre la mesa. Después de haber besado su frente amenazadora y sus grises cabellos, apagó la lámpara. La suave luz producida por la claridad de la luna cuyos extraños reflejos iluminaban el

campo, permitió al piadoso Felipe entrever indistintamente el cuerpo de su padre como algo blanco en medio de la sombra. El joven impregnó un paño en el licor que, sumido en la oración, ungió fielmente aquella cabeza sagrada en un profundo silencio. Oía estremecimientos indescriptibles, pero los atribuía a los juegos de la brisa en la cima de los árboles. Cuando humedeció el brazo derecho sintió que un brazo fuerte y vigoroso le cogía el cuello, ¡el brazo de su padre! Profirió un grito desgarrador y dejó caer el frasco, que se rompió. El licor se evaporó. Las gentes del castillo acudieron, provistos de candelabros, como si la trompeta del juicio final hubiera sacudido el universo. En un instante, la habitación estuvo llena de gente. La multitud temblorosa vio a don Felipe desvanecido, pero retenido por el poderoso brazo de su padre, que le apretaba el cuello. Después, cosa sobrenatural, los asistentes contemplaron la cabeza de don Juan tan joven y tan bella como la de Antínoo; una cabeza con cabellos negros, ojos brillantes, boca bermeja y que se agitaba de forma escalofriante, sin poder mover el esqueleto al que pertenecía. Un anciano servidor gritó:

—¡Milagro! —y todos los españoles repitieron—: ¡Milagro!

Doña Elvira, demasiado piadosa como para admitir los misterios de la magia, mandó buscar al abad de Sanlúcar. Cuando el prior contempló con sus propios ojos el milagro, decidió aprovecharlo, como hombre inteligente y como abad, para aumentar sus ingresos. Declarando enseguida que don Juan sería canonizado sin ninguna duda, fijó la apoteósica ceremonia en su convento que en lo sucesivo se llamaría, dijo, San Juan de Lúcar. Ante estas palabras, la cabeza hizo un gesto jocoso.

El gusto de los españoles por este tipo de solemnidades es tan conocido que no resultan difíciles de creer las hechicerías religiosas con que el abad de Sanlúcar celebró el traslado del *bienaventurado don Juan Belvídero* a su iglesia. Días después de la muerte del ilustre noble, el milagro de su imperfecta resurrección era tan comentado de un pueblo a otro, en un radio de más de cincuenta leguas alrededor de Sanlúcar, que resultaba cómico ver a los curiosos en los caminos; vinieron de todas partes, engolosinados por un *Te Deum* con antorchas. La antigua mezquita del convento de Sanlúcar, una maravillosa edificación

construida por los moros, cuyas bóvedas escuchaban desde hacía tres siglos el nombre de Jesucristo sustituyendo al de Alá, no pudo contener a la multitud que acudía a ver la ceremonia. Apretados como hormigas, los hidalgos con capas de terciopelo y armados con sus espadas, estaban de pie alrededor de las columnas, sin encontrar sitio para doblar sus rodillas, que solo se doblaban allí. Encantadoras campesinas, cuyas basquiñas dibujaban las amorosas formas, daban su brazo a ancianos de blancos cabellos. Jóvenes con ojos de fuego se encontraban junto a ancianas mujeres adornadas. Había, además, parejas estremecidas de placer, novias curiosas acompañadas por sus bienamados; recién casados; niños que se cogían de la mano, temerosos. Allí estaba aquella multitud, llena de colorido, brillante en sus contrastes, cargada de flores, formando un suave tumulto en el silencio de la noche. Las amplias puertas de la iglesia se abrieron. Aquellos que, retardados, se quedaron fuera, veían de lejos, por las tres puertas abiertas, una escena tan pavorosa de decoración a la que nuestras modernas óperas solo podrían aproximarse débilmente. Devotos y pecadores, presurosos por alcanzar la gracia del nuevo santo, encendieron en su honor millares de velas en aquella amplia iglesia, resplandores interesados que concedieron un mágico aspecto al monumento. Las negras arcadas, las columnas y sus capiteles, las capillas profundas y brillantes de oro y plata, las galerías, las figuras sarracenas recortadas, los más delicados trazos de tan delicada escultura se dibujaban en aquella luz excesiva, como caprichosas figuras que se forman en un brasero al rojo.

Era un océano de fuego, dominado al fondo de la iglesia por un coro dorado, donde se levantaba el altar mayor, cuya gloria habría podido rivalizar con la de un sol naciente. En efecto, el esplendor de las lámparas de oro, de los candelabros de plata, de los estandartes, de las borlas, de los santos y de los exvotos, palidecía ante el relicario en que se encontraba don Juan. El cuerpo del impío resplandecía de pedrería, de flores, cristales, diamantes, oro y plumas tan blancas como las alas de un serafín, y sustituía en el altar a un retablo de Cristo. A su alrededor brillaban numerosos cirios que lanzaban al aire ondas llameantes. El abad de Sanlúcar, adornado con los hábitos pontificios, con su mitra

enriquecida de piedras preciosas, su roqueta, su báculo de oro, estaba sentado, rey del coro, en un sillón de un lujo imperial, en medio del clero compuesto por impasibles ancianos de cabellos plateados, revestidos de albas finas y que le rodeaban semejantes a los santos confesores que los pintores agrupan alrededor del Eterno. El gran chantre y los dignatarios del cabildo, adornados con las brillantes insignias de sus vanidades eclesiásticas, iban y venían en el seno de las nubes formadas por el incienso, semejantes a los astros que ruedan en el firmamento. Cuando llegó la hora del triunfo, las campanas despertaron los ecos del campo, y aquella inmensa asamblea lanzó a Dios el primer grito de alabanza con que comienza el *Te Deum*. ¡Sublime grito! Eran voces puras y ligeras, voces de mujeres en éxtasis unidas a las voces graves y fuertes de los hombres, de millares de voces tan poderosas, que el órgano no dominó el conjunto, a pesar del mugir de sus tubos. Solo las agudas notas de la voz joven de los niños del coro y los amplios acentos de algunos bajos, suscitaron ideas graciosas, dibujaron la infancia y la fuerza en este arrebatador concierto de voces humanas confundidas en un sentimiento de amor.

—*¡Te Deum laudamus!*

Aquel canto salía del seno de la catedral negra de mujeres y hombres arrodillados, semejante a una luz que brilla de pronto en la noche; y se rompió el silencio como por el estallido de un trueno. Las voces ascendieron con nubes de incienso que arrojaban entonces velos diáfanos y azulados sobre las fantasías maravillosas de la arquitectura. Todo era riqueza, perfume, luz y melodía. En el instante en que aquella música de amor y de reconocimiento se concentró en el altar, don Juan, demasiado educado como para no dar las gracias, demasiado espiritual, por no decir burlón, respondió con una espantosa carcajada y se acomodó en su relicario. Pero el diablo le hizo pensar en el riesgo que corría de ser tomado por un hombre ordinario, un santo, un Bonifacio, un Pantaleón. Turbó aquella melodía de amor con un aullido al que se unieron las mil voces del inferno. La tierra bendecía, el cielo maldecía. La iglesia tembló en sus antiguos cimientos.

—*¡Te Deum laudamus!* —decía la asamblea.

—¡Al diablo todos!, ¡sois unas bestias! ¡Dios! ¡Dios!, ¡*carajos demonios*[6]!, ¡animales, sois unos estúpidos con vuestro viejo Dios!

Y un torrente de imprecaciones discurrió como un río de lava ardiente en una erupción del Vesubio.

—*¡Deus sabaoth, sabaoth!* —gritaron los cristianos.

—¡Insultáis la majestad del infierno! —contestó don Juan con un rechinar de dientes.

Pronto pudo el brazo viviente salir por encima del relicario y amenazó a la asamblea con gestos de desesperación e ironía.

—El santo nos bendice —dijeron las viejas mujeres, los niños y los novios, gentes crédulas.

Así somos frecuentemente engañados en nuestras adoraciones. El hombre superior se burla de los que le elogian y elogia en ocasiones a aquellos de los que se burla en el fondo de su corazón.

Cuando el abad arrodillado ante el altar cantaba:

—*Sancte Johannes ora pro nobis* —entendió claramente—: *¡Oh, coglione!*[7]

»—¿Qué pasa ahí arriba? —exclamó el deán al ver moverse el relicario.

—El santo hace diabluras, —respondió el abad.

Entonces, aquella cabeza viviente se separó violentamente del cuerpo que ya no vivía y cayó sobre el cráneo amarillo del oficiante.

—¡Acuérdate de doña Elvira! —gritó la cabeza devorando la del abad.

Este profirió un horrible grito que turbó la ceremonia.

Todos los sacerdotes corrieron y rodearon a su soberano.

—¡Imbécil! ¿Y dices que hay un Dios? —gritó la voz en el momento en que el abad, mordido en su cerebro, expiraba.

París, octubre 1830

EL OJO SIN PÁRPADO

Philarète Chasles

(L'oeil sans paupière, 1832)

Los autores poco conocidos de cuentos fantásticos son, sin duda, más numerosos que los muy conocidos. Es justo que nuestra antología albergue al menos a alguno de ellos. Philarète Chasles (1799-1873), francés, hijo de un miembro de la Convención que había votado la condena a muerte de Luis XVI, tuvo que escapar de Francia siendo aún muy joven con el advenimiento de la Restauración. Vivió en Inglaterra y en Alemania antes de volver a Francia en 1823. Profesor de literaturas extranjeras en el Collège de France y conservador de la Bibliothèque Mazarine, pertenece a esa familia de escritores bibliotecarios, al igual que Nodier antes que él, y Schwob y Borges después.

L'oeil sans paupière, publicado en la colección anónima de los Contes bruns (1832), en la que también colaboró Balzac, es un cuento de ambiente escocés, sobre las creencias populares de los duendes y las hadas, representadas con adhesión a su espíritu pánico y pagano, pero también con respeto al anatema cristiano que las asimila a los cultos diabólicos. Es la época del descubrimiento romántico del folclore, y de la moda escocesa de las novelas de Walter Scott. Pero este cuento no solo merece hoy ser recordado por su documentación folclorista. La imagen dominante es un perturbador fantasma psicológico: un ojo abierto de par en par que siempre está a espaldas de un hombre, sin perderle nunca de vista. Dado que este hombre había causado con sus celos la muerte de su esposa, el ojo sin párpado que lo sigue constituye una especie de contrappasso.

El final nos lleva a ultramar, entre los pioneros de Ohio y los indios. Pero queda claro que las barreras geográficas no cuentan para los duendes escoceses.

«¡HALLOWE'EN!, ¡Hallowe'en!, gritaban todos». ¡Esta es la noche santa, la gran noche de los *skelpies* y de las hadas! Carrick, y tú, Colean, ¿venís? Están ya todos los de *Carrick-Border*, y van a venir nuestra Meg y nuestra Jeannie. Vamos a llevar las cantimploras llenas de *whisky* del bueno, cerveza espumosa y *parritch* bien espeso. Hace buen tiempo y va a salir la luna; amigos, las ruinas de Cassilis no habrán conocido una fiesta más alegre[8].

Así hablaba Jock Muirland, un granjero viudo, pero todavía joven. Como la mayoría de los campesinos escoceses, era medio teólogo y medio poeta, gran bebedor y, sin embargo, sobrio y trabajador.

Murdock, Will Lapraik y Tom Duckat estaban a su alrededor, la conversación se desarrollaba muy cerca de la aldea de Cassilis. Seguramente no sabéis qué es Hallowe'en: es la noche de las hadas, y tiene lugar hacia mediados de agosto. En esta noche se consulta al brujo de la aldea, y todos los espíritus traviesos bailan por los páramos, atraviesan los campos cabalgando los tenues rayos de luna. Se trata del carnaval de los espíritus y de los duendes. No hay cueva ni peñasco que no celebre su fiesta y su baile; no hay flor que no se estremezca al soplo de una ninfa; no hay mujer que no cierre cuidadosamente la puerta, para que los *spunkies* no roben los alimentos del día siguiente, ni estropeen con sus travesuras la comida de los niños, que duermen abrazados en la misma cuna.

Así era aquella noche solemne, tejida de caprichosa fantasía y un secreto temor que subía por las colinas de Cassilis.

Imaginad un terreno montañoso, ondulado como el mar, y las numerosas colinas tapizadas de verde y brillante musgo; a lo lejos, sobre un picacho escarpado, las murallas almenadas de un castillo en ruinas, cuya capilla, ya sin techo, se ha conservado casi entera y eleva aún al cielo raso las esbeltas pilastras frágiles como las ramas de los árboles en invierno. En toda la zona la tierra es estéril. La dorada retama sirve de refugio a las liebres y la roca aparece desnuda hasta donde alcanza la vista. El hombre, que solo percibe el poder supremo ante la desolación y el temor, mira estas tierras marcadas por el sello de la Divinidad. La

inmensa y fecunda benevolencia del Altísimo nos inspira poca gratitud: solo respetamos su severidad y sus castigos.

Ya bailaban los *spunkies* sobre la hierba de Cassilis y la luna salía, grande y roja, tras la vidriera rota del portón de la capilla.

Parecía suspendida, como un rosetón escarlata sobre el que se recortaba la silueta de un pequeño trébol de piedra mutilada. Los *spunkies* bailaban.

¡El *spunkie*!

Una mujer, blanca como la nieve, de largos cabellos resplandecientes. Las bellas alas, compuestas y sostenidas por fibras menudas y elásticas, no nacen de su espalda, sino de sus brazos, a cuyo perfil se adaptan. El *spunkie* es hermafrodita; tiene el rostro femenino y la grácil y delicada elegancia de la pubertad viril. El *spunkie* solo va vestido con sus alas; tejido fino y ligero, mullido y compacto, impenetrable y liviano, como las alas del murciélago. Un velo oscuro, difuminado de púrpura y azul tornasolado, brilla sobre este vestido natural, que se repliega alrededor del *spunkie* cuando descansa como los pliegues de la bandera en torno al asta que la sostiene. Largos filamentos, brillantes como el acero bruñido, sustentan esos amplios velos en los que el *spunkie* se envuelve; sus extremidades están armadas por uñas de acero. ¡Ay de la mujer que se aventura, al caer la tarde, por los pantanos o los bosques donde se esconde el *spunkie*!

Ya danzaban los *spunkies* a orillas del Doon, cuando la alegre comitiva —mujeres, niños, jovencitas— se acercó. Los duendes desaparecieron al instante. Sus grandes alas, desplegadas al unísono, oscurecieron el aire, cual una bandada de pájaros que de golpe alzase el vuelo de entre los cañaverales. Por un instante, el claro de luna se oscureció; Muirland y sus acompañantes se detuvieron.

—Tengo miedo —gritó una muchacha.

—Tonterías —contestó el granjero—. Son ánades silvestres que salen volando.

—Muirland —le dijo el joven Colean con tono de reproche— tú acabarás mal; no crees en nada.

—Quememos las nueces y casquemos las avellanas —continuó Muirland, sin atender al reproche del compañero. Sentémonos aquí mismo y abramos las cestas. Aquí hay un buen abrigo: la roca nos cubrirá y el prado nos ofrece un suave lecho. El mismo Satanás habrá de turbar mis meditaciones al calor de la bebida.

—Pero podrían encontrarnos los *bogillies* y los *brownillies* —observó tímidamente una jovencita.

—¡Que se los lleve el *cranreuch*! —contestó Muirland—. ¡Rápido Lapraik!, enciende un fuego de ramas y hojarasca junto a la roca; calentaremos un poco de *whisky*; y si las mozas quieren saber qué marido les tiene reservado el buen Dios o el Diablo, tenemos con qué contentarlas. Bome Lesley nos ha traído espejos y avellanas, semillas de lino, platos y manteca. *Lasses*, eso es todo lo que necesitáis para vuestras ceremonias, ¿no es así?[9].

—Sí, sí —respondieron las muchachas.

—Pero, antes de nada, bebamos —continuó el granjero, quien, por su carácter autoritario, su patrimonio, su bodega bien surtida, su granero repleto y su habilidad como agricultor, había adquirido cierta autoridad en la zona.

Es hora de que sepáis, amigos, que de todos los países del mundo aquel en donde las clases inferiores tienen al mismo tiempo una mayor cultura y la mayor cantidad de supersticiones, es Escocia. Preguntádselo, si no, a Walter Scott, el insigne escocés que debe su grandeza a la facultad, recibida de Dios, de representar simbólicamente el carácter y el humor nacionales. En Escocia se cree en todo tipo de duendes y en las cabañas se discute de filosofía.

La noche de Hallowe'en está consagrada sobre todo a la superstición. Las gentes se reúnen para desvelar los misterios del porvenir. Los ritos que se practican con este objeto son bien conocidos e inalterables: no existe culto más riguroso en la observancia de sus prácticas. Y esta ceremonia llena de interés, donde cada uno es al mismo tiempo sacerdote y hechicero, era la meta de la excursión y la diversión nocturna a la que se dirigían los habitantes de Cassilis. Esta rústica magia tiene un encanto indescriptible. Descansa, por así decirlo, en el límite impreciso entre

poesía y realidad; se comunica con los poderes infernales sin abandonar enteramente a Dios; los objetos más vulgares se transforman en sagrados y mágicos; con una espiga de grano y una hoja de sauce se crean esperanzas y temores.

Quiere la tradición que los hechizos de Hallowe'en empiecen cuanto las campanas tocan la medianoche; es la hora en que la atmósfera se llena de seres sobrenaturales, y en la que no solo los *spunkies*, actores principales del drama, sino todas las huestes mágicas de Escocia, vienen a tomar posesión de sus dominios.

Nuestros campesinos reunidos desde las nueve, pasaron el tiempo bebiendo, cantando las viejas y encantadoras baladas, en las que el lenguaje melancólico e ingenuo se entrelaza armoniosamente con el ritmo cadencioso, en una melodía que desciende a caprichosos intervalos de cuarta, con un singular empleo del cromatismo. Las jovencitas, con sus *plaids* multicolores, con sus impecables vestidos de lana; las mujeres sonrientes; los niños, con la hermosa cinta roja anudada a la rodilla, que les sirve de liga y de ornamento; los jóvenes, cuyos corazones latían cada vez más aprisa, conforme se acercaba el momento misterioso en el que el destino sería interrogado; uno o dos ancianos, a los que la sabrosa cerveza devolvía la alegría de la juventud: todos formaban un grupo encantador, que Wilkie hubiera retratado con gozo y que hubiese alegrado las almas sensibles de Europa, sumidas en tantas tribulaciones y afanes, con la jovialidad de un sentimiento verdadero y profundo.

Muirland se entregaba como ningún otro a la ruidosa alegría que subía burbujeante como la densa espuma de las cervezas y que se comunicaba a todos los demás.

Era una de esas criaturas a las que la vida no consigue domar, uno de esos hombres de inteligencia enérgica que luchan contra viento y marea. Una mozuela del condado, que había unido su destino al de Muirland, murió al dar a luz después de dos años de matrimonio, y Muirland había jurado no volver a casarse jamás. Nadie en la vecindad ignoraba la causa de la muerte de Tuilzie: los celos de Muirland. Tuilzie, frágil y aún casi una niña, tenía apenas dieciséis años cuando se casó con el granjero. Le amaba, pero no conocía su carácter apasionado, la violencia que podía

animarle, el tormento cotidiano que era capaz de infligirse a sí mismo y a los demás. Jock Muirland era celoso, y la dulce ternura de su compañera no lograba tranquilizarle. Un día, en lo más riguroso del invierno, la envió a Edimburgo para alejarla del galanteo que, supuestamente, le dedicaba un pequeño hacendado que se había empeñado en pasar el invierno en sus tierras.

Todos sus amigos, incluso el sacerdote, le manifestaron su descontento y le reprocharon su conducta; él solo respondía que amaba apasionadamente a Tuilzie, y que únicamente a él le correspondía juzgar qué era lo mejor para el éxito de su matrimonio. Bajo el rústico techo de la casa de Jock se escuchaban a menudo lamentos, gritos y llantos, cuyos ecos llegaban al exterior; el hermano de Tuilzie fue a ver a su cuñado para decirle que su conducta era imperdonable, pero esta iniciativa solo dio como resultado una violenta riña. La joven iba marchitándose día tras día. Finalmente, el dolor que la consumía le arrebató la vida.

Muirland se sumió en una profunda desesperación que duró muchos años; pero como todo pasa en esta vida y porque juró permanecer viudo, fue olvidándose poco a poco de aquella de quien había sido verdugo involuntario. Las mujeres, que durante muchos años le habían mirado con horror, habían acabado por perdonarle; y la noche de Hallowe'en lo encontró como fuera tiempo atrás: alegre, irónico, divertido, buen bebedor y narrador de magníficas historias, chistoso e intérprete de chispeantes apostillas, que mantenían despierto el buen humor y alargaban la reunión nocturna.

Habían ya cantado todos los viejos romances épicos cuando sonaron las doce campanadas de la medianoche; y el eco de aquel tañido se propagó en la distancia. Todos habían bebido copiosamente. Había llegado el momento de los acostumbrados ritos supersticiosos. Todos, salvo Muirland, se levantaron.

—Vamos a buscar el *kail* —gritaron—, vamos a buscar el *kail*.

Muchachos y muchachas se esparcieron por los campos, y fueron regresando, uno tras otro, trayendo una raíz arrancada de la tierra: el *kail*. Debéis arrancar de raíz la primera planta que aparezca en vuestro camino; si la raíz es recta, vuestra esposa o vuestro marido serán

apuestos y cariñosos, si la raíz está retorcida, os casaréis con alguien de aspecto desagradable[10]. Si ha quedado tierra adherida a las raíces, vuestro matrimonio será feliz y fecundo; pero si la raíz es delgada y está desnuda, vuestro matrimonio no durará mucho. Podéis imaginar las explosiones de risa, el jolgorio y las burlas a que daban lugar estas indagaciones conyugales: los jóvenes se empujaban, se arrimaban unos a otros, comparando los resultados de la pesquisa; incluso los niños más pequeños tenían su raíz.

—¡Pobre Will Haverel! —exclamó Muirland, echando una mirada a la raíz que tenía un joven en la mano—. Tu mujer será fea; la raíz que has encontrado se parece al rabo de mi cerdo.

Después se sentaron en círculo, y todos probaron el sabor de la raíz: una raíz amarga presagia un mal marido; una dulce, un marido tonto; y si la raíz es aromática, el esposo será de carácter agradable.

A esta ceremonia siguió la del *tap-pickle*. Las muchachas, con los ojos vendados, salen a coger tres espigas. Si alguna de las tres no tiene grano, nadie duda que el futuro marido de la joven habrá de perdonarla alguna debilidad antes de la boda. ¡Oh Nelly! ¡Nelly! A tus tres espigas les falta el *tap-pickle*, y no has podido evitar las burlas. Es cierto que, justo ayer, la *fause-house*, o granero, fue testigo de una larga conversación entre tú y Robert Luath.

Muirland observaba sin participar en los juegos.

—¡Las avellanas! ¡Las avellanas! —gritaron todos—. Sacaron del cesto un saquito de avellanas, y todos se acercaron al fuego que habían mantenido encendido todo el tiempo. La luna brillaba resplandeciente. Cada uno cogió su avellana. Se trata de un rito célebre y venerable. Se forman las parejas, y cada avellana lleva escrito el nombre de la persona que la ha elegido; se meten en el fuego, al mismo tiempo, la avellana que lleva el nombre de la novia y la propia. Si las dos avellanas arden tranquilamente, una junto a otra, habrá una unión larga y placentera; pero si al arder, estallan y se separan, habrá discordia y desunión en el matrimonio. A menudo es la muchacha quien deposita en el fuego la imagen a la que está unida su alma. ¡Y cuál no será su dolor, cuando se

produce la separación, y el futuro esposo se precipita, chisporroteando, lejos de ella!

Ya había dado la una, y los campesinos no se cansaban de consultar los místicos oráculos. El temor y la fe que los acompañaban revestían los conjuros de un embrujo desconocido. Los *spunkies* empezaban a moverse de nuevo por entre los juncos. Las muchachas temblaban. La luna, ya alta en el cielo, se escondió tras una nube. Se llevaron a cabo la ceremonia de los guijarros, la de la vela y la de la manzana, grandes conjuros que no desvelaré. Willie Maillie, una de las jóvenes más hermosas, hundió su brazo tres veces en las aguas del Doon, exclamando: «Mi futuro esposo, mi desconocido marido, ¿dónde estás? Aquí tienes mi mano». Tres veces repitió el conjuro, y entonces la oyeron lanzar un grito.

—¡Ay, pobre de mí! ¡El *spunkie* me ha cogido la mano! —gritó—. Todos se acercaron atemorizados; solo Muirland no sentía miedo. Maillie mostró su mano ensangrentada; los jueces, de ambos sexos, cuya larga experiencia les convertía en hábiles intérpretes de las señales mágicas, declararon sin vacilar que los arañazos no habían sido causados, como sostenía Muirland, por las espinosas puntas de los juncos, sino que el brazo de la joven portaba la marca de la afilada garra del *spunkie*. Y todos reconocieron que aquello significaba que la sombra de un marido celoso había de pesar sobre el futuro de Maillie. El granjero viudo había bebido, quizá, un trago de más.

—¡Celoso! —exclamó—, ¡celoso!

Le parecía advertir en la declaración de los compañeros una malévola alusión a su desgracia.

—Yo —continuó vaciando de un trago una cantimplora llena de *whisky* hasta el borde—, preferiría mil veces casarme con el *spunkie* que volverme a casar otra vez. Sé lo que es vivir encadenado; tanto valdría vivir prisionero en una botella con una mona, un gato o el verdugo por compañero. Yo tenía celos de mi pobre Tuilzie; quizá estaba equivocado; pero decidme, ¿cómo habría podido no tenerlos? ¿Qué mujer no debe ser continuamente vigilada? No dormía por las noches; no la dejaba un momento sola durante el día; no cerraba los ojos ni un momento. El

negocio de la granja marchaba mal; todo se desmoronaba. La misma Tuilzie languidecía ante mis ojos. ¡Que se lo lleve el diablo, al matrimonio!

Algunos reían; otros guardaban silencio escandalizados. Todavía quedaba el último y más temible de los conjuros: la ceremonia del espejo.

Sosteniendo una vela en la mano, uno debe colocarse ante un pequeño espejo; se sopla tres veces sobre el cristal y se seca otras tantas, repitiendo: «Aparece, marido mío», o bien, «Aparece, esposa mía». Entonces, por encima del hombro de quien interroga al destino aparece una figura, que se refleja claramente en el espejito: es la de la esposa o la del marido así invocado.

Nadie, tras lo sucedido a Maillie, se atrevía a desafiar de nuevo a las potencias sobrenaturales. El espejo y la vela estaban ya preparados; pero nadie parecía tener la intención de utilizarlos. Se escuchaba el murmullo del Doon por entre los cañaverales. La larga cinta de plata, que temblaba sobre las aguas a lo lejos, parecía, a los ojos de los aldeanos, el rastro centelleante de los *spunkies*, o el de los espíritus de las aguas; la yegua de Muirland, la pequeña yegua de los Highlands de cola negra y pecho blanco, relinchaba con todas sus fuerzas, delatando así la proximidad de un espíritu maligno. El viento se volvía helado y los tallos de los juncos se agitaban con un largo y triste susurro; las mujeres empezaron a hablar del regreso, y no escatimaron buenas razones, ni reproches para los maridos y hermanos, ni advertencias sobre la salud de los padres; en fin, toda esa elocuencia doméstica a la que nosotros, reyes de la naturaleza y del mundo, nos sometemos con facilidad.

—¡Y bien! ¿Quién de vosotros se atreve con el espejo? —exclamó Muirland.

No hubo respuesta.

—Bien poco valor tenéis —continuó el granjero—. Os echáis a temblar con los sauces en cuanto sopla un poco el viento. Yo —bien lo sabéis— no me quiero volver a casar, porque quiero dormir, y mis párpados se niegan a cerrarse cuando estoy casado; así que no puedo empezar el conjuro. Lo sabéis tan bien como yo.

Pero finalmente, puesto que nadie quería coger el espejo, Jock Muirland se hizo cargo de él.

«Os daré ejemplo», y sin vacilar, agarró el espejo; encendieron una vela, y Muirland pronunció valerosamente las palabras del conjuro.

«Aparece, pues, esposa mía».

De pronto, una pálida imagen, de cabellos rubios resplandecientes, apareció por encima de su hombro. Muirland se sobresaltó; se volvió, por si hubiera alguna joven detrás de él para simular la aparición. Pero ninguna había simulado al espectro; el espejo se deslizó de sus manos y se rompió; pero detrás de su hombro aparecía aún el rostro blanco de cabellera resplandeciente. Muirland lanzó un grito y cayó de bruces al suelo.

Teníais que haber visto entonces a los habitantes de la aldea huir desordenadamente, como hojas arrastradas por el viento; en el lugar donde, poco antes, todos se habían abandonado a sus pueblerinas diversiones, no quedó nada, salvo los restos de la fiesta, el fuego casi apagado, jarros y cantimploras vacías, y Muirland tendido en el suelo. Los *spunkies* y su cortejo regresaban ahora en tropel, y el temporal, que ya estaba en el aire, unía a sus cánticos misteriosos, el largo ulular que los escoceses llaman de forma pintoresca, *Sugh*. Muirland, irguiéndose, miró una vez más sobre su hombro: allí estaba aquel rostro. Sonreía al granjero sin decir una palabra, y Muirland no conseguía descubrir si aquella cabeza pertenecía a un cuerpo, ya que solo aparecía cuando se daba la vuelta.

Muirland tenía la boca seca, y sentía su lengua helada pegada al paladar. Haciendo acopio de todo su valor, intentó entablar conversación con aquel ser infernal; pero en vano: solo con ver las pálidas facciones, los encendidos rizos, le temblaba todo el cuerpo. Intentó huir, con la esperanza de librarse de la aparición. Había saltado sobre la pequeña yegua blanca, y tenía ya el pie en el estribo, cuando probó por última vez; pero el temor le venció. La cabeza estaba siempre junto a él, era su compañera inseparable. Estaba pegada a su hombro como esas cabezas sin cuerpo, cuyos perfiles los escultores góticos disponían a veces en lo alto de un pilar o en el ángulo de un cornisamento. La pobre Meg, la

pequeña yegua, relinchaba con todas sus fuerzas y daba coces al aire, mostrando el mismo pánico que su dueño. Siempre que Muirland se volvía, el *spunkie* (era sin duda uno de aquellos moradores de las junqueras quien le perseguía), fijaba en él sus ojos brillantes de un azul profundo, sin pestañas que los oscurecieran ni párpados que velasen su insoportable resplandor.

Muirland espoleó a la yegua, atormentado siempre por la ansiedad de saber si su perseguidora seguía todavía allí; pero ella no le abandonaba; en vano lanzaba al galope a la yegua; en vano los páramos y los cerros huían a su paso; Muirland ya no sabía por qué camino iba, ni a dónde llevaba a la pobre Meg. Una sola idea le obsesionaba: el *spunkie*, su compañero o mejor su compañera, porque la cabeza femenina tenía toda la malicia y toda la delicadeza de una joven de dieciocho años. La bóveda del cielo se cubría de espesas nubes, que parecían devorarlo poco a poco. Nunca un pobre diablo se encontró más solo en medio de los campos, en una oscuridad tan infernal. El viento soplaba como si quisiera despertar a los muertos, y la lluvia caía oblicuamente por la violencia de la tempestad. El resplandor de los relámpagos se desvanecía, devorado por las nubes de las que salían sobrecogedores bramidos. ¡Pobre Muirland!, voló tu gorra escocesa azul y roja y no osaste volver atrás a recogerla. La tempestad redobló su furia; el Doon se desbordó; y Muirland, tras haber galopado durante una hora, descubrió con gran dolor, que había regresado al punto de partida. Allí estaba, bajo sus ojos, la iglesia derruida de Cassilis, y parecía que un incendio ardía entre los restos de las viejas pilastras; las llamas salían por las rotas aperturas, y las esculturas se recortaban sobre aquel fondo lúgubre. Meg se negaba a seguir avanzando; pero el granjero, a quien le había abandonado la razón y creyendo sentir la horrible cabeza apoyada sobre su hombro, clavó con tanta fuerza las espuelas en los flancos de la pobre Meg, que esta se desplomó, a pesar suyo, ante la violencia que se le vino encima.

—Jock —dijo una dulce voz—, cásate conmigo y nunca más volverás a tener miedo.

Imaginad el profundo horror del desventurado Muirland.

—Cásate conmigo —repitió el *spunkie*.

Entretanto, huían hacia la catedral en llamas. Muirland, detenido en su carrera por los pilares mutilados y las estatuas caídas, bajó del caballo; había bebido tanto vino aquella noche, tanta cerveza y aguardiente, había galopado tanto y había vivido tantas emociones que terminó por acostumbrarse a aquel estado de misteriosa excitación: nuestro granjero entró con paso firme en la nave sin bóveda de donde salía el fuego infernal. La escena que apareció entonces ante sus ojos era nueva para él. Una figura acurrucada en medio de la nave sostenía, sobre su espalda arqueada, un vaso octogonal en el que ardía una llama verde y roja. El altar estaba dispuesto con los antiguos adornos del rito católico. Demonios de roja cabellera erizada ocupaban, de pie sobre el altar, el lugar de las velas. Todas las formas grotescas e infernales que la fantasía del pintor y del poeta hayan podido imaginar, se agolpaban, corrían y se entremezclaban en múltiples y extrañas formas. Los asientos del coro estaban ocupados por graves personajes que conservaban los hábitos propios de su rango. Pero bajo las mucetas se dibujaban manos de esqueletos, de cuyas cuencas vacías no salía luz alguna. No diré, porque el lenguaje humano no puede llegar a tanto, qué incienso quemaban en aquella iglesia, ni qué abominable parodia de santos misterios estaban representando allí los demonios. Cuarenta diablos encaramados en la antigua galería que antaño albergase el órgano de la catedral, sostenían gaitas escocesas de diferentes tamaños. Doce de ellos formaban un trono para un enorme gato negro que marcaba el compás con un maullido prolongado. La diabólica sinfonía hacía temblar las bóvedas semiderruidas, de las que caían, de vez en cuando, fragmentos de piedra. En medio de aquel tumulto estaban arrodillados algunos esbeltos *skelpies*, parecidos a encantadoras niñas, a no ser por sus colas, que sobresalían bajo sus hábitos blancos; y más de cincuenta *skelpies*, con las alas extendidas o recogidas, bailaban o reposaban. En los nichos de los santos, dispuestos simétricamente en torno a la nave central, se abrían tumbas profanadas, de donde surgía la muerte, en su blanco sudario, sosteniendo entre sus manos el cirio fúnebre. En cuanto a las reliquias que colgaban de los muros, no me detendré a describirlas. Todos los

crímenes cometidos en Escocia desde hacía veinte años estaban allí, tapizando los muros de la iglesia abandonada a los demonios.

Ahí estaban la cuerda del ahorcado, el cuchillo del asesino, los despojos horripilantes del aborto y las huellas del incesto. Ahí estaban los corazones de los desalmados ennegrecidos por el vicio, y los blancos cabellos de una cabeza paterna aún pegados a la hoja criminal del parricida. Muirland se detuvo y se volvió; la cabeza, su compañera de camino, no había abandonado su puesto. Uno de los monstruos encargados del servicio infernal le cogió de la mano; Muirland no se resistió. Le condujo al altar; Muirland siguió a su guía. Estaba vencido, sin fuerzas. Todos se arrodillaron, y Muirland se arrodilló; entonaron entonces unos extraños cánticos pero Muirland no escuchaba nada; permaneció inmóvil, atónito, como petrificado, esperando su destino. Entretanto, los himnos diabólicos se hacían más audibles. Los *spunkies*, encargados de formar el cuerpo de baile, daban vueltas cada vez más frenéticas en su corro infernal; las gaitas gritaban, mugían, aullaban y silbaban con mayor vehemencia. Muirland se volvió para mirar su hombro aciago, que un huésped indeseable había elegido como residencia.

—¡Ah! —gritó con un largo suspiro de satisfacción.

La cabeza había desaparecido.

Pero cuando su mirada alucinada y asustada volvió a los objetos que le rodeaban, vio con estupor junto a él, arrodillada sobre un ataúd, una jovencita cuyo rostro era el del fantasma que lo había perseguido. Un vestido de lino gris la cubría apenas hasta medio muslo. Podía entrever el escote encantador; los hombros, ocultos por sus cabellos rubios; el seno virginal, cuya belleza dejaba traslucir el liviano vestido. Muirland quedó conmovido; aquellas formas gráciles y delicadas contrastaban con las horrendas apariciones que se veían en torno a ella. El esqueleto que parodiaba la misa tomó, con sus dedos retorcidos, la mano de Muirland, y la unió a la de la joven. Muirland sintió entonces, cuando su extraña novia le apretó la mano, el tacto de la fría punzada que el vulgo atribuye a las garras del *spunkie*. Era demasiado para él; cerró los ojos, y sintió que se desmayaba. Vencido a medias por un desfallecimiento que luchaba por

combatir, creyó adivinar a quién pertenecían las manos infernales que le volvieron a montar sobre la yegua, que le estaba esperando a las puertas de la iglesia; pero su percepción era confusa, y vagas sus sensaciones.

Como cualquiera puede imaginar, semejante noche dejó sus huellas en Muirland; se despertó como si saliese de un letargo, y se sorprendió al comprender que estaba casado desde hacía algunos días: después de la noche de Hallowe'en había viajado a las montañas y había llevado consigo a una joven esposa, que ahora yacía junto a él, en el viejo lecho de la granja.

Se frotó los ojos y creyó estar soñando; luego quiso contemplar a la que, sin saberlo, había elegido y que ahora era la señora Muirland. Era ya de día. ¡Qué graciosa era la esposa! ¡Qué dulce luz había en su amplia mirada! ¡Qué esplendor en aquellos ojos! Sin embargo, Muirland se sentía atrapado por la extraña luz que emanaba de aquella mirada. Se acercó a ella; para su sorpresa, su esposa —o así le pareció a él— no tenía párpados; grandes pupilas de azul profundo se dibujaban bajo el oscuro arco de las cejas, cuyo trazo era admirablemente sutil. Muirland suspiró; el recuerdo vago del *spunkie*, de la carrera nocturna y de la espantosa boda en la catedral, volvió de golpe a su mente.

Observando más de cerca a su nueva esposa, le pareció descubrir en ella todos los rasgos característicos de aquel ser misterioso, aunque modificados, y algo suavizados. Los dedos de la joven eran largos y delgados; las uñas blancas y afiladas; los cabellos caían hasta el suelo. Permaneció como abstraído en una fantasía; no obstante, los vecinos le comunicaron que la familia de la joven vivía en los Highlands; que al terminar la boda había sufrido una fiebre altísima, y que no debía sorprenderse si el recuerdo de la ceremonia se había borrado de su mente, aún convaleciente; y que muy pronto se portaría mejor con la joven, ya que era graciosa, dulce y muy buena ama de casa.

—Pero si no tiene párpados —exclamó Muirland.

Los vecinos se reían de él y decían que la fiebre no le había abandonado todavía; nadie, salvo el granjero, advertía aquella extraña característica.

Llegó la noche; para Muirland era su noche de bodas, ya que, hasta aquel momento, estaba casado solo de nombre. La belleza de su esposa le había enternecido, aunque él la viese sin párpados. Se prometía, pues, una y otra vez, vencer su miedo y gozar del singular regalo que el cielo o el infierno le habían enviado.

Pedimos ahora al lector que nos conceda las ventajas y ardides propios de la novela y de la fábula, y que nos permita omitir los detalles de los primeros acontecimientos de la noche. No diremos lo hermosa que estaba la bella Spellie (tal era el nombre de la esposa) ataviada para esa noche.

Muirland se despertó, soñando que la luz del sol iluminaba de golpe la habitación donde estaba el lecho nupcial. Deslumbrado por los rayos ardientes, se alzó sobresaltado, y vio los ojos de su esposa fijos tiernamente en él.

—¡Diablos! —pensó—, dormir ahora es una verdadera ofensa a su belleza. Así pues, alejó el sueño y susurró a Spellie tiernas frases de amor, a las que la joven montañesa respondió como mejor pudo.

Spellie no había dormido aún cuando llegó la mañana.

—¿Y cómo podría dormir —se preguntaba Muirland—, si no tiene párpados?

Y su pobre mente volvía a caer en un abismo de dudas y temores.

Salió el sol. Muirland estaba pálido y abatido. La señora Muirland tenía los ojos resplandecientes como nunca. Pasaron la mañana paseando por las orillas del Doon. La joven esposa era tan encantadora, que el marido, a pesar de la extrañeza y de la fiebre que aún tenía, no podía contemplarla sin sentir admiración.

—Jock —le dijo ella—, te amo como tú amabas a Tuilzie; todas las jóvenes de los alrededores me envidian; así pues, habrás de estar alerta, amor mío, porque me sentiré celosa y te vigilaré de cerca.

Los besos de Muirland cerraron su boca; pero las noches se sucedían, y en lo más profundo de cada noche, los ojos resplandecientes de Spellie arrancaban al granjero de su sueño, el vigor de Muirland declinaba.

—Pero amor mío —preguntó Jock a su mujer—, ¿es que no duermes nunca?

—¿Dormir yo?

—Sí, dormir. Desde que estamos casados creo que no has dormido un solo instante.

—En mi familia no se duerme nunca.

Y sus pupilas azules, parecían brillar aún más.

—¡No duerme! —exclamó Muirland, desesperado—. ¡No duerme!

Y se dejó caer de nuevo, exhausto y espantado, sobre la almohada.

—¡No tiene párpados, no duerme jamás! —repitió.

—No me canso de mirarte —respondió Spellie—, y te vigilaré muy de cerca.

¡Pobre Muirland! Los hermosos ojos de su esposa no le concedían reposo; eran, como diría el poeta, estrellas eternamente encendidas para deslumbrarlo. Se compusieron en el condado más de treinta baladas que celebraban los bellos ojos de Spellie. En cuanto a Muirland, un día desapareció. Habían transcurrido tres meses; el suplicio que había sufrido había arruinado su vida y apurado su sangre; sentía que aquella mirada de fuego le consumía. Cuando regresaba del campo, cuando permanecía en casa, cuando iba a la iglesia, siempre estaba a merced del terrible rayo resplandeciente, que penetraba hasta lo más hondo de su ser y que le sobrecogía de terror. Terminó por odiar el sol y huir del día.

El suplicio que había destruido a la pobre Tuilzie, se había convenido en el suyo: la inquietud espiritual que había hecho de él el verdugo de su primera y joven esposa, y que los hombres llamaban celos, se había transfigurado en el ojo escrutador, imposible de eludir, que le perseguía constantemente: siempre los celos, pero transformados en imagen palpable, en el prototipo de la sospecha. Muirland abandonó la granja, abandonó sus tierras, cruzó el mar y se adentró en los bosques de América del Norte, donde muchos de sus compatriotas habían fundado pueblos y construido un hogar acogedor.

Confiaba en que las praderas de Ohio le brindasen un asilo seguro; prefería la pobreza, la vida del colono, la serpiente oculta entre la tupida maleza, un alimento sencillo, simple e incierto, a su techo de Escocia, donde el ojo celoso y perpetuamente abierto relucía para atormentarlo. Después de pasar un año en aquellas soledades, terminó por bendecir su

suerte: al menos había hallado el reposo en el seno de aquella naturaleza fecunda.

No mantenía correspondencia con nadie, en Gran Bretaña, por temor a tener noticias de su esposa; algunas veces, en sueños, veía aún aquellos ojos sin párpados, y se despertaba sobresaltado; se aseguraba cuidadosamente de que las temibles pupilas vigilantes no estuviesen junto a él, no lo atravesasen, no lo devorasen con su luz insoportable; y entonces volvía a dormirse, feliz.

Los *Narraghansetts*, una tribu que vivía por los alrededores, habían elegido como *sachem*, o jefe, a Massasoit, un anciano enfermizo, de carácter pacífico; Muirland se había granjeado muy pronto su afecto, regalándole el aguardiente que él sabía destilar. Massasoit cayó un día enfermo, y su amigo Muirland fue a visitarlo a su tienda.

Imaginad un *wigwam* indio; una especie de choza cónica con una abertura en lo alto para dejar salir el humo; en el centro de este humilde palacio ardía un fuego; sobre las pieles de bisonte, extendidas en el suelo, yacía el viejo jefe enfermo; a su alrededor, los hombres de la tribu aullaban, gritaban y lloraban, causando tal alboroto, que no solo no hubiera curado a un hombre enfermo, sino que habría hecho enfermar a un hombre sano. Un *powam*, o curandero indio dirigía el lúgubre coro y la danza; el eco retumbaba con el estruendo de aquella extraña ceremonia; era la plegaria pública, ofrecida a la divinidad local.

Seis jóvenes daban masajes a los miembros desnudos y fríos del anciano: una de ellas, de apenas dieciséis años, lloraba. El sentido común de Muirland le hizo comprender que el único resultado de todo aquel aparato medicinal iba a ser la muerte de Massasoit; en su condición de europeo y de hombre blanco, todos le consideraban médico de nacimiento. Aprovechando la autoridad que ese título confería, hizo salir a todos aquellos hombres que gritaban, y se acercó al *sachem*.

—¿Quién viene a mí? —preguntó el viejo.

—Jock, el hombre blanco.

—¡Oh! —respondió el *sachem*, tendiéndole la áspera mano—. No nos veremos más, Jock.

Jock, aunque sabía bastante poco de medicina, advirtió enseguida que el *sachem* padecía simplemente de indigestión; lo tomó a su cuidado y ordenó que se hiciese silencio; le impuso una dieta y le preparó un excelente potaje escocés que el viejo engulló como si se tratase de una medicina. En tres días Massasoit había vuelto a la vida; los gritos de nuestros salvajes expresaban ahora gratitud y alegría. Massasoit hizo sentar a Jock a su lado, le dio a fumar su *calumet* y le presentó a su hija Anauket, la más joven y bella de cuantas había visto Muirland en la tienda.

—Tú no tienes una *squaw*[11] —le dijo el viejo guerrero—. Toma a mi hija y honra mis canas.

Jock se estremeció; recordó a Tuilzie y a Spellie: el matrimonio nunca le había traído la felicidad. Pero, por otra parte, la joven *squaw* era dulce, ingenua y obediente. Además, un matrimonio en aquellas soledades reviste muy poca solemnidad: no tiene gran valor para un europeo. Jock aceptó, y la bella Anauket no le dio jamás ocasión alguna de arrepentirse de su decisión.

Un día, el octavo desde su unión, navegaban por el Ohio, en una bella mañana de otoño. Jock llevaba su fusil de caza. Anauket, acostumbrada a estas expediciones propias de la vida en los bosques, ayudaba y servía a su marido. El tiempo era magnífico; las orillas del río ofrecían parajes deliciosos a los amantes. Jock había tenido buena caza; de repente, una pintada de espléndidas alas atrajo su atención; apuntó, la hirió, y el pájaro, herido de muerte, cayó gimiendo, en medio de la espesura. Muirland no quería perder una pieza tan magnífica; varó la canoa y corrió en busca del pájaro herido. Batió en vano muchos matorrales, pero su obstinación de escocés le empujaba siempre más hacia el corazón del bosque. Muy pronto se halló en uno de esos verdes claros naturales que se hallan en los bosques de América, rodeado de árboles de gran altura; entonces un fulgor atravesó el follaje y llegó hasta él. A Muirland le dio un vuelco el corazón: el rayo le quemaba; aquella luz insoportable le obligaba a bajar la mirada.

El ojo sin párpado estaba allí, eternamente vigilante.

Spellie había atravesado el océano, había encontrado el rastro de su marido y le había seguido de cerca; había mantenido su palabra, y sus celos terribles aplastaban ya a Muirland con sus justos reproches. El hombre corrió hacia el río, seguido por la mirada del ojo sin párpado; vio la onda clara y pura del Ohio y se lanzó a ella, empujado por el terror.

Este fue el fin de Jock Muirland, tal y como se halla en una leyenda escocesa que las viejas cuentan a su manera. Se trata de una alegoría, afirman, y el ojo sin párpado es el ojo, siempre vigilante, de la mujer celosa, el más espantoso de los suplicios.

LA MANO ENCANTADA

Gérard de Nerval

(La main enchantée, 1832)

Gérard de Nerval (1808-1854) ha creado dentro de la narrativa fantástica del romanticismo un género nuevo: la evocación lírico-amorosa suspendida entre el sueño y la memoria. Los textos más típicos de este género, como Aurélia y Sylvie, son difícilmente antologizables: pero Nerval es autor también de un clásico del género fantástico más típico: La main enchantée, un cuento basado en un tema bastante explotado y de efecto seguro: la mano que vive su propia vida separada del cuerpo.

Además del simbolismo moral que la mano encantada asume con sugestiva evidencia —la violencia agresiva que cada uno lleva dentro— encontramos aquí una minuciosa reconstrucción del París del siglo XVII. Un vendedor de tejidos, habiendo de batirse en duelo con un militar, recurre a los encantamientos de un alquimista cíngaro que le hechiza la mano derecha. El vendedor mata en el duelo al espadachín. Perseguido por la justicia, busca la protección de un magistrado; pero la mano encantada, ajena a su voluntad, ataca al hombre de leyes. Mientras el negociante está en prisión, condenado a la horca, viene a verle el cíngaro: la mano de un ahorcado es un talismán extraordinario para los ladrones, ya que con ella pueden abrir cualquier puerta. El cíngaro reclama la mano y cuando sobre el patíbulo el verdugo corta la mano del ahorcado, la vemos moverse, escapar, abrirse camino entre la multitud e ir a reunirse con el brujo.

I
LA PLAZA DAUPHINE

NADA es tan hermoso como las casas del siglo XVII que la *Place Royale* ofrece en tan majestuoso conjunto. Cuando sus fachadas de ladrillos

intercalados y enmarcados por molduras y cantos de piedras, y cuando sus altas ventanas se encienden con los espléndidos rayos del sol del atardecer, uno siente, al contemplarlas, la misma veneración que ante un tribunal de magistrados vestidos con ropas rojas forradas de armiño y, si no fuese una pueril comparación, se podría decir que la larga mesa verde alrededor de la cual se sientan estos temibles magistrados formando un cuadrado se parece un poco a la diadema de tilos que bordea las cuatro caras de la *Place Royale* completando su grave armonía.

Hay otra plaza en la ciudad de París que no es menos agradable por su regularidad y su estilo, y que es, en triángulo, poco más o menos lo que la otra en cuadrado. Fue construida bajo el reinado de Enrique el Grande, que la llamó *Place Dauphine*, y entonces se admiró el poco tiempo que precisaron sus edificios para cubrir el vacío terreno de la isla de la Gourdaine. La invasión de este terreno fue un cruel disgusto para los clérigos que iban allí a divertirse ruidosamente, y para los abogados, que meditaban en él sus alegatos: ¡era un paseo tan verde y tan florido al salir de la infecta audiencia del Palacio…!

Apenas se levantaron aquellas tres filas de casas sobre sus pesados pórticos cargados y surcados de salientes y tabiques, apenas fueron revestidas con sus ladrillos, abiertas sus ventanas con balaústres y cubiertas con macizos tejados, aquel linaje de gentes de justicia invadió toda la plaza, siguiendo cada uno su categoría y sus medios, es decir, en relación inversa a la altura de los pisos. Aquello se convirtió en una especie de corte de los milagros de altos vuelos, un hampa de ladrones privilegiados, guarida de picapleitos, edificada con ladrillo y piedra, mientras que las otras eran de barro y madera.

En unas de aquellas casas que constituían la Place Dauphine vivía, en los últimos años del reinado de Enrique el Grande, un personaje bastante importante, llamado Godinot Chevassut, lugarteniente civil del preboste de París; cargo a la vez muy penoso y lucrativo en un siglo en que los ladrones eran mucho más numerosos de lo que lo son hoy en día, ¡tanto ha disminuido la probidad desde entonces en nuestra Francia!, y en el que el número de mujeres de alegre vivir era mucho más considerable, ¡tanto se han degradado nuestras costumbres! Como la humanidad no

cambia en absoluto se puede decir, como un antiguo autor, que cuantos menos granujas hay en galeras más hay fuera.

También hay que decir que los ladrones de aquel tiempo eran menos innobles que los de hoy, y que tan miserable oficio era entonces un tipo de arte que los hijos de familia no desdeñaban ejercer. Muchas buenas capacidades arrojadas a los pies de una sociedad de barreras y privilegios se desarrollaban considerablemente en este sentido; enemigos mucho más peligrosos para los particulares que para el Estado, cuya máquina quizá hubiera estallado sin esta salida. También, sin duda alguna, la justicia de entonces tenía muchos miramientos hacia los ladrones distinguidos, y nadie ejercía más a gusto esta tolerancia que nuestro magistrado de la *Place Dauphine*, y por razones que ya conocerán. Por el contrario, nadie más severo que él con los torpes: estos pagaban por los otros y llenaban los patíbulos que daban entonces sombra a París, según expresión de d'Aubigné, con gran deleite de los burgueses, que solo eran entonces mejor robados, y con el perfeccionamiento del arte de la *truhanería*.

Godinot Chevassut era un hombrecillo regordete que empezaba a encanecer, y se alegraba mucho de ello, al revés de lo que ocurre normalmente con los viejos, porque al blanquearse sus cabellos perderían necesariamente aquel color encendido que tenían de nacimiento y que le había valido el desagradable mote de *Rousseau*, que sus conocidos sustituían por el suyo propio, por ser más fácil de pronunciar y de recordar. Tenía además los ojos bizcos y muy vivos, aunque siempre medio cerrados bajo sus espesas cejas, y una boca agrietada, como las personas que ríen mucho. Y, sin embargo, aunque sus rasgos tuvieran casi siempre un aire de malicia, nunca se le oía reír a grandes carcajadas; como suele decirse, a mandíbula batiente; solamente cuando se le escapaba alguna cosa divertida la acentuaba al final con un *¡ah!*, o *¡oh!*, que le salía de lo más hondo de sus pulmones, pero con un efecto singular; esto sucedía con mucha frecuencia, pues nuestro magistrado gustaba de salpicar su conversación con agudezas, equívocos y frases pícaras, incluso ante el tribunal. Por lo demás, era esta una costumbre

entre las gentes de toga de la época que hoy ha pasado casi por completo a provincias.

Para terminar su retrato sería preciso colocarle en el lugar acostumbrado una nariz bastante larga y cuadrada en la punta; luego las orejas, bastante pequeñas y lisas y de una finura de oído capaces de distinguir desde un cuarto de legua el tintineo de un cuarto de escudo y el de un doblón desde mucho más lejos. Por esto, como en cierta ocasión un litigante preguntase si el señor magistrado tenía algún amigo que le pudiera recomendar, le contestaron que en efecto, que *Rousseau* tenía unos amigos a los que hacía mucho caso, y que eran, entre otros, monseñor Doblón, maese Ducado e, incluso, don Escudo; que era necesario hacer actuar a varios a la vez y con ello se podía estar seguro de ser fervorosamente atendido.

II
Una idea fija

Hay gentes que sienten más simpatía por esta o aquella cualidad o por tal o cual virtud.

Unos tienen en la más alta estima la grandeza y el valor guerreros, y solo se complacen en los relatos de hermosas hazañas bélicas; otros sitúan por encima de todo el genio y las invenciones de las Artes, las Letras y las Ciencias; otros se sienten conmovidos por la generosidad y las virtuosas acciones encaminadas a socorrer a nuestros semejantes y consagrándose a su salvación por inclinación propia. Pero el sentimiento personal de Godinot Chevassut era el mismo que el del sabio Carlos IX, a saber, que no se puede establecer ninguna virtud por encima del ingenio y la destreza, y que las gentes que lo poseen son los únicos dignos de ser admirados y honrados en este mundo; y en ninguna parte encontraba estas cualidades más brillantes y mejor desarrolladas como en la gran sociedad de los rateros, estafadores, bribones y vagabundos, cuya *vida generosa* y trucos singulares se desarrollaban cada día ante él con una inagotable variedad.

Su héroe favorito era maese François Villon, parisino, tan célebre en el arte de la poética como en el arte de la estafa y el robo; ¡seguramente habría dado la *Ilíada* junto con la *Eneida* y la novela no menos admirable de *Huon de Bordeaux*, por el poema de las *Comilonas caseras*, e incluso por la *Légende de maître Faifeu*, que son las epopeyas rimadas de los truhanes! Las *Illustrations* de Du Bellay, el *Aristóteles Peripoliticón* y el *Cymbalum mundi* le parecían muy flojas al lado de la *Jerga, seguida de los Estados Generales del reino del Argot*, y de los diálogos del pícaro y el tunante, escrita por un papanatas e impresa en Tours con autorización del rey de Thunes, Fiacre el Embalador, Tours, 1603. Y como naturalmente aquellos que tienen una virtud sienten un profundo desprecio por el defecto contrario, no había nada más odioso para él que las gentes simples, de inteligencia espesa y de espíritu poco complicado. Esto llegaba a tal extremo que quiso cambiar por completo la distribución de la justicia, de modo que, cuando se descubriera algún grave latrocinio, se colgara no al ladrón, sino al robado. Era una idea; era su idea. Creía ver en ella el único medio de acelerar la emancipación intelectual del pueblo, y de hacer llegar a los hombres del siglo a un supremo progreso del ingenio, de destreza y de inventiva, que, según él decía, era la verdadera corona de la humanidad y la perfección que más agradaba a Dios.

Esto en cuanto a la moral. Respecto a la política estaba convencido de que el robo organizado a gran escala favorecía más que nada la división de las grandes fortunas y la circulación de las pequeñas, teniendo como resultado el bienestar y la liberación de las clases inferiores.

Como verás, solo le llenaba de gozo el fraude de calidad, las sutilezas y zalamerías de los verdaderos clérigos de San Nicolás, los viejos trucos de maese Gonin, que conservaban su gracia y su ingenio desde hacía doscientos años, y que Villon, el villonense, era su compadre y no los salteadores de caminos como Guilleris o el capitán Encrucijada. Ciertamente, el bandido que apostado en la carretera despoja brutalmente a un viajero le parecía tan espantoso como a todo espíritu sano, lo mismo que aquellos que sin ningún esfuerzo de imaginación

penetran en una casa aislada, la saquean y, a veces, degüellan a sus dueños. Pero si hubiese sabido de algún distinguido ladrón que practicando una brecha en el muro para introducirse en una mansión hubiese cuidado de adornar su abertura con un trébol gótico, para que al día siguiente al descubrir el robo se viera que lo había ejecutado un hombre de buen gusto, ciertamente Godinot Chevassut hubiera tenido a este en mayor estima que a Bertrand de Clasquin o al emperador César, como poco.

III
Los gregüescos del magistrado

Dicho todo esto, creo que ya es hora de descorrer la cortina y, siguiendo la costumbre de los antiguos comediantes, de dar una patada en el trasero al señor Prólogo tan enojosamente prolijo que ha sido preciso despabilar tres veces las velas desde su exordio. Que acabe de prisa como Bruscambille, conjurando a los espectadores a que «limpien las imperfecciones de su decir con el cepillo de su humanidad y que reciban una lavativa de excusas en el intestino de su impaciencia»; ya está dicho, y la acción va a comenzar.

Estamos en una gran sala, sombría y amueblada. El viejo magistrado, sentado en un amplio sillón labrado, de retorcidas patas y de respaldo forrado de damasco a franjas, está probándose unos gregüescos nuevos y almidonados que acaba de traerle Eustaquio Bouteroue, aprendiz de maese Goubard, pañero-calcetero. Maese Chevassut, anudándose los cordones, se levanta y se vuelve a sentar dirigiendo la palabra de vez en cuando al aprendiz que, rígido como un santo de piedra, se ha sentado, accediendo a su invitación, en el borde de un escabel, y le mira con vacilación y timidez.

—¡Hum! ¡Estos ya cumplieron! —dijo empujando con el pie los viejos gregüescos que se acababa de quitar—. Estaban tan desgastados como una ordenanza prohibitiva del prebostazgo, y todos los pedazos se decían adiós…, ¡un adiós desgarrador!

El chistoso magistrado recogió, sin embargo, el viejo *vestido necesario* para coger su bolsillo del que sacó algunas monedas y las extendió en su mano.

—Está claro —continuó— que nosotros los hombres de leyes damos un uso muy prolongado a nuestros trajes gracias a la toga bajo la que los llevamos mientras los tejidos resisten y se mantienen las costuras; es por ello y porque es necesario que todo el mundo viva, incluso los ladrones, y, por tanto, los pañeros-calceteros, que no regatearé los seis escudos que maese Goubard me pide; a los que añado, además, generosamente un escudo falso para el dependiente con la condición de que no lo cambie perdiendo, sino que lo haga pasar por bueno a algún burgués bribón, empleando para ello todos los recursos de su ingenio; si no es así, me quedo el citado escudo para la colecta de mañana domingo en Nôtre-Dame.

Eustaquio Bouteroue cogió los seis escudos y el escudo falso, dando las gracias muy bajo.

—¡Y bien, muchacho!, ¿empiezas ya a cogerle el tino a la pañería?, ¿sabes ya *sisar* cuando mides y cortas, y colocarle al parroquiano lo viejo por nuevo y hacerle ver lo blanco negro? En fin, ¿mantienes la vieja reputación de los comerciantes del mercado de Les Halles? Eustaquio levantó los ojos hacia el magistrado con cierto temor, y, suponiendo que bromeaba se echó a reír, pero el magistrado no bromeaba.

—No me gusta nada el modo de robar de los comerciantes —añadió—; el ladrón roba y no engaña; el comerciante roba y engaña. Un camarada mío con muy buena labia y que sabía latín compra un par de gregüescos; regatea en el precio y acaba pagándolos a seis escudos. Luego llega un buen cristiano, de esos que algunos llaman *parias* y los comerciantes buenos *parroquianos*, y puede ocurrir que coja un par de gregüescos como los del otro, y confiando en el pañero que pone a la Virgen y a los santos por testigos de su honestidad los pague a ocho escudos; en ese caso, no le compadeceré, porque es un idiota. Pero si, mientras el comerciante está contando las dos sumas que acaba de cobrar y hace tintinear en su mano satisfecho los dos escudos de diferencia de una y otra cuenta, pasa por delante de su tienda un pobre infeliz

condenado a galeras por haber robado de un bolsillo algún pañuelo sucio y agujereado va y exclama: ¡Mirad que gran criminal!, ¡si la justicia fuera justa, ese truhán sería descuartizado vivo, y yo iría a verlo!, y dice esto con los dos escudos en la mano, Eustaquio, ¿qué piensas tú que pasaría si según el deseo del comerciante la justicia fuera justa?

Eustaquio Bouteroue ya no reía; la paradoja era demasiado inaudita para atreverse a contestar, y la boca de donde salía la hacía aún más inquietante. Maese Chevassut, viendo al muchacho aturdido como un lobo cogido en la trampa, se echó a reír con su risa especial, le dio una palmadita en la mejilla y le despidió. Eustaquio descendió muy pensativo la escalera con barandilla de piedra y, aunque oyó a lo lejos en el patio del palacio la trompeta de Galinette la Galine, bufón del célebre curandero Jerónimo, que llamaba a los curiosos a escuchar sus chistes y a comprar los potingues de su amo, se hizo el sordo esta vez y se dispuso a cruzar el Pont-Neuf para llegar al barrio del mercado de Les Halles.

IV
El Pont-Neuf

El Pont-Neuf, terminado bajo Enrique IV, es el monumento más importante de su reinado. Nada es comparable al entusiasmo que produjo su contemplación cuando, después de grandes trabajos, atravesó completamente el Sena con sus doce arcos y unió más estrechamente las tres antiguas ciudades a la capital.

Pronto se convirtió también en el lugar de cita de todos los parisinos ociosos, cuyo número es considerable, y, por consiguiente, de juglares, vendedores de ungüentos y timadores, cuyas habilidades ponen en marcha la multitud como la corriente de agua el molino.

Cuando Eustaquio salió del triángulo de la Place Dauphine, el sol lanzaba sus rayos polvorientos sobre el puente, muy concurrido, pese a que por lo general los paseos más frecuentes de París eran aquellos adornados de escaparates, empedrados y a la sombra de las casas y de las murallas.

Eustaquio iba adentrándose a duras penas en aquel río de gente que cruzaba el otro río y discurría con lentitud de un extremo a otro del puente, deteniéndose al menor obstáculo como témpanos de hielo que el agua arrastra, dando vueltas y arremolinándose en torno a algunos escamoteadores, cantantes o vendedores que pregonan sus mercancías. Muchos se detenían a lo largo de la barandilla del puente para ver pasar las almadías bajo los arcos, o deslizarse los barcos, o contemplar el magnífico panorama que ofrecía río abajo el Sena, costeando a la derecha la larga fila de edificios del Louvre, y a la izquierda el *Pré-aux-Clercs*, surcados por las hermosas avenidas de tilos y rodeados de sauces grises desgreñados o sauces verdes llorando sobre el agua; más allá y en cada orilla, la torre de Nesle y la torre de Bois, que parecían centinelas a las puertas de París, como los gigantes de las novelas antiguas.

De pronto, un gran ruido de petardos hizo volver los ojos de los transeúntes y mirones hacia un mismo sitio, y anunció un espectáculo digno de llamar la atención. Era en el centro de una de esas plataformas en forma de media luna, cubiertas en otro tiempo de tiendas de piedra y que formaban ahora espacios vacíos encima de cada pilar del puente fuera de la calzada. Un prestidigitador se había instalado allí; había colocado una mesa, y sobre ella se paseaba un hermoso mono vestido de negro y rojo como un perfecto diablo, con rabo y todo, y que, sin la menor timidez, lanzaba gran cantidad de petardos y cohetes con gran disgusto del resto de tenderetes que no habían hecho círculo tan aprisa.

El dueño del mono era uno de esos cíngaros tan frecuentes hace cien años, pero ya escasos entonces y hoy día ahogados y perdidos en la fealdad y en la insignificancia de nuestras cabezas burguesas: un perfil de filo de hacha, frente alta pero recta, nariz larga y gibosa, inclinada, pero, sin embargo, no al estilo de la nariz romana, sino al contrario, respingona y apenas adelantándose a la boca, de labios finos y salientes, la barbilla hundida; luego, los ojos oblicuos bajo unas cejas dibujadas en V y largos cabellos negros completaban el conjunto. Un cierto aire, en fin, de soltura y agilidad en sus gestos y actitudes denotaba a un truhán habilidoso metido desde temprana edad en todo tipo de oficios.

Iba vestido con un viejo traje de bufón que llevaba con gran dignidad y tocado con un gran sombrero de fieltro negro de amplias alas, muy arrugado y viejo. Todos le llamaban maese Gonin, tal vez a causa de su habilidad en los juegos de prestidigitación, o quizá porque en efecto descendiera de aquel famoso juglar que fundó bajo Carlos VI el teatro de los Enfants-sans-Souci y fuera el primero en llevar el título de Príncipe de los Tontos, heredado por el señor Chotacabras, quien mantuvo sus soberanas prerrogativas, incluso, en el parlamento.

V
La buenaventura

El prestidigitador, viendo que había conseguido reunir un buen número de espectadores, hizo unos cuantos juegos de manos que produjeron una ruidosa admiración. Lo cierto es que el compadre había elegido su sitio en la media luna de forma premeditada, y no solamente, como parecía, para no entorpecer la circulación, pues de este modo los espectadores solo podían estar delante de él, y no detrás.

Y es que el arte, en verdad, no era entonces lo que ha llegado a ser hoy en día, en que el escamoteador trabaja rodeado por su público. Una vez terminados los juegos de manos, el mono dio una vuelta entre la multitud, recogiendo gran cantidad de monedas que agradecía de forma muy galante, acompañando sus saludos con un grito bastante parecido al del grillo. Pero los juegos de manos eran tan solo el preludio de otra cosa muy distinta, y en un prólogo muy bien traído, el nuevo maese Gonin anunció que poseía el don de adivinar el futuro valiéndose de la cartomancia, la quiromancia y los números pitagóricos; cosa que no se podía pagar, pero que hacía por un sueldo por agradar al público. Y diciendo esto, barajaba los naipes que el mono, llamado Pacolet, distribuía inteligentemente entre aquellos que tendían la mano. Cuando el mono hubo atendido todas las demandas, su dueño fue llamando por los nombres de sus naipes a los curiosos para que se acercaran a la media luna, y predijo a cada uno su buena o mala fortuna, mientras que Pacolet,

al que dio una cebolla en premio a su trabajo, distraía a la concurrencia con las contorsiones que aquel manjar le provocaba, a la vez encantado y desdichado, con la risa en la boca y el llanto en los ojos, emitiendo con cada mordisco un gruñido de satisfacción y haciendo una mueca lamentable.

Eustaquio Bouteroue, que también había cogido una carta, fue llamado en último lugar. Maese Gonin miró atentamente su cara ingenua y alargada y le habló en un tono enfático:

—He aquí vuestro pasado: vos no tenéis padre ni madre, y desde hace seis años sois aprendiz de calcetero en la plaza de Les Halles. Y he aquí el presente: vuestro patrón os ha prometido su única hija y piensa retirarse dejándoos su comercio. Para el futuro, enseñadme vuestra mano.

Eustaquio, muy asombrado, alargó la mano. El prestidigitador examinó curiosamente las rayas, frunció las cejas con gesto de duda y llamó a su mono como para consultarle. Este tomó la mano, la observó, y subiéndose al hombro de su dueño pareció hablarle al oído; pero solo movía los labios muy de prisa, como hacen los animales cuando están descontentos.

—¡Qué cosa más extraña! —exclamó finalmente maese Gonin—, ¡cómo una existencia al principio tan sencilla y burguesa tiende a transformarse en algo tan poco común y hacia un final tan elevado…! ¡Ah, polluelo!, vos romperéis el cascarón; llegaréis muy alto, muy alto… ¡Moriréis hecho un gran hombre!

«¡Bueno! —se dijo Eustaquio para sus adentros—. Es lo que estas gentes prometen siempre… Pero ¿cómo sabe las cosas que me ha dicho primero? ¡Es maravilloso…! A menos que me conozca de alguna parte».

No obstante, sacó de su bolsillo el escudo falso del magistrado rogándole que le diera la vuelta. Quizá dijo esto en voz muy baja. Quizá el escamoteador no le oyó, pues haciendo girar el escudo entre sus dedos continuó diciendo:

—Bien, veo que vos sabéis vivir, y por eso añadiré algunos detalles a la predicción, verdadera, pero un poco ambigua, que os acabo de hacer. Sí, querido compañero, habéis hecho bien no pagándome con un sueldo

como los otros, aunque vuestro escudo pierda una cuarta parte de su valor, no importa, esta blanca moneda será para vos un espejo reluciente donde la verdad pura va a reflejarse.

—¿Pero lo que acabáis de decirme de mi encumbramiento no es cierto entonces? —preguntó Eustaquio.

—Vos me pedisteis la buenaventura, y yo os la he dicho; pero faltaba la glosa… Ese fin elevado de vuestra existencia que os he vaticinado, ¿vos cómo lo entendéis?

—Pienso que puedo llegar a ser síndico de los pañeros-calceteros, mayordomo de una parroquia, regidor…

—¡Eso sí que es dar en el clavo…! ¿Y por qué no gran Sultán de Turquía? ¡No señor, querido amigo! Hay que entenderlo en otro sentido. Y puesto que vos deseáis una explicación de este oráculo sibilino os diré que para nosotros llegar alto se dice de quienes son enviados a guardar ovejas a la luna, del mismo modo que decimos llegar lejos de aquellos que son enviados a escribir su historia en el océano con plumas de quince pies…

—¡Ah, ya…! Pero si me explicáis ahora vuestra explicación, seguramente lo comprenderé.

—Son dos honestas frases para sustituir dos palabras, *horca* y *galeras*. Vos llegaréis *alto* y yo *lejos*. Esto está muy claro para mí en esta raya central, cortada en ángulos rectos por otras rayas menos pronunciadas; en vuestro caso, por una línea que corta la del medio sin prolongarse, y otra que atraviesa oblicuamente a las dos.

—¡La horca! —exclamó Eustaquio.

—¿Es que tenéis un especial apego a la muerte horizontal? —observó Gonin—. Sería una puerilidad; tanto más cuanto que de este modo os veis libre de caer en otros tipos de fines a los que cualquier mortal está expuesto. Además, es posible que cuando la señora Horca os levante cogiéndoos del cuello y os cuelguen los brazos, no seáis más que un pobre viejo asqueado del mundo y de todo… Pero están dando las doce y a esta hora la orden del preboste de París es echarnos del Pont-Neuf hasta la tarde. Ahora bien, si alguna vez necesitáis un consejo, un sortilegio, un hechizo o un filtro para usar en caso de peligro, de amor o

de venganza, vivo allí, al final del puente, en el Château-Gaillard. ¿Veis desde aquí la torrecilla puntiaguda?

—Solo una cosa más —dijo Eustaquio temblando—. ¿Seré feliz en mi matrimonio?

—Traedme a vuestra mujer y os lo diré… Pacolet, haz una reverencia al señor y bésale la mano.

El prestidigitador plegó su mesa, se la puso bajo el brazo, se cargó el mono a la espalda y se dirigió hacia el Château-Gaillard tarareando entre dientes una vieja canción.

VI
Cruces y miserias

Es cierto que Eustaquio Bouteroue iba a casarse bien pronto con la hija del maestro calcetero. Era un muchacho formal, listo para los negocios y que no empleaba sus ratos libres jugando a los bolos o a la pelota, como otros jóvenes, sino a las cuentas o a la lectura del *Bocage des six corporations* y a aprender un poco de español, muy conveniente entonces para un comerciante, como hoy día el inglés, por el gran número de personas de esta nación que residen en París.

Convencido maese Goubard, a lo largo de seis años, de la perfecta honestidad y del excelente carácter de su dependiente y habiendo advertido además entre su hija y el muchacho cierta inclinación muy virtuosa y severamente contenida por ambas partes, había decidido unirlos el día de San Juan Bautista y retirarse luego a Laon, en Picardía, donde poseía algunos bienes de familia.

Eustaquio carecía de fortuna, pero entonces no era costumbre casar un saco de escudos con otro saco de escudos; los padres consultaban los gustos y simpatías de los futuros esposos y se dedicaban a estudiar largamente el carácter, la conducta y la capacidad de las personas que iban a unirse. Muy distintos son los padres de hoy día, que exigen mayores garantías morales de un criado a su servicio que de un futuro yerno.

Mientras tanto, la predicción del juglar había condensado hasta tal punto las ideas poco fluidas del pañero, que se había quedado completamente aturdido en el centro de la media luna, sin oír las cristalinas voces que parloteaban en los campanarios de la Samaritaine y repetían: *¡mediodía!*, *¡mediodía…!* Pero en París están dando las doce durante una hora, y el reloj del Louvre tomó pronto la palabra con más solemnidad, luego el de los Agustinos y después el del Châtelet, de modo que Eustaquio, asustado porque se había hecho muy tarde, echó a correr con todas sus fuerzas, dejando atrás en pocos minutos las calles de la Monnaie, de Borrel y Tirechappe; luego contuvo el paso y, una vez dobló la calle de la Boucherie-de-Beauvais, alegró el semblante al vislumbrar los toldos rojos de la plaza de Les Halles, los tenderetes de los Enfants-sans-Souci, la escala y la cruz y el hermoso farol de la picota con su tejadillo de plomo. Era en aquella plaza y bajo uno de aquellos toldos donde Javotte Goubard, la novia de Eustaquio, esperaba su regreso. La mayor parte de los comerciantes tenían un puesto en la plaza del mercado de Les Halles que servía de sucursal a su oscura tienda y que guardaba una persona de su familia. Javotte se instalaba todas las mañanas en el de su padre, y allí, o bien sentada sobre las mercancías, hacía ganchillo, o bien se levantaba para llamar a los transeúntes, les cogía del brazo y no les soltaba hasta que comprasen alguna mercancía; lo cual, por otra parte, no le impedía ser al mismo tiempo la más tímida de las jovencitas de cuantas, sin haberse casado, había llegado a la edad en la que a una muchacha se la consideraba solterona; llena de gracia, linda, rubia, alta y ligeramente encorvada, como la mayoría de las chicas dedicadas al comercio, de talle esbelto y delicado; además, de fácil rubor por cualquier palabra que pronunciase fuera del puesto, mientras que en este aventajaba a cualquier otra por su *labia y desparpajo* (estilo comercial de entonces).

A mediodía venía normalmente Eustaquio a sustituirla bajo el toldo rojo, mientras ella iba a comer con su padre a la tienda. Y a cumplir con este deber iba ahora Eustaquio, temiendo que su retraso hubiese impacientado a Javotte. Pero, tan pronto como la vio de lejos le pareció muy tranquila, con el codo apoyado en un rollo de mercancías y muy

atenta a la conversación animada y ruidosa de un guapo militar, apoyado en el mismo rollo, y que lo mismo podía parecer un parroquiano que cualquier otra cosa que uno se pudiera imaginar.

—¡Es mi novio! —dijo Javotte sonriendo al desconocido, que hizo un movimiento de cabeza sin cambiar de postura mientras medía al dependiente con ese desdén que tienen los militares para con los burgueses, cuyo aspecto es poco importante.

—Tiene un cierto aire de corneta —observó gravemente—, solo que el corneta tiene más *consistencia* en el paso; pero sabes, Javotte, el corneta en un escuadrón es algo menos que un caballo y algo más que un perro…

—Aquí tienes a mi sobrino —dijo Javotte a Eustaquio, mirándole con sus grandes ojos azules y sonriendo satisfecha—. Ha conseguido un permiso para venir a nuestra boda, ¿qué bien, verdad? Es arcabucero de Caballería. ¡Oh! ¡Un cuerpo estupendo! ¡Si tú fueras así vestido, Eustaquio! Pero tú no eres tan alto ni tan fuerte…

—¿Y cuánto tiempo —dijo tímidamente el joven Eustaquio— nos hará el honor de permanecer con nosotros en París?

—Depende… —dijo el militar irguiéndose, después de hacer esperar un poco su respuesta—. Nos han enviado a Berri para exterminar a los *villanos*, y si permanecen tranquilos durante algún tiempo, os concederé un mes; pero de todas formas por San Martín nos destinarán a París para reemplazar al regimiento de Humières, y entonces podré veros todos los días ya indefinidamente.

Eustaquio examinaba al arcabucero cuando conseguía evitar la mirada de este y decididamente le encontró físicamente desproporcionado para lo que debe ser un sobrino.

—Bueno, he dicho todos los días y no es así —prosiguió el sobrino—, pues los jueves asistimos a la gran parada… pero como tenemos la noche, ese día cenaré siempre en vuestra casa.

«¿Pero es que cuenta con comer los demás días?», pensó Eustaquio…

—Pero no me habíais dicho, señorita Goubard, que vuestro sobrino fuese tan…

—¿Tan apuesto? ¡Oh sí!, ¡cómo ha crecido! Bueno, es que hacía siete años que no veíamos al pobre José, y desde entonces ha pasado bien de agua bajo el puente…

«Y mucho vino bajo su nariz», pensó el dependiente, deslumbrado por la cara resplandeciente de su futuro sobrino. «No se le enciende a uno la cara bebiendo vino aguado, y las botellas de maese Goubard van a bailar la danza de los muertos antes de la boda… y quizá después…».

—Vamos a comer, papá debe estar impaciente —dijo Javotte saliendo del puesto—. ¡Ay, José, dame tu brazo…!, y pensar que antes, cuando tenía doce años y tú diez, yo era la mayor y me llamabas mamá… ¡Y qué orgullosa voy del brazo de un arcabucero! ¿Me llevarás de paseo, verdad? ¡Salgo tan poco!, y como no puedo salir sola…, los domingos por la tarde tengo que asistir a los ejercicios piadosos, porque soy de la cofradía de la Virgen de los Santos Inocentes; llevo una cinta del estandarte. Aquel parloteo de la joven rítmicamente cortado por el paso del militar, aquella forma graciosa y ligera que andaba a saltitos enlazada a la otra, pesada y rígida, se perdieron pronto en la sorda sombra de los pilares que bordeaban la calle de la Tonnellerie, no dejando en los ojos de Eustaquio más que una sombra y en sus oídos un zumbido.

VII
Miserias y cruces

Hasta aquí hemos ido pisándole los talones a esta historia burguesa, sin emplear más tiempo para contarla del que ella ha necesitado para suceder; y ahora, a pesar de nuestro respeto, o mejor aún, de nuestra profunda estima por la observación de las tres unidades en la novela, nos vemos obligados a que una de ellas dé un salto de varias jornadas. Las tribulaciones de Eustaquio con respecto a su futuro sobrino serían quizá lo bastante interesantes de relatar, pero fueron, sin embargo, menos amargas de lo que pudiera pensarse después de lo dicho. Eustaquio se sintió pronto tranquilo en lo relativo a su novia; Javotte, en realidad, no había hecho otra cosa que guardar una impresión demasiado intensa de

sus recuerdos de niña, que en una vida tan poco accidentada como la suya adquirían una importancia desmesurada.

Al principio, ella solo había visto en el arcabucero de Caballería al niño alegre y bullicioso, en otro tiempo compañero de juegos; pero no tardó en darse cuenta de que este niño había crecido, que había tomado otros rumbos y se tornó más reservada para con él.

En cuanto al militar, aparte las familiaridades de costumbre, no aparentaba albergar malas intenciones hacia su joven tía; incluso podría decirse que era de ese tipo de hombres, bastante numerosos, a quienes las mujeres honradas inspiraban poco deseo, y por el momento decía, como Tabarin, «que la botella era su amante». Los tres primeros días de su estancia en París no dejó ni por un momento a Javotte, e incluso la llevaba por la noche al Cours de la Reine, acompañados únicamente por la vieja criada de la casa, con gran disgusto de Eustaquio. Pero aquello no duró mucho, pues él no tardó en aburrirse de su compañía y cogió la costumbre de salir solo durante todo el día, teniendo la cortesía eso sí, de volver a las horas de las comidas.

Por consiguiente, la única cosa que inquietaba al futuro esposo era ver a ese pariente tan bien establecido en la casa que iba a ser suya después de la boda y que no parecía fácil de desalojar, pues cada día se le veía más sólidamente incrustado en ella. Y eso que era sobrino político de Javotte, pues era hijo del primer matrimonio de la difunta esposa de maese Goubard. Pero ¿cómo hacerle comprender que exageraba la importancia de los vínculos familiares y que tenía ideas demasiado exigentes acerca de los derechos y de los principios del parentesco e incluso hasta cierto punto demasiado anticuadas y patriarcales?

Sin embargo, era posible que él mismo se diera cuenta de su indiscreción, y Eustaquio se vio obligado a tener paciencia *como las damas de Fontainebleau cuando la Corte está en París*, como dice el proverbio.

Pero la celebración de la boda no cambió las costumbres del arcabucero, quien pensó que gracias a la tranquilidad de los *villanos* podría obtener un permiso para quedarse en París hasta la llegada de su Cuerpo. Eustaquio intentó algunas alusiones epigramáticas acerca de

algunas gentes, que tomaban una tienda por una hospedería, otras que no eran bien acogidas y que parecían débiles; por otra parte, no se atrevía a hablar abiertamente a su mujer y a su suegro para no dar la impresión de ser un hombre interesado desde los primeros días de su matrimonio, cuando realmente les debía a ellos todo cuanto era.

Además, la compañía del soldado no era en absoluto divertida, su boca era eterna campana de su gloria, adquirida en parte por sus triunfos en singulares combates, que le convertían en el terror del ejército, y en parte por sus proezas contra los *villanos*, infelices aldeanos franceses a quienes los soldados del rey Enrique combatían porque no podían pagar los impuestos, y no parecían gozar precisamente de la famosa *olla de gallina*…

Esta fanfarronería era entonces bastante frecuente, como bien puede verse en los tipos de los Taillebras y de los capitanes Matamoros, reproducidos constantemente en las comedias de la época, y esto se debe, a mi juicio, a la victoriosa irrupción del gascón, seguido del navarro, en París. Pero este carácter vanidoso se fue debilitando a medida que se extendía, y, algunos años más tarde, el varón de Foeneste fue ya débil caricatura, pero de una comicidad perfecta, y en la comedia del *Menteur* se mostró, en 1662, reducida a proporciones casi comunes.

Pero lo que más llamaba la atención del bueno de Eustaquio en las costumbres del militar era su constante manía de tratarle a él como a un niño pequeño, de poner en evidencia aquellos rasgos menos favorecidos de su fisonomía y, siempre que podía, de ponerle en ridículo delante de Javotte, cosa muy perjudicial en los primeros días, cuando el recién casado necesita asentar su respetabilidad cara al futuro; además, era muy fácil herir el amor propio recién estrenado de un hombre establecido, patentado y juramentado hacía bien poco.

No tardó en colmar la medida una nueva tribulación. Como Eustaquio iba a formar parte de la ronda gremial, y como no quería, al igual que el honrado maese Goubard, desempeñar su oficio con traje burgués y con una alabarda prestada, se compró una espada de cazoleta, pero sin cazoleta, una celada y una loriga de cobre rojo que parecía de calderero, y después de pasarse tres días limpiándolas y bruñéndolas

consiguió darles el lustre que no tenían; pero cuando se puso todo ello y se paseó orgulloso por la tienda preguntando si tenía gracia para llevar la armadura, el arcabucero se echó a reír a mandíbula batiente y aseguró que parecía llevar puesta la batería de cocina.

VIII
El papirotazo

Estando así las cosas sucedió que una tarde —era el día doce o trece, desde luego un jueves—, Eustaquio cerró su tienda temprano, cosa que él no se habría permitido de no estar ausente maese Goubard, que había marchado la víspera para visitar su hacienda de Picardía, porque pensaba instalarse allí tres meses más tarde, cuando su sucesor estuviese sólidamente establecido y mereciese plenamente la confianza de los demás mercaderes.

Sucedió entonces que el arcabucero, al volver como de costumbre, encontró la puerta cerrada y las luces apagadas. Aquello le asombró muchísimo, porque en el Châtelet no había pasado la ronda, y como siempre volvía un poco animado por el vino, su contrariedad se tradujo en una maldición que hizo estremecer a Eustaquio, que aún no se había acostado, temeroso ya por la audacia de su resolución.

—¡Hola! ¡Eh! —exclamó dando una patada en la puerta—. ¿Acaso es fiesta esta tarde? ¿Es hoy acaso San Miguel, fiesta de los pañeros, ladrones y vacía-bolsillos…?

Y aporreaba con el puño el escaparate; pero aquello no hizo más efecto que si hubiese majado agua en un mortero.

—¡Eh! ¡Tío, tía…! ¿Pero es que queréis que me acueste al aire libre, sobre los adoquines de la calle a merced de perros y otras bestias…? ¡Ah, ah!, ¡baja pronto burgués, te traigo dinero! ¡Mala peste te lleve, patán!

Toda esta arenga del pobre sobrino no llegó a conmover ni lo más mínimo al rostro de madera de la puerta; sus palabras no fueron escuchadas, como cuando el venerable Beda predicaba a un montón de piedras.

Pero cuando las puertas están sordas, las ventanas no son ciegas y hay una forma muy sencilla de iluminarles la vista; el soldado se hizo de pronto esta reflexión, salió de la sombría galería de pórticos, retrocedió hasta el medio de la calle de la Tonnellerie y cogiendo una piedra apuntó tan bien que destrozó una de las pequeñas ventanas del entresuelo. Semejante incidente no había sido previsto por Eustaquio, un formidable interrogante para la pregunta que resumía el monólogo del militar: ¿por qué no se me abre la puerta…?

Eustaquio tomó de pronto una decisión; pues un cobarde que pierde la cabeza es como un villano que se pone a despilfarrar llevando las situaciones al extremo, y, además, se había propuesto dar la cara por una vez ante su esposa, que quizá sentía poco respeto por él viéndole durante muchos días servir de fantoche al militar, con la diferencia de que el fantoche devuelve alguno de los golpes que recibe. Se lio, pues, la manta a la cabeza y, antes de que Javotte tuviese tiempo de detenerle, se precipitó por la estrecha escalera del entresuelo. Descolgó su espada al pasar por la trastienda y, solo cuando sintió en su mano ardiente el frío de la empuñadura de cobre, se detuvo un instante para caminar con pies de plomo hacia la puerta, cuya llave llevaba en la otra mano. Pero un segundo cristal roto con gran estruendo y los pasos de su mujer que oyó tras los suyos le devolvieron toda su energía; abrió precipitadamente la pesada puerta y se plantó en el umbral con la espada desnuda, como el arcángel en la puerta del paraíso terrenal.

—¿Pero qué quiere este trasnochador? ¿Este borracho de tres al cuarto? ¿Este chiflado que busca pelea…? —gritó con un tono de voz que habría resultado temblón si llega a cogerlo dos notas más bajo—. ¿Esta es forma de comportarse con gente honrada…?, ¡vamos, marchad de aquí enseguida a dormir bajo los toldos con los de vuestra cuerda o llamo a los vecinos y a la ronda para que os prendan!

—¡Oh, oh! ¡Hay que ver cómo canta ahora el muy simple!, ¿qué te han dado esta noche? ¡Esto es otra cosa…! Me gusta verte hablar trágicamente como Tranchemontagne, ¡los valientes son mis amigos! ¡Ven que te abrace Picrochole…!

—¡Vete de aquí granuja! ¡No oyes a los vecinos que se están despertando con tu escándalo y que te van a meter en el primer cuerpo de guardia como a un estafador o a un ladrón! ¡Vete, pues, sin más alboroto, y no vuelvas!

Pero, en lugar de irse, el soldado avanzaba hacia la puerta, lo cual debilitó un poco el final de la réplica de Eustaquio.

—¡Muy bien hablado! —dijo el soldado a este último—. El aviso es honesto y merece ser pagado…

Y en un abrir y cerrar de ojos se plantó junto a él y soltó tal papirotazo en la nariz al joven mercader que se la puso como el carmín.

—¡Quédatelo todo si no tienes cambio y hasta la vista, tío!

Eustaquio no pudo tolerar pacientemente ante su esposa una afrenta semejante, más humillante aún que un bofetón, y a pesar de los esfuerzos de Javotte por retenerle, se lanzó sobre su adversario, que se iba, y le soltó un mandoble que habría honrado al brazo del valeroso Roger si la espada hubiera sido una tizona; pero, desde las guerras de religión no cortaba, y ni siquiera rompió el correaje del soldado; este cogió sus dos manos con las suyas de modo que la espada cayó enseguida y Eustaquio se puso a gritar tan fuerte como pudo arremetiendo a patadas contra las botas de su verdugo. Felizmente se interpuso Javotte, pues aunque los vecinos contemplaban la lucha desde sus ventanas, no pensaban bajar para darle fin, y Eustaquio sacó finalmente sus azulados dedos del torno natural que los había atenazado, y tuvo que frotárselos mucho tiempo para quitarles la forma cuadrada que habían adquirido.

—¡No te tengo miedo! —exclamó—. ¡Y nos veremos las caras! ¡Si tienes dignidad ve mañana por la mañana al Pré-aux-Clercs…! ¡A las seis, bribón, y nos batiremos a muerte, bravucón!

—¡Muy bien elegido el sitio, campeoncete mío, y haremos como los caballeros! ¡Hasta mañana entonces, y por San Jorge que la noche te parecerá corta!

El militar pronunció aquellas palabras en un tono considerado, que no había empleado hasta entonces. Eustaquio se volvió con orgullo hacia su mujer; su desafío le había hecho crecer seis palmos. Recogió su espada y cerró la puerta con estrépito.

IX
El Chateau-Gaillard

Cuando el joven pañero se despertó se sintió completamente desamparado de su valor de la víspera. No le costó reconocer que había hecho el ridículo proponiéndole un duelo al arcabucero, él, que no sabía manejar más arma que la vara, con la que había jugado a menudo en sus tiempos de aprendiz en el campo de los Cartujos con sus amigos. No tardó entonces en tomar la firme resolución de quedarse en casa y dejar a su adversario paseando, luciendo el tipo y balanceándose como un ganso atado.

Cuando transcurrió la hora de la cita, se levantó, abrió la tienda y no dijo una palabra a su mujer de lo que ocurriera la víspera; ella, por su parte, evitó también cualquier alusión. Desayunaron silenciosamente, y, luego, Javotte, como de costumbre, fue a instalarse bajo el toldo rojo, dejando a su marido ocupado en examinar, con ayuda de una sirvienta, una pieza de tela para buscarle los defectos. Hay que decir que dirigía con frecuencia su mirada hacia la puerta, temiendo cada vez que su terrible pariente viniera a reprocharle su cobardía y su falta de palabra. Pero, hacia las ocho y media vio aparecer a lo lejos el uniforme del arcabucero bajo la galería de los pórticos, como un soldado alemán de Rembrandt que brillara por el triple resplandor de su morrión, de su coraza y de su nariz; funesta aparición que se agrandaba y esclarecía rápidamente, y cuyo metálico paso parecía marcar cada minuto de la última hora del pañero.

Pero el mismo uniforme no cubría el mismo cuerpo, para decirlo de un modo más simple, era un militar compañero del otro quien se detuvo ante la tienda de Eustaquio, que a duras penas volvía de su espanto y le dirigió la palabra en un tono calmado y muy civilizado.

Le hizo saber, en primer lugar, que su adversario, después de haberle esperado durante dos horas en el lugar de la cita y no viéndole, había pensado que algún accidente imprevisto le había impedido acudir y que por ello volvería al día siguiente, a la misma hora y al mismo lugar, permaneciendo allí el mismo espacio de tiempo, y que si también

resultaba sin éxito, se dirigiría enseguida a la tienda, le cortaría las dos orejas y se las metería en el bolsillo, como hizo, en 1605, el célebre Brusquet a un escudero del duque de Chevreuse por el mismo motivo, obteniendo a continuación el aplauso de la corte que lo encontró de muy buen gusto.

Eustaquio respondió que su adversario ofendía su valor con una amenaza semejante y con ello doblaba el motivo del duelo; añadió que el obstáculo no era otro sino que no había encontrado a nadie que le sirviera de padrino.

El otro pareció satisfecho con la explicación e incluso informó al comerciante de que encontraría excelentes padrinos en el Pont-Neuf, delante de la Samaritaine, por donde paseaban de costumbre estas gentes que no tenían otra profesión y que por un escudo se encargaban de abrazar la causa que fuera y hasta de proporcionar las espadas. Tras estas observaciones hizo una profunda reverencia y se retiró.

Cuando Eustaquio se quedó solo se puso a pensar y permaneció largo rato sumido en la perplejidad: su espíritu se enredaba en tres resoluciones distintas: tan pronto pensaba en avisar al juez de las molestias y amenazas del militar y pedir autorización para llevar armas con qué defenderse; pero esto le exponía al combate. O bien se decidía a ir al lugar de la cita advirtiendo a los sargentos, de modo que llegaran en el momento de comenzar el duelo; pero también podrían llegar cuando hubiera terminado. Y por fin pensaba también consultar al bohemio del Pont-Neuf. Y fue esto lo que por fin decidió.

Al mediodía, la sirvienta reemplazó a Javotte bajo el toldo rojo, y esta fue a comer con su marido. Eustaquio no le habló en absoluto de la visita de por la mañana, pero después le pidió que se ocupara de la tienda mientras él iba a hacerse publicidad a casa de un gentilhombre que acababa de llegar a la ciudad y quería hacerse ropa. Cogió, en efecto, su muestrario y se dirigió al Pont-Neuf.

El Château-Gaillard, situado a la orilla del río, en el extremo meridional del puente, era un edificio coronado por una torre redonda que en otros tiempos sirvió de prisión, pero que ahora empezaba a arruinarse y a desmoronarse, siendo solo habitable por aquellos que no

tenían otro refugio. Eustaquio, después de caminar vacilante algún tiempo por el suelo pedregoso encontró una pequeña puerta, en el centro de la cual había un murciélago clavado. Llamó suavemente, y el mono de maese Gonin le abrió enseguida levantando un pestillo, servicio para el que estaba amaestrado como suelen estarlo a veces los gatos domésticos.

El prestidigitador estaba ante una mesa, leyendo. Se volvió gravemente y le hizo una indicación al joven para que se sentase en un escabel. Cuando este le contó su aventura le dijo que era lo más fácil del mundo, pero que había hecho bien dirigiéndose a él.

—Lo que deseáis es un hechizo —añadió—, un hechizo mágico para vencer a vuestro adversario con seguridad, ¿no es eso lo que queréis?

—Sí, si es posible.

—Aunque todo el mundo los fabrica, no encontraréis en ninguna parte ninguno tan eficaz como los míos; además, no es como otros, procedente de artes diabólicas, sino el resultado de una ciencia profunda de magia blanca y que no puede, de ninguna forma, comprometer la salvación del alma.

—Eso está bien, porque de otro modo yo me guardaría de usarla. Pero ¿cuánto cuesta vuestro mágico producto? Pues debo saber si puedo pagarlo.

—Pensad que es la vida lo que vais a comprar, y la gloria además. Siendo así, ¿pensáis que por estas dos excelentes cosas puede pedirse menos de cien escudos?

—¡Cien diablos te lleven! —gruñó Eustaquio cuyo rostro se ensombreció—; ¡es más de lo que poseo…! ¿Y qué vale la vida sin pan y la gloria sin vestidos? Puede incluso que todo sean falsas promesas de charlatán para embaucar a las gentes crédulas.

—Pagadme después.

—Eso es otra cosa…, ¿qué queréis como prenda?

—Vuestra mano solamente.

—Vamos, que soy un necio escuchando vuestras fanfarronadas. ¿Acaso no me dijisteis que acabaría en la horca?

—Sin duda, y no me desdigo.

—Entonces, si eso es cierto, ¿qué voy a temer del duelo?

—Nada, salvo algunas estocadas y rasguños que abrirán a vuestra alma las puertas más grandes… Después de esto os recogerán y seréis izado a la *media cruz* alto y corto, muerto o vivo, como mandan las ordenanzas, y así se cumplirá vuestro destino. ¿Comprendéis?

El pañero comprendió hasta tal punto que se apresuró a ofrecer su mano al prestidigitador como prueba de asentimiento, pidiéndole diez días para encontrar el dinero, a lo cual se avino el otro, después de anotar en la pared el día fijado del plazo. Luego, cogió el libro del gran Alberto comentado por Cornelio Agripa y el abad Trithème, lo abrió por el capítulo de los «Combates singulares», y para convencer aún más a Eustaquio de que su operación no tenía nada de diabólica, le dijo que podía seguir rezando sus oraciones sin temor de que ello fuera un obstáculo. Levantó después la tapa de un cofre y sacó una vasija de barro sin barnizar y mezcló en ella diversos ingredientes que parecía le iba indicando el libro, mientras pronunciaba quedamente algún tipo de encantamiento. Cuando terminó, cogió la mano derecha de Eustaquio que se santiguaba con la otra y le ungió hasta la muñeca con la mezcla que acababa de hacer.

Seguidamente sacó de otro cofre un frasco muy viejo y grasiento y volcándolo lentamente derramó algunas gotas sobre el dorso de la mano pronunciando unas palabras en latín parecidas a la fórmula que los sacerdotes emplean para el bautismo.

Y entonces Eustaquio sintió por todo el brazo una especie de conmoción eléctrica que le asustó muchísimo; le pareció que su mano se entumecía, y sin embargo —cosa extraña—, se retorció y estiró varias veces haciendo crujir las articulaciones, como un animal que se despierta, luego no sintió nada más, la circulación pareció restablecerse, y maese Gonin dijo que todo había concluido, que ya podía desafiar a los espadachines más encopetados de la corte y del ejército y abrirles ojales para todos los inútiles botones con que la moda recargaba sus uniformes.

X

EL Pré-aux-Clercs

Al día siguiente por la mañana cuatro hombres cruzaban las verdes avenidas del Pré-aux-Clercs buscando un lugar adecuado y lo suficientemente oculto. Cuando llegaron al pie de una pequeña colina que bordeaba la parte meridional se detuvieron en el lugar del juego de bolos, que les pareció el sitio indicado para batirse cómodamente. Entonces, Eustaquio y su adversario se quitaron los jubones, y los padrinos les pasaron revista según la costumbre, bajo la camisa y bajo las calzas. El pañero estaba emocionado, pero tenía fe en el sortilegio del cíngaro, pues es sabido que nunca operaciones mágicas, encantos, filtros y sortilegios tuvieron tanto crédito como en aquella época, en que dieron lugar a tantísimos procesos, llenando los registros de los tribunales y compartiendo los mismos jueces la credulidad general.

El padrino que Eustaquio había tomado en el Pont-Neuf pagándole un escudo, saludó al amigo del arcabucero y le preguntó si también tenía la intención de batirse; como el otro contestase que no, se cruzó de brazos con indiferencia y retrocedió para contemplar a los campeones.

El pañero no pudo evitar una cierta angustia cuando su adversario le hizo el saludo de armas, que no rindió por su parte. Permaneció inmóvil, sosteniendo su espada como si fuese un cirio y puesto en guardia de tal manera que el militar, que en el fondo tenía buen corazón, se prometió hacerle solo un rasguño. Pero apenas se hubieron tocado las armas, Eustaquio advirtió que su mano arrastraba su brazo hacia delante y se debatía violentamente. Más exactamente, solo sentía su mano en la poderosa fuerza que esta ejercía sobre los músculos de su brazo; sus movimientos tenían una fuerza y una elasticidad prodigiosas, que se podría comparar a la de un resorte de acero. Así que el militar casi se disloca la muñeca al parar un golpe en tercera; pero un golpe en cuarta envió su espada a diez pasos mientras la de Eustaquio, sin tomar nuevo impulso y con el mismo movimiento inicial, le atravesó el cuerpo tan violentamente que la cazoleta se le incrustó en el pecho. Eustaquio, que no se había lanzado a fondo y, arrastrado por una sacudida imprevista de

la mano, se hubiera roto la cabeza al caer cuan largo era, de no haber ido a parar al vientre de su adversario.

—¡Dios, qué muñeca! —exclamó el padrino del soldado—. ¡Este tipo le daría una lección al caballero *Tord-Chêne*. No tiene su gracia, ni su físico, pero en cuanto a la fuerza del brazo es peor que un arquero del País de Gales!

Entre tanto, Eustaquio se había levantado con la ayuda de su testigo, y permanecía absorto ante lo que acababa de suceder; pero cuando pudo distinguir claramente al arcabucero tendido a sus pies, clavado al suelo con la espada como un sapo en un círculo mágico, echó a correr de tal modo que se dejó olvidado en la hierba su jubón de domingo, acuchillado y con franjas de seda.

Así que como el soldado estaba bien muerto, los dos padrinos no tenían nada que hacer quedándose ahí y se alejaron rápidamente. Habrían andado unos cien pasos cuando el de Eustaquio exclamó dándose una palmada en la frente:

—¡Pues no me olvidaba de la espada que le presté!

Dejó al otro que continuara su camino y una vez en el lugar del combate se puso a registrar los bolsillos del muerto, hallando solo unos dados, un trozo de cuerda y una baraja de tarot sucia y vieja.

—¡Fullero, más que fullero! ¡Otro tipejo que no lleva ni un miserable reloj! ¡Así te lleve el diablo, soplamechas!

La educación enciclopédica del siglo nos dispensa explicar, en esta frase, otra cosa que no sea el último término, que alude a la profesión arcabucera del difunto.

No atreviéndose nuestro hombre a llevarse nada del uniforme, cuya venta hubiera podido comprometerle, se limitó a quitarle las botas, las enrolló bajo su capa junto con el jubón de Eustaquio y se alejó refunfuñando.

XI
Obsesión

El pañero estuvo varios días sin salir de su casa con el corazón afligido por aquella muerte trágica que él había causado por ofensas de tan poco peso y por un medio reprobable y condenable tanto en este mundo como en otro. Había momentos en que pensaba que todo era un sueño, y si no hubiese sido por su jubón olvidado en la hierba, testimonio que brillaba por su ausencia, habría dudado de la exactitud de su memoria.

Una tarde, por fin quiso abrir los ojos a la evidencia y se dirigió hacia el Pré-aux-Clercs como para dar un paseo. La vista se le nubló al reconocer el juego de bolos donde se desarrolló el duelo, y tuvo que sentarse. Algunos procuradores jugaban allí, según su costumbre, antes de cenar. Eustaquio, cuando la neblina que cubría sus ojos se disipó, creyó ver en el suelo entre los pies separados de uno de los jugadores una gran mancha de sangre.

Se levantó convulsivamente y apresuró el paso para salir del paseo, llevando en sus ojos la mancha de sangre, que conservaba su forma y se posaba en aquellos objetos donde su mirada se detenía al pasar, semejante a las manchas lívidas que revolotean alrededor nuestro cuando se ha fijado la vista en el sol.

Al regresar a casa creyó descubrir que le habían seguido; solo entonces pensó que alguien del hotel de la reina Margarita, ante el cual había pasado la otra mañana y esta misma tarde, podría haberle reconocido; y aunque en aquella época las leyes del duelo no eran aplicadas con rigor, consideró que bien podían juzgar conveniente ahorcar a un pobre mercader como escarmiento de los cortesanos a quienes en aquel tiempo no se osaba atacar, como más tarde se haría.

Estos pensamientos y otros muchos le hicieron pasar una noche muy agitada: no podía cerrar los ojos sin que se le aparecieran mil patíbulos mostrando sus puños, de los que pendía una soga, y de ella un muerto que se retorcía riendo de una forma horrible, o un esqueleto cuyas costillas se dibujaban claramente en la amplia faz de la luna.

Pero una feliz idea vino a borrar todas aquellas retorcidas visiones: Eustaquio se acordó del magistrado, antiguo cliente de su suegro y que tan amablemente le había acogido; se propuso ir a verle a la mañana siguiente y confiarse a él por completo, persuadido de que le protegería,

aunque solo fuera por Javotte, a quien había visto y acariciado desde niña y por maese Goubard, al que tenía gran estima. El pobre comerciante se durmió por fin, y descansó hasta la mañana, apoyado en la almohada de tan buena resolución.

Al día siguiente cerca de las nueve, llamaba a la puerta del magistrado. El ayuda de cámara, suponiendo que venía a tomar medidas para algún traje o a proponer alguna venta, le condujo enseguida ante su señor que, medio tumbado en un sillón con cojines leía un libro regocijante. Tenía en su mano el antiguo poema de Merlín Coccaie y se delectaba especialmente con la narración de las proezas de Balde, el valiente prototipo de Pantagruel, y todavía más con las incomparables sutilezas y latrocinios de Cingar, ese grotesco patrón que tan felizmente dio forma a nuestro Panurge.

Maese Chevassut estaba leyendo la historia de las ovejas que Cingar consigue arrojar de la nave, tirando al mar la que había pagado, y a la que siguen todas las demás al instante, cuando se dio cuenta de la visita que recibía, y dejando el libro sobre una mesa se volvió hacia el pañero de muy buen humor.

Le preguntó por la salud de su mujer y de su suegro y le gastó todo tipo de bromas banales, aludiendo a su estado de recién casado. El joven aprovechó ese momento para hablarle de su aventura, y después de contarle la disputa con el arcabucero, animado por el aire paternal del magistrado, confesó también el triste desenlace.

El otro le miró con el mismo asombro que si se hubiera tratado del gigante Fracasse de su libro, o el fiel Falquet que parecía un lebrel y no de maese Eustaquio Bouteroue, comerciante de los pórticos: pues aunque supo que se sospechaba de un tal Eustaquio no había prestado el menor crédito a tales informes ni a la hazaña referida a la espada que había dejado clavado al suelo a un soldado del rey, atribuida a un enano dependiente de pañero, no más alto que Gribouille o Triboulet.

Pero cuando ya no pudo dudar del hecho aseguró al pobre pañero que se valdría de su influencia para silenciar el asunto y despistar a los agentes de la justicia que seguían su rastro, y le prometió que, si los testigos no le acusaban, podría vivir tranquilo y libre.

Ya le acompañaba maese Chevassut hasta la puerta reiterándole sus promesas cuando, en el instante de despedirse humildemente de él, Eustaquio le propinó un bofetón que le volvió la cara del revés, un glorioso bofetón que puso al magistrado el rostro mitad rojo y mitad azul, como el escudo de París y que le dejó mudo de asombro, con dos palmos de boca abierta y más mudo que un pez sin lengua.

El pobre Eustaquio se espantó tanto de su acción que se arrojó a los pies del magistrado pidiéndole perdón en los términos más suplicantes y piadosos, jurando que había sido un movimiento convulsivo imprevisto, en el que su voluntad no entraba para nada y para el que esperaba la misericordia suya y de Dios. El anciano le levantó más asombrado que colérico; pero apenas Eustaquio estuvo de pie le soltó un revés en la otra mejilla para que hiciera pareja con el primero, de forma que los cinco dedos se le quedaron marcados de tal manera que se podría haber hecho un molde.

Esto ya era insoportable y maese Chevassut corrió a la campanilla para llamar a su gente; pero el pañero le perseguía continuando su danza, lo cual constituía una escena singular, porque a cada bofetón con que gratificaba a su protector, el infeliz se deshacía en lacrimosas excusas y ahogadas súplicas que contrastaban con su acción de forma jocosa; pero en vano intentaba detener los impulsos a que le arrastraba su mano, semejante a un niño que sujeta con un cordel a un enorme pájaro. El pájaro arrastra al asustado niño por todos los rincones de la habitación y este no se atreve a soltarlo y no tiene fuerza para detenerlo. Así era arrastrado el infortunado Eustaquio por su mano en la persecución del magistrado que daba vueltas a mesas y sillas, llamaba al timbre y gritaba furioso de dolor y de rabia. Finalmente entraron los criados y redujeron a Eustaquio, sofocado y desfallecido. Maese Chevassut, que por supuesto no creía en la magia blanca, no pensaba otra cosa sino que había sido burlado y maltratado por aquel joven por alguna razón que no acertaba a explicarse; hizo llamar, pues, a los agentes y les entregó a su hombre bajo la doble acusación de homicidio en duelo y ultrajes de obra a un magistrado en su propio domicilio. Eustaquio solo volvió en sí al oír los cerrojos del calabozo que le era destinado.

—¡Soy inocente! —gritaba al carcelero que le conducía.

—¡Por Dios! —repuso el carcelero gravemente— ¿dónde creéis que estáis? ¡Si aquí todos sois inocentes…!

XII
De Alberto el grande y de la muerte

Eustaquio fue encerrado en una de esas celdas del Châtelet, de las que Cyrano decía que viéndole allí, le habrían tomado como una vela bajo una ventosa.

—Si es que me dan —pensaba después de dar una vuelta por todos los rincones con una pirueta—, si es que me dan este traje de roca como vestido, es demasiado ancho; si es como tumba, es demasiado estrecho. Los piojos tienen los dientes más largos que el cuerpo, y se sufre del mal de piedra que no es menos doloroso por ser exterior.

Aquí pudo nuestro héroe reflexionar a placer sobre su mala fortuna y maldecir el auxilio fatal que había recibido del escamoteador, distrayendo de aquel modo uno de sus miembros de la natural autoridad de su cabeza, lo cual originaba a la fuerza toda clase de desórdenes. Pero su sorpresa fue enorme al verle aparecer un día en su calabozo preguntándole con toda tranquilidad cómo se encontraba.

—¡Que el diablo te cuelgue con tus tripas, canalla charlatán y echador de cartas! ¡Tus malditos encantamientos tienen la culpa!

—¿Cómo? —respondió el otro—; ¿tengo yo la culpa de que no vinierais el décimo día para hacer desaparecer el encantamiento trayéndome la suma convenida?

—¿Eh? ¿Acaso sabía yo que necesitabais tanto el dinero? —dijo Eustaquio bajando la voz—, ¡vos que hacéis oro a voluntad, como el escritor Flamel!

—¡De ninguna manera! —contestó el otro—, ¡es todo lo contrario! Algún día llegaré a realizar esa gran obra hermética, puesto que estoy en vías de descubrirlo; pero hasta ahora solo he logrado transformar el oro

fino en un hierro muy bueno y muy puro: secreto que ya poseía el gran Raimundo Lulio al final de su vida…

—¡Extraordinaria ciencia! —dijo el pañero—. ¡Ya! ¡Por fin viene usted a sacarme de aquí! ¡Pardiez! ¡Ya era hora!, ya no contaba con ello…

—¡He aquí precisamente la clave del asunto, amigo mío! Eso es, en efecto, lo que pretendo conseguir, abrir las puertas sin llaves, para poder entrar y salir, y veréis por medio de qué operación se obtiene.

Diciendo esto, el cíngaro se sacó del bolsillo su libro de Alberto el Grande, y a la luz de una linterna que había traído consigo, leyó el párrafo siguiente:

—*Medio heroico del que se sirven los ladrones para introducirse en las casas*.

»Se coge la mano cortada de un ahorcado, que habrá que comprar antes de su muerte; se la sumerge con cuidado de tenerla casi cerrada en un recipiente de cobre que contenga cimac y nitro con grasa de *spondillis*. Se pone el recipiente a fuego vivo de helecho y verbena hasta que la mano, al cabo de un cuarto de hora, esté completamente seca y lista para conservarse durante mucho tiempo. Después se fabrica una vela con grasa de foca y sésamo de Laponia y se hace que la mano coja la vela encendida como si fuera una palmatoria; y por donde quiera que se vaya, llevándola ante sí, caen las barreras, se abren las cerraduras, y las personas que salen al encuentro permanecen inmóviles.

»La mano preparada de tal modo recibe el nombre de *mano de gloria*.

—¡Vaya invento! —exclamó Eustaquio Bouteroue.

—¡Esperad un momento! Aunque no me hayáis vendido vuestra mano, esta me pertenece, puesto que no la habéis rescatado el día convenido; y la prueba de ello es que una vez cumplido el plazo se ha conducido —gracias al espíritu que la posee— de modo que yo pudiese gozar de ella a la mayor brevedad. Mañana, el parlamento os condenará a la horca; pasado mañana se ejecutará la sentencia, y ese mismo día cogeré el fruto tan codiciado y lo aderezaré como es debido.

—¡De eso nada! —exclamó Eustaquio—. ¡Mañana mismo desvelaré a esos *señores* todo el misterio!

—¡Ah, muy bien! Hacedlo… y seréis quemado vivo por serviros de la magia, lo cual os irá acostumbrando a la parrilla del Diablo… Pero ni siquiera esto sucederá, pues vuestro horóscopo dice la horca, y nada podrá libraros de ella.

Entonces, el infeliz Eustaquio empezó a gritar tan desesperadamente y a llorar con tanta amargura que daba lástima.

—¡Vamos, vamos, querido amigo! —le dijo cariñosamente maese Gonin—. ¿Por qué rebelarse así contra el destino?

—¡Cielo santo! Es fácil hablar así… —dijo entre sollozos Eustaquio—. Pero cuando la muerte está tan cerca…

—¡Bueno!, ¿y qué tiene la muerte de extraño…? ¡A mí la muerte me importa un rábano! «Nadie muere antes de su hora», dijo Séneca el Trágico. ¿Acaso sois vos el único vasallo de esa Dama, camarada? También lo soy yo, y el otro, y el de más allá, y Martín, y Philippe…, la muerte no respeta a nadie. Es tan atrevida que condena, mata y coge indistintamente a papas, emperadores y reyes, como prebostes, sargentos y otras canallas. Por ello, no os aflijáis tanto de hacer lo que otros harán más tarde: Su suerte es más deplorable que la vuestra, pues si la muerte es un mal, solo es un mal para aquellos que van a morir. De modo que a vos solo os queda un día de padecer este mal, y la mayor parte de la gente tiene para veinte o treinta años, o más.

»Un viejo autor decía: "La hora que os ha dado la vida ya os la disminuye". Se está en la muerte mientras se está en la vida, pues, cuando ya no se está en la vida, uno está más allá de la muerte; o, para decirlo mejor y terminar, la muerte no os concierne ni muerto ni vivo; vivo porque sois, y muerto porque ya no sois.

»Deben bastaros, amigo mío, estos razonamientos para daros valor cuando bebáis el ajenjo de la muerte, y meditad hasta entonces un hermoso verso de Lucrecio, cuyo sentido es este: "Vivid tanto como podáis, que no quitaréis nada a la eternidad de vuestra muerte".

Después de aquellas máximas, quintaesencia de clásicos y modernos, sutilizadas y sofisticadas a gusto del siglo, maese Gonin guardó su linterna, golpeó la puerta del calabozo, que abrió el carcelero, y las tinieblas cayeron de nuevo sobre el preso como una plancha de plomo.

XIII
Donde el autor toma la palabra

Las personas que deseen conocer todos los detalles del proceso de Eustaquio Bouteroue encontrarán los documentos en los *Arrêts memorables du Parlement de Paris*, que se hallan en la biblioteca de manuscritos y cuya localización será facilitada por M. Paris con su solicitud acostumbrada. Este proceso va por orden alfabético, justo antes del proceso del barón de Boutreville, muy curioso también por la singularidad de su duelo con el marqués de Bussi, en el que, para desafiar las leyes, vino expresamente de Lorena a París y se batió en la mismísima Place Royale, a las tres de la tarde y el domingo de Pascua (1627). Pero ahora no se trata de esto. En el proceso de Eustaquio Bouteroue solo se trata del duelo y de los ultrajes al magistrado, y no del mágico encantamiento que causó todo el desorden. Pero una nota aneja remite al *Recueil d'histoires tragiques de Belleforest* (edición de la Haye; la de Rouen está incompleta); y allí es donde se encuentran los detalles que nos faltan relativos a esta aventura que Belleforest titula con bastante acierto: *La mano poseída*.

XIV
Conclusión

La mañana de su ejecución, Eustaquio, que había sido alojado en una celda menos oscura que la otra, recibió la visita de un confesor que le masculló algunos consuelos espirituales del mismo estilo que los del cíngaro, pero que no produjeron mejor efecto. Era un tonsurado que pertenecía a una de esas buenas familias que para enaltecer su nombre tienen un hijo abate; llevaba un alzacuello bordado, la barba recortada en forma de huso y unos bigotes retorcidos y atusados; tenía el pelo muy rizado y hablaba de forma pastosa y con un estilo afectado. Eustaquio, viéndole tan superficial y *pimpante* no tuvo valor para confesarle toda su culpa y confió en sus propias oraciones para obtener el perdón.

El sacerdote le absolvió, y, para pasar el rato, como tenía que permanecer hasta las dos junto al condenado le enseñó un libro titulado: *El llanto del alma penitente, o el regreso del pecador hacia su Dios*. Eustaquio abrió el volumen por el capítulo del privilegio real y se puso a leerlo, muy compungido, por: «Enrique, rey de Francia y de Navarra, a nuestros súbditos y vasallos», etc., hasta la frase, «considerando estas causas, y queriendo tratar favorablemente al ya citado…». Aquí, no pudo contener sus lágrimas y devolvió el libro al sacerdote diciéndole que era demasiado emocionante y que temía enternecerse demasiado si seguía leyendo. Entonces, el confesor sacó de su bolsillo una baraja muy bien pintada y propuso al penitente jugar unas cuantas partidas, en las que le ganó algún dinero enviado por Javotte para procurarle consuelo. El pobre Eustaquio no estaba muy atento al juego, y la pérdida le era poco sensible.

A las dos, salió del Châtelet temblándole la voz al decir los padrenuestros de rutina, y fue conducido a la plaza de los Agustinos, situada entre los dos arcos que forman la entrada de la calle Dauphine y el Pont-Neuf donde se le honró con un patíbulo de piedra. Mostró bastante firmeza al subir la escalera, ya que al ser este lugar de ejecución uno de los más frecuentados, había mucha gente mirándole. Únicamente, como para dar este salto al vacío uno se toma el mayor tiempo posible, en el instante en que el verdugo se dispuso a pasarle la soga por el cuello con la misma ceremonia que si se tratara del Toisón de Oro, pues este tipo de personas cuando ejerce su profesión ante el público se aplican con habilidad e incluso con cierta gracia, Eustaquio le rogó que se detuviera un instante para que pudiera rezar aún dos oraciones a San Ignacio y a San Luis Gonzaga, santos que había reservado para el final porque habían sido beatificados aquel mismo año 1609; pero el verdugo le respondió que el público también tenía sus quehaceres y que era de mal gusto hacerle esperar para un espectáculo tan sencillo como una simple ejecución; así que, la soga que sujetaba, al empujarle fuera de la escalerilla, interrumpió la réplica de Eustaquio.

Se asegura que, cuando todo parecía haber terminado y el verdugo se iba a su casa, maese Gonin se asomó a una de las troneras del Château-

Gaillard que daban a la plaza. Al instante, aunque el cuerpo del pañero colgaba totalmente flojo e inanimado, su brazo se levantó y su mano empezó a agitarse alegremente como el rabo de un perro que ve a su amo. Esto hizo que la multitud lanzara un grito de sorpresa y que aquellos que se marchaban volvieran presurosos, como la gente que cree que el espectáculo ha terminado cuando todavía queda un acto.

El verdugo volvió a poner la escalerilla, tocó los pies del ahorcado en los tobillos: el pulso no latía; cortó una arteria, y no manó sangre, pero el brazo continuaba, sin embargo, sus movimientos desordenados.

El verdugo no era hombre que se asustase fácilmente; se subió a la espalda de su víctima con gran griterío de los asistentes, pero la mano mostró con su rostro la misma irreverencia que con el del magistrado Chevassut; el verdugo, maldiciendo, sacó un gran cuchillo que llevaba siempre entre sus ropas y de dos golpes cortó la mano *poseída*.

Esta dio un salto prodigioso y cayó ensangrentada en medio de la multitud, que se dispersó espantada; entonces dando varios saltos gracias a la elasticidad de sus dedos y ya que todo el mundo le dejaba libre el camino, pronto se encontró al pie de la torrecilla del Château-Gaillard; luego, trepando con los dedos como un cangrejo por los salientes y asperezas de la muralla, subió hasta la tronera donde el cíngaro la esperaba.

Belleforest detiene aquí su singular historia y termina con estas palabras:

—Esta aventura, anotada, comentada e ilustrada, constituyó durante mucho tiempo la comidilla de la buena sociedad y de las clases populares, siempre ávidas de narraciones extrañas y sobrenaturales; pero incluso hoy es un buen relato para distraer a los niños al amor de la lumbre, aunque no debe ser tomado a la ligera por personas serias y de buen juicio.

EL JOVEN GOODMAN BROWN

Nathaniel Hawthorne

(Young Goodman Brown, 1835)

Lo fantástico puritano en Nueva Inglaterra nace de la obsesión de condenación universal, que triunfa en el terrible aquelarre de este cuento. ¡Todos los habitantes de la aldea —incluidos los más beatos— son brujas! No en vano, Nathaniel Hawthorne (1804-1864) descendía de uno de los jueces que condenaron a las brujas de Salem. En este cuento, el que muestra mejor su religiosidad desesperada, el aquelarre se representa según lo imaginaban los inquisidores (con el interesante añadido sincrético de los ritos mágicos de los indios), pero envuelve a toda la sociedad puritana que los inquisidores querían salvar.

Antes de Poe y, a veces, mejor que Poe, Hawthorne fue el gran narrador de género fantástico de los Estados Unidos de América.

CAÍA la tarde sobre el pueblo de Salem cuando el joven Goodman Brown salió a la calle; pero, una vez cruzado el zaguán, volvió la cabeza para intercambiar con su joven esposa un beso de despedida. Y Fe, pues este era su nombre —por cierto que muy adecuado—, asomó su linda cabeza a la calle, dejando que el viento jugara con las cintas color rosa de su gorrito mientras llamaba a Goodman Brown.

—Corazón mío —murmuró ella con dulzura no exenta de tristeza, cuando sus labios hubieron rozado sus oídos—, te suplico que aplaces tu viaje hasta el amanecer y que duermas esta noche en tu cama. Una mujer sola se ve asaltada por tales sueños y pensamientos que a veces siente miedo de sí misma. Te ruego, querido esposo, que te quedes conmigo esta noche, tan solo esta entre todas las del año.

—Mi amor, mi Fe —replicó el joven Goodman Brown—, de todas las noches del año, esta es la única en que debo separarme de ti. Mi viaje,

como tú lo llamas, es decir, la ida y la vuelta, debo realizarlo entre estos momentos y el amanecer. ¿Cómo dudas de mí, mi dulce y bella esposa, si apenas hace tres meses que nos hemos casado?

—Entonces, que Dios te bendiga —dijo Fe, con sus rosadas cintas al aire—. Y ojalá que encuentres todo bien a tu regreso.

—¡Amén! —exclamó Goodman Brown—. Reza tus oraciones, querida Fe, y acuéstate al anochecer, que nadie te hará daño alguno.

Separáronse entonces; y el joven Goodman Brown prosiguió su camino hasta que, al ir a doblar la esquina a la altura de la iglesia, miró hacia atrás y se dio cuenta de que Fe le estaba siguiendo con la mirada; a pesar de sus cintas rosas, su aspecto era ciertamente melancólico.

—Pobrecita Fe —pensó él con el corazón afligido—. ¡Cuán despreciable soy abandonándola para semejante cometido! Me ha hablado de sus sueños y, al hacerlo, me ha parecido que la amargura se pintaba en su rostro, como si un sueño le hubiese avisado de lo que va a acontecer esta noche. Pero no, no es posible, solo el pensarlo la mataría. Bien, ella es un ángel bendito venido a este mundo y, después de esta noche, me pegaré a sus faldas y no dejaré de seguirla hasta llegar al cielo.

Con tan inmejorables propósitos para el futuro, Goodman Brown se sintió justificado para acelerar el paso rumbo a su infame objetivo de la hora presente. Había tomado un camino sórdido, ensombrecido por los árboles más tenebrosos del bosque que, apenas apartados para poder pasar, ya se habían cerrado tras él de inmediato. El paraje no podía ser más solitario. Hay algo muy peculiar en esta soledad, y es que el viajero ignora lo que pueden ocultar los innumerables troncos y el espeso follaje que se alza ante él; así que en su solitario caminar puede ir acompañado de una multitud invisible.

—Puede haber un indio endemoniado detrás de cada árbol —se dijo Goodman Brown; y, mirando temerosamente hacia atrás, añadió—, ¿y si estuviera a un paso del mismísimo diablo?

Al llegar a una curva del camino volvió la vista atrás, y cuando miró nuevamente al frente, se topó con la silueta de un hombre, severa y pulcramente ataviado, sentado al pie de un viejo árbol. Al acercársele Goodman Brown, se levantó y echó a andar, codo con codo, a su lado.

—Llegas tarde, Goodman Brown —dijo—. Cuando pasé por Boston, el reloj de Old South estaba dando las campanadas y de eso hace un buen cuarto de hora.

—Fe me entretuvo un rato —replicó el joven, con la voz temblorosa a causa de la repentina, aunque no del todo inesperada, aparición de su compañero.

Era ya noche cerrada en el bosque; sobre todo, en la zona que atravesaban nuestros dos personajes. Por lo poco que podía apreciarse, el segundo viajero tenía unos cincuenta años y parecía pertenecer a la misma clase social que Goodman Brown, con el que guardaba un notable parecido, aunque tal vez más por la expresión que por los rasgos. No obstante, podrían fácilmente pasar por padre e hijo. Y, sin embargo, aunque el traje y los modales del de mayor edad eran igual de sencillos que los del más joven, el primero tenía ese aire indescriptible de alguien que conoce el mundo, y que no se sentiría avergonzado en la mesa del gobernador ni en la del rey Guillermo, si sus asuntos le llevaran hasta allí. Pero lo único que llamaba la atención en él era su bastón, que tenía el aspecto de una gran serpiente negra, tan ingeniosamente labrada que se curvaba y contorsionaba como una serpiente de verdad. Naturalmente, esto bien podía ser una ilusión óptica, a la que contribuiría la escasa luz reinante.

—Vamos, Goodman Brown —exclamó su compañero de viaje—. Paso muy cansino es este para estar al principio de la caminata; ya que tan pronto te fatigas, coge mi bastón.

—Amigo —dijo el otro trocando su lento caminar por una detención absoluta—, hemos convenido en encontrarnos aquí, mas ahora es mi propósito regresar por donde he venido, pues siento escrúpulos respecto al asunto que nos concierne.

—¿Con esas vienes? —replicó el de la serpiente, disimulando una sonrisa—. Sigamos, empero, hablando mientras caminamos: y si te convenzo no has de volver atrás. Apenas nos hemos internado un poco en el bosque.

—Para mí es ya demasiado, ¡demasiado lejos! —exclamó el buen hombre, echando a andar de nuevo sin darse cuenta—. Mi padre jamás se

aventuró en el bosque en una correría de esta clase, ni tampoco el padre de mi padre. Desde los tiempos de los mártires hemos sido una casta de hombres honestos y buenos cristianos; y sería yo el primero de los Brown que tomase este camino y lo siguiera…

—Con semejante compañía, ibas a decir —observó el de mayor edad interpretando su pausa—. ¡Muy bien dicho, Goodman Brown!, he sido tan amigo de tu familia como de muchos otros puritanos, lo cual no es decir poco. Ayudé a tu abuelo, el policía, cuando azotaba tan cruelmente a aquella cuáquera por las calles de Salem, y fui yo quien alcanzó a tu padre la tea de pino encendida en mi propio hogar con la que pegó fuego al poblado indio durante la guerra contra el rey Felipe. Ambos eran buenos amigos míos; han sido muchos los animados paseos que hemos dado juntos por este camino, tantos como nuestros alegres regresos pasada la medianoche. Será para mí un placer que, en memoria suya, tú y yo seamos amigos.

—Si fuera como dices —replicó Goodman Brown— mucho me asombra que nunca me hablasen de tales asuntos; o, a decir verdad, no me sorprende, pues el menor rumor de ese género les habría llevado a ser expulsados de Nueva Inglaterra. Somos gentes de oración y buenas obras, además, y no nos dedicamos a semejantes infamias.

—Infamias o no —dijo el viajero del bastón retorcido—, tengo muchas amistades aquí en Nueva Inglaterra, los diáconos de muchas iglesias han bebido conmigo el vino de la comunión; los notables de varias ciudades me han hecho su presidente; y casi todos los miembros del Gran Consejo General son firmes defensores de mis intereses. El gobernador y yo también…, pero esto son secretos de Estado.

—¿Cómo puede ser eso? —exclamó Goodman Brown, mirando con asombro a su inmutable compañero—. Sin embargo, nada tengo que ver con el gobernador ni con el consejo; ellos tienen sus propias costumbres, que no pueden valer para un simple aldeano como yo. Pero, si os acompañara, ¿cómo podría después mirar a la cara a ese venerable anciano, nuestro pastor del pueblo de Salem?, ¡oh! Su voz me haría temblar los domingos y los días de sermón.

Hasta entonces, el viajero de más edad había escuchado con la debida seriedad, pero ahora rompió en irreprimibles carcajadas, agitándose con tanta violencia que su serpenteante bastón parecía contorsionarse al unísono, como por contagio.

—¡Ja, ja, ja! —reía una y otra vez. Luego tranquilizándose, dijo—: Ea, continúa, Goodman Brown, continúa; pero te lo ruego, no me mates de risa.

—Bien, entonces, para acabar con este asunto —dijo Goodman Brown, considerablemente irritado—, está Fe, mi mujer. Le destrozaría su querido corazoncito; y antes que eso me arrancaría el mío.

—Nada, si es así —respondió el otro—, sigue tu camino. Ni por veinte ancianas como la que renquea ante nosotros quisiera yo que Fe sufriera daño alguno.

Diciendo esto señaló con su bastón hacia una silueta femenina qué avanzaba por el sendero, en la que Goodman Brown reconoció a una dama piadosísima y ejemplar, que le había enseñado el catecismo en su juventud y que todavía seguía siendo su consejera moral y espiritual, junto con el pastor y el diácono Gookin.

—Es realmente increíble que Goody Cloyse se interne tanto en la espesura a la caída de la noche —dijo—. Pero con vuestra venia, amigo, daré un rodeo a través de la arboleda hasta que hayamos dejado atrás a esta cristiana mujer. Como no la conocéis podría preguntarme quién me acompaña y adónde me dirijo.

—Sea como dices —dijo su compañero de viaje—. Ve tú entre los árboles y deja que yo siga mi camino.

Así pues, el joven se apartó, pero teniendo cuidado de no perder de vista a su compañero, que avanzó lentamente por el camino hasta que hubo dado alcance a la anciana dama. Mientras tanto, esta corría a toda prisa, con una presteza bien singular en una mujer tan entrada en años, musitando al tiempo que caminaba palabras ininteligibles, sin duda una plegaria. El viajero alzó su bastón y tocó su marchita nuca con lo que parecía la cola de la serpiente.

—¡El diablo! —gritó la piadosa anciana.

—¡Así que Goody Cloyse reconoce a su viejo amigo! —observó el viajero, encarándosele mientras se apoyaba en su serpenteante bastón.

—¡Ah!, desde luego. ¿Así que es vuesa merced en persona? —exclamó la buena señora—. Ah, sí que lo es, con la misma imagen de mi viejo compadre, Goodman Brown, el abuelo del idiota de ahora. Pero ¿querrá creerlo vuesa merced?, mi escoba ha desaparecido sorprendentemente, robada, sospecho, por Goody Coory, esa bruja a la que todavía no han colgado, y precisamente, cuando estaba yo bien untada con el bálsamo de ojo de apio silvestre, cincoenrama y acónito…

—Mezclado con harina de trigo y la grasa de un niño recién nacido —dijo el doble del viejo Goodman Brown.

—Ah, vuesa merced conoce la receta —exclamó la anciana, lanzando una estruendosa carcajada—. Así pues, como iba diciendo, preparada ya para la reunión y sin montura me hice a la idea de ir caminando, pues me han dicho que esta noche comulga un guapo joven. Pero ahora vuesa merced me dará su brazo y estaremos allí en un abrir y cerrar de ojos.

—Eso no es posible —respondió su amigo—. No puedo darle mi brazo, Goody Cloyse; pero aquí está mi bastón, si lo desea.

Diciendo esto, lo arrojó a sus pies, donde cobró vida propia, pues era una de aquellas varas prestadas hace mucho tiempo a los magos egipcios.

Sin embargo, Goodman Brown no pudo percatarse de esto último. Había elevado sus ojos al cielo lleno de asombro y al volver a bajarlos no vio a Goody Cloyse ni el bastón serpenteante, sino a su compañero de viaje, que le esperaba solitario y tan tranquilo como si nada hubiera ocurrido.

—Esa anciana fue la que me enseñó el catecismo —dijo el joven; y en tan escueto comentario latía todo un mundo de significaciones.

Prosiguieron su marcha, mientras el viajero de más edad exhortaba a su compañero a apresurarse y a continuar la expedición, discurriendo tan acertadamente que se diría que sus argumentos brotaban directamente del pecho de su interlocutor en vez de sugerirlos él mismo. Mientras caminaban, cogió una rama de arce para utilizarla como bastón y comenzó a arrancarle los brotes y retoños que estaban húmedos del rocío. Nada más tocarlos con sus dedos se marchitaban

inexplicablemente, como si hubieran estado toda una semana secándose al sol. Caminó así la pareja durante un rato hasta que de repente, al llegar a un siniestro recodo del camino, Goodman Brown se sentó en el tocón de un árbol y se negó a seguir adelante.

—Amigo —dijo en tono obstinado—, estoy decidido. No daré un paso más en esta expedición. ¿Qué me importa a mí que una despreciable vieja haya optado por entregarse al diablo, cuando yo creía que iba derecha al cielo? ¿Es esa una razón para que yo abandone a mi querida Fe y me vaya tras ella?

—Será mejor que lo pienses dos veces —dijo su acompañante sosegadamente—. Siéntate aquí y descansa un rato; y cuando decidas volver a ponerte en marcha, aquí está mi bastón para que te apoyes en él.

Sin más palabras arrojó a su compañero el bastón de arce, poniéndose, acto seguido, fuera del alcance de su vista, con tal celeridad que parecía que se hubiera desvanecido en la creciente penumbra. El joven permaneció sentado durante algunos momentos al borde del camino, felicitándose a sí mismo y pensando que cuando se cruzase con el pastor durante su paseo matinal tendría la conciencia bien limpia y no se avergonzaría ante la mirada del diácono Gookin. ¡Y qué tranquilo sería su sueño esta misma noche que iba a haber estado dedicada a cosas tan culpables, pero que ahora iba a ser tan pura, tan dulce en los brazos de Fe! En medio de tan placenteras y loables meditaciones, Goodman Brown oyó un trote de caballos por el camino y consideró aconsejable ocultarse entre el follaje, consciente del culpable propósito que le había llevado hasta allí, aunque ahora lo hubiera felizmente abandonado.

Ya se aproximaban el ruido de los cascos y las voces de los jinetes, dos voces graves, dos personas de edad, que conversaban sosegadamente. Estos sonidos entremezclados parecían producirse en el camino, a pocos metros del escondite del joven; pero, debido sin duda a la considerable oscuridad reinante en aquel paraje, ni los caballeros ni sus caballos eran visibles. Aunque sus siluetas rozaron al pasar las frágiles ramitas del camino, no se pudo ver que interceptaban ni por un momento el débil resplandor que todavía iluminaba el cielo bajo el que debieron pasar. A veces agachado, a veces de puntillas, apartando el ramaje y estirando la

cabeza todo lo que podía, Goodman Brown no llegó a distinguir más que vagas sombras. Ello le irritó sobremanera, pues hubiera jurado, caso de ser eso posible, haber reconocido las voces del pastor y del diácono Gookin, cabalgando tranquilamente, como solían hacerlo cuando se dirigían a una ordenación o a algún consejo eclesiástico. Todavía se les oía cuando uno de los jinetes se detuvo para coger una varita.

—Si tuviera que elegir entre las dos cosas, reverendo —dijo la que parecía la voz del diácono—, antes hubiera preferido perderme una cena de ordenación que la reunión de esta noche. Me han dicho que vendrán algunos miembros de nuestra comunidad de Falmouth, y aún de más lejos, otros de Connecticut y Rhode Island, además de varios hechiceros indios, quienes, a su manera, son tan entendidos en las cosas del diablo como los más aventajados de entre nosotros. Por si fuera poco, se administrará la comunión a una hermosa muchacha.

—Completamente de acuerdo, diácono Gookin —replicó el solemne y familiar tono de voz del pastor—. Apresurémonos o vamos a llegar tarde. Como bien sabéis, nada puede hacerse hasta que llegue yo.

Volvióse a oír el repiqueteo de los cascos; y las voces, que tan misteriosamente hablaron en el vacío, se perdieron en aquel bosque donde jamás se congregó iglesia alguna ni nunca rezó un solo cristiano.

—¿Adónde, pues, podrían dirigirse aquellos santos varones que se adentraban en la pagana espesura? —el joven Goodman Brown se agarró a un árbol para sujetarse, pues estaba a punto de desmayarse, desfallecido y abrumado por el peso que acababa de caer en su corazón. Miró hacia el cielo, dudando de si realmente habría uno sobre su cabeza. Y efectivamente allí estaba la bóveda azul en la que brillaban las estrellas.

—¡Con el cielo arriba y Fe abajo me mantendré firme ante el diablo! —gritó Goodman Brown.

Todavía tenía la mirada clavada en la elevada bóveda del firmamento y acababa de enlazar sus manos en oración, cuando una nube, pese a no correr ningún viento, irrumpió en el cénit y ocultó las resplandecientes estrellas. El cielo azul era todavía visible, excepto en el espacio que le cubría la cabeza, donde esa negra masa de nubes se deslizaba velozmente hacia el norte. De las alturas, se diría que de las profundidades de la

nube, vino un confuso e incierto rumor de voces. Al principio, el que escuchaba creyó distinguir el habla de las gentes de la aldea, de sus paisanos y paisanas, los piadosos y los impíos: con muchos había compartido la comunión, mientras que a otros los había visto entregándose al vicio en la taberna. Algo más tarde, los sonidos se hicieron tan confusos que dudó si habría oído algo que no fuera el murmullo de la vetusta arboleda, aunque no hubiera viento alguno. Luego, aquellos timbres familiares de voz, oídos diariamente al amanecer en el pueblo de Salem, pero nunca hasta entonces viniendo de una nube en plena noche, irrumpieron con mayor fuerza. Se oyó la voz de una muchacha prorrumpiendo en lamentaciones, si bien su pesar era un tanto ambiguo, que suplicaba algún tipo de favor cuya obtención tal vez le deparara nuevas aflicciones; y toda aquella invisible multitud, tanto justos como pecadores, parecía animarla a seguir adelante.

—¡Fe! —gritó Goodman Brown, con voz de angustia y desesperación; y el eco del bosque se burlaba repitiendo: «¡Fe! ¡Fe!», como si fuesen muchos los desgraciados que la buscaban, perdidos en medio de la espesura.

Todavía traspasaba la noche aquel grito de dolor, ira y terror, y el desventurado marido contenía el aliento esperando una respuesta, cuando se oyó un agudo chillido, ahogado inmediatamente por el rumor de voces más fuertes, que se desvaneció después en lejanas carcajadas, mientras se evaporaba la sombría nube. Sobre Goodman Brown brillaba un cielo despejado y silencioso. Pero algo bajó revoloteando levemente, algo que al final se quedó prendido en la rama de un árbol. El joven lo tomó y vio que se trataba de una cinta rosa.

—¡Mi Fe se ha ido! —gritó tras un momento de estupefacción—. No existe el bien sobre la tierra; y el pecado no es más que una palabra; ven, diablo; tuyo es este mundo.

Y, prorrumpiendo en grandes y ruidosas carcajadas, enloquecido de desesperación, Goodman Brown agarró su bastón y se puso de nuevo en marcha, a tal velocidad que en vez de andar o correr se diría que volaba por el camino del bosque. El sendero se hizo más agreste y sombrío, de contornos más indefinidos, que acabaron por desvanecerse

completamente dejando al joven en el centro de aquella siniestra soledad, corriendo todavía hacia adelante con el instinto que guía a los mortales hacia el mal. Todo el bosque estaba poblado de sonidos aterradores: el crujido de los árboles, el aullido de las bestias salvajes, los gritos de los indios. A veces, el viento sonaba como el tañido de la campana de una lejana iglesia, mientras que otras rugía poderosamente en torno al viajero, como si la naturaleza se estuviese mofando de él. Pero el mayor horror de esta escena era él mismo, y en absoluto retrocedió ante los demás horrores.

—¡Ja, ja, ja! —rugía Goodman Brown mientras el viento le hacía burla—. Veremos quién ríe el último. ¡No creas que vas a asustarme con tus satánicas argucias! ¡Venid brujos, venid brujas, venid hechiceros indios, y que venga el diablo en persona! ¡Aquí llega Goodman Brown! ¡Podéis temerle tanto como él os teme a vosotros!

En verdad, nada había en aquel bosque embrujado que inspirase más terror que la estampa de Goodman Brown. Volaba entre los negros pinos, blandiendo su bastón con gesto frenético, ora dando rienda suelta a horribles blasfemias, ora prorrumpiendo en tales carcajadas que se diría que a su alrededor todos los ecos del bosque rieran como demonios.

El demonio, cuando adopta su propia forma, no es tan horrible como cuando desencadena su furia en el pecho del hombre. De este modo prosiguió el endemoniado su vertiginosa carrera hasta que divisó ante sí, oscilando entre los árboles, un resplandor rojizo, como si alguien hubiera prendido fuego a troncos y ramas caídas que proyectasen su diabólico fulgor sobre el cielo de la medianoche. Cuando la tempestad que le arrastraba bosque adentro amainó, se detuvo; y entonces llegó hasta él la algarada de lo que parecía ser un himno que resonase solemnemente en la distancia, con el clamor de mil voces. Conocía la melodía; la cantaban habitualmente en el coro del templo de su pueblo. La estrofa se extinguió roncamente, prolongada por un coro, no de voces humanas, sino de todos los ruidos que la sonora maleza tañía en horrísona armonía. Goodman Brown gritó, pero su grito le resultó inaudible al confundirse con el fragor de la agreste naturaleza.

En el intervalo de silencio que siguió, Goodman Brown avanzó sigilosamente hasta que el resplandor le dio de lleno en los ojos. En un extremo de un claro cercado por la oscura muralla del bosque, alzábase una roca que guardaba alguna semejanza ruda y natural con un altar o un púlpito, rodeada por cuatro refulgentes pinos, cual cirios de una misa nocturna, las copas en llamas e incólumes los troncos. El follaje que coronaba la cumbre de la roca ardía por los cuatro costados, encendiendo con fuerza la noche e iluminando intermitentemente todo su entorno. Las ramas y los festones de hojas arrojadas al fuego lanzaban chispas. Al compás de aquella luz carmesí, una numerosa congregación resplandecía y desaparecía alternativamente entre las sombras para refulgir nuevamente como si, emergiendo de las tinieblas, poblase de un fogonazo las entrañas de aquellos solitarios bosques.

—He aquí una asamblea tan circunspecta como sombría en su indumentaria —articuló para sus adentros Goodman Brown.

Y en verdad lo era. Entre ellos, oscilando una y otra vez entre la luz y las tinieblas, se veían rostros que serían vistos al día siguiente en el consejo de gobierno de la provincia y otros que, domingo tras domingo, miraban devotamente al cielo y con benevolencia a los bancos de los fieles, desde los más venerables púlpitos de la comarca.

Hay quien afirma que estaba allí la esposa del gobernador, pero lo cierto es que había allí encumbradas damas que ella conocía bien y esposas y maridos respetables y muchas viudas y solteronas, todas ellas de excelente reputación, y encantadoras muchachas que temblaban de miedo de que sus madres pudieran verlas. Goodman Brown, a no ser que los súbitos fulgores que resplandecían sobre la oscuridad del campo lo hubieran deslumbrado, creyó reconocer a una veintena de miembros de la Iglesia de Salem conocidos por su especial santidad. Gookin, el anciano y bondadoso diácono, había ya llegado y esperaba pegado a las faldas de su reverenciado pastor, aquel santo venerable. Pero, impíamente mezclados con tan sesudos, reputados y píos personajes, esos patriarcas de la iglesia, aquellas castas damas y vírgenes puras, había hombres de vida disoluta y mujeres de dudosa reputación, granujas abocados a todos los vicios mezquinos y despreciables, e incluso sospechosos de horribles

crímenes. Era extraño comprobar cómo los virtuosos no se amedrentaban ante los malvados ni los pecadores sentían vergüenza alguna ante los santos. Diseminados entre los rostros pálidos, sus enemigos, estaban los sacerdotes indios, hechiceros, quienes no pocas veces habían sobresaltado sus bosques nativos con encantamientos mucho más abominables que cualesquiera otros conocidos por la brujería inglesa.

—¿Pero dónde está Fe? —se preguntó Goodman Brown, y se estremeció al tiempo que la esperanza empezaba a infiltrarse en su corazón.

Oyóse otra estrofa del himno, un compás lento y lastimero, de esos que tanto gustan a las personas piadosas, pero sus palabras expresaban todo lo que nuestra naturaleza pueda concebir de pecaminoso y, misteriosamente, insinuaban algo peor. Insondables son para los simples mortales los arcanos del maligno. Una tras otra resonaban las estrofas, y el selvático coro seguía aumentando en los intervalos como el tono más grave de un potentísimo órgano. Y el acorde final de aquella infame antífona coincidió con un clamor tal que se diría que el rugido del viento, el fragor de las corrientes, el aullido de las bestias y todas las demás voces de la caótica maleza, se mezclaban y armonizaban con la voz del hombre culpable, en homenaje al príncipe de todos ellos. Los cuatro pinos encendidos elevaron sus poderosísimas llamas mostrando tétricamente rostros y siluetas horripilantes entre las volutas de humo que se alzaban sobre la impía asamblea. En ese preciso instante, el fuego que circundaba la roca arrojaba llamas aún más altas, formando un arco de fuego sobre su base, en la que se hizo visible una figura. Dicho sea con todo respeto, la tal figura no guardaba la menor semejanza, ni por su porte ni por sus modales, con ninguno de los austeros doctores de las iglesias de Nueva Inglaterra.

—Traed a los conversos —gritó una voz que repercutió en el campo y se perdió en la maleza.

Al oír estas palabras, Goodman Brown salió de entre las sombras de los árboles y se acercó a la congregación, con la que se sentía repugnantemente hermanado por todo cuanto de perverso había en su

corazón. Hubiera jurado que no era sino su propio padre aquella figura que le observaba desde una voluta de humo haciéndole señas para que avanzara, mientras que una mujer, con difusos rasgos de desesperación, levantaba la mano para detenerlo. ¿Sería su madre? Pero no tuvo fuerzas para dar un solo paso atrás, ni para resistirse tan siquiera con la mente, cuando el pastor y aquel bondadoso anciano, el diácono Gookin, le cogieron por los brazos y le condujeron a la roca en llamas. Hacia el mismo lugar se dirigía la esbelta figura de una mujer, cubierta por un velo y flanqueada por Goody Cloyse, aquella piadosa catequista, y Martha Carrier, a quien el diablo había prometido ser reina del infierno. Ella sí que era una verdadera bruja. Así fueron llevados los dos prosélitos bajo el dosel de fuego.

—Bienvenidos hijos míos —dijo la tenebrosa figura—, a la comunión de los de vuestra estirpe. Os habéis encontrado muy jóvenes con vuestra naturaleza y vuestro destino. ¡Hijos míos, mirad a vuestra espalda!

Se dieron la vuelta y, como proyectados, por así decirlo, en una sábana de fuego, vieron a los adoradores del diablo. Todos los rostros se iluminaron con una siniestra sonrisa de bienvenida.

—Aquí, prosiguió la negra silueta, están todos aquellos a quienes habéis respetado desde que erais niños. Los creíais más virtuosos que vosotros mismos y os avergonzabais de vuestros pecados cuando os comparabais con sus vidas rectas y entregadas a la oración y a la búsqueda del cielo. Sin embargo, aquí están todos, en mi asamblea de adoradores. Esta noche podréis conocer sus actos secretos. Sabréis cómo los venerables sacerdotes de la iglesia, de blancas barbas, susurraban palabras lascivas a las jóvenes doncellas que servían en sus casas; cómo muchas mujeres, ansiando vestir las galas de luto, han dado a sus maridos, antes de acostarse, la pócima que entre sus brazos les conduciría a su último sueño; cómo algunos jóvenes imberbes se han apresurado a heredar antes de tiempo las riquezas de sus padres. Y cómo hermosas damiselas —no os ruboricéis, dulces criaturas— han cavado diminutas tumbas en su jardín, y solo a mí han invitado al funeral de ese niño recién nacido. Gracias a la afinidad de vuestros humanos corazones con el pecado, olfatearéis todos los lugares —ya sea en la iglesia, en la

alcoba, en la calle, en los campos, en el bosque—, en donde se haya cometido un crimen y os regocijaréis al comprobar que la tierra entera no es sino una mancha de pecado, un inmenso charco de sangre. Pero aún hay más. Podréis penetrar en cada pecho el profundo enigma del pecado, la fuente de todas las artes perversas que inagotablemente proporciona más impulsos malignos que los que ningún poder humano —ni siquiera el mío en todo su apogeo— puede llevar a la práctica. Y ahora, hijos míos, miraos el uno al otro.

Así lo hicieron; y, al resplandor de las antorchas encendidas con el fuego del infierno, el infeliz marido contempló a su Fe, y la esposa al marido temblando ante aquel sacrílego altar.

—Aquí estáis, hijos míos —dijo la figura en tono grave y solemne, casi triste, en su horrenda desesperación, como si su anterior naturaleza angélica todavía pudiera afligirse por nuestra desdichada especie—. Confiabais mutuamente en vuestros corazones, abrigabais aún la esperanza de que la virtud fuera algo más que un sueño. Ahora ya estáis desengañados. El mal es la verdadera naturaleza del hombre. Solo en el mal encontraréis la felicidad. Una vez más, bienvenidos hijos míos a la comunión de los de vuestra estirpe.

—Bienvenidos —repitieron los adoradores del diablo, con un grito de triunfo y desesperación.

Y ambos continuaban en pie, la única pareja que, al parecer, todavía vacilaba al borde de la depravación en este mundo tenebroso. En la roca había un pozo natural. ¿Contenía agua, enrojecida por aquel fuego horrible? ¿O acaso era sangre, o fuego líquido? En ella hundió su mano la Forma del Mal, disponiéndose a estampar la impronta del bautismo sobre sus frentes, para hacerles partícipes del misterio del pecado, para que a partir de entonces fueran más conscientes de las culpas secretas de los demás —de pensamiento o de obra— que de las suyas propias. El marido clavó sus ojos en su pálida esposa, y Fe los suyos en él. ¡Qué inmunda carroña contemplarían la próxima vez que se mirasen, temblando al unísono ante lo que les sería dado tanto descubrir como contemplar!

—¡Fe! ¡Fe!, —gritó el marido—, ¡mira arriba, hacia el cielo, y resiste al Maligno!

Si Fe le obedeció o no es cosa que nunca llegó a saber. Apenas había hablado cuando se encontró en medio de la tranquila y solitaria noche, escuchando el rugir del viento que se adentraba en la floresta. Se agarró tambaleándose a la roca, sintiéndola fría y húmeda, mientras que un rama, hace unos instantes en llamas, le salpicaba ahora las mejillas con su gélido rocío.

A la mañana siguiente, el joven Goodman Brown avanzó lentamente por las calles del pueblo de Salem, mirando a su alrededor, presa del mayor desconcierto. El viejo y buen pastor estaba dando su acostumbrado paseo por el cementerio para abrir el apetito y meditar sobre su próximo sermón; a su paso, bendijo a Goodman Brown. Este huyó del venerable santo como de un anatema. El anciano diácono Gookin estaba rezando en familia, y las sagradas palabras se oían a través de la ventana abierta. «¿A qué dios estará rezando este brujo?», se preguntó Goodman Brown.

Goody Cloyse, aquella vieja y excelente cristiana, apoyada en su celosía, catequizaba al sol de la mañana a una niña que le había traído una pinta de leche recién ordeñada. Goodman Brown le arrebató violentamente a la niña, como si la arrancara de las garras del diablo. Al doblar la esquina de la iglesia, divisó la cabeza de Fe, con sus cintas rosas mirando ansiosamente en torno suyo y le dio tanta alegría verle que corrió por toda la calle dando saltos, y poco faltó para que besara a su marido delante de todo el pueblo. Pero Goodman Brown la miró fría y amargamente y pasó de largo sin saludarla.

¿Se habría dormido en el bosque y solo fue una pesadilla aquel aquelarre?

Así es, si así os parece. Pero ¡ay!, fue un sueño de ominosos presagios para el joven Goodman Brown. Desde la noche de aquel terrible sueño se convirtió en un hombre duro, meditabundo, receloso, por no decir desesperado. El domingo cuando la congregación entonaba los sagrados salmos no podía escucharlos, pues un pecaminoso motete le aturdía los oídos, ahogando los beatíficos compases. Cuando el pastor, con su mano

sobre la Biblia abierta, hablaba desde el púlpito con energía y febril elocuencia de las sagradas verdades de nuestra religión, de vidas santificadas y muertes gloriosas y de las indescriptibles alegrías o sufrimientos futuros, entonces Goodman Brown palidecía, temeroso de que el techo se derrumbara sobre el encanecido blasfemo y sus oyentes. A menudo, despertándose súbitamente a media noche, se apartaba del regazo de Fe; y por la mañana o a la caída de la tarde, cuando la familia se arrodillaba para rezar, fruncía el ceño y mascullaba para sus adentros, miraba severamente a su mujer y les daba la espalda. Y, tras una larga vida, cuando llevaron a la tumba su marchito cuerpo, seguido de Fe, ya anciana y de una nutrida profesión de hijos y nietos, aparte de no pocos vecinos, no fue esperanzador el epitafio que grabaron sobre su lápida porque tampoco murió con esperanza.

LA NARIZ

Nikolaj Vasilievic Gogol

(Nos, 1835)

Hasta ahora nos hemos detenido en temas siniestros, macabros, horripilantes. Para cambiar la atmósfera y representar el humor visionario, he aquí este maravilloso relato de Gogol que desarrolla uno de los temas dominantes de la literatura fantástica: una parte de la persona que se separa y actuá independientemente del resto del cuerpo. Pero no es este hallazgo lo que hace de La nariz una obra maestra, sino su fuerza, su inventiva y lo que tiene de imprevisible frase a frase. La risa de Gogol, se sabe, siempre es sutilmente amarga: véanse, por ejemplo, los intentos de pegar de nuevo sobre el rostro la nariz reencontrada.

Este texto se separa del género en una cosa. El cuento fantástico suele tener una lógica interna irreprochable; Gogol, sin embargo, se burla felizmente de toda lógica, incluso más que Hoffmann, el inspirador directo de esta vena suya. Si entramos luego en las claves simbólicas, vemos que esta nariz —como la sombra en Chamisso— no se deja encerrar por ninguna interpretación exclusiva. El relato es, sin duda, una sátira del decoro funcionarial de la burocracia rusa, pero diciendo esto no se dice verdaderamente nada.

Toda la producción fantástica de Gogol (1809-1852) merece estar en esta antología: de las primeras historias campesinas de miedo (como Vij, el maravilloso cuento del seminarista seducido por la bruja) a un ejemplo más cercano a la tipología de lo fantástico romántico, como El retrato, notable por sus dos versiones (1835 y 1836), de distinta intención moral.

I

EN marzo, el día 25, sucedió en San Petersburgo un hecho de lo más insólito. El barbero Iván Yákovlevich, domiciliado en la Avenida Voznesenski (su apellido no ha llegado hasta nosotros y ni siquiera figura en el rótulo de la barbería, donde solo aparece un caballero con la cara enjabonada y el aviso de «También se hacen sangrías»), el barbero Iván Yákovlevich se despertó bastante temprano y notó que olía a pan caliente. Al incorporarse un poco en el lecho vio que su esposa, señora muy respetable y gran amante del café, estaba sacando del horno unos panecillos recién cocidos.

—Hoy no tomaré café, Praskovia Osipovna —anunció Iván Yákovlevich—. Lo que sí me apetece es un panecillo caliente con cebolla.

(La verdad es que a Iván Yákovlevich le apetecían ambas cosas, pero sabía que era totalmente imposible pedir las dos a la vez, pues a Praskovia Osipovna no le gustaban nada tales caprichos). «Que coma pan, el muy estúpido. Mejor para mí: así sobrará una taza de café», pensó la esposa. Y arrojó un panecillo sobre la mesa.

Por aquello del decoro, Iván Yákovlevich endosó su frac encima del camisón de dormir, se sentó a la mesa provisto de sal y dos cebollas, empuñó un cuchillo y se puso a cortar el panecillo con aire solemne. Cuando lo hubo cortado en dos se fijó en una de las mitades y muy sorprendido, descubrió un cuerpo blanquecino entre la miga. Iván Yákovlevich lo tanteó con cuidado, valiéndose del cuchillo, y lo palpó. «¡Está duro! —se dijo para sus adentros—. ¿Qué podrá ser?».

Metió dos dedos y sacó… ¡una nariz! Iván Yákovlevich estaba pasmado. Se restregó los ojos, volvió a palpar aquel objeto: nada, que era una nariz. ¡Una nariz! Y, además, parecía ser la de algún conocido. El horror se pintó en el rostro de Iván Yákovlevich. Sin embargo, aquel horror no era nada, comparado con la indignación que se adueñó de su esposa.

—¿Dónde has cortado esa nariz, so fiera? —gritó con ira—. ¡Bribón! ¡Borracho! Yo misma daré parte de ti a la policía. ¡Habrase visto, el bribón! Claro, así he oído yo quejarse ya a tres parroquianos. Dicen que, cuando los afeitas, les pegas tales tirones de narices que ni saben cómo no te quedas con ellas entre los dedos.

Mientras tanto, Iván Yákovlevich parecía más muerto que vivo. Acababa de darse cuenta de que aquella nariz era nada menos que la del asesor colegiado Kovaliov, a quien afeitaba los miércoles y los domingos.

—¡Espera! ¡Praskovia Osipovna! Voy a dejarla de momento en un rincón, envuelta en un trapo, y luego me la llevaré.

—¡Ni hablar! ¡Enseguida voy a consentir yo una nariz cortada en mi habitación!… ¡Esperpento! Como no sabe más que darle correa a la navaja para suavizarla, pronto será incapaz de cumplir con su cometido. ¡Estúpido! ¿Crees que voy a cargar yo con la responsabilidad cuando venga la policía? ¡Fuera esa nariz! ¡Fuera! ¡Llévatela adonde quieras! ¡Que no vuelva yo a saber nada de ella!

Iván Yákovlevich seguía allí como petrificado, pensando y venga a pensar, sin que se le ocurriera nada.

—El demonio sabrá cómo ha podido suceder esto —dijo finalmente, rascándose detrás de una oreja—. ¿Volví yo borracho anoche, o volví fresco? No podría decirlo a ciencia cierta. Ahora bien, según todos los indicios, este debe ser un asunto enrevesado, ya que el pan es una cosa y otra cosa muy distinta es una nariz. ¡Nada, que no lo entiendo!

Iván Yákovlevich enmudeció, a punto de desmayarse ante la idea de que la policía llegase a encontrar la nariz en su poder y le empapelara.

Le parecía estar viendo ya el cuello rojo del uniforme, todo bordado en plata, la espada… y temblaba de pies a cabeza. Finalmente, agarró la ropa y las botas, se puso todos aquellos pingos y, acompañado por las desabridas reconvenciones de Praskovia Osipovna, se echó a la calle llevando la nariz envuelta en un trapo.

Tenía la intención de deshacerse del envoltorio en cualquier parte, tirándolo tras el guardacantón de una puerta cochera o dejándolo caer como inadvertidamente y torcer luego por la primera bocacalle. Lo malo era que, en el preciso momento, se cruzaba con algún conocido, que enseguida empezaba a preguntarle:

«¿A dónde bueno?, o ¿a quién vas a afeitar tan temprano?», de manera que a Iván Yákovlevich se le escapaba la ocasión propicia. Una vez consiguió dejarlo caer, pero un guardia urbano le hizo señas desde lejos con su alabarda al tiempo que le advertía: «¡Eh! Algo se te ha caído.

Recógelo». De modo que Iván Yákovlevich tuvo que recoger la nariz y guardársela en el bolsillo.

Le embargaba la desesperación, sobre todo porque el número de transeúntes se multiplicaba sin cesar, a medida que se abrían los comercios y los puestos.

Tomó la decisión de llegarse al puente Isákievski, por si conseguía arrojar la nariz al Neva… Pero, a todo esto, he de pedir disculpas por no haber dicho hasta ahora nada acerca de Iván Yákovlevich, persona honorable bajo muchos conceptos.

Como todo menestral ruso que se respete, Iván Yákovlevich era un borracho empedernido. Y aunque a diario afeitaba mentones ajenos, el suyo estaba eternamente sin rapar. El frac de Iván Yákovlevich (porque Iván Yákovlevich jamás usaba levita) ostentaba tantos lamparones parduzcos y grises que, a pesar de ser negro, parecía hecho de tela estampada; además tenía el cuello lustroso de mugre y unas hilachas en el lugar de tres botones. Iván Yákovlevich era un gran cínico. El asesor colegiado Kovaliov solía decirle mientras le afeitaba: «Siempre te apestan las manos, Iván Yákovlevich». A lo que Iván Yákovlevich contestaba preguntando a su vez: «¿Y por qué han de apestarme?». El asesor colegiado insistía: «No lo sé, hombre; pero te apestan». Por lo cual, y después de aspirar una toma de rapé, Iván Yákovlevich le aplicaba el jabón a grandes brochazos en las mejillas, debajo de la nariz, detrás de las orejas, en el cuello… Donde se le antojaba, vamos.

Nuestro respetable ciudadano se encontraba ya en el puente de Isákievski. Empezó por mirar a su alrededor, luego se asomó por encima del pretil como para ver si había muchos peces debajo del puente y arrojó disimuladamente el trapo con la nariz. Notó como si le hubieran quitado de golpe diez *puds* de encima: incluso esbozó una sonrisita socarrona. Y entonces, cuando en vez de marcharse a rapar mentones oficinescos se dirigía a tomar un vaso de ponche en cierto establecimiento cuyo rótulo decía «Comidas y té», divisó de pronto al final del puente a un guardia de gallarda apostura y frondosas patillas con su tricornio y su espada. Se quedó frío: el guardia le llamaba con un dedo y decía:

—Ven para acá, hombre.

Conocedor de las ordenanzas, Iván Yákovlevich se quitó el gorro desde lejos y obedeció a toda prisa con estas palabras:

—¡Salud tenga usía!

—Deja, hombre, déjate de usías y explícame lo que estabas haciendo ahí en el puente.

—Por Dios le juro, señor, que iba a afeitar a un parroquiano y solo me detuve a mirar si llevaba mucha agua el río.

—¡Mentira! Estás mintiendo. Pero, no te ha de valer. Haz el favor de contestar.

—Estoy dispuesto a afeitar a vuestra merced dos veces por semana, o incluso tres, sin rechistar —contestó Iván Yákovlevich.

—¡Quiá! Déjate de bobadas, amigo. A mí me afeitan ya tres barberos, y lo tienen a mucha honra. Conque, haz el favor de contarme lo que estabas haciendo allí.

Iván Yákovlevich se puso lívido… Pero el suceso queda a partir de aquí totalmente envuelto en brumas y no se sabe nada en absoluto de lo ocurrido después.

II

El asesor colegiado Kovaliov se despertó bastante temprano y resopló —«brrr…»—, cosa que hacía siempre al despertarse, aunque ni él mismo habría podido explicar por qué razón. Kovaliov se desperezó y pidió un espejo pequeño que había encima de la mesa. Quería verse un granito que le había salido la noche anterior en la nariz. Y entonces, para gran asombro suyo, en el lugar de su nariz descubrió una superficie totalmente lisa. Mandó que le trajeran agua y se frotó los ojos con una toalla húmeda: ¡nada, que no estaba la nariz! Comenzó a palparse, preguntándose si estaría dormido. Pero, no; no era una figuración. El asesor colegiado Kovaliov se tiró precipitadamente de la cama, sacudiendo la cabeza con preocupación: ¡no tenía nariz! Pidió su ropa al instante y partió como una flecha a ver al jefe de policía.

A todo esto, bueno sería decir unas palabras acerca de Kovaliov para poner al lector en antecedentes del rango de nuestro asesor colegiado. Los asesores colegiados que han obtenido su título mediante estudios respaldados por certificaciones científicas no pueden ser comparados en modo alguno con aquellos que se han firmado en el Cáucaso. Son dos categorías enteramente distintas. Los asesores colegiados… Pero, Rusia es un país tan peregrino que basta decir algo acerca de un asesor colegiado para que, desde Riga hasta Kamchatka, se den por aludidos todos cuantos poseen igual título… Y lo mismo sucede con todos los demás títulos o grados. Kovaliov era asesor colegiado del Cáucaso. Solo hacía dos años que ostentaba el título, hecho que no se permitía olvidar ni por un instante. De manera que, para darse más prestancia y fuste, nunca se presentaba como asesor colegiado sino como mayor. «Oye, guapa, pásate por mi casa —solía decir al cruzarse en la calle con alguna vendedora de pecheras almidonadas—. Está en la calle Sadóvaya. Con que preguntes dónde vive el mayor Kovaliov, cualquiera te lo dirá». Y si se encontraba con una de buen palmito, precisaba confidencialmente: «Pregunta por el piso del mayor Kovaliov, ¿eh, preciosa?». Por eso mismo, también nosotros llamaremos mayor a este asesor colegiado.

El mayor Kovaliov tenía el hábito de pasear todos los días por la Avenida Nevski. Llevaba siempre el cuello de la pechera muy limpio y almidonado. Sus patillas eran como las que todavía usan los agrimensores provinciales y comarcales, los arquitectos y los médicos de regimiento, igual que los funcionarios de policía y, en general, todos esos caballeros de mejillas rubicundas y sonrosadas que suelen jugar muy bien al boston: son unas patillas que bajan hasta media cara y llegan en línea recta a la misma nariz. El mayor Kovaliov lucía multitud de dijes, unos de cornalina, otros con escudos labrados y también de los que llevan grabadas las palabras miércoles, jueves, lunes, etc. El mayor Kovaliov había viajado a San Petersburgo para ciertos menesteres consistentes en buscar un acomodo a tenor con su rango: un nombramiento de vicegobernador, si lo conseguía, o, en todo caso, el de ejecutor en algún Departamento de fuste. El mayor Kovaliov tampoco estaba en contra de casarse, pero solo en el caso de que acompañara a la novia un capital de

doscientos mil rublos. Por todo lo cual podrá comprender ahora el lector el estado de ánimo de este mayor al descubrir un estúpido espacio plano y liso en lugar de su nariz, que no era nada fea ni desproporcionada.

Para colmo de males, no aparecía ni un solo coche de punto por la calle, y el mayor tuvo que caminar a pie, embozado en su capa y cubriéndose la cara con un pañuelo como si fuera sangrando. «Pero, bueno, ¿no será esto una figuración mía? Es imposible que una nariz se extravíe así, estúpidamente», pensó, y entró en una pastelería, con el solo fin de mirarse al espejo. Por fortuna, no había parroquianos en el establecimiento. Unos chicuelos barrían el local y ordenaban los asientos mientras otros, con ojos de sueño, sacaban bandejas de pastelillos recién hechos; sobre las mesas y las sillas andaban tirados periódicos de la víspera manchados de café. «¡Menos mal que no hay nadie! —se dijo Kovaliov—. Ahora podré mirarme». Se acercó tímidamente al espejo y miró. «Pero ¿qué demonios de porquería es esta? —profirió soltando un salivazo—. ¡Si por lo menos hubiera algo en lugar de la nariz!… ¡Pero, es que no hay nada!».

Salió de la pastelería mordiéndose los labios de rabia y, en contra de sus hábitos, decidió no mirar ni sonreír a nadie. De pronto, se detuvo atónito a la entrada de una casa. Ante sus ojos se produjo un fenómeno inexplicable: un carruaje paró al pie de la puerta principal y, cuando se abrió la portezuela, saltó a tierra, ligeramente encorvado, un caballero de uniforme que subió con presteza la escalinata. Cuál no sería el sobresalto, y al mismo tiempo la estupefacción de Kovaliov al reconocer a su propia nariz. A la vista de semejante portento, le pareció que todo daba vueltas a su alrededor. Notó que apenas podía tenerse en pie y, sin embargo, decidió, aunque tiritando como si tuviera fiebre, aguardar a toda costa a que volviera a subir al coche. Efectivamente, a los dos minutos salió la nariz. Vestía uniforme bordado en oro, de cuello alto, y pantalón de gamuza y llevaba la espada al costado. El penacho del tricornio indicaba que poseía el rango de consejero de Estado. Según todas las apariencias, estaba haciendo visitas. Miró a un lado y a otro, llamó de un grito al cochero, subió al carruaje y partió.

El pobre Kovaliov estuvo a punto de volverse loco.

No sabía ni qué pensar de tan extraño suceso. En efecto, ¿cómo podía vestir uniforme una nariz que, la víspera sin ir más lejos, se encontraba en mitad de su cara y no era capaz de desplazarse, ni en carruaje ni a pie, por sí sola? Corrió en pos del vehículo que, felizmente, pronto se detuvo ante la iglesia de Nuestra Señora de Kazán.

Kovaliov corrió hacia el templo, abriéndose paso entre las filas de viejas mendigas —entrapajadas hasta el extremo de que solo quedaban dos orificios para los ojos— de las que tanto se burlaba antes, y penetró en la iglesia. Había pocos fieles y casi todos se habían quedado cerca de la puerta. Kovaliov se hallaba en tal estado de consternación que ni siquiera tenía ánimos para rezar, y buscaba con los ojos a aquel caballero por todos los rincones. Al fin lo descubrió, un poco apartado. La nariz tenía el rostro totalmente oculto por el gran cuello alto y oraba con extraordinaria devoción.

«¿Cómo le abordaría? —se preguntó Kovaliov—. A la vista está, por el uniforme, por el tricornio, que se trata de un consejero de Estado. El demonio sabrá…».

Carraspeó varias veces cerca de la nariz, que no abandonaba ni por un instante su devota actitud ni cesaba en sus genuflexiones.

—Caballero… —dijo Kovaliov, haciendo un esfuerzo para darse ánimos—. Caballero…

—¿Qué se le ofrece? —preguntó la nariz volviendo la cara.

—Estoy extrañado, caballero… Me parece… Debería usted saber cuál es su sitio. De repente le encuentro a usted… ¿Y dónde le encuentro? En una iglesia. Habrá de convenir que…

—Perdone usted, pero no logro entender lo que tiene usted a bien decirme. Explíquese.

«¿Cómo voy a explicarme?» —pensó Kovaliov—, y luego, sacando fuerzas de flaqueza, comenzó:

—Claro que yo… Por cierto, he de decirle que soy mayor y eso de andar por ahí sin nariz, como usted comprenderá, es indecoroso. Sin nariz podría pasar cualquiera de esas vendedoras de naranjas peladas del puente de Voskresenski; pero yo, que aspiro a obtener…, habiendo sido presentado en muchas casas donde hay damas como la señora

Chejtariova, esposa de un consejero de Estado, y otras muchas… Hágase usted cargo… Yo no sé, caballero… —al llegar aquí, el mayor Kovaliov se encogió de hombros—. Usted perdone, pero considerando todo esto desde el punto de vista de las normas del deber y del honor…, usted mismo comprenderá…

—Pues no. No comprendo absolutamente nada —contestó la nariz—. Hable de modo más explícito.

—Caballero… —replicó Kovaliov con aire muy digno—, no acierto a interpretar sus palabras… Me parece que el asunto está bien claro. ¡O pretende usted…! ¡Pero si usted es mi propia nariz!

La nariz consideró al mayor y frunció un poco el ceño.

—Está usted en un error, caballero. Yo soy yo, además, que entre nosotros no puede haber la menor relación directa, pues a juzgar por los botones de su uniforme, usted pertenece a otro departamento que yo.

Dicho esto, la nariz volvió la cabeza y prosiguió sus oraciones.

Totalmente confuso, Kovaliov se quedó sin saber qué hacer y ni siquiera qué pensar. En esto se escuchó el encantador rumor de unas vestiduras femeninas. Llegaba una señora de cierta edad, toda encajes, y con ella otra, muy esbelta, con un vestido blanco que dibujaba a la perfección su fina silueta y un sombrero de paja ligero como un pastel.

Un lacayo alto, con frondosas patillas y una buena docena de esclavinas en la librea, se situó detrás de ellas y abrió una tabaquera.

Kovaliov se acercó un poco, estiró el cuello de batista de su pechera, retocó los dijes colgantes de la cadena de oro y, sonriendo a un lado y a otro, fijó su atención en la etérea dama que se inclinaba levemente, parecida a una florecilla de primavera, y elevaba hacia la frente su breve mano blanca de dedos traslúcidos. La sonrisa de Kovaliov se acentuó cuando divisó, bajo el sombrero, su mentón redondo, deslumbrante de blancura, y parte de la mejilla teñida por el color de la primera rosa primaveral. Pero de pronto pegó un respingo como si se hubiera quemado con algo. Recordó que no tenía absolutamente nada en lugar de nariz y se le saltaron las lágrimas. Dio media vuelta con objeto de tildar sin rodeos de farsante y miserable al señor del uniforme, para decirle que no era ni por asomo consejero de Estado, sino única y exclusivamente su

propia nariz… Pero ya no estaba allí la nariz. Se conoce que, entre tanto, había salido disparada para continuar sus visitas.

Esta circunstancia sumió a Kovaliov en la desesperación. Salió de la iglesia y se detuvo un instante bajo el pórtico, escudriñando hacia todas partes por si divisaba en algún sitio a su nariz. Recordaba muy bien que llevaba tricornio con penacho y uniforme bordado en oro, pero no se había fijado en el capote, ni en el color del carruaje, ni en los caballos y ni siquiera en si llevaba lacayo detrás y cómo era su librea. Con la particularidad de que habría sido difícil identificar aquel carruaje entre tantos, como circulaban en uno y otro sentido a toda velocidad. Además, aunque lo hubiese identificado, no tenía a su alcance ningún medio para hacerlo detenerse. Hacía un día espléndido y soleado. La Avenida Nevski era un hormiguero de gente. Desde el puente de Politséiski hasta el de Anichkin cubría las aceras una polícroma cascada femenina. Kovaliov divisó también a un consejero de la Corte conocido suyo a quien siempre daba el tratamiento de teniente coronel, especialmente si se hallaban ante extraños. Luego vio a Yariguin, jefe de negociado en el Senado, gran amigo suyo, que siempre era pillado en renuncio al boston cuando jugaba el ocho. Y otro mayor, con asesoría del Cáucaso, que agitaba una mano llamándole…

—¡Maldita sea! —masculló Kovaliov—. ¡Eh, cochero! ¡A la prefectura de policía!

Kovaliov subió al vehículo y se pasó todo el trayecto gritándole al cochero: «¡arrea, hombre, arrea!».

—¿Está en su despacho el señor prefecto?, —preguntó a voz en cuello al penetrar en el vestíbulo.

—No, señor —contestó el conserje—. Acaba de salir.

—¡Esta sí que es buena!

—Y no hace mucho que salió, por cierto —añadió el conserje—. Con haber llegado un momento antes, quizá le hubiera encontrado.

Sin apartar el pañuelo de su rostro, Kovaliov regresó al coche de alquiler y ordenó con acento desesperado:

—¡Tira!

—¿Hacia dónde? —inquirió el cochero.

—Derecho.

—¡Derecho! ¡Pero, si estamos en un cruce! ¿A la derecha o a la izquierda?

Esta pregunta dejó cortado a Kovaliov y le obligó a reflexionar de nuevo. En su situación, lo lógico era acudir, antes que nada, a la Dirección de Seguridad, y no por su relación directa con la policía, sino porque sus disposiciones podían ser mucho más expeditas que las de otras instancias. En cuanto a buscar justicia recurriendo a las autoridades superiores del Departamento al que dijo pertenecer la nariz, no tenía sentido, pues de las propias respuestas de la nariz se podía colegir que no había nada sagrado para aquel sujeto y era muy capaz de mentir en esa circunstancia, lo mismo que había mentido al afirmar que nunca se habían visto. De modo que Kovaliov iba a ordenar ya al cochero que le condujera a la Dirección de Seguridad, cuando de nuevo le asaltó la idea de que aquel redomado bribón, que con tanta desfachatez se había comportado durante la primera entrevista, podía muy bien aprovechar el tiempo para escabullirse de la ciudad y todas las pesquisas serían entonces inútiles o podían durar un mes entero si Dios no ponía remedio. Finalmente, como si el cielo le iluminara, decidió personarse en la oficina de publicidad para que apareciera en los periódicos, sin pérdida de tiempo, un anuncio con la descripción detallada de todas las señas, de manera que cuantos se encontraran con él pudieran conducirle, acto seguido, a su presencia o, por lo menos, darle a conocer su paradero. Nada más tomar esta decisión, ordenó al cochero que le llevara a la oficina de publicidad, y fue todo el trayecto aporreándole la espalda con el puño, repitiendo: «¡Date prisa, miserable! ¡Date prisa, bribón!». A lo que el cochero solo contestaba: «¡Ay, señorito!…», sacudiendo la cabeza y arreando con las riendas a su caballo, tan peludo como un perro de lanas. El carruaje se detuvo al fin, y Kovaliov irrumpió todo jadeante en una oficina de reducidas dimensiones. Detrás de una mesa, un empleado canoso y con gafas, que vestía un viejo frac, recontaba la calderilla que había cobrado, manteniendo la pluma entre los dientes.

—¿Quién recibe aquí los anuncios? —preguntó Kovaliov en un grito—. ¡Ah! Buenos días.

—Muy buenos los tenga usted —contestó el empleado canoso alzando un momento los ojos y volviendo a posarlos en el dinero que contaba.

—Desearía insertar…

—Perdone. Le ruego aguarde un instante —profirió el empleado anotando un número en un papel al tiempo que pasaba dos bolas de ábaco con la mano izquierda.

Un lacayo de casa grande, a juzgar por su empaque y por su librea galonada esperaba junto a la mesa con una nota en la mano y consideró oportuno patentizar su urbanidad:

—Le aseguro, caballero, que el perrillo no vale ochenta *kopecs*. Es más: yo no daría ni cuatro por él. Pero la Condesa le tiene cariño; sí, le tiene cariño, y ya ve usted: ¡cien rublos a quien lo encuentre! Si hemos de hablar con propiedad, así, como estamos aquí usted y yo, hay personas que tienen gustos disparatados. Puestos a tener un perro, que sea uno de muestra, o un maltés. Y entonces, no hay que reparar en quinientos rublos; ni siquiera en mil, con tal de que sea lo que se dice todo un perro.

El respetable empleado escuchaba todo aquello con aire entendido, aunque sin dejar por eso de calcular las letras del anuncio que le habían entregado. Alrededor se apretujaban viejucas, dependientes de comercio y porteros; todos con alguna nota en la mano. Una era ofreciendo los servicios de un cochero de conducta sobria; otra un carruaje en buen uso, traído de París el año 1814, y otra más una moza de diecinueve años, sabiendo lavar y planchar, así como otras faenas… Se vendía una calesa resistente, aunque le faltaba una ballesta, un joven y brioso caballo rodado de diecisiete años, simientes de nabo y rábano recién recibidas de Londres, una casa de campo con todas sus dependencias, dos cuadras para caballos y un terreno donde se podía plantar un magnífico soto de abedules o abetos… También había un aviso para quienes desearan adquirir suelas usadas, invitándoles a la reventa que se efectuaba diariamente de ocho a tres. El cuarto donde se hacinaba toda aquella gente era pequeño y la atmósfera estaba sumamente cargada; pero el

asesor colegiado no podía percibir el olor porque se cubría la cara con el pañuelo y porque su nariz se encontraba Dios sabía dónde.

—Permítame preguntarle, señor mío… Es muy urgente, —pronunció al fin con impaciencia.

—Ahora mismo, ahora mismo… Son dos rublos con cuarenta y tres *kopecs*. Enseguida le atiendo. Un rublo con sesenta y cuatro *kopecs* —decía el empleado canoso arrojándoles a viejucas y porteros sus respectivos recibos a la cara—. ¿Deseaba usted? —preguntó al fin dirigiéndose a Kovaliov.

—Pues, quisiera… —contestó Kovaliov—. He sido víctima de una extorsión o de una superchería…, no podría decirlo a ciencia cierta hasta este momento… Solo quisiera anunciar que quien me traiga a ese canalla será cumplidamente recompensado.

—¿Su apellido, por favor?

—¿Mi apellido? ¡No! ¿Para qué? No puedo decirlo. ¡Con tantas amistades como tengo! La señora Chejtariova, esposa de un consejero de Estado… Palagueia Grigórievna Podtóchina, casada con un oficial superior… ¿Y si se enteraran de pronto? ¡Dios me libre! Puede usted poner, sencillamente, un asesor colegiado o, mejor todavía, un caballero con el grado de mayor.

—Y el que se le ha escapado, ¿era siervo suyo?

—¿Quién habla de un siervo? Eso no sería una granujada muy grande. Lo que se me ha escapado es… la nariz…

—¡Hum! ¡Qué apellido tan raro! ¿Y le ha estafado mucho ese señor?

—No me ha entendido usted. Cuando digo nariz, no me refiero a un apellido, sino a mi propia nariz, que ha desaparecido sin dejar rastro. ¡Alguna jugarreta del demonio!

—Pero ¿de qué modo ha desaparecido? No acabo de hacerme cargo.

—Tampoco podría decir yo de qué modo ha desaparecido; pero lo esencial es que ahora anda de un lado para otro por la ciudad y se hace pasar por consejero de Estado. Por eso le ruego poner el anuncio: para que quien le eche mano me la traiga inmediatamente, sin dilación alguna. Hágase usted cargo: ¿cómo me las voy a arreglar sin un apéndice tan visible? Porque no se trata de un simple meñique del pie, por ejemplo,

que va metido dentro de la bota y nadie advierte su falta. Yo suelo ir los jueves a casa de la señora Chejtariova, esposa de un consejero de Estado. También me distinguen con su amistad Palagueia Grigórievna Podtóchina, casada con un oficial de Estado Mayor, y su hija, que es un encanto. Conque, dígame usted qué hago yo ahora. No puedo presentarme a ellas de ninguna manera.

El empleado se puso a cavilar, lo que podía colegirse por el modo de apretar los labios.

—Pues, no. No puedo insertar ese anuncio —dictaminó al fin, después de un largo silencio.

—¿Cómo? ¿Por qué no?

—Porque podría desprestigiar a un periódico. Si ahora se pone a escribir la gente que se le ha escapado la nariz, pues… Demasiado se murmura ya de que publicamos muchos disparates y bulos.

—¿Y por qué es esto un disparate? Me parece que no tiene nada de particular.

—Eso se lo parece a usted. Bueno, pues mire: la semana pasada ocurrió algo por el estilo. Se presentó un funcionario, de la misma manera que se ha presentado usted ahora, con una nota que le salió por dos rublos y setenta y tres *kopecs*, anunciando en todo y por todo que se había escapado un perro de aguas de pelo negro. Al parecer, nada de particular, ¿verdad? Pues resultó un embrollo: se trata del cajero de no recuerdo qué establecimiento.

—Pero el anuncio que yo le traigo no se refiere a ningún perro, sino a mi propia nariz, cosa que equivale casi a mi propia persona.

—No. Yo no puedo insertar en modo alguno un anuncio así.

—Pero ¡si es verdad que se ha extraviado mi nariz!

—Entonces, eso es cosa de los médicos. Los hay, según cuentan, que son capaces de ponerle a la gente la nariz que quiera. Pero, estoy viendo que es usted un hombre de buen humor y amigo de gastar bromas.

—¡Por Dios santo, le juro que es verdad! En fin, si hasta aquí hemos llegado, ahora verá usted mismo…

—¿Para qué se va a molestar? —protestó el empleado tomando un poco de rapé—. Aunque, si no le hace extorsión —añadió, picado ya por

la curiosidad—, me gustaría verlo.

El asesor colegiado retiró el pañuelo de su rostro.

—Es rarísimo, efectivamente —opinó el empleado—. Tiene el sitio de la nariz tan liso como la palma de la mano. Sí, sí, increíblemente liso…

—¿Seguirá discutiendo ahora? Ya lo está viendo: no hay más remedio que publicarlo. Le quedaré especialmente agradecido, y celebro que este suceso me haya proporcionado el placer de conocerle…

Como puede verse, el mayor llegó incluso a rebajarse un poco en esta ocasión.

—Claro que publicarlo no cuesta ningún trabajo —dijo el empleado—, aunque no veo que saque provecho alguno de ello. Si tanto interés tiene, cuéntele el caso a alguien que tenga la pluma fácil para que lo describa como un fenómeno de la naturaleza y lo publique en *La abeja del Norte* —aquí sorbió otro poco de tabaco— para instrucción de la juventud —aquí se limpió la nariz— o simplemente como un hecho curioso.

El asesor colegiado estaba totalmente apabullado. Bajó los ojos, que tropezaron con la cartelera de espectáculos al pie de un periódico. Iba a sonreír al leer el nombre de una encantadora actriz y echaba ya mano al bolsillo para comprobar si llevaba algún billete de cinco rublos, pues los oficiales superiores, en opinión de Kovaliov, debían sentarse en el patio de butacas, cuando el recuerdo de la nariz echó por tierra toda su alegría.

Al propio empleado pareció afectarle la situación peliaguda de Kovaliov. Y creyó oportuno mitigar un poco su pesar con algunas palabras de simpatía.

—En verdad lamento mucho el percance que le ha sucedido. ¿No quiere usted tomar un poco de rapé? Disipa los dolores de cabeza y los disgustos. Incluso va bien para las hemorroides.

Con estas palabras, el empleado presentó a Kovaliov su tabaquera escamoteando con bastante agilidad la tapa que representaba a una señora con sombrero.

Esta acción impremeditada sacó de sus casillas a Kovaliov.

—No comprendo cómo se le ocurren esas bromas —dijo irritado—. ¿No está viendo que me falta, precisamente, lo necesario para aspirar el

rapé? ¡Al diablo con su tabaco! Ahora no puedo ni verlo, aunque me lo ofreciera de la mejor marca y no esa porquería que fabrica Berezin.

Dicho lo cual, salió profundamente contrariado de la oficina de publicidad para dirigirse a casa del comisario de policía; hombre muy aficionado al azúcar. En el recibimiento, que hacía las veces de comedor, había gran cantidad de pilones de azúcar, amistosa ofrenda de los comerciantes. La sirvienta estaba quitándole al comisario las botas altas de reglamento; la espada y demás atributos guerreros pendían ya pacíficamente en sus rincones; el imponente tricornio había pasado a manos del hijo del comisario, un niño de tres años, y el propio comisario se disponía, después del batallar cotidiano, a gozar de una calma deliciosa.

Kovaliov se presentó cuando el comisario decía, entre un desperezo y un resoplido: «¡Vaya dos horitas de siesta que me voy a echar!». De lo cual podía colegirse que la llegada del mayor era totalmente intempestiva. Y no creo que le hubiera recibido con excesiva afabilidad aun trayéndole en ese momento unas libras de té o una pieza de paño. El comisario era gran amante de todas las artes y los productos manufacturados, aunque por encima de todo prefería los billetes de banco. «Esto sí que es bueno —solía decir—. No hay nada mejor. No piden de comer, ocupan tan poco sitio que siempre caben en el bolsillo y si se caen, no se rompen».

El comisario dispensó a Kovaliov una acogida bastante fría y dijo que después de comer no era el momento de realizar investigaciones, que era mandato de la propia naturaleza descansar un poco después de alimentarse suficientemente (de lo cual pudo deducir el asesor colegiado que el comisario no ignoraba las sentencias de los sabios de la Antigüedad), que a ninguna persona de orden le arrancan la nariz y que anda por el mundo buen número de mayores de toda calaña que ni siquiera tienen ropa interior decente y frecuentan lugares poco recomendables.

Lo que se llama un buen revolcón. Preciso es señalar que Kovaliov era un hombre sumamente susceptible. Podía perdonar cuanto dijeran de su persona, pero de ningún modo lo que se refiriese a su categoría o a su

título. Incluso opinaba que en las obras de teatro se podía pasar por alto todo lo relativo a los oficiales subalternos, pero que de ahí para arriba era inadmisible cualquier ataque. El recibimiento dispensado por el comisario le ofuscó tanto que sacudió la cabeza y dijo muy digno, abriendo un poco los brazos: «Confieso que, después de observaciones tan afrentosas por su parte, yo no puedo añadir nada…», y se retiró.

Llegó a su casa tan cansado que casi no podía tenerse. Había caído la tarde. Después de tantas gestiones infructuosas, su domicilio le pareció tristón y de lo más repugnante. Cuando entró en el recibimiento descubrió a Iván, su criado, tumbado de espaldas en un mugriento sofá de cuero y dedicado a escupir al techo con tanta puntería que muchas veces acertaba en el mismo sitio. Indignado ante tal indiferencia, Kovaliov le pegó un sombrerazo en la frente rezongando: «Tú siempre haciendo estupideces, ¡cerdo!».

Iván se levantó de un brinco y corrió a quitarle la capa.

Al entrar en su cuarto, el mayor se dejó caer cansado y abatido en un sillón y al fin dijo, después de unos cuantos suspiros:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!, ¿qué habré hecho yo para merecer este castigo? Si me hubiera quedado sin un brazo, o sin una pierna, habría sido preferible; incluso sin orejas, aunque estaría mal, aún podría pasar. Pero ¿qué diablos es un hombre sin nariz? No es un pajarraco ni es un ciudadano honrado. Nada; una cosa que se puede tirar sencillamente por la ventana. Y bueno que el percance hubiera ocurrido en la guerra o en un duelo o por culpa mía. Pero ¡es que mi nariz ha desaparecido sin más ni más, tontamente!… Aunque, no; no puede ser —añadió después de pensarlo un poco—. Es inconcebible que desaparezca una nariz: de todo punto inconcebible. O estoy soñando, o es una figuración; seguro. O quizá me haya bebido por equivocación, en vez de agua, el *vodka* de friccionarme la cara después del afeitado. El estúpido de Iván no lo volvería a su sitio, y yo me lo bebí.

Para convencerse de que, efectivamente, no estaba borracho, el mayor se pegó tal pellizco que no pudo reprimir un grito. Aquel dolor le persuadió de que era realidad todo lo que hacía y lo que le pasaba. Se acercó sigilosamente al espejo, y primero cerró los ojos con la esperanza

de que quizá apareciera la nariz en su sitio cuando los abriera, pero al instante pegó un respingo y retrocedió exclamando:

—¡Qué asco de cara!

En efecto, aquello era incomprensible. Si se hubiera perdido un botón, una cuchara de plata, un reloj o cosa por el estilo… Pero ¡perderse aquello! Y dentro de casa, además… Sopesando todas las circunstancias, el mayor consideró como más probable la hipótesis de que el culpable solo podía ser la señora Podtóchina, esposa de un oficial de Estado Mayor, que pretendía casar a su hija con Kovaliov. Y él, aunque le agradaba cortejarla, eludió un compromiso definitivo. De manera, que cuando la señora Podtóchina le declaró sin ambages que deseaba dársela en matrimonio, él recogió velas poco a poco en sus asiduidades, alegando que todavía era joven y que aún necesitaba hacer méritos en su carrera unos cinco años para cumplir los cuarenta y dos. Y entonces, seguramente por venganza, la señora Podtóchina urdió aquello de desfigurarle, pagando a cualquier bruja agorera, pues no podía admitirse en modo alguno que la nariz hubiera sido cercenada: nadie había entrado en su habitación. Iván Yákovlevich, el barbero, le afeitó el miércoles, y Kovaliov conservó su nariz íntegra durante todo el miércoles e incluso el jueves a lo largo de todo el día. Eso, lo recordaba y lo sabía muy bien. Además, hubiera notado dolor y, desde luego, la herida no habría podido cicatrizarse tan pronto y quedar lisa como la palma de la mano. Se puso a cavilar en si debía denunciar en toda regla a la señora Podtóchina ante los tribunales o personarse él en su casa y echarle en cara su acción. Vino a interrumpir sus reflexiones un destello de luz que penetró por todas las rendijas de la puerta y era indicio de que Iván había encendido ya una vela en el recibimiento. Enseguida apareció el propio Iván con ella, iluminando la estancia. El primer movimiento de Kovaliov fue echar mano de un pañuelo y cubrirse el lugar que su nariz ocupaba todavía la víspera para que aquel estúpido no se quedara con la boca abierta ante un hecho tan insólito en su señor.

Apenas se había retirado Iván a su cuchitril cuando una voz desconocida se dejó oír en el recibimiento:

—¿Vive aquí el asesor colegiado Kovaliov?

—Adelante. Aquí está el mayor Kovaliov —contestó él mismo, levantándose precipitadamente para abrir la puerta.

Entró un guardia de buena prestancia, con patillas no muy claras ni tampoco oscuras y mejillas bastante llenas: el mismo que al comienzo de nuestro relato vimos en un extremo del puente Isákievski.

—¿Es usted el caballero que ha perdido la nariz?

—En efecto.

—Pues ha aparecido.

—¿Qué me dice usted? —lanzó un grito el mayor Kovaliov, y se quedó sin habla de la alegría, mirando fijamente al guardia plantado delante de él, en cuyos mofletes y labios abultados se reflejaba la trémula luz de la vela—. ¿Cómo ha sucedido?

—Por pura casualidad. Le echamos mano cuando casi estaba en camino: iba a tomar ya la diligencia para marcharse a Riga. Y el pasaporte había sido extendido hace ya tiempo a nombre de cierto funcionario. Lo extraño es que, al principio, yo mismo le tomé por un caballero. Afortunadamente llevaba las gafas, y enseguida me di cuenta de que se trataba de una nariz. Porque le diré que yo soy miope y, si se coloca usted delante de mí, yo solo veo su cara, pero sin distinguir la nariz, la barba ni nada. Mi suegra, es decir, la madre de mi esposa, tampoco ve nada.

Kovaliov estaba como loco.

—¿Dónde está? ¿Dónde? Voy corriendo…

—No tiene usía por qué molestarse. Suponiendo que le haría a usted falta, la traigo yo. Y, ya ve usted qué raro: el autor principal del hecho es un pícaro barbero de la calle Voznesénskaia que ahora está detenido en el cuartelillo. Hace ya tiempo que yo andaba tras él por borracho y ratero. Anteayer, sin ir más lejos, robó una docena de botones en una tienda. En cuanto a la nariz de usía, está exactamente igual que estaba.

Con estas palabras, el guardia metió la mano en un bolsillo, de donde extrajo la nariz envuelta en un papel.

—¡Esa es! ¡Sí, sí! —gritó Kovaliov—. Hoy tiene usted que quedarse a tomar una taza de té conmigo.

—Aceptaría con sumo gusto, pero no puedo de ninguna manera: desde aquí tengo que acercarme al manicomio. Han subido mucho los precios de todas las subsistencias… Yo debo mantener a mi suegra, la madre de mi esposa, que vive con nosotros, y a mis hijos. El mayor, sobre todo, es un chico listo, que promete mucho, pero carezco totalmente de posibilidades para darle estudios…

Kovaliov se dio por enterado y, tomando de encima de la mesa un billete de diez rublos, lo puso en manos del guardia que abandonó la estancia después de pegar un taconazo y cuya voz oyó Kovaliov casi al instante en la calle aleccionando, con acompañamiento de puñetazos, a un estúpido *mujik* que se había metido en la acera con su carreta.

Después de marcharse el guardia, permaneció el asesor colegiado unos minutos como aturdido y solo al cabo de ese tiempo, tal era el desconcierto que le produjo la inesperada alegría, recobró la capacidad de ver y sentir. Tomó con precaución la nariz en el cuenco formado por las dos manos y volvió a observarla atentamente.

—Es ella, claro que sí —decía el mayor Kovaliov—. Aquí está, en el lado izquierdo, el granito que le salió ayer.

El mayor estuvo a punto de soltar la risa de alegría.

Pero no hay nada eterno en el mundo. Por eso, la alegría del primer instante no es ya tan viva a los dos minutos, al tercero se debilita más aún y al fin se diluye inadvertidamente con el estado de ánimo habitual, lo mismo que el círculo formado en el agua por la caída de una piedra acaba diluyéndose en la superficie lisa. Kovaliov se puso a cavilar y sacó en claro que todavía no estaba todo terminado: la nariz había aparecido, sí; pero faltaba ponerla y ajustarla en su sitio.

—¿Y si no se pega?

El mayor se quedó lívido al hacerse esta pregunta.

Presa de un miedo indescriptible corrió a la mesa y acercó el espejo, no fuera a colocarse la nariz torcida. Le temblaban las manos. Con cuidado y mucho tiento aplicó la nariz en el lugar de antes. ¡Qué espanto! La nariz no se pegaba… La acercó a su boca, le echó el aliento para calentarla y de nuevo la aplicó a la superficie lisa que se extendía entre sus mejillas; la nariz no se sujetaba de ninguna manera.

—¡Vamos! Pero ¡vamos! ¡Quédate ahí! —le decía.

Pero la nariz parecía de madera y caía sobre la mesa con un ruido extraño, como si fuera un corcho. Una mueca contrajo el rostro del mayor. «¿Será posible que no se pegue?», se preguntaba asustado. Pero, por muchas veces que colocó la nariz en el lugar adecuado, todos sus esfuerzos continuaron siendo estériles.

Llamó a Iván y le mandó en busca del médico que vivía en el entresuelo de la misma casa, ocupando el mejor piso. Aquel médico era hombre de gran prestancia, que poseía unas magníficas patillas negras, y una esposa lozana, rebosante de salud, se desayunaba con manzanas y cuidaba esmeradamente el aseo de su boca, enjuagándose cada mañana durante casi tres cuartos de hora y puliéndose los dientes con cinco cepillos distintos. El doctor acudió al instante. Después de inquirir el tiempo transcurrido desde el percance, levantó la cara de Kovaliov agarrándole por la barbilla y le pegó tal papirotazo en el lugar antes ocupado por la nariz que el mayor echó violentamente la cabeza hacia atrás hasta pegar con la nuca en la pared. El médico dijo que aquello no era nada, le invitó a apartarse un poco de la pared, le hizo volver la cabeza hacia la derecha y, después de palpar el sitio donde antes se encontraba la nariz, dijo «ummm». Luego le mandó volver la cabeza hacia el lado izquierdo, profirió otra vez «ummm» y, finalmente, le pegó con el pulgar otro papirotazo que hizo respingar al mayor Kovaliov lo mismo que un caballo cuando le miran los dientes. Después de esta prueba, el médico sacudió la cabeza diciendo:

—No. No puede ser. Preferible es dejarlo así, porque podría quedar peor. Arreglo tiene, desde luego, y yo mismo se la pondría quizá ahora mismo. Pero le aseguro que sería peor para usted.

—¡Esta sí que es buena! ¿Cómo voy a quedarme sin nariz? —protestó Kovaliov—. Peor que ahora, imposible. ¿Qué demonios es esto? ¿Dónde me presento yo con esta facha? Yo tengo muy buenas relaciones. Hoy mismo debo asistir a dos veladas. Conozco a mucha gente: la señora Chejtariova, esposa de un consejero de Estado, la señora Podtóchina, casada con un oficial del Estado Mayor… Aunque, después de su actual comportamiento, mi único trato con ella puede ser a través

de la policía. Por favor se lo ruego —prosiguió Kovaliov suplicante—. ¿No hay ningún remedio? Póngamela como sea, aunque no quede bien, con tal de que se sostenga. Incluso podría sujetarla un poco con la mano en los casos de apuro. Además, como no bailo, tampoco es de temer ningún movimiento brusco que le perjudique. Y en lo referente a agradecerle su visita, tenga por seguro que, en la medida de mis posibilidades…

—Crea usted —intervino el doctor en un tono que no era ni alto ni bajo, pero sí sumamente persuasivo y magnético— que yo nunca ejerzo por el dinero. Eso sería contrario a mis normas y a mi arte. Cierto que cobro mis visitas, pero con el único fin de no agraviar a nadie al negarme. Desde luego, yo podría ajustar su nariz. Sin embargo, y lo afirmo por mi honor, si mi palabra no le basta, quedaría mucho peor. Deje actuar a la naturaleza. Las frecuentes abluciones frías le mantendrán a usted, aun sin nariz, tan sano como si la tuviera, se lo aseguro. En cuanto a la nariz, le aconsejo que la meta en un frasco de alcohol o, mejor todavía, añadiendo una solución de dos cucharadas de vodka fuerte y vinagre caliente. Entonces podrá sacar por ella una cantidad respetable. Yo mismo se la compraría si no se excede en el precio.

—¡No, no! No la vendería por nada del mundo —protestó el mayor desesperado—. ¡Prefiero que desaparezca!

—Perdone usted, pero yo quería hacerle un favor —replicó el médico saludando—. ¡En fin! Por lo menos, habrá usted visto mi buena intención.

Con estas palabras, el médico abandonó muy dignamente la estancia. Kovaliov no se había fijado siquiera en su rostro, ya que, en su profundo abatimiento, solo acertó a ver los puños de la camisa pulcra y blanca como la nieve asomando por las mangas del frac negro.

Al día siguiente, y antes de presentar querella, se decidió a escribir a la señora del oficial de Estado Mayor para ver si accedía a devolverle de buen grado lo que era suyo. La carta decía lo siguiente:

«Muy señora mía, Alexandra Grigórievna:

»No alcanzo a comprender tan extraño proceder por parte suya. Tenga la seguridad de que, obrando de este modo, no ganará usted nada ni me obligará en modo alguno a casarme con su hija. Crea usted que me hallo perfectamente enterado de la historia de mi nariz como también de que usted y nadie más que usted ha sido la principal causante de ella. El súbito desprendimiento, la fuga y el disfraz de mi apéndice nasal, apareciendo primero bajo el aspecto de un funcionario y luego con el suyo propio, no son ni más ni menos que consecuencia de las hechicerías practicadas por usted o por quienes se ejercitan en menesteres tan nobles como los suyos. Por mi parte, considero deber mío advertirle que si el susodicho apéndice no se reintegra hoy mismo a su sitio, me veré en la obligación de apelar a la defensa y la protección de las leyes.

»Por lo demás, con todos mis respetos, tengo el honor de quedar, de usted, seguro servidor

Platón Kovaliov».

«Muy señor mío, Platón Kuzmich:

»Su carta me ha dejado sumamente sorprendida. Le confieso a usted con toda sinceridad que nunca esperé nada parecido y menos aún lo referente a los injustos reproches de usted. Pongo en su conocimiento que jamás he recibido en mi casa, ni con disfraz ni bajo su aspecto propio, al funcionario a quien usted alude. No niego que me ha visitado Filipp Ivánovich Potánchikov. Pero, aunque él aspiraba, es cierto, a la mano de mi hija y si bien tratándose de una persona de conducta buena y sobria, así como de muchos estudios, yo nunca le he dado la menor esperanza. También menciona usted la nariz. Si con ello quiere dar a entender que yo me proponía dejarle con tres cuartas de narices o sea, darle una negativa rotunda, me sorprende que sea usted quien lo diga, sabiendo como sabe que mi intención es muy otra y que si usted se compromete ahora mismo y en debida forma con mi hija, yo estoy dispuesta a acceder sin dilación, pues tal ha sido siempre el objeto de mis más fervientes deseos, en espera de lo cual quedo siempre al servicio de usted

Alexandra Podtóchina».

«No, seguro que no ha sido ella —se dijo Kovaliov después de leer la misiva—. ¡Imposible! En la forma que está escrita la carta, no puede ser obra de quien haya cometido un delito. —El asesor colegiado era hombre entendido en la materia; pues, hallándose todavía en la región del Cáucaso, había sido encargado varias veces de instruir sumario—. ¿Cómo ha podido suceder esto? ¿De qué manera? Solo el demonio lo entendería», concluyó desalentado.

Entretanto, corrían ya por toda la capital los rumores acerca de tan extraordinario suceso, adornado con toda clase de exageraciones, como suele ocurrir. Precisamente por entonces se hallaban las mentes orientadas hacia lo sobrenatural, pues hacía poco tiempo que a todos intrigaban los experimentos sobre los efectos del magnetismo. Además, como la historia de las sillas danzantes de la calle Koniúshennaia era todavía reciente, nada tiene de particular que al poco tiempo se empezara a comentar que la nariz del asesor colegiado solía pasearse a las tres en punto de la tarde por la Avenida Nevski. Y a diario acudía allí una multitud de curiosos. Alguien anunció que la nariz se encontraba en la tienda de Junker, y frente al establecimiento se formó tal aglomeración que hubo de intervenir la policía. Un especulador con aspecto respetable, que usaba patillas y solía vender pastas variadas a la puerta del teatro, fabricó especialmente unos magníficos y sólidos bancos de madera que alquilaba, a razón de ochenta *kopecs* por persona, a cuantos curiosos deseaban subirse en ellos para ver mejor. Un benemérito coronel salió de su casa con ese único fin antes que de costumbre y a duras penas logró abrirse paso entre el gentío; pero, cuál no sería su indignación al ver en el escaparate de la tienda, en lugar de la nariz, una simple camiseta de lana y una litografía representando a una jovencita que se subía una media mientras un petimetre con chaleco de solapas y barbita la espiaba desde detrás de un árbol. Dicha litografía llevaba ya más de diez años colgada en el mismo sitio. Al retirarse, el coronel dijo contrariado: «¿Cómo se puede soliviantar a la gente con bulos tan estúpidos e inverosímiles?».

Luego cundió la especie de que no era por la Avenida Nevski sino por el jardín de Taurida por donde se paseaba la nariz del mayor Kovaliov y eso, desde hacía ya mucho tiempo. Tanto, que cuando Jozrev-Mirza se alojó allí, le sorprendió sobremanera aquel extraño capricho de la naturaleza.

Allá fueron algunos estudiantes de la Academia de Cirugía. Una ilustre y noble dama rogó al vigilante del jardín, por carta especial, que mostrara a sus hijos el raro fenómeno y, a ser posible, se lo explicara de modo instructivo y a la vez edificante para ellos.

Todos estos hechos fueron acogidos con gran regocijo por los caballeros asiduos de las veladas de sociedad y aficionados a distraer a las señoras, con curiosas historias, cuyo repertorio se encontraba por entonces agotado. Una minoría de respetables personas de orden estaba sumamente descontenta. Un señor decía, muy sulfurado, que no comprendía cómo era posible que se propalaran absurdos infundios en nuestro siglo ilustrado y que le sorprendía que el gobierno no prestara atención al hecho. Al parecer, ese señor era de los que quisieran complicar al gobierno en todo; incluso en las trifulcas cotidianas que tiene con su esposa. Luego… Pero, a partir de aquí, de nuevo queda el suceso totalmente envuelto en brumas y no se sabe nada en absoluto de lo acaecido después.

III

En el mundo ocurren verdaderos disparates. A veces, sin la menor verosimilitud; súbitamente, la misma nariz que andaba de un lado para otro con uniforme de consejero de Estado y que tanto alboroto había armado en la ciudad volvió a encontrarse como si tal cosa en su sitio, es decir, exactamente entre las dos mejillas del mayor Kovaliov. Esto sucedió ya en el mes de abril, el día 7. Al despertarse y lanzar una mirada fortuita al espejo, descubrió el mayor que allí estaba la nariz. Echó mano de ella, y allí estaba, ¡sí! «¡Al fin!», exclamó Kovaliov y, de la alegría, estuvo a punto de ponerse a bailar, tal y como estaba, descalzo, por toda la habitación; pero la entrada de Iván se lo impidió. Enseguida pidió agua

para lavarse y, mientras se aseaba, lanzó otra mirada al espejo. ¡Allí estaba la nariz! Cuando se secaba con la toalla, miró una vez más: ¡allí estaba la nariz!

—Mira a ver, Iván: parece como si tuviera un granito en la nariz —dijo al tiempo que pensaba—: «Menudo disgusto si Iván me dice ahora: Pues no, señor; no veo ningún grano ni tampoco veo la nariz».

Pero Iván contestó:

—No; no hay ningún grano. No tiene nada en la nariz.

«Esto ya está bien, ¡qué demonios!», se dijo el mayor chascando los dedos. En ese momento asomó por la puerta el barbero Iván Yákovlevich, pero con tanto temor como un gato al que acaban de atizar por robar tocino.

—Lo primero que debes decirme es si traes las manos limpias —le interpeló ya desde lejos Kovaliov.

—Sí. Claro que están limpias.

—¡Mentira!

—Le juro que están limpias, señor.

—Bueno. Ya veremos.

Kovaliov se sentó. Iván Yákovlevich le puso el paño y, con la brocha, convirtió su barba y parte de las mejillas en algo parecido a la crema que se suele servir en los convites onomásticos de los comerciantes.

«¡Bueno!… —exclamó Iván Yákovlevich para sus adentros contemplando la nariz, y luego torció la cabeza hacia el lado opuesto para verla de perfil—. ¡Mírenla ustedes!… ¡Ahí está! Aunque la verdad es que, si se para uno a pensar…», agregó, y estuvo mirando todavía un buen rato la nariz. Finalmente, con toda la delicadeza y todo el esmero que se puede uno imaginar, levantó dos dedos para sujetarla por la punta, pues tal era el sistema de Iván Yákovlevich.

—¡Eh, eh, tú! ¡Cuidado! —gritó Kovaliov.

Más aturdido y confuso todavía, Iván Yákovlevich retiró la mano. Al fin comenzó a pasar la navaja por debajo del mentón y, aunque le resultaba muy incómodo y difícil rapar sin tener sujeto el órgano del olfato, logró vencer todos los obstáculos y terminar de afeitar

ingeniándoselas para atirantar la piel con su áspero dedo pulgar apoyado unas veces en la mejilla y otras veces en la mandíbula inferior del mayor.

Cuando todo estuvo listo, Kovaliov se apresuró a vestirse inmediatamente, tomó un coche de punto y se fue derechito a una pastelería. Nada más entrar, gritó desde lejos: «¡Un chocolate, muchacho!», y al instante se dirigió hacia un espejo. ¡Tenía la nariz! Dio media vuelta lleno de alegría y contempló con aire sarcástico, entornando un poco los párpados, a dos militares: la nariz de uno de ellos tenía apenas el tamaño de un botón de chaleco. Luego se dirigió a las oficinas del Departamento donde estaba gestionando un puesto de vicegobernador o de ejecutor, en su defecto. Al cruzar la antesala, se miró a un espejo: ¡allá estaba la nariz! Más tarde fue a visitar a otro asesor colegiado —o mayor, si se quiere—, gran amigo de chanzas, a cuyas mordaces observaciones solía contestar Kovaliov: «¡Demasiado te conozco a ti. Eres un criticón!». Durante el trayecto, iba pensando: «Si el mayor no revienta de risa al verme, seguro es que cada cosa está en su sitio». Pero el asesor colegiado se quedó tan campante. «Perfecto, perfecto, ¡qué demonios!», se dijo Kovaliov. Después se encontró con la señora Podtóchina, esposa de un oficial de Estado Mayor, y su hija. Las saludó y fue acogido con exclamaciones de júbilo: por tanto, no se advertía en él ningún defecto. Conversó con ellas un buen rato y, sacando adrede la tabaquera, se complació largamente delante de ellas en atascar su nariz de rapé por ambos conductos, mascullando para sus adentros: «Así, para que os enteréis, cabezas de chorlitos. Y con la hija no me caso, desde luego. Así por las buenas, *par amour*, ¡ni pensarlo!». A partir de entonces, el mayor Kovaliov volvió a pasearse como si tal cosa por la Avenida Nevski, a frecuentar los teatros y acudir a todas partes. Y también su nariz campaba en medio de su rostro como si tal cosa, sin aparentar siquiera que hubiera faltado nunca de allí. Después de todo esto pudo verse al Mayor Kovaliov siempre de buen humor, sonriente, rondando absolutamente a todas las mujeres bonitas e incluso detenido una vez delante de una tienda de Gostínni Dvor para comprar el pasador de una condecoración, si bien por motivos desconocidos, ya que él no era caballero de ninguna orden.

¡Ahí tienen ustedes lo sucedido en la capital norteña de nuestro vasto imperio! Y únicamente ahora, atando cabos, vemos que la historia tiene mucho de inverosímil. Sin hablar ya de que resulta verdaderamente extraña la separación sobrenatural de la nariz y su aparición en distintos lugares bajo el aspecto de consejero de Estado. ¿Cómo no se le ocurrió pensar a Kovaliov que no se podía anunciar el caso de su nariz en los periódicos a través de la Oficina de Publicidad? Y no lo digo en el sentido de que me parezca excesivo el precio del anuncio: es una futesa y yo estoy lejos de ser una persona roñosa. ¡Pero, es que resulta desplazado, violento, feo! Y otra cosa: ¿cómo fue a parar la nariz al interior de un panecillo y cómo es que Iván Yákovlevich…? Nada, nada, que no lo entiendo. ¡No lo entiendo de ninguna manera! Pero lo más chocante, lo más incomprensible de todo es que los autores sean capaces de elegir semejantes temas. Confieso que esto es totalmente inconcebible, es como si… ¡Nada, nada, que no lo entiendo! En primer lugar, que no le da ningún provecho a la patria; en segundo lugar… Bueno; pues, en segundo lugar, tampoco le da provecho. No sé lo que es esto, sencillamente…

Aunque, sin embargo, con todo y con ello, si bien, naturalmente, se puede admitir esto y lo otro y lo de más allá, es posible incluso… Porque, claro ¿dónde no suceden cosas absurdas? Y es que, no obstante, si nos paramos a pensar, seguro que hay algo en todo esto. Se diga lo que se diga, sucesos por el estilo ocurren en el mundo. Pocas veces, pero ocurren.

LA MUERTA ENAMORADA

Théophile Gautier

(La morte amoureuse, 1836)

Además del celebrado maestro de la plena estación romántica y de la primera estación parnasiana, Théophile Gautier (1811-1872) fue el principal seguidor de Hoffmann en Francia. Entre sus numerosos cuentos fantásticos, La morte amoureuse es el más famoso y el más perfecto (tal vez demasiado perfecto, como es costumbre en Gautier), una obra concebida y acabada siguiendo todas las reglas. El tema de los muertos vivientes y de los vampiros (en este caso una vampiresa) tiene aquí un modelo de alta calidad, que mereció las alabanzas de Baudelaire.

La tentación de Romualdo, que apenas ordenado sacerdote se encuentra con la bella Clarimonda, la visión de la ciudad desde lo alto con el palacio de las cortesanas iluminado por el sol, la vida de penitencia en la lejana parroquia hasta que un siervo a caballo viene a llamarlo para que dé la extremaunción a Clarimonda, los amores con la mujer ya muerta, la incertidumbre de si el sueño son sus días de cura pobre o las noches de orgías renacentistas, el descubrimiento de que Clarimonda es un vampiro que bebe la sangre de su amante: tantos y tantos grandes pasajes que harán escuela. Harán escuela también en la literatura de segundo orden y en el cine: así la exhumación del cadáver de Clarimonda, intacto en el ataúd y con sangre en los labios, que de repente se transforma en un esqueleto.

ME preguntáis hermano si he amado; sí. Es una historia singular y terrible, y, a pesar de mis sesenta y seis años, apenas me atrevo a remover las cenizas de este recuerdo. No quiero negaros nada, pero no referiría a otra persona menos experimentada que vos una historia semejante. Se trata de acontecimientos tan extraordinarios que apenas puedo creer que hayan sucedido. Fui, durante más de tres años, el juguete de una ilusión

singular y diabólica. Yo, un pobre cura rural, he llevado todas las noches en sueños (quiera Dios que fuera un sueño) una vida de condenado, una vida mundana y de Sardanápalo. Una sola mirada demasiado complaciente a una mujer pudo causar la perdición de mi alma, pero, con la ayuda de Dios y de mi santo patrón, pude desterrar al malvado espíritu que se había apoderado de mí. Mi vida se había complicado con una vida nocturna completamente diferente. Durante el día, yo era un sacerdote del Señor, casto, ocupado en la oración y en las cosas santas. Durante la noche, en el momento en que cerraba los ojos, me convertía en un joven caballero, experto en mujeres, perros y caballos, jugador de dados, bebedor y blasfemo. Y cuando al llegar el alba me despertaba, me parecía lo contrario, que me dormía y soñaba que era sacerdote. Me han quedado recuerdos de objetos y palabras de esta vida sonámbula, de los que no puedo defenderme y, a pesar de no haber salido nunca de mi parroquia, se diría al oírme que soy más bien un hombre que lo ha probado todo, y que, desengañado del mundo, ha entrado en religión queriendo terminar en el seno de Dios días tan agitados, que un humilde seminarista que ha envejecido en una ignorada casa de cura, en medio del bosque y sin ninguna relación con las cosas del siglo.

Sí, he amado como no ha amado nadie en el mundo con un amor insensato y violento, tan violento que me asombra que no haya hecho estallar mi corazón. ¡Oh, qué noches! ¡Qué noches!

Desde mi más tierna infancia, había sentido la vocación del sacerdocio; también fueron dirigidos en este sentido todos mis estudios, y mi vida, hasta los veinticuatro años, no fue otra cosa que un largo noviciado. Con los estudios de teología terminados, pasé sucesivamente por todas las órdenes menores, y mis superiores me juzgaron digno, a pesar de mi juventud, de alcanzar el último y terrible grado. El día de mi ordenación fue fijado para la semana de Pascua.

Jamás había andado por el mundo. El mundo era para mí el recinto del colegio y del seminario. Sabía vagamente que existía algo que se llamaba mujer, pero no me paraba a pensarlo: mi inocencia era perfecta. Solo veía a mi madre, anciana y enferma, dos veces al año y esta era toda mi relación con el exterior.

No lamentaba nada, no sentía la más mínima duda ante este compromiso irrevocable; estaba lleno de alegría y de impaciencia. Jamás novia alguna contó las horas con tan febril ardor; no dormía, soñaba que cantaba misa. ¡Ser sacerdote! No había en el mundo nada más hermoso: hubiera rechazado ser rey o poeta. Mi ambición no iba más allá.

Os digo esto para mostraros cómo lo que me sucedió no debió sucederme y cómo fui víctima de tan inexplicable fascinación.

Llegado el gran día caminaba hacia la iglesia tan ligero que me parecía estar sostenido en el aire, o tener alas en los hombros. Me creía un ángel, y me extrañaba la fisonomía sombría y preocupada de mis compañeros, pues éramos varios. Había pasado la noche en oración, y mi estado casi rozaba el éxtasis. El obispo, un anciano venerable, me parecía Dios Padre inclinado en su eternidad, y podía ver el cielo a través de las bóvedas del templo.

Vos sabéis los detalles de esta ceremonia: la bendición, la comunión bajo las dos especies, la unción de las palmas de las manos con el aceite de los catecúmenos y, finalmente, el santo sacrificio ofrecido al unísono con el obispo. No me detendré en esto. ¡Oh, qué razón tiene Job, y cuán imprudente es aquel que no llega a un pacto con sus ojos! Levanté casualmente mi cabeza, que hasta entonces había tenido inclinada, y vi ante mí, tan cerca que habría podido tocarla —aunque en realidad estuviera a bastante distancia y al otro lado de la balaustrada—, a una mujer joven de una extraordinaria belleza y vestida con un esplendor real. Fue como si se me cayeran las escamas de las pupilas. Experimenté la sensación de un ciego que recuperara súbitamente la vista. El obispo, radiante, se apagó de repente, los cirios palidecieron en sus candelabros de oro como las estrellas al amanecer, y en toda la iglesia se hizo una completa oscuridad. La encantadora criatura destacaba en ese sombrío fondo como una presencia angelical; parecía estar llena de luz, luz que no recibía, sino que derramaba a su alrededor.

Bajé los párpados, decidido a no levantarlos de nuevo, para apartarme de la influencia de los objetos, pues me distraía cada vez más, y apenas sabía lo que hacía.

Un minuto después volví a abrir los ojos, pues a través de mis párpados la veía relucir con los colores del prisma en una penumbra púrpura, como cuando se ha mirado al sol. ¡Ah, qué hermosa era! Cuando los más grandes pintores, persiguiendo en el cielo la belleza ideal, trajeron a la tierra el divino retrato de la Madonna, ni siquiera vislumbraron esta fabulosa realidad. Ni los versos del poeta ni la paleta del pintor pueden dar idea. Era bastante alta, con un talle y un porte de diosa; sus cabellos, de un rubio claro, se separaban en la frente, y caían sobre sus sienes como dos ríos de oro; parecía una reina con su diadema; su frente, de una blancura azulada y transparente, se abría amplia y serena sobre los arcos de las pestañas negras, singularidad que contrastaba con las pupilas verde mar de una vivacidad y un brillo insostenibles. ¡Qué ojos! Con un destello decidían el destino de un hombre; tenían una vida, una transparencia, un ardor, una humedad brillante que jamás había visto en ojos humanos; lanzaban rayos como flechas dirigidas a mi corazón. No sé si la llama que los iluminaba venía del cielo o del infierno, pero ciertamente venía de uno o de otro. Esta mujer era un ángel o un demonio, quizá las dos cosas, no había nacido del costado de Eva, la madre común. Sus dientes eran perlas de Oriente que brillaban en su roja sonrisa, y a cada gesto de su boca se formaban pequeños hoyuelos en el satén rosa de sus adorables mejillas. Su nariz era de una finura y de un orgullo regios, y revelaba su noble origen, En la piel brillante de sus hombros semidesnudos jugaban piedras de ágata y unas rubias perlas, de color semejante al de su cuello, que caían sobre su pecho. De vez en cuando levantaba la cabeza con un movimiento ondulante de culebra o de pavo real que hacía estremecer el cuello de encaje bordado que la envolvía como una red de plata.

Llevaba un traje de terciopelo nacarado de cuyas amplias mangas de armiño salían unas manos patricias, infinitamente delicadas. Sus dedos, largos y torneados eran de una transparencia tan ideal que dejaban pasar la luz como los de la aurora.

Tengo estos detalles tan presentes como si fueran de ayer, y aunque estaba profundamente turbado nada escapó a mis ojos; ni siquiera el más pequeño detalle: el lunar en la barbilla, el imperceptible vello en las

comisuras de los labios, el terciopelo de su frente, la sombra temblorosa de las pestañas sobre las mejillas, captaba el más ligero matiz con una sorprendente lucidez.

Mientras la miraba sentía abrirse en mí puertas hasta ahora cerradas; tragaluces antes obstruidos dejaban entrever perspectivas desconocidas; la vida me parecía diferente, acababa de nacer a un nuevo orden de ideas. Una escalofriante angustia me atenazaba el corazón; cada minuto transcurrido me parecía un segundo y un siglo. Sin embargo, la ceremonia avanzaba, y yo me encontraba lejos del mundo, cuya entrada cerraban con furia mis nuevos deseos. Dije sí, cuando quería decir no, cuando todo mi ser se revolvía y protestaba contra la violencia que mi lengua hacía a mi alma: una fuerza oculta me arrancaba a mi pesar las palabras de la garganta. Quizá por este motivo tantas jóvenes llegan al altar con el firme propósito de rechazar clamorosamente al esposo que les imponen y ninguna lleva a cabo su plan. Por esta razón, sin duda, tantas novicias toman el velo aunque decididas a destrozarlo en el momento de pronunciar sus votos. Uno no se atreve a provocar tal escándalo ni a decepcionar a tantas personas; todas las voluntades, todas las miradas pesan sobre uno como una losa de plomo; además, todo está tan cuidadosamente preparado, las medidas tomadas con antelación de una forma tan visiblemente irrevocable, que el pensamiento cede ante el peso de los hechos y sucumbe por completo.

La mirada de la hermosa desconocida cambiaba de expresión según transcurría la ceremonia. Tierna y acariciadora al principio, adoptó un aire desdeñoso y disgustado, como de no haber sido comprendida.

Hice un esfuerzo capaz de arrancar montañas para gritar que yo no quería ser sacerdote, sin conseguir nada; mi lengua estaba pegada al paladar y me fue imposible traducir mi voluntad en el más mínimo gesto negativo. Aunque despierto, mi estado era semejante al de una pesadilla, donde se quiere gritar una palabra de la que nuestra vida depende sin obtener resultado alguno.

Ella pareció darse cuenta de mi martirio y, como para animarme, me lanzó una mirada llena de divinas promesas. Sus ojos eran un poema en el que cada mirada era un canto.

Me decía:

—Si quieres ser mío te haré más dichoso que el mismo Dios en su paraíso; los ángeles te envidiarán. Rompe ese fúnebre sudario con que vas a cubrirte, yo soy la belleza, la juventud, la vida; ven a mí, seremos el amor. ¿Qué podría ofrecerte Yahvé como compensación? Nuestra vida discurrirá como un sueño y será un beso eterno.

»Derrama el vino de ese cáliz y serás libre, te llevaré a islas desconocidas, dormirás apoyado en mi seno en un lecho de oro macizo bajo un dosel de plata. Te amo y quiero arrebatarte a tu Dios ante quien tantos corazones nobles derraman un amor que nunca llega hasta él.

Me parecía oír estas palabras con un ritmo y una dulzura infinita, su mirada tenía música, y las frases que me enviaban sus ojos resonaban en el fondo de mi corazón como si una boca invisible las hubiera susurrado en mi alma. Me encontraba dispuesto a renunciar a Dios y, sin embargo, mi corazón realizaba maquinalmente las formalidades de la ceremonia. La hermosa mujer me lanzó una segunda mirada tan suplicante, tan desesperada, que me atravesaron el corazón cuchillas afiladas, y sentí en el pecho más puñales que la Dolorosa.

Todo terminó. Ya era sacerdote.

Jamás fisonomía humana manifestó una angustia tan desgarradora; la joven que ve morir a su novio súbitamente junto a ella, la madre junto a la cuna vacía de su hijo, Eva sentada en el umbral del paraíso, el avaro que encuentra una piedra en el lugar de su tesoro, y el poeta que deja caer al fuego el único manuscrito de su más bella obra, no muestran un aire tan aterrado e inconsolable. La sangre abandonó su rostro encantador, que se volvió blanco como el mármol; sus hermosos brazos cayeron a lo largo de su cuerpo como si sus músculos se hubieran relajado y se apoyó en una columna, pues desfallecían sus piernas. Yo me dirigí vacilante hacia la puerta de la iglesia, lívido, con la frente inundada de sudor más sangrante que el del Calvario. Me ahogaba. Las bóvedas caían sobre mis hombros y me parecía como si sostuviera solo yo con mi cabeza todo el peso de la cúpula.

Al franquear el umbral una mano se apoderó bruscamente de la mía, ¡una mano de mujer! Jamás había tocado otra. Era fría como la piel de

una serpiente y me dejó una huella ardiente como la marca de un hierro al rojo vivo. Era ella.

—¡Infeliz, infeliz! ¿Qué has hecho? —me susurró. Luego desapareció entre la multitud.

El anciano obispo pasó a mi lado; me miró severamente. Mi comportamiento era de lo más extraño, palidecía, enrojecía, me encontraba turbado. Uno de mis compañeros se apiadó de mí y me llevó con él; hubiera sido incapaz de encontrar solo el camino del seminario. A la vuelta de una esquina, mientras el joven sacerdote miraba hacia otro lado, un paje vestido de manera extraña se me acercó y, sin detenerse, me entregó un portafolios rematado en oro, indicándome que lo ocultara; lo deslicé en mi manga y lo tuve guardado hasta que me quedé solo en mi celda. Hice saltar el broche; solo había dos hojas con estas palabras: «Clarimonda, en el palacio Concini». Como yo no estaba entonces al corriente de las cosas de la vida, no conocía a Clarimonda, a pesar de su celebridad, e ignoraba por completo dónde se encontraba el palacio Concini. Hice mil conjeturas tan extravagantes unas como otras, pero con tal de volver a verla, me importaba bastante poco que pudiera ser gran dama o cortesana.

Este amor, nacido hacía bien poco, se había enraizado de forma indestructible. De tan imposible como me parecía, ni siquiera pensaba en intentar arrancarlo. Esta mujer se había apoderado de mí, por completo, tan solo una mirada suya había bastado para transformarme; me había insinuado su voluntad; y ya no vivía en mí, sino en ella y para ella. Hacía mil extravagancias, besaba mi mano donde ella me había cogido y repetía su nombre durante horas. Solo con cerrar los ojos la veía con la misma claridad que si estuviera ante mí y me repetía las mismas palabras que ella me dijo en el pórtico de la iglesia: «infeliz, infeliz, ¿qué has hecho?». Comprendía todo el horror de mi situación y el carácter fúnebre y terrible del estado que acababa de profesar se revelaba ante mí. Ser sacerdote, es decir, castidad, no amar, no distinguir ni edad ni sexo, apartarse de la belleza, arrancarse los ojos, arrastrarse en la sombra helada de un claustro o de una iglesia, ver solo moribundos, velar

cadáveres desconocidos y llevar sobre sí el duelo de la negra sotana con el fin de convertir la túnica en un manto para el propio féretro.

Y sentía mi vida como un lago interior que crece y se desborda; la sangre me latía con fuerza en las arterias; mi juventud, tanto tiempo reprimida, estallaba de golpe, como el áloe que tarda cien años en florecer y se abre con la fuerza de un trueno.

¿Cómo hacer para ver de nuevo a Clarimonda? No tenía pretextos para salir del seminario, no conocía a nadie en la ciudad; ni siquiera permanecería allí por más tiempo, pues solo esperaba a que me designasen la parroquia que debía ocupar. Intenté arrancar los barrotes de la ventana, pero la altura era horrible, y sin escalera era impensable. Además, solo podría bajar de noche y ¿cómo conducirme en el inextricable laberinto de calles? Estas dificultades —que no serían nada para otros— eran inmensas para mí, pobre seminarista recién enamorado, sin experiencia, sin dinero y sin ropa.

«¡Ah! —me decía a mí mismo en mi ceguera—, si no hubiera sido sacerdote habría podido verla todos los días, habría sido su amante, su esposo; en vez de estar cubierto con mi triste sudario, tendría ropas de seda y terciopelo, cadenas de oro, una espada y plumas como los jóvenes y hermosos caballeros. Mis cabellos, deshonrados por la tonsura, jugarían alrededor de mi cuello, formando ondeantes rizos. Tendría un lustroso bigote, y sería un valiente. Pero, una hora ante el altar, unas pocas palabras apenas articuladas me separaban para siempre de entre los vivos, ¡y yo mismo había sellado la losa de mi tumba, había corrido el cerrojo de mi prisión!».

Me asomé a la ventana. El cielo estaba maravillosamente azul, los árboles se habían vestido de primavera; la naturaleza hacía gala de una irónica alegría. La plaza estaba llena de gente; unos iban, otros venían. Galanes y hermosas jovencitas iban en parejas hacia el jardín y los cenadores. Grupos de amigos pasaban cantando canciones de borrachos. Había un movimiento, una vida, una animación que aumentaba penosamente mi duelo y mi soledad. Una madre joven jugaba con su hijo en el umbral de la casa. Le besaba su boquita rosa perlada de gotas de leche, y le hacía arrumacos con mil divinas puerilidades que solo las

madres saben hacer. El padre, de pie, a una cierta distancia, sonreía dulcemente ante esta encantadora escena, y sus brazos cruzados estrechaban su alegría contra el corazón. No pude soportar este espectáculo; cerré la ventana y me eché en la cama con un odio y una envidia espantosa en el corazón, mordiendo mis dedos y la manta como un tigre con hambre de tres días.

No sé cuántos días permanecí de este modo; pero al volverme en un furioso espasmo vi al padre Serapion, de pie en la habitación, observándome atentamente. Me avergoncé de mí mismo y, hundiendo la cabeza en mi pecho, me cubrí el rostro con las manos.

—Romualdo, amigo mío —me dijo Serapion después de algunos minutos de silencio—, os sucede algo extraño; ¡vuestra conducta es verdaderamente inexplicable! Vos, tan sosegado y tan dulce os revolvéis ahora como un animal furioso. Tened cuidado hermano, y no escuchéis las sugerencias del diablo; el espíritu maligno, irritado por vuestra eterna consagración al Señor, os acecha como un lobo rapaz, e intenta un último esfuerzo para atraeros a él. En vez de dejaros abatir, mi querido Romualdo, haceos una coraza de oración, un escudo de mortificación y combatid valientemente al enemigo: le venceréis. La virtud necesita de la tentación, y el oro sale más fino del crisol. No os asustéis ni os desaniméis. Las almas mejor guardadas y las más firmes han tenido estos momentos. Orad, ayunad, meditad y se alejará el malvado espíritu.

El discurso del padre Serapion me hizo volver en mí y me tranquilicé.

—Venía a anunciaros que os ha sido asignada la parroquia de C***: el sacerdote que la ocupaba acaba de morir, y el obispo me ha encargado que os instale allí. Estad preparado para mañana.

Respondí afirmativamente con la cabeza y el padre se retiró. Abrí el misal y comencé a leer oraciones; pero pronto las líneas se tornaron confusas bajo mis ojos. Las ideas se enmarañaron en mi cerebro, y el libro se deslizó de entre mis manos sin darme cuenta.

¡Partir mañana sin haberla visto!, ¡añadir otro imposible más a todos los que ya había entre nosotros!, ¡perder para siempre la esperanza de encontrarla a menos que sucediera un milagro!, ¿escribirle?, ¿y a través de quién haría llegar mi carta? Con el carácter sagrado de mi estado, ¿a

quién podría abrir mi corazón?, ¿en quién confiar? Fui presa de una terrible ansiedad. Además, me venía a la memoria lo que el padre Serapion me acababa de decir de los artificios del diablo: lo extraño de la aventura, la belleza sobrenatural de Clarimonda, el destello fosforescente de sus ojos, la ardiente huella de su mano, la turbación en que me había hundido, el cambio repentino que se había operado en mí, mi piedad desvanecida en un instante; todo ello demostraba claramente la presencia del diablo, y la mano satinada no era sino el guante con que cubría sus garras. Estos pensamientos me sumieron en un gran temor, recogí el misal que había caído de mis rodillas al suelo y volví a mis oraciones.

A la mañana siguiente, Serapion vino a recogerme. Dos mulas cargadas con nuestro equipaje esperaban a la puerta. Él montó una, y yo, mejor o peor, la otra. Mientras recorríamos las calles de la ciudad miraba todas las ventanas y balcones por si veía a Clarimonda; pero era demasiado temprano, y la ciudad aún no había abierto los ojos. Mi mirada intentaba atravesar los estores y cortinas de los palacios ante los que pasábamos. Serapion, sin duda, atribuía esta curiosidad a la admiración que me causaba la belleza de la arquitectura, pues aminoraba el paso de su montura para darme tiempo de ver. Por fin llegamos a la puerta de la ciudad y empezamos a subir la colina. Cuando llegué a la cima me volví para mirar una vez más el lugar donde vivía Clarimonda. La sombra de una nube cubría por completo la ciudad; los tejados azules y rojos se confundían en un semitono general donde flotaban, aquí y allá, los humos de la mañana, como blancos copos de espuma. Gracias a un singular efecto óptico se dibujaba, rubio y dorado, bajo un rayo único de luz, un edificio que sobrepasaba en altura a las construcciones vecinas, hundidas por completo en el vaho; aunque estaba a más de una legua, parecía muy cercano. Podían distinguirse los más mínimos detalles, las torres, las azoteas, las ventanas e incluso las veletas con cola de milano.

—¿Qué palacio es ese que veo allá a lo lejos iluminado por un rayo de sol? —le pregunté a Serapion.

Puso la mano por encima de sus ojos y cuando lo vio me contestó:

—Es el antiguo palacio que el príncipe Concini regaló a la cortesana Clarimonda; allí suceden cosas horribles.

En ese instante —aún no sé si fue realidad o ilusión— creí ver cómo en la terraza se deslizaba una silueta blanca y esbelta que brilló un segundo y se apagó. ¡Era Clarimonda!

¡Oh! ¿Sabía ella entonces que en ese momento desde lo alto de este amargo camino que me separaba de ella que no descendería nunca más, ardiente e inquieto, no apartaba mis ojos del palacio que habitaba y al que un insignificante juego de luz parecía acercarme como para invitarme a entrar y ser su dueño? Sin duda lo sabía, pues su alma estaba demasiado ligada a la mía como para sentir el menor estremecimiento, y esta sensación la había impulsado a subir a la terraza, envuelta en sus velos, en el helado rocío de la mañana.

La sombra se apoderó del palacio, y todo fue un océano inmóvil de tejados y cumbres donde solo se distinguía una ondulación montuosa. Serapion arreó a su mula, cuyo paso siguió la mía enseguida, y un recodo del camino me arrebató para siempre la ciudad de S**, pues no volvería nunca.

Al cabo de tres días de camino a través de campos tristes vislumbramos a través de los árboles el gallo del campanario de la iglesia donde debía servir. Después de recorrer calles tortuosas flanqueadas por chozas y cercados llegamos ante la fachada, que no se caracterizaba por su grandeza. Un porche adornado con algunas nervaduras y dos o tres pilares del mismo gres toscamente tallados, tejas y contrafuertes del mismo gres que los pilares, esto era todo. A la izquierda, el cementerio con la hierba crecida y una gran cruz de hierro en medio; a la derecha y a la sombra de la iglesia, la casa parroquial. Era una casa de una sencillez extrema y de una desolada pulcritud. Entramos. Algunas gallinas picoteaban unos pocos granos de avena; acostumbradas como estaban a la negra sotana de los curas, no se espantaron con nuestra presencia y apenas se apartaron para dejarnos pasar. Se oyó un ladrido ronco y áspero, y vimos aparecer un perro viejo. Era el perro de mi antecesor. Tenía los ojos apagados, el pelo gris y todos los síntomas de la mayor vejez que un perro puede alcanzar. Lo acaricié suavemente y se puso a caminar junto a mí lleno de una indecible satisfacción. Vino también a nuestro encuentro una mujer muy vieja que había sido el ama de llaves

del anciano cura, quien después de conducirme a una habitación de la planta baja me preguntó si había pensado despedirla. Le respondí que me quedaría con ella, con ella y con el perro, asimismo con las gallinas y con todos los muebles que su amo le había dejado al morir, cosa que la llenó de alegría, una vez que el padre Serapion le pagó en el momento el dinero que quería a cambio.

Cuando estuve instalado, el padre Serapion volvió al seminario. De forma que me quedé solo y sin otro apoyo que yo mismo. La idea de Clarimonda comenzó de nuevo a obsesionarme, y aunque me esforzaba en apartarla de mí, no siempre lo conseguía. Una tarde, paseando por mi jardín entre los caminos bordeados de boj, me pareció ver a través de los arbustos una silueta de mujer que seguía todos mis movimientos, y vi brillar entre las hojas dos pupilas verde mar; pero era solo una ilusión, pues al pasar al otro lado encontré la huella de un pie tan pequeño que parecía de un niño. El jardín estaba rodeado por murallas muy altas, inspeccioné todos los recodos y rincones y no había nadie. Jamás pude explicarme este hecho, que no fue nada comparado con las cosas extrañas que me habían de suceder. Durante un año viví cumpliendo con exactitud todos los deberes correspondientes a mi estado, orando, ayunando y socorriendo enfermos, dando limosnas hasta privarme de lo más indispensable. Pero sentía en mi interior una profunda aridez y la fuente de la gracia estaba seca para mí. No podía gozar de la felicidad que da el cumplimiento de una misión santa. Mi pensamiento estaba en otra parte, y las palabras de Clarimonda me volvían a los labios como un estribillo que se repite involuntariamente. ¡Oh hermano, meditad bien esto! Por haber mirado solamente una vez a una mujer, por una falta aparentemente tan leve, he sufrido durante años las más miserables turbaciones. Mi vida está trastornada para siempre jamás.

No voy a entreteneros más tiempo con derrotas y victorias seguidas siempre de las más profundas caídas y pasaré a relatar enseguida un hecho decisivo. Una noche llamaron violentamente a la puerta. La anciana ama de llaves fue a abrir, y un hombre de rostro cobrizo y ricamente vestido, aunque a la moda extranjera, y con un gran puñal, apareció en el umbral a la luz del farol de Bárbara. La primera impresión

de esta fue de miedo, pero el hombre la tranquilizó diciéndole que necesitaba verme enseguida para algo relacionado con mi ministerio. Bárbara le hizo subir. Yo ya iba a acostarme. El hombre me dijo que su señora, una gran dama, estaba a punto de morir y deseaba un sacerdote. Le respondí que estaba dispuesto a acompañarle; cogí lo necesario para la Extremaunción y bajé a toda prisa. En la puerta resoplaban de impaciencia dos caballos negros como la noche, y de su pecho emanaban oleadas de humo. Me sujetó el estribo y me ayudó a montar uno de ellos, después montó él el otro, apoyando solamente una mano en la silla. Apretó las rodillas y soltó las riendas de su caballo, que salió como una flecha. El mío, cuya brida también sujetaba él, se puso al galope y se mantuvo a la par que el suyo. Bajo nuestro insaciable galope, la tierra desaparecía gris y rayada, y las negras siluetas de los árboles huían como un ejército derrotado. Atravesamos un sombrío bosque tan oscuro y glacial que un escalofrío de supersticioso terror me recorrió el cuerpo. La estela de chispas que las herraduras de nuestros caballos producían en las piedras dejaba a nuestro paso un reguero de fuego, y si alguien nos hubiera visto a esta hora de la noche, nos habría tomado a mi guía y a mí por dos espectros cabalgando en una pesadilla. De cuando en cuando, fuegos fatuos se cruzaban en el camino, y las cornejas piaban lastimeras en la espesura del bosque, donde a lo lejos brillaban los ojos fosforescentes de algún gato salvaje. La crin de los caballos se enmarañaba cada vez más, el sudor corría por sus flancos y resoplaban jadeantes. Cuando el escudero les veía desfallecer emitía un grito gutural sobrehumano, y la carrera se reanudaba con furia. Finalmente se detuvo el torbellino. Una sombra negra salpicada de luces se alzó súbitamente ante nosotros; las pisadas de nuestras cabalgaduras se hicieron más ruidosas en el suelo de hierro, y entramos bajo una bóveda que abría sus fauces entre dos torres enormes. En el castillo reinaba una gran agitación; los criados, provistos de antorchas, atravesaban los patios, y las luces subían y bajaban de un piso a otro. Pude ver confusamente formas arquitectónicas inmensas, columnas, arcos, escalinatas y balaustradas, todo un lujo de construcción regia y fantástica. Un paje negro en quien reconocí enseguida al que me había dado el mensaje de

Clarimonda, vino a ayudarme a bajar del caballo, y un mayordomo vestido de terciopelo negro con una cadena de oro en el cuello y un bastón de marfil avanzó hacia mí. Dos lágrimas cayeron de sus ojos y rodaron por sus mejillas hasta su barba blanca.

—¡Demasiado tarde, padre! —dijo bajando la cabeza—, ¡demasiado tarde!, pero ya que no pudisteis salvar su alma, venid a velar su pobre cuerpo.

Me tomó del brazo y me condujo a la sala fúnebre; mi llanto era tan copioso como el suyo, pues acababa de comprender que la muerta no era otra sino Clarimonda, tanto y tan locamente amada. Había un reclinatorio junto al lecho; una llama azul, que revoloteaba en una pátera de bronce, iluminaba toda la habitación con una luz débil e incierta, y hacía pestañear en la sombra la arista de algún mueble o de una cornisa. Sobre la mesa en una urna labrada, yacía una rosa blanca marchita, cuyos pétalos, salvo uno que se mantenía aún, habían caído junto al vaso, como lágrimas perfumadas; un roto antifaz negro, un abanico, disfraces de todo tipo se encontraban esparcidos por los sillones, y hacían pensar que la muerte se había presentado de improviso y sin anunciarse en esta suntuosa mansión. Me arrodillé, sin atreverme a dirigir la mirada al lecho, y empecé a recitar salmos con gran fervor, dando gracias a Dios por haber interpuesto la tumba entre el pensamiento de esa mujer y yo, para así poder incluir en mis oraciones su nombre santificado desde ahora. Pero, poco a poco, se fue debilitando este impulso, y caí en un estado de ensoñación. Esta estancia no tenía el aspecto de una cámara mortuoria. Contrariamente al aire fétido y cadavérico que estaba acostumbrado a respirar en los velatorios, un vaho lánguido de esencias orientales, no sé qué aroma de mujer, flotaba suavemente en la tibia atmósfera. Aquel pálido resplandor se asemejaba más a una media luz buscada para la voluptuosidad que al reflejo amarillo de la llama que tiembla junto a los cadáveres. Recordaba el extraño azar que me había devuelto a Clarimonda en el instante en que la perdía para siempre y un suspiro nostálgico escapó de mi pecho. Me pareció oír suspirar a mi espalda y me volví sin querer. Era el eco. Gracias a este movimiento mis ojos cayeron sobre el lecho de muerte que hasta entonces habían evitado.

Las cortinas de damasco rojo estampadas, recogidas con entorchados de oro, dejaban ver a la muerta acostada con las manos juntas sobre el pecho. Estaba cubierta por un velo de lino de un blanco resplandeciente que resaltaba aún más gracias al púrpura del cortinaje, de una finura tal que no ocultaba lo más mínimo la encantadora forma de su cuerpo y dejaba ver sus bellas líneas ondulantes como el cuello de un cisne que ni siquiera la muerte había podido entumecer. Se hubiera creído una estatua de alabastro realizada por un hábil escultor para la tumba de una reina, o una doncella dormida sobre la que hubiera nevado.

No podía contenerme; el aire de esta alcoba me embriagaba, el olor febril de rosa medio marchita me subía al cerebro, me puse a recorrer la habitación deteniéndome ante cada columna del lecho para observar el grácil cuerpo difunto bajo la transparencia del sudario. Extraños pensamientos me atravesaban el alma. Me imaginaba que no estaba realmente muerta y que no era más que una ficción ideada para atraerme a su castillo y así confesarme su amor. Por un momento creí ver que movía su pie en la blancura de los velos y se alteraban los pliegues de su sudario. Luego me decía a mí mismo: «¿acaso es Clarimonda? ¿Qué pruebas tengo? El paje negro puede haber pasado al servicio de otra mujer. Debo estar loco para desconsolarme y turbarme de este modo». Pero mi corazón contestaba: «es ella, claro que es ella». Me acerqué al lecho y miré aún más atentamente al objeto de mi incertidumbre. Debo confesaros que tal perfección de formas, aunque purificadas y santificadas por la sombra de la muerte, me turbaban voluptuosamente, y su reposado aspecto se parecía tanto a un sueño que uno podría haberse engañado. Olvidé que había venido para realizar un oficio fúnebre y me imaginaba entrando como un joven esposo en la alcoba de la novia que oculta su rostro por pudor y no quiere dejarse ver. Afligido de dolor, loco de alegría, estremecido de temor y placer me incliné sobre ella y cogí el borde del velo; lo levanté lentamente, conteniendo la respiración para no despertarla.

Mis venas palpitaban con tal fuerza que las sentía silbar en mis sienes, y mi frente estaba sudorosa como si hubiese levantado una lápida de mármol. Era en efecto la misma Clarimonda que había visto en la iglesia

el día de mi ordenación; tenía el mismo encanto, y la muerte parecía en ella una coquetería más. La palidez de sus mejillas, el rosa tenue de sus labios, sus largas pestañas dibujando una sombra en esta blancura le otorgaban una expresión de castidad melancólica y de sufrimiento pensativo de una inefable seducción. Sus largos cabellos sueltos, entre los que aún había enredadas florecillas azules, almohadillaban su cabeza y ocultaban con sus bucles la desnudez de sus hombros; sus bellas manos, más puras y diáfanas que las hostias, estaban cruzadas en actitud de piadoso reposo y de tácita oración, y esto compensaba la seducción que hubiera podido provocar, incluso en la muerte, la exquisita redondez y el suave marfil de sus brazos desnudos que aún conservaban los brazaletes de perlas. Permanecí largo tiempo absorto en una muda contemplación, y cuanto más la miraba menos podía creer que la vida hubiera abandonado para siempre aquel hermoso cuerpo.

No sé si fue una ilusión o el reflejo de la lámpara, pero hubiera creído que la sangre corría de nuevo bajo esta palidez mate; sin embargo, ella permanecía inmóvil. Toqué ligeramente su brazo; estaba frío, pero no más frío que su mano el día en que rozó la mía en el eco de la iglesia. Incliné de nuevo mi rostro sobre el suyo derramando en sus mejillas el tibio rocío de mis lágrimas. ¡Oh, qué amargo sentimiento de desesperación y de impotencia! ¡Qué agonía de vigilia! Hubiera querido poder juntar mi vida para dársela y soplar sobre su helado despojo la llama que me devoraba. La noche avanzaba, y al sentir acercarse el momento de la separación eterna no pude negarme la triste y sublime dulzura de besar los labios muertos de quien había sido dueña de todo mi amor. ¡Oh prodigio!, una suave respiración se unió a la mía, y la boca de Clarimonda respondió a la presión de mi boca: sus ojos se abrieron y recuperaron un poco de brillo, suspiró y, descruzando los brazos, rodeó mi cuello en un arrebato indescriptible.

—¡Ah, eres tú Romualdo! —dijo con una voz lánguida y suave como las últimas vibraciones de un arpa—; ¿qué haces? Te esperé tanto tiempo que he muerto; pero ahora estamos prometidos, podré verte e ir a tu casa. ¡Adiós Romualdo, adiós! Te amo, es todo cuanto quería decirte, te

debo la vida que me has devuelto en un minuto con tu beso. Hasta pronto.

Su cabeza cayó hacia atrás, pero sus brazos aún me rodeaban, como reteniéndome. Un golpe furioso de viento derribó la ventana y entró en la habitación; el último pétalo de la rosa blanca palpitó como un ala durante unos instantes en el extremo del tallo para arrancarse luego y volar a través de la ventana abierta, llevándose el alma de Clarimonda. La lámpara se apagó y caí desvanecido en el seno de la hermosa muerta.

Cuando desperté estaba acostado en mi cama, en la habitación de la casa parroquial, y el viejo perro del anciano cura lamía mi mano que colgaba fuera de la manta. Bárbara se movía por la habitación con un temblor senil, abriendo y cerrando cajones, removiendo los brebajes de los vasos. Al verme abrir los ojos, la anciana gritó de alegría, el perro ladró y movió el rabo, pero me encontraba tan débil que no pude articular palabra ni hacer el más mínimo movimiento. Supe después que estuve así tres días, sin dar otro signo de vida que una respiración casi imperceptible. Estos días no cuentan en mi vida, no sé dónde estuvo mi espíritu durante este tiempo, no guardé recuerdo alguno. Bárbara me contó que el mismo hombre de rostro cobrizo que había venido a buscarme por la noche, me había traído a la mañana siguiente en una litera cerrada, y se había vuelto a marchar inmediatamente. En cuanto recuperé la memoria examiné todos los detalles de aquella noche fatídica. Pensé que había sido el juego de una mágica ilusión; pero hechos reales y palpables tiraban por tierra esta suposición. No podía pensar que era un sueño, pues Bárbara había visto como yo al hombre de los caballos negros y describía con exactitud su vestimenta y compostura. Sin embargo, nadie conocía en los alrededores un castillo que se ajustara a la descripción de aquel en donde había encontrado a Clarimonda.

Una mañana apareció el padre Serapion. Bárbara le había hecho saber que estaba enfermo y acudió rápidamente. Si bien tanta diligencia demostraba afecto e interés por mi persona, no me complació como debía. El padre Serapion tenía en la mirada un aire penetrante e inquisidor que me incomodaba. Me sentía confuso y culpable ante él, pues había descubierto mi profunda turbación, y temía su clarividencia.

Mientras me preguntaba por mi salud con un tono melosamente hipócrita, clavaba en mí sus pupilas amarillas de león, y hundía su mirada como una sonda en mi alma. Después se interesó por la forma en que llevaba la parroquia, si estaba a gusto, a qué dedicaba el tiempo que el ministerio me dejaba libre, si había trabado amistad con las gentes del lugar, cuáles eran mis lecturas favoritas y mil detalles parecidos. Yo le contestaba con la mayor brevedad, e incluso él mismo pasaba a otro tema sin esperar a que hubiera terminado. Esta charla no tenía, por supuesto, nada que ver con lo que él quería decirme. Así que, sin ningún preámbulo y como si se tratara de una noticia recordada de pronto y que temiera olvidar, me dijo con voz clara y vibrante que sonó en mi oído como las trompetas del juicio final:

—La cortesana Clarimonda ha muerto recientemente tras una orgía que duró ocho días y ocho noches. Fue algo infernalmente espléndido. Se repitió la abominación de los banquetes de Baltasar y Cleopatra. ¡En qué siglo vivimos, Dios mío! Los convidados fueron servidos por esclavos de piel oscura que hablaban una lengua desconocida; en mi opinión, auténticos demonios; la librea del de menor rango hubiera vestido de gala a un emperador. Sobre Clarimonda se han contado muchas historias extraordinarias en estos tiempos, y todos sus amantes tuvieron un final miserable o violento. Se ha dicho que era una mujer vampiro, pero yo creo que se trata del mismísimo Belcebú.

Calló, y me miró más fijamente aún para observar el efecto que me causaban sus palabras. No pude evitar estremecerme al oír nombrar a Clarimonda, y, la noticia de su muerte, además del dolor que me causaba por su extraña coincidencia con la escena nocturna de que fui testigo, me produjo una turbación y un escalofrío que se manifestó en mi rostro a pesar de que hice lo posible por contenerme. Serapion me lanzó una mirada inquieta y severa, luego añadió:

—Hijo mío, debo advertiros, habéis dado un paso hacia el abismo, cuidaos de no caer en él. Satanás tiene las garras largas, y las tumbas no siempre son de fiar. La losa de Clarimonda debió ser sellada tres veces, pues, por lo que se dice, no es la primera que ha muerto. Que Dios os guarde, Romualdo.

Serapion dijo estas palabras y se dirigió lentamente hacia la puerta. No volví a verle, pues partió hacia S** inmediatamente después.

Me había recuperado por completo y volvía a mis tareas cotidianas. El recuerdo de Clarimonda y las palabras del anciano padre estaban presentes en mi memoria; sin embargo, ningún extraño suceso había ratificado hasta ahora las fúnebres predicciones de Serapion, y empecé a creer que mis temores y mi terror eran exagerados. Pero una noche tuve un sueño. Apenas me había quedado dormido cuando oí descorrer las cortinas de mi lecho y el ruido de las anillas en la barra sonó estrepitosamente; me incorporé de golpe sobre los codos y vi ante mí una sombra de mujer. Enseguida reconocí a Clarimonda. Sostenía una lamparita como las que se depositan en las tumbas, cuyo resplandor daba a sus dedos afilados una transparencia rosa que se difuminaba insensiblemente hasta la blancura opaca y rosa de su brazo desnudo. Su única ropa era el sudario de lino que la cubría en su lecho de muerte, y sujetaba sus pliegues en el pecho, como avergonzándose de estar casi desnuda, pero su manita no bastaba, y como era tan blanca, el color del tejido se confundía con el de su carne a la pálida luz de la lámpara. Envuelta en una tela tan fina que traicionaba todas sus formas, parecía una estatua de mármol de una bañista antigua y no una mujer viva. Muerta o viva, estatua o mujer, sombra o cuerpo, su belleza siempre era la misma; tan solo el verde brillo de sus pupilas estaba un poco apagado, y su boca, antes bermeja, solo era de un rosa pálido y tierno semejante al de sus mejillas. Las florecillas azules que vi en sus cabellos se habían secado por completo y habían perdido todos sus pétalos; pero estaba encantadora, tanto que, a pesar de lo extraño de la aventura y del modo inexplicable en que había entrado en mi habitación, no sentí temor ni por un instante.

Dejó la lámpara sobre la mesilla y se sentó a los pies de mi cama; después, inclinándose sobre mí, me dijo con esa voz argentina y aterciopelada, que solo le he oído a ella:

—Me he hecho esperar, querido Romualdo, y sin duda habrás pensado que te había olvidado. Pero vengo de muy lejos, de un lugar del que nadie ha vuelto aún; no hay ni luna ni sol en el país de donde

procedo; solo hay espacio y sombra, no hay camino, ni senderos; no hay tierra para caminar, ni aire para volar y, sin embargo, heme aquí, pues el amor es más fuerte que la muerte y acabará por vencerla. ¡Ay!, he visto en mi viaje rostros lúgubres y cosas terribles. Mi alma ha tenido que luchar tanto para, una vez vuelta a este mundo, encontrar su cuerpo y poseerlo de nuevo… ¡Cuánta fuerza necesité para levantar la lápida que me cubría! Mira las palmas de mis manos lastimadas. ¡Bésalas para curarlas, amor mío! —me acercó a la boca sus manos, las besé mil veces, y ella me miraba hacer con una sonrisa de inefable placer.

Confieso para mi vergüenza que había olvidado por completo las advertencias del padre Serapion y el carácter sagrado que me revestía. Había sucumbido sin oponer resistencia, y al primer asalto. Ni siquiera intenté alejar de mí la tentación; la frescura de la piel de Clarimonda penetraba la mía y sentía estremecerse mi cuerpo de manera voluptuosa. ¡Mi pobre niña! A pesar de todo lo que vi, aún me cuesta creer que fuera un demonio: no lo parecía desde luego, y jamás Satanás ocultó mejor sus garras y sus cuernos. Había recogido sus piernas sobre los talones y, acurrucada en la cama, adoptó un aire de coquetería indolente. Cada cierto tiempo acariciaba mis cabellos y con sus manos formaba rizos como ensayando nuevos peinados. Yo me dejaba hacer con la más culpable complacencia y ella añadía a la escena un adorable parloteo. Es curioso el hecho de que yo no me sorprendiera ante tal aventura y, dada la facilidad que tienen nuestros ojos para considerar con normalidad los más extraños acontecimientos, la situación me pareció de lo más natural.

—Te amaba mucho antes de haberte visto, querido Romualdo, te buscaba por todas partes. Tú eras mi sueño y me fijé en ti en la iglesia, en el fatal momento; me dije: ¡es él!, y te lancé una mirada con todo el amor que había tenido, tenía y tendría por ti. Fue una mirada capaz de condenar a un cardenal, de poner de rodillas a mis pies a un rey ante su corte. Tú permaneciste impasible y preferiste a tu Dios. ¡Ah, cuán celosa estoy de tu Dios al que has amado y amas aún más que a mí!

»¡Desdichada, desdichada de mí!, jamás tu corazón será para mí sola, para mí, a quien resucitaste con un beso, para mí, Clarimonda la muerta,

que forzó por tu causa las puertas de la tumba y viene a consagrarte su vida; recobrada para hacerte feliz.

Estas palabras iban acompañadas de caricias delirantes que aturdieron mis sentidos y mi razón hasta el punto de no temer proferir para contentarla una espantosa blasfemia y decirle que la amaba tanto como a Dios.

Sus pupilas se reavivaron y brillaron como crisopacios:

—¡Es cierto, es cierto!, ¡tanto como a Dios! —dijo rodeándome con sus brazos—. Si es así, vendrás conmigo, me seguirás donde yo quiera. Te quitarás ese horrible traje negro. Serás el más orgulloso y envidiable de los caballeros, serás mi amante. Ser el amante confeso de Clarimonda, que llegó a rechazar a un papa, es algo hermoso. ¡Ah, llevaremos una vida feliz, una dorada existencia! ¿Cuándo partimos, caballero?

—¡Mañana!, ¡mañana! —gritaba en mi delirio.

—Mañana, sea —contestó—. Tendré tiempo de cambiar de ropa, porque esta es demasiado ligera y no sirve para ir de viaje. Además tengo que avisar a la gente que me cree realmente muerta y me llora. Dinero, trajes, coches, todo estará dispuesto, vendré a buscarte a esta misma hora. Adiós, corazón —rozó mi frente con sus labios. La lámpara se apagó, se corrieron las cortinas y no vi nada más; un sueño de plomo se apoderó de mí hasta la mañana siguiente. Desperté más tarde que de costumbre, y el recuerdo de tan extraña visión me tuvo todo el día en un estado de agitación; terminé por convencerme de que había sido fruto de mi acalorada imaginación. Pero, sin embargo, las sensaciones fueron tan vivas que costaba creer que no hubieran sido reales, y me fui a dormir no sin cierto temor por lo que iba a suceder, después de pedir a Dios que alejara de mí los malos pensamientos y protegiera la castidad de mi sueño.

Enseguida me dormí profundamente, y mi sueño continuó. Las cortinas se corrieron y vi a Clarimonda, no como la primera vez, pálida en su pálido sudario y con las violetas de la muerte en sus mejillas, sino alegre, decidida y dispuesta, con un magnífico traje de terciopelo verde adornado con cordones de oro y recogido a un lado para dejar ver una falda de satén. Sus rubios cabellos caían en tirabuzones de un amplio

sombrero de fieltro negro cargado de plumas blancas colocadas caprichosamente, y llevaba en la mano una fusta rematada en oro. Me dio un toque suavemente diciendo:

—Y bien, dormilón, ¿así es como haces tus preparativos? Pensaba encontrarte de pie. Levántate, que no tenemos tiempo que perder —salté de la cama—. Anda, vístete y vámonos —me dijo señalándome un paquete que había traído—; los caballos se aburren y roen su freno en la puerta. Deberíamos estar ya a diez leguas de aquí.

Me vestí enseguida, ella me tendía la ropa riéndose a carcajadas con mi torpeza y explicándome su uso cuando me equivocaba. Me arregló los cabellos y cuando estaba listo me ofreció un espejo de bolsillo de cristal de Venecia con filigranas de plata diciendo:

—¿Cómo te ves?, ¿me tomarás a tu servicio como mayordomo?

Yo no era el mismo y no me reconocí. Mi imagen era tan distinta como lo son un bloque de piedra y una escultura terminada. Mi antigua figura no parecía ser sino el torpe esbozo de lo que el espejo reflejaba. Era hermoso y me estremecí de vanidad por esta metamorfosis. Las elegantes ropas y el traje bordado me convertían en otra persona y me asombraba el poder de unas varas de tela cortadas con buen gusto. El porte del traje penetraba mi piel, y al cabo de diez minutos había adquirido ya un cierto aire de vanidad.

Di unas vueltas por la habitación para manejarme con soltura. Clarimonda me miraba con maternal complacencia y parecía contenta con su obra.

—Ya está bien de chiquilladas, en marcha, querido Romualdo. Vamos lejos, y así no llegaremos nunca —me tomó de la mano y salimos. Las puertas se abrían a su paso apenas las tocaba, y pasamos junto al perro sin despertarle.

En la puerta estaba Margheritone, el escudero que ya conocía; sujetaba la brida de tres caballos negros como los anteriores, uno para mí, otro para él y otro para Clarimonda. Debían ser caballos bereberes de España, nacidos de yeguas fecundadas por el Céfiro, pues corrían tanto como el viento, y la luna, que había salido con nosotros para iluminarnos, rodaba por el cielo como una rueda soltada de su carro; la

veíamos a nuestra derecha, saltando de árbol en árbol y perdiendo el aliento por correr tras nosotros. Pronto aparecimos en una llanura donde, junto a un bosquecillo, nos esperaba un coche con cuatro vigorosos caballos; subimos y el cochero les hizo galopar de una forma insensata, Mi brazo rodeaba el talle de Clarimonda y estrechaba una de sus manos; ella apoyaba su cabeza en mi hombro y podía sentir el roce de su cuello semidesnudo en mi brazo. Jamás había sido tan feliz. Me había olvidado de todo y no recordaba mejor el hecho de haber sido cura que lo que sentí en el vientre de mi madre, tal era la fascinación que el espíritu maligno ejercía en mí. A partir de esa noche, mi naturaleza se desdobló y hubo en mí dos hombres que no se conocían uno a otro. Tan pronto me creía un sacerdote que cada noche soñaba que era caballero, como un caballero que soñaba ser sacerdote. No podía distinguir el sueño de la vigilia y no sabía dónde empezaba la realidad ni dónde terminaba la ilusión. El joven vanidoso y libertino se burlaba del sacerdote, y el sacerdote detestaba la vida disoluta del joven noble. La vida bicéfala que llevaba podría describirse como dos espirales enmarañadas que no llegan a tocarse nunca. A pesar de lo extraño que parezca no creo haber rozado en momento alguno la locura. Tuve siempre muy clara la percepción de mis dos existencias. Solo había un hecho absurdo que no me podía explicar: era que el sentimiento de la misma identidad perteneciera a dos hombres tan diferentes. Era una anomalía que ignoraba ya fuera mientras me creía cura del pueblo C**, ya como *il signor Romualdo*, amante titular de Clarimonda.

El caso es que me encontraba —o creía encontrarme— en Venecia; aún no he podido aclarar lo que había de ilusión y de real en tan extraña aventura. Vivíamos en un gran palacio de mármol en el Canaleio, con frescos y estatuas, y dos Ticianos de la mejor época en el dormitorio de Clarimonda: era un palacio digno de un rey. Cada uno de nosotros tenía su góndola y su barcarola con nuestro escudo, sala de música y nuestro poeta. Clarimonda entendía la vida a lo grande y había algo de Cleopatra en su forma de ser. Por mi parte, llevaba un tren de vida digno del hijo de un príncipe, y era tan conocido como si perteneciera a la familia de uno de los doce apóstoles o de los cuatro evangelistas de la serenísima

república. No hubiera cedido el paso ni al mismo dux, y creo que desde Satán, caído del cielo, nadie fue más insolente y orgulloso que yo. Iba al Ridotto y jugaba de manera infernal. Me mezclaba con la más alta sociedad del mundo, con hijos de familias arruinadas, con mujeres de teatro, con estafadores, parásitos y espadachines. A pesar de mi vida disipada, permanecía fiel a Clarimonda. La amaba locamente. Ella habría estimulado a la misma saciedad, y habría hecho estable la inconstancia. Tener a Clarimonda era tener cien amantes, era poseer a todas las mujeres por tan mudable, cambiante y diferente de ella misma que era: un verdadero camaleón. Me hacía cometer con ella la infidelidad que hubiera cometido con otras, adoptando el carácter, el porte y la belleza de la mujer que parecía gustarme. Me devolvía mi amor centuplicado, y en vano jóvenes patricios e incluso miembros del Consejo de los Diez le hicieron las mejores proposiciones. Un Foscari llegó a proponerle matrimonio; rechazó a todos. Tenía oro suficiente; solo quería amor, un amor joven, puro, despertado por ella y que sería el primero y el último. Hubiera sido completamente feliz de no ser por la pesadilla que volvía cada noche y en la que me creía cura de pueblo mortificándome y haciendo penitencia por los excesos cometidos durante el día. La seguridad que me daba la costumbre de estar a su lado apenas me hacía pensar en la extraña manera en que conocí a Clarimonda. Sin embargo, las palabras del padre Serapion me venían alguna vez a la memoria y no dejaban de inquietarme.

La salud de Clarimonda no era tan buena desde hacía algún tiempo. Su tez se iba apagando día a día. Los médicos que mandaron llamar no entendieron nada y no supieron qué hacer. Prescribieron algún medicamento sin importancia y no volvieron. Pero ella palidecía visiblemente y cada vez estaba más fría. Parecía tan blanca y tan muerta como aquella noche en el castillo desconocido. Me desesperaba ver cómo se marchitaba lentamente. Ella, conmovida por mi dolor, me sonreía dulcemente con la fatal sonrisa de los que saben que van a morir.

Una mañana, me encontraba desayunando en una mesita junto a su lecho, para no separarme de ella ni un minuto, y partiendo una fruta me hice casualmente un corte en un dedo bastante profundo. La sangre,

color púrpura, corrió enseguida, y unas gotas salpicaron a Clarimonda. Sus ojos se iluminaron, su rostro adquirió una expresión de alegría feroz y salvaje que no le conocía. Saltó de la cama con una agilidad animal de mono o de gato y se abalanzó sobre mi herida que empezó a chupar con una voluptuosidad indescriptible. Tragaba la sangre a pequeños sorbitos, lentamente, con afectación, como un *gourmet* que saborea un vino de Jerez o de Siracusa. Entornaba los ojos, y sus verdes pupilas no eran redondas, sino que se habían alargado. Por momentos se detenía para besar mi mano y luego volvía a apretar sus labios contra los labios de la herida para sacar todavía más gotas rojas. Cuando vio que no salía más sangre, se incorporó con los ojos húmedos y brillantes, rosa como una aurora de mayo, satisfecha, su mano estaba tibia y húmeda, estaba más hermosa que nunca y completamente restablecida.

—¡No moriré! ¡No moriré! —decía loca de alegría colgándose de mi cuello—; podré amarte aún más tiempo. Mi vida está en la tuya y todo mi ser proviene de ti. Solo unas gotas de tu rica y noble sangre, más preciada y eficaz que todos los elixires del mundo, me han devuelto a la vida.

Este hecho me preocupó durante algún tiempo, haciéndome dudar acerca de Clarimonda, y esa misma noche, cuando el sueño me transportó a mi parroquia vi al padre Serapion más taciturno y preocupado que nunca:

—No contento con perder vuestra alma queréis perder también vuestro cuerpo. ¡Infeliz, en qué trampa habéis caído!

El tono de sus palabras me afectó profundamente, pero esta impresión se disipó bien pronto, y otros cuidados acabaron por borrarlo de mi memoria. Una noche vi en mi espejo, en cuya posición ella no había reparado, cómo Clarimonda derramaba unos polvos en una copa de vino sazonado que acostumbraba a preparar después de la cena. Tomé la copa y fingí llevármela a los labios dejándola luego sobre un mueble como para apurarla más tarde a placer y, aprovechando un instante en que estaba vuelta de espaldas, vacié su contenido bajo la mesa, luego me retiré a mi habitación y me acosté decidido a no dormirme y ver en qué acababa todo esto. No esperé mucho tiempo, Clarimonda entró en

camisón y una vez que se hubo despojado de sus velos se recostó junto a mí. Cuando estuvo segura de que dormía tomó mi brazo desnudo y sacó de entre su pelo un alfiler de oro, murmurando:

—Una gota, solo una gotita roja, un rubí en la punta de mi aguja… Puesto que aún me amas no moriré… ¡Oh, pobre amor!, beberé tu hermosa sangre de un púrpura brillante. Duerme mi bien, mi dios, mi niño, no te haré ningún daño, solo tomaré de tu vida lo necesario para que no se apague la mía. Si no te amara tanto me decidiría a buscar otros amantes cuyas venas agotaría, pero desde que te conozco todo el mundo me produce horror. ¡Ah, qué brazo tan hermoso, tan perfecto, tan blanco! Jamás podré pinchar esta venita azul —lloraba mientras decía esto y sentía llover sus lágrimas en mi brazo, que tenía entre sus manos. Finalmente se decidió, me dio un pinchacito y empezó a chupar la sangre que salía. Apenas hubo bebido unas gotas tuvo miedo de debilitarme y aplicó una cinta alrededor de mi brazo después de frotar la herida con un ungüento que la cicatrizó al instante.

Ya no cabía duda. El padre Serapion tenía razón. Pero, a pesar de esta certeza, no podía dejar de amar a Clarimonda y le hubiera dado toda la sangre necesaria para mantener su existencia ficticia. Por otra parte, no tenía qué temer, la mujer respondía del vampiro, y lo que había visto y oído me tranquilizaba. Mis venas estaban colmadas, de forma que tardarían en agotarse y no iba a ser egoísta con mi vida. Me habría abierto el brazo yo mismo diciéndole:

—Bebe, y que mi amor se filtre en tu cuerpo con mi sangre.

Evitaba hacer la más mínima alusión al narcótico y a la escena de la aguja, y vivíamos en una armonía perfecta. Pero mis escrúpulos de sacerdote me atormentaban más que nunca y ya no sabía qué penitencia podía inventar para someter y mortificar mi carne. Aunque todas mis visiones fueran involuntarias y sin mi participación, no me atrevía a tocar a Cristo con unas manos tan impuras y un espíritu mancillado por semejantes excesos reales o soñados. Para evitar caer en semejantes alucinaciones, intentaba no dormir, manteniendo abiertos mis párpados con los dedos, y permanecía de pie apoyado en los muros luchando con todas mis fuerzas contra el sueño. Pero la arena del adormecimiento

pesaba en mis ojos, y al ver que mi lucha era inútil dejaba caer mis brazos y, exhausto y sin aliento, dejaba que la corriente me arrastrase hacia la pérfida orilla. Serapion me exhortaba de forma vehemente y me reprochaba con dureza mi debilidad y mi falta de fervor. Un día en que mi agitación era mayor que de ordinario me dijo:

—Solo hay un remedio para que os desembaracéis de esta obsesión, y aunque es una medida extrema la llevaremos a cabo: a grandes males, grandes remedios. Conozco el lugar donde fue enterrada Clarimonda; vamos a desenterrarla para que veáis en qué lamentable estado se encuentra el objeto de vuestro amor. No permitiréis que vuestra alma se pierda por un cadáver inmundo devorado por gusanos y a punto de convertirse en polvo; esto os hará entrar en razón.

Estaba tan cansado de llevar esta doble vida que acepté; deseaba saber de una vez por todas quién era víctima de una ilusión, si el cura o el gentilhombre, y quería acabar con uno o con otro o con los dos, pues mi vida no podía continuar así. El padre Serapion se armó con un pico, una palanca y una linterna y a medianoche nos fuimos al cementerio de *** que él conocía perfectamente. Tras acercar la luz a las inscripciones de algunas tumbas, llegamos por fin ante una piedra medio escondida entre grandes hierbas y devorada por musgos y plantas parásitas, donde descifamos el principio de la siguiente inscripción:

Aquí yace Clarimonda
Que fue mientras vivió
La más bella del mundo.

—Aquí es —dijo Serapion y, dejando en el suelo su linterna, colocó la palanca en el intersticio de la piedra y comenzó a levantarla. La piedra cedió y se puso a trabajar con el pico. Yo le veía hacer más oscuro y silencioso que la noche misma; él, ocupado en tan fúnebre tarea, sudaba copiosamente, jadeaba, y su respiración entrecortada parecía el estertor de un agonizante. Era un espectáculo extraño y, cualquiera que nos hubiera visto desde fuera, nos habría tomado por profanadores y ladrones de sudarios antes que por sacerdotes de Dios. El celo de

Serapion tenía algo de duro y salvaje que le asemejaba más a un demonio que a un apóstol o a un ángel, y sus rasgos austeros recortados por el reflejo de la linterna nada tenían de tranquilizador.

Sentía en mis miembros un sudor glacial, y mis cabellos se erizaban dolorosamente en mi cabeza; en el fondo de mí mismo veía el acto de Serapion como un abominable sacrilegio, y hubiera deseado que del flanco de las sombrías nubes que transcurrían pesadamente sobre nosotros hubiera salido un triángulo de fuego que le redujera a polvo. Los búhos posados en los cipreses, inquietos por el reflejo de la linterna, venían a golpear sus cristales con sus alas polvorientas, gimiendo lastimosamente; los zorros chillaban a lo lejos y mil ruidos siniestros brotaban del silencio. Finalmente, el pico de Serapion chocó con el ataúd, y los tablones retumbaron con un ruido sordo y sonoro, con ese terrible ruido que produce la nada cuando se la toca; derribó la tapa y vi a Clarimonda, pálida como el mármol, con las manos juntas; su blanco sudario formaba un solo pliegue de la cabeza a los pies. Una gótica roja brillaba como una rosa en la comisura de su boca descolorida. Al verla, Serapion se enfureció:

—¡Ah! ¡Estás aquí demonio, cortesana impúdica, bebedora de sangre y de oro! —y roció de agua bendita el cuerpo y el ataúd sobre el que dibujó una cruz con su hisopo. Tan pronto como el santo roció a la pobre Clarimonda su hermoso cuerpo se convirtió en polvo y no fue más que una mezcla espantosa deforme de ceniza y de huesos medio calcinados—. He aquí a vuestra amante, señor Romualdo —dijo el despiadado sacerdote mostrándome los tristes despojos—, ¿iréis a pasearos al Lido y a Fusine con esta belleza?

Bajé la cabeza, solo había ruinas en mi interior. Volví a mi parroquia, y el señor Romualdo, amante de Clarimonda, se separó del pobre cura a quien durante tanto tiempo había hecho tan extraña compañía. Solo que la noche siguiente volví a ver a Clarimonda, quien me dijo, como la primera vez en el pórtico de la iglesia:

—¡Infeliz! ¡Infeliz!, ¿qué has hecho?, ¿por qué has escuchado a ese cura imbécil?, ¿acaso no eras feliz?, ¿y qué te había hecho yo para que violaras mi tumba y pusieras al descubierto las miserias de mi nada? Se ha

roto para siempre toda posible comunicación entre nuestras almas y nuestros cuerpos. Adiós, me recordarás —se disipó en el aire como el humo y nunca más volví a verla.

¡Ay de mí! Tenía razón; la he recordado más de una vez y aún la recuerdo. La paz de mi alma fue pagada a buen precio; el amor de Dios no era suficiente para reemplazar al suyo. Y, he aquí, hermano, la historia de mi juventud. No miréis jamás a una mujer, y caminad siempre con los ojos fijos en tierra, pues, aunque seáis casto y sosegado, un solo minuto basta para haceros perder la eternidad.

LA VENUS DE ILLE

Prosper Mérimée

(La Vénus d'Ille, 1837)

He aquí otro gran tema de la literatura fantástica del XIX: la supervivencia de la antigüedad clásica, anulación de la discontinuidad histórica que nos separa del mundo grecorromano, con todo lo que ello significa en contraste con nuestro mundo.

También habría podido escoger para representar este tema Arria Marcella, de Théophile Gautier (1852), que se desarrolla en Pompeya y que tiene notas de una gran delicadeza sensual: la huella de un seno de muchacha en la lava nos hace entrar en el mundo del pasado. O bien The Last of Valerii de Henry James (1874): el tema ha tenido muchas versiones. He preferido este cuento porque es muy representativo de Mérimée (1803-1870) y de su esmero en la presentación del «color local», los climas y la atmósfera humana.

Los cuentos fantásticos de Mérimée no son muchos, pero forman una parte esencial de su narrativa: recordaré Lokis (1868), historia de supersticiones lituanas, con una cala inolvidable en el mundo animal de los bosques.

La Vénus d'Ille, estatua de bronce —romana o griega—, es vista con malos ojos por los habitantes del pueblo del Rosellón donde ha sido recientemente descubierta. La consideran un «ídolo». El novio de la hija del arqueólogo local, para jugar al trinquete, se quita el anillo y lo pone en un dedo de la estatua. No lo podrá volver a sacar. ¿Se ha desposado con la estatua? La Venus gigantesca, sueño de la serena belleza olímpica, se transforma, en la noche de bodas, en una pesadilla terrorífica.

Que la estatua, decía, sea favorable
y benévola puesto que tanto se parece a un hombre.

Luciano, El hombre que ama las mentiras

BAJABA la última ladera del Canigó y, aunque el sol ya se hubiera puesto, distinguía en la llanura las casas de la pequeña ciudad de Ille, hacia la que me dirigía.

—Seguramente sabrá usted —dije al catalán que me servía de guía desde la víspera— dónde vive el señor de Peyrehorade.

—¡Que si lo sé! —exclamó—. Conozco su casa como la mía, y si no hubiera oscurecido se la mostraría. Es la más bonita de Ille. Tiene dinero el señor de Peyrehorade, ya lo creo, y casa a su hijo con alguien más rico todavía.

—¿Será pronto la boda? —le pregunté.

—Muy pronto. Es posible que ya estén encargados los violines para la ceremonia, quizá esta noche, o mañana, o pasado mañana, ¡qué se yo! Será en Puygarrig, pues la señorita de Puygarrig es con quien se casa su hijo. Estará muy bien, ¡ya lo creo!

Me había recomendado al señor de Peyrehorade mi amigo, el señor de P. Me dijo que era un arqueólogo muy entendido e increíblemente amable. No le importaría enseñarme todas las ruinas en diez leguas a la redonda. Así que contaba con él para visitar los alrededores de Ille, que sabía llenos de monumentos antiguos y de la Edad Media. Esta boda, de la que oía hablar ahora por primera vez, desorganizaba todos mis planes.

«Voy a ser un aguafiestas» me dije. Pero me estaban esperando; mi llegada había sido anunciada por el señor de P. y era preciso presentarse.

—Apostemos, señor —me dijo mi guía cuando estuvimos en la llanura—, apostemos un cigarro a que adivino lo que le ha traído a casa del señor de Peyrehorade.

—Pero —respondí ofreciéndole un cigarro—, no es difícil de adivinar que, a estas horas y cuando hemos andado seis leguas por el Canigó, lo más importante es cenar.

—Sí, pero ¿y mañana…? ¿Sabe?, apostaría a que ha venido a Ille para ver el ídolo. Lo adiviné al verle dibujar los santos de Serrabona.

—¿El ídolo?, ¿qué ídolo? —esta palabra había despertado mi curiosidad.

—¿Pero cómo? ¿Es que no le han contado en Perpiñán que el señor de Peyrehorade ha encontrado un ídolo enterrado?

—¿Quiere decir una estatua de terracota, de arcilla?

—No, de bronce, y como para sacar de ahí un montón de monedas. Pesa tanto como una campana de iglesia. Bien hundida estaba en la tierra, al pie de un olivo.

—¿Estaba usted, entonces, cuando la descubrieron?

—Sí, señor. El señor de Peyrehorade nos dijo a Jean Coll y a mí hace quince días que tiráramos un viejo olivo que se heló el año pasado, que fue muy mal año, como usted sabe. Y hete aquí que Jean Coll, que estaba poniendo toda su alma, da un golpe con su pico y oigo bimm…, como si hubiera golpeado una campana. «¿Qué es eso?», dijo. Seguimos cavando y aparece una mano negra que parecía una mano de muerto saliendo de la tierra. A mí me entró mucho miedo. Me voy al señor y le digo: «Muertos, hay muertos bajo el olivo, señor. Hay que llamar al cura». «¿Qué muertos?», me dice. Y viene y nada más ver la mano grita: «¡Una antigüedad, una antigüedad!». Como si hubiera encontrado un tesoro. Y allí le viera usted con el pico, con las manos, haciendo casi el mismo trabajo que nosotros dos juntos.

—Y por fin ¿qué encontraron?

—Una mujer grande, negra, medio desnuda, con perdón, señor, toda de bronce, y el señor de Peyrehorade nos dijo que era un ídolo de la época de los paganos ¡del tiempo de Carlomagno, vaya!

—Ya veo, una Virgen de bronce de algún convento destruido.

—Una Virgen, sí, sí, ya la hubiera reconocido yo, si hubiera sido una Virgen. Es un ídolo, le digo: se ve en su aspecto. Fija en uno sus grandes ojos blancos… Se diría que le observa a uno. Hay que bajar la vista cuando se la mira.

—¿Ojos blancos? Están sin duda incrustados en el bronce. Será entonces alguna estatua romana.

—¡Romana!, eso es. El señor de Peyrehorade dice que es una romana. ¡Ah!, ya veo que usted es un sabio, como él.

—¿Está entera, bien conservada?

—¡Ah, señor! No le falta nada. Es más bonita y está mejor acabada que el busto de yeso pintado de Luis Felipe que hay en el Ayuntamiento. Pero con todo, la cara de este ídolo sigue sin gustarme. Tiene un aire de maldad, y es malvada.

—¡Malvada! ¿Y qué maldad le ha hecho a usted?

—A mí precisamente ninguna, pero verá. Éramos cuatro para levantarla, además del señor de Peyrehorade, que también tiraba de la cuerda, aunque no tiene más fuerza que un pollo, el pobre hombre. Con bastante trabajo la ponemos en pie. Yo cojo unas tejas para cazarla cuando ¡cataplás! Va y se cae de espaldas con todo su peso. Digo: ¡cuidado ahí abajo! Pero demasiado tarde, y a Jean Coll no le da tiempo a quitar la pierna…

—¿Se hirió?

—Rota de un golpe, como una estaca, ¡su pobre pierna! ¡Pobrecillo!, yo al ver aquello, me puse furioso. Quería aplastar el ídolo a golpe de pala, pero el señor de Peyrehorade me detuvo. Le dio dinero a Jean Coll, que todavía guarda cama después de quince días, y el médico dice que ya no andará con esa pierna como con la otra. Es una pena, él que era el que mejor corría y después del hijo del señor, nuestro más hábil jugador de frontón. Por eso se disgustó mucho el señor Alphonse de Peyrehorade, pues era con Coll con quien echaba las partidas. Daba gusto ver cómo se devolvían las pelotas. ¡Paf!, ¡paf! Nunca tocaban el suelo.

Con esta charla llegamos a Ille, y pronto me encontré ante el señor de Peyrehorade. Era un vejete lozano y despierto empolvado, de nariz roja, de aspecto jovial y guasón. Antes de abrir la carta del señor de P. ya me había instalado ante una mesa bien servida y me había presentado a su mujer y a su hijo como un ilustre arqueólogo que iba a sacar al Rosellón del olvido en que se encontraba por culpa de la indiferencia de los sabios.

Mientras comía con buen apetito, pues no hay nada mejor para ello que el aire puro de las montañas, observaba a mis anfitriones. Solo he dicho unas palabras sobre el señor de Peyrehorade; debo añadir que era la vivacidad misma. Hablaba, comía, se levantaba, corría a su biblioteca y me traía libros, me enseñaba las láminas y me servía vino: no estaba más

de dos minutos quieto. Su mujer, un tanto demasiado gruesa, como la mayoría de las catalanas que han cumplido los cuarenta años, me pareció una provinciana ocupada únicamente en los cuidados de la casa. Aunque la cena era suficiente para más de seis personas, corrió a la cocina, hizo matar unos palomos, freír tortas de maíz y abrió no sé cuántos frascos de confitura. En un momento, la mesa estuvo colmada de platos y botellas y ciertamente hubiera muerto de indigestión solo con probar de todo cuanto se me ofrecía. Sin embargo, a cada plato que rechazaba había que oír nuevas disculpas. Temían que me encontrase a disgusto en Ille. En provincias hay tan pocos recursos, ¡y los parisinos son tan difíciles de contentar!

En medio de las idas y venidas de sus padres, el señor Alphonse de Peyrehorade no se movía lo más mínimo. Era un joven alto, de veintiséis años, de fisonomía hermosa y regular, pero carente de expresión. Su estatura y constitución atlética justificaban bien la reputación de infatigable jugador de frontón que tenía en la región. Aquella noche vestía con elegancia, exactamente según el grabado del último número del *Diario de la Moda*. Pero me parecía incómodo con su atuendo; estaba rígido como un poste con su cuello de terciopelo, y para volverse, giraba por completo. Sus manos grandes y tostadas, sus uñas cortas, contrastaban con su traje. Eran manos de labrador que salían de las mangas de un *dandy*. Sin embargo, aunque me observó con gran curiosidad de la cabeza a los pies por mi condición de parisino, no me dirigió la palabra en toda la velada más que una vez, para preguntarme dónde había comprado la cadena de mi reloj.

—De modo que, mi querido huésped —me dijo Peyrehorade cuando la cena tocaba a su fin—, me pertenece usted, puesto que está en mi casa. No le soltaré hasta que haya visto todo cuanto hay de interesante en nuestras montañas. Tiene que aprender a conocer nuestro Rosellón y a hacerle justicia. No se imagina lo que vamos a enseñarle. Monumentos fenicios, celtas, romanos, árabes, bizantinos, lo verá usted todo, desde el cedro hasta el hisopo. Le llevaré a todas partes, y le enseñaré hasta la última piedra.

Un acceso de tos le obligó a parar. Aproveché para decirle que no quería molestar en un momento tan importante para su familia. Que si quería orientarme acerca de las excursiones que debía hacer, yo podría, sin que tuviera que acompañarme…

—¡Ah!, se refiere usted a la boda de este muchacho, exclamó interrumpiéndome. ¡Qué tontería!, eso se acaba pasado mañana. Usted celebrará la boda con nosotros, en familia, pues la novia está de luto por una tía suya de la que hereda. Por ello, no habrá fiesta, ni baile… Es una pena… hubiera visto usted bailar a nuestras catalanas… Son muy bonitas y quizá le hubiese apetecido imitar a mi Alphonse. Una boda, dicen, trae otras… El sábado, con los jóvenes recién casados, estoy libre, y nos pondremos en camino. Le pido perdón por la incomodidad de una boda provinciana. Para un parisino harto de fiestas… y, además, ¡una boda sin baile! Pero, verá usted a una novia, ¡qué novia!, ya me contará… Aunque usted parece un hombre serio que no se fija en mujeres. Tengo algo mejor para enseñarle. Le voy a enseñar algo que… Le tengo una sorpresa reservada para mañana.

—¡Cielos! —le dije— es difícil tener un tesoro en casa sin que la gente se entere. Creo adivinar la sorpresa que me prepara usted. Pero, si se trata de su estatua, la descripción que me ha hecho mi guía ha excitado mi curiosidad y predispuesto mi admiración.

—¡Ah!, le ha hablado del ídolo, porque es así como llaman a mi Venus Tur… Pero no quiero decirle nada, y ya me dirá usted mañana si tengo motivos para creer que es una obra maestra. ¡Pardiez, que me viene usted al pelo! Hay unas inscripciones que yo, pobre ignorante, explico a mi modo… pero ¡un sabio de Paris!… Usted quizá se burle de mi interpretación, porque he redactado un informe, sí, yo, un viejo arqueólogo de provincias, me he lanzado… Quiero hacer gemir a la prensa… Si usted quisiera leerlo y corregírmelo podría esperar… Por ejemplo, tengo curiosidad por saber cómo traduciría usted la inscripción del pedestal CAVE… ¡Pero no voy a preguntarle nada todavía! ¡Mañana, mañana! Hoy, ¡ni una palabra sobre la Venus!

—Haces bien Peyrehorade en dejar ya el tema de tu ídolo —dijo su mujer—. Deberías darte cuenta de que no dejas comer a este señor.

Además, el señor ha visto en París estatuas más bonitas que la tuya. En las Tullerías las hay por docenas, y también de bronce.

—¡He ahí la ignorancia, la gran ignorancia de provincias! —la interrumpió Peyrehorade—. ¡Comparar una antigüedad admirable a las banales esculturas de Coustou!

Con cuánta irreverencia
habla de los dioses mi mujercita[12].

»¿Sabe que mi mujer quería que fundiese mi estatua en una campana para la iglesia? Y eso porque ella hubiera sido la madrina. ¡Una obra maestra de Mirón, señor!

—¡Obra maestra!, ¡obra maestra! Una buena obra maestra es la que ha hecho ya. ¡Romperle la pierna a un hombre!

—Mira mujer —dijo Peyrehorade en tono decidido, mostrándole su pierna derecha con la media de seda tejida—, si mi Venus me hubiera roto esta pierna, no lo sentiría en absoluto.

—¡Dios mío! Peyrehorade, ¿cómo puedes decir eso? Menos mal que el hombre va mejorando… Además, ¿cómo voy a mirar con buenos ojos a una estatua que ocasiona desgracias como esta? ¡Pobre Jean Coll!

—Herido por Venus, caballero —dijo Peyrehorade riéndose a carcajadas—, herido por Venus y el muy tunante se queja.

Veneris nec praemia noris[13]

—¿Quién no fue herido por Venus?

Alphonse, que comprendía mejor el francés que el latín, me guiñó un ojo con picardía como preguntándome: ¿Y usted, parisino, comprende?

La cena terminó. Hacía una hora que yo había dejado de comer. Estaba cansado y no conseguía ocultar los frecuentes bostezos que se me escapaban. La señora de Peyrehorade se dio cuenta enseguida y dijo que ya era hora de irse a dormir. Entonces se reanudaron las excusas por el mal alojamiento que iba a tener. No estaría como en París. En provincias no se está tan bien. Tenía que ser indulgente con los rosellonenses. Aunque yo argumentaba que después de recorrer las montañas un

montón de paja sería una magnífica cama, seguían pidiéndome que disculpara a unos pobres campesinos que no me trataban como hubieran deseado. Subí finalmente a la habitación que me habían destinado acompañado por Peyrehorade. La escalera, cuyos últimos peldaños eran de madera, terminaba en mitad de un corredor al que daban varias habitaciones.

—A la derecha —me dijo mi anfitrión—, está la habitación destinada a la futura mujer de Alphonse. La suya está en el extremo opuesto del corredor. Usted comprenderá —añadió en un tono deliberadamente pícaro—, usted comprenderá que hay que dejar solos a los recién casados. Usted está en un extremo de la casa, y ellos en el otro.

Entramos en una habitación bien amueblada, en la que el primer objeto sobre el que cayeron mis ojos era una cama de siete pies de largo y seis de ancho, y tan alta que había que subirse con ayuda de un escabel.

Mi anfitrión, una vez que me indicó el lugar de la campanilla, y se hubo asegurado de que el azucarero estaba lleno, los frascos de colonia bien situados en el tocador, y después de preguntarme repetidamente si no me faltaba nada, me deseó buenas noches y me dejó solo.

Las ventanas estaban cerradas. Antes de vestirme, abrí una para respirar el aire fresco de la noche, delicioso después de tan larga cena. Enfrente estaba el Canigó, siempre admirable, pero que esta noche me pareció la montaña más hermosa del mundo, iluminado como estaba por una luna resplandeciente. Permanecí algunos minutos para contemplar su maravillosa silueta, e iba a cerrar la ventana cuando me fijé, al bajar los ojos, en la estatua que estaba sobre un pedestal, a unas veinte toesas de la casa. Estaba colocada en el ángulo de un seto que separaba un pequeño jardín de un vasto cuadrado que más tarde supe que era el frontón de la ciudad. Aquel terreno, propiedad de Peyrehorade, fue cedido al municipio gracias a los apremiantes ruegos de su hijo.

A la distancia que me encontraba, me era difícil apreciar el aspecto de la estatua; solo podía juzgar su altura, que me pareció de alrededor de seis pies. En ese momento aparecieron dos pillos de la ciudad en el frontón, cerca del seto, silbando una bonita melodía del Rosellón: Montagnes régalades. Se detuvieron para mirar la estatua; uno de ellos le

increpó en voz alta. Hablaba en catalán; pero yo ya llevaba bastante tiempo en el Rosellón como para comprender más o menos lo que decía:

—¡Conque estás aquí, tunanta! (el término en catalán es mucho más enérgico). ¡Estás aquí! —decía—. Así que tú le has roto la pierna a Jean Coll. Si fueras mía te rompería el cuello.

—¡Bah!, ¿y con qué? —dijo el otro—. Es de bronce, y tan dura que a Etienne se le ha roto la lima intentando hacerle un corte. Es de bronce del tiempo de los paganos, más duro que yo qué sé.

—Si tuviera mi cortafrío (parecía un aprendiz de cerrajero) le saltaría esos ojos blancos como se saca una almendra de su cáscara. Hay para más de cien monedas de plata.

Se alejaron unos pasos.

—Voy a darle las buenas noches al ídolo —dijo el mayor de los dos deteniéndose de repente.

Se agachó y posiblemente cogió una piedra. Le vi estirar el brazo y arrojar algo, y resonó un golpe en el bronce. En ese mismo instante el aprendiz se llevó la mano a la cabeza gritando de dolor.

—¡Me la ha devuelto! —exclamó.

Y los dos pillos huyeron a toda prisa. Era evidente que la piedra había rebotado en el metal y había castigado semejante ultraje a la diosa.

Cerré la ventana riendo de buena gana.

«¡Un vándalo más castigado por Venus! ¡Si se rompiesen así la cabeza todos los que destruyen nuestros viejos monumentos!». Y me dormí con tan caritativo deseo.

Me desperté bien entrada la mañana. Junto a mi cama estaban, a un lado, Peyrehorade en bata, y, al otro, un criado enviado por su mujer, con un taza de chocolate en la mano.

—¡Vamos, arriba parisino! ¡Estos son los perezosos de la capital! —decía mi anfitrión mientras yo me vestía a toda prisa—. ¡Son las ocho y todavía en la cama! Yo estoy levantado desde las seis. Ya he subido tres veces, me he acercado a la puerta de puntillas y nada, ninguna señal de vida. No es bueno dormir tanto a su edad. ¡Y todavía no ha visto mi Venus! Venga, bébase la taza de chocolate de Barcelona…, de contrabando auténtico… Un chocolate que no se encuentra en París.

Tiene que cobrar fuerzas, porque una vez delante de mi Venus no va a haber quien le separe de ella.

En cinco minutos estuve listo, es decir, a medio afeitar, mal abrochado y abrasado por el chocolate que engullí ardiendo. Bajé al jardín y me encontré ante una estatua admirable.

Era ciertamente una Venus de una maravillosa belleza. Tenía el torso desnudo, de la forma en que los antiguos representan a las grandes divinidades; su mano derecha, a la altura del pecho, estaba vuelta, con la palma hacia dentro; el pulgar y los dos primeros dedos extendidos, los otros dos ligeramente doblados. La otra mano, junto a la cadera, recogía la ropa que cubría la parte inferior del cuerpo. La actitud de la estatua recordaba a aquella del jugador de morra que se conoce, no sé bien por qué, con el nombre de Germánico. Quizá se había querido representar a la diosa jugando a la morra[14].

De cualquier manera, resulta imposible ver algo más perfecto que el cuerpo de aquella Venus; no hay nada tan suave y voluptuoso como su contorno; nada más elegante y más noble que sus ropas. Me esperaba una obra cualquiera del Bajo Imperio y estaba viendo una obra maestra del mejor tiempo estatuario.

Lo que más llamaba mi atención era la exquisita autenticidad de sus formas, que se hubieran podido creer moldeadas del natural, si la naturaleza produjera tan perfectos modelos.

La cabellera, recogida en la frente, parecía haber sido dorada en otro tiempo. Su cabeza, pequeña como la de casi todas las estatuas griegas, estaba ligeramente inclinada hacia delante. En cuanto al rostro, no creo poder explicar su extraño carácter, de un tipo que no se asemeja al de ninguna estatua antigua que yo recuerde. No tenía en absoluto esa belleza tranquila y severa de los escultores griegos que por sistema otorgaban rasgos de majestuosa inmovilidad. Aquí, por el contrario, observaba con sorpresa la clara intención del artista de concederle una malicia que incluso rozaba la maldad. Sus facciones estaban ligeramente contraídas: los ojos eran algo oblicuos, las comisuras de los labios estaban levantadas y la nariz un tanto dilatada.

Desprecio, ironía, crueldad podían leerse en aquel rostro, no obstante, de una increíble belleza. Verdaderamente, cuanto más se miraba aquella admirable estatua más se experimentaba el penoso sentimiento de que tan maravillosa belleza pudiera aliarse con la ausencia de toda sensibilidad.

—Si alguna vez existió la modelo —dije a Peyrehorade—, y dudo que el cielo haya creado una mujer así, ¡cómo compadezco a sus amantes! Debió complacerse haciéndoles morir de desesperación. En su expresión hay algo de feroz, y, sin embargo, jamás vi nada tan hermoso.

—«*¡Es Venus cautivando por completo a su presa!*»[15] —exclamó Peyrehorade satisfecho de mi entusiasmo.

La expresión de infernal ironía se acentuaba, quizá, por el contraste de sus ojos incrustados de plata y muy brillantes por la pátina de un verde negruzco que el tiempo concede a toda estatua. Sus ojos brillantes producían una cierta ilusión que recordaba la realidad, la vida.

Recordé lo que me había dicho mi guía, que obligaba a bajar los ojos a quien la miraba. Casi era cierto, y no pude evitar un sentimiento de cólera hacia mí mismo por sentirme un poco a disgusto ante aquella figura de bronce.

—Ahora que ya lo ha admirado usted todo con detalle, querido colega en antiguallería —dijo mi anfitrión— por favor, celebremos un consejo científico. ¿Qué piensa de esta inscripción en la que aún no se ha fijado?

Me mostraba el pedestal de la estatua donde leí las siguientes palabras:

CAVE AMANTEM

—*¿Quid dicis, doctissime?*[16] —me preguntó frotándose las manos—. A ver si nos ponemos de acuerdo sobre el sentido de este *cave amantem*.

—Bueno —respondí—, tiene dos sentidos. Se puede traducir: «guárdate de quien te ama, desconfía de los amantes». Pero en este sentido no sé si *cave amantem* sería un buen latín. Viendo la expresión

diabólica de la dama, yo diría más bien que el artista quiso advertir al espectador contra esta terrible belleza. Entonces lo traduciría: «guárdate si ella te ama».

—¡Hum! —dijo Peyrehorade—, es un buen sentido; pero, si no le importa, prefiero la primera traducción, que voy a desarrollar además. ¿Conoce al amante de Venus?

—Hay varios.

—Sí, pero el primero es Vulcano. ¿No se habrá querido decir: «a pesar de tu belleza, de tu aire desdeñoso, tendrás por amante a un herrero, a un feo cojo»? ¡Una buena lección para las coquetas!

No pude contener una sonrisa, hasta tal punto me pareció traída por los pelos la explicación.

—Es terrible el latín con su precisión —observé, para evitar contradecir formalmente a mi arqueólogo, y retrocedí unos pasos para contemplar mejor la estatua.

—¡Un momento, colega! —me dijo Peyrehorade cogiéndome el brazo—. Aún no ha visto todo. Hay otra inscripción. Suba al pedestal y mire el brazo derecho.

Y hablaba mientras me ayudaba a subir. Me cogí sin muchos miramientos del cuello de la Venus, con quien empezaba a familiarizarme. La miré por unos instantes bis a bis y la encontré aún más malvada y más hermosa. Después me fijé en unos caracteres grabados en el brazo que me parecieron en escritura cursiva antigua. Con ayuda de mis gafas deletreé lo que sigue mientras Peyrehorade repetía cada palabra que yo pronunciaba, asintiendo con gestos y con la voz. Así que leí:

VENERI TURBUL…
EVTICHES MYRO
IMPERIO FECIT

Me pareció que después de la palabra TURBUL de la primera línea, había algunas letras borradas, pero TURBUL era perfectamente legible.

—¿Lo cual quiere decir…? —me preguntó mi anfitrión radiante y sonriendo de malicia, pues pensaba que no resolvería fácilmente aquel TURBUL.

—Hay una palabra que todavía no entiendo —le dije—, todo lo demás es fácil. Eutiques Mirón hizo esta ofrenda a Venus por orden suya.

—Muy bien. Pero TURBUL, ¿cómo se explica? ¿Qué es eso de TURBUL?

—TURBUL me desconcierta bastante. Habría que buscar algún epíteto de Venus. Veamos, ¿qué me diría la TURBULENTA? Venus la que turba, la que agita… ya ve usted que sigo preocupado por su expresión de maldad. TURBULENTA, no es en absoluto un mal calificativo para Venus —añadí modestamente, pues yo mismo no estaba demasiado conforme con mi explicación.

—¡Venus turbulenta! ¡Venus la alborotadora! ¡Ah!, pero ¿usted se cree que mi Venus es una Venus de *cabaret*? De eso nada, caballero; es una Venus de la alta sociedad. Pero voy a explicarle ese TURBUL siempre y cuando me prometa no divulgar mi descubrimiento antes de que se publique mi informe. Y es que, ya ve, estoy orgulloso con mi hallazgo… Deben dejarnos algunas migajas también a nosotros, pobres provincianos. ¡Son ustedes tan ricos los sabios de París!

Desde lo alto del pedestal, donde seguía encaramado, le prometí solemnemente no cometer jamás la indignidad de robarle el descubrimiento.

—TURBUL… —dijo acercándose y bajando la voz temeroso de que alguien distinto a mí pudiera oírle—, hay que leer TURBULNERAE.

—No lo entiendo todavía.

—Escúcheme bien. A una legua de aquí, hay un pueblo al pie de la montaña, que se llama Boulternère. Es una degeneración de la palabra latina TURBULNERA. Estas inversiones son muy corrientes. Boulternère, amigo mío, fue una ciudad romana. Siempre lo sospeché, pero no tenía pruebas. Pero he aquí la prueba. Esta Venus era la divinidad de la ciudad de Boulternère, y esta palabra, cuyo origen antiguo acabo de demostrar,

prueba algo muy curioso y es que Boulternère antes de ser una ciudad romana ¡fue una ciudad fenicia!

Se detuvo un momento para tomar aliento y disfrutar con mi sorpresa. Conseguí contener las ganas de reírme.

—En efecto, prosiguió, TURBULNERA es fenicio puro, pronuncie usted TUR… TUR y SUR, es la misma palabra ¿no? SUR es el nombre fenicio de Tiro; no hace falta que le recuerde lo que significa. BUL es Baal; Bâl, Bel, Bul, pequeñas diferencias de pronunciación. En cuanto a NERA, me cuesta más trabajo. Estoy tentado a creer, a falta de encontrar la palabra fenicia, que viene del griego *vnpós*, húmedo, pantanoso. Se trataría entonces de una palabra híbrida. Para justificar *vnpós*, te mostraré cómo en Boulternère los arroyos de la montaña forman pantanos infectos. Por otra parte, la terminación NERA, bien pudo ser añadida más tarde en honor de Nera Pivesuvia, mujer de Tetricus, y benefactora de la ciudad. Pero, debido a los pantanos, prefiero la etimología de *unpóç*.

Tomó un poco de rapé con aire satisfecho.

—Pero leamos a los fenicios y volvamos a la inscripción. De modo que traduzco: «a Venus de Boulternère Mirón dedica por orden suya esta estatua, su obra».

Me guardé muy mucho de criticar su etimología, pero quise a mi vez demostrar ingenio y le dije:

—Alto ahí, caballero. Mirón consagró algo, pero no veo por qué había de ser esta estatua.

—¡Cómo! —exclamó—, ¿acaso no fue Mirón un célebre escultor griego? El talento debió perpetuarse en su familia y uno de sus descendientes hizo esta estatua. Seguro.

—Pero —respondí—, yo veo en su brazo un pequeño orificio. Pienso que debió servir para sujetar algo, un brazalete, por ejemplo, que Mirón dio a Venus como ofrenda expiatoria. Mirón fue un amante desdichado. Venus estaba irritada con él, y él la apaciguó consagrándole un brazalete de oro. Observe usted que *fecit* se utiliza a menudo por *consecravit*. Son términos sinónimos. Le diría más de un ejemplo si tuviera a mano un Gruter o un Ovelli. Es natural que un enamorado sueñe con Venus o

imagine que le pida consagrar un brazalete de oro a su estatua. Mirón se lo consagra… Luego llegan los bárbaros, o algún ladrón sacrílego…

—¡Ah!, ¡cómo se nota que ha escrito usted novelas! —exclamó mi anfitrión ofreciéndome la mano para bajar—. No, caballero, es una obra de la escuela de Mirón. Observe cómo ha sido trabajada y estará de acuerdo.

Tenía como norma no contradecir jamás a ultranza a los arqueólogos testarudos y bajé la cabeza con convencimiento diciendo:

—Es una pieza admirable.

—¡Dios mío —exclamó Peyrehorade—, un acto más de vandalismo! ¡Han debido tirar otra piedra contra mi estatua!

Acababa de descubrir una marca blanca un poco más arriba del pecho de la Venus, yo observé una señal parecida en los dedos de la mano derecha, que supuse, habían sido rozados por la piedra en su trayectoria, o bien un fragmento de la piedra se había desprendido por el choque y había rebotado en la mano. Le conté a mi anfitrión el insulto del que había sido testigo y del castigo subsiguiente. Se rio mucho y, comparando al aprendiz con Diomedes, le deseó que viera, como el héroe griego, a sus amigos convertidos en pájaros blancos.

La campana de la comida interrumpió esta conversación clásica y, al igual que la víspera, me vi obligado a comer por cuatro. Luego vinieron los arrendatarios de Peyrehorade, y mientras les atendía, su hijo me llevó a ver una calesa que había comprado en Toulouse para su prometida, y que, por supuesto, admiré.

Luego entré con él en la cuadra, donde me tuvo media hora elogiándome sus caballos, refiriéndome su genealogía y los premios que habían ganado en las carreras de la región. Por fin pasó a hablarme de su futura esposa a propósito de una yegua gris que le iba a regalar.

—Hoy la veremos —dijo—. No sé si a usted le parecerá bonita. En París son ustedes muy especiales. Aquí y en Perpiñán, todo el mundo la encuentra encantadora. Lo mejor es que es muy rica. Su tía de Prades se lo ha dejado todo. ¡Seré muy feliz!

Me sorprendió profundamente el ver a un joven que parecía más emocionado por la dote de su novia que por sus hermosos ojos.

—Usted entiende de joyas —siguió Alphonse—, ¿qué le parece esta? Es el anillo que le daré mañana.

Diciendo esto, sacó de la primera falange de su dedo meñique un grueso anillo cuajado de diamantes y formado por dos manos entrelazadas, motivo que me pareció infinitamente poético. Era un trabajo antiguo, pero noté que lo habían retocado para engarzar los diamantes. En el interior del anillo se leían en letras góticas las siguientes palabras: *sempr'ab tibi*, es decir, siempre contigo.

—Es un bonito anillo, pero estos diamantes añadidos le hacen perder un poco su carácter.

—¡Oh!, así es mucho más bonito —respondió sonriendo—. Hay aquí mil doscientos francos en diamantes. Mi madre me lo dio. Es un anillo de familia, muy antiguo…, del tiempo de la caballería. Fue de mi abuela, que a su vez lo había recibido de la suya. Dios sabe cuándo lo hicieron.

—En París —le dije— la costumbre es regalar una sortija muy sencilla, normalmente de dos metales distintos, como oro y platino. Mire, esa otra que lleva en el dedo, sería muy a propósito. Esta, con sus diamantes y las manos en relieve es tan grande que no se podrá poner un guante con ella.

—¡Oh!, mi mujer se las arreglará seguramente. Creo que estará muy contenta de tenerlo. Mil doscientos francos en el dedo están muy bien. Este otro anillo —añadió, mirando con satisfacción la sortija que llevaba en la mano—, este me lo dio una mujer en París un día de carnaval. ¡Ah! ¡Qué bien lo pasé en París hace dos años! ¡Allí sí que se divierte uno!… —y suspiró con nostalgia.

Aquel día íbamos a cenar a Puygarrig, a casa de los padres de la novia. Montamos en una calesa y nos dirigimos al castillo, alejado una legua y media de Ille. Fui presentado y acogido como un amigo de la familia. No hablaré ni de la cena, ni de la conversación posterior, en la que participé muy poco. Alphonse, sentado junto a su prometida, le decía algo al oído cada cuarto de hora. Ella, apenas levantaba los ojos, y cada vez que le hablaba su novio se sonrojaba tímidamente, pero le contestaba sin turbación.

La señorita de Puygarrig tenía dieciocho años; su talle, esbelto y delicado, contrastaba con la constitución huesuda de su robusto novio. No solo era hermosa, sino también seductora. Me admiraba la perfecta naturalidad de sus respuestas; y su aire de bondad, que, sin embargo, no estaba exento de malicia, me recordó, a mi pesar, a la Venus de mi anfitrión. En esta comparación, que hice para mí, me preguntaba si la superior belleza, que no había más remedio que conceder a la estatua, no se debía en gran parte a su expresión de tigresa; pues la energía, incluso en las malas pasiones, excita siempre en nosotros un asombro y una especie de alucinación involuntaria.

«¡Qué lástima —me dije al marchar de Puygarrig—, que tan encantadora persona sea rica, y que su dote la obligue a ser pretendida por un hombre indigno de ella!».

De regreso a Ille, y no sabiendo muy bien qué decirle a la señora de Peyrehorade, a quien creía conveniente dirigir la palabra de vez en cuando, exclamé:

—Son ustedes muy atrevidos aquí en el Rosellón. ¿Cómo es posible, señora, celebrar una boda en viernes? En París somos más supersticiosos, nadie se casaría en día semejante.

—¡Dios Santo! No me hable —me contestó—, si hubiera dependido de mí, desde luego que habríamos elegido otro día. Pero Peyrehorade lo ha querido así y ha habido que ceder. Pero bien que lo siento. ¿Y si pasara alguna desgracia? Habrá alguna razón para que todo el mundo tenga miedo el viernes.

—¡Viernes! —exclamó su marido—, es el día de Venus. ¡Un buen día para una boda!, ya ve usted, querido colega, que solo pienso en mi Venus. Palabra de honor que ha sido por ella por lo que he elegido el viernes. Mañana, si usted quiere, antes de la ceremonia le ofreceremos un pequeño sacrificio: sacrificaremos dos palomas, y, si pudiera conseguir incienso…

—¡Calla, Peyrehorade! —le interrumpió su mujer completamente escandalizada—. ¡Incensar un ídolo! ¡Sería una abominación! ¿Qué dirían de nosotros?

—Al menos —dijo Peyrehorade— me permitirás ponerle en la cabeza una corona de rosas y lirios:

Manibus date lilia plenis[17]

—¡Ya ve usted!, ¡nuestras leyes son solo papel mojado! ¡No tenemos libertad de cultos!

El día siguiente estaba dispuesto de esta manera: todo el mundo tenía que estar listo y arreglado para las diez en punto. Después del chocolate iríamos en coche a Puygarrig. El matrimonio civil tendría lugar en la alcaldía del pueblo, y la ceremonia religiosa en la capilla del castillo. Seguiría luego la comida. Después de la comida, cada cual pasaría el rato como pudiera hasta las siete. A las siete se volvería a Ille, a casa del señor de Peyrehorade, donde cenarían las dos familias juntas. Lo demás se entiende por sí solo. Como bailar no se podía, se iba a comer lo más posible.

Desde las ocho me encontraba sentado frente a la Venus, con un lápiz en la mano y empezando por vigésima vez la cabeza de la estatua sin conseguir captar su expresión. Peyrehorade iba y venía a mi alrededor, dándome consejos, repitiéndome sus etimologías fenicias, luego colocaba unas rosas de Bengala en el pedestal de la estatua y formulaba en tono tragicómico ruegos por la pareja que iba a vivir bajo su techo. Hacia las nueve entró en la casa para arreglarse, y al mismo tiempo apareció Alphonse, bien ajustado en su traje nuevo, con guantes blancos, zapatos de charol, botones cincelados y una rosa en el ojal.

—¿Hará usted un retrato a mi mujer? —dijo inclinándose sobre mi dibujo—. Ella también es bonita.

En aquel momento empezó en el frontón, del que ya he hablado, una partida, que inmediatamente llamó la atención a Alphonse. Y yo, cansado y sin esperanzas de conseguir representar aquella belleza diabólica, abandoné pronto mi dibujo para mirar a los jugadores. Había entre ellos algunos muleros españoles que habían llegado la víspera. Eran aragoneses y navarros, casi todos de una extraordinaria destreza. Los

illenses, aunque alentados por la presencia y los consejos de Alphonse, fueron prontamente derrotados por aquellos campeones.

Los espectadores nacionales estaban consternados. Alphonse miró su reloj. Solo eran las nueve y media. Su madre aún estaba sin peinar. No lo dudó más. Se quitó la chaqueta del frac, pidió otra y desafió a los españoles. Yo le miraba sonriendo y un tanto sorprendido.

—Hay que defender el honor del país —dijo.

Entonces le encontré realmente hermoso. Estaba ansioso. Su aspecto, que tan preocupado le tenía hacía tan solo unos instantes, ya no le importaba en absoluto. Minutos antes habría temido girar la cabeza por temor a descolocarse la corbata. Ahora ya no pensaba ni en su pelo rizado, ni en su chorrera tan bien plisada. ¿Y su novia…? Pues, si hubiera sido necesario, creo que habría aplazado la boda. Le vi calzarse apresuradamente un par de sandalias, arremangarse, y con gesto confiado ponerse a la cabeza del equipo vencido como César reagrupando a sus soldados en Dirraquio. Salté el seto y me situé cómodamente a la sombra de un almez, para así poder ver bien los dos campos.

En contra de lo que se esperaba, Alphonse falló la primera pelota; lo cierto es que le llegó a ras de tierra y lanzada con una fuerza sorprendente por un aragonés que parecía ser el jefe de los españoles.

Era un hombre de unos cuarenta años, seco y menudo, de seis pies de estatura, y su piel olivácea tenía un color casi tan oscuro como el bronce de la Venus.

Alphonse arrojó enfurecido su raqueta contra el suelo.

—¡Este maldito anillo —gritó—, me aprieta el dedo y me hace fallar una pelota segura!

Se quitó, no sin esfuerzo, su anillo de diamantes; me acerqué para que me lo diera, pero él corrió antes hacia la Venus y le puso el anillo en el dedo anular volviendo luego a su puesto a la cabeza de los illenses.

Estaba pálido, pero tranquilo y resuelto. A partir de entonces no hubo ni un fallo, y los españoles fueron derrotados por completo. El entusiasmo de los espectadores sí que fue todo un espectáculo: unos gritaban de alegría lanzando las gorras al aire, otros se estrechaban la mano, llamándole el orgullo del país. Si hubiese reprimido una invasión,

no habría recibido felicitaciones más vivas y sinceras. El pesar de los vencidos aumentaba el brillo de su victoria.

—Echaremos otra partida, amigo —le dijo al aragonés con tono de superioridad— y os daré unos tantos de ventaja.

Yo hubiera deseado que Alphonse fuera más modesto, y casi me apenó la humillación de su rival.

El gigante español se sintió profundamente dolido con este insulto. Le vi palidecer bajo su piel tostada. Miraba sombrío su raqueta apretando los dientes, luego con voz ahogada dijo muy bajo: *me lo pagarás*[18].

La voz de Peyrehorade turbó el triunfo de su hijo: mi anfitrión, sorprendido al no encontrarle presidiendo los preparativos de la calesa nueva, quedó aún más atónito al verle sudoroso, con la raqueta en la mano. Alphonse corrió a la casa, se lavó la cara y las manos, volvió a ponerse su traje nuevo y sus zapatos de charol y a los cinco minutos estábamos al trote en la carretera de Puygarrig. Todos los jugadores de frontón de la ciudad y un gran número de espectadores nos siguieron gritando de alegría. Los vigorosos caballos que nos llevaban apenas podían mantener su paso entre aquellos intrépidos catalanes.

Estábamos ya en Puygarrig y el cortejo iba a dirigirse hacia la alcaldía, cuando Alphonse dándose una palmada en la frente me dijo en voz baja:

—¡Vaya faena! ¡He olvidado el anillo! ¡Me lo dejé olvidado en el dedo de la Venus de los demonios! No se lo diga a mi madre por lo menos. No creo que se dé cuenta de nada.

—Podría usted mandar a alguien —le dije.

—¡Bah!, mi criado se ha quedado en Ille y de estos no me fío nada. Mil doscientos francos en diamantes podrían tentar a más de uno. Además, ¿qué pensarían aquí de mi olvido? Se burlarían de mí. Me llamarían el marido de la estatua… ¡Mientras no me lo roben! Menos mal que el ídolo atemoriza a aquellos bribones. No se atreven a acercársele a menos de un metro. ¡Bah!, es igual; tengo otro anillo.

Las dos ceremonias, la civil y la religiosa, se celebraron con la pompa adecuada; y la señorita de Puygarrig recibió el anillo de una modista de París, sin sospechar que su novio le sacrificaba una prenda de amor. Después nos sentamos a la mesa, donde se comió, se cantó, incluso,

durante largo tiempo. Sufría por la novia a causa de la tosca alegría que había a su alrededor; sin embargo, ella lo soportaba mejor de lo que yo hubiera esperado, y su turbación no era ni torpeza ni afectación.

Quizá el valor viene dado en las situaciones difíciles. La comida terminó cuando Dios quiso; eran las cuatro de la tarde. Los hombres fuimos a pasear al parque, que era magnífico, donde vimos bailar en el césped del castillo a las campesinas de Puygarrig, vestidas con sus trajes de fiesta. Así pasaron las horas. Mientras tanto, las mujeres rodeaban a la novia que les mostraba su ajuar. Después se cambió de ropa, y observé que cubría sus hermosos cabellos con redecilla y un sombrero de plumas, ya que las mujeres se apresuran en ponerse tan pronto como pueden los adornos que la costumbre les prohíbe llevar mientras son solteras.

Eran cerca de las ocho cuando nos dispusimos a salir hacia Ille. Pero antes tuvo lugar una escena patética. La tía de la señorita de Puygarrig, que hacía las veces de madre, una mujer muy mayor y muy devota, no venía con nosotros a la ciudad, así que en el momento de la partida le hizo una escena sermoneándole acerca de sus deberes de esposa, de la que resultó un torrente de lágrimas y abrazos sin fin. Peyrehorade comparaba esta separación con el rapto de las Sabinas. A pesar de todo, nos pusimos en marcha y, en el camino, cada cual se esforzaba por distraer a la recién casada y hacerla reír; pero fue en vano.

En Ille nos esperaba la cena, ¡y qué cena! Si la burda alegría de la mañana me había chocado, todavía me sorprendieron más los equívocos y chistes de que fueron objeto el novio y, sobre todo, la novia. El novio, que se había ausentado unos minutos antes de sentarnos a la mesa estaba pálido y gélidamente serio. Bebía una y otra vez el viejo vino de Colliure, que es tan fuerte como el aguardiente. Como estaba sentado a su lado, me creí en la obligación de advertirle:

—¡Tenga cuidado!, dicen que el vino… —y no sé qué idiotez le dije para ponerme a la altura de los convidados.

Me dio con la rodilla y me dijo en voz muy baja:

—Cuando nos levantemos de la mesa… tengo que decirle una cosa.

Me sorprendió su tono solemne. Le observé más atentamente y me di cuenta de la extraña alteración de sus rasgos.

—¿Se encuentra usted mal? —le pregunté.

—No.

Y bebió de nuevo.

Mientras tanto, en medio de los gritos y aplausos, un niño de once años que se había deslizado debajo de la mesa, mostraba a los invitados una bonita cinta blanca y rosa que había cogido del tobillo de la novia. Era una liga que enseguida fue cortada en pedacitos y distribuida entre los jóvenes, que se los ponían en el ojal siguiendo una costumbre que aún se conserva en algunas familias patriarcales. La novia se sonrojó hasta la médula. Pero su turbación llegó al límite cuando Peyrehorade, una vez que pidió silencio, le cantó algunos versos en catalán, según él, improvisados. Helos aquí, si no entendí mal:

—¿Qué es esto, amigos míos? ¡El vino que he bebido me hace ver doble! Hay dos Venus aquí…

El novio volvió bruscamente la cabeza, desconcertado, cosa que hizo reír a todo el mundo.

—Sí, continuó Peyrehorade, hay dos Venus bajo mi techo. A una, la encontré bajo tierra, como una trufa; la otra, que ha bajado del cielo, acaba de repartirnos su cinturón.

Quería decir su liga.

—Hijo mío, elige la Venus que prefieras, la romana o la catalana. El muy pícaro se queda con la catalana y se lleva la mejor parte. La romana es negra y la catalana es blanca. La romana es fría, la catalana inflama todo lo que se le acerca.

Este final provocó tales hurras, tan estrepitosos aplausos, y risas tan escandalosas, que creí que el techo iba a desplomarse sobre nuestras cabezas. En la mesa solo había tres caras serias, las de los novios y la mía. A mí me dolía la cabeza, y, además, las bodas siempre me han entristecido. Esta boda, por otra parte, me desagradaba un poco.

Una vez que el teniente de alcalde cantó las últimas parrafadas, que eran bastante picantes, dicho sea de paso, pasamos al salón para ver la salida de la novia, que iba a ser acompañada enseguida a su habitación, pues era cerca de la medianoche.

Alphonse me llevó al hueco de una ventana y me dijo apartando los ojos:

—Se burlará usted de mí, pero no sé qué me pasa… ¡estoy embrujado!, ¡que el diablo me lleve!

Lo primero que se me ocurrió fue que se creía amenazado por alguna desgracia de las que hablan Montaigne y Mme. de Sévigné: «Todo imperio amoroso está lleno de historias trágicas, etc…».

«Creí que este tipo de hechos solo le ocurrían a las personas inteligentes», me dije a mí mismo.

—Ha bebido usted demasiado vino de Colliure, mi querido Alphonse —le dije—, ya se lo advertí.

—Sí, quizá, pero hay algo mucho más terrible.

Tenía la voz entrecortada. Le creí completamente borracho.

—Mi anillo… ya sabe… —siguió, tras un silencio.

—¿Y qué?, ¿se lo han robado?

—No.

—Entonces ¿lo tiene usted?

—No…, yo…, no puedo quitárselo del dedo a esa maldita Venus.

—Bueno, no habrá tirado con fuerza.

—Claro que sí, pero la Venus, ha doblado el dedo.

Me miraba fijamente, despavorido, apoyándose en la falleba para no caerse.

—Vaya historia —le dije—, eso es que encajó demasiado el anillo. Mañana lo sacaremos con unas tenazas, pero con cuidado de no estropear la estatua.

—Le digo que no. El dedo de la Venus está doblado, contraído; aprieta la mano ¿comprende?… Es mi esposa… por lo que se ve, puesto que le he dado mi anillo… y no quiere devolverlo.

Sentí un escalofrío de repente, y por un momento se me puso la carne de gallina. Luego, al suspirar él me llegó una bocanada de vino y desapareció toda la emoción.

«Este miserable», pensé, «está completamente borracho».

—Usted es arqueólogo —siguió el novio en tono lastimoso—, conoce este tipo de estatuas, hay quizá algún resorte, alguna brujería que

yo no conozco… ¿y si fuera usted a ver?

—De acuerdo —dije— venga conmigo.

—No, sugiero que vaya solo.

Salí del salón.

El tiempo había cambiado durante la cena y empezaba a llover con fuerza. Iba a pedir un paraguas cuando un pensamiento me detuvo. Sería un idiota si fuese a comprobar lo que me ha dicho un borracho. Además, por otra parte, lo mismo ha querido gastarme una broma pesada para hacer reír a esos honrados provincianos; y lo menos que puede pasarme es que me cale hasta los huesos y agarre un buen resfriado.

Desde la puerta eché un vistazo a la estatua chorreante de agua y subí a mi habitación sin volver por el salón. Me acosté, pero no conseguía conciliar el sueño. Recordaba todas las escenas del día. Pensaba en aquella jovencita tan hermosa y tan pura abandonada en manos de un borracho brutal. ¡Qué cosa tan odiosa, me decía, un matrimonio de conveniencia! Un alcalde se pone una faja tricolor, un cura una estola, y la joven más honesta del mundo se entrega al Minotauro. Dos seres que no se aman ¿qué pueden decirse en semejante momento que dos amantes comprarían por el precio de su vida? ¿Puede una mujer amar alguna vez a un hombre al que ha visto comportarse de forma grosera? Ciertamente, las primeras impresiones no se borran, y estoy seguro de que este señor Alphonse merece ser odiado…

Durante mi monólogo, que abrevio bastante, había escuchado idas y venidas en la casa, puertas que se abrían y cerraban, coches que partían; luego me pareció oír en la escalera los pasos ligeros de algunas mujeres que se dirigían hacia el extremo opuesto del corredor. Era probablemente el cortejo de la novia que la acompañaba a la cama. Luego bajaron la escalera. La puerta de la señora de Peyrehorade se había cerrado. «Esta pobre chica», me dije, «¡debe estar tan turbada e incómoda!». Me revolví en la cama malhumorado. Un solterón no pinta nada en una casa donde se consuma una boda.

Se había hecho el silencio hacía un buen rato cuando se vio turbado por unos graves pasos que subían la escalera.

Los peldaños de madera crujieron estrepitosamente.

—¡Ese necio! Apuesto a que se cae por la escalera.

Volvió la calma. Cogí un libro para distraer un poco mis pensamientos. Era una estadística de la región, que incluía un informe de Peyrehorade sobre los monumentos druidas del distrito de Prades. Me dormí en la tercera página.

Dormí mal y me desperté varias veces. Serían las cinco de la mañana y yo llevaba ya despierto más de veinte minutos cuando cantó el gallo. Iba a amanecer. Entonces oí claramente los mismos graves pasos, el mismo crujir de la escalera que había oído antes de dormirme. Me pareció extraño. Intenté, mientras bostezaba, imaginar por qué Alphonse madrugaba tanto. No se me ocurrió nada verosímil. Iba a cerrar los ojos de nuevo, cuando extrañas pisadas apresuradas, y a poco mezcladas con timbres y ruido de puertas cerradas con estrépito llamaron mi atención, luego distinguí unos gritos confusos.

«¡Ese borracho habrá prendido fuego en alguna parte!», pensé saltando de mi cama.

Me vestí rápidamente y salí al corredor.

Del extremo opuesto salían gritos y lamentos, y una voz desgarradora dominaba sobre todas las demás: «¡Mi hijo! ¡Mi hijo!». Era evidente que alguna desgracia le había ocurrido a Alphonse. Corrí a la habitación nupcial: estaba llena de gente.

Lo primero que vi fue a aquel joven a medio desvestir atravesado en la cama cuyas maderas estaban rotas. Estaba lívido, inmóvil. Su madre lloraba y gritaba junto a él. Peyrehorade, nervioso, le frotaba las sienes con agua de colonia, o le ponía sales bajo la nariz. Por desgracia hacía ya rato que su hijo estaba muerto. En un sofá, en el otro extremo de la habitación, estaba la novia presa de horribles convulsiones. Profería gritos inarticulados y dos robustas criadas tenían dificultades para contenerla.

—¡Dios mío! —exclamé— ¿qué ha pasado? Me acerqué a la cama y levanté el cuerpo del desgraciado joven; estaba ya rígido y frío. Sus dientes apretados y su rostro ennegrecido revelaban la más horrible angustia. Parecía que su muerte había sido violenta y terrible su agonía. No había, sin embargo, rastros de sangre en sus ropas. Abrí su camisa y

vi en su pecho una marca roja que se prolongaba en su costado y en la espalda. Se diría que había sido estrujado por un círculo de hierro. Pisé algo duro que había en la alfombra; me agaché y vi el anillo de diamantes.

Llevé a Peyrehorade y a su mujer a su habitación; luego hice venir a la novia.

—Todavía les queda una hija —les dije—, le deben ustedes cuidados.

Luego les dejé solos.

No me parecía extraño que Alphonse hubiera sido víctima de un asesinato, cuyos autores habían encontrado el modo de introducirse por la noche en la habitación de la novia. Aquellas magulladuras en el pecho, su sentido circular, me preocupaban, pues ni un bastón ni una barra de hierro podían haberlas producido. De repente recordé haber oído contar que en Valencia los asesinos a sueldo utilizaban largos sacos de cuero llenos de arena para matar a la gente por cuya muerte habían cobrado. Inmediatamente pensé en el mulero aragonés y en su amenaza; sin embargo, apenas osaba creer que se hubiera tomado tan terrible venganza por una simple broma.

Recorrí la casa, buscando alguna entrada que hubieran forzado, sin encontrar nada. Bajé al jardín para ver si los asesinos se habían introducido por allí, pero no encontré ningún indicio seguro. Por otra parte, la lluvia de la víspera había inundado la tierra, de tal forma que no habría guardado huella alguna. Observé, no obstante, algunos pasos profundamente marcados en la tierra: los había en dos direcciones opuestas, pero sobre una misma línea, saliendo del ángulo del seto contiguo al frontón y que terminaban en la puerta de la casa. Podía tratarse de los pasos de Alphonse cuando fue a buscar su anillo en el dedo de la estatua. Por otro lado, el seto en aquel lugar era menos denso, y los asesinos lo habrían franqueado por aquel punto. Pasando una y otra vez delante de la estatua me detuve un instante a observarla. En esta ocasión, lo confieso, no pude contemplarla sin sentir un escalofrío ante su expresión de maldad irónica; y, con la cabeza llena de las terribles escenas de que había sido testigo, me pareció ver a una divinidad infernal regocijándose en la desgracia que había tenido lugar en aquella casa.

Volví a mi habitación y permanecí allí hasta mediodía. Salí entonces a pedir noticias a mis anfitriones. Estaban más tranquilos. La señorita Puygarrig, debería decir la viuda de Alphonse, había recobrado el conocimiento. Incluso había hablado con el procurador del rey en Perpiñán, que estaba de visita en Ille, y aquel magistrado había recibido su declaración. Me pidió la mía. Le dije lo que sabía, y no le oculté mis sospechas contra el mulero aragonés. Ordenó inmediatamente su detención.

—¿Le ha dicho algo la mujer de Alphonse? —pregunté al procurador del rey, una vez escrita y firmada mi declaración.

—Esa desdichada joven se ha vuelto loca —dijo sonriendo tristemente—. ¡Loca!, ¡completamente loca! Mire lo que cuenta:

«Se había acostado, dice, hacía algunos minutos, y había corrido las cortinas, cuando se abrió la puerta de la habitación y entró alguien. En aquel momento ella estaba en el espacio que hay entre la cama y la pared, con la cara vuelta hacia la pared. No se movió convencida de que era su marido. Al cabo de un rato la cama crujió como si hubiera soportado un peso enorme. Tuvo mucho miedo pero no se atrevió a volver la cabeza. Transcurrieron así cinco minutos, diez quizá… no puede calcular el tiempo. Luego, ella hizo un movimiento involuntario, o bien lo hizo la persona que estaba en la cama y sintió el contacto de algo frío como el hielo, según expresiones suyas. Se acurrucó más en el espacio entre la cama y la pared, temblando. Poco después, la puerta se abrió por segunda vez y alguien entró diciendo: "Buenas noches, mujercita mía"». Un instante después descorrieron las cortinas y ella oyó un grito ahogado. La persona que estaba en la cama junto a ella se incorporó y pareció extender los brazos hacia delante. Ella volvió entonces la cabeza… y vio, dice, a su marido arrodillado junto al lecho, con la cabeza a la altura de la almohada, entre los brazos de una especie de gigante verdoso que le estrujaba con fuerza. Dice, ¡y me lo ha repetido veinte veces, la pobre mujer!… dice que reconoció, ¿lo adivina usted?, a la Venus de bronce, la estatua del señor de Peyrehorade… Todo el mundo habla de ella en la región. Pero sigo con la narración de esa desdichada loca. Al ver aquello, perdió el sentido, y es probable que instantes antes hubiera perdido la

razón. De cualquier manera, no sabe decir cuánto tiempo permaneció desvanecida. Al volver en sí, vio de nuevo al fantasma o la estatua, como dice constantemente, a la estatua inmóvil, con las piernas y la parte inferior del cuerpo en la cama, el busto y los brazos extendidos hacia adelante, y entre sus brazos su marido, que no se movía. Cantó el gallo. Entonces la estatua se bajó de la cama, dejó caer el cadáver y salió. Ella se colgó de la campanilla, y lo demás ya lo sabe usted.

Trajeron al español; estaba tranquilo y se defendió con sangre fría y presencia de ánimo. No negó la amenaza que yo había oído; pero lo explicaba diciendo que se refería a que al día siguiente, cuando hubiera descansado, habría ganado una partida de frontón a su vencedor. Recuerdo que añadió:

—Un aragonés ofendido no espera al día siguiente para vengarse. Si hubiera creído que el señor Alphonse había querido insultarme le habría hundido mi cuchillo en el vientre.

Se compararon sus zapatos con las huellas de los pasos en el jardín. Sus zapatos eran mucho más grandes.

Finalmente, el hospedero en cuya casa se alojaba el hombre, aseguró que se había pasado toda la noche dando friegas y medicinas a una de sus mulas que estaba enferma.

Por lo demás, aquel aragonés era un hombre de buena reputación, conocido en la zona, ya que venía cada año para comerciar. De modo que le dejaron ir, pidiéndole disculpas.

Había olvidado la declaración de un criado, la última persona que había visto a Alphonse con vida. Cuando iba a subir a la habitación de su mujer, le llamó para preguntarle, con un aire inquieto, si sabía dónde estaba yo. El criado contestó que no me había visto. Entonces Alphonse suspiró y permaneció más de un minuto sin hablar, luego dijo: «¡Vaya!, ¡el diablo se lo habrá llevado también!».

Pregunté a aquel hombre si Alphonse llevaba el anillo de diamantes cuando habló con él. El criado vaciló antes de contestar. Por fin dijo que creía que no, pero que tampoco se había fijado.

—Si hubiera llevado el anillo en el dedo —añadió sobreponiéndose— me habría llamado la atención, pues creía que se lo había dado a su mujer.

Al interrogar a aquel hombre noté en cierto modo el supersticioso temor que la declaración de la mujer de Alphonse había propagado por toda la casa. El procurador del rey me miró sonriendo, y no insistí más.

Unas horas después del funeral de Alphonse me dispuse a partir de Ille. El coche de Peyrehorade me conduciría a Perpiñán. A pesar de su debilidad, el pobre viejo quiso acompañarme hasta la puerta de su jardín. Lo cruzamos en silencio, él arrastrando los pies, apoyado en mi brazo. En el momento de separarnos miré por última vez a la Venus. Presentía que mi anfitrión, si bien no compartía el temor y el odio que la Venus inspiraba a parte de su familia, querría deshacerse de un objeto que le recordaba constantemente tan horrible desgracia. Yo tenía la intención de sugerirle que la cediera a un museo. Dudaba si entrar en el tema cuando Peyrehorade volvió maquinalmente la cabeza hacia donde me veía mirar fijamente. Vio la estatua y rompió a llorar. Le abracé, y sin atreverme a decir nada, subí al coche.

Desde mi partida no he sabido que luz alguna haya aclarado tan misteriosa desgracia.

El señor de Peyrehorade murió algunos meses después. En su testamento me legó sus manuscritos, que algún día publicaré. No he encontrado entre ellos el informe relativo a las inscripciones de la Venus.

P. S. Mi amigo el señor de P. acaba de escribirme desde Perpiñán diciéndome que la estatua ya no existe. Tras la muerte de su marido la primera preocupación de la señora de Peyrehorade fue hacerla fundir en una campana, y bajo esa forma se encuentra en la iglesia de Ille. «Pero —añade el señor de P.—, parece que la mala suerte persigue a quienes poseen ese bronce. Desde que esa campana dobla en Ille, los viñedos se han helado dos veces».

EL FANTASMA Y EL ENSALMADOR

John Sheridan Le Fanu

(The Ghost and the Bonesetter, 1838)

Del más famoso autor de historias de fantasmas de la literatura inglesa victoriana, John Sheridan Le Fanu (Dublín, 1814-1873; era irlandés protestante, descendiente de hugonotes franceses), presentamos un cuento juvenil, probablemente el primero que publicó. The Ghost and the Bonesetter está a medio camino entre el cuento fantástico de escuela «gótica» y la transcripción de una leyenda del folklore local. El hombre «sin miedo» que pasa la noche en un castillo dominado por un fantasma, es un viejo tema de las fábulas populares de todos los países. En la narración de Le Fanu, a este tema se le incorpora una tradición irlandesa por la cual el último enterrado en un cementerio debe ir a buscar agua para los muertos más antiguos, que sufren de sed por las llamas del purgatorio. Si dos funerales se desarrollan a un tiempo, tiene lugar, como efecto de esta creencia, una carrera entre ambos para que el muerto que llegue el último se encargue de la penosa obligación. (Guido Almansi, señalando este episodio, recuerda el funeral a todo correr en Entr'acte de René Clair).

El original está escrito según la pronunciación angloirlandesa; su espíritu se encuentra por completo en el tono de narración oral. Es uno de los pocos cuentos de Le Fanu dominados por la ironía.

AL revisar los papeles de mi respetado y apreciado amigo Francis Purcell, que hasta el día de su muerte y por espacio de casi cincuenta años desempeñó las arduas tareas propias de un párroco en el sur de Irlanda, encontré el documento que presento a continuación. Como este había muchos, pues era coleccionista curioso y paciente de antiguas tradiciones locales, materia muy abundante en la región en la que habitaba. Recuerdo que recoger y clasificar estas leyendas constituía un

pasatiempo para él; pero no tuve noticia de que su afición por lo maravilloso y lo fantástico llegara al extremo de incitarle a dejar constancia escrita de los resultados de sus investigaciones hasta que, bajo la forma de legado universal, su testamento puso en mis manos todos sus manuscritos. Para quienes piensen que el estudio de tales temas no concuerda con el carácter y la costumbres de un cura rural, es conveniente resaltar que existía una clase de sacerdotes —los de la vieja escuela, clase casi extinta en la actualidad—, de costumbres más refinadas y de gustos más literarios que los de los discípulos de Maynooth.

Tal vez haya que añadir que en el sur de Irlanda está muy extendida la superstición que ilustra el siguiente relato, a saber, que el cadáver que ha recibido sepultura más recientemente, durante la primera etapa de su estancia contrae la obligación de proporcionar agua fresca para calmar la sed abrasadora del purgatorio a los demás inquilinos del camposanto en el que se encuentra. El autor puede dar fe de un caso en el que un agricultor próspero y respetable de la zona lindante con Tipperary apenado por la muerte de su esposa, introdujo en el féretro dos pares de abarcas, unas ligeras y otras más pesadas, las primeras para el tiempo seco y las segundas para la lluvia, con el fin de aliviar las fatigas de las inevitables expediciones que habría de acometer la difunta para buscar agua y repartirla entre las almas sedientas del purgatorio. Los enfrentamientos se tornan violentos y desesperados cuando, casualmente, dos cortejos fúnebres se aproximan al mismo tiempo al cementerio, pues cada cual se empeña en dar prioridad a su difunto para sepultarle y liberarle de la carga que recae sobre quien llega el último. No hace mucho sucedió que uno de los dos cortejos, por miedo a que su amigo difunto perdiera esa inestimable ventaja, llegó al cementerio por un atajo y, violando uno de sus prejuicios más arraigados, sus miembros lanzaron el ataúd por encima del muro para no perder tiempo entrando por la puerta. Se podrían citar numerosos ejemplos, y todos ellos pondrían de manifiesto cuán arraigada se encuentra esta superstición entre los campesinos del sur. Pero no entretendré al lector con más preliminares y procederé a presentarle el siguiente:

Extracto de los manuscritos del difunto reverendo Francis Purcell, de Drumcoolagh.

«Voy a contar la siguiente historia con todos los detalles que recuerdo y con las propias palabras del narrador. Tal vez sea necesario destacar que se trataba de un hombre, como se suele decir, *bien hablado*, pues durante mucho tiempo enseñó las artes y las ciencias liberales que a su juicio era conveniente que conocieran los despiertos jóvenes de su parroquia natal, circunstancia esta que podría explicar la aparición de ciertas palabras altisonantes en el transcurso de la presente narración, más destacables por su eufonía que por la corrección con que se emplean. Sin más preámbulos, procedo a presentar ante ustedes las fantásticas aventuras de Terry Neil.

»Pues es una historia rara, y tan cierta como que yo estoy vivo, y hasta me atrevería a decir que no hay nadie en las siete parroquias que pueda contarla ni mejor ni con más claridad que yo, porque le pasó a mi padre y la he oído de su propia boca cien veces. Y no es porque fuera mi padre, pero puedo decir con orgullo que la palabra de mi padre era tan indigna de crédito como el juramento de cualquier noble del país. Tanto es así que cuando algún pobre hombre se metía en líos, siempre era él quien iba de testigo a los tribunales. Pero bueno, eso da igual. Era el hombre más honrado y más sobrio de los alrededores, aunque, eso sí, le gustaba un poco demasiado empinar el codo. No había en todo el pueblo nadie mejor dispuesto para trabajar y cavar, y era muy mañoso para la carpintería y para arreglar muebles viejos y cosas por el estilo. Y como es natural, también le dio por componer huesos, porque no había nadie como él para ajustar la pata de un taburete o de una mesa, y puedo asegurar que nunca hubo ensalmador con tantísima clientela, hombres y niños, jóvenes y viejos. No ha habido en el mundo nadie que arreglara mejor un hueso roto. Pues bien, Terry Neil, que así se llamaba mi padre, viendo que el corazón se le ponía cada día más ligero y la cartera más pesada, cogió unas tierrecitas que pertenecían al señor de Phelim, debajo del viejo castillo, un sitio bien majo. Ya fuera de noche o de día, iban a

verle pobres desgraciados de toda la región con las piernas y los brazos rotos, que no podían ni apoyar siquiera un pie en el suelo, para que les juntara los huesos.

»Todo marchaba muy bien, señoría, pero era costumbre que cuando *Sir* Phelim salía al campo, unos cuantos arrendatarios suyos vigilasen el castillo, como una especie de homenaje a la vieja familia, y la verdad, era un homenaje muy desagradable para ellos, porque todo el mundo sabía que en el castillo había algo raro. Al decir de los vecinos, el abuelo de *Sir* Phelim, que Dios tenga en su gloria, era un caballero de los pies a la cabeza pero le daba por pasear en mitad de la noche, igual que lo hacemos usted o yo, y que Dios quiera que sigamos haciendo, desde el día que se le reventó una vena cuando sacaba un corcho de una botella. Pero a lo que vamos: el señor se salía del cuadro en el que estaba pintado su retrato, rompía todos los vasos y botellas que se le ponían por delante y se bebía lo que tuvieran, cosa que no es de extrañar. Si por casualidad entraba alguien de la familia, volvía a subirse a su sitio con cara de inocente, como si no supiera nada de nada, el muy sinvergüenza.

»Pues bien, señoría, como iba diciendo, una vez los del castillo fueron a Dublín a pasar una o dos semanas, así que, como de costumbre, varios arrendatarios fueron a vigilar el castillo, y a la tercera noche le tocó el turno a mi padre.

»"Maldita sea" se dijo para sus adentros. "Tengo que pasar en vela toda la noche, y encima con ese espíritu vagabundo, que Dios confunda, dando la tabarra por la casa y haciendo perrerías". Pero como no había forma de librarse de aquello, hizo de tripas corazón y allá que se fue a la caída de la noche, con una botella de *whisky* y otra de agua bendita.

»Llovía bastante y estaba todo oscuro y tenebroso cuando llegó mi padre. Se echó un poco de agua bendita por encima y, al poco tiempo, tuvo que beberse un vaso de *whisky* para entrar en calor. Le abrió la puerta el viejo mayordomo, Lawrence O'Connor, que siempre se había llevado bien con mi padre. Así que al ver quien era y que mi padre le dijo que le tocaba a él vigilar en el castillo, el mayordomo se ofreció a velar con él. Estoy seguro de que a mi padre no le pareció mal. Larry le dijo:

»—Vamos a encender fuego en el salón.

»—¿No será mejor en el comedor? —contesta mi padre, porque sabía que el retrato del señor estaba en el salón.

»—No se puede encender fuego en el comedor, porque en la chimenea hay un nido de grajillas —dice Lawrence.

»—Pues entonces vamos a la cocina, porque no me parece bien que una persona como yo esté en el salón —va y dice mi padre.

»—Venga, Terry —dice Lawrence—. Si vamos a mantener la vieja costumbre, más vale hacerlo como Dios manda.

»"¡Al diablo con las costumbres!", dijo mi padre, pero para sus adentros, a ver si me entiende, porque no quería que Lawrence notara que tenía miedo.

»—Bueno, como a ti te parezca, Lawrence —dice—, y bajaron a la cocina hasta que prendiera la leña en el salón, para lo que no tuvieron que esperar mucho.

»Al poco rato subieron otra vez y se sentaron cómodamente junto a la chimenea del salón y se pusieron a charlar, fumando y bebiendo a sorbitos el *whisky*, con un buen fuego de leña y turba para calentarse las piernas.

»Pues señor, como iba diciendo, estuvieron hablando y fumando tan a gusto hasta que Lawrence empezó a quedarse dormido, como solía pasarle con frecuencia, porque era un criado viejo acostumbrado a dormir mucho.

»—Pero hombre, ¿será posible que te estés durmiendo? —dice mi padre.

»—No digas bobadas —le contesta Larry—. Es que cierro los ojos para que no me entre el humo del tabaco, que me hace llorar. Así que no te metas donde no te llaman —le dice muy tieso (porque el hombre tenía una panza enorme, que Dios le tenga en su gloria)—, y continúa con lo que me estabas contando, que te escucho —le dice, cerrando los ojos.

»Cuando mi padre se dio cuenta de que no servía de nada hablarle, siguió con la historia de Jim Sullivan y su cabra, que es lo que estaba contando. Era una historia bien bonita, y tan entretenida que podría haber despertado a un lirón y aún más a un simple cristiano que se estaba quedando dormido. Pero, según como lo contaba mi padre, creo que

jamás se ha oído nada por el estilo, porque le ponía toda el alma, como si le fuera en ello la vida, porque quería que Larry se mantuviera despierto. Pero no le sirvió de nada, porque le invadió el sueño, y antes de que terminara de contar la historia, Larry O'Connor se puso a roncar como un condenado.

»—¡Maldita sea! —dice mi padre—. Este tipo es imposible, es capaz de dormirse en la misma habitación en la que ronda un espíritu. Que Dios nos coja confesados —dice, y fue a sacudir a Lawrence para espabilarlo, pero cayó en la cuenta de que si lo despertaba, seguramente se iría a la cama y lo dejaría completamente solo, lo que sería todavía peor.

»"En fin, no molestaré al pobre hombre" —pensó mi padre—. "No estaría bien interrumpirle ahora que se ha quedado dormido. Ojalá estuviera yo igual que él".

»Así que se puso a pasear por la habitación, rezando, hasta que rompió a sudar, con perdón. Pero como no le servía de nada, se bebió lo menos medio litro de alcohol para darse ánimos.

»"Ojalá estuviera tan tranquilo como Larry" —se dijo—. "A lo mejor me duermo si me pongo a ello".

»Y al tiempo que lo pensaba arrastró un sillón grande hasta el de Lawrence y se acomodó lo mejor que pudo.

»Pero se me olvidaba contarle una cosa muy rara. Aunque no quería hacerlo, de vez en cuando miraba al cuadro, y se dio cuenta de que los ojos del retrato le seguían a todas partes y lo miraban fijamente y hasta le hacían guiños. Al ver aquello pensó: "Maldita sea mi suerte y el día en que se me ocurrió venir aquí. Pero nada vale lamentarse. Si tengo que morir, más vale armarse de valor".

»Pues bien, señoría, intentó tranquilizarse y hasta llegó a pensar que a lo mejor se había quedado dormido, pero lo desengañó el ruido de la tormenta, que hacía crujir las grandes ramas de los árboles y silbaba por el tiro de las chimeneas del castillo. Una vez, el viento dio tal bufido que le pareció que se iban a desmoronar los muros del castillo de lo fuerte que los sacudió. De repente acabó la tormenta, y la noche se quedó de lo más apacible, como en pleno mes de julio. No habrían pasado más de

tres minutos cuando le pareció oír un ruido sobre la repisa de la chimenea. Mi padre abrió una pizca los ojos y vio con toda claridad que el viejo señor salía del cuadro poco a poco, como si se estuviera quitando la chaqueta. Se apoyó en la repisa y puso los pies en el suelo. Y entonces, el viejo zorro, antes de seguir adelante, se paró un rato para ver si los dos hombres dormían, y cuando creyó que todo estaba en orden, estiró un brazo y agarró la botella de *whisky*, y se bebió por lo menos medio litro. Cuando quedó satisfecho dejó la botella en el mismo sitio de antes con todo el cuidado del mundo y se puso a pasear por la habitación, tan sobrio como si no hubiera bebido ni una gota de alcohol. Cada vez que se paraba junto a él, a mi padre se le venía un olor a azufre, y le entró un miedo espantoso, porque sabía que es azufre precisamente lo que se quema en el infierno, con perdón. Se lo había oído contar muchas veces al padre Murphy, que tenía que saber lo que pasa allí. El pobre ya ha muerto, que Dios lo tenga en su gloria. Mire usted, señoría, mi padre estuvo bastante tranquilo hasta que se le acercó el espíritu. Madre mía, le pasó tan cerca que el olor a azufre le dejó sin respiración y le dio un ataque de tos tan fuerte que casi se cayó del sillón en que estaba.

»—¡Vaya, vaya! —dice el señor parándose a poco más de dos pasos de mi padre y volviéndose para mirarlo—. De modo que eres tú, ¿eh? ¿Qué tal te va, Terry Neil?

»—A su disposición, señoría —dice mi padre (cuando se lo permitió el susto que tenía, porque estaba más muerto que vivo)—. Me alegro de ver a su señoría.

»—Terence —dice el señor—, eres un hombre respetable (cosa que es cierta), trabajador y sobrio, un verdadero ejemplo de embriaguez para toda la parroquia.

»—Gracias, señoría —respondió mi padre, cobrando ánimos—. Usted siempre ha sido un caballero muy atento. Que Dios tenga en su gloria a su señoría.

»—¿Que Dios me tenga en su gloria? —dice el espíritu (poniéndosele la cara roja de ira)—. ¿Que Dios me tenga en su gloria? Pero ¡serás cretino y bruto! ¿Qué modales son esos? —dice—. Yo no tengo la culpa de estar muerto, y la gente como tú no tiene que

restregármelo por las narices a la primera de cambio —dice, dando una patada tan fuerte en el suelo que casi rompió la madera.

»—No soy más que un pobre hombre, tonto e ignorante —le dice mi padre.

»—Desde luego que sí —dice el señor—, pero para escuchar tus tonterías y hablar con gente como tú no me molestaría en subir hasta aquí, quiero decir en bajar —dice, y a pesar de lo pequeño que fue el error, mi padre se dio cuenta—. Escúchame bien, Terence Neil —dice—. Siempre fui un buen amo para Patrick Neil, tu abuelo.

»—Sí que es verdad —dice mi padre.

»—Y además, creo que siempre fui un caballero correcto y sensato —dice el otro.

»—Así es como yo lo llamaría, sí señor —dice mi padre (aunque era una mentira muy gorda, pero ¡a ver qué iba a hacer!).

»—Pues aunque fui tan sobrio como la mayoría de los hombres, o al menos como la mayoría de los caballeros, y aunque en algunas épocas fui un cristiano tan extravagante como el que más, y caritativo e inhumano con los pobres —va y dice—, no me encuentro muy a gusto donde vivo ahora, que sería lo suyo.

»—Sí que es una lástima —dice mi padre—. A lo mejor su señoría debería hablar con el padre Murphy…

»—Calla la boca, deslenguado —dice el señor—. No es en mi alma en lo que estoy pensando. No sé cómo te atreves a hablar de almas con un caballero. Cuando quiera arreglar eso, iré a ver a quien se ocupa de estas cosas. No es mi alma lo que me molesta —dice sentándose frente a mi padre—. Lo que tengo mal es la pierna derecha, la que me rompí en Glenvarloch el día en que maté a Barney.

»(Más adelante, mi padre se enteró de que era uno de sus caballos preferidos, que se cayó debajo de él al saltar la valla que bordea la cañada).

»—¿No será que su señoría se siente incómodo por haberlo matado?

»—Calla la boca, estúpido —dice el señor—. Ahora te explico por qué me molesta la pierna —dice—. En el lugar en que paso la mayor parte del tiempo, a no ser los pocos ratos que me quedan para dar una

vuelta por aquí, tengo que andar mucho, cosa a la que no estaba acostumbrado antes —dice—; y no me sienta nada bien, porque sabrás que a la gente con la que estoy le gusta muchísimo el agua, porque no hay nada mejor para la sed y, además, allí hace demasiado calor —dice—. Tengo la obligación de llevarles agua, aunque la verdad es que yo me quedo con muy poca. Te puedo asegurar que es una tarea complicada, porque esa gente parece estar seca y se la beben toda en cuanto la llevo. Pero lo que me lleva a mal traer es lo débil que tengo la pierna y, para abreviar, lo que quiero es que le des un par de tirones para ponerla en su sitio.

»—Pues, señoría, yo no me atrevería a hacerle una cosa así a su señoría —dice mi padre (porque no le apetecía lo más mínimo tocar al espíritu)—. Solo lo hago con pobres hombres como yo.

»—No seas pelotillero —dice el señor—. Aquí tienes la pierna —dice, levantándola hacia mi padre—. Dale un buen tirón, porque si no lo haces, te juro por todos los poderes inmortales que no te dejaré un solo hueso sano.

»Cuando mi padre oyó aquello, comprendió que no le iba a servir de nada resistirse, así que cogió la pierna y se puso a tirar hasta que la cara se le cubrió de sudor, bendito sea Dios.

»—Tira fuerte, imbécil —dice el señor.

»—Como mande su señoría —dice mi padre.

»—Más fuerte —dice el señor.

»Y mi padre tiró con todas sus fuerzas.

»—Voy a beber un traguito para darme ánimos —dice el señor, acercando la mano a la botella y dejando caer todo el peso del cuerpo. Pero, con todo lo listo que era, metió la pata, porque cogió la otra botella—. A tu salud, Terence —dice—, y sigue tirando con todas tus fuerzas —levantó la botella de agua bendita, pero casi no se la había acercado a los labios cuando soltó un grito tan grande que pareció como si la habitación fuera a hacerse pedazos, y pegó tal sacudida que mi padre se quedó con la pierna en las manos. El señor dio un salto por encima de la mesa, y mi padre salió volando hasta el otro extremo de la habitación y se cayó de espaldas en el suelo. Cuando volvió en sí, el alegre sol de la

mañana se colaba por las contraventanas, y él estaba tumbado de espaldas en el suelo. Tenía agarrada un pata de una silla que se había desprendido, y el viejo Larry seguía dormido como un tronco y roncando. Aquella mañana, mi padre fue a ver al padre Murphy, y desde ese día hasta el de su muerte no dejó de confesarse ni de ir a misa, y, como hablaba poco de lo que le había pasado, la gente le creía más. En cuanto al señor, o sea el espíritu, no se sabe si porque no le gustó lo que bebió o porque perdió una pierna, el caso es que nadie le volvió a ver deambular».

VOLUMEN SEGUNDO: LO FANTÁSTICO COTIDIANO

EL CORAZÓN REVELADOR

Edgar Allan Poe

(The Tale-Tell Heart, 1843)

¿Cómo representar en nuestra antología a un autor como Poe (1809-1849) que es, dentro de la narrativa fantástica del siglo XIX, la figura central, la más famosa y representativa? La elección obvia sería La caída de la Casa Usher (1839), que encierra todas las características típicas de nuestro autor: la casa desmoronadiza de la que sale un aura de disolución, la mujer exangüe, el hombre absorto en estudios esotéricos, el enterramiento prematuro, la muerta que sale de la tumba. Después, toda la literatura del decadentismo se ha nutrido abundantemente de estos motivos; y el cine, desde sus orígenes, los ha divulgado hasta la saciedad.

He querido, en cambio, que al principio de este segundo volumen figurase otro Poe, el que inaugura un nuevo tipo de relato fantástico, obtenido con medios muy limitados, que dominará la segunda mitad del siglo: el relato fantástico completamente mental y psicológico.

Considero que The Tale-Tell Heart, monólogo interior de un asesino, es la obra maestra de Poe. El asesino se encuentra en la habitación de su víctima, escondido en la oscuridad; la víctima es un viejo asustado que mantiene abierto un ojo. La existencia del anciano solo se manifiesta a través de ese ojo («un ojo de buitre») y del latido de su corazón o, al menos, de lo que el asesino cree que es el latido del corazón del viejo, que seguirá obsesionándole incluso después del delito.

ES verdad, soy nervioso, exageradamente nervioso, lo he sido siempre y lo seguiré siendo; pero ¿por qué decís que estoy loco? La enfermedad ha agudizado mis sentidos, mas no los ha destruido ni embotado. Sobre todo era el oído el que tenía más sensible. He oído cuanto pasaba en el cielo y en la tierra. He oído muchas cosas del infierno. ¿Cómo, entonces,

puedo estar loco? ¡Prestad atención!, y observad con qué serenidad, con qué calma puedo contaros toda la historia.

Es imposible decir cómo entró la idea por primera vez en mi cerebro; pero una vez concebida, me acosó día y noche. Móvil, no lo había. Pasión, no la sentía. Yo quería al viejo. Nunca me hizo daño. Nunca me insultó. Yo no deseaba su dinero. Creo que era su ojo. ¡Sí, eso era! Su ojo era como el de un buitre —un ojo azul pálido, cubierto por una nube—. Cada vez que me miraba se me helaba la sangre; así que, poco a poco —muy gradualmente—, concebí la idea de quitarle la vida al viejo, librándome de su ojo para siempre.

Ahora viene lo más importante. Vosotros pensáis que estoy loco. Los locos no saben nada de nada. Pero me tendríais que haber visto. Tendríais que haber visto con qué sabiduría procedí —con cuánta cautela, con cuánta precaución—, con qué disimulo llevé a cabo mi obra. Nunca me mostré más amable con el viejo que durante toda la semana que precedió a mi crimen y cada noche, hacia las doce, giraba el picaporte de su puerta y la abría —¡cuán suavemente!—. Y entonces, cuando la había abierto lo suficiente como para que cupiera mi cabeza introducía una linterna sorda, totalmente cerrada, cerrada, de manera que no se filtrara ninguna luz, y entonces asomaba la cabeza. ¡Os hubierais reído al ver la habilidad con que lo hacía! La movía lentamente —muy muy lentamente—, para no perturbar el sueño del viejo. Tardaba hasta una hora en introducir toda mi cabeza por la rendija, de manera que pudiera verle tendido en su cama. ¿Hubiera un loco actuado con mayor sensatez? Y entonces, con mi cabeza ya dentro de la habitación, abría mi linterna con cuidado —con sumo cuidado—, cuidado (porque los goznes chirriaban). La abría solo lo justo para que un único y delgado rayo de luz se proyectase sobre el ojo de buitre. Eso lo estuve haciendo durante siete largas noches —siempre a medianoche— pero siempre encontraba cerrado el ojo y me resultaba imposible llevar a cabo mi propósito, porque lo que me molestaba no era el viejo, sino su Maldito Ojo. Y cada mañana, al amanecer, entraba con naturalidad en su cuarto y me ponía a hablarle animosamente llamándole por su nombre, en un tono cordial, y preguntándole cómo había pasado la noche. No me negaréis que tendría

que haber sido un viejo extraordinariamente perspicaz para sospechar que todas las noches, justo a las doce, yo me ponía a observarle mientras dormía.

La octava noche fui más cuidadoso que de costumbre al abrir la puerta. El minutero de un reloj se mueve más deprisa de lo que se movía mi mano. Nunca hasta aquella noche había sentido el alcance de mis facultades, de mi sagacidad. Apenas podía contener mi sensación de triunfo. ¡Pensar que yo estaba allí, abriendo la puerta, poco a poco, y que él era completamente ajeno a mis actos y a mis propósitos! La idea hizo que se me escapara una risita, y puede que se oyera, porque de repente se removió en su cama, sobresaltado. Tal vez penséis que entonces me eché atrás. Nada de eso. Su habitación estaba tan negra como la pez, inmersa en las tinieblas, (pues las contraventanas estaban completamente cerradas por miedo a los ladrones), así que yo sabía que él no podía ver cómo abría la puerta y seguí empujándola cada vez un poco más, un poquito más…

Ya tenía la cabeza dentro y me disponía a abrir la linterna cuando mi dedo pulgar resbaló sobre el cierre y el viejo se incorporó de un salto en su lecho, gritando «¿Quién anda ahí?».

Me quedé completamente inmóvil y callado. Durante una hora no moví un solo músculo ni en todo ese tiempo le oí que volviera a acostarse. Seguía sentado en la cama, al acecho, exactamente como había hecho yo noche tras noche, escuchando los compases de la muerte.

De pronto oí un débil gemido y supe que era un gemido de terror mortal, no un gemido de dolor ni de pesar —oh, no—, sino el sonido sordo y ahogado que se escapa de un alma abrumada por el espanto. Yo conocía muy bien ese sonido. Muchas noches, precisamente a las doce, mientras todo el mundo dormía, irrumpía en mi propio pecho acentuando con su horrísono eco, el terror que me embargaba. Sabía muy bien lo que era aquello, os lo repito. Sabía lo que sentía el viejo y le compadecía, aunque en el fondo de mi corazón me estuviera riendo. Sabía que seguía allí, acostado pero despierto, desde que oyó el primer ruido que le hizo revolverse en la cama. Desde entonces, el miedo le atenazaba por momentos. Había intentado convencerse de que todo eran

imaginaciones suyas, pero sin resultado. Se decía a sí mismo: «no es más que el viento que sopla por la chimenea», «es solo un ratón correteando por el suelo» o «seguramente un grillo que canta». Sí, procuraba calmarse con esas explicaciones, pero era en vano. *Completamente en vano*, porque la Muerte, cada vez más cercana, acechaba a su víctima envolviéndola con su negra sombra. Y era la siniestra influencia de aquella sombra invisible lo que hacía que sintiera —sin verla ni oírla— que *sintiera*, digo, la presencia de mi cabeza en su habitación.

Después de haber esperado largo rato, con toda paciencia, sin que le oyera volver a acostarse, me decidí a abrir una pequeña —una pequeñísima— ranura en la linterna. Así lo hice. Ya podéis imaginar con cuánto, con cuantísimo cuidado, hasta que al fin un rayo, un único y pálido rayo, semejante a una telaraña, salió por la ranura y fue a caer justo sobre el ojo de buitre.

El ojo estaba abierto —completamente abierto— y conforme lo miraba, me iba enfureciendo más y más. Podía verlo con entera nitidez, todo él de un azul turbio, cubierto por aquella asquerosa nube que me helaba los huesos hasta la médula; pero no podía ver ni la cara ni el cuerpo del viejo, pues, como por instinto, dirigía el rayo justamente hacia aquel maldito punto.

¿No os he dicho que sin razón alguna juzgáis locura lo que no es sino una mayor agudeza de los sentidos? Entonces, como os digo, llegó hasta mis oídos un rumor grave, sordo, acelerado, como el de un reloj envuelto en algodón. Ese sonido tampoco me era desconocido. Era el latido del corazón del viejo. Eso incrementó mi ira como el redoble del tambor enardece al soldado.

Pero incluso entonces me dominé y permanecí quieto. Apenas respiraba. Sujeté la linterna sin moverla un ápice. Intenté mantener el rayo de luz sobre el ojo. Al mismo tiempo, aumentaba el infernal tamborileo del corazón. Se hacía cada vez más y más rápido, más y más fuerte. El terror del viejo debía ser excepcional. Ese latido se hacía cada vez más fuerte, repito ¡cada vez más fuerte! ¿Os dais cuenta? Ya os he dicho que soy nervioso; y es la verdad. Pues bien, en aquella hora mortal de la noche, en medio del pavoroso silencio de aquel vetusto caserón, ese

ruido tan singular provocó en mí un terror incontrolable. Durante algunos minutos me contuve y permanecí inmóvil. ¡Pero el latido era cada vez más y más fuerte! Creí que el corazón le iba a estallar. Y entonces, una nueva inquietud se apoderó de mí. ¡Los vecinos iban a oír aquel ruido! ¡La hora del viejo había llegado! Dando un gran alarido, abrí del todo la linterna e irrumpí en la habitación. El viejo lanzó un grito, solo uno. En un instante, lo tiré al suelo y le eché encima la pesada cama. Sonreí alegremente al ver al fin completada mi obra. Pero durante algunos minutos su corazón siguió latiendo con un sonido ahogado. No obstante, eso no me inquietó porque el ruido no podía oírse a través de las paredes. Por fin cesó. El viejo estaba muerto. Levanté la cama y examiné el cadáver. Sí, estaba muerto y bien muerto. Puse mi mano sobre su corazón y la mantuve así por unos minutos. No latía. Estaba bien muerto. Su ojo ya no volvería a atormentarme.

Si seguís creyendo que estoy loco, dejaréis de hacerlo en cuanto os cuente las sabias precauciones que tomé para esconder el cadáver. Avanzaba la noche y trabajé con rapidez, pero en silencio. Para empezar, despedacé el cadáver. Le corté la cabeza, los brazos y las piernas.

Luego, arranqué tres tablas del piso y escondí todo bajo el entarimado. Volví a colocar las tablas con tanta habilidad, con tanta destreza, que ningún ojo humano —ni siquiera el *suyo*— hubiera sido capaz de percibir nada anormal. Nada había que lavar, ninguna mancha, ningún rastro de sangre ni de nada. En esto puse el mayor cuidado. Un cubo fue suficiente. ¡Ja, ja, ja!

Cuando hube concluido estos menesteres eran las cuatro y todo seguía tan oscuro como a medianoche. Mientras sonaban las cuatro campanadas llamaron a la puerta de la calle. Bajé a abrir con el ánimo tranquilo. ¿Qué podía temer *ahora*? Entraron tres hombres que se presentaron cortésmente como agentes de policía. Un vecino había oído un grito durante la noche, lo que le hizo sospechar que se había cometido algún acto de violencia. Se informó a la comisaría y ellos (los agentes) tenían orden de practicar un registro.

Sonreí —¿qué podía temer?—. Recibí amablemente a aquellos caballeros. El grito —les dije— lo había lanzado yo en sueños. El viejo

—añadí— estaba fuera, de viaje. Acompañé a mis visitantes por toda la casa. Les insté a que buscaran, a que buscaran *bien*. Por último, les conduje a su alcoba. Les mostré sus pertenencias, seguras, intactas. Llevado por mi entusiasta confianza, coloqué unas sillas en la habitación y les rogué que descansaran *allí* de sus deberes, mientras yo, con la desbordada audacia de mi triunfo absoluto, colocaba mi propia silla sobre el punto exacto bajo el que yacía el cadáver de la víctima.

Los agentes estaban satisfechos. Mi *actitud* les había convencido. Yo me encontraba especialmente a gusto. Se sentaron y hablaron de cosas corrientes, a las que yo respondía jovialmente. Pero al poco rato me di cuenta de que me estaba poniendo pálido y empecé a desear que se marcharan. Me dolía la cabeza y tenía la impresión de que me zumbaban los oídos; pero ellos continuaban sentados y hablando. El zumbido se hizo más perceptible. Continuaba y se hacía más perceptible; hablé muy deprisa para librarme de aquella sensación pero el zumbido persistía y se hacía cada vez más nítido, hasta que al fin me di cuenta de que aquel ruido no venía de mis oídos.

Sin duda, me puse entonces *muy* pálido; pero seguí hablando con mayor fluidez y en un tono más alto. No obstante, el ruido no dejaba de aumentar. ¿Qué podía hacer yo? *Era un sonido grave, sordo, acelerado, parecido al de un reloj envuelto en algodón*. Yo respiraba con dificultad y, sin embargo, los policías no oyeron nada. Hablé más deprisa, con más vehemencia, pero el ruido aumentaba sin cesar. Me puse en pie y hablé de cosas sin importancia, en voz alta y gesticulando violentamente, pero el ruido aumentaba sin cesar. ¿Por qué no se *querían* marchar? Deambulé de un lado a otro, pisando fuertemente el suelo, como si sus comentarios me irritaran, pero el ruido aumentaba sin cesar. ¡Oh Dios! ¿Qué podía hacer yo? ¡Rabié, maldije, juré! Movía la silla en la que estaba sentado, raspando con ella el entarimado, pero el ruido lo dominaba todo y aumentaba sin cesar. ¡Cada vez sonaba más fuerte, más fuerte, *más fuerte*! Y aquellos hombres seguían hablando y sonriendo amablemente. ¿Cómo era posible que no lo oyeran? ¡Oh Dios Todopoderoso! ¡No, no! ¡Lo oían! ¡Sospechaban! ¡Lo *sabían*! ¡Se estaban divirtiendo con mi terror! Eso es lo que yo creía y sigo creyendo. ¡Pero cualquier cosa era

mejor que aquella agonía! ¡Cualquier cosa era más tolerable que aquel escarnio! No podía soportar por más tiempo sus hipócritas sonrisas. Sentí que tenía que gritar o morir y entonces, ¡otra vez!, ¡escuchad!, ¡más fuerte!, ¡más fuerte!, *¡más fuerte!*

—¡Miserables! —exclamé—, ¡no disimuléis más! ¡Confieso mi crimen! ¡Aquí, aquí, levantad las tablas!, ¡aquí, aquí! ¿Es el latido de su asqueroso corazón?

LA SOMBRA

Hans Christian Andersen

(The shadow, 1847)

H. C. Andersen (1805-1875), aparte de su fortuna en la literatura infantil, es uno de los grandes autores del cuento maravilloso del XIX, como prueba esta historia construida con extraordinaria inventiva y delicadeza. La idea se le ocurre en Nápoles, en un día de mucho sol; la sombra que se separa del cuerpo es uno de los grandes temas de la imaginación fantástica, y aquí se liga a un aspecto esencial de la psicología de Andersen: la amargura pesimista respecto a sí mismo.

Fue Adalbert von Chamisso con su Peter Schlemihl (1813) el primero en ofrecer una insuperable historia de pérdida de la sombra. Eran los años del Fausto goethiano y la pérdida de la sombra fue interpretada como pérdida del alma; pero el símbolo es más indefinible y complejo: esencia que huye de la persona, «doble» que lleva cada uno de nosotros. E. T. A. Hoffmann, que estuvo siempre obsesionado por la idea del «doble», admiró tanto el cuento de Chamisso, que introdujo a Peter Schlemihl en sus Aventuras de una noche de San Silvestre (1817), haciendo que se encontrase con un hombre que no se reflejaba en el espejo.

El personaje de Hoffmann había abandonado su imagen en el espejo en casa de una mujer, hechicera diabólica, para que su amor con esta pudiese continuar. La sombra de Andersen también se aleja de la persona como emanación del deseo de estar cerca de la muchacha amada; pero prosigue su vida independiente haciendo fortuna, frecuentando la buena sociedad, y cuando encuentra de nuevo al hombre del que se ha separado le obliga a servirla y a ser su sombra.

Por tanto, la situación se vuelve del revés: la sombra es un amo despiadado y enemigo; encontrar de nuevo la sombra supone una condena.

El símbolo de la sombra perdida sigue estando presente en la literatura de nuestro siglo (Hugo von Hofmannsthal, La mujer sin sombra).

EN los países cálidos, ¡allí sí que calienta el sol! La gente llega a parecer de caoba; tanto, que en los países tórridos se convierten en negros. Y precisamente a los países cálidos fue adonde marchó un sabio de los países fríos, creyendo que en ellos podía vagabundear, como hacía en su tierra, aunque pronto se acostumbró a lo contrario. Él y toda la gente sensata debían quedarse puertas adentro. Celosías y puertas se mantenían cerradas el día entero; parecía como si toda la casa durmiese o que no hubiera nadie en ella. Además, la callejuela con altas casas donde vivía estaba construida de tal forma que el sol no se movía de ella de la mañana a la noche; era, en realidad, algo inaguantable. Al sabio de los países fríos, que era joven e inteligente, le pareció que vivía en un horno candente, y le afectó tanto, que empezó a adelgazar. Incluso su sombra menguó y se hizo más pequeña que en su país; el sol también la debilitaba. Tanto uno como otra no comenzaban a vivir hasta la noche, cuando el sol se había puesto.

Era digno de verse. En cuanto entraba luz en el cuarto, la sombra se estiraba por toda la pared, incluso hasta el techo, tenía que hacerlo para recuperar su fuerza. El sabio salía al balcón, para desperezarse, y así que las estrellas asomaban en el maravilloso aire puro, era para él como volver a vivir. En todos los balcones de la calle —y en los países cálidos todos los huecos tienen balcones— había gente asomada, porque uno tiene que respirar, por muy acostumbrado que se esté a ser de caoba. Había gran animación, arriba y abajo. Los zapateros, los sastres, todo el mundo estaba en la calle, fuera estaban las mesas y las sillas, y brillaban las luces —sí, más de mil había encendidas—. Uno hablaba y otro cantaba, y la gente paseaba y rodaban los coches, los asnos pasaban —¡tilín, tilín, tilín!— sonando los cascabeles. Había entierros y cantos fúnebres, los chicos disparaban cohetes y las campanas volteaban —sí, había una vida tremenda en la calle—. Solo la casa frente a la del sabio extranjero estaba en silencio completo. Y, sin embargo, alguien vivía en ella, porque había flores en el balcón que crecían espléndidamente al calor del sol, para lo que necesitaban ser regadas —luego alguien debía

haber allí—. La puerta del balcón aparecía también abierta por la tarde, pero el interior estaba en sombra, por lo menos en la habitación delantera. De dentro llegaba sonido de música. Al sabio extranjero le pareció extraordinaria la música, pero bien podía ser pura imaginación suya, porque todo lo encontraba extraordinario en los países cálidos —excepto lo referente al sol—. Su casero dijo que no sabía quién había alquilado la casa, no se veía a nadie y en cuanto a la música se refería, creía que era horriblemente aburrida.

—Es como si alguien tratase de ensayar una pieza que no puede dominar, siempre la misma. «¡Pues lo tengo que sacar!», dice, pero no lo consigue por mucho que toque.

Una noche el extranjero despertó; dormía con la puerta del balcón abierta. La cortina se levantó con el viento, y le pareció que venía una luz fantástica del balcón de enfrente. Todas las flores resplandecían como llamas de los colores más espléndidos y en medio de las flores se encontraba una esbelta, atractiva doncella, que parecía también resplandecer. De tal forma le deslumbró, que abrió los ojos desmesuradamente y se despertó del todo. De un salto estuvo en el suelo, muy despacio se acercó a la cortina pero la doncella había desaparecido, el resplandor se había apagado; las flores no brillaban, pero seguían siendo tan bonitas como siempre; la puerta estaba entornada y de las profundidades venía una música tan suave y encantadora, que inspiraba los más dulces pensamientos. Era, sin embargo, como cosa de magia —y ¿quién vivía allí? ¿Dónde estaba la verdadera entrada?—. Todo el piso bajo era una tienda tras otra y no era posible que la gente pasara por ellas.

Una noche el extranjero estaba sentado en su balcón, con una luz encendida en el cuarto a espaldas suyas, por lo que, como es natural, su sombra estaba en la pared de enfrente. Sí, allí estaba sentada exactamente enfrente entre las flores del balcón, y cuando el extranjero se movía, también se movía la sombra, porque así es como hacen las sombras.

—Parece como si mi sombra fuese el único ser vivo que se viera enfrente —dijo el sabio—. Con qué delicadeza se sienta entre las flores. La puerta está entreabierta, ¡si la sombra fuese tan lista como para entrar,

mirar en torno suyo y venir después a contarme lo que hubiera visto! Sí, haz algo útil —dijo en broma—. ¡Vamos entra! ¡Vamos, ahora!

Y le hizo gestos con la cabeza a la sombra, y la sombra le correspondió:

—¡Anda, pero no te pierdas!

Y el extranjero se levantó, y su sombra allá en el balcón de enfrente se levantó también; y el extranjero se volvió y la sombra se volvió también; si por acaso alguien hubiera estado observando, hubiera visto claramente que la sombra se colaba por la puerta entornada en la casa de enfrente, al tiempo que el extranjero entraba en su cuarto y corría la larga cortina tras de sí.

A la mañana siguiente salió el sabio a tomar café y leer los periódicos.

—¿Qué pasa? —dijo, cuando salió al sol—. ¡Me he quedado sin sombra! Luego se marchó anoche de verdad y no ha vuelto aún. ¡Qué fastidio!

Y eso le enojó, no tanto porque la sombra se hubiera ido, sino porque sabía la existencia de una historia sobre el hombre sin sombra, conocida por todos en su patria allá en los países fríos, y en cuanto el sabio regresara y contase la suya, dirían que la había copiado, y eso no le hacía maldita gracia. Por tanto, no diría una palabra, lo cual estaba muy bien pensado.

Por la noche salió de nuevo al balcón. Había colocado la luz detrás de sí, en la debida posición, porque sabía que la sombra gusta de tener siempre a su dueño por pantalla, pero no pudo atraerla. Se encogió, se estiró, pero no había sombra alguna que volviera. Dijo:

—¡Ejem! ¡Ejem! —pero sin resultado.

Era un fastidio, pero en los países cálidos todo crece tan rápidamente que al cabo de ocho días observó, con gran satisfacción, que le crecía una sombra de las piernas cuando salía el sol —quizá la raíz había quedado dentro—. A las tres semanas, tenía una sombra de considerables dimensiones que, cuando regresó a su patria en los países nórdicos, creció más y más durante el viaje, hasta que al final eran tan larga y tan grande que la mitad hubiera bastado.

De esta forma regresó el sabio a su casa y escribió libros sobre cuanto había de verdadero en el mundo, lo que había de bueno y de hermoso, y pasaron días y pasaron años; pasaron muchos años.

Una noche estaba sentado en su cuarto cuando llamaron muy quedamente a la puerta.

—¡Adelante! —contestó, pero nadie entró. Así es que fue a abrir y vio ante él a un hombre tan sumamente delgado que quedó atónito. Por lo demás, el hombre iba espléndidamente vestido, debía ser una persona distinguida.

—¿Con quién tengo el honor de hablar? —preguntó el sabio.

—¡Ah!, ya pensé que no me reconocería —dijo el hombre elegante—. Me he hecho tan corpóreo que hasta tengo carne y ropas. Seguro que nunca había pensado usted en verme en tal prosperidad. ¿No reconoce usted a su vieja sombra? No creía usted que volvería, ¿verdad? Me ha ido espléndidamente desde que estuve con usted. ¡He sido, en todos los sentidos, muy afortunado! Si tuviera que rescatar mi libertad, podría hacerlo —y repiqueteó un manojo de preciosos dijes que colgaban del reloj y pasó la mano por la gruesa cadena de oro que llevaba al cuello. ¡Huy!, todos los dedos fulguraron con anillos de diamantes, todos auténticos.

—No, no puedo hacerme idea de lo que significa esto —dijo el sabio.

—Ya, no es nada corriente —dijo la sombra—, pero usted tampoco es nada corriente y yo, bien sabe usted, desde que era así de chiquito he seguido sus huellas. En cuanto usted descubrió que yo estaba a punto para ir solo por el mundo, seguí mi camino. Me encuentro en una situación excepcionalmente afortunada, pero me ha acometido cierto deseo de volverle a ver antes de que usted muera —porque usted ha de morir—. También me gustaría visitar este país, porque la patria siempre tira. Veo que tiene usted otra sombra. ¿Le debo algo a ella, o bien a usted? Hágame el favor de decírmelo.

—¡Bueno! ¿Pero eres tú? —dijo el sabio—. ¡Es extraordinario! ¡Nunca habría creído que la vieja sombra de uno pudiera regresar como persona!

—Dígame cuánto le debo —dijo la sombra—, porque no me gustaría deberle nada.

—¿Cómo puedes hablar así? —dijo el sabio—. ¿De qué deuda hablas? No me debes nada. Me alegra extraordinariamente tu suerte. Siéntate, querido amigo, y cuéntame cómo te ha ido y lo que viste en la casa de enfrente, allá en los países cálidos.

—Sí que le contaré —dijo la sombra, y se sentó—, pero antes me tiene usted que prometer que no ha de decirle a nadie en la ciudad, caso de que nos encontremos, que yo he sido su sombra. Pienso casarme; puedo de sobra mantener a una familia.

—¡Estate tranquilo! —dijo el sabio—. No le diré a nadie quién eres en realidad. Esta es mi mano. ¡Palabra de hombre!

—¡Palabra de sombra! —dijo la sombra, que era lo que le correspondía decir.

Era, por otra parte, de veras notable lo humana que se había vuelto la sombra. Vestía del más riguroso negro y el paño más selecto, botas de charol y sombrero que podía cerrarse, hasta quedar reducido a corona y alas —sin hablar de lo ya mencionado—: dijes, cadenas de oro y anillos de diamantes. Ya lo creo: la sombra iba extraordinariamente bien vestida, y era precisamente esto la que la hacía tan humana.

—Ahora voy a contarle —dijo la sombra, y plantó sus botas de charol lo más fuerte que pudo sobre el brazo de la nueva sombra del sabio, que yacía como un perro faldero a sus pies. Y esto lo hizo bien por orgullo, bien con la intención de que se le quedase pegada. Y la sombra del suelo permaneció quieta y en silencio, resuelta a no perder detalle; deseaba, sobre todo, enterarse de cómo puede uno manumitirse y llegar a convertirse en su propio señor.

—¿Sabe usted quién vivía en la casa de enfrente? —dijo la sombra—. ¡La más bella de todas, la Poesía! Estuve allí tres semanas y su efecto ha sido como si hubiera vivido tres mil años y hubiera leído cuanto se ha cantado y se ha escrito. Lo digo y es cierto. ¡Lo he visto todo y lo sé todo!

—¡La Poesía! —gritó el sabio—. Sí, sí, vive con frecuencia en las grandes ciudades, en soledad. ¡La Poesía! ¡Sí la vi tan solo un instante,

pero el sueño pesaba en mis ojos! Estaba en el balcón y brillaba como brilla la aurora boreal. ¡Cuenta, cuenta! Estabas en el balcón, entraste por la puerta, ¿y después?

—Me encontré en la antesala —dijo la sombra—. Lo que usted siempre veía era la antesala. No había luz alguna, solo una especie de crepúsculo, pero las puertas daban unas a otras en una larga serie de salas y salones; y estaba tan iluminado, que la luz me hubiera matado de haber ido directamente ante la doncella; pero fui prudente, y tomé tiempo —como debe hacerse.

—¿Y entonces qué viste? —preguntó el sabio.

—Lo vi todo, y se lo contaré, pero… no es orgullo por mi parte; pero… como ser libre que soy y con los conocimientos que tengo, para no hablar de mi buena posición, mis excelentes relaciones…, desearía que me llamase de usted.

—¡Dispense usted! —dijo el sabio—. Son los viejos hábitos los que más cuesta abandonar. Tiene usted toda la razón y lo tendré presente. Pero cuénteme ahora lo que vio.

—¡Todo! —dijo la sombra—. Lo vi todo y lo sé todo.

—¿Qué aspecto tenían los cuartos interiores? —preguntó el sabio—. ¿Eran como el fresco bosque? ¿Eran como un templo? ¿Eran los cuartos como el cielo estrellado, cuando se está en las altas montañas?

—¡Todo estaba allí! —dijo la sombra—. No entré hasta el final, me quedé en el cuarto delantero, a media luz, pero era un puesto excelente, ¡lo vi todo y lo supe todo! He estado en la corte de la Poesía, en la antesala.

—¿Pero qué es lo que vio? ¿Estaban en el gran salón todos los dioses de la Antigüedad? ¿Luchaban allí los viejos héroes? ¿Jugaban niños encantadores y contaban sus sueños?

—Le digo que estuve allí y debe comprender que vi todo lo que había que ver. Si usted hubiera estado allí, no se habría convertido en ser humano, pero yo sí. Y además aprendí a conocer lo íntimo de mi naturaleza, lo congénito, el parentesco que tengo con la Poesía. Sí, cuando estaba con usted no pensaba en ello, pero siempre, sabe usted, al salir y al ponerse el sol, me hacía extrañamente largo; a la luz de la luna

me recortaba casi con mayor precisión que usted. Yo no entendía entonces mi naturaleza, en la antesala se me reveló. Me volví ser humano. Al salir había completado mi madurez, pero usted ya no estaba en los países cálidos. Me avergoncé como hombre de ir como iba, necesitaba botas, trajes, todo este barniz humano, que hace reconocible al hombre. Me refugié —sí, puedo decírselo, usted no lo contará en ningún libro—, me refugié en las faldas de una vendedora de pasteles, bajo ellas me escondí; la mujer no tenía idea de lo que ocultaba. No salí hasta que llegó la noche; corrí por la calle a la luz de la luna. Me estiré sobre la pared —¡qué deliciosas cosquillas produce en la espalda!—. Corrí arriba y abajo, curioseé por las ventanas más altas, tanto en el salón como en la buhardilla. Miré donde nadie puede mirar, y vi lo que ningún otro ve, lo que nadie debe ver. Si bien se considera, este es un cochino mundo. No querría ser hombre, si no fuera porque está bien considerado el serlo. Vi las cosas más inimaginables en las mujeres, los hombres, los padres y los encantadores e incomparables niños; vi —dijo la sombra— lo que ningún hombre debe conocer, pero lo que todos se perecerían por saber: lo malo del prójimo. Si hubiera publicado un periódico, ¡lo que se hubiera leído! Pero yo escribía directamente a la persona en cuestión y se producía el pánico en todas las ciudades adonde iba. Llegaron a tenerme terror y grandísima consideración. Los profesores me nombraron profesor, los sastres me hacían trajes nuevos —no me faltaba de nada. El tesorero del reino acuñaba monedas para mí y las mujeres decían que yo era muy guapo— y así llegué a ser el hombre que soy. Y ahora me despido. Esta es mi tarjeta. Vivo en la acera del sol y estoy siempre en casa cuando llueve.

Y la sombra se marchó.

—¡Qué extraordinario! —dijo el sabio.

Pasó tiempo y tiempo y la sombra volvió.

—¿Cómo le va? —preguntó.

—¡Ay! —dijo el sabio—. Escribo acerca de lo verdadero, lo bueno y lo bello, pero nadie se interesa por mi obra. Estoy desesperado, porque son cosas a las que concedo gran importancia.

—Pues a mí no me ocurre igual —dijo la sombra—. Yo, mientras, engordando, que es lo que hemos de procurar. Usted no entiende el mundo y terminará por caer enfermo. Tiene que viajar. Me iré de viaje este verano. Venga conmigo. Me gustaría llevar un compañero. ¿Quiere usted venir conmigo, como mi sombra? Será para mí un gran placer el llevarle, ¡le pago el viaje!

—¡Qué disparate! —dijo el sabio.

—¡Según como se mire! —dijo la sombra—. El viajar le sentará de maravilla. Si consiente usted en ser mi sombra, todo correrá de mi cuenta.

—¡Esto ya es el colmo! —protestó el sabio.

—Pero así va el mundo —dijo la sombra—, y así seguirá —y se marchó.

Las cosas no le iban nada bien al sabio, la pena y la preocupación seguían haciendo presa en él, y sus opiniones sobre lo verdadero, lo bueno y lo bello interesaban tanto al público como las rosas a una vaca —hasta que al final cayó enfermo de consideración.

—¡Parece usted totalmente una sombra! —le decía la gente, y esto le produjo un escalofrío, porque le hizo pensar en ella.

—Lo que debe hacer es tomar las aguas —dijo la sombra, que vino de visita—. No hay nada igual. Le llevaré conmigo, por el aquel de nuestra vieja amistad. Yo pago el viaje y usted se encarga de llevar un diario con lo que me resultará el camino más divertido. Quiero ir a un balneario, mi barba no crece como debiera —eso es también una enfermedad— y una barba es algo indispensable. Sea razonable y acepte la invitación, viajaremos como amigos, por supuesto.

Y así viajaron; la sombra hacía de señor y el señor hacía de sombra. Fueron juntos en coche, a caballo, a pie —al lado uno de otro, delante o detrás—, según la posición del sol. La sombra sabía ponerse siempre en el lugar del señor, mientras el sabio no prestaba atención a semejante cosa. Tenía un corazón excelente y era sumamente cortés y afectuoso, así que un día le dijo a la sombra:

—Puesto que nos hemos convertido en compañeros de viaje y, además, hemos crecido juntos desde la infancia, ¿por qué no nos

tuteamos? Sería más íntimo.

—En eso que dice —contestó la sombra, que ahora era el verdadero señor— hay mucha franqueza y buena intención, por lo que seré igualmente bienintencionado y franco. Usted, como sabio que es, sabe sin duda lo especial que es la naturaleza. Hay quien no aguanta el roce del papel gris, le pone enfermo. A otros se les pasa todo el cuerpo si se rasca un clavo contra un vidrio. Lo mismo siento yo cuando le oigo tutearme, es como si me empujasen de nuevo a mi primer empleo con usted. No se trata de orgullo, sino, como verá, de una sensación. Pero si no puedo permitirle que me trate de tú, con mucho gusto le tutearé a usted, como fórmula de compromiso.

Y así la sombra tuteó a su antiguo señor.

—¡Qué absurdo —pensó este— que yo le hable de usted y él me tutee! —pero no tuvo más remedio que aguantarlo.

Al fin llegaron a un balneario, donde había muchos extranjeros, y entre ellos una encantadora princesa que padecía la enfermedad de tener una vista agudísima, lo que era en extremo alarmante.

Al instante observó que el recién llegado era por completo diferente a los otros.

—Dicen que ha venido para hacer crecer su barba, pero yo veo la verdadera causa: no tiene sombra.

Llena de curiosidad, entabló inmediatamente conversación con el caballero extranjero durante el paseo. Como princesa que era, no se andaba con muchos miramientos, por lo que le dijo:

—A usted lo que le ocurre es que no tiene sombra.

—Vuestra Alteza Real debe haber mejorado notablemente —dijo la sombra—. Sé que vuestra dolencia consiste en que veis demasiado bien, pero debe haber desaparecido; estáis curada. Precisamente yo tengo una sombra muy extraña. ¿No habéis visto a la persona que siempre me acompaña? Otros tienen una sombra vulgar, pero yo detesto lo corriente. Igual que se viste al criado con librea de mejor paño que el que uno usa, he ataviado a mi sombra como si fuese una persona. Ved que hasta le he proporcionado una sombra. Es muy costoso, pero me gusta tener algo excepcional.

—¿Cómo? ¿Será posible que me haya curado de verdad? —pensó la Princesa—. ¡Este balneario es único! El agua tiene en nuestros días propiedades asombrosas. Pero no me marcho, porque ahora comienza a estar esto divertido. El extranjero me gusta extraordinariamente. Con tal que no le crezca la barba y se marche.

Por la noche, en el gran salón, bailaron la princesa y la sombra. Ella era ligera, pero más aún lo era él. Nunca había tenido la Princesa pareja semejante. Ella le dijo qué país era el suyo y él lo conocía. Lo había visitado, en ocasión en que ella estaba ausente. Había curioseado por las ventanas aquí y allá y visto de todo, por lo que pudo contestar a la Princesa y hacer alusiones que la dejaron estupefacta.

—Debe ser el hombre más sabio del mundo —pensó, tal era su admiración por lo que sabía.

Y cuando bailaron de nuevo, la Princesa quedó enamoradísima, de lo que la sombra se dio cuenta, porque ella le atravesaba con su mirada. A esto siguió otro baile y ella estuvo a punto de decírselo, pero mantuvo su serenidad y pensó en su país y en su reino, y en las muchas personas sobre las que reinaría.

—Es un sabio —se dijo—, lo cual es cosa buena. Y baila espléndidamente, lo cual es también bueno. Pero me pregunto si tendrá conocimientos profundos, y eso es también importante. Intentaré examinarle.

Y entonces comenzó poco a poco a hacerle las más difíciles preguntas, que ni ella misma hubiera podido contestar; y la sombra puso una cara sumamente extraña.

—¡No sabe usted la respuesta! —dijo la Princesa.

—Lo aprendí de párvulo —dijo la sombra—. Creo que hasta mi sombra, allí junto a la puerta, sabrá contestar.

—¡Su sombra! —dijo la Princesa—. Sería en verdad extraordinario.

—Bueno, no digo que lo sepa —dijo la sombra—, pero creo que sí. Me ha seguido y oído durante tantos años, que creo que sí. Pero Vuestra Alteza Real permitirá que le advierta que pone tanto empeño en hacerse pasar por una persona, que para tenerle de buen humor —y debe estarlo para contestar bien— ha de ser tratado precisamente como una persona.

—Me complacerá hacerlo —dijo la Princesa.

Y se acercó al sabio que estaba junto a la puerta y habló con él del sol y de la luna, de unos y de otros, y él contestó con todo acierto y cordura.

—¿Cómo será este hombre, cuando tiene una sombra tan sabia? —pensó ella—. Será una auténtica bendición para mi pueblo y mi reino, si lo elijo como esposo.

Y ambos estuvieron de acuerdo, la Princesa y la sombra, pero nadie debía saberlo antes de que ella regresase a su reino.

—¡Nadie, ni siquiera mi sombra! —dijo la sombra, y tenía sus particulares razones para ello.

Tras esto, fueron al país donde reinaba la Princesa, una vez que había ella regresado.

—Escucha, amigo mío —dijo la sombra al sabio—. He llegado a ser cuan afortunado y poderoso puede ser un hombre. Ahora haré algo extraordinario por ti. Vivirás siempre conmigo en Palacio, irás conmigo en mi carroza real y tendrás cien mil escudos al año. Pero permitirás que todos te llamen sombra; no deberás decir nunca que fuiste hombre, y una vez al año, cuando me siente al sol en el balcón para mostrarme al pueblo, tendrás que tenderte a mis pies, como debe hacerlo una sombra. Has de saber que me caso con la Princesa. Esta noche será la boda.

—¡No, eso es monstruoso! —dijo el sabio—. ¡No quiero, no lo haré! ¡Sería defraudar al país y a la Princesa! ¡Lo diré todo! Que yo soy el hombre y tú la sombra. ¡Que apenas si eres un disfraz!

—No lo creerá nadie —dijo la sombra—. ¡Sé razonable o llamo a la guardia!

—¡Iré a ver a la Princesa! —dijo el sabio.

—Pero yo iré primero —dijo la sombra—, y tú irás al calabozo.

Y así fue, porque los centinelas le obedecieron, al saber que iba a casarse con la Princesa.

—¡Estás temblando! —dijo la Princesa, cuando la sombra fue a visitarla—. ¿Ha ocurrido algo? No irás a ponerte enfermo esta noche, en que vamos a casarnos.

—Me ha sucedido la cosa más terrible que pueda ocurrir —dijo la sombra—. ¡Imagínate —claro, una pobre cabeza de sombra como esa es

incapaz de resistir mucho—; imagínate, mi sombra se ha vuelto loca, cree que ella es el hombre y que yo —imagínate, si puedes—, que yo soy su sombra!

—¡Qué horror! —dijo la Princesa—. ¿Lo habrán encerrado, supongo?

—Sí. Me temo que nunca recupere la razón.

—¡Pobre sombra! —dijo la Princesa—. Qué desdicha para él. Sería una verdadera obra de caridad liberarlo de la mezquina vida que lleva y cuando pienso en ello, creo que se hace preciso el quitársela con toda discreción.

—Resulta cruel —dijo la sombra— porque era un buen sirviente —y pareció dar un suspiro.

—¡Qué nobles sentimientos! —dijo la Princesa.

Por la noche, toda la ciudad estaba iluminada y los cañones hicieron ¡pum!, y los soldados presentaron armas. ¡Qué boda aquella! La Princesa y la sombra se asomaron al balcón para mostrarse y recibir una vez más las aclamaciones.

El sabio no se enteró de nada, porque le habían quitado la vida. (*Skyggen*).

EL GUARDAVÍA

Charles Dickens

(The Signal-Man, 1866)

Los cuentos fantásticos de Dickens (1812-1870) se publicaron en las pequeñas revistas de novelas por entregas y cuentos de las que él era editor y autor casi exclusivo. Su mejor obra dentro del género, The Signal-Man, apareció en 1866 en «All the year Round». Es un cuento muy denso y compacto, cuya acción sucede entre raíles y rumores de trenes, con ocasos sobre el desolado paisaje ferroviario y figuras entrevistas más allá de los taludes. El escenario del mundo industrial ha entrado en la literatura: nos encontramos ya muy lejos de las visiones de la primera mitad del siglo. Lo fantástico se vuelve pesadilla profesional.

—¡Eh!, ¡ahí abajo!

Cuando oyó una voz llamándolo de esta manera, se encontraba junto a la puerta de la caseta, con un banderín enrollado sobre un palo corto que tenía en la mano. Se podría pensar, teniendo en cuenta la naturaleza del terreno, que no podía caberle la menor duda sobre de dónde procedía la voz; pero en lugar de mirar hacia arriba, donde yo me encontraba, en lo alto de un precipicio cortado a pico justo encima de su cabeza, se volvió y miró hacia las vías. Hubo algo especial en su manera de hacerlo, aunque no sabría definir exactamente qué. Pero sí sé que fue lo bastante extraño como para atraer mi atención, aun tratándose de una figura de espaldas y en la sombra en el fondo del profundo despeñadero, en tanto que yo estaba mucho más arriba, bañado por una brillante puesta de sol que me había obligado a darme sombra en los ojos con la mano antes de poder verle del todo.

—¡Eh!, ¡ahí abajo!

Después de haber mirado al fondo de las vías se volvió de nuevo y, al alzar los ojos, vio mi figura en lo alto, sobre él.

—¿Hay algún sendero por el que pueda bajar y hablar con usted?

Me miró sin responder, y yo le devolví la mirada sin volver a agobiarle demasiado pronto con una repetición de mi vana pregunta. Justo entonces se inició una pequeña vibración en el aire y en la tierra, que rápidamente se transformó en un violento latido, y una embestida repentina me lanzó hacia atrás con la suficiente fuerza como para haberme hecho pedazos. Cuando la nube de humo que me cubrió hubo pasado y el tren rápido se alejaba rumbo a la llanura, miré hacia abajo una vez más, y le vi enrollar nuevamente el banderín que había mostrado mientras pasaba el tren.

Repetí mi pregunta. Tras una pausa, durante la cual pareció mirarme con gran atención, señaló con su banderín enrollado hacia un punto a mi altura, a unas doscientas o trescientas yardas de distancia. Le grité:

—¡De acuerdo! —y me dirigí a aquel lugar.

Allí, a fuerza de mirar cuidadosamente a mi alrededor descubrí un tosco sendero en zig-zag tallado en la roca, que seguí.

El corte era muy profundo e inusualmente escarpado. Estaba tallado en una piedra viscosa, más húmeda y enlodada a medida que iba descendiendo. Por esta razón el camino se me hizo lo bastante largo como para tomarme el tiempo de recordar el singular aire de disgusto y repulsión con que me había señalado el sendero.

Cuando hube bajado por el descendente zig-zag lo suficiente y volví a verle, pude darme cuenta de que estaba de pie entre los rieles por los que el tren acababa de pasar, en ademán de estar esperando mi aparición: su mano izquierda en la barbilla y el codo puesto sobre la mano derecha, cruzada sobre el pecho. Su actitud era de tal expectación y cautela que me detuve un momento, extrañado.

Reanudé el descenso y, al llegar al nivel de las vías y acercarme a él, vi que era un hombre moreno, de barba oscura y cejas más bien espesas. Su puesto estaba en el lugar más solitario y lúgubre que yo haya visto jamás. A cada lado un muro de piedra dentada, rezumante de humedad, impedía cualquier visión que no fuese una estrecha franja de cielo; el horizonte,

en una dirección, era tan solo la prolongación oblicua de esta gran caverna. La corta perspectiva del lado opuesto terminaba con una sombría luz roja y la aún más sombría negra boca de un túnel, deprimente y amenazador. Eran tan pocos los rayos de sol que alguna vez llegaban hasta aquel lugar, que este había adquirido un mortífero olor terroso, y un viento helado corría por allí con tanta fuerza que sentí un escalofrío, como si hubiera abandonado el mundo natural.

Antes de que se moviera ya me había acercado tanto a él que habría podido tocarlo. Ni siquiera entonces apartó sus ojos de los míos. Dio un paso hacia atrás y alzó la mano.

Le dije que ocupaba un lugar solitario y que había llamado mi atención cuando lo había visto desde allí arriba. Supuse que le parecería raro tener un visitante. Raro, pero esperaba que no mal recibido. En mí debía ver, simplemente, a un hombre que, tras haber pasado toda su vida recluido en estrechos límites y verse por fin libre, tenía un interés renovado por estas grandes obras humanas. Con tal intención le hablé. Estoy lejos de poder asegurar qué términos utilicé, porque, aparte de mi escasa habilidad para iniciar conversaciones, en aquel hombre había algo que me intimidaba.

Dirigió una mirada de lo más curiosa a la luz roja que estaba junto a la boca del túnel, observó todo aquello como si echara algo en falta, y después me miró a mí.

¿Estaba esa luz a su cargo?, ¿no lo estaba? Me contestó con voz profunda:

—¿No sabe que sí lo está?

Mientras examinaba sus ojos fijos y su rostro melancólico, una monstruosa idea cruzó por mi mente: que era un espíritu y no un hombre. He vuelto a meditar si cabría considerar la posibilidad de alguna enfermedad en su mente.

Retrocedí, y al hacerlo noté en sus ojos un oculto miedo hacia mí. Esto disipó mi monstruoso pensamiento.

—Me mira —le dije formando una sonrisa— como si me tuviese miedo.

—Estaba preguntándome —contestó— si no le había visto antes.

—¿Dónde?

Señaló hacia la luz roja que había estado observando.

—¿Allí? —dije.

Mirándome atentamente me respondió, aunque sin palabras, que sí.

—Mi querido amigo, ¿qué podía hacer yo allí? Sea como sea, nunca he estado ahí, puedo jurarlo.

—Creo que sí —replicó—. Sí, estoy seguro.

Su rostro se serenó, y también el mío. Contestó a mis observaciones con presteza y palabras bien escogidas. ¿Tenía mucho que hacer allí? Sí, es decir, tenía mucha responsabilidad, pero lo que se requería de él era exactitud y vigilancia. En lo que se refiere a trabajo propiamente dicho —trabajo manual—, no tenía apenas nada que hacer. Cambiar esta señal, ajustar aquellas luces y mover la palanca de hierro de cuando en cuando era toda su tarea en este terreno. Respecto a las largas y solitarias horas que tanto parecían importarme, solo podía decirme que la rutina de su vida se había ido configurando de esa forma, y que ya estaba acostumbrado a ella. En este lugar había aprendido un lenguaje —si el mero hecho de conocer sus simbolismos y tener una idea rudimentaria de su pronunciación se puede llamar aprenderlo—. También había estudiado fracciones y decimales y había intentado acercarse al álgebra; pero, como le pasaba de niño, el cálculo seguía sin ser su fuerte. ¿Le obligaba el cumplimiento de su deber a permanecer en aquel canal de aire húmedo?, ¿nunca podía remontar los altos muros de piedra hasta la luz del sol? Claro que sí, eso dependía del tiempo y de las circunstancias. Según en qué condiciones, había menos que hacer en esta línea que en las otras, y lo mismo podía aplicarse a determinadas horas del día y de la noche. En días de buen tiempo, durante algún rato, abandonaba las sombras de allí abajo; pero como en cualquier momento podía su campanilla eléctrica reclamar su presencia, prestaba oído con doble ansiedad, y su satisfacción era mucho menor de lo que podía suponer.

Me llevó a su caseta, en la que había un fuego, un escritorio con un libro oficial en el que tenía que hacer algunas anotaciones, un aparato telegráfico, con su dial y sus agujas, y la campanilla de la que ya me había hablado. Cuando le dije que confiaba en que disculpara mi comentario,

pero que pensaba que había tenido una buena educación, incluso (confiaba en que me permitiera decirlo sin ofenderle) quizá por encima de aquel puesto, me hizo observar que este tipo de rarezas no eran poco habituales en los colectivos humanos más vastos; tenía idea de que así ocurría en las cárceles, en el Cuerpo de Policía, incluso en lo que se considera el recurso más desesperado, la Armada; y que esto también sucedía, más o menos, en toda compañía ferroviaria de ciertas dimensiones. Cuando era joven había sido estudiante de Filosofía Natural (dudaba que yo le creyese, viéndole en aquella barraca; casi no lo creía él mismo) y había asistido a varios cursos; pero los había abandonado, desperdició sus oportunidades, se hundió y ya no volvió a levantarse nunca. No tenía queja alguna al respecto: había construido su lecho y en él yacía. Era, con mucho, demasiado tarde para pensar en otro.

Todo lo que he condensado aquí, lo contó él de una manera pausada, con su mirada grave y oscura que oscilaba entre el fuego y mi persona. Le dio por llamarme «señor» de cuando en cuando, especialmente si se refería a su juventud, como pidiéndome que comprendiese que no había pretendido ser más de lo que yo veía que era. Varias veces le interrumpió la campanilla, leyó mensajes y envió respuestas. En una ocasión tuvo que cruzar la puerta y desplegó su banderín mientras pasaba un tren, a la vez que le hacía algún comunicado verbal al conductor. Observé que en el cumplimiento de su trabajo era extremadamente exacto y vigilante, que interrumpía lo que estaba diciendo y que permanecía en silencio hasta que había terminado lo que tenía que hacer.

En pocas palabras, habría considerado a este hombre el más fiable de todos para desempeñar aquel puesto, de no haber sido porque, mientras me estaba hablando, en un par de ocasiones perdió el color, se volvió hacia la campanilla cuando esta no había sonado, abrió la puerta de la casa (que permanecía cerrada para aislarnos de la insalubre humedad) y miró hacia la luz roja que se encontraba junto a la boca del túnel. En ambas ocasiones volvió al fuego con el mismo aire inexplicable que ya había observado en él, y que no sería capaz de definir encontrándonos a tanta distancia.

Le dije, cuando me puse en pie para irme:

—Casi me ha hecho pensar que he conocido a un hombre satisfecho. (Me temo, he de reconocer, que lo dije para hacerlo seguir hablando).

—Creo que lo fui —replicó con la misma voz profunda con que había hablado al comienzo—, pero estoy turbado, señor, estoy turbado. Se habría retractado de sus palabras si hubiera podido. Pero las había dicho, y yo me agarré de ellas rápidamente:

—¿Por qué?, ¿cuál es su problema?

—Es muy difícil de explicar, señor. Es muy muy difícil hablar de ello. Si vuelve a visitarme en otra ocasión, trataré de contárselo.

—Desde luego que tengo intención de hacerle otra visita. Dígame, ¿cuándo podría ser?

—Me voy al amanecer y volveré mañana a las diez de la noche, señor.

—Entonces vendré a las once.

Me dio las gracias y me acompañó hasta la puerta:

—Le alumbraré con mi linterna —dijo con su peculiar voz profunda— hasta que haya encontrado el camino de subida. Pero cuando lo encuentre ¡no me avise!, y cuando haya llegado a la cima ¡no me avise!

Su comportamiento hizo que el lugar me pareciera aún más frío, pero dije solamente:

—Muy bien.

—Y cuando vuelva mañana ¡no me avise! Déjeme preguntarle algo antes de que se vaya. ¿Qué le impulsó antes a gritar: «¡Eh!, ¡ahí abajo!»?

—No lo sé —dije—. ¿Es que grité algo así?

—No algo así, señor. Exactamente esas palabras. Lo sé muy bien.

—Admitamos que fueron exactamente esas palabras. Las dije, sin duda, porque lo vi a usted ahí abajo.

—¿Por ninguna otra razón?

—¿Qué otra razón podría tener?

—¿No tuvo la sensación de que le fuesen transmitidas de alguna manera sobrenatural?

—No.

Me deseó buenas noches y sostuvo en alto su linterna. Caminé entre las vías (con la desagradable sensación de que un tren venía tras de mí),

hasta que encontré el sendero. Era más fácil la subida que el descenso, y llegué a mi posada sin otro contratiempo.

Puntual con mi cita, la noche siguiente puse el pie en la primera hendidura del zigzagueante camino cuando los relojes daban las once. Me esperaba allá en el fondo, con su linterna encendida.

—No le he avisado —dije, cuando estuvimos más cerca—. ¿Puedo hablar ahora?

—Por supuesto, señor.

—En ese caso, buenas noches, y aquí está mi mano.

—Buenas noches, señor. Aquí está la mía.

Tras esto, caminamos, uno al lado del otro, hasta la caseta; entramos, cerró la puerta y nos sentamos junto al fuego.

—Ya me he decidido, señor —comenzó inclinándose, en cuanto nos hubimos instalado, y habló en un tono que era poco más que un susurro—. No tendrá que preguntarme por segunda vez qué es lo que me turba. Anoche le tomé por otra persona. Lo que me turba es precisamente eso.

—¿Esa confusión?

—No. Esa otra persona.

—¿Quién es?

—No lo sé.

—¿Es como yo?

—No lo sé. Nunca he visto su cara. El brazo izquierdo le cubre el rostro y agita el derecho. Lo agita violentamente. Así.

Seguí sus indicaciones con la mirada, mientras movía un brazo como queriendo dar a entender con la mayor pasión y vehemencia: «Por el amor de Dios, despejen el camino».

—Una noche de luna llena —me dijo el hombre— estaba sentado aquí, cuando oí una voz que gritaba «¡Eh! ¡Ahí abajo!». Me levanté de un salto, miré desde la puerta y vi a esa otra Persona junto a la luz roja que hay cerca de la boca del túnel, haciendo gestos como le acabo de enseñar. La voz parecía ronca de tanto gritar, y chillaba: «¡Cuidado!, ¡cuidado!», y de nuevo: «¡Eh, ahí abajo!, ¡cuidado!». Cogí mi linterna, la puse en rojo y corrí hacia la figura, gritándole: «¿Qué va mal?, ¿qué ha pasado?,

¿dónde?». Estaba de pie justo en la boca de la negrura del túnel. Me acerqué tanto a él que me pareció extraño que siguiera cubriéndose los ojos con el brazo. Corrí directamente hacia él, alargando la mano para coger su brazo, pero había desaparecido.

—Dentro del túnel —dije yo.

—No.

Recorrí el interior del túnel, unas quinientas yardas. Me detuve y, con la linterna sobre mi cabeza, vi las señales que miden las distancias, las manchas de humedad que penetran las paredes y gotean desde la bóveda. Salí corriendo, más rápido que cuando entré (es que aborrezco a muerte ese lugar), miré alrededor alumbrándome con mi propia luz roja, y subí por la escalera de hierro que lleva a la galería que hay justo encima, bajé y regresé corriendo aquí. Telegrafié en ambas direcciones: «Se ha recibido una alarma. ¿Algo va mal?». De las dos direcciones llegó la misma respuesta: «Todo bien».

Resistiéndome a la leve sensación de que un dedo helado rozaba mi espina dorsal, le expliqué que aquella figura había debido ser una mala pasada de su sentido visual, y que se sabía que tales figuras, originadas por desarreglos de los delicados nervios que administran las funciones del ojo, turbaban con frecuencia a enfermos, algunos de los cuales habían llegado a ser conscientes de la naturaleza de sus males e incluso la habían demostrado mediante experimentos con ellos mismos.

—En cuanto a un grito imaginario —añadí—, ¡escuche por un momento el viento de este extraño valle mientras hablamos tan bajo y los disparatados sonidos de arpa que arranca a los cables telegráficos!

Todo estaba muy bien, replicó, tras haber estado ambos escuchando durante un rato (y él debía saber bastante sobre el viento y los cables, ya que era quien pasaba largas noches de invierno ahí, solo y expectante). Pero me rogó que me diese cuenta de que no había terminado.

Le pedí perdón y, tocándome el brazo, añadió estas palabras:

—No habían pasado seis horas de la aparición, cuando se produjo el accidente de esta línea, ni habían pasado diez cuando los muertos y heridos fueron sacados a través del túnel por el lugar en el que había estado la figura.

Me recorrió un desagradable escalofrío. No podía negarse, repuse, que había sido una coincidencia notable, lo bastante profunda como para impresionar su mente. Pero no hay duda de que coincidencias tan notables ocurren de continuo y deben tenerse en consideración al tratar estos temas. Aunque, sin duda, debía admitir, añadí (viendo que estaba a punto de refutar mis objeciones), que las personas con sentido común no dejan mucho espacio para coincidencias en los cálculos ordinarios de la vida.

De nuevo me hizo saber que me diese cuenta de que no había terminado.

Y de nuevo le pedí perdón por mis involuntarias interrupciones.

—Esto —dijo, apoyando una vez más su mano en mi brazo y mirando por encima del hombro con ojos hundidos— fue exactamente hace un año. Pasaron seis o siete meses, y ya me había recuperado de la sorpresa e impresión, cuando una mañana, al romper el día, me encontraba junto a la puerta, miré hacia la luz roja y volví a ver al espectro.

Se detuvo mirándome fijamente.

—¿Gritó?

—No. Guardó silencio.

—¿Movía el brazo?

—No. Estaba apoyado contra el poste de la luz roja, con las dos manos cubriéndole el rostro. Así.

Una vez más observé su gesto. Y fue un gesto de dolor. He visto actitudes similares en las estatuas que se encuentran sobre algunas tumbas.

—¿Se acercó a él?

—No. Entré en mi caseta y me senté; en parte para ordenar mis pensamientos, en parte porque había quedado desfallecido. Cuando volví a salir a la puerta, la luz del día estaba sobre mí y el fantasma se había ido.

—Pero ¿no pasó nada más?, ¿no ocurrió algo después?

Me tocó el brazo con el dedo índice dos o tres veces, asintiendo lúgubremente con la cabeza.

—Ese mismo día, cuando un tren salía del túnel, advertí en una ventanilla que daba a mi lado algo que me pareció un amasijo de cabezas y manos y una especie de gesto. Vi aquello justo a tiempo para hacerle al conductor la señal de «¡Pare!». Cortó el circuito y puso el freno, pero el tren aún se deslizó ciento cincuenta yardas o más. Corrí tras él y, mientras lo hacía, oí unos llantos y gritos terribles. Una bella joven había muerto repentinamente en uno de los compartimentos y la trajeron aquí; yacía en este mismo suelo, aquí donde estamos nosotros.

Aparté mi silla involuntariamente, miré las tablas que señalaba y luego le miré a él.

—Cierto, señor, cierto. Se lo cuento tal y como sucedió.

No se me ocurrió nada que decir en ningún sentido, y se me había quedado la boca absolutamente seca. El viento y los cables prolongaban la historia en un largo lamento desolado.

Él retomó la palabra:

—Ahora, señor, fíjese en esto y juzgue hasta qué punto se halla turbado mi espíritu. El espectro volvió hace una semana. Desde entonces ha estado aquí, una y otra vez, a intervalos.

—¿Junto a la luz?

Junto a la luz de peligro.

—Y ¿qué diría que hace?

Repitió, aún con mayor pasión y vehemencia, si es que es posible, los anteriores gestos de «¡Por Dios, despejen la vía!».

—No tengo paz ni descanso. Me llama durante varios minutos seguidos, de una manera agonizante: «Ahí abajo, ¡cuidado!, ¡cuidado!». Se queda de pie, gesticulando, y hace sonar mi campanilla…

Me agarré de esto:

—¿Hizo sonar su campanilla anoche, mientras yo estaba aquí, y usted salió a la puerta?

—En dos ocasiones.

—Bien, observe —dije yo— cómo le engaña su imaginación. Tuve mis ojos clavados en la campanilla y mis oídos bien despiertos, y tan cierto como que estoy vivo, en aquellos momentos *no* sonó. No. Y tampoco lo hizo en ninguna otra ocasión, si exceptuamos cuando

funcionó debido al curso normal del trabajo, al comunicar la estación con usted.

Movió la cabeza:

—No he tenido, aún, ninguna confusión a este respecto, señor. Nunca he confundido el sonido espectral de la campanilla con el humano. El sonido del fantasma es una extraña vibración de la campana, que no proviene de fenómeno alguno, y no he afirmado que la campana se mueva visiblemente. No me sorprende que usted no la haya oído. Pero yo sí la oí.

—¿Y le pareció ver al espectro allí, cuando salió a mirar?

—*Estaba* allí.

—¿En ambas ocasiones?

Dijo firmemente:

—En ambas ocasiones.

—¿Quiere acercarse a la puerta conmigo y observar ahora?

Se mordió el labio inferior mostrando cierto desgano, pero se levantó. Abrí la puerta y me quedé en el escalón, mientras él permanecía en el umbral. Allí estaba la luz de peligro. Allí estaba la tenebrosa boca del túnel. Allí estaban los altos muros de piedra del precipicio. Allí estaban, sobre todo, las estrellas.

—¿Lo ve? —le pregunté, prestando especial atención a su rostro.

Tenía los ojos fijos y en tensión, pero quizá no mucho más que los míos cuando los dirigía impacientemente hacia el mismo punto.

—No —respondió—, no está ahí.

—De acuerdo —le dije.

Entramos de nuevo, cerramos la puerta y volvimos a nuestros asientos. Estaba pensando en la mejor forma de aprovechar esta ventaja, si es que se la podía considerar como tal, cuando él retomó el tema de una forma tan absolutamente natural, dando por supuesto que no podía haber entre nosotros serias divergencias respecto a los hechos, que me sentí en una situación de lo más impotente.

—A estas alturas, señor, ya habrá comprendido perfectamente —dijo— que lo que me angustia tan profundamente es lo siguiente: ¿qué quiere decirme el espectro?

Le contesté que no estaba seguro de haber comprendido perfectamente.

—¿Contra qué me previene? —dijo meditabundo, con sus ojos clavados en el fuego y volviéndose hacia mí solo de vez en cuando—, ¿cuál es el peligro? Hay un peligro en el aire, flotando sobre algún lugar de la línea. Una horrible calamidad va a suceder. En esta ocasión no cabe la menor duda. Es una obsesión *para mí*. ¿Qué puedo hacer?

Sacó su pañuelo y se secó las gotas de sudor de su frente acalorada.

—Si telegrafío «peligro» en una dirección de la línea, o en ambas, no tengo prueba alguna que aportar —siguió, secándose las palmas de las manos—. Probablemente me meta en problemas y no obre bien. Podrían pensar que estoy loco. Tendría que actuar de esta manera: Mensaje: «Peligro. Tomen precauciones». Respuesta: «¿Qué peligro?, ¿dónde?». Mensaje: «No lo sé, pero por el amor de Dios, tomen precauciones». Me despedirían. ¿Qué otra cosa podrían hacer?

Era muy triste contemplar el tormento de su espíritu, la tortura mental de un hombre consciente, sometido a la angustia insoportable de una vida intrincada en una responsabilidad que escapaba a su inteligencia.

—Cuando apareció el espectro por primera vez junto a la luz roja —continuó echando hacia atrás su cabello oscuro y frotándose las sienes con las manos una y otra vez, en el extremo de una angustia febril—, ¿por qué no me dijo dónde sucedería el accidente, si tenía que suceder?, ¿por qué la segunda vez que vino ocultaba su rostro?, ¿por qué, en lugar de eso, no me dijo: «Ella va a morir. Que la dejen en casa»? Si en estas dos ocasiones vino tan solo para demostrarme que sus advertencias eran ciertas y prepararme para esta tercera, ¿por qué no me avisa llanamente ahora? Y yo… ¡que el Señor me ayude! Un pobre guardavía en su solitaria estación, ¿por qué no he acudido a alguien digno de crédito y que pueda hacer algo?

Al verle en semejante estado me di cuenta de que, tanto para el bien del pobre hombre como para la seguridad pública, lo que tenía que hacer, de momento, era apaciguar su mente. Por lo tanto, dejé a un lado todas las cuestiones sobre la realidad o la irrealidad y le hice observar que si un hombre cumplía con su deber estrictamente, hacía bien, y que le quedaba

la satisfacción de haber entendido lo que era su obligación, aunque no alcanzase a comprender el significado de esas confusas Apariciones. En este esfuerzo tuve un éxito mayor que en los intentos de hacerle desistir de sus convicciones. Empezó a calmarse, las ocupaciones propias de su puesto, como la noche anterior, comenzaron a requerir su atención por más tiempo, y le dejé a las dos de la madrugada. Le había ofrecido quedarme toda la noche, pero no quiso ni oír hablar de ello.

Me volví a mirar la luz roja según ascendía por el sendero; que no me gustaba la luz roja y que habría dormido francamente mal de encontrarse mi cama bajo ella, no voy a ocultarlo. Y no me gustaron las dos historias del accidente y la muerte de la chica. Tampoco veo razón para ocultarlo.

Pero lo que más ocupaba mi mente era la reflexión sobre cómo debía actuar, al haberme convertido en depositario de esas confidencias. Había comprobado que se trataba de un hombre inteligente, atento, trabajador y serio; pero ¿cuánto tiempo seguiría siéndolo en semejante estado mental? A pesar de ocupar un cargo de subordinado, tenía una importante responsabilidad; ¿confiaría yo (por ejemplo) mi propia vida a la posibilidad de que continuase desempeñándola con precisión?

Fui incapaz de vencer el sentimiento de que sería una especie de traición si comunicaba a sus superiores lo que me había contado, sin antes hablar francamente con él. Debía proponerle una solución intermedia: decidí ofrecerme para acompañarle (pero guardando, de momento, el secreto) al mejor médico que pudiésemos encontrar en la zona y recabar su opinión. Me había comunicado que la noche siguiente habría un cambio en el horario de trabajo: se marcharía una o dos horas antes del amanecer y volvería después de la puesta de sol. Yo había quedado en presentarme un poco más tarde.

Al día siguiente, el atardecer era espléndido y salí temprano para disfrutarlo. El sol aún no se había puesto cuando crucé el camino que bordeaba el precipicio. Alargaría el paseo una hora, me dije, media hora de ida y otra media de vuelta, y entonces habría llegado el momento de ir a la caseta del guardavía.

Antes de continuar mi caminata, me paré en el borde, y, mecánicamente, miré hacia abajo desde el mismo lugar desde el que le

había visto por primera vez. No podría describir el estremecimiento que me recorrió cuando, junto a la boca del túnel, vi a una figura que se tapaba los ojos con el brazo izquierdo y hacía violentamente gestos con su mano derecha.

El horror innombrable que me oprimía pasó en un momento, en el instante mismo en que me di cuenta de que esa figura era, de hecho, un hombre y que, a poca distancia, se hallaba un pequeño grupo de personas, a quienes se dirigían los gestos que estaba haciendo. La luz de peligro no estaba todavía encendida. Junto al poste había sido construido, con madera y una lona, un pequeño armazón muy bajo, enteramente nuevo para mí. No parecía mayor que una cama.

Descendí por el sendero tan rápido como pude, con la irresistible sensación de que algo marchaba mal; me reprochaba haber dejado a aquel hombre allí, sin nadie que vigilara o corrigiese lo que hacía, ante el peligro de un desenlace fatal.

—¿Qué es lo que ocurre? —pregunté.

—El guardavía ha resultado muerto esta mañana, señor.

—¿El hombre que ocupaba esta caseta?

—Sí, señor.

—¿El hombre al que yo conocía?

—Lo reconocerá, señor, si le había visto —dijo el hombre que hablaba por los demás, descubriéndose la cabeza con solemnidad y levantando el extremo de la lona—. Su rostro está intacto.

—¡Oh! ¿Cómo ocurrió esto?, ¿cómo ocurrió? —pregunté, volviéndome de uno a otro, cuando hubieron cubierto de nuevo el cadáver.

—Lo atropelló una locomotora, señor. Ningún hombre en Inglaterra conocía mejor su trabajo. Pero algo no debía estar bien en la vía. Fue justo al amanecer. Había apagado la luz y llevaba su linterna cuando la máquina salió del túnel; él le daba la espalda, y lo atropelló. Este hombre la conducía y nos estaba explicando cómo sucedió. Explíqueselo al caballero, Tom.

El hombre, que vestía un traje tosco y oscuro, retrocedió hasta el lugar donde habíamos estado antes, junto a la boca del túnel:

—Después de tomar la curva del túnel, señor —dijo—, le descubrí al otro extremo, como si le viese por el tubo de un catalejo. No había tiempo de reducir la velocidad, y sabía que él era un hombre muy cuidadoso. Como no pareció hacer caso del pitido, quité la marcha cuando ya nos abalanzábamos sobre él y le grité tan fuerte como pude.

—¿Qué dijo usted?

—Dije: «¡Ahí abajo!, ¡cuidado!, ¡cuidado!, ¡por el amor de Dios, despejen la vía!».

Me sobresalté.

—¡Ay! Fue un rato horrible, señor. No paré de gritar. Me puse este brazo delante de los ojos, para no verlo, y agité el otro hasta el último momento, pero no sirvió de nada.

Para no prolongar el relato extendiéndome en alguna de sus circunstancias más que en otra, puedo, para terminar, señalar la coincidencia de que las advertencias del conductor de la locomotora incluían no solo las palabras que el desafortunado guardavía me había repetido como su obsesión, sino también las palabras que yo mismo —y no él— había asociado, tan solo en mi mente, a los gestos que había imitado.

UN SUEÑO

Iván Turgueniev

(Son, 1876)

A Turguéniev (1818-1883) no se le puede llamar escritor fantástico, pues sus cuentos que puedan definirse como tales se cuentan con los dedos de una mano. El sueño *es un cuento de una ambigüedad perfecta, y mantiene la incertidumbre de si el personaje misterioso está vivo o muerto, incertidumbre que continúa en la hermosísima escena final del cuerpo sobre la playa cubierta de algas*.

Aparte de constituir un ejemplo de modernidad psicológica, no común en la época y que anuncia temas que el psicoanálisis hará canónicos, este cuento nos presenta uno de los raros casos de sueño escrito que se asemeja a los sueños de verdad.

I

YO vivía entonces con mi madre en una pequeña ciudad del litoral. Había cumplido diecisiete años y mi madre no llegaba a los treinta y cinco: se había casado muy joven. Cuando falleció mi padre yo tenía solamente seis, pero le recordaba muy bien. Mi madre era una mujer más bien bajita, rubia, de rostro encantador aunque eternamente apenado, voz apagada y cansina y movimientos tímidos. De joven había tenido fama por su belleza, y hasta el final de sus días fue atractiva y amable. Yo no he visto ojos más profundos, más dulces y tristes, cabellos más finos y suaves; no he visto manos más elegantes. Yo la adoraba y ella me quería… No obstante, nuestra vida transcurría sin alegría: se hubiera dicho que un dolor oculto, incurable e inmerecido, consumía permanentemente la raíz misma de su existencia. La explicación de aquel dolor no estaba solo en el duelo por mi padre, aun cuando fuese muy

grande, aun cuando mi madre le hubiera amado con pasión, aun cuando honrara piadosamente su memoria… ¡No! Allí se ocultaba algo más que yo no entendía, pero que llegaba a percibir, de modo confuso y hondo, apenas me fijaba fortuitamente en aquellos ojos apacibles y quietos, en aquellos maravillosos labios, también quietos, aunque no contraídos por la amargura, sino como helados de por siempre.

He dicho que mi madre me quería; sin embargo, había momentos en que me rechazaba, en que mi presencia le pesaba, se le hacía insoportable. Experimentaba ella entonces una especie de involuntaria repulsión hacia mí, de la que se espantaba luego, pagándola con lágrimas y estrechándome sobre su corazón. Yo cargaba la culpa de estos intempestivos brotes de hostilidad a la alteración de su salud y a su desgracia… Verdad es que estas sensaciones hostiles podían haber sido provocadas, hasta cierto punto, por unos extraños arrebatos de sentimientos malignos y criminales, incomprensibles para mí mismo, que despertaban de tarde en tarde dentro de mí… Pero estos arrebatos no coincidían con aquellos instantes de repulsión. Mi madre vestía siempre de negro, como si guardase luto. Llevábamos un tren de vida bastante holgado, aunque apenas nos relacionábamos con nadie.

II

Mi madre había concentrado en mí todos sus pensamientos y su solicitud. Su vida se había fundido con mi vida. Este género de relaciones entre padres e hijos no favorecen siempre a los hijos… Suele ser más bien nocivo. Por añadidura, mi madre no tenía más hijo que yo… y los hijos únicos, por lo general, no se desarrollan adecuadamente. Al educarlos, los padres se preocupan tanto de sí mismos como de ellos… Eso es un error. Yo no me volví caprichoso ni duro (una y otra cosa suele aquejar a los hijos únicos), pero mis nervios estuvieron alterados hasta cierta época; además, tenía una salud bastante precaria, saliendo en esto a mi madre, a quien también me parecía mucho de cara. Yo evitaba la compañía de los chicos de mi edad, en general rehuía a la gente e incluso con mi madre hablaba poco. Lo que más me gustaba era leer, pasear a

solas y soñar… ¡soñar…! ¿De qué trataban mis sueños? No podría explicarlo. A veces tenía la impresión, es cierto, de hallarme delante de una puerta entornada que ocultaba ignotos misterios, y yo permanecía allí, a la espera de algo, anhelante, y no trasponía el umbral, sino que cavilaba en lo que podría haber al otro lado… Y seguía esperando, y me quedaba transido… o traspuesto. Si hubiera latido en mí la vena poética, probablemente me habría dedicado a escribir versos; de haberme sentido atraído por la religión, quizá me hubiera hecho fraile. Pero, como no experimentaba nada de eso, continuaba soñando y esperando.

III

Acabo de referirme a cómo me quedaba traspuesto, en ocasiones, bajo el influjo de ensoñaciones y pensamientos confusos. En general, yo dormía mucho, y los sueños desempeñaban un papel considerable en mi vida. Soñaba casi todas las noches. Los sueños no se me olvidaban, y yo les daba importancia, los consideraba premoniciones, procuraba desentrañar su sentido oculto. Algunos se repetían de vez en cuando, hecho que siempre me parecía prodigioso y extraño. Un sueño, sobre todo, me hacía cavilar. Me parecía que iba caminando por una calle estrecha y mal empedrada de una vieja ciudad, entre altos edificios de piedra con los tejados en pico. Yo andaba buscando a mi padre, que no había muerto, sino que se escondía de nosotros, ignoro por qué razón, y vivía precisamente en una de aquellas casas. Yo entraba por una puerta cochera, baja y oscura, cruzaba un largo patio abarrotado de troncos y tablones y penetraba por fin en una estancia pequeña que tenía dos ventanas redondas. En medio de la habitación estaba mi padre, con batín y fumando en pipa. No se parecía en absoluto a mi padre verdadero: era un hombre alto, enjuto, con el pelo negro, la nariz ganchuda y ojos sombríos y penetrantes, que aparentaba unos cuarenta años. Le disgustaba que hubiera dado con él; tampoco yo me alegraba en absoluto de nuestro encuentro y permanecía allí parado, indeciso. Él giraba un poco, empezaba a murmurar algo entre dientes y a ir de un lado para otro con paso menudo… Luego se alejaba poco a poco, sin dejar de

murmurar y mirando a cada momento hacia atrás por encima del hombro; la estancia se ensanchaba y desaparecía en la niebla… Espantado de pronto ante la idea de que perdía nuevamente a mi padre, yo me lanzaba tras él, pero ya no le veía, y solo llegaba hasta mí su rezongar, bronco como el de un oso… Angustiado el corazón, me despertaba y ya no podía volver a conciliar el sueño en mucho tiempo… Me pasaba todo el día siguiente cavilando en este sueño sin que mis cavilaciones, como es natural, me llevaran a ninguna conclusión.

IV

Llegó el mes de junio. Por esa época, la ciudad donde vivíamos mi madre y yo se animaba extraordinariamente. En el muelle atracaban multitud de barcos, y en las calles aparecían multitud de rostros nuevos. Entonces me gustaba deambular por la costanera, delante de los cafés y los hoteles, observando las diversas siluetas de marineros y demás gentes sentadas bajo los toldos de lona, en torno a los veladores blancos, con sus jarras de metal llenas de cerveza.

Conque una vez, al pasar delante de un café, vi a un hombre que atrajo inmediatamente toda mi atención. Vestía un largo guardapolvos negro, llevaba el sombrero de paja encasquetado hasta los ojos y permanecía inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho. Unos rizos negros y ralos le caían casi hasta la nariz; los labios finos apretaban la boquilla de una pipa corta. Este hombre me pareció tan conocido, mi recuerdo conservaba tan indudablemente grabado cada rasgo de su rostro moreno y bilioso, así como toda su figura, que no pude por menos de detenerme ante él y preguntarme: ¿quién es este hombre, dónde le he visto? Al notar probablemente mi mirada fija, levantó hacia mí sus ojos negros, penetrantes… No pude reprimir una exclamación ahogada…

¡Aquel hombre era el padre a quien yo había encontrado, a quien yo había visto en sueños!

Imposible equivocarse: el parecido era demasiado rotundo. Incluso el largo guardapolvos que envolvía sus miembros enjutos recordaba, por el

color y el corte, el batín con que se me había aparecido mi padre.

—¿Estaré dormido? —me pregunté—. No… Es de día, hay multitud de gente alrededor, el sol brilla en el cielo azul, y lo que tengo delante de mí no es un fantasma, es un hombre vivo…

Me dirigí hacia un velador desocupado, pedí una jarra de cerveza y un periódico y me senté a escasa distancia de aquel ser misterioso.

V

Con el periódico desplegado a la altura del rostro, seguí devorando con los ojos al desconocido, que apenas hacía un movimiento y solo de tarde en tarde alzaba un poco la desmayada cabeza. Evidentemente, esperaba a alguien. Yo seguía mirando, mirando… A veces me parecía que todo aquello era invención mía, que en realidad no existía la menor semejanza, que yo había cedido a una fantasía de mi imaginación… Pero «aquel» giraba un poco en su silla de pronto o alzaba ligeramente una mano, y de nuevo veía yo a mi padre «nocturno» delante de mí.

Acabó por advertir mi pertinaz curiosidad y, a poco de mirarme, primero perplejo y luego contrariado, hizo intención de levantarse. Un pequeño bastón que tenía recostado contra el velador cayó entonces al suelo. Yo me precipité a recogerlo y se lo entregué. El corazón me latía con fuerza.

El hombre me dio las gracias con una sonrisa forzada y, aproximando su rostro al mío, enarcó las cejas y entreabrió los labios como si algo le sorprendiera.

—Es usted muy amable, joven —pronunció de pronto con voz gangosa, áspera y dura—. Por los tiempos que corren, es cosa rara. Permítame que le felicite: le han dado a usted una buena educación.

No recuerdo exactamente lo que repliqué, pero pronto hubimos entablado conversación. Supe que era compatriota mío, que había vuelto recientemente de América, donde había vivido muchos años y adonde regresaría en breve plazo… Se presentó con el título de barón…, pero no pude captar bien el nombre. Lo mismo que mi padre «nocturno», terminaba cada una de sus oraciones con una especie de confuso

murmullo interno. Se interesó por conocer mi apellido… Al oírlo pareció sorprenderse otra vez; luego me preguntó si llevaba mucho tiempo residiendo en aquella ciudad y con quién. Contesté que vivía con mi madre.

—¿Y su señor padre?

—Mi padre falleció hace mucho.

Preguntó el nombre de pila de mi madre y al oírlo soltó una risa extraña, de la que luego se disculpó diciendo que se debía a sus modales americanos y que, además, él era un tipo bastante raro. Luego tuvo la curiosidad de conocer nuestro domicilio. Yo se lo dije.

VI

La emoción que me había embargado al iniciarse nuestra plática se aplacó gradualmente; nuestro acercamiento me parecía algo extraño, pero nada más. No me agradaba la sonrisita con que el señor barón me interrogaba, ni tampoco me agradaba la expresión de sus ojos cuando me miraba como clavándomelos… Había en ellos algo rapaz y protector… algo que sobrecogía. Aquellos ojos, yo no los había visto en mi sueño. ¡Qué rostro tan extraño tenía el Barón! Marchito, cansado, pero aparentando al mismo tiempo menos años, lo que causaba una impresión desagradable. Mi padre «nocturno» tampoco estaba marcado por el profundo costurón que cruzaba oblicuamente toda la frente de mi nuevo conocido y que yo no advertí hasta hallarme más cerca de él.

Apenas había yo informado al barón del nombre de la calle y el número de la casa donde habitábamos cuando un negro de elevada estatura, embozado en su capa hasta las cejas, se le acercó por detrás y le rozó un hombro. El Barón volvió la cabeza, profirió: «¡Ah! ¡Por fin!» y, haciéndome una leve inclinación de cabeza, se dirigió con el negro hacia el interior del café. Yo seguí bajo el toldo con la idea de esperar a que saliera el barón, no tanto para reanudar la conversación con él pues en realidad no sabía de qué podríamos haber hablado, como para contrastar nuevamente mi primera impresión. Pero transcurrió media hora, luego una hora entera… El Barón no reaparecía. Penetré en el establecimiento,

recorrí todas las salas, pero en ninguna parte vi al Barón ni al negro… Se conoce que se habían ausentado los dos por la puerta de atrás.

Se me había levantado un ligero dolor de cabeza y, para refrescarme, me encaminé a lo largo de la orilla del mar hasta un vasto parque plantado en las afueras unos doscientos años atrás. Después de pasear un par de horas a la sombra de los robles y los plátanos gigantescos, volví a casa.

VII

En cuanto aparecí en el recibimiento, nuestra sirvienta corrió a mí toda alarmada. Por su expresión adiviné al instante que algo malo había sucedido en nuestra casa durante mi ausencia. Y así era: supe que, hacía cosa de una hora, se escuchó de pronto un grito terrible en el dormitorio de mi madre. La sirvienta, que acudió corriendo, la encontró tendida en el suelo, sin conocimiento, y su desmayo había durado varios minutos. Mi madre recobró al fin el sentido, pero se vio obligada a acostarse y tenía un aire asustado y extraño. No decía ni una palabra, no contestaba a las preguntas, y todo era mirar a su alrededor y estremecerse. La sirvienta envió al jardinero en busca de un médico. Llegó el doctor, le recetó un calmante, pero tampoco a él quiso decirle nada mi madre. El jardinero afirmaba que a los pocos instantes de escucharse el grito en la habitación de mi madre, él había visto a un desconocido que corría hacia la puerta de la calle pisoteando los macizos de flores. (Vivíamos en una casa de una sola planta cuyas ventanas daban a un jardín bastante grande). El jardinero no tuvo tiempo de fijarse en el rostro de aquel hombre, pero era alto, enjuto, llevaba un sombrero de paja muy encasquetado y una levita de faldones largos… «¡El atuendo del Barón!», me pasó enseguida por la mente. El jardinero no pudo darle alcance. Además, le llamaron inmediatamente de la casa y le enviaron en busca del médico. Pasé a ver a mi madre. Estaba acostada, más blanca que la almohada sobre la que reposaba la cabeza. Sonrió débilmente al reconocerme y me tendió una mano. Tomé asiento a su lado y me puse a

hacerle preguntas. Al principio eludía las respuestas, pero acabó confesando haber visto algo que la asustó mucho.

—¿Ha entrado aquí alguien? —inquirí.

—No —se apresuró a contestar—. No ha venido nadie, pero a mí me pareció… se me figuró…

Calló y se cubrió los ojos con una mano. Iba yo a decirle lo que había sabido a través del jardinero y a contarle, de paso mi encuentro con el barón… pero, ignoro por qué, las palabras expiraron en mis labios. Sin embargo, hice observar a mi madre que los fantasmas no suelen aparecerse de día.

—Deja eso, por favor —susurró—. No me atormentes ahora. Algún día lo sabrás…

De nuevo enmudeció. Tenía las manos frías y el pulso acelerado e irregular. Le administré la medicina y me aparté un poco para no molestarla. No se levantó en todo el día. Estaba tendida, quieta y callada, y solo de vez en cuando exhalaba un profundo suspiro y abría los ojos con sobresalto. Todos en la casa estaban extrañados.

VIII

Al llegar la noche le dio un poco de fiebre a mi madre, y me pidió que me retirase. Sin embargo, no me fui a mi cuarto, sino que me tendí sobre un diván de la habitación contigua. Cada cuarto de hora me levantaba, llegaba de puntillas hasta la puerta y prestaba oído… Todo continuaba en silencio, pero no creo que mi madre conciliara el sueño en toda la noche. Cuando entré a verla a primera hora de la mañana, me pareció que tenía el semblante arrebatado y un extraño brillo en los ojos. Durante el día pareció aliviarse un poco; al atardecer volvió a subir la fiebre. Hasta entonces había guardado un silencio pertinaz, pero de pronto rompió a hablar con voz anhelante y entrecortada. No deliraba: sus palabras tenían sentido, aunque ninguna ilación. Poco antes de la medianoche se incorporó de repente en el lecho con brusco movimiento (yo estaba sentado junto a ella) y con la misma voz precipitada se puso a contar, apurando a sorbos un vaso de agua y moviendo débilmente las manos,

sin mirarme ni una sola vez… Se interrumpía, pero reanudaba el relato haciendo un esfuerzo… Todo aquello era tan extraño como si lo hiciera en sueños, como si ella estuviera ausente y fuese otra persona quien hablara por su boca o la hiciera hablar a ella.

IX

—Oye lo que te voy a contar, —comenzó—. Ya no eres un muchachuelo. Lo debes saber todo. Yo tenía una buena amiga… Se casó con un hombre al que amaba de todo corazón y era muy feliz con su marido. El primer año de matrimonio hicieron un viaje a la capital para pasar allí algunas semanas divirtiéndose. Se hospedaban en un buen hotel y salían mucho, a teatros y a fiestas. Mi amiga era muy agraciada, llamaba la atención y los hombres la cortejaban. Pero entre ellos había uno, un oficial, que la seguía constantemente y adondequiera que ella fuese, allí se encontraba con sus ojos negros y duros. No se hizo presentar ni habló con ella una sola vez: solamente la miraba de manera descarada y extraña. Todos los placeres de la capital los echaba a perder su presencia. Mi amiga empezó a hablarle a su marido de marcharse cuanto antes, y así lo dispusieron, en efecto. Una tarde, el marido se fue a un club: le habían invitado a jugar a las cartas unos oficiales del mismo regimiento al que pertenecía aquel otro… Por primera vez se quedó ella sola. Como su marido tardaba en volver, despidió a la doncella y se acostó… De pronto le entró tanto miedo que se quedó fría y se puso a temblar. Le pareció oír un ruido ligero al otro lado de la pared —como si arañara un perro—, y se puso a mirar fijamente hacia aquel sitio. En el rincón ardía una lamparilla. Toda la habitación estaba tapizada de tela… Súbitamente, algo rebulló allí, se alzó, se abrió… Y de la pared surgió, largo, todo negro, aquel hombre horrible de los ojos duros. Ella quería gritar, pero no podía. Estaba totalmente paralizada del susto. El hombre se acercó a ella rápidamente, como una fiera salvaje, y le cubrió la cabeza con algo asfixiante, pesado, blanco… De lo que sucedió después, no me acuerdo… ¡No me acuerdo! Fue algo parecido a la muerte, a un asesinato… Cuando aquella espantosa niebla se disipó al fin, cuando

yo… cuando mi amiga volvió en sí, no había nadie en la habitación. De nuevo se encontró sin fuerzas para gritar, durante mucho tiempo, hasta que por fin llamó… y luego se embrolló todo otra vez…

Después vio junto a ella a su marido, que había sido retenido en el club hasta las dos de la madrugada… Estaba demudado y se puso a hacerle preguntas, pero ella no le dijo nada… Luego cayó enferma… Sin embargo, recuerdo que al quedarse sola en la habitación fue a inspeccionar aquel sitio de la pared. Debajo de la tapicería había una puerta secreta. Y a ella le había desaparecido de la mano el anillo de casada. Era un anillo de forma poco corriente, con siete estrellitas de oro y siete de plata alternando: una antigua joya de familia. El marido le preguntaba qué había sido del anillo, pero ella no podía contestar nada. Pensando que se le habría caído inadvertidamente, el marido lo buscó por todas partes. No lo encontró. Presa de extraña angustia, decidió que volverían a su casa lo antes posible y, en cuanto lo permitió el doctor, el matrimonio abandonó la capital… Pero imagínate que el día mismo de su marcha se cruzaron en la calle con unas parihuelas… En las parihuelas yacía un hombre con la cabeza partida al que acababan de matar. Y ese hombre era el terrible visitante nocturno de los ojos duros. ¡Imagínate!… Le habían matado durante una partida de cartas…

Mi amiga se trasladó luego al campo…, fue madre por primera vez… y vivió varios años en compañía de su marido. Él nunca supo nada. Además, ¿qué podría haberle dicho ella? Ella misma no sabía nada.

Sin embargo, su anterior felicidad desapareció. En sus vidas se hizo la oscuridad, y esa oscuridad no se disipó ya nunca… No tuvieron más descendencia, como tampoco la habían tenido antes… y aquel hijo…

Toda temblorosa, mi madre se cubrió el rostro con las manos.

—Y ahora, dime —prosiguió con redoblada energía—, ¿tenía alguna culpa mi amiga? ¿Qué podía reprocharse? Fue castigada; pero ¿no tenía derecho a declarar, incluso ante Dios, que el castigo era injusto? Entonces, ¿por qué se le representa al cabo de tantos años y en forma tan horrible lo ocurrido, como si fuese una criminal atormentada por los remordimientos? Macbeth mató a Banquo, y no es sorprendente que se le apareciera… Pero yo…

Al llegar a este punto, el discurrir de mi madre se hizo tan incoherente, que dejé de comprenderlo. Ya no dudaba de que estuviese delirando.

X

Cualquiera comprenderá fácilmente la estremecedora impresión que me produjo el relato de mi madre. Desde sus primeras palabras adiviné que estaba hablando de sí misma y no de una amiga. La propia estratagema confirmó mis sospechas. De modo que aquel era efectivamente mi padre, al que yo había encontrado en sueños, al que había visto en persona. No le habían matado, como suponía mi madre, sino herido solamente. Y había ido a verla, huyendo luego, asustado por el susto de ella. Todo lo comprendí de repente: comprendí el involuntario sentimiento de repulsión que yo despertaba a veces en mi madre, su constante pesar, nuestra vida de aislamiento… Recuerdo que se me iba la cabeza, y yo la agarré con ambas manos como queriendo mantenerla en su sitio. Pero una decisión se clavó en mi mente: la de encontrar nuevamente a aquel hombre; encontrarle sin falta, costara lo que costara. ¿Para qué? ¿Con qué fin? No me lo planteaba, pero el hecho de encontrarle, de dar con él, se había convertido para mí en cuestión de vida o muerte. A la mañana siguiente se calmó por fin mi madre… cedió la fiebre y se quedó dormida. Después de recomendarla a los cuidados de los dueños de la casa y de la servidumbre, salí para ponerme en campaña.

XI

Ante todo, como es natural, fui al café donde había encontrado al Barón, pero nadie le conocía allí. Ni siquiera habían advertido su presencia. Era un cliente casual. En el negro sí se habían fijado los propietarios del establecimiento, pues llamaba demasiado la atención, si bien nadie sabía tampoco quién era ni dónde vivía. Después de dejar, a todo evento, mi dirección en el café, me lancé a rondar por las calles y las costaneras de la

ciudad, alrededor de los muelles, por las avenidas, asomándome a todos los establecimientos públicos. No encontré a nadie que se pareciera al Barón o a su acompañante. Como no había retenido el apellido del Barón, estaba en la imposibilidad de acudir a la policía. Sin embargo, di a entender a dos o tres celadores del orden (que por cierto me contemplaron con sorpresa sin dar del todo crédito a mis palabras) que recompensaría generosamente su celo si encontraban la pista de los dos individuos cuyas señas personales procuré darles con la mayor exactitud posible. Después de corretear así hasta la hora del almuerzo, regresé a mi casa rendido de cansancio. Mi madre se había levantado. Su habitual tristeza tenía un matiz nuevo, cierta absorta perplejidad que se me clavaba en el corazón como un cuchillo. Pasé la tarde con ella. Apenas hablamos: ella hacía solitarios y yo contemplaba en silencio los naipes. No hizo la menor alusión a su relato ni a lo sucedido la víspera. Era como si hubiéramos acordado tácitamente no referirnos a todos aquellos hechos terribles y extraños… Daba la impresión de que estaba contrariada y cohibida por lo que se le había escapado sin querer. O quizá no recordara muy bien lo que había dicho durante aquel conato de delirio febril y tuviese la esperanza de que yo me mostrase compasivo con ella… Así lo hacía, efectivamente, y ella se daba cuenta, pues rehuía mi mirada lo mismo que la víspera. No pude conciliar el sueño en toda la noche. Se había desencadenado de pronto una tormenta espantosa. El viento aullaba y se arremolinaba frenéticamente, los cristales de las ventanas temblaban y tintineaban, silbidos y lamentos desesperados cruzaban el aire como si algo se desgarrase en lo alto y volara con furioso llanto sobre las casas estremecidas. Poco antes del amanecer, me quedé traspuesto… Súbitamente, tuve la impresión de que alguien había entrado en mi cuarto y me llamaba, pronunciando mi nombre a media voz, pero imperiosamente. Levanté un poco la cabeza y no vi nada. Pero, cosa extraña, lejos de asustarme me alegré: llegué de pronto a la convicción de que ahora alcanzaría sin falta mi meta. Me vestí a toda prisa y salí de casa.

XII

La tormenta había amainado, aunque se notaban todavía sus últimos estremecimientos. Era muy temprano, y no andaba nadie por las calles. En muchos sitios había trozos de chimeneas, tejas, tablas arrancadas a las vallas, ramas partidas… «La noche ha debido de ser terrible en el mar», me dije al ver las huellas de la tormenta. Pensé dirigirme al embarcadero, pero los pies me llevaron hacia otra parte como si obedecieran a una irresistible atracción. A los diez minutos escasos me encontraba en una parte de la ciudad que nunca había visitado hasta entonces. Caminaba paso a paso, sin premura pero también sin detenerme, con una extraña sensación interna: esperaba algo extraordinario, imposible, y al mismo tiempo estaba persuadido de que aquello extraordinario se cumpliría.

XIII

Y en efecto, ocurrió lo extraordinario, lo que esperaba. Repentinamente descubrí, a unos veinte pasos delante de mí, al mismo negro que habló con el Barón en el café en presencia mía. Embozado en la misma capa que ya advertí yo entonces, pareció surgir de bajo tierra y, dándome la espalda, echó a andar a buen paso por la estrecha acera de una calleja tortuosa. Me lancé al instante tras él, pero también él aceleró el paso, aunque no volvió la cabeza y, de pronto, dobló la esquina de una casa que formaba saliente. Corrí hasta aquella esquina, la doblé con la misma celeridad que el negro… ¡Qué cosa tan extraña! Ante mí se abría una calle larga, estrecha y totalmente desierta. La niebla matutina la invadía toda con su plomo opaco, pero mi mirada penetraba hasta el extremo opuesto, permitiéndome discernir cada uno de los edificios… ¡Y en ninguna parte rebullía un solo ser viviente! El negro de la capa había desaparecido tan repentinamente como surgió. Me quedé sorprendido, pero solo un instante. Enseguida me embargó otra sensación: ¡había reconocido la calle que se extendía ante mis ojos, toda muda y como muerta! Era la calle de mi sueño. Me estremecí, encogido —la mañana era tan fresca—, y enseguida avancé sin la menor vacilación, impelido por cierta medrosa seguridad.

Empecé a buscar con los ojos… Allí estaba: a la derecha, haciendo saliente sobre la acera con una de sus esquinas, la casa de mi sueño; allí estaba la vieja puerta cochera, con adornos de piedra labrada a ambos lados… Cierto que las ventanas no eran redondas, sino cuadradas, pero eso no tenía importancia… Llamé al portón. Llamé dos veces, tres veces, arreciando en los golpes. Hasta que el portón se abrió, lentamente, rechinando mucho, como si bostezara. Me hallaba ante una criada joven, con el cabello alborotado y ojos de sueño. Al parecer, acababa de despertarse.

—¿Vive aquí un barón? —pregunté a la vez que inspeccionaba con rápida mirada el patio, profundo y estrecho… Todo, todo era igual: allí estaban los tablones y los troncos que había visto en mi sueño.

—No —contestó la criada—. El Barón no vive aquí.

—¿Cómo que no? ¡Imposible!

—Ahora no está… Se marchó ayer.

—¿A dónde?

—A América.

—¡A América! —repetí sin querer—. Pero, volverá, ¿verdad?

La criada me miró con aire suspicaz.

—Eso no lo sabemos. Quizá no vuelva nunca.

—¿Ha vivido aquí mucho tiempo?

—No. Cosa de una semana. Ahora, ya no está.

—¿Y cuál era el apellido de ese barón?

La criada me observó extrañada.

—¿No lo sabe usted? Nosotros le llamábamos Barón, sin más. ¡Eh! ¡Piotr! —gritó al ver que yo intentaba pasar—. Ven acá. Hay aquí un extraño que hace muchas preguntas.

Desde la casa se dirigió hacia nosotros la recia figura de un criado.

—¿Qué pasa? ¿Qué desea? —preguntó con voz tomada— y, después de escucharme hoscamente, repitió lo dicho por la sirvienta.

—Bueno, pero ¿quién vive aquí? —murmuré.

—Nuestro amo.

—¿Y quién es?

—Un carpintero. En esta calle todos son carpinteros.

—¿Podría verle?

—Ahora no. Está durmiendo.

—¿Y podría entrar en la casa?

—Tampoco. Retírese.

—Bueno; pero, más tarde, ¿estará visible tu amo?

—¿Por qué no? Claro que se le puede ver siempre… Para eso es un comerciante. Solo que ahora, retírese. ¿No ve usted que es muy temprano?

—Oye, ¿y el negro ese? —inquirí de pronto.

El criado nos miró perplejo, primero a mí y luego a la sirvienta.

—¿A qué negro se refiere? —profirió finalmente—. Retírese, caballero. Puede usted volver luego y hablar con el amo.

Salí a la calle. El portón se cerró detrás de mí, pesada y bruscamente, sin rechinar esta vez.

Me fijé bien en la calle y en la casa, y me alejé de allí, pero no hacia la mía. Me sentía como decepcionado. Todo lo que me había ocurrido era tan extraño, tan inusitado… Y, por otra parte, el final resultaba tan absurdo… Yo estaba seguro, estaba persuadido, de que encontraría en aquella casa la estancia que recordaba y, en el centro, a mi padre, el Barón, con su batín y su pipa… En lugar de eso, el amo de la casa era un carpintero, se le podía visitar cuantas veces se deseara e incluso encargarle algún mueble, quizá…

¡Y mi padre se había marchado a América! ¿Qué iba a hacer yo ahora? ¿Contárselo a mi madre o enterrar por los siglos incluso el recuerdo de aquella entrevista?… Era rotundamente incapaz de aceptar la idea de que un principio tan sobrenatural y misterioso pudiera conducir a un final tan descabellado y prosaico.

No quería volver a casa, y eché a andar sin rumbo, dejando atrás la ciudad.

XIV

Caminaba cabizbajo, sin pensar ni apenas sentir nada, totalmente ensimismado. Me sacó de aquella abstracción un ruido acompasado,

sordo y amenazador. Levanté la cabeza: era el mar que rumoreaba y zumbaba a unos cincuenta pasos de mí. Me percaté de que caminaba por la arena de una duna. Estremecido por la tormenta nocturna, el mar estaba salpicado de espuma hasta el mismo horizonte, y las altas crestas de las olas alargadas llegaban rodando una tras otra a romperse en la orilla lisa. Me acerqué a ellas y seguí andando justo a lo largo de la raya que su flujo y reflujo dejaba en la arena gruesa, salpicada de retazos de largas plantas marinas, restos de caracolas y cintas serpenteantes de los carrizos. Gaviotas de alas puntiagudas y grito plañidero llegaban con el viento desde la lejana sima del aire, remontaban el vuelo, blancas como la nieve en el cielo gris nublado, se desplomaban verticalmente y, lo mismo que si saltaran de ola en ola, volvían a alejarse y a desaparecer en destellos plateados entre las franjas de espuma arremolinada. Algunas, según observé, giraban tenazmente sobre una roca grande que despuntaba, solitaria, en medio del lienzo uniforme de la orilla de arena. Los ásperos carrizos marinos crecían en matojos desiguales a un lado de la roca y allí donde sus tallos enmarañados emergían del amarillo saladar negreaba algo alargado, redondo, no muy grande… Me fijé más… Un bulto oscuro yacía allí, inmóvil, junto a la roca… Conforme me acercaba, sus contornos aparecían más nítidos y definidos…

Me quedaban solo treinta pasos para llegar a la roca…

¡Pero, si eran los contornos de un cuerpo humano! ¡Era un cadáver, un ahogado que había arrojado el mar! Llegué hasta la misma roca.

¡Aquel era el cadáver del Barón, de mi padre! Me detuve como petrificado. Solo entonces comprendí que desde primera hora de la mañana me habían conducido ciertas fuerzas ignotas, que yo me hallaba en su poder; y, durante unos momentos, no hubo en mi alma nada más que el incesante rumor del mar y algo de temor ante el destino que se había adueñado de mí…

XV

Yacía de espaldas, un poco ladeado, con el brazo izquierdo extendido sobre la cabeza… y el derecho doblado bajo el cuerpo encogido. Un lodo

viscoso absorbía sus pies, calzados con altas botas de marinero; la chaquetilla azul, toda impregnada de sal marina, no se había desabrochado; una bufanda roja ceñía su cuello con nudo apretado. El rostro acezado, vuelto hacia el cielo, parecía burlarse; bajo el labio superior enarcado asomaban unos dientes pequeños y prietos; las pupilas opacas de los ojos entreabiertos apenas se diferenciaban de los glóbulos oscurecidos; el cabello enmarañado, salpicado de pompas de espuma, se esparcía por el suelo, descubriendo la frente lisa con la línea lilácea de la cicatriz; la nariz, fina, trazaba en relieve una neta raya blancuzca entre las mejillas hundidas. La tormenta de la noche anterior había hecho su obra… ¡No había llegado a ver América! El hombre que había agraviado a mi madre, mutilando su vida, mi padre —¡sí, mi padre, pues no podía dudarlo ya!—, yacía en el fango a mis pies. Me embargaba un sentimiento de venganza satisfecha, compasión, asco y horror… incluso de doble horror: por lo que estaba viendo y por lo sucedido. Ese fondo malvado y criminal del que he hablado ya, esos impulsos incomprensibles que nacían dentro de mí… que me ahogaban. «¡Ah! —me decía—. Por eso soy así… De esa manera se manifiesta la sangre». De pie junto al cadáver, le contemplaba, atento por ver si se estremecían aquellas pupilas muertas o temblaban aquellos labios helados. ¡No! Todo estaba inmóvil. Incluso los carrizos adonde lo había arrojado la marea parecían estáticos; incluso las gaviotas que se habían alejado volando. Y no se veía en ningún sitio ni un fragmento de nada, ni una tabla ni un aparejo roto. Vacío por todas partes… Solamente él —y yo— y el mar rumoreando a lo lejos. Miré hacia atrás. Idéntico vacío. Una cadena de colinas sin vida recortándose sobre el horizonte… ¡Y nada más! Me angustiaba dejar a aquel desdichado en semejante soledad, sobre el lodo de la orilla, como pasto para los peces y las aves. Una voz interior me decía que yo debía buscar y llamar a alguien, ya que no fuera para prestarle auxilio —¿de qué podría servir?—, al menos para retirarlo de allí y conducirlo bajo techado. Pero un inefable pavor me embargó de pronto. Me pareció como si aquel hombre muerto supiera que yo había llegado allí, como si él mismo hubiese amañado aquel último encuentro, y hasta creí escuchar el sordo murmujeo de otras veces…

Precipitadamente, me aparté un poco… de nuevo miré hacia atrás… Un objeto brillante llamó mi atención, me hizo detenerme. Era un cíngulo de oro en la mano extendida del cadáver. Reconocí el anillo de matrimonio de mi madre. Recuerdo el esfuerzo que me impuse para volver sobre mis pasos, acercarme, inclinarme…, recuerdo el contacto viscoso de los dedos; recuerdo cómo jadeaba, cerraba los ojos y rechinaba los dientes al tirar del anillo que se resistía…

Por fin cedió, y yo emprendí una carrera alejándome de allí a toda prisa, perseguido por algo que intentaba darme alcance y apresarme.

XVI

Todo lo sufrido y experimentado se reflejaba probablemente en mi rostro cuando volví a casa. Apenas entré en su habitación, mi madre se incorporó súbitamente y posó en mí una mirada de interrogación tan tenaz, que yo terminé por presentarle el anillo, sin palabras, después de haber intentado en vano explicarme. Ella se puso horriblemente pálida, sus ojos se abrieron mucho, desorbitados y sin vida, como los de *aquel*. Exhaló un grito débil, me arrebató el anillo, vaciló y cayó sobre mi pecho, donde quedó como paralizada, vencida la cabeza hacia atrás y devorándome con aquellos ojos dementes muy abiertos. Yo rodeé su cintura con mis brazos y allí mismo, sin moverme y sin prisa, le referí todo a media voz: mi sueño, el encuentro, todo… No le oculté el menor detalle. Ella me escuchó hasta el final. No pronunció ni una palabra, pero su respiración se hacía más agitada, hasta que sus ojos se animaron de pronto y bajó los párpados. Luego se puso el anillo en el dedo y, apartándose un poco, buscó un chal y un sombrero. Le pregunté adónde pensaba ir. Levantó hacia mí una mirada sorprendida y quiso contestarme, pero le falló la voz. Se estremeció varias veces, frotó sus manos una contra otra, como intentando calentarlas, y al fin profirió:

—Vamos allá ahora mismo.

—¿A dónde, madre?

—Donde está tendido… quiero ver… quiero saber… lo sabré…

Intenté disuadirla; pero estuvo a punto de sufrir un ataque de nervios. Comprendí que era imposible oponerse a su deseo, y salimos juntos.

XVII

De nuevo caminaba yo por la arena de la duna, pero esta vez no iba solo. El mar se había retirado, alejándose más. Se calmaba; pero, aunque debilitado, todavía era pavoroso y tétrico su rumor. Por fin se divisaron la roca solitaria y los carrizos. Yo miraba con atención, tratando de discernir el bulto redondo tendido en tierra, pero no veía nada. Nos acercamos más. Yo aminoraba instintivamente el paso. Pero ¿dónde estaba aquello negro, inmóvil? Solo los tallos de los carrizos resaltaban en oscuro sobre la arena ya seca. Llegamos hasta la propia roca… El cadáver no aparecía por ninguna parte, y solo en el lugar donde estuvo tendido quedaba todavía un hoyo que permitía adivinar el sitio de los brazos, de las piernas… Los carrizos parecían aplastados en torno, y se advertían huellas de pisadas de *una* persona; cruzaban la duna y desparecían luego al llegar a un rompiente de rocas.

Mi madre y yo nos mirábamos, asustados de lo que leíamos en nuestros rostros…

¿Se habría levantado y se habría marchado él solo?

—Pero ¿no le viste tú muerto? —preguntó mi madre en un susurro.

Yo solo pude asentir con la cabeza. No habían transcurrido ni tres horas desde que yo tropecé con el cadáver del Barón… Alguien lo descubriría y lo retiraría de allí. Había que buscar al que lo hubiera hecho y enterarse de lo que había sido de él.

XVIII

Mientras se dirigía hacia el sitio fatal, mi madre estaba febril, pero se dominaba. La desaparición del cadáver la aplanó como una desdicha irreparable. Yo temía por su razón. Me costó gran trabajo llevarla de

vuelta a casa. De nuevo hice que se acostara y de nuevo requerí los cuidados del médico para ella. Pero, en cuanto se recobró un poco, mi madre exigió que yo partiera inmediatamente en busca de «esa persona». Obedecí. Sin embargo, nada descubrí a pesar de todas las pesquisas imaginables. Acudí varias veces a la policía, visité todas las aldeas próximas, puse anuncios en los periódicos, fui buscando datos por todas partes, pero en vano. Me llegó la noticia de que habían llevado a un náufrago a uno de los pueblos de la costa. Allá fui corriendo, pero le habían enterrado ya y, por las señas, no se parecía al Barón. Me enteré del barco que había tomado para irse a América. Al principio, todo el mundo estaba persuadido de que se había ido a pique durante la tempestad; sin embargo, al cabo de algunos meses empezaron a cundir rumores de que lo habían visto anclado en el puerto de Nueva York. No sabiendo ya que emprender, me puse a buscar al negro que había visto, ofreciéndole a través de los periódicos una recompensa bastante fuerte si se presentaba en nuestra casa. Cierto negro, alto y vestido con una capa, vino efectivamente a vernos en ausencia mía… Pero se alejó de pronto después de hacerle algunas preguntas a la sirvienta y no volvió más.

Así se perdió la pista de mi… de mi padre. Así desapareció irremediablemente en la muda tiniebla. Mi madre y yo no hablábamos nunca de él. Solo una vez, recuerdo, se extrañó de que jamás hubiera aludido yo antes a mi extraño sueño. Enseguida añadió: «Conque, era precisamente…», y no terminó de formular su idea. Mi madre estuvo enferma mucho tiempo, y cuando al fin se repuso no volvieron ya a su cauce nuestras relaciones anteriores. Hasta su muerte, se encontró violenta a mi lado. Violenta, sí; justamente. Y esa es una desgracia que no se puede remediar. Todo se embota con el tiempo. Incluso los recuerdos de los sucesos familiares más trágicos pierden gradualmente su fuerza y su acuidad. Pero, si entre dos personas entrañables se introduce una sensación de violencia, eso no hay nada que lo extirpe. Jamás volví yo a tener aquel sueño que tanto me angustiaba, ya no «encontraba» a mi padre, pero en ocasiones se me figuraba —y aún ahora se me figura— escuchar en sueños alaridos lejanos y tristes lamentos inextinguibles. Resuenan en algún lugar, tras un alto muro que no es posible trasponer,

me desgarran el corazón y yo lloro con los ojos cerrados, incapaz de comprender si es un ser vivo el que gime o si escucho el prolongado y salvaje rumor del mar encrespado. Y de nuevo se transforma en el murmujeo de una fiera, y yo me despierto con angustia y pavor en el alma.

CHERTOGON[19]

Nikolaj Semënovic Leskov

(Chertogon, 1879)

Entre los cuentos de este gran narrador ruso (1831-1895), hay algunos que merecen más que este la definición de «fantástico». Pero el ritmo de zarabanda infernal que anima esta narración, la transfiguración que a los ojos de un joven asumen los sucesos de una noche por el extraordinario poder de la vitalidad de un rico pecador; la ligereza con que una historia que parecía de condenación se transforma en una historia de arrepentimiento y de salvación, aun empujada siempre por el mismo impulso, ha hecho que la eligiera.

Como siempre en Leskov, es la «voz» del narrador la que hace el cuento; y este es uno de los casos en que esta «voz» logra alcanzarnos incluso a través de una traducción.

I

SE trata de algo que solo puede presenciarse en Moscú, y eso, teniendo mucha suerte y buenas aldabas.

Yo presencié una vez esta especie de rito, desde el comienzo hasta el final, gracias a una feliz coincidencia y quiero describirlo para los verdaderos entendidos y amantes de todo lo serio y grandioso que tiene sabor popular.

Aunque por una rama pertenezco a la nobleza, por la otra estoy cerca del «pueblo»: mi madre desciende de una familia de comerciantes. Al casarse abandonaba una casa muy rica, pero no hacía una boda de conveniencias, sino que se marchaba por amor a mi padre. Mi difunto padre era famoso por sus galanteos y siempre lograba lo que se proponía. Lo mismo le sucedió con mi madre. Solo que, debido a esta habilidad,

mis abuelos no dotaron a mi madre y solo le dieron, como es natural, sus vestidos, la ropa de cama y las arras, que recibió a la vez que su perdón y su bendición eterna. Mis padres vivían en Oriol, con estrechez, pero también con dignidad, sin pedirles nada a los acaudalados familiares de mi madre ni mantener tampoco trato con ellos. Sin embargo, cuando llegó para mí el momento de marcharme a estudiar a la Universidad, me dijo mi madre:

—Haz el favor de visitar a tu tío Ilyá Fedoséievich y saludarle de mi parte. No es una humillación, pues se debe respetar a los parientes de más edad. Ilyá es hermano mío, y un hombre muy piadoso, además, que goza de gran consideración en Moscú. El presenta el pan y la sal siempre que se recibe a algún personaje… siempre está delante de todos con la bandeja o con una imagen… Frecuenta la casa del gobernador general y del metropolita… Puede aconsejarte bien.

Y aunque por entonces yo no creía en Dios después de estudiar el catecismo de Filaret[20], como le profesaba gran cariño a mi madre me dije un día: «Llevo ya cerca de un año en Moscú, y todavía no he cumplido el encargo de mi madre. Ahora mismo voy a casa del tío Ilyá Fedoséievich. Le haré una visita, le transmitiré los saludos de mi madre y veré si me da efectivamente buenos consejos».

Desde niño me habían inculcado el hábito de mostrarme deferente con las personas mayores, cuanto más si eran conocidas del metropolita y de los gobernadores.

Conque, me puse en pie, me cepillé la ropa y fui a ver al tío Ilyá Fedoséievich.

II

Serían las seis de la tarde aproximadamente. Hacía un tiempo tibio, suave, algo nublado… Muy buen tiempo, en fin. La casa de mi tío —una de las principales de Moscú— era conocida de todo el mundo. Solo que yo nunca había estado en ella ni tampoco había visto a mi tío, ni siquiera de lejos.

Sin embargo, me puse en camino tan campante, pensando: «Si me recibe, bien; si no me recibe, allá él».

Cuando llegué esperaban delante de la entrada principal unos magníficos caballos moros, con las crines sueltas y el pelo lustroso como el raso, enganchados a una calesa.

Subí al porche y dije que era fulano de tal, sobrino del señor, estudiante, y quería que me anunciaran a Ilyá Fedoséievich. Los criados contestaron:

—El señor baja ahora mismo. Va a dar un paseo en coche.

Y apareció un personaje de aspecto muy corriente, muy ruso, aunque bastante majestuoso. A pesar de que tenía en los ojos cierto parecido con mi madre, la expresión era distinta: la mirada de lo que se dice un hombre de peso.

Me presenté. Mi tío me escuchó en silencio, me tendió la mano lentamente y dijo:

—Sube. Daremos un paseo.

Yo quería negarme, pero me quedé algo cohibido y subí al coche.

—¡Al parque! —ordenó mi tío.

Los caballos arrancaron, partieron como flechas haciendo rebotar ligeramente el coche y, ya fuera de la ciudad, aceleraron aún más su carrera.

Así íbamos, sin decir ni una palabra, pero advertí que mi tío se había encajado el sombrero de copa hasta las mismas cejas y tenía en el rostro una mueca de aburrimiento.

Mi tío miraba a un lado, miraba a otro, y una vez me lanzó a mí una ojeada y profirió, sin venir a cuento:

—¡Fastidio de vida!

No sabiendo qué contestar, callé por toda respuesta.

El coche seguía rodando, yo me preguntaba adónde me llevaría y empezaba a parecerme que me había embarcado en algún lío.

De pronto, como si hubiera encontrado solución a lo que iba cavilando, mi tío se puso a dar órdenes al cochero:

—A la derecha, a la izquierda. ¡Para en el Yar[21]!

Vi que desde el restaurante acudían hacia el coche muchos criados, todos haciendo grandes reverencias a mi tío; pero él, sin moverse ni apearse, mandó llamar al dueño. Fueron corriendo en su busca. Se personó el francés, también con mucha deferencia; pero mi tío, como si tal cosa, siguió pegándose en los dientes con el puño de hueso del bastón, y luego dijo:

—¿Cuántos extraños hay?

—Unas treinta personas en las salas y tres gabinetes ocupados.

—¡Todos fuera!

—Muy bien.

—Ahora son las siete —continuó mi tío, después de consultar su reloj—. Vendré a las ocho. ¿Estará listo?

—Para las ocho, será difícil… muchos han hecho ya el pedido… Pero, si tiene a bien venir a las nueve, no habrá en todo el restaurante ni un solo extraño.

—Bueno.

—¿Qué se prepara?

—Etíopes[22], naturalmente.

—¿Algo más?

—Música.

—¿Una orquesta?

—Mejor, dos.

—¿Mandamos recado a Riabika?

—Naturalmente.

—¿Señoritas francesas?

—No hacen falta.

—¿De la bodega…?

—Completa.

—¿Y de la cocina?

—¡La carta!

Trajeron el menú del día.

Mi tío le echó una ojeada y me parece que sin fijarse siquiera o quizá sin querer fijarse, pegó en la cartulina con el bastón y dijo:

—De todo esto, para cien personas.

Con estas palabras, dobló el menú y se lo guardó en el bolsillo.

El francés estaba encantado e inquieto al mismo tiempo.

—No podría servir de todo para cien personas —objetó—. Figuran aquí platos muy caros y en todo el restaurante solo hay ingredientes para cinco o seis.

—¿Y cómo voy yo a establecer categorías entre mis invitados?

—Que haya de todo lo que se le ocurra pedir a cada uno. ¿Entiendes?

—Entiendo.

—Mira que, de lo contrario, de nada te servirá si quiera Riabika. ¡Tira!

Dejamos el restaurante con sus criados a la puerta y nos marchamos.

En este punto llegué al total convencimiento de que aquel barco no era para mí y quise despedirme, pero mi tío ni siquiera me oyó. Parecía absorto. Conforme rodábamos por las calles iba parando a distintos caballeros.

—¡A las nueve, en el Yar! —decía lacónicamente.

Y los interpelados, todos hombres de edad y de aspecto respetable, se quitaban el sombrero y contestaban con idéntico laconismo:

—Encantado, Fedoséich. No recuerdo a cuántos habíamos parado de esta manera, aunque pienso que serían unos veinte, cuando, al filo de las nueve, nos dirigimos de nuevo al Yar. Un tropel de criados acudió a nuestro encuentro. Ayudaron a mi tío a apearse y, en el porche, el propio francés le sacudió el polvo del pantalón con una servilleta.

—¿No hay nadie? —preguntó mi tío.

—Un general se ha retrasado un poco y ruega encarecidamente que le dejen terminar en su gabinete…

—¡Fuera ahora mismo!

—Terminará enseguida.

—No quiero. Bastante tiempo le he dado. Ahora, que termine de cenar sobre el césped.

Ignoro cómo habría terminado aquello; pero el general salió en ese momento en compañía de dos señoras, subió a su coche y se marchó cuando empezaban a llegar uno tras otro los caballeros invitados por mi tío a cenar en el parque.

III

El restaurante, puesto con elegancia, estaba recogido y libre de visitantes. Solo en una sala estaba sentado un gigante que se adelantó hacia mi tío en silencio y, sin decirle tampoco una palabra, tomó el bastón de sus manos y fue a dejarlo en alguna parte.

Inmediatamente después de entregarle el bastón al gigante sin la menor protesta, mi tío puso también en sus manos la billetera y el portamonedas.

Aquel corpulento hombretón, de pelo entrecano, era el mismo Riabika a quien, sin que yo comprendiera con qué finalidad, debía mandar recado el dueño del restaurante. Se le designaba como «maestro para niños», pero también allí se encontraba, evidentemente, para el desempeño de algún menester particular. Resultaba allí tan imprescindible como los gitanos, la orquesta y todo el servicio que, instantáneamente, se presentó al completo. Solo que yo no comprendía cuál podría ser el papel del maestro: todavía era pronto, debido a mi inexperiencia.

El restaurante, brillantemente iluminado, entraba en funcionamiento: sonaba la música, los gitanos iban sentándose después de tomar algún fiambre mientras mi tío inspeccionaba el local, el jardín, la gruta y las galerías. Miraba en todas partes, cerciorándose de que no había «ningún indeseable», acompañado paso a paso por el maestro. Pero cuando volvieron al salón principal, donde se habían congregado todos los comensales, pudo advertirse una gran diferencia entre ellos: el maestro estaba fresco, tal y como había salido, y mi tío totalmente ebrio.

¿Cómo había podido ocurrir en tan poco tiempo? Lo ignoro, pero el caso es que estaba de excelente humor. Ocupó la presidencia de la mesa, y allá empezó la francachela.

Las puertas fueron cerradas, de modo que nada de fuera pudiese llegar hasta nosotros, ni nada nuestro salir al exterior. Nos aislaba un abismo, un abismo de todo: de bebidas, de manjares… Pero, sobre todo, un abismo de desenfreno —no quiero decir indecente, pero sí salvaje, frenético— tal que no podría describirlo. Ni tampoco hay que pedírmelo

porque, al verme encerrado allí y aislado del mundo, me quedé sobrecogido y me apresuré a emborracharme. De manera que no voy a pintar cómo transcurrió aquella noche porque mi pluma no es capaz de describir *todo* eso. Solo recuerdo dos episodios épicos y el final; pero precisamente ellos encerraban lo más *terrible*.

IV

Un criado anunció la presencia de cierto Iván Stepánovich, que resultó ser un fabricante y comerciante moscovita de mucho fuste.

Se produjo una pausa.

—He dicho que no entre nadie —contestó mi tío.

—Insiste mucho.

—¿Y dónde estaba antes? Que se marche por donde ha venido.

El criado fue a llevar la respuesta, y volvió diciendo tímidamente:

—Iván Stepánovich me manda decir que se lo ruega muy encarecidamente.

—Pues, no. No quiero.

Se oyeron voces de: «Que pague una multa».

—¡No! ¡Que le echen! Ni multa, ni nada…

Pero, volvió el criado más encogido todavía:

—Dice que está dispuesto a pagar cualquier multa, pero que, a sus años, le duele mucho verse apartado de los suyos.

Mi tío se levantó con los ojos relampagueantes, pero en ese momento, con toda su corpulencia, se colocó Riabika entre él y el criado: apartó al criado, como si fuera un polluelo, con un ligero movimiento de la mano izquierda, mientras con la derecha volvía a sentar a mi tío en su sitio.

Algunos comensales salieron en defensa de Iván Stepánovich: que entrara, que pagara cien rublos de multa para los músicos y entrara luego.

—El viejo es uno de los nuestros, un hombre piadoso. ¿Adónde va a ir ahora? Suelto por ahí, es capaz de armar un escándalo delante de gentuza de poca monta. Hay que comprenderlo.

Después de oírles dijo mi tío:

—Si no ha de ser como yo quiero, que tampoco sea como queréis vosotros, sino como Dios quiera: consiento que entre Iván Stepánovich, pero con la condición de que toque el bombo.

El criado fue con el recado y volvió:

—Dice que le pongan mejor una multa.

—¡Al diablo! Si no quiere tocar el bombo, allá él: que se largue adonde le dé la gana.

Al poco rato, Iván Stepánovich no resistió más y mandó a decir que *aceptaba* tocar el bombo.

—Que venga.

Entró un caballero de estatura aventajada y de aspecto respetable: tenía un aire grave, los ojos sin brillo, el espinazo doblado y la barba entrecana enmarañada. Intentó bromear y saludar a los presentes, pero enseguida le atajaron.

—¡Luego luego! Eso, después —le gritó mi tío—. Ahora, ¡dale al bombo!

—¡Dale al bombo! —corearon otros.

—¡Música! ¡Algo que le vaya al bombo!

La orquesta atacó una pieza estrepitosa, y aquel respetable anciano agarró los palillos y se puso a pegar con ellos, unas veces al compás y otras no.

Los gritos y el alboroto eran infernales. Todos estaban encantados y gritaban:

—¡Más fuerte!

Iván Stepánovich arreciaba.

—¡Más fuerte, más fuerte! ¡Más!

El anciano pegaba con todas sus fuerzas como el Rey Negro de Freiligrath[23], hasta que llegó la culminación: se produjo un horrible crujido en el bombo, reventó la badana, todos estallaron en carcajadas, el estruendo se hizo inverosímil y a Iván Stepánovich le aligeraron de quinientos rublos de multa en favor de los músicos por haber roto el bombo.

Iván Stepánovich pagó, se enjugó el sudor, tomó asiento a la mesa y, cuando todos alzaban las copas a su salud, descubrió con horror a su yerno entre los comensales.

Más risas, más alboroto, y así hasta que yo perdí toda noción. En los raros destellos de lucidez, recuerdo que vi bailar a las gitanas y a mi tío agitando las piernas sin moverse de su asiento, luego le vi levantarse engallándose con alguien, pero inmediatamente se interpuso Riabika, y ese alguien salió despedido hacia un lado mientras mi tío volvía a ocupar su sitio a la mesa, en cuyo tablero había dos tenedores clavados delante de él. Entonces comprendí el papel de Riabika.

Pero en esto, penetró por la ventana el frescor del amanecer moscovita y yo volví a cobrar un poco conciencia de las cosas, aunque me parece que solo lo necesario para dudar de mi sano juicio. Estaba en medio de una batalla campal y una tala de árboles: se oían crujidos y trastazos, oscilaban los árboles, unos árboles frondosos y exóticos, y tras ellos se apiñaban rostros morenos en un rincón mientras que del lado nuestro, junto a las raíces, relampagueaban unas hachas terribles, manejadas por mi tío, por el anciano Iván Stepánovich… Un cuadro verdaderamente medieval.

Era que estaban «apresando» a las gitanas refugiadas en la gruta, detrás de los árboles. Los gitanos no las defendían, sino que las dejaban valerse por sus propias fuerzas. Resultaba difícil establecer una diferencia entre lo que era broma y lo que iba en serio: por los aires volaban platos, sillas y piedras arrojadas desde la gruta, y los hombres seguían a hachazo limpio con el bosque, siendo los más esforzados Iván Stepánovich y mi tío.

La fortaleza cayó al fin: las gitanas fueron apresadas, besuqueadas, manoseadas, cada uno le deslizó a cada una un billete de cien rublos por el escote, y se acabó el asunto…

Sí. De pronto se hizo el silencio… Todo había terminado. Nadie dio la señal de parar, pero ya era bastante. Se notaba que, si bien la vida era un fastidio antes de aquello, ahora bastaba ya.

A todos les parecía suficiente, y todos estaban satisfechos. Quizá influyera el hecho de haber anunciado el maestro que era su «hora de ir a

clase», aunque, lo mismo daba, la verdad: la noche de Walpurgis había pasado y la vida volvía a su cauce.

La gente no se separaba, no se despedía, sino que desaparecía sencillamente. No quedaban ya ni los músicos ni los gitanos. El restaurante ofrecía un aspecto de total arrasamiento, sin una cortina ni un espejo sanos; incluso la araña del techo yacía en el suelo hecha añicos, y sus colgantes de cristal se partían bajo los pies de los criados, extenuados, que apenas si podían tenerse. Mi tío bebía *kvas*, sentado él solo en medio de un diván. Alguna cosa recordaba de vez en cuando, y entonces agitaba las piernas. De pie a su lado, esperaba Riabika, impaciente por acudir a sus clases.

Trajeron la cuenta, breve, «sin detalles».

Riabika la leyó con atención y exigió una rebaja de mil quinientos rublos. Sin meterse en discusiones con él, quedó ajustado el total, que ascendía a diecisiete mil rublos y que Riabika declaró razonable después de repasarlo. Mi tío pronunció lacónicamente «paga», luego se puso el sombrero y me hizo ademán de que le siguiera.

Advertí con horror que no se le había olvidado nada y que yo no tenía la menor probabilidad de escabullirme de él. Me inspiraba auténtico pavor, y no llegaba a imaginarme, debido al estado de exaltación en que se encontraba, lo que sería de mí cuando nos quedásemos cara a cara los dos solos. Me había hecho que le acompañara, sin una palabra de explicación, y ahora me llevaba de un lado para otro sin dejarme resquicio por donde escapar. ¿Qué podría ocurrirme? De mi borrachera, no quedaba ni rastro. Lo único que me pasaba era que le tenía sencillamente pánico a aquella terrible fiera salvaje, con su inverosímil fantasía y su espantoso desenfreno. Entre tanto, íbamos a marcharnos ya. En la antesala nos envolvió una nube de criados. Mi tío dictaminó: «cinco por barba», y Riabika repartió el dinero. La propina fue inferior para los guardas, barrenderos, guardias urbanos y gendarmes, cada uno de los cuales, según resultó, nos había prestado algún servicio. Todos fueron recompensados. Aquello representaba ya una buena cantidad; pero aún quedaban los cocheros de punto, que ocupaban con sus carruajes todo el espacio descubierto del parque, y todos nos esperaban

también: esperaban al *bátiushka* Ilyá Fedoséich «por si su señoría se dignaba mandarles algo».

Se calculó cuántos eran, se les repartieron tres rublos a cada uno y mi tío y yo subimos al coche. Riabika le entregó entonces la billetera a mi tío.

Ilyá Fedoséich sacó un billete de cien rublos y se lo presentó a Riabika.

El hombre le dio unas vueltas entre los dedos y dijo:

—Es poco.

Mi tío añadió dos billetes de veinticinco.

—Tampoco es bastante: no ha habido ni una sola bronca.

Mi tío alargó un tercer billete de veinticinco, y entonces el maestro le entregó su bastón y se despidió.

V

Nos quedamos los dos frente a frente en el coche, que partió a toda velocidad hacia Moscú, seguido al galope, entre alaridos y traqueteos, por toda la patulea de cocheros. Yo no acertaba a comprender lo que pretendían, pero mi tío sí lo entendió. Era indignante: querían arrancarle otra propina de despedida y, con el pretexto de darle una prueba de deferencia a Ilyá Fedoséich, exponían su dignísima persona a la mofa general.

Estábamos ya muy cerca de Moscú, que aparecía ante nuestros ojos, todo envuelto en la maravillosa luminosidad matutina, nimbado por la tenues nubecillas de humo de los hogares, despertándose al plácido tañido de las campanas que llamaban a misa.

La calzada estaba flanqueada a ambos lados por almacenes que llegaban hasta la puerta de la ciudad. Mi tío mandó detener el coche delante del primero, se llegó hasta un barrilillo de madera de tilo que había a la entrada y preguntó:

—¿Es miel?

—Sí.

—¿Cuánto vale el barril?

—Vendemos al por menor, por libras.

—Pues me lo vendes al por mayor. Calcula lo que vale.

No recuerdo muy bien si fueron setenta u ochenta rublos lo que se calculó.

Mi tío arrojó el dinero.

Los coches que nos seguían se habían detenido también.

—¿Qué, muchachos? Los cocheros de nuestra ciudad me quieren bien, ¿no es cierto?

—¡Claro que sí! Nosotros, a vuestra excelencia, siempre…

—Me tenéis cariño, ¿eh?

—Muchísimo.

—¡Fuera las ruedas de los coches!

Los cocheros se quedaron perplejos.

—¡Vamos, vamos! ¡Pronto! —ordenó mi tío.

Los más ágiles, unos veinte, rebuscaron debajo de los asientos, agarraron las llaves y se pusieron a aflojar las tuercas.

—Bien —dijo mi tío—. Ahora, ¡a engrasar los ejes con miel!

—¡*Bátiushka*!…

—Ya lo habéis oído.

—¡Una cosa tan rica!… Mejor sería comérsela.

—¡A engrasar los ejes con ella!

Sin más, mi tío volvió a subir al coche y partimos a toda velocidad dejando a los cocheros, con los vehículos sin ruedas, en torno al barrilillo de miel que, a buen seguro, no emplearon para untar los ejes con ella, sino que se la repartirían o se la revenderían al dueño del almacén. El caso es que nos dejaron en paz y fuimos a parar a una casa de baños. Allí pensé que había llegado para mí el fin del mundo y permanecí medio muerto dentro de una bañera de mármol mientras mi tío se tendía en el suelo; pero no simplemente tendido, ni en una postura normal, sino más bien apocalíptica. Toda la mole de su obeso corpachón solo tocaba el suelo con las yemas de los dedos de sus pies y sus manos. Sostenido por tan endebles puntos de apoyo, su cuerpo rojo se estremecía bajo los chorros de una lluvia fría dirigida contra él, y él rugía con el rugido sofocado de un oso que estuviera arrancándose una espina. Aquello duró

una media hora, y durante todo ese tiempo estuvo él estremecido como un flan sobre una mesa movediza hasta que, finalmente, se levantó de un salto, pidió una jarra de *kvas*, y entonces nos vestimos y fuimos al bulevar Kuznetski, «donde el francés».

Allí nos recortaron y nos rizaron ligeramente el cabello, nos peinaron, y luego nos encaminamos a pie hacia el centro, a la tienda de mi tío. Por lo que a mí se refiere, ni conversaba conmigo ni me dejaba marchar. Solo una vez dijo:

—Espera, que no todo se hace de golpe. Y lo que no comprendes, con los años lo comprenderás.

En la tienda hizo sus oraciones, lo inspeccionó todo con el ojo del amo y se instaló detrás de su pupitre. El exterior del recipiente ya estaba limpio, pero dentro conservaba una gruesa capa de inmundicia que buscaba ser depurada.

Yo me percataba de ello, y no sentía ya temor, pero, sí curiosidad. Deseaba ver qué castigo se imponía: ¿abstinencia o alguna buena obra?

A eso de las diez comenzó a manifestar fastidio, espiando la llegada de un tendero vecino suyo para ir a tomar el té, pues juntándose tres personas salía cinco *kopecs* más barato. El vecino no apareció: se había muerto de repente.

Mi tío se santiguó y dijo:

—Todos hemos de morir.

El hecho no le afectó mayormente a pesar de que, durante cuarenta años, habían ido juntos a tomar el té a Novotróitski.

Llamamos al vecino del otro lado, y con él fuimos varias veces a reponer fuerzas con un tentempié, pero todo con sobriedad. Me pasé el día entero al lado de mi tío y acompañándole hasta que, a la caída de la tarde, mandó en busca de su faetón para ir al convento de la Vsepetaia.

También era conocido allí y se le recibió tan reverenciosamente como en el Yar.

—Quiero prosternarme a los pies de la Virgen y llorar mis pecados. Y aquí les presento a mi sobrino, hijo de mi hermana.

—Pase, pase, por favor —instaban las monjas—. ¿Con quién podría mostrarse la Virgen más misericordiosa que con su merced? Siempre ha

favorecido usted su santa casa. Llega muy a tiempo: se está celebrando el servicio de vísperas.

—Esperaré a que termine. A mí me gusta que no haya gente y que me acondicionen cierta penumbra, para recogerme.

Se hizo lo que pedía, apagando todas las luces, menos una o dos lamparillas y la que ardía justo delante de la Virgen, en un vaso de cristal verde, grande y profundo.

Mi tío no se hincó, sino que se desplomó de rodillas, luego cayó de bruces golpeando el suelo con la frente, ahogó un sollozo y se quedó inmóvil.

Las dos monjas y yo nos sentamos en un rincón oscuro, cerca de la puerta. Hubo una larga pausa. Mi tío seguía tendido en el suelo, mudo y quieto. Me pareció que se había quedado dormido, y así se lo dije a las monjas. Una de las hermanas, la de más experiencia, se quedó pensando un instante, luego sacudió la cabeza, encendió una vela muy fina y, con ella en la mano, se encaminó sigilosamente hacia el penitente. Dio una vuelta a su alrededor, despacito, de puntillas, y susurró muy agitada:

—Ya surte efecto.

—¿Cómo lo sabe?

La monja se inclinó, indicándome que yo hiciera lo mismo, y dijo:

—Mire, justo a través de la llama, donde tiene los pies.

—Ya veo.

—¡Qué lucha! ¿Verdad?

Me fijé y advertí, efectivamente, cierto rebullir: mi tío continuaba devotamente prosternado, sumido en sus oraciones, pero daba la impresión de que a sus pies había dos gatos peleándose, arremetiendo alternativamente el uno contra el otro y pegando saltos.

—¿De dónde han salido esos gatos? —pregunté a la hermana.

—Eso es lo que le parece a usted —contestó—; pero no son gatos, sino tentaciones del maligno. ¿No ve que su espíritu se eleva ya hacia el cielo, pero permanece todavía con los pies en el infierno?

Entonces vi que, en efecto, mi tío agitaba los pies como si terminara de marcarse el baile de la víspera. Lo que faltaba por precisar era si su espíritu se había elevado ya hacia el cielo.

Como en respuesta, mi tío exhaló de pronto un tremendo suspiro y gritó a voz en cuello:

—¡No me levantaré mientras no me perdones! ¡Porque solo tú eres santo y todos nosotros somos malditos pecadores! —y prorrumpió en sollozos.

Sollozaba con tanto sentimiento que las monjas y yo rompimos también a llorar, pidiéndole a Dios que atendiera su plegaria.

Y antes de que pudiéramos recobrarnos estaba ya a nuestro lado, diciéndome en voz baja, con unción:

—Vamos. Tenemos que hacer.

Las monjas preguntaron:

—¿Ha tenido la ventura de ver el divino resplandor, *bátiushka*?

—No. El resplandor no lo he visto —contestó—. Pero esto… sí lo he notado…

Apretó el puño y lo levantó, como se levanta a los chiquillos por el pelo.

—¿Le ha levantado?

—Sí.

Las monjas empezaron a santiguarse, y yo las imité, mientras mi tío explicaba:

—¡Ahora tengo su perdón! Desde lo más alto, desde la misma cúpula, ha descendido su diestra abierta, me ha agarrado de todos los pelos juntos y me ha puesto de pie…

Y no se sentía ya repudiado. Era feliz. Dejó una espléndida limosna para el convento donde sus plegarias habían producido aquel milagro, notó que la vida había dejado de ser un fastidio, envió a mi madre toda la dote que le correspondía y a mí me inició en la buena creencia popular.

Desde entonces conocí el gusto de lo popular en la caída y en la exaltación… Esto es lo que se llama *chertogón*, lo que hace salir a los demonios del cuerpo. Pero, repito, Moscú es el único sitio donde puede presenciarse, y eso si le acompaña a uno la suerte o goza del favor de algún venerable anciano.

¡COMO PARA CONFUNDIRSE!

Auguste Villiers de l'Isle-Adam

(A s'y meprende!, 1883)

Este breve texto, que forma parte de los Cuentos crueles de Villiers de l'Isle-Adam, no es otra cosa que una doble descripción de ambientes parisinos, por la que se establece una ecuación sencillísima entre el mundo de los negocios (un café cercano a la Bolsa) y el mundo de los muertos (una cámara mortuoria). En ambos casos la visión se repite descrita con las mismas palabras: procedimiento que tal vez se usa aquí intencionadamente por primera vez y que volverá a ser empleado por escritores actuales, como Alain Robbe-Grillet.

Villiers de l'Isle-Adam (1838-1889) pone al servicio de la invención fantástica su gusto irónico por la crueldad intelectual y por las soluciones efectistas alcanzadas con medios rápidos y agudos.

A *Monsieur* Henri de Bornier.
Dardant on ne sait où leurs globes téné breux.

C. Baudelaire[24]

UNA mañana gris de noviembre bajaba por los muelles con paso rápido. Una fría llovizna mojaba la atmósfera. Transeúntes negros, sombríos bajo paraguas deformes, se entrecruzaban. El Sena amarillento arrastraba sus barcos mercantes que semejaban abejorros desmesurados. En los puentes, el viento azotaba bruscamente los sombreros que sus dueños disputaban al espacio con esas actitudes y contorsiones de espectáculo siempre tan penoso para el artista. Mis ideas eran pálidas y brumosas; la preocupación de una cita de negocios, convenida la víspera, me acosaba la imaginación. El tiempo apremiaba; decidí resguardarme bajo el tejadillo de un portal desde donde me sería más cómodo parar algún coche de caballos. En ese mismo instante divisé justo a mi lado la entrada

de un edificio cuadrado, de aspecto burgués. Había surgido de la bruma como un fantasma de piedra y, a pesar de la rigidez de su arquitectura, a pesar del vaho triste y fantástico que lo envolvía, reconocí enseguida un cierto aire de hospitalidad cordial que me serenó el espíritu. Seguramente —me dije— los huéspedes de esta morada son gentes sedentarias. Este umbral invita a detenerse: ¿acaso no está abierta la puerta?

Así pues, con la mayor educación del mundo, con aire satisfecho y el sombrero en la mano —meditando incluso un madrigal para la dueña de la casa—, entré sonriente y me encontré, directamente, ante una especie de sala de techo acristalado, desde donde caía el día, lívido.

En las columnas había ropa colgada, bufandas, sombreros.

Había mesas de mármol dispuestas por todas partes.

Diversos individuos, con las piernas estiradas, la cabeza erguida, los ojos fijos, con un aire positivista, parecían meditar.

Y las miradas carecían de pensamiento, los rostros eran del color del tiempo.

Había portafolios abiertos, papeles desplegados junto a cada uno de ellos.

Y me di cuenta entonces de que la dueña de la casa, con cuya acogedora cortesía había contado, no era otra que la Muerte.

Me fijé en mis anfitriones.

Ciertamente, para escapar de las preocupaciones de la fastidiosa existencia, la mayor parte de los que ocupaban la sala habían asesinado su cuerpo, esperando de este modo un poco más de bienestar.

Al escuchar el ruido de los grifos de cobre sellados contra el muro y destinados al riego cotidiano de aquellos restos mortales, oí el rodar de un coche de caballos. Se detuvo ante el establecimiento. Hice la reflexión que mis gentes de negocios esperaban. Me volví para aprovechar mi buena suerte.

El coche, en efecto, acababa de arrojar en el umbral del edificio a unos colegiales juerguistas que necesitaban ver a la muerte para creer en ella.

Vi el carruaje vacío y grité al cochero:

—¡Al Pasaje de la Opera!

Poco después, en los bulevares, el tiempo me pareció más cubierto, sin horizonte. Los arbustos, vegetación esquelética, parecían mostrar vagamente, con el borde de sus ramas negras, la presencia de los peatones a los agentes de policía, todavía adormecidos.

El coche aceleraba.

Los transeúntes, a través del cristal, me hacían pensar en el agua que corre.

Llegado a mi destino, salté a la acera y me adentré en el pasaje lleno de rostros preocupados.

En su extremo, justo enfrente de mí, vi la entrada de un café —hoy día consumido en un incendio célebre (pues la vida es un sueño)—, y que estaba relegado al fondo de una especie de hangar, bajo una bóveda cuadrada, de aspecto lúgubre. Las gotas de lluvia que caían en la cristalera superior oscurecían aún más la pálida luz del sol.

«Aquí es» pensé «donde me esperan, con la copa en la mano, los ojos brillantes y provocando al Destino, mis hombres de negocios».

Giré el picaporte y me encontré, directamente, en una sala donde el día caía desde lo alto, a través de la vidriera, lívido.

En las columnas había ropa colgada, bufandas, sombreros.

Había mesas de mármol dispuestas por todas partes.

Diversos individuos, con las piernas estiradas, la cabeza erguida, los ojos fijos, con un aire positivista, parecían meditar.

Y los rostros eran del color del tiempo, las miradas carecían de pensamiento.

Había portafolios abiertos, papeles desplegados junto a cada uno de ellos.

Observé a estos hombres.

Ciertamente, para escapar de las obsesiones de la insoportable conciencia, la mayoría de los que ocupaban la sala hacía tiempo que habían asesinado sus «almas», esperando así un poco más de bienestar.

Al escuchar el ruido de los grifos de cobre sellados contra el muro y destinados al riego cotidiano de aquellos restos mortales, el recuerdo del rodar del coche de caballos me vino a la memoria.

Desde luego, me dije, es preciso que a este cochero se le haya nublado el entendimiento para haberme traído, después de tantas vueltas, al punto de partida. —Sin embargo, lo confieso (por si hubiera error)—. ¡EL SEGUNDO VISTAZO ES MÁS SINIESTRO QUE EL PRIMERO…!

Cerré, pues, nuevamente en silencio la puerta acristalada y volví a mi casa, con la firme decisión —desdeñando el ejemplo y lo que me pudiera suceder—, *de no hacer negocios nunca más*.

LA NOCHE

Guy de Maupassant

(La nuit, 1887)

Un ejemplo de lo fantástico obtenido con poquísimos medios: esta narración no es más que un paseo por París, una ajustada relación de las sensaciones que el noctámbulo Maupassant experimentaba en cada anochecer. Pero aquí, una sensación opresiva, de pesadilla, ocupa el cuadro de principio a fin, intensificándose cada vez más. La ciudad es siempre la misma, calle a calle y palacio a palacio, pero primero desaparecen las personas, después, las luces; el bien conocido escenario parece contener solamente el miedo del absurdo y de la muerte.

Maupassant (1850-1893) tiene también un puesto en la literatura fantástica por una serie de textos escritos en los años que preceden a su crisis de locura sin retorno: las imágenes cotidianas liberan un sentimiento de terror.

(Pesadilla)

AMO la noche con pasión. La amo, como uno ama a su país o a su amante, con un amor instintivo, profundo, invencible. La amo con todos mis sentidos, con mis ojos que la ven, con mi olfato que la respira, con mis oídos, que escuchan su silencio, con toda mi carne que las tinieblas acarician. Las alondras cantan al sol, en el aire azul, en el aire caliente, en el aire ligero de la mañana clara. El búho huye en la noche, sombra negra que atraviesa el espacio negro, y alegre, embriagado por la negra inmensidad, lanza su grito vibrante y siniestro.

El día me cansa y me aburre. Es brutal y ruidoso. Me levanto con esfuerzo, me visto con desidia y salgo con pesar, y cada paso, cada movimiento, cada gesto, cada palabra, cada pensamiento me fatiga como si levantara una enorme carga.

Pero cuando el sol desciende, una confusa alegría invade todo mi cuerpo. Me despierto, me animo. A medida que crece la sombra me siento distinto, más joven, más fuerte, más activo, más feliz. La veo espesarse, dulce sombra caída del cielo: ahoga la ciudad como una ola inaprensible e impenetrable, oculta, borra, destruye los colores, las formas; oprime las casas, los seres, los monumentos, con su tacto imperceptible.

Entonces tengo ganas de gritar de placer como las lechuzas, de correr por los tejados como los gatos, y un impetuoso deseo de amar se enciende en mis venas.

Salgo, unas veces camino por los barrios ensombrecidos, y otras por los bosques cercanos a París donde oigo rondar a mis hermanas las fieras y a mis hermanos, los cazadores furtivos. Aquello que se ama con violencia acaba siempre por matarle a uno.

Pero ¿cómo explicar lo que me ocurre? ¿Cómo hacer comprender el hecho de que pueda contarlo? No sé, ya no lo sé. Solo sé que es. Helo aquí.

El caso es que ayer —¿fue ayer?—. Sí, sin duda, a no ser que haya sido antes, otro día, otro mes, otro año —no lo sé—. Debió ser ayer, pues el día no ha vuelto a amanecer, pues el sol no ha vuelto a salir. Pero ¿desde cuándo dura la noche?, ¿desde cuándo…? ¿Quién lo dirá? ¿Quién lo sabrá nunca? El caso es que ayer salí como todas las noches después de la cena. Hacía bueno, una temperatura agradable, hacía calor. Mientras bajaba hacia los bulevares, miraba sobre mi cabeza el río negro y lleno de estrellas recortado en el cielo por los tejados de la calle, que se curvaba y ondeaba como un auténtico torrente, un caudal rodante de astros. Todo se veía claro en el aire ligero, desde los planetas hasta las farolas de gas. Brillaban tantas luces allá arriba y en la ciudad que las tinieblas parecían iluminarse. Las noches claras son más alegres que los días de sol espléndido.

En el bulevar resplandecían los cafés; la gente reía, pasaba, o bebía. Entré un momento al teatro; ¿a qué teatro? Ya no lo sé. Había tanta claridad que me entristecí y salí con el corazón algo ensombrecido por aquel choque brutal de luz en el oro de los balcones, por el destello

ficticio de la enorme araña de cristal, por la barrera de fuego de las candilejas, por la melancolía de esta claridad falsa y cruda.

Me dirigí hacia los Campos Elíseos, donde los cafés concierto parecían hogueras entre el follaje. Los castaños radiantes de luz amarilla parecían pintados, parecían arboles fosforescentes. Y las bombillas eléctricas, semejantes a lunas destelleantes y pálidas, a huevos de luna caídos del cielo, a perlas monstruosas, vivas, hacían palidecer bajo su claridad nacarada, misteriosa y real, los hilos del gas, del feo y sucio gas, y las guirnaldas de cristales coloreados.

Me detuve bajo el Arco del Triunfo para mirar la avenida, la larga y admirable avenida estrellada, que iba hacia París entre dos líneas de fuego, y los astros, los astros allá arriba, los astros desconocidos, arrojados al azar en la inmensidad donde dibujan esas extrañas figuras que tanto hacen soñar e imaginar.

Entré en el Bois de Boulogne y permanecí largo tiempo. Un extraño escalofrío se había apoderado de mí, una emoción imprevista y poderosa, un pensamiento exaltado que rozaba la locura.

Anduve durante mucho mucho tiempo. Luego volví.

¿Qué hora sería cuando volví a pasar bajo el Arco del Triunfo? No lo sé. La ciudad dormía y nubes, grandes nubes negras, se esparcían lentamente en el cielo.

Por primera vez, sentí que iba a suceder algo extraordinario, algo nuevo. Me pareció que hacía frío, que el aire se espesaba, que la noche, que mi amada noche, se volvía pesada en mi corazón. Ahora la avenida estaba desierta. Solos, dos agentes de policía paseaban cerca de la parada de coches de caballos y, por la calzada iluminada apenas por las farolas de gas que parecían moribundas, una hilera de vehículos cargados con legumbres se dirigía hacia el mercado de Les Halles. Iban lentamente, llenos de zanahorias, nabos y coles. Los conductores dormían, invisibles, y los caballos mantenían un paso uniforme, siguiendo al vehículo que los precedía, sin ruido sobre el pavimento de madera. Frente a cada una de las luces de la acera, las zanahorias se iluminaban de rojo, los nabos se iluminaban de blanco, las coles se iluminaban de verde, y pasaban, uno

tras otro, estos coches rojos; de un rojo de fuego, blancos, de un blanco de plata, verdes, de un verde esmeralda.

Los seguí, y luego volví por la calle Royale y aparecí de nuevo en los bulevares. Ya no había nadie, ya no había cafés luminosos, solo algunos rezagados que se apresuraban. Jamás había visto un París tan muerto, tan desierto. Saqué mi reloj. Eran las dos.

Una fuerza me empujaba, una necesidad de caminar. Me dirigí, pues, hacia la Bastilla. Allí me di cuenta de que nunca había visto una noche tan sombría, porque ni siquiera distinguía la columna de Julio, cuyo genio de oro se había perdido en la impenetrable oscuridad. Una bóveda de nubes, densa como la inmensidad, había ahogado las estrellas y parecía descender sobre la tierra para aniquilarla.

Volví sobre mis pasos. No había nadie a mi alrededor. En la Place du Château-d'Eau, sin embargo, un borracho estuvo a punto de tropezar conmigo, y luego desapareció. Durante algún tiempo seguí oyendo su paso desigual y sonoro. Seguí caminando. A la altura del barrio de Montmartre pasó un coche de caballos que descendía hacia el Sena. Lo llamé. El cochero no respondió. Una mujer rondaba cerca de la calle Drouot: «Escúcheme, señor». Aceleré el paso para evitar su mano tendida hacia mí. Luego nada. Ante el Vaudeville, un trapero rebuscaba en la cuneta. Su farolillo vacilaba a ras del suelo. Le pregunté:

—¿Amigo, qué hora es?

—¡Y yo que sé! —gruñó—. No tengo reloj.

Entonces me di cuenta de repente de que las farolas de gas estaban apagadas. Sabía que en esta época del año las apagaban pronto, antes del amanecer, por economía; pero aún tardaría tanto en amanecer…

«Iré al mercado de Les Halles», pensé, «allí al menos encontré vida».

Me puse en marcha, pero ni siquiera sabía ir. Caminaba lentamente, como se hace en un bosque, reconociendo las calles, contándolas.

Ante el *Crédit Lyonnais* ladró un perro. Volví por la calle Grammont, perdido; anduve a la deriva, luego reconocí la Bolsa, por la verja que la rodea. Todo París dormía un sueño profundo, espantoso. Sin embargo, a lo lejos rodaba un coche de caballos, uno solo, quizá el mismo que había pasado junto a mí hacía un instante. Intenté alcanzarlo, siguiendo el

ruido de sus ruedas a través de las calles solitarias y negras, negras como la muerte.

Una vez más me perdí. ¿Dónde estaba? ¡Qué locura apagar tan pronto el gas! Ningún transeúnte, ningún rezagado, ningún vagabundo, ni siquiera el maullido de un gato en celo. Nada.

«¿Dónde estaban los agentes de policía?», me dije. «Voy a gritar, y vendrán». Grité, no respondió nadie.

Llamé más fuerte. Mi voz voló, sin eco, débil, ahogada, aplastada por la noche, por esta noche impenetrable.

Grité más fuerte: «¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!».

Mi desesperada llamada quedó sin respuesta. ¿Qué hora era? Saqué mi reloj, pero no tenía cerillas. Oí el leve tic-tac de la pequeña pieza mecánica con una desconocida y extraña alegría. Parecía estar viva. Me encontraba menos solo. ¡Qué misterio! Caminé de nuevo como un ciego, tocando las paredes con mi bastón, levantando los ojos al cielo, esperando que por fin llegara el día; pero el espacio estaba negro, completamente negro, más profundamente negro que la ciudad.

¿Qué hora podía ser? Me parecía caminar desde hacía un tiempo infinito pues mis piernas desfallecían, mi pecho jadeaba y sentía un hambre horrible.

Me decidí a llamar a la primera cochera. Toqué el timbre de cobre, que sonó en toda la casa; sonó de una forma extraña, como si este ruido vibrante fuera el único del edificio. Esperé. No contestó nadie. No abrieron la puerta. Llamé de nuevo; esperé… Nada.

Tuve miedo. Corrí a la casa siguiente, e hice sonar veinte veces el timbre en el oscuro pasillo donde debía dormir el portero. Pero no se despertó, y fui más lejos, tirando con todas mis fuerzas de las anillas o apretando los timbres, golpeando con mis pies, con mi bastón o mis manos todas las puertas obstinadamente cerradas.

Y de pronto, vi que había llegado al mercado de Les Halles. Estaba desierto, no se oía un ruido, ni un movimiento, ni un vehículo, ni un hombre, ni un manojo de verduras o flores. Estaba vacío, inmóvil, abandonado, muerto.

Un espantoso terror se apoderó de mí. ¿Qué sucedía? ¡Oh Dios mío! ¿Qué sucedía?

Me marché. Pero ¿y la hora?, ¿y la hora?, ¿quién me diría la hora?

Ningún reloj sonaba en los campanarios o en los monumentos. Pensé: «Voy a abrir el cristal de mi reloj y tocaré la aguja con mis dedos». Saqué el reloj… ya no sonaba… se había parado. Ya no quedaba nada, nada, ni siquiera un estremecimiento en la ciudad, ni un resplandor, ni la vibración de un sonido en el aire. Nada. Nada más. Ni tan siquiera el rodar lejano de un coche, nada.

Me encontraba en los muelles, y un frío glacial subía del río.

¿Corría aún el Sena?

Quise saberlo, encontré la escalera, bajé… No oía la corriente bajo los arcos del puente… Unos escalones más… luego la arena… el fango… y el agua… hundí mi brazo, el agua corría, corría, fría, fría, fría… casi helada… casi detenida… casi muerta.

Y sentí que ya nunca tendría fuerzas para volver a subir… y que iba a morir allí abajo… yo también, de hambre, de cansancio, y de frío.

AMOUR DURE

Vernon Lee

(Amour Dure, 1890)

De Vernon Lee, cuyo verdadero nombre era Violetta Paget (1856-1935), escritora inglesa establecida en Florencia, estudiosa de historia y de arte, nos ha dejado un buen retrato Mario Praz (Il patto col serpente, Mondadori, 1972, y Voce dietro la scena, Adelphi, 1980). Este cuento, en el que un estudioso polaco se enamora de una terrible dama del «Cinquecento marchigiano», hace germinar la evocación de una época despiadada (a la manera de Stendhal en las Crónicas italianas) en el escenario cotidiano de la insignificante vida provinciana de una de nuestras «ciudades del silencio» en el siglo XIX. La magia de los objetos antiguos desencadena la alucinación visionaria. Hace un siglo los extranjeros todavía podían ver a Italia como el país donde retorna eternamente el pasado, donde se le custodia inmóvil, como el ídolo de plata dentro de la estatua ecuestre del duque Roberto.

FRAGMENTOS DEL DIARIO DE SPIRIDION TREPKA

Heinemann, 1890; Segunda Edición, John Lane, 1906

I

URBANIA, 20 de agosto de 1885. Había ansiado, durante años y años, estar en Italia, encontrarme cara a cara con el pasado; ¿y eso era Italia? Podría haber llorado, sí, llorado, por la desilusión que sentí cuando por

primera vez deambulé por Roma, con una invitación en mi bolsillo para cenar en la embajada alemana, y con tres o cuatro vándalos de Berlín y Munich pisándome los talones y diciéndome dónde podía degustar la mejor cerveza y el mejor *sauerkraut*, y de qué trataba el último artículo de Grimm o de Mommsem.

¿Es esto una locura? ¿Una falsedad? ¿No soy yo mismo un producto de la civilización moderna y septentrional? ¿No es debido mi viaje a Italia a ese vandalismo científico tan moderno, que me ha proporcionado una bolsa de viaje porque he escrito un libro como tantos otros atroces libros de erudición y crítica artística? Es más, ¿no estoy yo aquí en Urbania con el expreso convencimiento de que, dentro de algunos meses, podré producir otro libro similar? Os imagináis vos, vos miserable Spiridion, vos, un polaco que al crecer ha adquirido el semblante de un pedante alemán, doctor en filosofía, catedrático incluso, autor de un ensayo —premiado— sobre los déspotas del siglo XV, ¿os imagináis que con vuestras cartas ministeriales y vuestras galeradas guardadas en el bolsillo de vuestro abrigo negro, tan profesional, podréis alguna vez conducir vuestro espíritu en presencia del Pasado?

Demasiado cierto. ¡Ah! Pero olvidémoslo, por lo menos alguna vez: igual que lo he olvidado esta tarde, cuando los bueyes tiraban lentamente de mi calesa, serpenteando por valles interminables, arrastrándome por laderas interminables, con el susurrante e invisible torrente al fondo, en lontananza, y con solo los picos grises y rojizos en derredor, escalando hasta esta ciudad de Urbania, olvidada de los hombres, cuyas torres y almenas se alzaban en la cordillera de los Apeninos. Sigillo, Penna, Fossombrone, Mercatello, Montemurlo —el nombre de cada uno de estos pueblos, tal y como lo comentó el conductor, me traía a la memoria algún gran acto de traición de días pasados—. Y cuando las enormes montañas cerraron la puesta del sol y los valles se llenaron de sombras azuladas y de niebla, solo un girón de amenazador humo rojizo se rezagaba entre las torres y cúpulas de la ciudad en lo alto de las montañas, y el sonido de las campanas de la iglesia flotaba en el precipicio que descendía de Urbania. Casi estaba seguro de que a cada curva del camino aparecería un grupo de jinetes, con picudos yelmos y

calzados claveteados, con sus armaduras y pendones centelleando a la luz del atardecer. Y entonces, y no hace de esto ni dos horas, al entrar en la ciudad con el crepúsculo, al atravesar las calles desiertas, con tan solo una candileja humeante aquí y allá, al pasar junto a una capilla o frente a un puesto de frutas, o bien ante un fuego que encendía la negrura de una herrería: al pasar bajo las almenas y torretas del palacio… ¡Ah, eso era Italia, eso era el Pasado!

21 de agosto. ¡Y esto es el Presente! Cuatro cartas de recomendación por enviar, y una hora de conversación cortés que debo soportar con el Viceprefecto, el Síndico, el Director de Archivos, y el buen hombre a quien mi amigo Max me ha enviado para buscar alojamiento…

22-27 de agosto. He pasado la mayor parte del día en los Archivos, y la mayor parte de mi tiempo allí, aburrido hasta la inanición, con el director de los mismos, quien hoy ha disertado sobre los comentarios de Eneas Silvio durante tres cuartos de hora sin detenerse a recuperar el aliento. De este tipo de martirio (¿cuáles no serán los sentimientos de un caballo que antes ha sido de carreras a quien ahora hacen tirar de un cabriolé? Puedes entenderlos, son los de un polaco que se ha convertido en un catedrático prusiano) me escapo dando largos paseos por la ciudad. Esta urbe se compone de un puñado de casas negras apiñadas en lo alto de una elevada montaña, de callejuelas largas y estrechas que descienden por sus laderas ondulantes, como cuando nos deslizábamos por las colinas en nuestra infancia, —en la mitad de la imponente estructura de ladrillo con todas sus torres y almenas— el palacio del Duque de Ottobuono, desde cuyas ventanas se divisa el mar entre un torbellino de melancólicas montañas grises. Y luego está la gente, hombres cetrinos, de barbas cerradas, que cabalgan como bandoleros, envueltos en capas de rayas verdes sobre sus mulas cargadas a rebosar; o musculosos muchachos que vagan sin rumbo, cabizbajos, como los bravos en multicolor de los frescos de Signorelli; los hermosos donceles, como tantos jóvenes de Rafael, con ojos bovinos, y las inmensas mujeres, Madonnas o Santa Isabeles, según el caso, con las túnicas

plegadas a sus tobillos y los cántaros de bronce a la cabeza, mientras suben y bajan por las empinadas cuestas. No hablo mucho con esta gente; temo que mis ilusiones se hagan añicos. En la esquina de una calle, enfrente del precioso pórtico de San Francesco de Giorgio, hay un anuncio en azul y rojo que representa a un ángel descendiendo para coronar a Elías Howe con motivo de sus máquinas segadoras; y los clérigos de la viceprefectura, que cenan en el palacio, donde yo también voy a cenar, vociferan sobre política, Minghetti, Giroli, Túnez, acorazados, etc., y cantan fragmentos de la *Fille de Mme. Angot*, que imagino que se ha estado representando aquí recientemente.

No; hablar con los nativos es evidentemente un experimento peligroso. Excepto, posiblemente, con mi buen patrón, el *Signor* Notaro Porri, quien es igual de instruido e inhala considerablemente menos rapé (o mejor dicho, se lo cepilla del abrigo más a menudo) que el Director de los Archivos. Se me ha olvidado anotar (y creo que debo señalar, en la vana creencia de que algún día estos pedazos de papel me ayudarán, como una marchita rama de olivo o una lámpara toscana de tres pabilos sobre mi mesa, a traerme a la mente, en esa odiosa Babilonia que es Berlín, estos felices días italianos), se me ha olvidado precisar que me alojo en la casa de un anticuario. Mi ventana da a la calle principal y a los soportales de la plaza del mercado donde, en medio de las marquesinas, se alza la pequeña columna que sostiene a Mercurio. Apenas si alcanzo a ver, inclinada sobre los desportillados aguamaniles y los barreños de albahaca dulce, clavos y caléndulas, una esquina de la torreta del palacio y el desdibujado azul de las colinas más lejanas. La casa, cuya parte trasera se adentra en el barranco, es un lugar extraño en todos los sentidos, con habitaciones encaladas, de paredes sobre las que lucen Rafaeles, y Francias y Peruginos, que mi patrón lleva sistemáticamente a la posada principal cuando recibe a un extraño; y lleno de viejas sillas labradas, sofás de la época del Imperio, doradas y repujadas cómodas nupciales y armarios que contienen retales antiguos de damasco y frontaleras de misa bordadas que impregnan el lugar de olor a incienso rancio y a cerrado; todo ello presidido por las tres hermanas solteras de Porri

—Sora Serafina, Sora Lodovica y Sora Aldagisa— las tres Parcas personificadas, con ruecas y gatos negros incluidos.

Sor Asdrubale, como llaman a mi patrón, también es notario. Echa de menos el gobierno pontificio porque tuvo un primo que llevaba la cola a un Cardenal, y está convencido de que si, sobre una mesa para dos, se encienden dos velas fabricadas con el sebo de un hombre muerto y se realizan ciertos ritos —en torno a los cuales no se muestra demasiado explícito— se puede, en Nochebuena y otras fechas similares, convocar a San Pascual Bailón, quien escribirá los números ganadores de la lotería detrás de un plato ahumado, si previamente se le abofetean ambas mejillas y se rezan tres avemarías. La dificultad estriba en encontrar el sebo de hombre muerto para hacer las velas y también en abofetear al Santo antes de que desaparezca.

—Si no fuera por eso —dice Sor Asdrubale— el gobierno habría tenido que suprimir la lotería hace siglos, ¡eh!

9 de septiembre. Esta historia de Urbania no carece de encanto, aunque ese encanto (como de costumbre) haya sido ignorado por nuestros *Dryasdusts*[25]. Incluso antes de venir aquí, me sentía atraído por la extraña figura de una mujer que aparecía en las áridas páginas de las historias de Gualterio y del Padre de Sanctis sobre este lugar. Esta mujer es Medea, hija de Galeazzo IV Malatesta, Señor de Carpi, esposa primero de Pierluigi Orsini, Duque de Stimigliano, y con posterioridad de Guidalfonso II, Duque de Urbania, predecesor del gran Duque Roberto II.

La historia y carácter de esta mujer recuerdan a los de Bianca Cappello, y también a Lucrecia Borgia. Nacida en 1556, la prometieron a la edad de doce años a un primo, un Malatesta de la familia Rímini. Como esta familia había descendido mucho en la escala social, se deshizo el compromiso, y fue prometida un año después a un miembro de la familia Pico, y casada por poderes a la edad de catorce años. Pero como esta unión no satisfacía ni sus ambiciones ni las de su padre, se declaró nulo el matrimonio por poderes —aduciendo algún que otro pretexto— y se alentaron las pretensiones del Duque de Stimigliano, un gran

feudatario umbro de la familia Orsini. Mas el novio, Giovanfrancesco Pico, que estaba locamente enamorado de ella, ya que la dama era encantadora y de naturaleza sumamente afable —según reza una vieja crónica anónima— se negó a aceptar la nulidad y llevó su caso ante el Papa intentando llevarse a la novia por la fuerza. Pico aguardó emboscado la litera en la que ella se dirigía a una villa de su padre y la llevó a su castillo cerca de Mirandola, donde respetuosamente la cortejó, insistiendo en que tenía derecho a considerarla su esposa. Pero la dama escapó descolgándose hasta el foso por una cuerda hecha con jirones de sábanas, y descubrieron a Giovanfrancesco Pico apuñalado en el pecho a manos de la Madonna Medea da Carpi. Era un apuesto joven de solo dieciocho años.

Habiéndose deshecho de los Pico, y anulado el matrimonio por el Papa, Medea da Carpi contrajo solemnemente matrimonio con el Duque de Stimigliano, y partió a vivir a sus dominios cerca de Roma.

Dos años más tarde, Pierluigi Orsini fue apuñalado por uno de sus ayudas de cámara en su castillo de Stimigliano, cerca de Orvieto; y las sospechas recayeron sobre su viuda, sobre todo cuando después del suceso, hizo que dos sirvientes mataran al asesino en sus propios aposentos; pero no antes de que hubiera declarado que ella le había inducido a asesinar a su amo prometiéndole su amor. Las cosas se pusieron tan mal para Medea da Carpi que huyó a Urbania y se arrojó a los pies del Duque Guidalfonso II, declarando que había propiciado la muerte del ayuda de cámara solo para salvar su honor, que este había mancillado, y que era totalmente inocente de la muerte de su esposo. La extraordinaria belleza de la Duquesa viuda de Stimigliano, que tenía tan solo diecinueve años, trastornó completamente al Duque de Urbania. Mostró una implícita creencia de su inocencia, se negó a entregarla a los Orsini, parientes de su difunto marido, y le asignó unas magníficas estancias en el ala izquierda del palacio, entre las que se encontraba la habitación que contaba con una magnífica chimenea decorada con cupidos de mármol sobre un fondo azul. Guidalfonso se enamoró perdidamente de su hermosa huésped. El Duque, hasta entonces tímido y de carácter doméstico, empezó a ignorar públicamente a su mujer,

Maddalena Varano de Camerino, con quien —a pesar de no hater tenido hijos— había tenido excelentes relaciones; no solamente rechazó con desdén las admoniciones de sus consejeros y de su señor feudal, el Papa, sino que llegó hasta el punto de tomar medidas para repudiar a su esposa, basándose en un pasado imaginario de mala conducta. La duquesa Maddalena, no pudiendo soportar este trato, se escapó al convento de las hermanas descalzas de Pesaro, donde languidecía mientras Medea da Carpi reinaba en su lugar en Urbania, sembrando la discordia entre el duque Guidalfonso y los poderosos Orsini, quienes continuaban acusándola del asesinato de Stimigliano, así como los Varano, parientes de la injuriada duquesa Maddalena: hasta que al final, en el año 1576, el Duque de Urbania, habiéndose quedado viudo de pronto, y no precisamente en circunstancias poco sospechosas, se casó públicamente con Medea da Carpi dos días después del fallecimiento de su desdichada esposa. No nació hijo alguno de esta unión; pero el duque Guidalfonso estaba tan encaprichado que la nueva Duquesa le persuadió para que nombrase heredero del Ducado (después de haber obtenido —tras muchas dificultades— el consentimiento del Papa) al niño Bartolommeo, el hijo que tuvo con Stimigliano, pero a quien los Orsini negaban como tal, aduciendo que era hijo de Giovanfrancesco Pico, con quien Medea había estado casada por poderes y a quien en defensa de su honor —según decía ella— había asesinado; esta investidura del Ducado de Urbania en un extraño y un bastardo se perpetraba a expensas de los derechos evidentes del cardenal Roberto, el hermano menor de Guidalfonso.

En mayo de 1579, el duque Guidalfonso murió repentinamente y de forma misteriosa, ya que Medea había prohibido todo acceso a sus habitaciones, no fuera que, en su lecho de muerte, se arrepintiera y restableciera a su hermano en sus derechos. La Duquesa inmediatamente hizo que su hijo, Bartolommeo Orsini, fuera proclamando Duque de Urbania, y ella misma Regenta; y, con la ayuda de dos o tres jóvenes sin escrúpulos, en especial un tal capitán Oliverotto da Narni, de quien se rumoreaba que era su amante, se hizo con las riendas del gobierno con un rigor extraordinario y terrible, enviando un ejército contra los Varano

y los Orsini, quienes fueron derrotados en Sigillo, y exterminando sin piedad a cualquier persona que se atreviese a poner en duda la legalidad de la sucesión. Mientras tanto, el cardenal Roberto, que había colgado los hábitos y olvidado los votos, se dirigió a Roma, a Toscana, a Venecia —e incluso al Emperador y Rey de España— implorando ayuda contra la usurpadora. En pocos meses había logrado virar la corriente de simpatía contra la Duquesa-Regenta; el Papa declaró solemnemente ilegal la investidura de Bartolommeo Orsini, y publicó la sucesión de Roberto II, Duque de Urbania y Conde de Montemurlo; el Gran Duque de Toscana y los venecianos prometieron secretamente su ayuda, pero solo si Roberto era capaz de hacer valer sus derechos por la fuerza. Poco a poco, una tras otra, las ciudades del ducado pasaron a manos de Roberto, y Medea da Carpi se encontró rodeada en la ciudadela montañosa de Urbania, como un escorpión se encuentra rodeado de llamas. (Este símil no es mío, sino de Raffaello Gualterio, historiador de Roberto II). Pero, a diferencia del escorpión, Medea se negó a suicidarse. Es absolutamente maravilloso cómo, sin dinero ni aliados, pudiera, durante tanto tiempo, mantener a sus enemigos acorralados; y Gualterio lo atribuye a esa fascinación fatal que había llevado a la muerte a Pico y a Stimigliano, y que había transformado al otrora honrado Guidalfonso en un villano y que era tal que, de todos sus amantes, no había ninguno que no prefiriese morir por ella, incluso después de haber sido tratado con ingratitud y de haber sido desbancado por un rival; una habilidad que Messer Raffaello Gualterio claramente atribuía a un pacto diabólico.

Por último, el excardenal Roberto venció, y en noviembre de 1579 entró de forma triunfal en Urbania. Su acceso al poder estuvo presidido por la moderación y la clemencia. Ni un solo hombre fue ajusticiado, si exceptuamos a Oliverotto da Narni, que arrojándose sobre el Duque, intentó apuñalarlo cuando descabalgó en palacio, y que murió a manos de los hombres del Duque gritando «¡Orsini, Orsini! ¡Medea, Medea! ¡Viva el duque Bartolommeo!» mientras agonizaba, aunque se dice que la duquesa le trató con ignominia. El pequeño Bartolommeo fue enviado a

Roma con los Orsini; a la Duquesa se la recluyó con respeto en el ala izquierda del palacio.

Se dice que ella, altivamente, solicitó ver al nuevo Duque, pero que él sacudió la cabeza y, con sus modales clericales, citó un verso sobre Ulises y las Sirenas; y es notable que se negara firmemente a verla, llegando incluso a salir bruscamente de su aposento un día en que ella entró furtivamente allí. Al cabo de unos pocos meses, se descubrió una conspiración para asesinar al duque Roberto que, evidentemente, había sido pergeñada por Medea. Pero el joven, un tan Marcantonio Frangipani, de Roma, negó, incluso bajo las más severas torturas, que ella estuviera implicada; así que el Duque Roberto, que no quería emplear la violencia, simplemente transfirió a la Duquesa de su residencia en Sant'Elmo al convento de las Clarisas en la ciudad, donde era estrechamente custodiada y vigilada. Parecía imposible que Medea pudiese intrigar nunca más, ya que ciertamente ni veía ni era vista por nadie. Sin embargo, consiguió enviar una carta y su retrato a un tal Prinzivalle degli Ordelaffi, un joven de tan solo diecinueve años, de la noble familia de los Romagnole, quien estaba prometido a una de las muchachas más bonitas de Urbania. Inmediatamente rompió su compromiso y, poco después, intentó matar al Duque de un tiro mientras estaba arrodillado en misa el día de Pascua de Resurrección. Esta vez el Duque estaba decidido a obtener pruebas contra Medea. Prinzivalle degli Ordelaffi fue privado de alimentos durante varios días y después sufrió las más atroces torturas, para ser finalmente condenado. Cuando iba a ser desollado con pinzas candentes y descuartizado por los caballos, le dijeron que podría obtener la gracia de una muerte inmediata si confesaba la complicidad de la Duquesa. El confesor y las monjas del convento, que estaban en el lugar de la ejecución, fuera de la Porta San Romano, presionaron a Medea para que salvara al desgraciado, cuyos gritos oía, confesando su propia culpabilidad. Medea pidió permiso para ir a un balcón donde pudiera ver a Prinzivalle y ser vista por él. Contempló la escena fríamente; entonces, arrojó su pañuelo bordado a la pobre criatura mutilada. Él pidió al verdugo que le limpiara la boca con el pañuelo y a continuación lo besó mientras gritaba que Medea era

inocente. Después, tras varias horas de tormentos, expiró. Esto fue demasiado para la paciencia del duque Roberto: Dándose cuenta de que mientras Medea viviese, su propia vida estaría en perpetuo peligro, pero renuente a causar un escándalo (todavía conservaba algo de su naturaleza clerical) mandó que estrangularan a Medea en el convento y, cosa notable, insistió en que fueran mujeres —dos infanticidas a quienes conmutó la condena— las encargadas de la ejecución.

«A este clemente príncipe», escribe Don Arcangelo Zappi en la biografía del Duque publicada en 1725, «solo se le puede acusar de un único acto de crueldad, tanto más odioso cuanto que él mismo, antes de ser liberado de sus votos por el Papa, profesó las sagradas órdenes. Se dice que cuando provocó la muerte de la infame Medea da Carpi, era tal el temor que sentía a que sus extraordinarios encantos sedujeran a cualquier hombre, que no solo empleó mujeres como verdugos, sino que además se negó a que la asistiera ningún monje o sacerdote, forzándola a morir sin confesión y rehusándole el beneficio de cualquier penitencia que su inflexible corazón hubiera podido albergar».

Tal es la historia de Medea da Carpi, Duquesa de Stimigliano Orsini y después mujer del Duque Guidalfonso II de Urbania. Fue ajusticiada tan solo hace doscientos noventa y siete años, en diciembre de 1582, cuando apenas tenía veintisiete. Durante su breve vida condujo a cinco de sus amantes a una muerte violenta, desde Giovanfrancesco Pico a Prinzivalle degli Ordelaffi.

20 de septiembre. Gran iluminación de la ciudad en conmemoración de la toma de Roma hace quince años. Excepto Sor Asdrubale, mi patrón, que sacude la cabeza ante los piamonteses, como les llama, los de aquí son todos *Italianissimi*. El Papa los mantiene muy subyugados desde que Urbania cayera en manos de la Santa Sede en 1645.

28 de septiembre. Llevo algún tiempo yendo a la caza de retratos de la duquesa Medea. La mayoría de ellos, me imagino, deben haber sido destruidos, tal vez por el temor del duque Roberto II a que, incluso después de muerta, esta terrible belleza le jugara una mala pasada. Sin

embargo, he podido encontrar tres o cuatro: uno, una miniatura en los Archivos, que se dice fue la que envió al pobre Prinzivalle degli Ordelaffi para enamorarlo; un busto de mármol en el trastero de palacio; una gran representación pictórica de una escena, posiblemente de Baroccio, que muestra a Cleopatra a los pies de Augusto. Augusto es el retrato idealizado de Roberto II, con su redonda cabeza de pelo muy corto, la nariz un tanto torcida, barba recortada y la cicatriz habitual. Cleopatra, a pesar de su vestimenta oriental y de su peluca morena, me parece que quiere representar a Medea da Carpi; está arrodillada, descubriendo su pecho para recibir el golpe del vencedor, pero en realidad para cautivarlo y él se aleja con un extraño gesto de aborrecimiento. Ninguno de estos retratos parece muy bueno, excepto la miniatura. Es esta un trabajo exquisito, y con ella y con lo que el busto sugiere, es fácil reconstruir la belleza de ese terrible ser. El tipo es ese tan admirado en el Bajo Renacimiento y, en alguna medida, inmortalizado por Jean Goujon y los franceses. El rostro es un óvalo perfecto, la frente tal vez sea un punto demasiado redonda, coronada de minúsculos rizos ensortijados, como la lana, el pelo castaño brillante; la nariz un poco en demasía aguileña, los pómulos quizá excesivamente bajos; los ojos grises, grandes, prominentes, bajo unas cejas exquisitamente curvadas y los párpados tal vez algo demasiado estirados hacia los lados; también la boca, de brillante carmesí y delicado dibujo, está un tanto comprimida, con los labios apretados sobre los dientes. La boca y los párpados estirados le confieren un extraño refinamiento y, al mismo tiempo, cierto aire de misterio, una seducción un tanto siniestra. Parecen tomar, pero no dar. La boca, con un mohín infantil, parece como si pudiera morder o succionar como una sanguijuela. La tez es deslumbradoramente blanca, con la perfecta transparencia del lirio rosáceo de las pelirrojas; la cabeza, con el cabello peinado en trenzas muy pegadas a ella y elaborados rizos, amén de adornada con perlas, se asienta como la de la antigua Aretusa sobre un largo y flexible cuello de cisne. Una curiosa belleza, a primera vista un tanto convencional, de aspecto artificial, voluptuosa pero fría, que cuanto más se contempla más turba y hechiza la mente. La dama lleva alrededor de su cuello una cadena de oro, en la que hay intercalados

unos pequeños rombos, también de oro, con el lema o retruécano (la moda de los lemas franceses es corriente en esta época) «Amour Dure - Dure Amour». El mismo lema aparece en el hueco del busto y gracias a él he podido identificar en este último el retrato de Medea. A menudo examino estos trágicos retratos, preguntándome cómo sería ese rostro que condujo a tantos hombres a la muerte, cuando, sonriendo o hablando, fascinaba a las víctimas, haciéndolas pasar del amor a la muerte - «Amour Dure - Dure Amour», como reza su lema: amor que dura, qué duro amor; sí, ciertamente, no hay más que pensar en la fidelidad y en la suerte que corrieron sus amantes.

13 de octubre. Literalmente, no he tenido tiempo de escribir una sola línea de mi diario en todos estos días. He pasado todas mis mañanas en esos archivos y las tardes paseando con este espléndido tiempo otoñal (las cimas más altas están levemente coronadas de nieve). Los atardeceres los paso escribiendo esa confusa crónica del Palacio de Urbania que el gobierno me ha encargado para mantenerme ocupado en algo inútil. De mi historia no he podido escribir todavía una palabra… Por cierto, debo anotar una curiosa circunstancia mencionada en una biografía manuscrita anónima del duque Roberto con la que me he topado hoy. Cuando este príncipe hizo que erigieran una estatua ecuestre de su persona, esculpida por Antonio Tassi, el discípulo de Gianbologna, en la plaza de la Corte, encargó en secreto que le hicieran, según refiere el anónimo manuscrito, una estatua de plata de su genio tutelar o ángel —«familiaris ejus angelus seu genius, quod a vulgo dicitur *idolino*»—, cuya estatua o ídolo, después de haber sido consagrada por los astrólogos —«ab astrologis quibusdam ritibus sacrato»—, fue colocada en la cavidad del pecho de la efigie esculpida por Tassi para que, tal como dice el manuscrito, su alma pudiera descansar hasta el día de la Resurrección. Este pasaje es curioso y se me antoja que un tanto enigmático; ¿cómo podía el alma del duque Roberto esperar la Resurrección de los muertos cuando, como católico que era, debería haber creído que, tan pronto como se separase esta del cuerpo, iría al Purgatorio? ¿O se trata de alguna superstición semipagana del

Renacimiento (ciertamente de lo más extraña en un hombre que había sido cardenal), que relacionaba el alma con un genio tutelar que podía ser obligado, mediante ciertos ritos mágicos («ab astrologis sacrato», dice el manuscrito al hablar del idolillo) a permanecer en la tierra de manera que el alma durmiera en el cuerpo hasta el día del Juicio Final? Confieso que la historia me desconcierta. Me pregunto si alguna vez existió tal ídolo, o si existe aún hoy, en el cuerpo de bronce de la efigie.

20 de octubre. Últimamente he estado viendo mucho al hijo del viceprefecto. Es un joven amable con cara de enamorado y que tiene un lánguido interés por la historia y la arqueología de Urbania, de la que no sabe nada en absoluto. Este joven, que ha vivido en Siena y Lucca antes de que ascendieran a su padre y lo trasladaran aquí, usa pantalones extremadamente largos y ajustados, que casi le imposibilitan doblar las rodillas, cuellos altos y monóculo, y unos guantes de piel de cabrito que lleva metidos en el bolsillo superior de la chaqueta. Habla de Urbania como Ovidio podría hablar del Ponto y se queja (cosa que no es de extrañar) de la barbarie de los jóvenes, los oficiales que cenan en mi pensión y aúllan y cantan como locos, y de los nobles que conducen calesas y dejan al descubierto tanta carne de la zona de la garganta como una dama en el baile. Esta persona, a menudo me entretiene con sus *amori*, pasados, presentes y futuros; de seguro que me cree extraño por no tener historias semejantes con que entretenerle a cambio; me señala las sirvientas y modistillas bonitas (o feas) cuando vamos por la calle, suspira profundamente o canta en falsete detrás de cada mujer joven de belleza medianamente tolerable y, finalmente, me ha llevado a casa de la dueña de su corazón, una condesa grande, de oscuro bigote, con voz de pescadero; ahí, me dice, me encontraré con lo mejor de Urbania y con algunas mujeres bonitas. ¡Ah, cielos, demasiado bonitas! Me encuentro con tres habitaciones enormes, a medio amueblar, de suelos de baldosas desnudos, lámparas de petróleo y cuadros espantosamente malos sobre paredes enteladas de azul, y, en medio de todo ello, todas las noches, una docena de damas y caballeros sentados en círculo vociferándose los unos a los otros las mismas noticias de hace un año; las damas más jóvenes,

vestidas de amarillos y verdes chillones, se abanican mientras mis labios conversan, escuchando detrás de sus abanicos las dulzuras de los oficiales, con cabellos peinados como erizos. ¡Y estas son las mujeres de las que mi amigo espera que me enamore! En vano aguardo una merienda o cena que no llega, y me voy a casa deprisa, decidido a dejar a un lado al *beau monde* de Urbania.

Es bastante cierto que no tengo *amori*, aunque mi amigo no lo crea. Cuando vine por primera vez a Italia buscaba los romances; suspiraba, como Goethe en Roma, ansiando que se abriese una ventana y por ella apareciera una criatura maravillosa, «welch mich versengend erquickt». Tal vez era porque Goethe era alemán, acostumbrado a las *Fraus* alemanas; pero, después de todo yo soy polaco, y estoy acostumbrado a algo muy diferente de las *Fraus*; en cualquier caso, a pesar de todos mis esfuerzos en Roma, Florencia y Siena, nunca pude encontrar una mujer por la que volverme loco, ni entre las damas que chapurreaban francés, ni entre las clases inferiores, tan agudas y frías como prestamistas; me aparto de la clase femenina italiana, con su voz estridente y sus chillones atavíos. De momento, estoy casado con la historia, con el Pasado, con mujeres como Lucrecia Borgia, Vittoria Accoramboni, o esa tal Medea da Carpi. Tal vez un día encuentre una gran pasión, una mujer con la que representar el papel de Don Quijote, como buen polaco que soy; una mujer de cuya zapatilla poder beber, y por cuyo placer morir; ¡pero no aquí! Pocas cosas me llaman tanto la atención como la degeneración de la mujer italiana. ¿Qué ha sido de tanta raza de Faustinas, Marozias, o Biancas Cappello? ¿Dónde encontrar hoy en día (confieso que su recuerdo me atormenta) otra Medea da Carpi? Si me fuera tan solo posible conocer a una mujer de belleza tan extremadamente distinguida, de una naturaleza tan terrible, aun solo potencialmente, creo que podría amarla, hasta el día del Juicio Final, como cualquier Oliverotto da Narni, o Frangipani o Prinzivalle.

27 de octubre. ¡Menudos sentimientos los anteriormente expresados para un catedrático, para un hombre instruido! Yo consideraba a los jóvenes artistas romanos pueriles porque se gastaban bromas y gritaban

por las calles, al volver del Café Greco o del sótano de la vía Palombella; pero ¿no soy yo también igualmente pueril, yo, desdichado a quien llaman Hamlet y El Caballero de la Triste Figura?

5 de noviembre. No puedo liberarme del pensamiento de esta Medea da Carpi. En mis paseos, mis mañanas en los Archivos, en mis noches solitarias, me sorprendo a mí mismo pensando en esa mujer. ¿Me estaré volviendo novelista en vez de historiador? Y es que me parece que la comprendo tan bien; mucho más de lo que justifican mis hechos. Primero tenemos que dejar a un lado las modernas ideas pedantes sobre el bien y el mal. El mal y el bien en un siglo de violencia y traición no existen, y menos aún en criaturas como Medea. ¡Vaya usted a predicar sobre el bien y el mal a una tigresa! Sí, ¿acaso hay en el mundo algo más noble que esa enorme criatura, de acero cuando salta, de terciopelo cuando anda y estira su elástico cuerpo, y el pelo se le alisa, o cuando clava sus poderosas garras en su víctima?

Sí; yo puedo entender a Medea. ¡Imagínense a una mujer de belleza superlativa, de coraje y calma elevadísimos, una mujer de muchos recursos, de genio, educada por un padre que era un principillo insignificante, que conocía a Tácito y a Salustio, y las historias del gran Malatesta, de César Borgia y otros! —una mujer cuya única pasión fuera conquista y el mando— ¡imagináosla, a punto de ser desposada a un hombre del poderío del Duque de Stimigliano, reclamada y raptada por alguien de tan poca monta como Pico, en su heredado castillo de bandolero, y teniendo que recibir el apasionado amor del tonto joven como un honor y una necesidad! La mera idea de violentar una naturaleza de esa índole es un ultraje abominable; y si Pico elige abrazar a una mujer así, arriesgándose a encontrarse con una afilada hoja de acero en sus brazos, pues bien, se lo merece. ¡Un joven cachorro —o si se prefiere, un joven héroe— que piensa que puede tratar a una mujer de ese tipo como si se tratase de cualquier mujerzuela de la plebe! Medea se casa con su Orsini. Un matrimonio —hay que señalar— entre un viejo soldado de cincuenta años y una niña de dieciséis. Reflexionad sobre lo que esto significa: significa que esta imperiosa mujer, pronto recibe el

trato de cualquier otra posesión del Duque, que se le hace comprender, de forma ruda, que su obligación es dar al Duque un heredero, no consejos; que nunca debe preguntar «¿por qué esto o aquello?»; que debe hacer reverencias a todos los consejeros del Duque, a sus capitanes, a sus amantes; que, a la más mínima sospecha de rebelión, se ve sometida a sus insultos y sus golpes; a la más leve sospecha de infidelidad puede ser estrangulada o condenada a morir de hambre, o arrojada a una mazmorra. Supongamos que ella sabe que a su marido se le ha metido en la cabeza que ha mirado con demasiada intensidad a tal o cual hombre, que uno de sus lugartenientes o una de sus mujeres ha susurrado que, después de todo, el niño Bartolommeo podría lo mismo ser un Pico que un Orsini. Supongamos que ella sabe que debe atacar o ser atacada. Ella ataca primero, o busca a alguien que lo haga por ella. ¿A qué precio? El de una promesa de amor, de amor a un ayuda de cámara; ¡el hijo de un siervo! Vaya, el muy perro debe estar loco o borracho para creer que una cosa así sea posible; y esta misma creencia en algo tan monstruoso le hace acreedor de la muerte. Y luego, ¡se permite el lujo de chismorrear! Esto es mucho peor que lo de Pico. Y Medea se ve abocada a defender su honor una segunda vez. Si pudo apuñalar a Pico, ciertamente puede apuñalar a este otro individuo, o hacer que alguien lo apuñale.

Perseguida por los parientes de su marido se refugia en Urbania. El Duque, como todos los demás hombres, se enamora perdidamente de Medea y deja de lado a su mujer; incluso se puede llegar a decir que destroza el corazón de la esposa. ¿Es Medea la culpable? ¿Es culpa suya que cada piedra que cae bajo las ruedas de su carroza se haga añicos? Ciertamente que no. ¿Suponéis que una mujer como Medea pueda sentir la más mínima mala voluntad hacia la pobre y timorata duquesa Milena? ¿Cómo, si ignora su misma existencia? Suponer que Medea es una mujer cruel es tan grotesco como suponerla inmoral. Su sino es que tarde o temprano ha de triunfar sobre sus enemigos, en último caso para hacer que su victoria parezca una derrota; su mágica facultad es la de esclavizar a cuantos hombres se crucen en su camino; todos los que la ven, la aman, se convierten en sus esclavos. Y es el destino de todos sus esclavos el perecer. Sus amantes, con la excepción del duque Guidalfonso,

encuentran una muerte prematura; y en esto no hay nada injusto. La posesión de una mujer como Medea es una felicidad demasiado grande para un mortal; acabaría volviéndole loco, acabaría incluso olvidando lo que le debe a ella; ningún hombre puede sobrevivir mucho tiempo si cree tener derechos sobre ella; es como una especie de sacrilegio. Y solo la muerte, la celeridad en pagar con la muerte tal felicidad, pueden hacerle merecedor de ser su amante; tiene que estar dispuesto a amar y a sufrir y a morir. Ese es el significado de su lema «Amour Dure - Dure Amour». El amor a Medea da Carpi no puede marchitarse, pero su amante puede morir, es un amor constante y cruel.

11 de noviembre. Tenía razón, mucha razón en mi idea. He encontrado —¡qué alegría! Tal era mi júbilo que he invitado al hijo del viceprefecto a una cena de cinco platos en la Trattoria La Stella d'Italia—. He encontrado en los Archivos, ignoradas por el Director, un montón de cartas, cartas del duque Roberto sobre Medea da Carpi, ¡cartas de la propia Medea! Sí, la propia caligrafía de Medea, de caracteres redondos y eruditos, llenas de abreviaturas, de aspecto algo griego, como corresponde a una princesa instruida que podía leer lo mismo a Platón que a Petrarca. Las cartas son de poca importancia, tan solo borradores de cartas de negocios para que las copiara su secretario, de la época en que gobernaba al pobre y débil Guidalfonso. Pero son sus cartas, y puedo imaginarme casi que entre estos papeles que se caen a pedazos permanece la fragancia de los cabellos de una mujer.

Las pocas cartas del duque Roberto lo muestran bajo un nuevo prisma. Un clérigo agudo, frío, pero timorato. Tiembla ante el mero pensamiento de Medea —«la pessima Medea»— peor que su homónima de Colcos, como la llama. Su prolongada clemencia es fruto tan solo del miedo que tiene a ponerle violentamente las manos encima. La teme como a algo sobrenatural; le hubiera gustado hacerla quemar en la hoguera. Después de carta tras carta, contándole a su amigote, el Cardenal Sanseverino de Roma, sus diversas precauciones durante toda su vida —que lleva una cota de malla debajo de su abrigo; que solo bebe leche de una vaca ordeñada en su presencia; que sospecha de las velas de

cera, por su olor peculiar; que teme salir a caballo por si alguien asusta al animal y le hacen caer para que se rompa el cuello— después de todo esto, y cuando Medea llevaba ya dos años en su tumba, le comunica a su corresponsal su temor de encontrarse con el alma de Medea después de su propia muerte y se ríe de la ingeniosa estratagema (preparada por su astrólogo y un tal Fra Gaudenzio, un capuchino), por la cual él tendrá asegurada la paz absoluta de su espíritu hasta que el alma de Medea esté finalmente «encadenada en el inferno entre los lagos de brea humeante y el hielo de Caina descrito por el bardo inmortal» —¡viejo pedante!—. Aquí está la explicación de esa imagen de plata —*quod vulgo dicitur idolino*— que mandó soldar dentro de la efigie esculpida por Tassi. Mientras la imagen de su alma estuviera unida a la de su cuerpo, dormiría esperando el Día del Juicio Final, completamente convencido de que el alma de Medea estaría adecuadamente cubierta de pez y emplumada, mientras la suya —¡de hombre honrado!— volaría directamente al Paraíso. ¡Y pensar que hace dos meses tenía a este hombre por un héroe! ¡Ajá! Mi buen duque Roberto, ¡te desenmascararé en mi historia; y no habrá ningún tipo de *idolinos* de plata que te libre de que se rían de ti a carcajadas!

15 de noviembre. ¡Qué extraño! Ese idiota del hijo del Prefecto, que me ha oído hablar de Medea da Carpi cientos de veces, se ha acordado de pronto de que, cuando era un niño, en Urbania, su aya solía amenazarle con una visita de la Madonna Medea, quien cabalgaba por el cielo sobre un macho cabrío. ¡Mi duquesa Medea convertida en coco de niños traviesos!

20 de noviembre. He estado saliendo con un catedrático bávaro de historia medieval, enseñándole el país. Entre otros lugares visitamos Rocca Sant'Elmo, para ver la antigua villa de los duques de Urbania, la villa donde Medea fue confinada entre la subida al poder del duque Roberto y la conspiración de Marcantonio Frangipani, que causó su traslado al convento contiguo a la ciudad. Una larga cabalgada por lo alto de los desolados valles de los Apeninos, increíblemente desiertos ahora,

con sus robledales rojizos, sus estrechos parches marchitos por la escarcha, con las postreras hojas amarillas de los álamos temblando y ondulándose azotadas por la Tramontana; las cimas de las montañas envueltas en espesas nubes; mañana, si continúa el viento, las veremos dispersarse alrededor de masas de nieve contrastadas contra el gélido cielo azul. Sant'Elmo es un caserío perdido de la cordillera de los Apeninos, donde la vegetación italiana empieza a ser sustituida por la septentrional. Se puede cabalgar millas y millas atravesando bosques de castaños de hoja caduca, con el aroma de las húmedas hojas que llenan el aire, el rugido del torrente, turbio por las lluvias otoñales, que surge entre el precipicio de más abajo; y, de pronto, los bosques de álamos deshojados son reemplazados, como en Vallonbrosa, por un cinto de coníferas densas y negruzcas, que nos llevan a un espacio abierto, a prados devastados por la escarcha, rocas de picos coronados de nieve recién caída, arriba, pero muy cerca de nosotros; y, en medio, un montículo, con un nudoso alerce a cada lado, la villa ducal de Sant'Elmo, como un cubículo de grandes piedras negras, un escudo de armas de piedra, ventanas enrejadas, y una escalinata doble en la parte delantera. Ahora está alquilada al propietario de los bosques circundantes, que la utiliza como almacén de álamos, leña y carbón de los hornos vecinos. Atamos nuestros caballos a las argollas de hierro y entramos: una anciana mujer, de cabellos desaliñados, estaba sola en la casa. La villa no es más que un refugio de caza construido por Ottobuono IV, padre de los duques Guidalfonso y Roberto, alrededor de 1530. Algunas de las estancias habían sido pintadas al fresco y revestidas de tallas de roble, pero todo esto había desaparecido. Tan solo, en una de las habitaciones más espaciosas, seguía habiendo una gran chimenea de mármol, similar a las del palacio de Urbania, maravillosamente esculpida con cupidos sobre un fondo azul, con un encantador infante desnudo que sostenía unos jarrones a ambos lados, uno con capullos de clavero y el otro con rosas. La estancia estaba llena de gavillas de heno.

Volvimos a casa tarde, mi compañero con un humor excesivamente malo por la infructuosa expedición. Cuando nos internábamos en lo más espeso de los bosques de álamos nos vimos envueltos en una tormenta

de nieve. La visión de la nieve cayendo lentamente, de la tierra y los arbustos blanqueados en derredor, me hizo sentir como si volviera a mi infancia en Posen. Cantaba y gritaba para espanto de mi compañero. Esto sería un punto en mi contra si se informara de ello en Berlín. Un historiador de veinticuatro años que grita y canta; ¡y todo esto cuando otro historiador blasfema contra la nieve y el mal estado de las carreteras! Toda la noche permanecí despierto contemplando los rescoldos de mi hogar de leña y pensando en Medea da Carpi enjaulada, en invierno, en la soledad de Sant'Elmo, con el gemido de los abetos y el rugido del torrente, mientras la nieve caía en derredor, a millas y millas de cualquier criatura humana. Se me antojaba que lo veía todo, y que yo, de alguna forma, era Marcantonio Frangipani, venido para liberarla, ¿o era tal vez Prinzivalle degli Ordelaffi? Supongo que era debido a la prolongada cabalgata, al desacostumbrado sentimiento punzante de la nieve que flotaba en el aire; o tal vez al ponche que mi catedrático insistió en que tomáramos después de la cena.

23 de noviembre. ¡Gracias a Dios, por fin se ha ido ese catedrático bávaro! Los días que pasó aquí me volvieron loco. Al hablar sobre mi trabajo, un día le conté mis puntos de vista sobre Medea da Carpi; a lo cual condescendió en responder que se trataba de los cuentos usuales debidos a la tendencia mitopoética (¡viejo idiota!) del Renacimiento; que cualquier investigación desacreditaría la mayor parte de ellas, como había desacreditado las leyendas que circulaban sobre los Borgia, etc.; que además, una mujer como la que yo había inventado era psicológica y fisiológicamente imposible. ¡Lo mismo podría decirse de catedráticos como él y de sus colegas!

24 de noviembre. No puedo sobreponerme al placer de haberme librado de ese imbécil; sentía deseos de estrangularle cada vez que hablaba de la Dama de mis Pensamientos —ya que en eso se ha convertido— *metea*, ¡como el muy burro la llamaba!

30 de noviembre. Me siento muy conmovido por lo que acaba de pasar; estoy empezando a temer que el viejo pedante tenía razón al decir

que era malo para mí vivir solo en un país extranjero, que me volvería morboso. Es totalmente ridículo que llegue a tal estado de excitación solamente por el descubrimiento fortuito del retrato de una mujer que lleva muerta trescientos años. Con el caso de mi tío Ladislao y de otros sospechosos de locura en la familia, realmente debería evitar el dejarme llevar por tan necia excitación.

Pero es que el incidente ha sido realmente dramático y ciertamente extraño. Podría haber jurado que conocía todos los cuadros de aquel palacio y especialmente los cuadros de Ella. De todas formas, esta mañana, cuando dejaba los Archivos, atravesé una de las muchas pequeñas estancias —gabinetes de forma irregular— que completaban los recovecos de este curioso palacio, cuyas torres se asemejan a un *château* francés. He debido de pasar por este gabinete antes puesto que la vista desde su ventana me resultaba totalmente familiar; especialmente la parte de torre redonda de enfrente, los cipreses del otro lado del barranco, el campanario de más allá y el horizonte del Monte Sant'Agata y el Leonesa, cubiertos de nieve, recortándose contra el cielo. Supongo que debe haber estancias gemelas y que entré en la que no debía; o tal vez habían abierto alguna contraventana o descorrido alguna cortina. Al pasar me llamó la atención el marco de un precioso espejo antiguo, incrustado en la pared marrón y amarilla. Me aproximé y, al mirar el marco, también clavé la vista, de forma mecánica, en el espejo. Me sobresalté y creo que casi dejé escapar un grito —(¡es una suerte que el catedrático de Munich no esté ya en Urbania!)—. Detrás de mi propia imagen había otra, una figura próxima a mi hombro, un rostro cercano al mío; y esa figura, ese rostro ¡eran los suyos!, ¡los de Medea da Carpi! Al punto me volví, tan blanco, creo, como el fantasma que esperaba ver. En la pared opuesta al espejo, un par de pasos detrás de mí, había un retrato. Destacándose sobre un fondo de azul duro y frío, estaba la figura de la Duquesa (pues se trataba de Medea, la Medea real, y mil veces más real, individual y poderosa que en los demás retratos) sentada y erguida en una silla de respaldo alto, sostenida, aparentemente, gracias al tieso brocado de las faldas que parecían más envaradas por los apliques de flores de plata bordadas y las hileras de perlas. El vestido, con su mezcla

de plata y perlas, era de un extraño rojo mate, un siniestro color de extracto de adormidera. Por contraste, la carne de las manos alargadas y estrechas, del esbelto y delicado cuello y del rostro de frente despejada, parece nívea y dura como el alabastro. La cara es la misma de otros retratos: la misma frente redondeada, con los rizos exiguos y rojizos, como de lana; las mismas cejas de curvatura perfecta, apenas dibujadas; las mismas pestañas, tal vez demasiado pronunciadas sobre los ojos; los mismos labios, también un poco rígidos al marcar la boca; pero con una pureza de línea, un espléndido resplandor de piel y una intensidad de mirada inconmensurablemente superiores a todos los demás retratos.

La Duquesa nos está mirando desde el marco, con una mirada fría e inexpresiva; y, sin embargo, sus labios sonríen. Una mano sostiene una rosa de un rojo indefinido; la otra, larga, estrecha, afilada en los extremos, juguetea con un grueso cordón de seda, oro y joyas que pende de la cintura; alrededor del cuello, este blanco como el marfil y parcialmente oculto por el ajustado corpiño de un carmesí mate, cuelga un collar de oro, con el conocido lema en sus medallones alternos: «AMOUR DURE - DURE AMOUR».

Pensándolo bien, veo que simplemente no he podido haber estado antes en esta estancia o gabinete; me he debido equivocar de puerta. Pero, aunque la explicación es tan simple, todavía, y después de varias horas, me siento totalmente conmocionado, hasta en lo más profundo de mi ser. Si me sigo poniendo tan nervioso tendré que marcharme a Roma a pasar las Navidades. Siento como si algún peligro me acechase aquí (¿tendré fiebre?) y, sin embargo, no veo el momento de alejarme.

10 de diciembre. He hecho un esfuerzo y he aceptado la invitación del hijo del viceprefecto para ir a ver cómo se fabrica el aceite en una villa suya, junto a la costa. La villa, o granja, es un viejo lugar fortificado y flanqueado de torres, situado en la ladera de una colina entre olivos y mimbreras, que parecía una brillante llamarada naranja. Prensan las olivas en un sótano tremendamente oscuro, como una prisión. A través de la tenue luz blanca del día y del amarillento fulgor de humo de la resina que hierve en los recipientes, se pueden ver grandes bueyes blancos que giran

en torno a una enorme rueda de molino, junto a difusas figuras que manipulan poleas y manivelas; se me antoja, en mi imaginación, una escena de la Inquisición. El Cavaliere me obsequió con su mejor vino y galletas. Me di largos paseos por la orilla del mar; había dejado Urbania envuelta en nubes de nieve; más abajo, en la costa, el sol brillaba en todo su esplendor; el sol, el mar, el ajetreo del pequeño puerto del Adriático, parecen haberme sentado bien. He regresado a Urbania convertido en otro hombre. Sor Asdrubale, mi patrón, curioseando en zapatillas entre las doradas cómodas, los sofás estilo Imperio, las tazas y platos viejos y los cuadros que nadie quiere comprar, me ha felicitado por la mejoría de mi aspecto.

—Trabaja usted demasiado —dice—, la juventud tiene que divertirse, ir al teatro, de paseo, tener *amori*… ya habrá tiempo suficiente para ser serio cuando se quede uno calvo.

Y se quita su grasiento gorro rojo. ¡Sí que estoy mejor! Y como resultado, nuevamente reasumo mi trabajo con placer. ¡Ya les daré su merecido a esos sabihondos de Berlín!

14 de diciembre. No creo haberme sentido nunca tan feliz con mi trabajo. Lo veo todo tan bien —ese artero y cobarde duque Roberto; esa melancólica duquesa Maddalena; ese débil, ostentoso y supuestamente caballeroso duque Guidalfonso; y, sobre todo, esa espléndida figura de Medea—. Me siento como si fuera el historiador más grande de la época; y, al mismo tiempo, como si fuera un muchacho de doce años. Ayer nevó en la ciudad por primera vez, durante dos horas largas. Cuando paró, salí a la plaza y enseñé a los golfillos a hacer un muñeco de nieve; no, una muñeca de nieve; y se me ocurrió llamarle Medea. «¡La pessima Medea!» —gritó uno de los niños— «¿la que iba por el aire montada en una cabra?». «No, no», dije yo, «Era una dama preciosa, la Duquesa de Urbania, la mujer más bella que jamás haya existido». Le hice una corona de oropel y enseñé a los chicos a gritar: «¡Evviva Medea!». Pero uno de ellos dijo: «¡Es una bruja! ¡Hay que quemarla!». Tras lo cual todos se apresuraron a buscar leña y con ella la derritieron.

15 de diciembre. ¡Qué asno soy! ¡Y pensar que tengo veinticuatro años y soy conocido en el mundo literario! En mis largos paseos he compuesto, para la música de una tonada (no sé lo que es) que todo el mundo canta y silba por la calle, un poemilla en un italiano horrible que comienza: «Medea, mia dea», evocándola en nombre de sus diferentes amantes. Voy por ahí canturreando entre dientes. «¿Por qué no soy yo Marcantonio? ¿O Prinzivalle? ¿O el de Narni? ¿O el buen duque Alfonso? Para poder ser amado por vos, Medea, mia dea», etc., etc. ¡Valiente tontería! Mi patrón, creo, sospecha que Medea debe ser alguna dama que conocí durante mi estancia en la costa. Estoy seguro de que Sora Serafina, Sora Lodovica y Sora Adalgisa —las tres Parcas o *Norns*, como yo las llamo— también lo creen. Esta tarde en el crepúsculo, mientras adecentaba mi habitación, Sora Lodovica me dijo: «¡De qué forma tan maravillosa ha empezado a cantar el Signorino!». Casi ni me había dado cuenta de que había estado vociferando: «Vieni Medea, mia dea», mientras la anciana señora se afanaba en encenderme el fuego. Me detuve. ¡Vaya una reputación que iba a adquirir! Eso pensé, y todo esto llegará a Roma y de allí a Berlín. Sora Lodovica estaba asomada a la ventana, metiendo el gancho de hierro del Farolillo que hay en la casa de Sor Asdrubale. Mientras despabilaba la lámpara antes de volverla a colgar fuera, dijo, con su peculiar mojigatería: «Hace mal en dejar de cantar, hijo» (vacila entre llamarme *Signor* Professore y apelativos afectuosos como «Nino», «Viscere mie», etc.). «Hace mal en dejar de cantar porque hay una joven allá abajo, en la calle, que acaba de detenerse a escucharlo».

Corrí hacia la ventana. Una mujer, envuelta en un chal negro, estaba parada bajo un arco mirando la ventana.

—¡Eh, eh! ¡El *Signor* Professore tiene sus admiradoras! —dijo Sora Lodovica.

—¡Medea, mia dea! —grité tan alto como pude, sintiendo un placer infantil al desconcertar a la inquisitiva viandante. De pronto, se volvió para alejarse, agitando la mano en mi dirección; en ese momento Sora Lodovica colgó el farolillo en su lugar. Un haz de luz iluminó la calle.

Sentí que me invadía un frío helador. ¡El rostro de la mujer de allá fuera era el de Medea da Carpi!

¡No hay duda de que soy un imbécil integral!

II

17 de diciembre. Gracias a mi necia charla y a mis canciones idiotas, siento como si todos conocieran mi locura por Medea da Carpi. El hijo del viceprefecto, o el auxiliar de los Archivos, o tal vez alguno de los amigos de la Contessa, está intentando hacerme una jugarreta. Pero ¡guardaos, damas y caballeros, que os pagaré con la misma moneda! Imaginaos mis sentimientos cuando, esta mañana, me encontré sobre mi escritorio una carta doblada y dirigida a mí con una curiosa caligrafía, que me resultaba extrañamente familiar y que, después de un momento, reconocí como la de las cartas de Medea da Carpi leídas en los archivos. Me conmocionó terriblemente. Mi siguiente idea fue que debía de tratarse del regalo de alguien que conocía mi interés por Medea —una carta auténtica de ella sobre la que algún idiota habría escrito mi dirección en vez de meterla en un sobre—. Pero estaba dirigida a mí, y no era una carta antigua; solamente cuatro líneas que rezaban como sigue:

«A SPIRIDION. —Una persona que conoce su interés por ella estará en la Iglesia de San Giovanni Decollato esta noche a las nueve. Buscad, en la nave izquierda, a una dama con un manto negro y una rosa en las manos».

Para entonces ya había comprendido que era objeto de una conspiración, la víctima de una broma de mal gusto. Le di mil vueltas a la carta. Estaba escrita en un papel similar al que empleaban en el siglo dieciséis e imitaba extraordinariamente bien los rasgos caligráficos de Medea da Carpi. ¿Quién la habría escrito? Pensé en todas las personas posibles. Principalmente debía tratarse del hijo del viceprefecto, tal vez en connivencia con su amada condesa. Seguramente habían roto una

página en blanco de una carta vieja; pero el hecho de que cualquiera de ellos pudiera haber tenido el ingenio de pergeñar tamaño engaño o la posibilidad de realizar semejante falsificación me deja completamente atónito. Esta gente oculta mucho más de lo que podría haber imaginado. ¿Cómo devolverles la jugada? ¿Ignorando la carta? Es muy digno, pero poco ingenioso. No, iré: tal vez haya alguien allí, y podré a mi vez desconcertarles. Y, si no hay nadie, ¿cómo vencerles y desenmascararles por su estratagema tan imperfectamente ideada? Tal vez se trate de alguna locura del Cavaliere Muzio para llevarme en presencia de alguna dama que él haya designado como la indicada para ser la llama de mis futuros *amori*. Eso es lo más probable. Y sería demasiado idiota y profesoral rehusar una invitación de esa índole. Debe merecer la pena conocer a una dama que sabe falsificar cartas del siglo dieciséis, pues estoy seguro de que ese lánguido y elegantísimo Muzio no habría sabido. ¡Iré! ¡Por todos los cielos! ¡Les pagaré con su propia moneda! Ahora son las cinco —¡qué largos son estos días!

18 de diciembre. ¿Estaré loco? ¿O son realmente fantasmas? Esa aventura de la noche anterior me ha conmocionado hasta lo más profundo de mi alma.

Tal y como la misteriosa carta me instaba, salí a las nueve. Hacía un frío de muerte y el aire estaba lleno de neblina y aguanieve; no había ni una tienda abierta, ni una ventana con las contraventanas sin cerrar, ni una criatura visible; las calles estrechas, tan oscuras, esas costanillas escarpadas entre las elevadas murallas y bajo los arrogantes arcos que parecían aún más sombrías por la exigua luz de unas lámparas de aceite aquí y allí, con sus reflejos amarillentos parpadeando sobre las mojadas banderas. San Giovanni Decollato es una pequeña iglesia, o más bien un oratorio, que hasta ahora siempre había visto cerrada (como tantas otras iglesias que permanecen cerradas y que solo abren sus puertas para las conmemoraciones solemnes), situada detrás del palacio ducal, sobre una pronunciada cuesta, y formando la bifurcación de dos empinadas callejas pavimentadas. Había pasado por el palacio cientos de veces, y apenas me había fijado en nada, excepto en el altorrelieve de encima de la puerta que

representaba la cabeza entrecana del Bautista en la bandeja y la jaula de hierro cercana, en la que antiguamente se exponían las cabezas de los criminales; del decapitado, o, como le llaman aquí, del degollado Juan Bautista, que aparentemente era el patrón del hacha y el tajo.

Tan solo me llevó unos cuantos pasos llegar desde mis aposentos a San Giovanni Decollato. Confieso que estaba nervioso; no en vano tiene uno veinticuatro años y es polaco. Al llegar a esa especie de pequeña plataforma que hay en la bifurcación de las dos escarpadas calles, me encontré, para mi sorpresa, con que las ventanas de la iglesia u oratorio no estaban iluminadas y que la puerta estaba cerrada. ¡Así que esta era la bonita broma que me habían gastado!, ¡enviarme en una noche de frío glacial, de aguanieve, a una iglesia que estaba cerrada y que tal vez había permanecido cerrada durante años! No sé de lo que hubiera sido capaz en aquel momento de ira. Me sentí inclinado a forzar la puerta de la iglesia o a ir a sacar al hijo del viceprefecto de la cama (pues estaba seguro de que la broma había partido de él). Me decidí por esto último y ya me dirigía a su casa por el oscuro pasadizo que se encuentra a la izquierda de la iglesia, cuando de pronto me vi detenido por el sonido de un órgano próximo; sí, se trataba evidentemente de un órgano y de las voces de un coro y el murmullo de una letanía. ¡Así que la iglesia no estaba cerrada después de todo! Volví sobre mis pasos hasta lo alto de la colina. Todo estaba oscuro y en completo silencio. De pronto me llegó el débil sonido de un órgano y de voces. Escuché atentamente; venía de la otra callejuela, la que estaba en el ala derecha. ¿Habría tal vez otra puerta allí? Pasé debajo del arco y descendí un trecho en dirección al lugar de donde parecían provenir los sonidos. Pero no había puerta, ni luces, solo las negras paredes, las negras banderas mojadas, con los tenues destellos de las parpadeantes lámparas de aceite; y lo que es más, había un completo silencio. Me detuve un momento y de nuevo se oyeron los cánticos; esta vez me parecieron llegar con mayor nitidez de la callejuela que acababa de abandonar. Volví: Nada. Y así, de un lado a otro, con los sonidos llevándome siempre de una dirección a otra, para volverme a dejar en el sitio de partida. Todo ello en vano.

Por fin, perdí la paciencia y sentí que me invadía un terror que solo podía disipar una acción violenta. Si los sonidos misteriosos no procedían ni de la calle de la derecha ni de la de la izquierda, solo podían venir de la iglesia. Medio enloquecido, me apresuré a subir los dos o tres escalones y me dispuse a forzar la puerta, haciendo un tremendo esfuerzo. Para mi sorpresa, se abrió con toda facilidad. Entré, y al detenerme un momento entre la puerta exterior y la pesada cortina de cuero, los sonidos de la letanía me llegaron con más claridad que antes. Levanté la cortina y me adentré en el templo. El altar estaba brillantemente iluminado con cirios y candelabros. Se trataba evidentemente de algún servicio religioso relacionado con la Natividad. La nave y los pasillos estaban, por contraste, más oscuros y solo medio llenos. Me abrí paso a codazos por el pasillo derecho, hasta el altar. Cuando mis ojos se acostumbraron a la luz, empecé a mirar a mi alrededor con el corazón acelerado. La idea de que todo aquello era una broma, de que simplemente me iba a encontrar con algún conocido de mi amigo el Cavaliere, me había abandonado. Miré en derredor. Todas las personas estaban cubiertas, los hombres con amplios mantones y las mujeres con velos y mantillas de lana. La nave de la iglesia estaba relativamente oscura y no podía distinguir nada con claridad, pero, de alguna manera, me parecía como si debajo de los ropones y velos, la gente estuviese extrañamente vestida. Me fijé en que el hombre de delante llevaba medias amarillas bajo el abrigo; una mujer cercana al lugar donde yo estaba, lucía un corpiño rojo cerrado por detrás con broches de oro. ¿Serían tal vez campesinos de zonas remotas que hubieran venido para las fiestas de Navidad, o es que los habitantes de Urbania se habían ataviado con trajes antiguos para alguna festividad navideña?

En medio de mi perplejidad, me llamó la atención una mujer que estaba en la nave lateral opuesta a la mía y cerca del altar, iluminada plenamente por las luces. Estaba toda ella vestida de negro, pero sostenía, de forma muy conspicua, una rosa roja, un lujo insospechado para la época de año en la que nos hallábamos y en un lugar como Urbania. Evidentemente, ella también me vio y, volviéndose más hacia la luz, desabrochó su capa dejando ver un vestido de color rojo oscuro, con

brillantes bordados de oro y plata. Volvió su rostro hacia mí. Todo el resplandor de los candelabros y los cirios cayó de lleno sobre él. ¡Era el rostro de Medea da Carpi! Me precipité hacia lo alto de la nave, empujando a la gente a un lado, de forma poco ceremoniosa o, según me pareció, atravesando formas inmateriales. La dama se volvió y caminó apresuradamente hacia la puerta. La seguí de cerca, pero por alguna razón no podía ponerme a su altura. Hubo un momento, ya junto a la cortina, en que se volvió de nuevo. Estaba a unos pasos de mí. Sí, era Medea. La misma Medea, sin engaño o ilusión, sin impostura. Con su rostro ovalado, los labios fruncidos, los párpados estirados en la comisura de los ojos ¡y su exquisita tez de alabastro! Levantó la cortina y se deslizó fuera. Yo la seguí; tan solo la cortina me separaba de ella. ¡A tan solo un paso de mí! Abrí la puerta bruscamente. ¡Tendría que estar sobre los escalones, al alcance de mi brazo!

Permanecí de pie fuera de la iglesia. Todo estaba vacío, tan solo el pavimiento mojado y los reflejos amarillentos sobre los charcos; de pronto me sobrevino un frío helador. No podía seguir. Intenté volver a entrar en la iglesia. Estaba cerrada. Me marché a casa, corriendo, con los pelos de punta, y temblando de pies a cabeza, y seguí así durante una hora, como un maníaco. ¿Se trata de una ilusión? ¿Acaso me estoy volviendo loco? Oh, Dios, Dios, ¿me estaré volviendo loco?

19 de diciembre. Un brillante día soleado; todo resto de nieve ha desaparecido de la ciudad, de los arbustos y los árboles. Las montañas coronadas de nieve brillan contra el azul del cielo. Es domingo y el tiempo también es de domingo. Todas las campanas tañen anunciando la proximidad de la Navidad. Están preparando una especie de feria en la plaza de las columnatas, con puestos llenos de telas de algodón de colores y prendas de lana, brillantes chales y pañuelos, espejos, lazos y relucientes lámparas de peltre; todo el aparato que rodea a los buhoneros del «Cuento de Navidad». Las tiendas de porcinos están engalanadas con flores de papel verdes, con los jamones y los quesos adornados con pequeñas banderas y ramitas también verdes. Deambulé por fuera, para ver la feria de ganado, del otro lado de la puerta. Era un bosque de astas

entrelazadas, un océano de mugidos y coces. Cientos de inmensos bueyes blancos, con cuernos de una yarda de largo y rojas borlas de adorno, muy juntos, en la pequeña *piazza d'armi* bajo las murallas de la ciudad. ¡Bah! ¿Por qué escribo estas tonterías? ¿De qué vale todo esto? Mientras me esfuerzo en escribir sobre campanas, festejos de Navidad y ferias de ganado, una idea da vueltas, como una campana, dentro de mí: ¡Medea! ¿La he visto realmente o me estaré volviendo loco?

Dos horas más tarde. Esa iglesia de San Giovanni Decollato —según me ha informado mi patrón— jamás ha sido usada en todo el tiempo que él pueda recordar. ¿Habrá sido todo una alucinación o un sueño?, ¿tal vez lo habré soñado aquella misma noche? He salido otra vez a ver la iglesia. Ahí está, en la bifurcación de las dos empinadas callejuelas, con sus altorrelieves de la cabeza del Bautista sobre el pórtico. La puerta sí que parece no haber sido abierta durante años. Se pueden ver telarañas en los cristales de las ventanas; efectivamente, parece que —como dice Sor Asdrubale— solo las ratas y las arañas se congregan en su interior. Y sin embargo, sin embargo, ¡tengo un recuerdo tan vivo, una conciencia tan clara de todo ello! Había un retrato de la hija de Herodías bailando, sobre el altar. Recuerdo su turbante blanco con un penacho de plumas escarlata y el caftán azul de Herodes. Recuerdo la forma del candelabro central. Se balanceaba despacio y una de las velas de cera casi se había doblado por la mitad por el calor y las corrientes de aire.

Cosas estas, todas ellas, que puedo haber visto en otra parte, que he almacenado sin darme cuenta en la memoria y que han surgido, de alguna forma, en un sueño. He oído a los psicólogos referirse a cosas semejantes. Iré de nuevo: si la iglesia está cerrada es que se trataba de un sueño, una visión, el resultado de mi hipersensibilidad. Debo partir inmediatamente para Roma y ver a los médicos, porque temo estar volviéndome loco. Si, por otra parte —¡pufff!— no hay *por otra parte* en este caso. Pero si la hubiera —en ese caso— realmente habría visto a Medea; y puedo verla otra vez; hablar con ella. El solo pensamiento de esta posibilidad hace que hierva mi sangre, no de horror, sino de… no sé cómo llamarlo. El sentimiento me aterroriza, pero es delicioso. ¡Idiota!

Hay un pequeño recoveco de mi cerebro apenas inferior a un cabello, que no está en su sitio, ¡eso es todo!

20 de diciembre. He regresado a la iglesia. He oído la música. He estado dentro. ¡La he visto! Ya no puedo dudar más de mis sentidos. ¿Por qué habría de hacerlo? Esos pedantes dicen que los muertos están muertos y que el pasado es el pasado. Para ellos, sí, pero ¿por qué para mí? ¿Por qué para un hombre que ama, que se consume de amor por una mujer? Una mujer que, en verdad —sí, voy a acabar la frase—. ¿Por qué no ha de haber fantasmas para aquellos que pueden verlos? ¿Por qué no puede ella regresar a la tierra si sabe que ahí hay un hombre que piensa en ella y solo a ella desea?

¿Una alucinación? ¿Cómo? Si la vi, como veo este papel sobre el que escribo; de pie, allí, iluminada por toda la luz del altar. ¿Cómo?, si oí el ruido de sus faldas, olí la fragancia de sus cabellos y levanté la cortina que se agitaba a su paso. De nuevo la perdí. Pero esta vez, mientras me precipitaba hacia la desierta calle iluminada por la luz de la luna, encontré sobre los escalones de la iglesia una rosa —la rosa que había visto en sus manos tan solo un momento antes—, la palpé, la olí. Una rosa, una rosa de verdad, de color rojo y recién cortada. La coloqué en agua en cuanto regresé, después de haberla besado quién sabe cuántas veces. La puse en lo alto del armario. Y me propuse no mirarla en veinticuatro horas, no fuera que se tratase de una ilusión. Pero debo mirarla otra vez. Tengo que… ¡Dios mío, esto es horrible, horrible! ¡Si hubiera encontrado un esqueleto no hubiera sido peor! La rosa, que anoche parecía recién cortada, llena de color y de fragancia, está marchita, seca —como algo guardado durante siglos entre las hojas de un libro— se ha deshecho como polvo entre mis dedos. ¡Horrible, horrible! Pero ¿por qué, Dios mío? ¿Acaso no sabía yo que estaba enamorado de una mujer que lleva muerta trescientos años? Si quería rosas frescas, florecidas tan solo ayer, la condesa Fiammeta o cualquier costurera de Urbania me las podía haber proporcionado. ¿Y qué si la rosa se ha convertido en polvo? Si solamente pudiera estrechar a Medea entre mis brazos como sostuve la rosa entre mis dedos y besarla como besé sus pétalos ¿no estaría también

satisfecho aunque ella se convirtiera en polvo al instante siguiente, incluso si yo mismo me convirtiera en polvo?

22 de diciembre, a las once de la noche. ¡La he visto una vez más! Casi he hablado con ella. ¿Me ha sido prometido su amor? ¡Ah, Spiridion! Tenías razón cuando pensabas que no estabas hecho para *amori* terrenales. Esta noche me he acercado a la hora acostumbrada a San Giovanni Decollato. Una luminosa noche de invierno; las elevadas casas y los campanarios recortados contra un cielo de un brillante azul intenso, tornasolado como el acero por miríadas de estrellas; la luna aún no había salido. No había luz en las ventanas; pero, tras un pequeño esfuerzo, la puerta se abrió y entré en la iglesia, con el altar, como siempre, iluminado en todo su esplendor. De ponto me asaltó la idea de que estos hombres y mujeres que estaban a mi alrededor, todos estos sacerdotes que cantaban y se movían por el altar, estaban muertos, que no existían… solo yo. Toqué, como si fuera fortuitamente, la mano de mi vecino; estaba fría, como la arcilla mojada. Se volvió, pero no pareció verme; su rostro era ceniciento, con los ojos mirando fijamente, clavados, como los de un ciego o los de un cadáver. Sentí que debía salir fuera. Pero en ese momento, mis ojos se fijaron en Ella, de pie, como de costumbre, junto a los peldaños del altar, envuelta en un manto negro, profusamente iluminada por la luz. Se volvió; la luz caía de pleno sobre su rostro, ese rostro de rasgos delicados, de labios y párpados un tanto rígidos, con la tez de alabastro ligeramente teñida de rosa suave. Nuestras miradas se cruzaron.

Me abrí camino a lo largo de la nave hacia el lugar donde estaba de pie, como de costumbre, junto a los escalones del altar; se dio la vuelta rápidamente y caminó por el pasillo; la seguí.

Una o dos veces se rezagó y creí que iba a alcanzarla; pero de nuevo, cuando no hacía ni un segundo que la puerta se había vuelto a cerrar tras ella, al salir a la calle, ya se había esfumado.

Sobre la escalinata de la iglesia había algo blanco. Esta vez no se trataba de una flor, sino de una carta, y me apresuré a volver hacia la iglesia para leerla; pero esta estaba cerrada a cal y canto, como si no se

hubiera abierto durante años. No podía ver a la luz de las parpadeantes lámparas, me apresuré a volver a casa y, al llegar, saqué la carta de mi pecho. La tengo ante mí. La caligrafía es suya; la misma que vi en los archivos, la misma de la primera carta:

«*A SPIRIDION*. —Que vuestro coraje sea igual a vuestro amor y vuestro amor será recompensado. En la noche que precede a la Navidad, tomad un hacha y una sierra; segad sin miedo el cuerpo del jinete de bronce que se encuentra en la Corte, a la izquierda, y a la altura de su grupa. Serrad hasta llegar al interior del cuerpo y dentro de él encontraréis la efigie de plata de un genio alado. Sacadla y hacedla mil pedazos que esparciréis en todas direcciones, para que los vientos los dispersen. Esa noche, aquella a quien amáis vendrá a recompensaros por vuestra fidelidad».

En el sello pardusco se lee el emblema

«AMOUR DURE - DURE AMOUR»

23 de diciembre. ¡Así que es verdad! Yo estaba destinado a algo maravilloso en este mundo. Al final he encontrado aquello por lo que mi alma ha estado penando. La ambición, el amor al arte, el amor a Italia, todas esas cosas que han estado ocupando mi espíritu y que, sin embargo, me han dejado totalmente insatisfecho, todas esas cosas no eran en realidad mi verdadero destino. He buscado la vida, ansiándola como un hombre en el desierto ansía un pozo; pero la vida de los sentidos de otros jóvenes, la vida del intelecto de otros hombres, ¡jamás ha saciado esa sed! ¿Será que la vida para mí significa amar a una mujer muerta? Solemos sonreír ante lo que denominamos supersticiones del pasado, a veces, olvidando que la ciencia de la que nos jactamos hoy puede que parezca otra superstición a los hombres del futuro. Pero ¿por qué ha de estar en lo cierto el presente y no el pasado? Los hombres que pintaron los cuadros y construyeron los palacios de hace trescientos años estaban, sin duda, hechos de una fibra tan delicada y su razonamiento era tan agudo como el nuestro, nosotros que simplemente nos dedicamos a estampar algodón y construir locomotoras. Lo que me

hace pensar esto es que he estado calculando mi natalicio con la ayuda de un antiguo libro que pertenece a Sor Asdrubale, y veo que mi horóscopo se corresponde casi exactamente con el de Medea da Carpi, tal y como está registrado por un cronista. ¿Lo explica esto todo? No, no, todo queda explicado por el hecho de que la primera vez que leí algo sobre la vida de esta mujer, la primera vez que vi su retrato, la amé, aunque escondí mi amor en aras del interés de la cultura. ¡Menudo interés cultural!

Tengo el hacha y la sierra. Le compré la sierra a un pobre carpintero de un pueblo a algunas millas de aquí: al principio no entendía lo que yo quería decir, y creo que pensó que estaba loco; tal vez sí que lo estoy. Pero si la locura significa la felicidad en la vida de uno, ¿qué hay de malo en ello? El hacha la vi abandonada en una leñera donde preparan los grandes troncos de los abetos que crecen en los Apeninos de Sant'Elmo. No había nadie en la leñera y no pude resistir la tentación. Tomé el objeto en mis manos, sentí su filo y la robé. Es la primera vez en toda mi vida que he actuado como un ladrón. ¿Por qué no entré en una tienda y compré un hacha? No lo sé; no pude resistir la tentación de su brillante hoja. Supongo que lo que voy a hacer es un acto de vandalismo. Ciertamente, no tengo derecho a destrozar la propiedad de esta ciudad de Urbania. Tampoco deseo ningún mal a la estatua ni a la ciudad. Si pudiese enyesar el bronce, lo haría de buena gana. Pero LA debo obedecer, LA debo vengar. Debo acceder a la imagen de plata que Roberto de Montemurlo hizo para que su cobarde alma pudiera dormir en paz, sin encontrarse con el alma del ser a quien más temía en este mundo. ¡Ajá! Duque Roberto, ¡tú la forzaste a morir sin penitencia e insertaste la imagen de tu espíritu en la estatua, para que mientras ella sufría las torturas del Infierno, tú pudieras descansar en paz hasta que tu bien protegida alma pudiera volar al Paraíso! ¡Tenías miedo de ella cuando ambos estuvierais muertos y te creíste muy listo al haber previsto todas las eventualidades! No es así, Serenísima Alteza, ¡tú también sabrás lo que es vagar después de muerto y encontrarse con aquel a quien has injuriado!

¡Qué día tan interminable! Pero la veré de nuevo esta noche.

Las once de la noche. No, la iglesia estaba cerrada a cal y canto. El encanto se había roto. Hasta mañana no la veré. Pero mañana… ¡Ah, Medea! ¿Os amó alguno de vuestros amantes como yo os amo?

Todavía veinticuatro horas hasta el momento de la felicidad, el momento que al parecer he estado esperando toda mi vida. Y después de eso ¿qué ocurrirá? Sí, lo veo cada vez más claro a cada minuto que pasa; después de esto, no habrá nada más. Todos los que amaron a Medea da Carpi, los que la amaron y sirvieron, murieron: Giovanfrancesco Pico, su primer esposo, al que apuñaló en el castillo antes de huir; Stimigliano, que murió envenenado; el ayuda de cámara que administró el veneno y al que mandó asesinar; Oliverotto da Narni, Marcantonio Frangipani y el pobre muchacho de los Ordelaffi que ni tan siquiera había visto su rostro y cuya única recompensa fue aquel pañuelo con el que el verdugo enjugó su rostro cuando no era más que una mata de miembros rotos y carne desgarrada; todos tenían que morir y yo moriría también.

El amor de una mujer como esa es más que suficiente, y es fatal «Amour Dure», como dice su lema. Yo también moriré. Pero ¿por qué no? ¿Acaso podría seguir viviendo para amar a otra mujer? No. ¿Podría seguir llevando la misma vida después de la felicidad de mañana? Imposible. Los otros murieron y yo también debo morir. Siempre tuve el presentimiento de que no viviría mucho tiempo. Una gitana en Polonia me dijo una vez que en la línea de mi vida había otra que la cruzaba y que eso significaba una muerte violenta. Podía haber perecido en un duelo con algún compañero de estudios, o en un accidente de ferrocarril. No, no, ¡mi muerte no será de esa clase! La muerte ¿acaso no está muerta ella también? ¡Y qué extrañas posibilidades me sugiere este pensamiento! Entonces, los otros, —Pico, el ayuda de cámara, Stimigliano, Oliverotto, Frangipani, Prinzivalle degli Ordelaffi— ¿estarán todos allí? Pero me amará a mí más que a ellos, ¡a mí, que la he amado después de haber permanecido trescientos años en la tumba!

24 de diciembre. Ya lo he arreglado todo. Hoy a las once salgo de casa. Sor Asdrubale y sus hermanas estarán profundamente dormidos.

Les he preguntado. Su miedo al reúma les impide asistir a la Misa del Gallo. Afortunadamente no hay iglesias entre la casa y la Corte. Cualesquiera que sean los movimientos que se produzcan en Nochebuena, supondrán un escape. Las habitaciones del viceprefecto están en el otro ala del palacio. El resto de la plaza está ocupada con dependencias del estado, archivos, los establos vacíos y las cocheras de palacio. Además, haré mi trabajo con rapidez.

He probado mi sierra con un sólido jarrón de bronce que compré a Sor Asdrubale. El bronce de la estatua, hueco y corroído por el óxido (incluso he encontrado algunos agujeros) no puede resistir mucho. Sobre todo, después de darle un golpe con el afilado borde del hacha. He puesto en orden todos mis papeles por deferencia al Gobierno que me ha enviado aquí. Siento haberles defraudado con mi «Historia de Urbania». Acabo de darme un largo paseo para pasar este día interminable y mitigar mi impaciencia. Se trata del día más frío que jamás hemos sufrido. El brillante sol no calienta lo más mínimo, sino que, al hacer brillar la nieve en las cimas de las montañas y al hacer que el cielo resplandezca como el acero, consigue aumentar más bien la impresión de gelidez. Las pocas personas que se aventuran a salir están enfundadas hasta las narices y llevan braseros de cerámica bajo sus abrigos. De la figura de Mercurio penden largos carámbanos. Uno se puede imaginar a los lobos descendiendo por la seca maleza y asediando esta ciudad. De alguna manera este frío me proporciona una inmensa calma y parece transportarme de nuevo a mi niñez.

Al caminar por las calles irregularmente pavimentadas, empinadas y resbaladizas por la escarcha, con la vista de las montañas nevadas contra el cielo, y al pasar por la escalinata de la iglesia, regada de boj y laurel, con ese leve aroma a incienso, me pareció recuperar —no sé por qué—, casi sentir, la sensación de aquellas Navidades de antaño, en Posen y Breslau, cuando, siendo un chiquillo, caminaba por las anchas calles mirando los escaparates donde empezaban a encenderse las velas de los árboles de Navidad, preguntándome si yo también, al volver a casa, entraría en una estancia maravillosa llena de luces luminosas, nueces doradas y cuentas de cristal. Están colgando las últimas hileras de esas

cuentas metálicas, rojas y azules, enzarzándolas a las últimas nueces doradas de los árboles de allí, en mi hogar del norte; están encendiendo las velas azules y rojas; la cera empieza a derretirse sobre la preciosa pícea de verdes ramas; los niños esperan con sus corazones palpitantes detrás de la puerta, para que les digan que el Niño Dios ha nacido. Y yo, ¿a qué estoy esperando? No lo sé: todo parece un sueño. Todo a mi alrededor es vago e insustancial, como si el tiempo se hubiera detenido, nada pudiera suceder, mis propios deseos y esperanzas estuvieran todos muertos, y yo mismo absorto en no se sabe qué pasiva tierra de ensueños. ¿Deseo que llegue la noche? ¿Lo temo? ¿Llegará alguna vez? ¿Siento algo? ¿Existe algo en torno a mí? Al sentarme me parece estar viendo aquella calle de Posen, la calle ancha con los escaparates iluminados por las luces de Navidad, con velas en las verdes ramas de los aleros que apenas rozan los escaparates.

Nochebuena, a medianoche. Lo he hecho. Me he deslizado silenciosamente. Sor Asdrubale y sus hermanas estaban profundamente dormidos. Temí haberles despertado porque el hacha se me cayó cuando pasaba por delante de la habitación principal en la que mi patrón guarda sus curiosidades para la venta. Chocó contra una vieja armadura que ha estado restaurando. Le oí lanzar una exclamación, medio en sueños. Apagué mi luz y me escondí en las escaleras. Salió de su estancia en camisón, pero, al no ver a nadie, se volvió a la cama. «Algún gato, sin duda», dijo. Cerré suavemente la puerta de la casa al salir. El cielo tenía un aspecto tormentoso, como la tarde anterior, iluminado a la luz de la luna llena, pero atravesado por vapores de color gris parduzco. A veces la luna desaparecía por completo. No había ni un alma fuera. Las lúgubres casas solo se enfrentaban a la luz de la luna.

No sé por qué di un rodeo hasta la Corte, pasando por delante de la puerta de una o dos iglesias, por las que salía el débil resplandor de la Misa del Gallo. Por un momento, sentí la tentación de entrar en una de ellas, pero algo parecía detenerme. Me llegaron retazos de Himnos de Navidad. Me di cuenta de que estaba muy tranquilo y me apresuré hacia la Plaza de la Corte. Al pasar delante del Pórtico de San Francesco, oí

pasos detrás de mí. Parecía como si me siguieran. Me detuve para dejar pasar a la otra persona. Al acercárseme, aminoró el paso. Cruzó muy cerca de mí y murmuró: «No vayáis: soy Giovanfrancesco Pico». Me di la vuelta pero había desaparecido. Un gran frío se apoderó de mí, pero continué mi camino.

Detrás del ábside de la catedral, en una estrecha calleja, vi a un hombre apoyado en una pared. La luz de la luna le iluminaba plenamente. Me pareció que su rostro, adornado con una barba puntiaguda, estaba bañado en sangre. Aceleré el paso, pero al pasar junto a él, me dijo: «No la obedezcáis; volved a casa: soy Marcantonio Frangipani». Me castañetearon los dientes, pero me adentré en la estrecha callejuela, con la azulada luz de la luna proyectada sobre las blancas murallas.

Por fin vi la Corte delante de mí. La plaza estaba inundada por la luz de la luna, las ventanas de palacio parecían brillantemente iluminadas y la estatua del duque Roberto, con un brillo verduzco, parecía avanzar hacia mí sobre su caballo. Me interné en la sombra. Tenía que pasar debajo de un arco. Había allí una figura que sobresalía de la muralla y me cerraba el paso con su brazo extendido y enfundado en una capa. Intenté pasar. Me cogió por el brazo y su contacto se me antojó glacial. «No pasaréis», gritó, y al salir de nuevo la luna, vi su rostro de una blancura espectral, cubierto con un pañuelo bordado. Parecía un niño. «¡No pasaréis!», gritó, «¡No la poseeréis! ¡Es mía y solo mía! ¡Soy Prinzivalle degli Ordelaffi!». Sentí su gélido contacto, pero con mi otro brazo di ciegos golpes con el hacha, que llevaba bajo la capa. El hacha se clavó en la pared y sonó contra la piedra. Se había esfumado.

Me di prisa. En efecto. Seccioné el bronce. Lo serré haciendo una gran ranura. Saqué la imagen de plata y la hice mil pedazos. Esparcí los últimos fragmentos en torno mío y, entonces, la luna, se ocultó de repente. Se levantó un gran vendaval que rugía por toda la plaza. Me pareció como si la tierra se agitara. Arrojé el hacha y la sierra y fui corriendo a casa. Me sentí perseguido, como si me acosasen cientos de jinetes invisibles.

Ahora estoy tranquilo. Es medianoche, ¡un minuto más y ella estará aquí! ¡Paciencia, corazón! Lo oigo latir, espero que nadie acuse al pobre Sor Asdrubale. Escribiré una carta a las autoridades proclamando su inocencia por si algo me sucediera… ¡La una! El reloj de palacio acaba de dar… «Por la presente certifico que, si algo me sucediera esta noche, a mí, Spiridion Trepka, nadie, sino yo mismo, ha de ser considerado…». ¡Pasos en la escalera! ¡Es ella! ¡Por fin, Medea, Medea! ¡Ah! ¡AMOUR DURE - DURE AMOUR!

NOTA.— *Aquí acaba el diario del difunto Spiridion Trepka. Los principales periódicos de Umbría han informado al público que en la mañana de la Navidad del año 1885, la estatua ecuestre de bronce de Roberto II ha aparecido brutalmente mutilada y que el profesor Spiridion Trepka de Posen, en el Imperio Germánico, ha sido descubierto muerto, de una puñalada en el corazón, a manos de desconocidos*.

CHICKAMAUGA[26]

Ambrose Bierce

(Chickamauga, 1891)

Los efectos macabros son la especialidad del americano Ambrose Bierce (1842-1913) a la hora de representar los horrores de la Guerra de Secesión (Historias de soldados). Este quizá no es un cuento fantástico: es la descripción documental de un campo de batalla después de un combate sangriento, pero el distanciamiento de la mirada que lo contempla confiere a las imágenes una transfiguración visionaria. La atmósfera fantástica nace del silencio que circunda todo lo que el cuento nos hace ver, aunque también por el silencio haya una explicación de ello.

EN una tarde soleada de otoño, un niño perdido en el campo, lejos de su rústica vivienda, entró en un bosque sin ser visto. Sentía la nueva felicidad de escapar a toda vigilancia, de andar y explorar a la ventura, porque su espíritu, en el cuerpo de sus antepasados, y durante miles y miles de años, estaba habituado a cumplir hazañas memorables en descubrimientos y conquistas: victorias en batallas cuyos momentos críticos eran centurias, cuyos campamentos triunfales eran ciudades talladas en peñascos. Desde la cuna de su raza, ese espíritu había logrado abrirse camino a través de dos continentes y después, franqueando el ancho mar, había penetrado en un tercero donde recibió como herencia la guerra y el poder.

Era un niño de seis años, hijo de un pobre plantador. Este, durante su primera juventud, había sido soldado, había luchado contra salvajes desnudos, había seguido la bandera de su país hasta la capital de una raza civilizada en el extremo sur. Pero en la existencia apacible del plantador, la llama de la guerra había sobrevivido; una vez encendida, nunca se apagó. El hombre amaba los libros y las estampas militares, y el niño las

había comprendido lo bastante para hacerse un sable de madera que el padre mismo, sin embargo, no hubiera reconocido como tal. Ahora llevaba este sable con gallardía, como conviene al hijo de una raza heroica, y se paraba de tiempo en tiempo en los claros soleados del bosque para asumir, exagerándolas, las actitudes de agresión y defensa que le fueron enseñadas por aquellas estampas. Enardecido por la facilidad con que echaba por tierra a enemigos invisibles que intentaban detenerlo, cometió el error táctico, bastante frecuente, de proseguir su avance hasta un extremo peligroso, y se encontró por fin al borde de un arroyo, ancho pero poco profundo, cuyas rápidas aguas le impidieron continuar adelante, a la caza de un enemigo derrotado que acaba de cruzarlo con ilógica facilidad. Pero el intrépido guerrero no iba a dejarse amilanar; el espíritu de la raza que había franqueado el ancho mar ardía, invencible, dentro de aquel pecho menudo, y no era sencillo sofocarlo. En el lecho del río descubrió un lugar donde había algunos cantos rodados, espaciados a un paso o a un brinco de distancia; gracias a ellos pudo atravesarlo, cayó de nuevo sobre la retaguardia de sus enemigos imaginarios, y los pasó a todos a cuchillo.

Ahora, una vez ganada la batalla, la prudencia exigía que se replegara sobre la base de sus operaciones. ¡Ay!, como tantos otros conquistadores más grandes que él, como el más grande de todos, no podía…

ni refrenar su sed de guerra,
ni comprender que el más afortunado
no puede tentar al Destino.

De pronto, mientras avanzaba desde la orilla, se encontró frente a un nuevo y formidable adversario. A la vuelta de un sendero, con las orejas tiesas y las patas delanteras colgantes, muy erguido, estaba sentado un conejo. El niño lanzó una exclamación de asombro, dio media vuelta y escapó sin saber qué dirección tomaba, llamando a su madre con gritos inarticulados, llorando, tropezando, con su tierna piel cruelmente desgarrada por las zarzas, su corazoncito palpitando de terror, sin

aliento, enceguecido por las lágrimas, perdido en el bosque. Después, durante más de una hora, sus pies vagabundos lo llevaron a través de malezas inextricables, y por fin, rendido de cansancio, se acostó en un estrecho espacio entre dos rocas a pocas yardas del río. Allí, sin dejar de apretar su sable de madera, que no era ya para él un arma sino un compañero, se durmió a fuerza de sollozos. Encima de su cabeza, los pájaros del bosque cantaban alegremente; las ardillas, castigando el aire con el esplendor de sus colas, chillaban y corrían de árbol en árbol, ignorando al niño lastimero; y en alguna parte, muy lejos, gruñía un trueno, extraño y sordo, como si las perdices redoblaran para celebrar la victoria de la naturaleza sobre el hijo de aquellos que, desde tiempos inmemoriales, la han reducido a la esclavitud. Y del otro lado, en la pequeña plantación, donde hombres blancos y negros llenos de alarma buscaban febrilmente en los campos y los cercos, una madre tenía el corazón destrozado por la desaparición de su hijo.

Pasaron las horas, y el pequeño durmiente se levantó. La frescura de la tarde transía sus miembros; el temor a las tinieblas, su corazón. Pero había descansado y no lloraba más. Impulsado a obrar por un impulso ciego, se abrió camino a través de las malezas que lo rodeaban hasta llegar a un terreno más abierto: a su derecha, el arroyo; a su izquierda, una suave pendiente con unos pocos árboles; arriba, las sombras cada vez más densas del crepúsculo. Una niebla tenue, espectral, a lo largo del agua, le inspiró miedo y repugnancia; en lugar de atravesar el arroyo por segunda vez en la dirección en que había venido, le dio la espalda y avanzó hacia el bosque sombrío que lo cercaba. Súbitamente, ante sus ojos, vio desplazarse un objeto extraño que tomó al principio por un enorme animal: perro, cerdo, no lo sabía; quizá fuera un oso. Había visto imágenes de osos y, no conociendo nada en su descrédito, había deseado vagamente encontrar uno. Pero algo en la forma o en el movimiento de aquel objeto, algo torpe en su andar, le dijo que no era un oso; el miedo refrenó la curiosidad, y el niño se detuvo. Sin embargo, a medida que la extraña criatura avanzaba con lentitud, aumentó su coraje porque advirtió que no tenía, al menos, las orejas largas, amenazadoras, del conejo. Quizá su espíritu impresionable era consciente a medias de algo

familiar en ese andar vacilante, ingrato. Antes de que se hubiera acercado lo suficiente para disipar sus dudas, vio que la criatura era seguida por otra y otra y otra. Y había muchas más a derecha e izquierda: el campo abierto que lo rodeaba hormigueaba de aquellos seres, y todos avanzaban hacia el arroyo.

Eran hombres. Trepaban con las manos y las rodillas. Algunos solo usaban las manos, arrastrando las piernas; otros solo las rodillas, y los brazos colgaban, inútiles, de cada lado. Trataban de ponerse en pie, pero se abatían en el curso de su esfuerzo, el rostro contra la tierra. Nada hacían normalmente, nada hacían de igual manera, salvo esa progresión pie por pie en el mismo sentido. De uno en uno, de dos en dos, en pequeños grupos, continuaban avanzando en la penumbra; a veces, algunos hacían un alto, otros se les adelantaban, arrastrándose con lentitud, y aquellos, entonces, reanudaban el movimiento. Llegaban por docenas y por centenares; se extendían a derecha e izquierda hasta donde podía escrutarse en la oscuridad creciente, y el bosque negro detrás de ellos parecía interminable. El suelo mismo parecía desplazarse hacia el arroyo. De tiempo en tiempo, uno de aquellos que habían hecho un alto no reanudaba su camino y yacía inmóvil: estaba muerto. Algunos se detenían y gesticulaban de manera extraña: levantaban los brazos y los dejaban caer de nuevo, se tomaban la cabeza con ambas manos, extendían sus palmas hacia el cielo como hacen ciertos hombres durante las plegarias que dicen en común.

El niño no reparó en todos estos detalles que solo hubiera podido advertir un espectador de más edad. Solo vio una cosa: eran hombres, y sin embargo, se arrastraban como niñitos. Eran hombres; nada tenían pues de terrible, aunque algunos llevaran vestimentas que desconocía. Caminó libremente en medio de ellos, mirándolos de cerca con infantil curiosidad. Los rostros de todos eran singularmente pálidos; muchos estaban cubiertos de rastros y gotas rojas. Esto, unido a sus actitudes grotescas, le recordó al payaso pintarrajeado que había visto en el circo el verano anterior, y se puso a reír al contemplarlos. Pero esos hombres mutilados y sanguinolentos no dejaban de avanzar, sin advertir, al igual que el niño, el dramático contraste entre la risa de este y su propia y

horrible gravedad. Para el niño era un espectáculo cómico. Había visto a los negros de su padre arrastrarse sobre las manos y las rodillas para divertirlo: en esta posición los había montado, «haciendo creer» que los tomaba por caballos. Y entonces, se aproximó por detrás a una de esas formas rampantes, y después, con un ágil movimiento, se le sentó a horcajadas. El hombre se desplomó sobre el pecho, recuperó el equilibrio furiosamente, hizo caer redondo al niño como hubiera podido hacerlo un potrillo salvaje y después volvió hacia él un rostro al que le faltaba la mandíbula inferior; de los dientes superiores a la garganta, se abría un gran hueco rojo franqueado de pedazos de carne colgante y de esquirlas de hueso. El saliente monstruoso de la nariz, la falta de mentón, los ojos montaraces, daban al herido el aspecto de un gran pájaro rapaz con el cuello y el pecho enrojecidos por la sangre de su presa. El hombre se incorporó sobre las rodillas. El niño se puso de pie. El hombre lo amenazó con el puño. El niño, por fin aterrorizado, corrió hasta un árbol próximo, se guareció detrás del tronco, y después encaró la situación con mayor seriedad. Y la siniestra multitud continuaba arrastrándose, lenta, dolorosa, en una lúgubre pantomima, bajando la pendiente como un hormigueo de escarabajos negros, sin hacer jamás el menor ruido, en un silencio profundo, absoluto.

En vez de oscurecerse, el hechizado paisaje comenzó a iluminarse. Más allá del arroyo, a través de la cintura de árboles, brillaba una extraña luz roja sobre la cual se destacaba el negro encaje de las ramas; golpeaba las siluetas rampantes y proyectaba sobre ellas monstruosas sombras que caricaturizaban sus movimientos en la hierba iluminada; caía en sus rostros, teñía su palidez de un color bermellón, acentuando las manchas que distorsionaban y maculaban a tantos de ellos, y centelleaba sobre los botones y las partes metálicas de sus ropas. Por instinto, el niño se volvió hacia aquel resplandor siempre creciente, y bajó la colina con sus horribles compañeros; en pocos instantes, había pasado al primero de la multitud, hazaña fácil dada su manifiesta superioridad sobre todos. Se colocó a la cabeza, el sable de madera siempre en la mano, y dirigió la marcha, adaptando su andar al de ellos, solemne, volviéndose de vez en

cuando para verificar si sus fuerzas no quedaban atrás. A buen seguro, nunca un jefe tuvo semejante séquito.

Esparcidos por el terreno que enangostaba lentamente aquella marcha atroz de la multitud hacia el agua, había algunos objetos que no provocaban ninguna asociación de ideas significativas en el espíritu del jefe: en algunos lugares, una manta enrollada a lo largo, con las dos puntas atadas por una cuerda; aquí, una pesada mochila de soldado; allá, un fusil roto; en suma, esos desechos que se encuentran en la retaguardia de las tropas en retirada, jalonando la pista de los vencidos que han huido de sus perseguidores. En todos lados, junto al arroyo, bordeado en aquel sitio por tierras bajas, el suelo había sido hollado y transformado en lodo por los pies de los hombres y los cascos de los caballos. Un observador más experimentado habría advertido que esas huellas iban en ambas direcciones; dos veces habían pasado por el terreno: avanzando, retrocediendo. Algunas horas antes, aquellos heridos sin esperanza habían penetrado en el bosque por millares, en compañía de sus camaradas más felices, muy lejos ahora. Sus batallones sucesivos, dispersándose en enjambres y reformándose en líneas, habían desfilado junto al niño dormido, por poco lo habían pisoteado en su sueño. El ruido y el murmullo de su marcha no lo habían despertado. Casi a la distancia de un hondazo del lugar en que estaba acostado, habían librado batalla; pero el niño no había oído el estruendo de los fusiles, el estampido de los cañones, «la voz tonante de los capitanes y los clamores». Había dormido durante casi todo el combate, apretando contra su pecho el sable de madera, quizá por inconsciente simpatía hacia el conjunto marcial que lo rodeaba, pero tan insensible a la magnificencia de la lucha como los caídos que allí habían muerto para hacerla gloriosa.

Más allá de los árboles, del otro lado del arroyo, ahora el fuego se reflejaba sobre la tierra desde lo alto de su bóveda de humo y bañaba todo el paisaje, transformando en vapor dorado la línea sinuosa de la niebla. Sobre el agua brillaban anchas manchas rojas, y rojas eran igualmente casi todas las piedras que emergían. Pero sobre aquellas piedras había sangre: los heridos menos graves las habían maculado al pasar. Gracias a ellas, también, el niño cruzó el arroyo a paso rápido; iba

hacia el fuego. Una vez en la otra orilla, se volvió para mirar a sus compañeros de marcha. La vanguardia llegaba al arroyo. Los más vigorosos se habían arrastrado hasta el borde y habían hundido el rostro en el agua. Tres o cuatro, que yacían inmóviles, parecían no tener ya cabeza. Ante ese espectáculo, los ojos del niño se dilataron de asombro; por hospitalario que fuera su espíritu, no podía aceptar un fenómeno que implicara pareja vitalidad. Después de haber abrevado su sed, aquellos hombres no habían tenido fuerzas para retroceder ni mantener sus cabezas por encima del agua: se habían ahogado. Detrás de ellos, los claros del bosque permitieron ver al jefe, como al principio de su marcha, innumerables e informes siluetas. Pero no todas se movían. El niño agitó su gorra para animarlas y, sonriendo, señaló con el sable de madera en dirección a la claridad que lo guiaba, columna de fuego de aquel extraño éxodo.

Confiando en la fidelidad de sus compañeros, penetró en la cintura de árboles, la franqueó fácilmente a la luz roja, escaló una empalizada, atravesó corriendo un campo, volviéndose de tiempo en tiempo para coquetear con su obediente sombra, y de tal modo se aproximó a las ruinas de una casa en llamas. Por doquiera, la desolación. A la luz del inmenso brasero, no se veía un ser viviente. No se preocupó por ello. El espectáculo le gustaba y se puso a bailar de alegría como bailaban las llamas vacilantes. Corrió aquí y allá para recoger combustible, pero todos los objetos que encontraba eran demasiado pesados y no podía arrojarlos al fuego, dada la distancia que le imponía el calor. Desesperado, lanzó su sable a la hoguera: se rendía ante las fuerzas superiores de la naturaleza. Su carrera militar había terminado.

Como cambiara de lugar, detuvo la mirada en algunas dependencias cuyo aspecto era extrañamente familiar: tenía la impresión de haber soñado con ellas. Se puso a reflexionar, sorprendido, y de pronto la plantación entera, con el bosque que la rodeaba, pareció girar sobre su eje. Vaciló su pequeño universo, se trastocó el orden de los puntos cardinales. ¡En los edificios en llamas reconoció su propia casa!

Durante un instante quedó estupefacto por la brutal revelación. Después se puso a correr en torno a las ruinas. Allí, plenamente visible a

la luz del incendio, yacía el cadáver de una mujer: el rostro pálido vuelto al cielo, las manos extendidas, agarrotadas y llenas de hierba, las ropas en desorden, el largo pelo negro, enmarañado, cubierto de sangre coagulada; le faltaba la mayor parte de la frente, y del agujero desgarrado salía el cerebro que desbordaba sobre las sienes, masa gris y espumosa coronada de racimos escarlata —la obra de un obús.

El niño hizo ademanes salvajes e inciertos. Lanzó gritos inarticulados, indescriptibles, que hacían pensar en los chillidos de un mono y en los cloqueos de un ganso, sonido atroz, sin alma —maldito lenguaje del demonio—. El niño era sordomudo.

Después permaneció inmóvil, los labios temblorosos, los ojos fijos en las ruinas.

LOS AGUJEROS DE LA MASCARA

Jean Lorrain

(Les trous du masque, 1895)

De Jean Lorrain (1855-1906), escritor maldito del París fin-de-siècle *(homosexual y drogadicto —consumía éter— en una época en la que la ostentación de estas costumbres resultaba bastante más escandalosa que hoy), este cuento sobre las máscaras y la nada tiene una fuerza de pesadilla poco común, sobre todo porque el narrador llega a contemplar su propia desaparición.*

De *Cuentos de un bebedor de éter*

El encanto del horror solo tienta a los fuertes.

A Marcel Schwob.

I

—QUIERE usted verlo —me había dicho mi amigo De Jacquels—, sea, consiga un dominó y un antifaz, un dominó elegante, de satén negro, cálcese unos escarpines, y, por esta vez, medias de seda negra también, y espéreme en su casa el martes hacia las diez y media; iré a buscarle.

El martes siguiente, envuelto en los susurrantes pliegues de una larga esclavina, con una máscara de terciopelo con barba de satén sujeta detrás de las orejas, esperaba a mi amigo De Jacquels en mi piso de soltero de la calle Taitbout, calentando mis pies a la vez ateridos e irritados bajo el contacto desacostumbrado de la seda, en las brasas del hogar; fuera, las bocinas y los gritos exasperantes de una noche de carnaval llegaban confusos desde el bulevar.

Resultaba extraño, e incluso pensándolo bien, inquietante a la larga, aquella solitaria velada de un enmascarado recostado en un sillón, en el claroscuro de un piso bajo atestado de objetos, aislado por los tapices, con la llama alta de una lámpara de petróleo y el vacilar de dos largas velas blancas, esbeltas, como funerarias, reflejadas en los espejos colgados del muro ¡y De Jacquels no llegaba! Los gritos de las máscaras que estallaban a lo lejos agravaban aún más la hostilidad del silencio; las dos velas ardían tan derechas que, inesperadamente y presa de impaciencia, turbado delante de aquellas tres luces, me levanté para apagar una.

En ese momento se separó una de las cortinas y entró De Jacquels.

¿De Jacquels? No había oído llamar a la puerta, ni tampoco abrir. ¿Cómo había entrado en mi apartamento? He pensado a menudo en ello después; en fin, De Jacquels estaba allí delante de mí; ¿De Jacquels? Es decir un largo dominó, una forma grande, sombría, velada y enmascarada como yo:

—¿Está usted listo? —preguntaba su voz que no reconocí de tan alterada como estaba—. Mi coche está aquí, nos vamos.

Su coche, no lo había oído ni rodar ni detenerse ante mis ventanas. ¿A qué pesadilla, sombra y misterio había empezado a descender?

—Es su capucha la que tapona sus oídos; usted no está acostumbrado a la máscara —pensaba en voz alta De Jacquels, que había penetrado mi silencio—: Tenía pues, aquella noche, el poder de adivinar, y levantando mi dominó se aseguraba de la finura de mis medias de seda y de mi ligero calzado.

Aquel gesto me tranquilizó, era De Jacquels y no otro quien hablaba bajo el dominó. Cualquier otro no hubiera tenido en cuenta la recomendación que De Jacquels me había hecho hacía una semana.

—Bien, nos vamos —ordenaba su voz, y, en un susurro de seda y satén que se roza, nos hundimos en la puerta cochera, semejantes, me parece, a dos enormes murciélagos, con el vuelo de nuestras esclavinas, repentinamente levantadas por encima de los dominós.

¿De dónde venía aquel gran viento, aquel soplo desconocido? ¡La temperatura de aquella noche de carnaval era a la vez tan húmeda y

blanda!

II

¿Hacia dónde rodábamos ahora, hundidos en la sombra de un coche de caballos extraordinariamente silencioso, cuyas ruedas no despertaban más ruido que los cascos del caballo en el pavimento de madera de las calles y el macadán de las avenidas desiertas?

¿Hacia dónde íbamos a lo largo de muelles y orillas desconocidas, iluminados apenas aquí y allá por la luz borrosa de una vieja farola? Desde hacía ya tiempo, habíamos perdido de vista la fantástica silueta de Nôtre-Dame, perfilándose al otro lado del río en un cielo de plomo. El Quai de Saint Michel, el Quai de la Tournelle, el Quai de Bercy incluso, estábamos lejos de la Opera, de las calles Drouot, Le Peletier, y del centro. Ni siquiera íbamos a Bullier, donde los vicios vergonzosos se dan cita y, evadiéndose bajo la máscara se arremolinan casi demoníacos y cínicamente confesados la noche de carnaval; y mi compañero callaba.

Al borde de aquel Sena taciturno y pálido, bajo los puentes cada vez más escasos, a lo largo de aquellos muelles planeados de grandes árboles delgados de ramas separadas bajo el cielo lívido como dedos de muerto, me sobrecogía un miedo irracional, un miedo agravado por el implacable silencio de De Jacquels; llegué a dudar de su presencia y a creerme junto a un desconocido. La mano de mi compañero había cogido la mía, y aunque blanda y sin fuerza, la tenía sujeta en un torno que me trituraba los dedos… Aquella mano de poder y de voluntad me clavaba las palabras en la garganta, y sentía bajo su opresión fundirse y deshacerse en mí toda veleidad de rebelión; rodábamos ahora fuera de las fortificaciones y por grandes carreteras bordeadas de hayas y de lúgubres tenderetes de vendedores de vino, merenderos de las afueras cerrados hacía tiempo; desfilábamos bajo la luna, que por fin acababa de perfilar una masa flotante de nubes, y parecía derramar sobre aquel equívoco paisaje de las afueras una capa granizante de sal; en ese instante me pareció que los cascos de los caballos sonaban en el terraplén de la

carretera, y que las ruedas del coche, dejando de ser fantasmas, chirriaban en la grava y en los guijarros del camino.

—Aquí es —murmuraba la voz de mi compañero—, hemos llegado, podemos bajar. Y como yo balbucía un tímido:

—¿Dónde estamos?

—En la Barrera de Italia, fuera de las fortificaciones. Hemos cogido el camino más largo, pero el más seguro, volveremos por otro mañana por la mañana.

Los caballos se detuvieron, y De Jacquels me soltaba para abrir la puerta y tenderme la mano.

III

Una gran sala, muy alta, de paredes revocadas con cal, contraventanas interiores herméticamente cerradas, a lo largo de toda la estancia, mesas con cubiletes de hojalata blanca sujetos con cadenas. Al fondo, sobre una elevación de tres escalones, la barra de cinc, atestada de licores y de botellas con etiquetas coloreadas de legendarias marcas de vinos; allí dentro silbaba el gas alto y claro: la sala, en suma, si no más espaciosa y más limpia, de un tabernero de las afueras con una buena clientela, cuyo negocio iba bien.

—Sobre todo, ni una palabra a quien quiera que sea. No hable a nadie, ni siquiera conteste. Verían que no somos de los suyos, y podríamos pasar un mal rato. A mí, me conocen —y De Jacquels me empujaba hacia la sala.

Algunos enmascarados bebían, diseminados. Al entrar, el dueño del establecimiento se levantaba, y, pesadamente, arrastrando los pies, venía hacia nosotros, como para impedirnos el paso; sin una palabra, De Jacquels levantaba el bajo de nuestros dominós y le mostraba nuestros pies calzados con finos escarpines: era sin duda el *¡Sésamo, ábrete!*, de aquel extraño establecimiento. El patrón se volvía pesadamente a la barra y me di cuenta, cosa extraña, de que él también llevaba una máscara, pero de un tosco cartón, burlescamente pintado, imitando un rostro humano.

Los dos camareros, dos colosos con las mangas de la camisa arremangadas sobre bíceps de luchador, deambulaban en silencio, invisibles, ellos también, bajo la misma espantosa máscara.

Los escasos disfrazados que bebían sentados en las mesas llevaban máscaras de terciopelo y de satén. Salvo un enorme coracero de uniforme, una especie de truco de mandíbula pesada y bigote rojizo, sentado junto a dos elegantes dominós de seda malva y que bebía con la cara descubierta, los ojos azules ya vagos, ninguno de los seres que allí se encontraban tenía rostro humano. En un rincón, dos grandes figuras con blusas y tocadas con gorras de terciopelo, enmascaradas de satén negro, resultaban intrigantes por su sospechosa elegancia, pues su blusa era de seda azul pálido, y del bajo de sus pantalones demasiado nuevos asomaban finos pies de mujer enguantados de seda y calzados con escarpines; y, como hipnotizado, contemplaría aún aquel espectáculo si De Jacquels no me hubiera arrastrado al fondo de la sala hacia una puerta acristalada, cerrada por una roja cortina. *Entrada al baile*, estaba escrito sobre la puerta con letra historiada de aprendiz de pintura; un guardia municipal hacía guardia junto a ella. Era, al menos, una garantía; pero, al pasar y chocar con su mano me di cuenta de que era de cera, de cera como su cara rosa erizada de bigotes postizos, y tuve la horrible certeza de que el único ser cuya presencia me habría tranquilizado en aquel lugar de misterio era un simple maniquí…

IV

Cuántas horas hacía que erraba solo en medio de máscaras silenciosas en aquel hangar abovedado como una iglesia, y era una iglesia, en efecto; una iglesia abandonada y secularizada era aquella amplia sala de ventanas ojivales, la mayoría medio tapiadas, entre sus columnas adornadas y encaladas con una espesa capa amarillenta donde se hundían las flores esculpidas de los capiteles.

¡Extraño baile en el que no se bailaba y en el que no había orquesta! De Jacquels había desaparecido, y estaba solo, abandonado en medio de aquella muchedumbre desconocida. Una vieja araña de hierro forjado

llameaba alta y clara suspendida en la bóveda, iluminando las losas polvorientas, algunas de las cuales, ennegrecidas por las inscripciones, cubrían quizá tumbas; al fondo, en el lugar donde ciertamente debía reinar el altar, se encontraban a media altura en el muro pesebres y comederos, y en los rincones había apilados arreos y ronzales olvidados: el salón de baile era una cuadra. Aquí y allá grandes espejos de peluquería enmarcados con papel dorado se devolvían de uno a otro el silencioso paseo de las máscaras, es decir, ya no se lo devolvían, pues todos se habían sentado ahora alineados, inmóviles, a ambos lados de la vieja iglesia, sepultados hasta los hombros en las viejas sillas del coro.

Permanecían allí, mudos, sin un gesto, como alejados en el misterio bajo largas cogullas de paño plateado, de una plata mate, de reflejo muerto; pues ya no había ni dominós, ni blusas de seda azul, ni Colombinas, ni Pierrots, ni disfraces grotescos; pero todas aquellas máscaras eran semejantes, enfundadas en el mismo traje verde, de un verde descolorido, como sulfatado de oro, con grandes mangas negras, y todas encapuchadas de verde oscuro con los dos agujeros para los ojos de su cogulla de plata en el vacío de la capucha.

Se hubiera dicho rostros calizos de leprosos de los antiguos lazaretos; y sus manos enguantadas de negro erigían un largo tallo de lis negro de pálidas hojas, y sus capuchas, como la de Dante, estaban coronadas de flores de lis negras.

Y todas aquellas cogullas callaban en una inmovilidad de espectros y, sobre sus fúnebres coronas, la ojiva de las ventanas recortándose en claro sobre el cielo blanco de luna, las cubría con una mitra transparente.

Sentía hundirse mi razón en el espanto; ¡lo sobrenatural me envolvía! ¡La rigidez, el silencio de todos aquellos seres con máscaras! ¿Qué eran? ¡Un minuto más de incertidumbre y sería la locura! No aguantaba más y, con la mano crispada de angustia, avanzando hacia una de las máscaras, levanté bruscamente su cogulla.

¡Horror! ¡No había nada, nada! Mis ojos despavoridos solo encontraban el hueco de la capucha; el traje, la esclavina, estaban vacíos. Aquel ser que vivía solo era sombra y nada.

Loco de terror, arranqué la cogulla del enmascarado sentado en la silla vecina: la capucha de terciopelo verde estaba vacía, vacía la capucha de las otras máscaras sentadas a lo largo del muro. Todos tenían rostros de sombra, todos eran la nada.

Y el gas llameaba más fuerte, casi silbando en la alta sala; a través de los cristales rotos de las ojivas, el claro de luna deslumbraba, casi cegador; entonces, un horror me sobrecogía en medio de todos aquellos seres huecos, de vana apariencia de espectro, una horrible duda me oprimió el corazón ante todas aquellas máscaras vacías.

¡Si yo también era semejante a ellos, si yo también había dejado de existir y si bajo mi máscara no había nada, solo la nada! Corrí ante uno de los espejos. Un ser de sueño se erigía ante mí, encapuchado de verde oscuro, coronado de flores de lis negras, enmascarado de plata. Y aquel enmascarado era yo, pues reconocí mi gesto en la mano que levantaba la cogulla y, boquiabierto de espanto, lanzaba un enorme grito, pues no había nada bajo la máscara de tela plateada, nada bajo el óvalo de la capucha, solo el hueco de tela redondeada sobre el vacío: estaba muerto y yo…

—Y tú has vuelto a beber éter —gruñía en mi oído la voz de De Jacquels—. ¡Curiosa idea para distraer tu aburrimiento mientras me esperabas!

Me encontraba tumbado en medio de mi habitación, el cuerpo en la alfombra, la cabeza apoyada en el sillón, y De Jacquels, vestido de gala bajo una túnica de monje daba órdenes a mi atolondrado ayuda de cámara, mientras las dos velas encendidas, llegado su fin, hacían estallar sus arandelas y me despertaban… ¡Por fin!

EL DIABLO DE LA BOTELLA

Robert Louis Stevenson

(The Bottle Imp, 1893)

La famosa historia de la botella que tiene en su interior un diablo capaz de hacer realidad todo deseo, fue contada por Stevenson a los indígenas de Samoa y como tal figura en el volumen Los entretenimientos de las noches de la isla. Pero Stevenson no había hecho más que ambientar en los Mares del Sur una vieja leyenda escocesa. Esto en lo que se refiere a la fuente temática; en cuanto al resultado literario, The Bottle Imp es una obra maestra del arte narrativo. La trama se desarrolla con una exactitud matemática, abstracta. Aquí lo sobrenatural también se ha reducido al mínimo: la angustia está por completo en la conciencia y se materializa en una simple botella en cuyo interior apenas se percibe una forma blanquecina.

Sobre el valor auténtico de Robert Louis Stevenson (1850-1894) no todos los juicios están de acuerdo. Hay quien lo considera un escritor menor y quien reconoce en él a uno de los grandes. Mi parecer coincide con lo segundo: por la nitidez limpia y ligera de su estilo, pero también por el núcleo moral de todas sus narraciones. En este cuento es la moral del límite humano la que tiene una rica y modulada representación fantástica.

HABÍA un hombre en la isla de Hawaii al que llamaré Keawe; porque la verdad es que aún vive y que su nombre debe permanecer secreto; pero su lugar de nacimiento no estaba lejos de Honaunau, donde los huesos de Keawe el Grande yacen escondidos en una cueva. Este hombre era pobre, valiente y activo; leía y escribía tan bien como un maestro de escuela; además era un marinero de primera clase que había trabajado durante algún tiempo en los vapores de la isla y pilotado un ballenero en la costa de Hamakua. Finalmente, a Keawe se le ocurrió que le gustaría

ver el gran mundo y las ciudades extranjeras y se embarcó con rumbo a San Francisco.

San Francisco es una hermosa ciudad, con un excelente puerto y muchas personas adineradas; y, más en concreto, existe en esa ciudad una colina que está cubierta de palacios. Un día, Keawe se paseaba por esta colina con mucho dinero en el bolsillo, contemplando con evidente placer las elegantes casas que se alzaban a ambos lados de la calle. «¡Qué casas tan buenas!», iba pensando, «y ¡qué felices deben de ser las personas que viven en ellas, que no necesitan preocuparse del mañana!». Seguía aún reflexionando sobre esto cuando llegó a la altura de una casa más pequeña que algunas de las otras, pero muy bien acabada y tan bonita como un juguete; los escalones de la entrada brillaban como plata, los bordes del jardín florecían como guirnaldas y las ventanas resplandecían como diamantes. Keawe se detuvo, maravillándose de la excelencia de todo. Al pararse, se dio cuenta de que un hombre le estaba mirando a través de una ventana tan transparente que Keawe lo veía como se ve a un pez en una cala junto a los arrecifes. Era un hombre maduro, calvo y de barba negra; su rostro tenía una expresión pesarosa y suspiraba amargamente. Lo cierto es que mientras Keawe contemplaba al hombre y el hombre observaba a Keawe, cada uno de ellos envidiaba al otro.

De repente, el hombre sonrió moviendo la cabeza, hizo un gesto a Keawe para que entrara y se reunió con él en la puerta de la casa.

—Es muy hermosa esta casa mía —dijo el hombre, suspirando amargamente—. ¿No le gustaría ver las habitaciones?

Y así fue como Keawe recorrió con él la casa, desde el sótano hasta el tejado; todo lo que había en ella era perfecto en su estilo y Keawe manifestó su gran admiración.

—Esta casa —dijo Keawe— es en verdad muy hermosa; si yo viviera en otra parecida, me pasaría el día riendo. ¿Cómo es posible, entonces, que no haga usted más que suspirar?

—No hay ninguna razón —dijo el hombre—, para que no tenga una casa en todo semejante a esta, y aún más hermosa, si así lo desea. Posee usted algún dinero, ¿no es cierto?

—Tengo cincuenta dólares —dijo Keawe—, pero una casa como esta costará más de cincuenta dólares.

El hombre hizo un cálculo.

—Siento que no tenga más —dijo—, porque eso podría causarle problemas en el futuro, pero será suya por cincuenta dólares.

—¿La casa? —preguntó Keawe.

—No, la casa no —replicó el hombre—; la botella. Porque debo decirle que aunque le parezca una persona muy rica y afortunada, todo lo que poseo, y esta casa misma y el jardín, proceden de una botella en la que no cabe mucho más de una pinta.

Y abriendo un mueble cerrado con llave, sacó una botella de panza redonda con un cuello muy largo; el cristal era de un color blanco como el de la leche, con cambiantes destellos irisados en su textura. En el interior había algo que se movía confusamente, algo así como una sombra y un fuego.

—Esta es la botella —dijo el hombre; y, cuando Keawe se echó a reír, añadió—: ¿No me cree? Pruebe usted mismo. Trate de romperla.

De manera que Keawe cogió la botella y la estuvo tirando contra el suelo hasta que se cansó; porque rebotaba como una pelota y nada le sucedía.

—Es una cosa bien extraña —dijo Keawe—, porque tanto por su aspecto como al tacto se diría que es de cristal.

—Es de cristal —replicó el hombre, suspirando más hondamente que nunca—, pero de un cristal templado en las llamas del infierno. Un diablo vive en ella y la sombra que vemos moverse es la suya, al menos lo creo yo. Cuando un hombre compra esta botella, el diablo se pone a su servicio; todo lo que esa persona desee, amor, fama, dinero, casas como esta o una ciudad como San Francisco, será suyo con solo pedirlo. Napoleón tuvo esta botella, y gracias a su virtud llegó a ser el rey del mundo; pero la vendió al final y fracasó. El capitán Cook también la tuvo, y por ella descubrió tantas islas; pero también él la vendió, y por eso lo asesinaron en Hawaii. Porque al vender la botella desaparecen el poder y la protección; y a no ser que un hombre esté contento con lo que tiene, acaba por sucederle algo.

—Y sin embargo, ¿habla usted de venderla? —dijo Keawe.

—Tengo todo lo que quiero y me estoy haciendo viejo —respondió el hombre—. Hay una cosa que el diablo de la botella no puede hacer… y es prolongar la vida; y, no sería justo ocultárselo a usted, la botella tiene un inconveniente; porque si un hombre muere antes de venderla, arderá para siempre en el infierno.

—Sí que es un inconveniente, no cabe duda —exclamó Keawe—. Y no quisiera verme mezclado en ese asunto. No me importa demasiado tener una casa, gracias a Dios; pero hay una cosa que sí me importa muchísimo, y es condenarme.

—No vaya usted tan de prisa, amigo mío —contestó el hombre—. Todo lo que tiene que hacer es usar el poder de la botella con moderación, venderla después a alguna persona como estoy haciendo yo ahora y terminar su vida cómodamente.

—Pues yo observo dos cosas —dijo Keawe—. Una es que se pasa usted todo el tiempo suspirando como una doncella enamorada; y la otra que vende usted la botella demasiado barata.

—Ya le he explicado por qué suspiro —dijo el hombre—. Temo que mi salud esté empeorando; y, como ha dicho usted mismo, morir e irse al infierno es una desgracia para cualquiera. En cuanto a venderla tan barata, tengo que explicarle una peculiaridad que tiene esta botella. Hace mucho tiempo, cuando Satanás la trajo a la tierra, era extraordinariamente cara, y fue el Preste Juan el primero que la compró por muchos millones de dólares; pero solo puede venderse si se pierde dinero en la transacción. Si se vende por lo mismo que se ha pagado por ella, vuelve al anterior propietario como si se tratara de una paloma mensajera. De ahí se sigue que el precio haya ido disminuyendo con el paso de los siglos y que ahora la botella resulte francamente barata. Yo se la compré a uno de los ricos propietarios que viven en esta colina y solo pagué noventa dólares. Podría venderla hasta por ochenta y nueve dólares y noventa centavos, pero ni un céntimo más; de lo contrario la botella volvería a mí. Ahora bien, esto trae consigo dos problemas. Primero, que cuando se ofrece una botella tan singular por ochenta dólares y pico, la gente supone que uno está bromeando. Y segundo…,

pero como eso no corre prisa que lo sepa, no hace falta que se lo explique ahora. Recuerde tan solo que tiene que venderla por moneda acuñada.

—¿Cómo sé que todo eso es verdad? —preguntó Keawe.

—Hay algo que puede usted comprobar inmediatamente —replicó el otro—. Deme sus cincuenta dólares, coja la botella y pida que los cincuenta dólares vuelvan a su bolsillo. Si no sucede así, le doy mi palabra de honor de que consideraré inválido el trato y le devolveré el dinero.

—¿No me esta engañando? —dijo Keawe.

El hombre confirmó sus palabras con un solemne juramento.

—Bueno; me arriesgaré a eso —dijo Keawe—, porque no me puede pasar nada malo.

Acto seguido le dio su dinero al hombre y el hombre le pasó la botella.

—Diablo de la botella —dijo Keawe—, quiero recobrar mis cincuenta dólares.

Y, efectivamente, apenas había terminado la frase, cuando su bolsillo pesaba ya lo mismo que antes.

—No hay duda de que es una botella maravillosa —dijo Keawe.

—Y ahora muy buenos días, mi querido amigo, ¡y que el diablo le acompañe! —dijo el hombre.

—Un momento —dijo Keawe—, yo ya me he divertido bastante. Tenga su botella.

—La ha comprado usted por menos de lo que yo pagué —replicó el hombre, frotándose las manos—. La botella es completamente suya; y, por mi parte, lo único que deseo es perderlo de vista cuanto antes.

Con lo que llamó a su criado chino e hizo que acompañara a Keawe hasta la puerta.

Cuando Keawe se encontró en la calle con la botella bajo el brazo, empezó a pensar. «Si es verdad todo lo que me han dicho de esta botella, puede que haya hecho un pésimo negocio», se dijo a sí mismo. «Pero quizá ese hombre me haya engañado». Lo primero que hizo fue contar el dinero; la suma era exacta: cuarenta y nueve dólares en moneda

americana y una pieza de Chile. «Parece que eso es verdad», se dijo Keawe. «Veamos otro punto».

Las calles de aquella parte de la ciudad estaban tan limpias como las cubiertas de un barco, y aunque era mediodía, tampoco se veía ningún pasajero. Keawe puso la botella en una alcantarilla y se alejó. Dos veces miró para atrás, y allí estaba la botella de color lechoso y panza redonda, en el sitio donde la había dejado. Miró por tercera vez y después dobló la esquina; pero apenas lo había hecho cuando algo le golpeó el codo, y ¡no era otra cosa que el largo cuello de la botella! En cuanto a la redonda panza, estaba bien encajada en el bolsillo de su chaqueta de piloto.

—Parece que también esto es verdad —dijo Keawe.

La siguiente cosa que hizo fue comprar un sacacorchos en una tienda y retirarse a un sitio oculto en medio del campo. Una vez allí intentó sacar el corcho, pero cada vez que lo intentaba la espiral salía otra vez y el corcho seguía tan entero como al empezar.

—Este corcho es distinto de todos los demás —dijo Keawe, e inmediatamente empezó a temblar y a sudar, porque la botella le daba miedo.

Camino del puerto, vio una tienda donde un hombre vendía conchas y mazas de islas salvajes, viejas imágenes de dioses paganos, monedas antiguas, pinturas de China y Japón y todas esas cosas que los marineros llevan en sus baúles. Enseguida se le ocurrió una idea. Entró y le ofreció la botella al dueño por cien dólares. El otro se rio de él al principio, y le ofreció cinco; pero, en realidad, la botella era muy curiosa: ninguna boca humana había soplado nunca un vidrio como aquel, ni cabía imaginar unos colores más bonitos que los que brillaban bajo su blanco lechoso, ni una sombra más extraña que la que daba vueltas en su centro; de manera que, después de regatear durante un rato a la manera de los de su profesión, el dueño de la tienda le compró la botella a Keawe por sesenta dólares y la colocó en un estante en el centro del escaparate.

—Ahora —dijo Keawe— he vendido por sesenta dólares lo que compré por cincuenta o, para ser más exactos, por un poco menos, porque uno de mis dólares venía de Chile. Enseguida averiguaré la verdad sobre otro punto.

Así que volvió a su barco y, cuando abrió su baúl, allí estaba la botella, que había llegado antes que él.

En aquel barco Keawe tenía un compañero que se llamaba Lopaka.

—¿Qué te sucede —le preguntó Lopaka— que miras el baúl tan fijamente?

Estaban solos en el castillo de proa. Keawe le hizo prometer que guardaría el secreto y se lo contó todo.

—Es un asunto muy extraño —dijo Lopaka—; y me temo que vas a tener dificultades con esa botella. Pero una cosa está muy clara: puesto que tienes asegurados los problemas, será mejor que obtengas también los beneficios. Decide qué es lo que deseas; da la orden y si resulta tal como quieres, yo mismo te compraré la botella; porque a mí me gustaría tener un velero y dedicarme a comerciar entre las islas.

—No es eso lo que me interesa —dijo Keawe—. Quiero una hermosa casa y un jardín en la costa de Kona, donde nací; y quiero que brille el sol sobre la puerta, y que haya flores en el jardín, cristales en las ventanas, cuadros en las paredes, y adornos y tapetes de telas muy finas sobre las mesas; exactamente igual que la casa donde estuve hoy; solo que un piso más alta y con balcones alrededor, como en el palacio del rey; y que pueda vivir allí sin preocupaciones de ninguna clase y divertirme con mis amigos y parientes.

—Bien —dijo Lopaka—, volvamos con la botella a Hawaii; y si todo resulta verdad como tú supones, te compraré la botella, como ya he dicho, y pediré una goleta.

Quedaron de acuerdo en esto y antes de que pasara mucho tiempo el barco regresó a Honolulú, llevando consigo a Keawe, a Lopaka y a la botella. Apenas habían desembarcado cuando encontraron en la playa a un amigo que inmediatamente empezó a dar el pésame a Keawe.

—No sé por qué me estás dando el pésame —dijo Keawe.

—¿Es posible que no te hayas enterado —dijo el amigo— de que tu tío, aquel hombre tan bueno, ha muerto; y de que tu primo, aquel muchacho tan bien parecido, se ha ahogado en el mar?

Keawe lo sintió mucho y al ponerse a llorar y a lamentarse, se olvidó de la botella. Pero Lopaka estuvo reflexionando y cuando su amigo se

calmó un poco, le habló así:

—¿No es cierto que tu tío tenía tierras en Hawaii, en el distrito de Kaü?

—No —dijo Keawe—; en Kaü, no: están en la zona de las montañas, un poco al sur de Hookena.

—Esas tierras, ¿pasarán a ser tuyas? —preguntó Lopaka.

—Así es —dijo Keawe, y empezó otra vez a llorar la muerte de sus familiares.

—No —dijo Lopaka—; no te lamentes ahora. Se me ocurre una cosa. ¿Y si todo esto fuera obra de la botella? Porque ya tienes preparado el sitio para hacer la casa.

—Si es así —exclamó Keawe—, la botella me hace un flaco servicio matando a mis parientes. Pero puede que sea cierto, porque fue en un sitio así donde vi la casa con la imaginación.

—La casa, sin embargo, todavía no está construida —dijo Lopaka.

—¡Y probablemente no lo estará nunca! —dijo Keawe—, porque si bien mi tío tenía algo de café, ava y plátanos, no será más que lo justo para que yo viva cómodamente; y el resto de esa tierra es de lava negra.

—Vayamos al abogado —dijo Lopaka—. Porque yo sigo pensando lo mismo.

Al hablar con el abogado, se enteraron de que el tío de Keawe se había hecho enormemente rico en los últimos tiempos y que le dejaba dinero en abundancia.

—¡Ya tienes el dinero para la casa! —exclamó Lopaka.

—Si está usted pensando en construir una casa —dijo el abogado—, aquí está la tarjeta de un arquitecto nuevo del que me cuentan grandes cosas.

—¡Cada vez mejor! —exclamó Lopaka—. Está todo muy claro. Sigamos obedeciendo órdenes.

De manera que fueron a ver al arquitecto, que tenía diferentes proyectos de casas sobre la mesa.

—Usted desea algo fuera de lo corriente —dijo el arquitecto—. ¿Qué le parece esto?

Y le pasó a Keawe uno de los dibujos.

Cuando Keawe lo vio, dejó escapar una exclamación, porque representaba exactamente lo que él había visto con la imaginación.

«Esta es la casa que quiero», pensó Keawe. «A pesar de lo poco que me gusta cómo viene a parar a mis manos, esta es la casa, y más vale que acepte lo bueno junto con lo malo».

De manera que le dijo al arquitecto todo lo que quería, y cómo deseaba amueblar la casa, y los cuadros que había que poner en las paredes y las figuritas para las mesas; y luego le preguntó sin rodeos cuánto le llevaría por hacerlo todo.

El arquitecto le hizo muchas preguntas, cogió una pluma e hizo un cálculo; y al terminar pidió exactamente la suma que Keawe había heredado.

Lopaka y Keawe se miraron el uno al otro y asintieron con la cabeza.

«Está bien claro, —pensó Keawe—, que voy a tener esta casa, tanto si quiero como si no. Viene del diablo y temo que nada bueno salga de ello; y si de algo estoy seguro es de que no voy a formular más deseos mientras siga teniendo esta botella. Pero de la casa ya no me puedo librar y más valdrá que acepte lo bueno junto con lo malo».

De manera que llegó a un acuerdo con el arquitecto y firmaron un documento. Keawe y Lopaka se embarcaron otra vez camino de Australia; porque habían decidido entre ellos que no intervendrían en absoluto, dejarían que el arquitecto y el diablo de la botella construyeran y decoraran aquella casa como mejor les pareciese.

El viaje fue bueno, aunque Keawe estuvo todo el tiempo conteniendo la respiración, porque había jurado que no formularía más deseos ni recibiría más favores del diablo. Se había cumplido ya el plazo cuando regresaron. El arquitecto les dijo que la casa estaba lista y Keawe y Lopaka tomaron pasaje en el *Hall* camino de Kona para ver la casa y comprobar si todo se había hecho exactamente de acuerdo con la idea que Keawe tenía en la cabeza.

La casa se alzaba en la falda del monte y era visible desde el mar. Por encima, el bosque seguía subiendo hasta las nubes que traían la lluvia; por debajo, la lava negra descendía en riscos donde estaban enterrados los reyes de antaño. Un jardín florecía alrededor de la casa con flores de

todos los colores; había un huerto de papayas a un lado y otro de árboles del pan en el lado opuesto; por delante, mirando al mar, habían plantado el mástil de un barco con una bandera. En cuanto a la casa, era de tres pisos, con amplias habitaciones y balcones muy anchos en los tres. Las ventanas eran de excelente cristal, tan claro como el agua y tan brillante como un día soleado. Muebles de todas clases adornaban las habitaciones. De las paredes colgaban cuadros con marcos dorados: pinturas de barcos, de hombres luchando, de las mujeres más hermosas y de los sitios más singulares; no hay en ningún lugar del mundo pinturas con colores tan brillantes como las que Keawe encontró colgadas de las paredes de su casa. En cuanto a los otros objetos de adorno, eran de extraordinaria calidad; relojes con carillón y cajas de música, hombrecillos que movían la cabeza, libros llenos de ilustraciones, armas muy valiosas de todos los rincones del mundo, y los rompecabezas más elegantes para entretener los ocios de un hombre solitario. Y como nadie querría vivir en semejantes habitaciones, tan solo pasar por ellas y contemplarlas, los balcones eran tan amplios que un pueblo entero hubiera podido vivir en ellos sin el menor agobio; y Keawe no sabía qué era lo que más le gustaba: si el porche de atrás, a donde llegaba la brisa procedente de la tierra y se podían ver los huertos y las flores, o el balcón delantero, donde se podía beber el viento del mar, contemplar la empinada ladera de la montaña y ver al *Hall* yendo una vez por semana aproximadamente entre Hookena y las colinas de Pele, o las goletas siguiendo la costa para recoger cargamentos de madera, de ava y de plátanos.

Después de verlo todo, Keawe y Lopaka se sentaron en el porche.

—Bien —preguntó Lopaka—, ¿está todo tal como lo habías planeado?

—No hay palabras para expresarlo —contestó Keawe—. Es mejor de lo que había soñado y estoy que reviento de satisfacción.

—Solo queda una cosa por considerar —dijo Lopaka—; todo esto puede haber sucedido de manera perfectamente natural, sin que el diablo de la botella haya tenido nada que ver. Si comprara la botella y me

quedara sin la goleta, habría puesto la mano en el fuego para nada. Te di mi palabra, lo sé: pero creo que no deberías negarme una prueba más.

—He jurado que no aceptaré más favores —dijo Keawe—. Creo que ya estoy suficientemente comprometido.

—No pensaba en un favor —replicó Lopaka—. Quisiera ver yo mismo al diablo de la botella. No hay ninguna ventaja en ello y por tanto tampoco hay nada de qué avergonzarse; sin embargo, si llego a verlo una vez, quedaré convencido del todo. Así que accede a mi deseo y déjame ver al diablo; el dinero lo tengo aquí mismo y después de esto te compraré la botella.

—Solo hay una cosa que me da miedo —dijo Keawe—. El diablo puede ser una cosa horrible de ver; y si le pones el ojo encima quizá no tengas ya ninguna gana de quedarte con la botella.

—Soy una persona de palabra —dijo Lopaka—. Y aquí dejo el dinero, entre los dos.

—Muy bien —replicó Keawe—. Yo también siento curiosidad. De manera que, vamos a ver: déjenos mirarlo, señor Diablo.

Tan pronto como lo dijo, el diablo salió de la botella y volvió a meterse, tan rápidamente como un lagarto; Keawe y Lopaka quedaron petrificados. Se hizo completamente de noche antes de que a cualquiera de los dos se le ocurriera algo que decir o hallaran la voz para decirlo: luego Lopaka empujó el dinero hacia Keawe y recogió la botella.

—Soy hombre de palabra —dijo—, y bien puedes creerlo, porque de lo contrario no tocaría esta botella ni con el pie. Bien, conseguiré mi goleta y unos dólares para el bolsillo; luego me desharé de este demonio tan pronto como pueda. Porque, si tengo que decirte la verdad, verlo me ha dejado muy abatido.

—Lopaka —dijo Keawe—, procura no pensar demasiado mal de mí; sé que es de noche, que los caminos están mal y que el desfiladero junto a las tumbas no es un buen sitio para cruzarlo tan tarde, pero confieso que desde que he visto el rostro de ese diablo, no podré comer ni dormir ni rezar hasta que te lo hayas llevado. Voy a darte una linterna, una cesta para poner la botella y cualquier cuadro o adorno de la casa que te guste;

después quiero que marches inmediatamente y vayas a dormir a Hookena con Nahinu.

—Keawe —dijo Lopaka—, muchos hombres se enfadarían por una cosa así; sobre todo después de hacerte un favor tan grande como es mantener la palabra y comprar la botella; y en cuanto a ser de noche, a la oscuridad y al camino junto a las tumbas, todas esas circunstancias tienen que ser diez veces más peligrosas para un hombre con semejante pecado sobre su conciencia y una botella como esta bajo el brazo. Pero como yo también estoy muy asustado, no me siento capaz de acusarte. Me iré ahora mismo; y le pido a Dios que seas feliz en tu casa y yo afortunado con mi goleta, y que los dos vayamos al cielo al final a pesar del demonio y de su botella.

De manera que Lopaka bajó de la montaña; Keawe, por su parte, salió al balcón delantero; estuvo escuchando el ruido de las herraduras y vio la luz de la linterna cuando Lopaka pasaba junto al risco donde están las tumbas de otras épocas; durante todo el tiempo Keawe temblaba, se retorcía las manos y rezaba por su amigo, dando gracias a Dios por haber escapado él mismo de aquel peligro.

Pero al día siguiente hizo un tiempo muy hermoso, y la casa nueva era tan agradable que Keawe se olvidó de sus terrores. Fueron pasando los días y Keawe vivía allí en perpetua alegría. Le gustaba sentarse en el porche de atrás; allí comía, reposaba y leía las historias que contaban los periódicos de Honolulú; pero cuando llegaba alguien a verle, entraba en la casa para enseñarle las habitaciones y los cuadros. Y la fama de la casa se extendió por todas partes; la llamaban *Ka-Hale Nui* —la Casa Grande— en todo Kona; y a veces la Casa Resplandeciente, porque Keawe tenía a su servicio a un chino que se pasaba todo el día limpiando el polvo y bruñendo los metales; y el cristal, y los dorados, y las telas finas y los cuadros brillaban tanto como una mañana soleada. En cuanto a Keawe mismo, se le ensanchaba tanto el corazón con la casa que no podía pasear por las habitaciones sin ponerse a cantar; y cuando aparecía algún barco en el mar, izaba su estandarte en el mástil.

Así iba pasando el tiempo, hasta que un día Keawe fue a Kailua para visitar a uno de sus amigos. Le hicieron un gran agasajo, pero él se

marchó lo antes que pudo a la mañana siguiente y cabalgó muy de prisa, porque estaba impaciente por ver de nuevo su hermosa casa; y, además, la noche de aquel día era la noche en que los muertos de antaño salen por los alrededores de Kona; y el haber tenido ya tratos con el demonio hacía que Keawe tuviera muy pocos deseos de tropezarse con los muertos. Un poco más allá de Honaunau, al mirar a lo lejos, advirtió la presencia de una mujer que se bañaba a la orilla del mar. Parecía una muchacha bien desarrollada, pero Keawe no pensó mucho en ello. Luego vio ondear su camisa blanca mientras se la ponía, y después su *holoku* rojo; cuando Keawe llegó a su altura, la joven había terminado de arreglarse y, alejándose del mar, se había colocado junto al camino con su *holoku* rojo; el baño la había tonificado y los ojos le brillaban, llenos de amabilidad. Nada más verla Keawe tiró de las riendas a su caballo.

—Creía conocer a todo el mundo en esta zona —dijo él—. ¿Cómo es que a ti no te conozco?

—Soy Kokua, hija de Kiano —respondió la muchacha—, y acabo de regresar de Oahu. ¿Quién es usted?

—Te lo diré dentro de un poco —dijo Keawe, desmontando del caballo—, pero no ahora mismo. Porque tengo una idea y si te dijera quién soy, como es posible que hayas oído hablar de mí, quizá al preguntarte no me dieras una respuesta sincera. Pero antes de nada dime una cosa: ¿estás casada?

Al oír esto, Kokua se echó a reír.

—Parece que es usted quien hace todas las preguntas —dijo ella—. Y usted, ¿está casado?

—No, Kokua, desde luego que no —replicó Keawe—, y nunca he pensado en casarme hasta este momento. Pero voy a decirte la verdad. Te he encontrado aquí junto al camino y, al ver tus ojos que son como estrellas, mi corazón se ha ido tras de ti tan veloz como un pájaro. De manera que, si ahora no quieres saber nada de mí, dilo, y me iré a mi casa; pero si no te parezco peor que cualquier otro joven, dilo también, y me desviaré para pasar la noche en casa de tu padre y mañana hablaré con él.

Kokua no dijo una palabra, pero miró hacia el mar y se echó a reír.

—Kokua —dijo Keawe—, si no dices nada, consideraré que tu silencio es una respuesta favorable; así que pongámonos en camino hacia la casa de tu padre.

Ella fue delante de él sin decir nada; solo de vez en cuando miraba para atrás y luego volvía a apartar la vista; y todo el tiempo llevaba en la boca las cintas del sombrero.

Cuando llegaron a la puerta, Kiano salió a la veranda y dio la bienvenida a Keawe llamándolo por su nombre. Al oírlo la muchacha se le quedó mirando, porque la fama de la gran casa había llegado a sus oídos; y no hace falta decir que era una gran tentación. Pasaron todos juntos la velada muy alegremente; y la muchacha se mostró muy descarada en presencia de sus padres y estuvo burlándose de Keawe porque tenía un ingenio muy vivo. Al día siguiente Keawe habló con Kiano y después tuvo ocasión de quedarse a solas con la muchacha.

—Kokua —dijo él—, ayer estuviste burlándote de mí durante toda la velada; y todavía estás a tiempo de despedirme. No quise decirte quién era porque tengo una casa muy hermosa y temía que pensaras demasiado en la casa y poco en el hombre que te ama. Ahora ya lo sabes todo, y si no quieres volver a verme, dilo cuanto antes.

—No —dijo Kokua; pero esta vez no se echó a reír ni Keawe le preguntó nada más.

Así fue el noviazgo de Keawe; las cosas sucedieron de prisa; pero aunque una flecha vaya muy veloz y la bala de un rifle todavía más rápida, las dos pueden dar en el blanco. Las cosas habían ido de prisa, pero también habían ido lejos y el recuerdo de Keawe llenaba la imaginación de la muchacha; Kokua escuchaba su voz al romperse las olas contra la lava de la playa, y por aquel joven que solo había visto dos veces hubiera dejado padre y madre y sus islas nativas. En cuanto a Keawe, su caballo voló por el camino de la montaña bajo el risco donde estaban las tumbas, y el sonido de los cascos y la voz de Keawe cantando, lleno de alegría, despertaban al eco en las cavernas de los muertos. Cuando llegó a la Casa Resplandeciente todavía seguía cantando. Se sentó y comió en el amplio balcón y el chino se admiró de que su amo continuara cantando entre bocado y bocado. El sol se ocultó tras el mar

y llegó la noche; Keawe estuvo paseándose por los balcones a la luz de las lámparas en lo alto de la montaña y sus cantos sobresaltaban a las tripulaciones de los barcos que cruzaban por el mar.

«Aquí estoy ahora, en este sitio mío tan elevado», se dijo a sí mismo. «La vida no puede irme mejor; me hallo en lo alto de la montaña; a mi alrededor, todo lo demás desciende. Por primera vez iluminaré todas las habitaciones, usaré mi bañera con agua caliente y fría y dormiré solo en el lecho de la cámara nupcial».

De manera que el criado chino tuvo que levantarse y encender las calderas; y mientras trabajaba en el sótano oía a su amo cantando alegremente en las habitaciones iluminadas. Cuando el agua empezó a estar caliente el criado chino se lo advirtió a Keawe con un grito; Keawe entró en el cuarto de baño; y el criado chino le oyó cantar mientras la bañera de mármol se llenaba de agua; y le oyó cantar también mientras se desnudaba; hasta que, de repente, el canto cesó. El criado chino estuvo escuchando largo rato; luego alzó la voz para preguntarle a Keawe si todo iba bien, y Keawe le respondió: «Sí», y le mandó que se fuera a la cama; pero ya no se oyó cantar más en la Casa Resplandeciente; y durante toda la noche, el criado chino estuvo oyendo a su amo pasear sin descanso por los balcones.

Lo que había ocurrido era esto: mientras Keawe se desnudaba para bañarse, descubrió en su cuerpo una mancha semejante a la sombra del liquen sobre una roca, y fue entonces cuando dejó de cantar. Porque había visto otras manchas parecidas y supo que estaba atacado del Mal Chino: la lepra.

Es bien triste para cualquiera padecer esa enfermedad. Y también sería muy triste para cualquiera abandonar una casa tan hermosa y tan cómoda y separarse de todos sus amigos para ir a la costa norte de Molokai, entre enormes farallones y rompientes. Pero ¿qué es eso comparado con la situación de Keawe, que había encontrado su amor un día antes y lo había conquistado aquella misma mañana, y que veía ahora quebrarse todas sus esperanzas en un momento, como se quiebra un trozo de cristal?

Estuvo un rato sentado en el borde de la bañera; luego se levantó de un salto dejando escapar un grito y corrió afuera; y empezó a andar por el balcón, de un lado a otro, como alguien que está desesperado.

«No me importaría dejar Hawaii, el hogar de mis antepasados», se decía Keawe. «Sin gran pesar abandonaría mi casa, la de las muchas ventanas, situada en lo alto, aquí en las montañas. No me faltaría valor para ir a Molokai, a Kalaupapa junto a los farallones, para vivir con los leprosos y dormir allí lejos de mis antepasados. Pero ¿qué agravio he cometido, qué pecado pesa sobre mi alma, para que haya tenido que encontrar a Kokua cuando salía del mar a la caída de la tarde? ¡Kokua, la que me ha robado el alma! ¡Kokua, la luz de mi vida! Quizá nunca llegue a casarme con ella, quizá nunca más vuelva ni a acariciarla con mano amorosa; esa es la razón, Kokua, ¡por ti me lamento!».

Tienen ustedes que fijarse en la clase de hombre que era Keawe, ya que podría haber vivido durante años en la Casa Resplandeciente sin que nadie llegara a sospechar que estaba enfermo; pero a eso no le daba importancia si tenía que perder a Kokua. Hubiera podido incluso casarse con Kokua y muchos lo hubieran hecho, porque tienen alma de cerdo; pero Keawe amaba a la doncella con amor varonil, y no estaba dispuesto a causarle ningún daño ni a exponerla a ningún peligro.

Algo después de la media noche se acordó de la botella. Salió al porche y recordó el día en que el diablo se había mostrado ante sus ojos; y aquel pensamiento hizo que se le helara la sangre en las venas.

«Esa botella es una cosa horrible», pensó Keawe, «el diablo también es una cosa horrible, y aún más horrible es la posibilidad de arder para siempre en las llamas del infierno. Pero ¿qué otra posibilidad tengo de llegar a curarme o de casarme con Kokua? ¡Cómo! ¿Fui capaz de desafiar al demonio para conseguir una casa y no voy a enfrentarme con él para recobrar a Kokua?».

Entonces recordó que al día siguiente el *Hall* iniciaba su viaje de regreso a Honolulú. «Primero tengo que ir allí», pensó, «y ver a Lopaka. Porque lo mejor que me puede suceder ahora es que encuentre la botella que tantas ganas tenía de perder de vista».

No pudo dormir ni un solo momento; también la comida se le atragantaba; pero mandó una carta a Kiano, y cuando se acercaba la hora de la llegada del vapor, se puso en camino y cruzó por delante del risco donde estaban las tumbas. Llovía; su caballo avanzaba con dificultad; Keawe contempló las negras bocas de las cuevas y envidió a los muertos que dormían en su interior, libres ya de dificultades; y recordó cómo había pasado por allí al galope el día anterior y se sintió lleno de asombro. Finalmente llegó a Hookena y, como de costumbre, todo el mundo se había reunido para esperar la llegada del vapor. En el cobertizo delante del almacén estaban todos sentados, bromeando y contándose las novedades; pero Keawe no sentía el menor deseo de hablar y permaneció en medio de ellos contemplando la lluvia que caía sobre las casas, y las olas que estallaban entre las rocas, mientras los suspiros se acumulaban en su garganta.

—Keawe, el de la Casa Resplandeciente, está muy abatido —se decían unos a otros. Así era, en efecto, y no tenía nada de extraordinario.

Luego llegó el *Hall* y la gasolinera lo llevó a bordo. La parte posterior del barco estaba llena de *haoles* (blancos) que habían ido a visitar el volcán como tienen por costumbre; en el centro se amontonaban los *kanakas*, y en la parte delantera viajaban toros de Hilo y caballos de Kaü, pero Keawe se sentó lejos de todos, hundido en su dolor, con la esperanza de ver desde el barco la casa de Kiano. Finalmente la divisó, junto a la orilla, sobre las rocas negras, a la sombra de las palmeras; cerca de la puerta se veía un *holoku* rojo no mayor que una mosca y que revoloteaba tan atareado como una mosca. «¡Ah, reina de mi corazón», exclamó Keawe para sí, «arriesgaré mi alma para recobrarte!».

Poco después, al caer la noche, se encendieron las luces de las cabinas y los *haoles* se reunieron para jugar a las cartas y beber *whisky* como tienen por costumbre; pero Keawe estuvo paseando por cubierta toda la noche. Y todo el día siguiente, mientras navegaban a sotavento de Maui y de Molokai, Keawe seguía dando vueltas de un lado para otro como un animal salvaje dentro de una jaula.

Al caer la tarde pasaron Diamond Head y llegaron al muelle de Honolulú. Keawe bajó enseguida a tierra y empezó a preguntar por

Lopaka. Al parecer se había convertido en propietario de una goleta —no había otra mejor en las islas—, y se había marchado muy lejos en busca de aventuras, quizá hasta Pola-Pola, de manera que no cabía esperar ayuda por ese lado. Keawe se acordó de un amigo de Lopaka, un abogado que vivía en la ciudad (no debo decir su nombre), y preguntó por él. Le dijeron que se había hecho rico de repente y que tenía una casa nueva y muy hermosa en la orilla de Waikiki; esto dio que pensar a Keawe, e inmediatamente alquiló un coche y se dirigió a casa del abogado.

La casa era muy nueva y los árboles del jardín apenas mayores que bastones; el abogado, cuando salió a recibirle, parecía un hombre satisfecho de la vida.

—¿Qué puedo hacer por usted? —dijo el abogado.

—Usted es amigo de Lopaka —replicó Keawe—, y Lopaka me compró un objeto que quizá usted pueda ayudarme a localizar.

El rostro del abogado se ensombreció.

—No voy a fingir que ignoro de qué me habla, señor Keawe —dijo—, aunque se trata de un asunto muy desagradable que no conviene remover. No puedo darle ninguna seguridad, pero me imagino que si va usted a cierto barrio quizá consiga averiguar algo.

A continuación le dio el nombre de una persona que también en este caso será mejor no repetir. Esto sucedió durante varios días, y Keawe fue conociendo a diferentes personas y encontrando en todas partes ropas y coches recién estrenados, y casas nuevas muy hermosas y hombres muy satisfechos, aunque, claro está, cuando les explicaba el motivo de su visita, sus rostros se ensombrecían.

«No hay duda de que estoy en el buen camino», pensaba Keawe. «Esos trajes nuevos y esos coches son otros tantos regalos del demonio de la botella, y esos rostros satisfechos son los rostros de personas que han conseguido lo que deseaban y han podido librarse después de ese maldito recipiente. Cuando vea mejillas sin color y oiga suspiros sabré que estoy cerca de la botella».

Sucedió que, finalmente, le recomendaron que fuera a ver a un *haole* en Beritania Street. Cuando llegó a la puerta, alrededor de la hora de la

cena, Keawe se encontró con los típicos indicios: nueva casa, jardín recién plantado y luz eléctrica tras las ventanas; y cuando apareció el dueño, un escalofrío de esperanza y de miedo recorrió el cuerpo de Keawe, porque tenía delante de él a un hombre joven tan pálido como un cadáver, con marcadísimas ojeras, prematuramente calvo y con la expresión de un hombre en capilla.

«Tiene que estar aquí, no hay duda», pensó Keawe, y a aquel hombre no le ocultó en absoluto cuál era su verdadero propósito.

—He venido a comprar la botella —dijo.

—Al oír aquellas palabras el joven *haole* de Beritania Street tuvo que apoyarse contra la pared.

—¡La botella! —susurró—. ¡Comprar la botella!

Dio la impresión de que estaba a punto de desmayarse y, cogiendo a Keawe por el brazo, lo llevó a una habitación y escanció dos vasos de vino.

—A su salud —dijo Keawe, que había pasado mucho tiempo con *haoles* en su época de marinero—. Sí —añadió—, he venido a comprar la botella. ¿Cuál es el precio que tiene ahora?

Al oír esto al joven se le escapó el vaso de entre los dedos y miró a Keawe como si fuera un fantasma.

—El precio —dijo—. ¡El precio! ¿No sabe usted cuál es el precio?

—Por eso se lo pregunto —replicó Keawe—. Pero ¿qué es lo que tanto le preocupa? ¿Qué sucede con el precio?

—La botella ha disminuido mucho de valor desde que usted la compró, señor Keawe —dijo el joven tartamudeando.

—Bien, bien; así tendré que pagar menos por ella —dijo Keawe—. ¿Cuánto le costó a usted?

El joven estaba tan blanco como el papel.

—Dos centavos —dijo.

—¿Cómo? —exclamó Keawe—, ¿dos centavos? Entonces, usted solo puede venderla por uno. Y el que la compre… —Keawe no pudo terminar la frase; el que comprara la botella no podría venderla nunca y la botella y el diablo se quedarían con él hasta su muerte, y cuando muriera se encargarían de llevarlo a las llamas del infierno.

El joven de Beritania Street se puso de rodillas.

—¡Cómprela, por el amor de Dios! —exclamó—. Puede quedarse también con toda mi fortuna. Estaba loco cuando la compré a ese precio. Había malversado fondos en el almacén donde trabajaba; si no lo hacía estaba perdido, hubiera acabado en la cárcel.

—Pobre criatura —dijo Keawe—; fue usted capaz de arriesgar su alma en una aventura tan desesperada, para evitar el castigo por su deshonra, ¿y cree que yo voy a dudar cuando es el amor lo que tengo delante de mí? Tráigame la botella y el cambio que sin duda tiene ya preparado. Es preciso que me dé la vuelta de estos cinco centavos.

Keawe no se había equivocado; el joven tenía las cuatro monedas en un cajón; la botella cambió de manos y tan pronto como los dedos de Keawe rodearon su cuello le susurró que deseaba quedar limpio de la enfermedad. Y, efectivamente, cuando se desnudó delante de un espejo en la habitación del hotel, su piel estaba tan sonrosada como la de un niño. Pero lo más extraño fue que inmediatamente se operó una transformación dentro de él y el Mal Chino le importaba muy poco y tampoco sentía interés por Kokua; no pensaba más que en una cosa: que estaba ligado al diablo de la botella para toda la eternidad y no le quedaba otra esperanza que la de ser para siempre una pavesa en las llamas del infierno. En cualquier caso, las veía ya brillar delante de él con los ojos de la imaginación; su alma se encogió y la luz se convirtió en tinieblas.

Cuando Keawe se recuperó un poco, se dio cuenta de que era la noche en que tocaba una orquesta en el hotel. Bajó a oírla porque temía quedarse solo; y allí, entre caras alegres, paseó de un lado para otro, escuchó las melodías y vio a Berger llevando el compás; pero todo el tiempo oía crepitar las llamas y veía un fuego muy vivo ardiendo en el pozo sin fondo del infierno. De repente la orquesta tocó *Hiki-ao-ao*, una canción que él había cantado con Kokua, y aquellos acordes le devolvieron el valor.

«Ya está hecho», pensó, «y una vez más tendré que aceptar lo bueno junto con lo malo».

Keawe regresó a Hawaii en el primer vapor y, tan pronto como fue posible, se casó con Kokua y la llevó a la Casa Resplandeciente en la

ladera de la montaña.

Cuando los dos estaban juntos, el corazón de Keawe se tranquilizaba; pero tan pronto como se quedaba solo empezaba a cavilar sobre su horrible situación, y oía crepitar las llamas y veía el fuego abrasador en el pozo sin fondo. Era cierto que la muchacha se había entregado a él por completo; su corazón latía más de prisa al verlo, y su mano buscaba siempre la de Keawe; y estaba hecha de tal manera de la cabeza a los pies que nadie podía verla sin alegrarse. Kokua era afable por naturaleza. De sus labios salían siempre palabras cariñosas. Le gustaba mucho cantar, y cuando recorría la Casa Resplandeciente gorjeando como los pájaros era ella el objeto más hermoso que había en los tres pisos. Keawe la contemplaba y la oía embelesado y luego iba a esconderse en un rincón y lloraba y gemía pensando en el precio que había pagado por ella; después tenía que secarse los ojos y lavarse la cara e ir a sentarse con ella en uno de los balcones, acompañándola en sus canciones y correspondiendo a sus sonrisas con el alma llena de angustia.

Pero llegó un día en que Kokua empezó a arrastrar los pies y sus canciones se hicieron menos frecuentes; y ya no era solo Keawe el que lloraba a solas, sino que los dos se retiraban a dos balcones situados en lados opuestos, con toda la anchura de la Casa Resplandeciente entre ellos. Keawe estaban tan hundido en la desesperación que apenas notó el cambio, alegrándose tan solo de tener más horas de soledad durante las que cavilar sobre su destino y de no verse condenado con tanta frecuencia a ocultar un corazón enfermo bajo una cara sonriente. Pero un día, andando por la casa sin hacer ruido, escuchó sollozos como de un niño y vio a Kokua moviendo la cabeza y llorando como los que están perdidos.

—Haces bien lamentándote en esta casa, Kokua —dijo Keawe—. Y, sin embargo, daría media vida para que pudieras ser feliz.

—¡Feliz! —exclamó ella—. Keawe, cuando vivías solo en la Casa Resplandeciente, toda la gente de la isla se hacía lenguas de tu felicidad; tu boca estaba siempre llena de risas y de canciones y tu rostro resplandecía como la aurora. Después te casaste con la pobre Kokua; y el buen Dios sabrá qué es lo que le falta, pero desde aquel día no has vuelto

a sonreír. ¿Qué es lo que me pasa? Creía ser bonita y sabía que amaba a mi marido. ¿Qué es lo que me pasa que arrojo esta nube sobre él?

—Pobre Kokua —dijo Keawe—. Se sentó a su lado y trató de cogerle la mano; pero ella la apartó.

—Pobre Kokua —dijo de nuevo—. ¡Pobre niñita mia! ¡Y yo que creía ahorrarte sufrimientos durante todo este tiempo! Pero lo sabrás todo. Así, al menos, te compadecerás del pobre Keawe; comprenderás lo mucho que te amaba cuando sepas que prefirió el infierno a perderte; y lo mucho que aún te ama, puesto que todavía es capaz de sonreír al contemplarte. Y a continuación, le contó toda su historia desde el principio.

—¿Has hecho eso por mí? —exclamó Kokua—. Entonces, ¡qué me importa nada! —y, abrazándole, se echó a llorar.

—¡Querida mía! —dijo Keawe—; sin embargo, cuando pienso en el fuego del infierno, ¡a mi sí que me importa!

—No digas eso —respondió ella—; ningún hombre puede condenarse por amar a Kokua si no ha cometido ninguna otra falta. Desde ahora te digo, Keawe, que te salvaré con estas manos o pereceré contigo. ¿Has dado tu alma por mi amor y crees que yo no moriría por salvarte?

—¡Querida mía! Aunque murieras cien veces, ¿cuál sería la diferencia? —exclamó él—. Serviría únicamente para que tuviera que esperar a solas el día de mi condenación.

—Tú no sabes nada —dijo ella—. Yo me eduqué en un colegio de Honolulú; no soy una chica corriente. Y desde ahora te digo que salvaré a mi amante. ¿No me has hablado de un centavo? ¿Ignoras que no todos los países tienen dinero americano? En Inglaterra existe una moneda que vale alrededor de medio centavo. ¡Qué lástima! —exclamó enseguida—; eso no lo hace mucho mejor, porque el que comprara la botella se condenaría y ¡no vamos a encontrar a nadie tan valiente como mi Keawe! Pero también está Francia; allí tienen una moneda a la que llaman céntimo y de esos se necesitan aproximadamente cinco para poder cambiarlos por un centavo. No encontraremos nada mejor. Vámonos a las islas del Viento; salgamos para Tahití en el primer barco que zarpe.

Allí tendremos cuatro céntimos, tres céntimos, dos céntimos y un céntimo: cuatro posibles ventas y nosotros dos para convencer a los compradores. ¡Vamos, Keawe mío! Bésame y no te preocupes más. Kokua te defenderá.

—¡Regalo de Dios! —exclamó Keawe—. ¡No creo que el Señor me castigue por desear algo tan bueno! Sea como tú dices; llévame donde quieras: pongo mi vida y mi salvación en tus manos.

Muy de mañana al día siguiente Kokua estaba ya haciendo sus preparativos. Buscó el baúl de marinero de Keawe; primero puso la botella en una esquina; luego colocó sus mejores ropas y los adornos más bonitos que había en la casa.

—Porque —dijo— si no parecemos gente rica, ¿quién va a creer en la botella?

Durante todo el tiempo de los preparativos estuvo tan alegre como un pájaro; solo cuando miraba en dirección a Keawe los ojos se le llenaban de lágrimas y tenía que ir a besarlo. En cuanto a Keawe, se le había quitado un gran peso de encima; ahora que alguien compartía su secreto y había vislumbrado una esperanza parecía un hombre distinto: caminaba otra vez con paso ligero y respirar ya no era una obligación penosa. El terror, sin embargo, no andaba lejos; y de vez en cuando, de la misma manera que el viento apaga un cirio, la esperanza moría dentro de él y veía otra vez agitarse las llamas y el fuego abrasador del infierno.

Anunciaron que iban a hacer un viaje de placer por los Estados Unidos: a todo el mundo le pareció una cosa extraña, pero más extraña les hubiera parecido la verdad si hubieran podido adivinarla. De manera que se trasladaron a Honolulú en el *Hall* y de allí a San Francisco en el *Umantilla* con muchos *haoles*; y en San Francisco se embarcaron en el bergantín correo, el *Tropic Bird*, camino de Papeete, la ciudad francesa más importante de las islas del sur. Llegaron allí, después de un agradable viaje, cuando los vientos alisios soplaban suavemente, y vieron los arrecifes en los que van a estrellarse las olas, y Motuiti con sus palmeras, y cómo el bergantín se adentraba en el puerto, y las casas blancas de la ciudad a lo largo de la orilla entre árboles verdes, y, por encima, las montañas y las nubes de Tahití, la isla prudente.

Consideraron que lo más conveniente era alquilar una casa, y eligieron una situada frente a la del cónsul británico; se trataba de hacer gran ostentación de dinero y de que se les viera por todas partes bien provistos de coches y caballos. Todo esto resultaba fácil mientras tuvieran la botella en su poder, porque Kouka era más atrevida que Keawe y siempre que se le ocurría, llamaba al diablo para que le proporcionase veinte o cien dólares. De esta forma pronto se hicieron notar en la ciudad; y los extranjeros procedentes de Hawaii, y sus paseos a caballo y en coche, y los elegantes *holokus* y los delicados encajes de Kokua fueron tema de muchas conversaciones.

Se acostumbraron a la lengua de Tahití, que es en realidad semejante a la de Hawaii, aunque con cambios en ciertas letras; y en cuanto estuvieron en condiciones de comunicarse, trataron de vender la botella. Hay que tener en cuenta que no era un tema fácil de abordar; no era fácil convencer a la gente de que hablaban en serio cuando les ofrecían por cuatro céntimos una fuente de salud y de inagotables riquezas. Era necesario además explicar los peligros de la botella; y, o bien los posibles compradores no creían nada en absoluto y se echaban a reír, o se percataban sobre todo de los aspectos más sombríos y, adoptando un aire muy solemne, se alejaban de Keawe y Kokua, considerándolos personas en trato con el demonio. De manera que en lugar de hacer progresos, los esposos descubrieron al cabo de poco tiempo que todo el mundo les evitaba; los niños se alejaban de ellos corriendo y chillando, cosa que a Kokua le resultaba insoportable; los católicos hacían la señal de la cruz al pasar a su lado y todos los habitantes de la isla parecían estar de acuerdo en rechazar sus proposiciones.

Con el paso de los días se fueron sintiendo cada vez más deprimidos. Por la noche, cuando se sentaban en su nueva casa después del día agotador, no intercambiaban una sola palabra y si se rompía el silencio era porque Kokua no podía reprimir más sus sollozos. Algunas veces rezaban juntos; otras colocaban la botella en el suelo y se pasaban la velada contemplando los movimientos de la sombra en su interior. En tales ocasiones tenían miedo de irse a descansar. Tardaba mucho en llegarles el sueño y si uno de ellos se adormilaba, al despertarse hallaba al

otro llorando silenciosamente en la oscuridad o descubría que estaba solo, porque el otro había huido de la casa y de la proximidad de la botella para pasear bajo los bananos en el jardín o para vagar por la playa a la luz de la luna.

Así fue como Kokua se despertó una noche y encontró que Keawe se había marchado. Tocó la cama y el otro lado del lecho estaba frío. Entonces se asustó, incorporándose. Un poco de luz de luna se filtraba entre las persianas. Había suficiente claridad en la habitación para distinguir la botella sobre el suelo. Afuera soplaba el viento y hacía gemir los grandes árboles de la avenida mientras las hojas secas batían en la veranda. En medio de todo esto Kokua tomó conciencia de otro sonido; difícilmente hubiera podido decir si se trababa de un animal o de un hombre, pero sí que era tan triste como la muerte y que le desgarraba el alma. Kokua se levantó sin hacer ruido, entreabrió la puerta y contempló el jardín iluminado por la luna. Allí, bajo los bananos, yacía Keawe con la boca pegada a la tierra y eran sus labios los que dejaban escapar aquellos gemidos.

La primera idea de Kokua fue ir corriendo a consolarlo; pero enseguida comprendió que no debía hacerlo. Keawe se había comportado ante su esposa como un hombre valiente; no estaba bien que ella se inmiscuyera en aquel momento de debilidad. Ante este pensamiento Kokua retrocedió, volviendo otra vez al interior de la casa.

«¡Qué negligente he sido, Dios mío!», pensó. «¡Qué débil! Es él, y no yo, quien se enfrenta con la condena eterna; la maldición recayó sobre su alma y no sobre la mía. Su preocupación por mi bien y su amor por una criatura tan poco digna y tan incapaz de ayudarle son las causas de que ahora vea tan cerca de sí las llamas del infierno y hasta huela el humo mientras yace ahí fuera, iluminado por la luna y azotado por el viento. ¿Soy tan torpe que hasta ahora nunca se me ha ocurrido considerar cuál es mi deber, o quizá viéndolo he preferido ignorarlo? Pero ahora, por fin, alzo mi alma en manos de mi afecto; ahora digo adiós a la blanca escalinata del paraíso y a los rostros de mis amigos que están allí esperando. ¡Amor por amor y que el mío sea capaz de igualar al de Keawe! ¡Alma por alma y que la mía perezca!». Kokua era una mujer

con gran destreza manual y enseguida estuvo preparada. Cogió el cambio, los preciosos céntimos que siempre tenía al alcance de la mano, porque es una moneda muy poco usada, y habían ido a aprovisionarse a una oficina del Gobierno. Cuando Kokua avanzaba ya por la avenida, el viento trajo unas nubes que ocultaron la luna. La ciudad dormía y la muchacha no sabía hacia dónde dirigirse hasta que oyó una tos que salía de debajo de un árbol.

—Buen hombre —dijo Kokua—, ¿qué hace usted aquí solo en una noche tan fría?

El anciano apenas podía expresarse a causa de la tos, pero Kokua logró enterarse de que era viejo y pobre, y un extranjero en la isla.

—¿Me haría usted un favor? —dijo Kokua—. De extranjero a extranjera y de anciano a muchacha, ¿no querrá usted ayudar a una hija de Hawaii?

—Ah —dijo el anciano—. Ya veo que eres la bruja de las Ocho Islas y que también quieres perder mi alma. Pero he oído hablar de ti y te aseguro que tu perversidad nada conseguirá contra mí.

—Siéntese aquí —le dijo Kokua—, y déjeme que le cuente una historia.

Y le contó la historia de Keawe desde el principio hasta el fin.

—Y yo soy su esposa —dijo Kokua al terminar—; la esposa que Keawe compró a cambio de su alma. ¿Qué debo hacer? Si fuera yo misma a comprar la botella, no aceptaría. Pero si va usted, se la dará gustosísimo; me quedaré aquí esperándole: usted la comprará por cuatro céntimos y yo se la volveré a comprar por tres. ¡Y que el Señor de fortaleza a una pobre muchacha!

—Si trataras de engañarme —dijo el anciano—, creo que Dios te mataría.

—¡Sí que lo haría! —exclamó Kokua—. No le quepa duda. No podría ser tan malvada. Dios no lo consentiría.

—Dame los cuatro céntimos y espérame aquí —dijo el anciano.

Ahora bien, cuando Kokua se quedó sola en la calle, todo su valor desapareció. El viento rugía entre los árboles y a ella le parecía que las llamas del infierno estaban ya a punto de acometerla; las sombras se

agitaban a la luz del farol, y le parecían las manos engarfiadas de los mensajeros del maligno. Si hubiera tenido fuerzas, habría echado a correr y de no faltarle el aliento habría gritado; pero fue incapaz de hacer nada y se quedó temblando en la avenida como una niñita muy asustada.

Luego vio al anciano que regresaba trayendo la botella.

—He hecho lo que me pediste —dijo al llegar junto a ella. Tu marido se ha quedado llorando como un niño; dormirá en paz el resto de la noche.

Y extendió la mano ofreciéndole la botella a Kokua.

—Antes de dármela —jadeó Kokua— aprovéchese también de lo bueno: pida verse libre de su tos.

—Soy muy viejo —replicó el otro—, y estoy demasiado cerca de la tumba para aceptar favores del demonio. Pero ¿qué sucede? ¿Por qué no coges la botella? ¿Acaso dudas?

—¡No, no dudo! —exclamó Kokua—. Pero me faltan las fuerzas. Espere un momento. Es mi mano la que se resiste y mi carne la que se encoge en presencia de ese objeto maldito. ¡Un momento tan solo!

El anciano miró a Kokua afectuosamente.

—¡Pobre niña! —dijo—; tienes miedo; tu alma te hace dudar. Bueno, me quedaré yo con ella. Soy viejo y nunca más conoceré la felicidad en este mundo, y en cuanto al otro…

—¡Démela! —jadeó Kokua—. Aquí tiene su dinero. ¿Cree que soy tan vil como para eso? Deme la botella.

—Que Dios te bendiga, hija mía —dijo el anciano.

Kokua ocultó la botella bajo su *holoku*, se despidió del anciano y echó a andar por la avenida sin preocuparse de saber en qué dirección. Porque ahora todos los caminos daban lo mismo; todos la llevaban igualmente al infierno. Unas veces iba andando y otras corría; unas veces gritaba y otras se tumbaba en el polvo junto al camino y lloraba. Todo lo que había oído sobre el infierno le volvía ahora a la imaginación; contemplaba el brillo de las llamas, se asfixiaba con el acre olor del humo y sentía deshacerse su carne sobre los carbones encendidos.

Poco antes del amanecer consiguió serenarse y volver a casa. Keawe dormía igual que un niño, tal como el anciano le había asegurado. Kokua

se detuvo a contemplar su rostro.

—Ahora, esposo mío —dijo—, te toca a ti dormir. Cuando despiertes podrás cantar y reír. Pero la pobre Kokua, que nunca quiso hacer mal a nadie, no volverá a dormir tranquila, ni a cantar, ni a divertirse.

Después Kokua se tumbó en la cama al lado de Keawe y su dolor era tan grande que cayó al instante en un sopor profundísimo.

Su esposo se despertó ya avanzada la mañana y le dio la buena noticia. Era como si la alegría lo hubiera trastornado, porque no se dio cuenta de la aflicción de Kokua, a pesar de lo mal que ella la disimulaba. Aunque las palabras se le atragantaran, no tenía importancia; Keawe se encargaba de decirlo todo. A la hora de comer no probó bocado, pero ¿quién iba a darse cuenta?, porque Keawe no dejó nada en su plato. Kokua lo veía y le oía como si se tratara de un mal sueño; había veces en que se olvidaba o dudaba y se llevaba las manos a la frente; porque saberse condenada y escuchar a su marido hablando sin parar de aquella manera le resultaba demasiado monstruoso.

Mientras tanto, Keawe comía y charlaba, hacía planes para su regreso a Hawaii, le daba las gracias a Kokua por haberlo salvado, la acariciaba y le decía que en realidad el milagro era obra suya. Luego Keawe empezó a reírse del viejo que había sido lo suficientemente estúpido como para comprar la botella.

—Parecía un anciano respetable —dijo Keawe—. Pero no se puede juzgar por las apariencias, porque ¿para qué necesitaría la botella ese viejo réprobo?

—Esposo mío —dijo Kokua humildemente—, su intención puede haber sido buena.

Keawe se echó a reír muy enfadado.

—¡Tonterías! —exclamó acto seguido—. Un viejo pícaro, te lo digo yo; y estúpido por añadidura. Ya era bien difícil vender la botella por cuatro céntimos, pero por tres será completamente imposible. Apenas queda margen y todo el asunto empieza a oler a chamusquina… —dijo Keawe, estremeciéndose—. Es cierto que yo la compré por un centavo cuando no sabía que hubiera monedas de menos valor. Pero es absurdo

hacer una cosa así; nunca aparecerá otro que haga lo mismo, y la persona que tenga ahora esa botella se la llevará consigo a la tumba.

—¿No es una cosa terrible, esposo mío —dijo Kokua—, que la salvación propia signifique la condenación eterna de otra persona? Creo que yo no podría tomarlo a broma. Creo que me sentiría abatido y lleno de melancolía. Rezaría por el nuevo dueño de la botella.

Keawe se enfadó aún más al darse cuenta de la verdad que encerraban las palabras de Kokua.

—¡Tonterías! —exclamó—. Puedes sentirte llena de melancolía si así lo deseas. Pero no me parece que sea esa la actitud lógica de una buena esposa. Si pensaras un poco en mí, tendría que darte vergüenza.

Luego salió y Kokua se quedó sola.

¿Qué posibilidades tenía ella de vender la botella por dos céntimos? Kokua se daba cuenta de que no tenía ninguna. Y en el caso de que tuviera alguna, ahí estaba su marido empeñado en devolverla a toda prisa a un país donde no había ninguna moneda inferior al centavo. Y ahí estaba su marido abandonándola y recriminándola a la mañana siguiente después de su sacrificio.

Ni siquiera trató de aprovechar el tiempo que pudiera quedarle: se limitó a quedarse en casa, y unas veces sacaba la botella y la contemplaba con indecible horror y otras volvía a esconderla llena de aborrecimiento.

A la larga Keawe terminó por volver y la invitó a dar un paseo en coche.

—Estoy enferma esposo mío —dijo ella—. No tengo ganas de nada. Perdóname, pero no me divertiría.

Esto hizo que Keawe se enfadara todavía más con ella, porque creía que le entristecía el destino del anciano, y consigo mismo, porque pensaba que Kokua tenía razón y se avergonzaba de ser tan feliz.

—¡Eso es lo que piensas de verdad —exclamó—, y ese es el afecto que me tienes! ¡Tu marido acaba de verse a salvo de la condenación eterna a la que se arriesgó por tu amor y tú no tienes ganas de nada! Kokua, tu corazón es un corazón desleal.

Keawe volvió a marcharse muy furioso y estuvo vagabundeando todo el día por la ciudad. Se encontró con unos amigos y estuvieron bebiendo

juntos; luego alquilaron un coche para ir al campo y allí siguieron bebiendo.

Uno de los que bebían con Keawe era un brutal *haole* ya viejo que había sido contramaestre de un ballenero y también prófugo, buscador de oro y presidiario en varias cárceles. Era un hombre rastrero; le gustaba beber y ver borrachos a los demás; y se empeñaba en que Keawe tomara una copa tras otra. Muy pronto, a ninguno de ellos le quedaba más dinero.

—¡Eh, tú! —dijo el contramaestre—, siempre estás diciendo que eres rico. Que tienes una botella o alguna tontería parecida.

—Sí —dijo Keawe—, soy rico; volveré a la ciudad y le pediré algo de dinero a mi mujer, que es la que lo guarda.

—Ese no es un buen sistema, compañero —dijo el contramaestre—. Nunca confíes tu dinero a una mujer. Son todas tan falsas como Judas; no la pierdas de vista.

Aquellas palabras impresionaron mucho a Keawe porque la bebida le había enturbiado el cerebro.

«No me extrañaría que fuera falsa», pensó. «¿Por qué tendría que entristecerle tanto mi liberación? Pero voy a demostrarle que a mí no se me engaña tan fácilmente. La pillaré infraganti».

De manera que cuando regresaron a la ciudad, Keawe le pidió al contramaestre que le esperara en la esquina, junto a la cárcel vieja, y él siguió solo por la avenida hasta la puerta de su casa. Era otra vez de noche; dentro había una luz, pero no se oía ningún ruido. Keawe dio la vuelta a la casa, abrió con mucho cuidado la puerta de atrás y miró dentro.

Kokua estaba sentada en el suelo con la lámpara a su lado; delante había una botella de color lechoso, con una panza muy redonda y un cuello muy largo; y mientras la contemplaba, Kokua se retorcía las manos.

Keawe se quedó mucho tiempo en la puerta, mirando. Al principio fue incapaz de reaccionar; luego tuvo miedo de que la venta no hubiera sido válida y de que la botella hubiera vuelto a sus manos como le sucediera en San Francisco; y al pensar en esto notó que se le doblaban

las rodillas y los vapores del vino se esfumaron de su cabeza como la neblina desaparece de un río con los primeros rayos del sol. Después se le ocurrió otra idea. Era una idea muy extraña e hizo que le ardieran las mejillas. «Tengo que asegurarme de esto», pensó.

De manera que cerró la puerta, dio la vuelta a la casa y entró de nuevo haciendo mucho ruido, como si acabara de llegar. Pero cuando abrió la puerta principal ya no se veía la botella por ninguna parte; y Kokua estaba sentada en una silla y se sobresaltó como alguien que se despierta.

—He estado bebiendo y divirtiéndome todo el día —dijo Keawe—. He encontrado unos camaradas muy simpáticos y vengo solo por más dinero para seguir bebiendo y corriéndonos la gran juerga.

Tanto su rostro como su voz eran tan severos como los de un juez, pero Kokua estaba demasiado preocupada para darse cuenta.

—Haces muy bien en usar de tu dinero, esposo mío —dijo ella con voz temblorosa.

—Ya sé que hago bien en todo —dijo Keawe, yendo directamente hacia el baúl y cogiendo el dinero. También miró detrás, en el rincón donde guardaba la botella, pero la botella no estaba allí.

Entonces el baúl empezó a moverse como un alga marina y la casa a dilatarse como una espiral de humo, porque Keawe comprendió que estaba perdido, y que no le quedaba ninguna escapatoria. «Es lo que me temía», pensó. «Es ella la que ha comprado la botella».

Luego se recobró un poco, alzándose de nuevo; pero el sudor le corría por la cara tan abundante como si se tratara de gotas de lluvia y tan frío como si fuera agua de pozo.

—Kokua —dijo Keawe—, esta mañana me he enfadado contigo sin razón alguna. Ahora voy otra vez a divertirme con mis compañeros —añadió, riendo sin mucho entusiasmo—. Pero sé que lo pasaré mejor si me perdonas antes de marcharme.

Un momento después Kokua estaba agarrada a sus rodillas y se las besaba mientras ríos de lágrimas corrían por sus mejillas.

—¡Solo quería que me dijeras una palabra amable! —exclamó ella.

—Ojalá nunca volvamos a pensar mal el uno del otro —dijo Keawe; acto seguido volvió a marcharse.

Keawe no había cogido más dinero que parte de la provisión de monedas de un céntimo que consiguieran nada más llegar. Sabía muy bien que no tenía ningún deseo de seguir bebiendo.

Puesto que su mujer había dado su alma por él, Keawe tenía ahora que dar la suya por Kokua; no era posible pensar en otra cosa.

En la esquina, junto a la cárcel vieja, le esperaba el contramaestre.

—Mi mujer tiene la botella —dijo Keawe—, y si no me ayudas a recuperarla, se habrán acabado el dinero y la bebida por esta noche.

—¿No querrás decirme que esa historia de la botella va en serio? —exclamó el contramaestre.

—Pongámonos bajo el farol —dijo Keawe—. ¿Tengo aspecto de estar bromeando?

—Debe de ser cierto —dijo el contramaestre—, porque estás tan serio como si vinieras de un entierro.

—Escúchame, entonces —dijo Keawe—; aquí tienes dos céntimos; entra en la casa y ofréceselos a mi mujer por la botella, y (si no estoy equivocado) te la entregará inmediatamente. Traémela aquí y yo te la volveré a comprar por un céntimo; porque tal es la ley con esa botella: es preciso venderla por una suma inferior a la de la compra. Pero en cualquier caso no le digas una palabra de que soy yo quien te envía.

—Compañero, ¿no te estarás burlando de mí?, —quiso saber el contramaestre.

—Nada malo te sucedería aunque fuera así —respondió Keawe.

—Tienes razón, compañero —dijo el contramaestre.

—Y si dudas de mí —añadió Keawe— puedes hacer la prueba. Tan pronto como salgas de la casa, no tienes más que desear que se te llene el bolsillo de dinero, o una botella del mejor ron o cualquier otra cosa que se te ocurra y comprobarás enseguida el poder de la botella.

—Muy bien, *kanaka* —dijo el contramaestre—. Haré la prueba; pero si te estás divirtiendo a costa mía, te aseguro que yo me divertiré después a la tuya con una barra de hierro.

De manera que el ballenero se alejó por la avenida; y Keawe se quedó esperándolo. Era muy cerca del sitio donde Kokua había esperado la noche anterior; pero Keawe estaba más decidido y no tuvo un solo momento de vacilación; solo su alma estaba llena del amargor de la desesperación.

Le pareció que llevaba ya mucho rato esperando cuando oyó que alguien se acercaba, cantando por la avenida todavía a oscuras. Reconoció enseguida la voz del contramaestre; pero era extraño que repentinamente diera la impresión de estar mucho más borracho que antes. El contramaestre en persona apareció poco después, tambaleándose, bajo la luz del farol. Llevaba la botella del diablo dentro de la chaqueta y otra botella en la mano; y aún tuvo tiempo de llevársela a la boca y echar un trago mientras cruzaba el círculo iluminado.

—Ya veo que la has conseguido —dijo Keawe.

—¡Quietas las manos! —gritó el contramaestre, dando un salto hacia atrás—. Si te acercas un paso más te parto la boca. Creías que ibas a poder utilizarme, ¿no es cierto?

—¿Qué significa esto? —exclamó Keawe.

—¿Qué significa? —repitió el contramaestre—. Que esta botella es una cosa extraordinaria, ya lo creo que sí; eso es lo que significa. Cómo la he conseguido por dos céntimos es algo que no sabría explicar; pero sí estoy seguro de que no te la voy a dar por uno.

—¿Quieres decir que no la vendes? —jadeó Keawe.

—¡Claro que no! —exclamó el contramaestre—. Pero te dejaré echar un trago de ron, si quieres.

—Has de saber —dijo Keawe— que el hombre que tiene esa botella terminará en el infierno.

—Calculo que voy a ir a parar allí de todas formas —replicó el marinero—; y esta botella es la mejor compañía que he encontrado para ese viaje. ¡No, señor! —exclamó de nuevo—; esta botella es mía ahora y ya puedes ir buscándote otra.

—¿Es posible que sea verdad todo esto? —exclamó Keawe—. ¡Por tu propio bien, te lo ruego, véndemela!

—No me impone nada lo que digas —replicó el contramaestre—. Me tomaste por tonto y ya ves que no lo soy; eso es todo. Si no quieres un trago de ron me lo tomaré yo. ¡A tu salud y que pases buena noche!

Y acto seguido continuó andando, camino de la ciudad; y con él también la botella desaparece de esta historia.

Pero Keawe corrió a reunirse con Kokua con la velocidad del viento; y grande fue su alegría aquella noche; y grande, desde entonces, ha sido la paz que colma todos sus días en la Casa Resplandeciente.

Apia, Upolu, Islas de Samoa, 1889.

LOS AMIGOS DE LOS AMIGOS

Henry James

(The Friends of the Friends, 1896)

En las ghost stories *de Henry James (1843-1916), lo sobrenatural es invisible (presencia del mal más allá de toda imaginación, como en la famosa La vuelta de tuerca), o casi (inaprehensible desdoblamiento de sí mismo en The Jolly Corner). De cualquier modo, no es la imagen visible del fantasma lo que cuenta, sino el nudo de las relaciones humanas por las que el fantasma es evocado o que el fantasma contribuye a establecer. Una historia de relaciones mundanas impalpables, como en Los amigos de los amigos (o, quizá mejor, Amigos de amigos), se carga de vibraciones: todo ser vivo proyecta fantasmas, la frontera entre las personas de carne y hueso y las emanaciones psíquicas es lábil; el punto de partida «parapsicológico» se duplica y multiplica. Como sucede a menudo en James, el personaje en apariencia neutral que se encuentra detrás de la «voz del narrador» tiene un papel decisivo precisamente por lo que no dice: aquí, como en La vuelta de tuerca, es una voz de mujer, que esta vez no esconde su pasión dominante, los celos, y su tendencia a la intriga.*

ENCUENTRO, como profetizaste, mucho de interesante, pero poco de utilidad para la cuestión delicada —la posibilidad de publicación—. Los diarios de esta mujer son menos sistemáticos de lo que yo esperaba; no tenía más que la bendita costumbre de anotar y narrar. Resumía, guardaba; parece como si pocas veces dejara pasar una buena historia sin atraparla al vuelo. Me refiero, claro está, más que a las cosas que oía, a las que veía y sentía. Unas veces escribe sobre sí misma, otras sobre otros, otras sobre la combinación. Lo incluido bajo esta última rúbrica es lo que suele ser más gráfico. Pero, como comprenderás, no siempre lo más gráfico es lo más publicable. La verdad es que es tremendamente

indiscreta, o por lo menos tiene todos los materiales que harían falta para que *yo* lo fuera. Observa como ejemplo este fragmento que te mando después de dividirlo, para tu comodidad, en varios capítulos cortos. Es el contenido de un cuaderno de pocas hojas que he hecho copiar, que tiene el valor de ser más o menos una cosa redonda, una suma inteligible. Es evidente que estas páginas datan de hace bastantes años. He leído con la mayor curiosidad lo que tan circunstanciadamente exponen, y he hecho todo lo posible por digerir el prodigio que dejan deducir. Serían cosas llamativas, ¿no es cierto?, para cualquier lector; pero ¿te imaginas siquiera que yo pusiera semejante documento a la vista del mundo, aunque ella misma, como si quisiera hacerle al mundo ese regalo, no diera a sus amigos nombres ni iniciales? ¿Tienes tú alguna pista sobre su identidad? Le cedo la palabra.

I

Sé perfectamente, por supuesto, que yo me lo busqué; pero eso ni quita ni pone. Yo fui la primera persona que le habló de ella: ni tan siquiera la había oído nombrar. Aunque yo no hubiera hablado, alguien lo habría hecho por mí; después traté de consolarme con esa reflexión. Pero el consuelo que dan las reflexiones es poco: el único consuelo que cuenta en la vida es no haber hecho el tonto. Esa es una bienaventuranza de la que yo, desde luego, nunca gozaré. «Pues deberías conocerla y comentarlo con ella», fue lo que le dije inmediatamente. «Sois almas gemelas». Le conté quién era, y le expliqué que eran almas gemelas porque, si él había tenido en su juventud una aventura extraña, ella había tenido la suya más o menos por la misma época. Era cosa bien sabida de sus amistades —cada dos por tres se le pedía que relatara el incidente—. Era encantadora, inteligente, guapa, desgraciada; pero, con todo eso, era a aquello a lo que en un principio había debido su celebridad.

Tenía dieciocho años cuando, estando de viaje por no sé dónde con una tía suya, había tenido una visión de su padre en el momento de morir. Su padre estaba en Inglaterra, a una distancia de cientos de millas y, que ella supiera, ni muriéndose ni muerto. Ocurrió de día, en un

museo de una gran ciudad extranjera. Ella había pasado sola, adelantándose a sus acompañantes, a una salita que contenía una obra de arte famosa, y que en aquel momento ocupaban otras dos personas. Una era un vigilante anciano; a la otra, antes de fijarse, la tomó por un desconocido, un turista. No fue consciente sino de que tenía la cabeza descubierta y estaba sentado en un banco. Pero en el instante en que puso los ojos en él vio con asombro a su padre, que, como si llevara esperándola mucho tiempo, la miraba con inusitada angustia y con una impaciencia que era casi un reproche. Ella corrió hacia él, gritando descompuesta: «¿Papá, qué te pasa?»; pero a esto siguió una demostración de sentimiento todavía más intenso al ver que ante ese movimiento su padre se desvanecía sin más, dejándola consternada entre el vigilante y sus parientes, que para entonces ya la habían seguido. Esas personas, el empleado, la tía, los primos, fueron pues, en cierto modo, testigos del hecho —del hecho, al menos, de la impresión que había recibido—; y hubo además el testimonio de un médico que atendía a una de las personas del grupo y a quien se comunicó inmediatamente lo sucedido. El médico prescribió un remedio contra la histeria pero le dijo a la tía en privado: «Espere a ver si no ocurre nada en su casa». Sí había ocurrido algo: el pobre padre, víctima de un mal súbito y violento, había fallecido aquella misma mañana. La tía, hermana de la madre, recibió en el día un telegrama en el que se le anunciaba el suceso y se le pedía que preparase a su sobrina. Su sobrina ya estaba preparada, y ni que decir tiene que aquella aparición dejó en ella una huella indeleble. A todos nosotros, como amigos suyos, nos había sido transmitida, y todos nos la habíamos transmitido unos a otros con cierto estremecimiento. De eso hacía doce años, y ella, como mujer que había hecho una boda desafortunada y vivía separada de su marido, había cobrado interés por otros motivos; pero como el apellido que ahora llevaba era un apellido frecuente, y como además su separación judicial apenas era distinción en los tiempos que corrían, era habitual singularizarla como «esa, sí, la que vio al fantasma de su padre».

En cuanto a él, él había visto al de su madre…, ¡qué más hacía falta! Yo no lo había sabido hasta esta ocasión en que nuestro trato más

íntimo, más agradable, le llevó, por algo que había salido en nuestra conversación a mencionarlo y con ello a inspirarme el impulso de hacerle saber que tenía un rival en ese terreno —una persona con quien comparar impresiones—. Más tarde, esa historia vino a ser para él, quizá porque yo la repitiese indebidamente, también una cómoda etiqueta mundana; pero no era con esa referencia como me lo habían presentado un año antes. Tenía otros méritos, como ella, la pobre, también los tenía. Yo puedo decir sinceramente que fui muy consciente de ellos desde el primer momento —que los descubrí antes de que él descubriera los míos—. Recuerdo haber observado ya en aquel entonces que su percepción de los míos se avivó por esto de que yo pudiera corresponder, aunque desde luego no con nada de mi propia experiencia, a su curiosa anécdota. Databa esa anécdota, como la de ella, de una docena de años atrás: de un año en el que, estando en Oxford, por no sé qué razones se había quedado a hacer el curso «largo». Era una tarde del mes de agosto; había estado en el río. Cuando volvió a su habitación, todavía a la clara luz del día, encontró allí a su madre, de pie y como con los ojos fijos en la puerta. Aquella mañana había recibido una carta de ella desde Gales, donde estaba con su padre. Al verle le sonrió con muchísimo cariño y le tendió los brazos, y al adelantarse él abriendo los suyos, lleno de alegría, se desvaneció. Él le escribió aquella noche, contándole lo sucedido; la carta había sido cuidadosamente conservada. A la mañana siguiente le llegó la noticia de su muerte. Aquel azar de nuestra conversación hizo que se quedara muy impresionado por el pequeño prodigio que yo pude presentarle. Nunca se había tropezado con otro caso. Desde luego que tenían que conocerse, mi amiga y él; seguro que tendrían cosas en común. Yo me encargaría, ¿verdad? —si *ella* no tenía inconveniente—; él no lo tenía en absoluto. Yo había prometido hablarlo con ella en la primera ocasión, y en la misma semana pude hacerlo. De «inconveniente» tenía tan poco como él; estaba perfectamente dispuesta a verle. A pesar de lo cual no había de haber encuentro —como vulgarmente se entienden los encuentros.

II

La mitad de mi cuento está en eso: de qué forma extraordinaria se vio obstaculizado. Fue culpa de una serie de accidentes; pero esos accidentes, persistiendo al cabo de los años, acabaron siendo, para mí y para otras personas, objeto de diversión con cada una de las partes. Al principio tuvieron bastante gracia, luego ya llegaron a aburrir. Lo curioso es que él y ella estaban muy bien dispuestos: no se podía decir que se mostrasen indiferentes, ni muchísimo menos reacios. Fue uno de esos caprichos del azar, ayudado, supongo, por una oposición bastante arraigada de las ocupaciones y costumbres de uno y otra. Las de él tenían por centro su cargo, su sempiterna inspección, que le dejaba escaso tiempo libre, reclamándole constantemente y obligándole a anular compromisos. Le gustaba la vida social, pero en todos lados la encontraba y la cultivaba a la carrera. Yo nunca sabía dónde podía estar en un momento dado, y a veces transcurrían meses sin que le viera. Ella, por su parte, era prácticamente suburbana: vivía en Richmond y no «salía» nunca. Era persona de distinción, pero no de mundo, y muy sensible, como se decía, a su situación. Decididamente altiva y un tanto caprichosa, vivía su vida como se la había trazado. Había cosas que era posible hacer con ella, pero era imposible hacerla ir a las reuniones en casa ajena. De hecho éramos los demás los que íbamos, algo más a menudo de lo que hubiera sido normal, a las suyas, que consistían en su prima, una taza de té y la vista. El té era bueno; pero la vista nos era ya familiar, aunque tal vez su familiaridad no alcanzara, como la de la prima —una solterona desagradable que formaba parte del grupo cuando aquello del museo que ahora vivía con ella—, al grado de lo ofensivo. Aquella vinculación a un pariente inferior, que en parte obedecía a motivos económicos —según ella su acompañante era una administradora maravillosa—, era una de las pequeñas manías que le teníamos que perdonar. Otro era su estimación de lo que le exigía el decoro por haber roto con su marido. Esta era extremada —muchos la calificaban hasta de morbosa—. No tomaba con nadie la iniciativa; cultivaba el escrúpulo; sospechaba desaires, o quizá me esté mejor decir que los recordaba: era una de las pocas mujeres que he conocido a quienes esa particular posición había hecho modestas más que atrevidas.

¡La pobre, cuánta delicadeza! Especialmente marcados eran los límites que había puesto a las posibles atenciones de parte de hombres: siempre estaba pensando que su marido no hacía sino esperar la ocasión para atacar. Desalentaba, si no prohibía las visitas de personas del sexo masculino no seniles: decía que para ella todas las precauciones eran pocas.

Cuando por primera vez le mencioné que tenía un amigo al que los hados habían distinguido de la misma extraña manera que a ella, le dejé todo el margen posible para que me dijera: «¡Ah, pues traele a verme!». Seguramente habría podido llevarle, y se habría producido una situación del todo inocente, o por lo menos relativamente simple. Pero no dijo nada de eso; no dijo más que: «Tendré que conocerle; ¡a ver si coincidimos!». Eso fue la causa del primer retraso, y entretanto pasaron varias cosas. Una de ellas fue que con el transcurso del tiempo, y como era una persona encantadora, fue haciendo cada vez más amistades, y matemáticamente esos amigos eran también lo suficientemente amigos de él como para sacarle a relucir en la conversación. Era curioso que sin pertenecer, por así decirlo, al mismo mundo, o, según una expresión horrenda, al mismo ambiente, mi sorprendida pareja hubiera venido a dar en tantos casos con las mismas personas y a hacerles entrar en el extraño coro. Ella tenía amigos que no se conocían entre sí, pero que inevitable y puntualmente le hablaban bien de él. Tenía también un tipo de originalidad, un interés intrínseco, que hacía que cada uno de nosotros la tuviera como un recurso privado, cultivado celosamente, más o menos en secreto, como una de esas personas a las que no se ve en una reunión social, a las que no todo el mundo —no el vulgo— puede abordar, y con quien, por tanto, el trato es particularmente difícil y particularmente precioso. La veíamos cada cual por separado, con citas y condiciones, y en general nos resultaba más conducente a la armonía no contárnoslo. Siempre había quien había recibido una nota suya más tarde que otro. Hubo una necia que durante mucho tiempo, entre los no privilegiados, debió a tres simples visitas a Richmond la fama de codearse con «cantidad de personas inteligentísimas y fuera de serie».

Todos hemos tenido amigos que parecía buena idea juntar, y todos recordamos que nuestras mejores ideas no han sido nuestros mayores éxitos; pero dudo que jamás se haya dado otro caso en el que el fracaso estuviera en proporción tan directa con la cantidad de influencia puesta en juego. Realmente puede ser que la cantidad de influencia fuera lo más notable de este. Los dos, la dama y el caballero, lo calificaron ante mí y ante otros de tema para una comedia muy divertida. Con el tiempo, la primera razón aducida se eclipsó, y sobre ella florecieron otras cincuenta mejores. Eran tan parecidísimos: tenían las mismas ideas, mañas y gustos, los mismos prejuicios, supersticiones y herejías; decían las mismas cosas y, a veces, las hacían; les gustaban y les desagradaban las mismas personas y lugares, los mismos libros, autores y estilos; había toques de semejanza hasta en su aspecto y sus facciones. Como no podía ser menos, los dos eran, según la voz popular, igual de «simpáticos» y casi igual de guapos. Pero la gran identidad que alimentaba asombros y comentarios era su rara manía de no dejarse fotografiar. Eran las únicas personas de quienes se supiera que nunca habían «posado» y que se negaban a ello con pasión. Que no y que no —nada, por mucho que se les dijera—. Yo había protestado vivamente; a él, en particular, había deseado tan en vano poder mostrarle sobre la chimenea del salón, en un marco de Bond Street. Era, en cualquier caso, la más poderosa de las razones por las que debían conocerse —de todas las poderosas razones reducidas a la nada por aquella extraña ley que les había hecho cerrarse mutuamente tantas puertas en las narices, que había hecho de ellos los cubos de un pozo, los dos extremos de un balancín, los dos partidos del Estado, de suerte que cuando uno estaba arriba el otro estaba abajo, cuando uno estaba fuera el otro estaba dentro; sin la más mínima posibilidad para ninguno de entrar en una casa hasta que el otro la hubiera abandonado, ni de abandonarla desavisado hasta que el otro estuviera a tiro—. No llegaban hasta el momento en que ya no se les esperaba, que era precisamente también cuando se marchaban. Eran, en una palabra, alternos e incompatibles; se cruzaban con un empecinamiento que solo se podía explicar pensando que fuera preconvenido. Tan lejos estaba de serlo, sin embargo, que acabó

—literalmente al cabo de varios años— por decepcionarles y fastidiarles. Yo no creo que su curiosidad fuera intensa hasta que se manifestó absolutamente vana. Mucho, por supuesto, se hizo por ayudarles, pero era como tender alambres para hacerles tropezar. Para poner ejemplos tendría que haber tomado notas; pero sí recuerdo que ninguno de los dos había podido jamás asistir a una cena en la ocasión propicia. La ocasión propicia para uno era la ocasión frustrada para el otro. Para la frustrada eran puntualísimos, y al final todas quedaron frustradas. Hasta los elementos se confabulaban, secundados por la constitución humana. Un catarro, un dolor de cabeza, un luto, una tormenta, una niebla, un terremoto, un cataclismo se interponían infaliblemente. El asunto pasaba ya de broma.

Pero como broma había que seguir tomándolo, aunque no pudiera uno por menos de pensar que con la broma la cosa se había puesto seria, se había producido por ambas partes una conciencia, una incomodidad, un miedo real al último accidente de todos, el único que aún podía tener algo de novedoso, al accidente que sí les reuniese. El efecto último de sus predecesores había sido encender ese instinto. Estaban francamente avergonzados —quizá incluso un poco el uno del otro—. Tanto preparativo, tanta frustración: ¿qué podía haber, después de tanto y tanto, que lo mereciera? Un mero encuentro sería mera vaciedad. ¿Me los imaginaba yo al cabo de los años, preguntaban a menudo, mirándose estúpidamente el uno al otro, y nada más? Si era aburrida la broma, peor podía ser eso. Los dos se hacían exactamente las mismas reflexiones, y era seguro que a cada cual le llegaran por algún conducto las del contrario. Yo tengo el convencimiento de que era esa peculiar desconfianza lo que en el fondo controlaba la situación. Quiero decir que si durante el primer año o dos habían fracasado sin poderlo evitar, mantuvieron la costumbre porque —¿cómo decirlo?— se habían puesto nerviosos. Realmente había que pensar en una volición soterrada para explicarse una cosa tan repetida y tan ridícula.

III

Cuando para coronar nuestra larga relación acepté su renovada oferta de matrimonio, se dijo humorísticamente, lo sé, que yo había puesto como condición que me regalara una fotografía suya. Lo que era verdad era que yo me había negado a darle la mía sin ella. El caso es que le tenía por fin, todo pimpante, encima de la chimenea; y allí fue donde ella, el día que vino a darme la enhorabuena, estuvo más cerca que nunca de verle. Con posar para aquel retrato le había dado él un ejemplo que yo la invité a seguir; ya que él había depuesto su terquedad, ¿por qué no deponía ella la suya? También ella me tenía que regalar algo por mi compromiso: ¿por qué no me regalaba la pareja? Se echó a reír y meneó la cabeza; a veces hacía ese gesto con un impulso que parecía venido desde tan lejos como la brisa que mueve una flor. Lo que hacía pareja con el retrato de mi futuro marido era el retrato de su futura mujer. Ella tenía tomada su decisión, y era tan incapaz de apartarse de ella como de explicarla. Era un prejuicio, un *entêtement*, un voto —viviría y se moriría sin dejarse fotografiar—. Ahora, además, estaba sola en ese estado: eso era lo que a ella le gustaba; le otorgaba una originalidad tanto mayor. Se regocijó de la caída de su excorreligionario, y estuvo largo rato mirando su efigie, sin hacer sobre ella ningún comentario memorable, aunque hasta le dio la vuelta para verla por detrás. En lo tocante a nuestro compromiso se mostró encantadora, toda cordialidad y cariño.

—Llevas tú más tiempo conociéndole que yo sin conocerle —dijo—. Parece una enormidad.

Sabiendo cuánto habíamos trajinado juntos por montes y valles, era inevitable que ahora descansásemos juntos. Preciso todo esto porque lo que le siguió fue tan extraño que me da como un cierto alivio marcar el punto hasta donde nuestras relaciones fueron tan naturales como habían sido siempre. Yo fui quien con una locura súbita las alteró y destruyó. Ahora veo que ella no me dio el menor pretexto, y que donde únicamente lo encontré fue en su forma de mirar aquel apuesto semblante metido en un marco de Bond Street. ¿Y cómo habría querido yo que lo mirase? Lo que yo había deseado desde el principio era interesarla por él. Y lo mismo seguí deseando —hasta un momento después de que me prometiera que esa vez contaría realmente con su

ayuda para romper el absurdo hechizo que los había tenido separados—. Yo había acordado con él que cumpliera con su parte si ella triunfalmente cumplía con la suya. Yo estaba ahora en otras condiciones —en condiciones de responder por él—. Me comprometía rotundamente a tenerle allí mismo a las cinco de la tarde del sábado siguiente. Había salido de la ciudad por un asunto urgente, pero jurando mantener su promesa al pie de la letra: regresaría ex profeso y con tiempo de sobra. «¿Estás totalmente segura?», recuerdo que preguntó, con gesto serio y meditabundo; me pareció que palidecía un poco. Estaba cansada, no estaba bien: era una pena que al final fuera a conocerla en tan mal estado. ¡Si la hubiera conocido cinco años antes! Pero yo le contesté que esta vez era seguro, y que, por tanto, el éxito dependía únicamente de ella. A las cinco en punto del sábado le encontraría en un sillón concreto que le señalé, el mismo en el que solía sentarse y en el que —aunque esto no se lo dije— estaba sentado hacía una semana, cuando me planteó la cuestión de nuestro futuro de una manera que me convenció. Ella lo miró en silencio, como antes había mirado la fotografía, mientras yo repetía por enésima vez que era el colmo de lo ridículo que no hubiera manera de presentarle mi otro yo a mi amiga más querida.

—¿*Yo* soy tu amiga más querida? —me preguntó con una sonrisa que por un instante le devolvió la belleza.

Yo respondí estrechándola contra mi pecho; tras de lo cual dijo:

—De acuerdo, vendré. Me da mucho miedo, pero cuenta conmigo.

Cuando se marchó empecé a preguntarme qué sería lo que le daba miedo, porque lo había dicho como si hablara completamente en serio. Al día siguiente, a media tarde, me llegaron unas líneas suyas: al volver a casa se había encontrado con la noticia del fallecimiento de su marido. Hacía siete años que no se veían, pero quería que yo lo supiera por su conducto antes de que me lo contaran por otro. De todos modos, aunque decirlo resultara extraño y triste, era tan poco lo que con ello cambiaba su vida que mantendría escrupulosamente nuestra cita. Yo me alegré por ella, pensando que por lo menos cambiaría en el sentido de tener más dinero; pero aún con aquella distracción, lejos de olvidar que me había dicho que tenía miedo, me pareció atisbar una razón para que

lo tuviera. Su temor, conforme avanzaba la tarde, se hizo contagioso, y el contagio tomó en mi pecho la forma de un pánico repentino. No eran celos —no era más que pavor a los celos—. Me llamé necia por no haberme estado callada hasta que fuéramos marido y mujer. Después de eso me sentiría de algún modo segura. Tan solo era cuestión de esperar un mes más —cosa seguramente sin importancia para quienes llevaban esperando tanto tiempo—. Se había visto muy claro que ella estaba nerviosa, y ahora que era libre su nerviosismo no sería menor. ¿Qué era aquello, pues, sino un agudo presentimiento? Hasta entonces había sido víctima de interferencias, pero era muy posible que de allí en adelante fuera ella su origen. La víctima, en tal caso, sería sencillamente yo. ¿Qué había sido la interferencia sino el dedo de la Providencia apuntando a un peligro? Peligro, por supuesto, para mi modesta persona. Una serie de accidentes de frecuencia inusitada lo habían tenido a raya; pero bien se veía que el reino del accidente tocaba a su fin. Yo tenía la íntima convicción de que ambas partes mantendrían lo pactado. Se me hacía más patente por momentos que se estaban acercando, convergiendo. Eran como los que van buscando un objeto perdido en el juego de la gallina ciega; lo mismo ella que él habían empezado a «quemarse». Habíamos hablado de romper el hechizo; pues bien, efectivamente se iba a romper —salvo que no hiciera sino adoptar otra forma y exagerar sus encuentros como había exagerado sus huidas—. Fue esta idea la que me robó el sosiego; la que me quitó el sueño —a medianoche no cabía en mí de agitación—. Sentí, al cabo, que no había más que un modo de conjurar la amenaza. Si el reino del accidente había terminado, no me quedaba más remedio que asumir su sucesión. Me senté a escribir unas líneas apresuradas para que él las encontrara a su regreso y, como los criados ya se habían acostado, yo misma salí destocada a la calle vacía y ventosa para echarlas en el buzón más próximo. En ellas le decía que no iba a poder estar en casa por la tarde, como había pensado, y que tendría que posponer su visita hasta la hora de la cena. Con ello le daba a entender que me encontraría sola.

IV

Cuando ella, según lo acordado, se presentó a las cinco me sentí, naturalmente, falsa y ruin. Mi acción había sido una locura momentánea, pero lo menos que podía hacer era tirar para adelante, como se suele decir. Ella permaneció una hora en casa; él, por supuesto, no apareció; y yo no pude sino persistir en mi perfidia. Había creído mejor dejarla venir; aunque ahora me parece chocante, juzgué que aminoraba mi culpa. Y aún así, ante aquella mujer tan visiblemente pálida y cansada, doblegada por la consciencia de todo lo que la muerte de su marido había puesto sobre el tapete, sentí una punzada verdaderamente lacerante de lástima y de remordimiento. Si no le dije en aquel mismo momento lo que había hecho fue porque me daba demasiada vergüenza. Fingí asombro —lo fingí hasta el final—; protesté que si alguna vez había tenido confianza era aquel día. Me sonroja contarlo —lo tomo como penitencia—. No hubo muestra de indignación contra él que no diera; inventé suposiciones, atenuantes; reconocí con estupor, viendo correr las manecillas del reloj, que la suerte de los dos no había cambiado. Ella se sonrió ante esa visión de su «suerte», pero su aspecto era de preocupación —su aspecto era desacostumbrado—: lo único que me sostenía era la circunstancia de que, extrañamente, llevara luto —no grandes masas de crespón, sino un sencillo luto riguroso—. Llevaba tres plumas negras, pequeñas, en el sombrero. Llevaba un manguito pequeño de astracán. Eso, ayudado por un tanto de reflexión aguda, me daba un poco la razón. Me había escrito diciendo que el súbito evento no significaba ningún cambio para ella, pero evidentemente hasta ahí sí lo había habido. Si se inclinaba a seguir las formalidades de rigor, ¿por qué no observaba la de no hacer visitas en los primeros días? Había alguien a quien tanto deseaba ver que no podía esperar a tener sepultado a su marido. Semejante revelación de ansia me daba la dureza y la crueldad necesarias para perpetrar mi odioso engaño, aunque al mismo tiempo, según se iba consumiendo aquella hora, sospeché en ella otra cosa todavía más profunda que el desencanto, y un tanto peor disimulada. Me refiero a un extraño alivio subyacente, la blanda y suave emisión del aliento cuando ha pasado un peligro. Lo que ocurrió durante aquella hora estéril que pasó conmigo fue que por fin renunció a él. Le dejó ir

para siempre. Hizo de ello la broma más elegante que yo había visto hacer de nada; pero fue, a pesar de todo, una gran fecha de su vida. Habló, con su suave animación, de todas las otras ocasiones vanas, el largo juego de escondite, la rareza sin precedentes de una relación así. Porque *era*, o había sido, una relación, ¿acaso no? Ahí estaba lo absurdo. Cuando se levantó para marcharse, yo le dije que era una relación más que nunca, pero que yo no tenía valor, después de lo ocurrido, para proponerle por el momento otra oportunidad. Estaba claro que la única oportunidad válida sería la celebración de mi matrimonio. ¡Por supuesto que iría a mi boda! Cabía incluso esperar que *él* fuera también.

—¡Si voy *yo*, no irá él! —recuerdo la nota aguda y el ligero quiebro de su risa. Concedí que podía llevar algo de razón. Lo que había que hacer entonces era tenernos antes bien casados.

—No nos servirá de nada. ¡Nada nos servirá de nada! —dijo dándome un beso de despedida—. ¡No le veré jamás, jamás!

Con esas palabras me dejó.

Yo podía soportar su desencanto, como lo he llamado; pero cuando, un par de horas más tarde, le recibí a él para la cena, descubrí que el suyo no lo podía soportar. No había pensado especialmente en cómo pudiera tomarse mi maniobra; pero el resultado fue la primera palabra de reproche que salía de su boca. Digo «reproche», y esa expresión apenas parece lo bastante fuerte para los términos en que me manifestó su sorpresa de que, en tan extraordinarias circunstancias, no hubiera yo encontrado alguna forma de no privarle de semejante ocasión. Sin duda podría haber arreglado las cosas para no tener que salir, o para que su encuentro hubiera tenido lugar de todos modos. Podían haberse entendido muy bien, en mi salón, sin mí. Ante eso me desmoroné: confesé mi iniquidad y su miserable motivo. Ni había cancelado mi cita con ella ni había salido; ella había venido y, tras una hora de estar esperándole, se había marchado convencida de que solo él era culpable de su ausencia.

—¡Bonita opinión se habrá llevado de mí! —exclamó—. ¿Me ha llamado —y recuerdo el trago de aire casi perceptible de su pausa— lo que tenía derecho a llamarme?

—Te aseguro que no ha dicho nada que demostrara el menor enfado. Ha mirado tu fotografía, hasta le ha dado la vuelta para mirarla por detrás, donde por cierto está escrita tu dirección. Pero no le ha inspirado ninguna demostración. No le preocupas tanto.

—¿Entonces por qué te da miedo?

—No era ella la que me daba miedo. Eras tú.

—¿Tan seguro veías que me enamorase de ella? No habías aludido nunca a esa posibilidad —prosiguió mientras yo guardaba silencio—. Aunque la describieras como una persona admirable, no era bajo esa luz como me la presentabas.

—¿O sea, que si *sí* lo hubiera sido a estas alturas ya habrías conseguido conocerla? Yo entonces no temía nada —añadí—. No tenía los mismos motivos.

A esto me respondió él con un beso y al recordar que ella había hecho lo mismo un par de horas antes sentí por un instante como si él recogiera de mis labios la propia presión de los de ella. A pesar de los besos, el incidente había dejado una cierta frialdad, y la consciencia de que él me hubiera visto culpable de una mentira me hacía sufrir horriblemente. Lo había visto solo a través de mi declaración sincera, pero yo me sentía tan mal como si tuviera una mancha que borrar. No podía quitarme de la cabeza de qué manera me había mirado cuando hablé de la aparente indiferencia con que ella había acogido el que no viniera. Por primera vez desde que le conocía fue como si pusiera en duda mi palabra. Antes de separarnos le dije que la iba a sacar del engaño: que a primera hora de la mañana me iría a Richmond, y le explicaría que él no había tenido ninguna culpa. Iba a expiar mi pecado, dije; me iba a arrastrar por el polvo; iba a confesar y pedir perdón. Ante esto me besó una vez más.

V

En el tren, al día siguiente, me pareció que había sido mucho consentir por su parte; pero mi resolución era firme y seguí adelante. Ascendí el largo repecho hasta donde comienza la vista, y llamé a la puerta. No dejó

de extrañarme un poco el que las persianas estuvieran todavía echadas, porque pensé que, aunque la contrición me hubiera hecho ir muy temprano, aun así había dejado a los de la casa tiempo suficiente para levantarse.

—¿Que si está en casa, señora? Ha dejado esta casa para siempre.

Aquel anuncio de la anciana criada me sobresaltó extraordinariamente.

—¿Se ha marchado?

—Ha muerto, señora.

Y mientras yo asimilaba, atónita, la horrible palabra:

—Anoche murió.

El fuerte grito que se me escapó sonó incluso a mis oídos como una violación brutal del momento. En aquel instante sentí como si yo la hubiera matado; se me nubló la vista, y a través de una borrosidad vi que la mujer me tendía los brazos. De lo que sucediera después no guardo recuerdo, ni de otra cosa que aquella pobre prima estúpida de mi amiga, en una estancia a media luz, tras un intervalo que debió de ser muy corto, mirándome entre sollozos ahogados y acusatorios. No sabría decir cuánto tiempo tardé en comprender, en creer y luego en desasirme, con un esfuerzo inmenso, de aquella cuchillada de responsabilidad que supersticiosamente, irracionalmente, había sido al pronto casi lo único de que tuve consciencia. El médico, después del hecho, se había pronunciado con sabiduría y claridad superlativas: había corroborado la existencia de una debilidad del corazón que durante mucho tiempo había permanecido latente, nacida seguramente años atrás de las agitaciones y los terrores que a mi amiga le había deparado su matrimonio. Por aquel entonces había tenido escenas crueles con su marido, había temido por su vida. Después, ella misma había sabido que debía guardarse resueltamente de toda emoción, de todo lo que significara ansiedad y zozobra, como evidentemente se reflejaba en su marcado empeño de llevar una vida tranquila; pero ¿cómo asegurar que nadie, y menos una «señora de verdad», pudiera protegerse de *todo* pequeño sobresalto? Un par de días antes lo había tenido con la noticia del fallecimiento de su marido —porque había impresiones fuertes de muchas clases, no solo de

dolor y de sorpresa—. Aparte de que ella jamás había pensado en una liberación tan próxima: todo hacía suponer que él viviría tanto como ella. Después, aquella tarde, en la ciudad, manifiestamente había sufrido algún percance: algo debió ocurrirle allí, que sería imperativo esclarecer. Había vuelto muy tarde —eran más de las once—, y al recibirla en el vestíbulo su prima, que estaba muy preocupada, había confesado que venía fatigada y que tenía que descansar un momento antes de subir las escaleras. Habían entrado juntas en el comedor, sugiriendo su compañera que tomase una copa de vino y dirigiéndose al aparador para servírsela. No fue sino un instante, pero cuando mi informadora volvió la cabeza nuestra pobre amiga no había tenido tiempo de sentarse. Súbitamente, con un débil gemido casi inaudible, se desplomó en el sofá. Estaba muerta. ¿Qué «pequeño sobresalto» ignorado le había asestado el golpe? ¿Qué choque, cielo santo, la estaba esperando en la ciudad? Yo cité inmediatamente la única causa de perturbación concebible —el no haber encontrado en mi casa, donde había acudido a las cinco invitada con ese fin, al hombre con el que yo me iba a casar, que accidentalmente no había podido presentarse, y a quien ella no conocía en absoluto—. Poco era, obviamente; pero no era difícil que le hubiera sucedido alguna otra cosa: nada más posible en las calles de Londres que un accidente, sobre todo un accidente en aquellos infames coches de alquiler. ¿Qué había hecho, a dónde había ido al salir de mi casa? Yo había dado por hecho que volviera directamente a la suya. Las dos nos acordamos entonces de que a veces, en sus salidas a la capital, por comodidad, por darse un respiro, se detenía una hora o dos en el «Gentlewomen», un tranquilo club de señoras, y yo prometí que mi primer cuidado sería hacer una indagación seria en ese establecimiento. Pasamos después a la cámara sombría y terrible en donde yacía en los brazos de la muerte, y donde yo, tras unos instantes, pedí quedarme a solas con ella y permanecí media hora. La muerte la había embellecido, la había dejado hermosa; pero lo que yo sentí, sobre todo, al arrodillarme junto al lecho, fue que la había silenciado, la había dejado muda. Había echado el cerrojo sobre algo que a mí me importaba saber.

A mi regreso de Richmond, y después de cumplir con otra obligación, me dirigí al apartamento de él. Era la primera vez, aunque a menudo había deseado conocerlo. En la escalera, que, dado que la casa albergaba una veintena de viviendas, era lugar de paso público, me encontré con su criado, que volvió conmigo y me hizo pasar. Al oírme entrar apareció él en el umbral de otra habitación más interior, y en cuanto quedamos solos le di la noticia:

—¡Está muerta!

—¿Muerta? —la impresión fue tremenda, y observé que no necesitaba preguntar a quién me refería con aquella brusquedad.

—Murió anoche…, al volver de mi casa.

Él me escudriñó con la expresión más extraña, registrándome con la mirada como si recelara una trampa.

—¿Anoche… al volver de tu casa? —repitió mis palabras atónito. Y a continuación me espetó, y yo oí atónita a mi vez—. ¡Imposible! Si yo la vi.

—¿Cómo que «la viste»?

—Ahí mismo…, donde tú estás.

Eso me recordó pasado un instante, como si pudiera ayudarme a asimilarlo, el gran prodigio de aquel aviso de su juventud.

—En la hora de la muerte…, comprendo: lo mismo que viste a tu madre.

—No, *no* como vi a mi madre… ¡no así, no! —Estaba hondamente afectado por la noticia, mucho más, estaba claro, de lo que pudiera haber estado la víspera; tuve la impresión cierta de que, como me dije entonces, había efectivamente una relación entre ellos dos, y que realmente la había tenido enfrente. Semejante idea, reafirmando su extraordinario privilegio, le habría presentado de pronto como un ser dolorosamente anormal de no haber sido por la vehemencia con que insistió en la distinción—. La vi viva. La vi para hablar con ella. La vi como ahora te estoy viendo a ti.

Es curioso que por un momento, aunque por un momento tan solo, encontrara yo alivio en el más personal, por así decirlo, pero también en el más natural, de los dos hechos extraños. Al momento siguiente,

asiendo esa imagen de ella yendo a verle después de salir de mi casa, y de precisamente lo que explicaba lo referente al empleo de su tiempo, demandé, con un ribete de aspereza que no dejé de advertir:

—¿Y se puede saber a qué venía?

Él había tenido ya un minuto para pensar —para recobrarse y calibrar efectos—, de modo que al hablar, aunque siguiera habiendo excitación en su mirada, mostró un sonrojo consciente y quiso, inconsecuentemente, restar gravedad a sus palabras con una sonrisa.

—Venía sencillamente a verme. Venía, después de lo que había pasado en tu casa, para que al fin, a pesar de todo, nos conociéramos. Me pareció un impulso exquisito, y así lo entendí.

Miré la habitación donde ella había estado —donde *ella* había estado y yo nunca hasta entonces.

—¿Y así como tú lo entendiste fue como ella lo expresó?

—Ella no lo expresó de ninguna manera, más que estando aquí y dejándose mirar. ¡Fue suficiente! —exclamó con una risa singular.

Yo iba de asombro en asombro.

—O sea, ¿que no te dijo nada?

—No dijo nada. No hizo más que mirarme como yo la miraba.

—¿Y tú tampoco le dirigiste la palabra?

Volvió a dirigirme aquella sonrisa dolorosa.

—Yo pensé *en ti*. La situación era sumamente delicada. Yo procedí con el mayor tacto. Pero ella se dio cuenta de que me resultaba agradable —repitió incluso la risa discordante.

—¡Ya se ve que «te resultó agradable»!

Entonces reflexioné un instante:

—¿Cuánto tiempo estuvo aquí?

—No sabría decir. Pareció como veinte minutos, pero es probable que fuera mucho menos.

—¡Veinte minutos de silencio! —empezaba a tener mi visión concreta, y ya de hecho a aferrarme a ella—. ¿Sabes que lo que me estás contando es una absoluta monstruosidad?

Él había estado hasta entonces de espaldas al fuego; al oír esto, con una mirada de súplica, se vino a mí.

—Amor mío te lo ruego, no lo tomes a mal.

Yo podía no tomarlo a mal, y así se lo di a entender; pero lo que no pude, cuando él con cierta torpeza abrió los brazos, fue dejar que me atrajera hacia sí. De modo que entre los dos se hizo, durante un tiempo apreciable, la tensión de un gran silencio.

VI

Él lo rompió al cabo, diciendo:

—¿No hay absolutamente ninguna duda de su muerte?

—Desdichadamente ninguna. Yo vengo de estar de rodillas junto a la cama donde la han tendido.

Clavó sus ojos en el suelo; luego los alzó a los míos.

—¿Qué aspecto tiene?

—Un aspecto… de paz.

Volvió a apartarse, bajo mi mirada; pero pasado un momento comenzó:

—¿Entonces a qué hora…?

—Debió ser cerca de la medianoche. Se derrumbó al llegar a su casa…, de una dolencia cardíaca que sabía que tenía, y que su médico sabía que tenía, pero de la que nunca, a fuerza de paciencia y de valor, me había dicho nada.

Me escuchaba muy atento, y durante un minuto no pudo hablar. Por fin rompió, con un acento de confianza casi infantil, de sencillez realmente sublime, que aún resuena en mis oídos según escribo:

—¡Era *maravillosa*!

Incluso en aquel momento tuve la suficiente ecuanimidad para responderle que eso siempre se lo había dicho yo; pero al instante, como si después de hablar hubiera tenido un atisbo del efecto que en mí hubiera podido producir, continuó apresurado:

—Comprenderás que si no llegó a su casa hasta medianoche…

Le atajé inmediatamente.

—¿Tuviste mucho tiempo para verla? ¿Y cómo? —pregunté— ¿si no te fuiste de mi casa hasta muy tarde? Yo no recuerdo a qué hora

exactamente…, estaba pensando en otras cosas. Pero tú sabes que, a pesar de haber dicho que tenías mucho que hacer, te quedaste un buen rato después de la cena. Ella, por su parte, pasó toda la velada en el «Gentlewomen», de allí vengo…, he hecho averiguaciones. Allí tomó el té; estuvo muchísimo tiempo.

—¿Qué estuvo haciendo durante ese muchísimo tiempo?

Le vi ansioso de rebatir punto por punto mi versión de los hechos; y cuanto más lo mostraba mayor era mi empeño en insistir en esa versión, en preferir con aparente empecinamiento una explicación que no hacía sino acrecentar la maravilla y el misterio, pero que, de los dos prodigios entre los que se me daba a elegir, era el más aceptable para mis celos renovados. Él defendía, con un candor que ahora me parece hermoso, el privilegio de haber conocido, a pesar de la derrota suprema, a la persona viva; en tanto que yo, con un apasionamiento que hoy me asombra, aunque todavía en cierto modo sigan encendidas sus cenizas, no podía sino responderle que, en virtud de un extraño don compartido por ella con su madre, y que también por parte de ella era hereditario, se había repetido para él el milagro de su juventud, para ella el milagro de la suya. Había ido a él —sí—, y movida de un impulso todo lo hermoso que quisiera; ¡pero no en carne y hueso! Era mera cuestión de evidencia. Yo había recibido, sostuve, un testimonio inequívoco de lo que ella había estado haciendo —durante casi todo este tiempo— en el club. Estaba casi vacío, pero los empleados se habían fijado en ella. Había estado sentada, sin moverse, en una butaca, junto a la chimenea del salón; había reclinado la cabeza, había cerrado los ojos, aparentaba un sueño ligero.

—Ya. Pero ¿hasta qué hora?

—Sobre eso —tuve que responder— los criados me fallaron un poco. Y la portera en particular, que desdichadamente es tonta, aunque se supone que también ella es socia del club. Está claro que a esas horas, sin que nadie la sustituyera y en contra de las normas, estuvo un rato ausente de la jaula desde donde tiene por obligación vigilar quién entra y quién sale. Se confunde, miente palpablemente; así que partiendo de sus observaciones no puedo darte una hora con seguridad. Pero a eso de las

diez y media se comentó que nuestra pobre amiga ya no estaba en el club.

Le vino de perlas.

—Vino derecha aquí, y desde aquí se fue derecha al tren.

—No pudo ir a tomarlo con el tiempo tan justo —declaré—. Precisamente es una cosa que no hacía jamás.

—Ni fue a tomarlo con el tiempo justo, hija mía…, tuvo tiempo de sobra. Te falla la memoria en eso de que yo me despidiera tarde: precisamente te dejé antes que otros días. Lamento que el tiempo que pasé contigo te pareciera largo, porque estaba aquí de vuelta antes de las diez.

—Para ponerte en zapatillas —fue mi contestación— y quedarte dormido en un sillón. No despertaste hasta por la mañana…, ¡la viste en sueños!

Él me miraba en silencio y con mirada sombría, con unos ojos en los que se traslucía que tenía cierta irritación que reprimir. Enseguida proseguí:

—Recibes la visita, a hora intempestiva, de una señora…; sea: nada más probable. Pero señoras hay muchas. ¿Me quieres explicar, si no había sido anunciada y no dijo nada, y encima no habías visto jamás un retrato suyo, cómo pudiste identificar a la persona de la que estamos hablando?

—¿No me la habían descrito hasta la saciedad? Te la puedo describir con pelos y señales.

—¡Ahórratelo! —clamé con una aspereza que le hizo reír una vez más. Yo me puse colorada, pero seguí—: ¿Le abrió tu criado?

—No estaba…, nunca está cuando se le necesita. Entre las peculiaridades de este caserón está el que se pueda acceder desde la puerta de la calle hasta los diferentes pisos prácticamente sin obstáculos. Mi criado ronda a una señorita que trabaja en el piso de arriba, y anoche se lo tomó sin prisas. Cuando está en esa ocupación deja la puerta de fuera, la de la escalera, solo entornada, y así puede volver a entrar sin hacer ruido. Para abrirla basta entonces con un ligero empujón. Ella se lo dio…, solo hacía falta un poco de valor.

—¿Un poco? ¡Toneladas! Y toda clase de cálculos imposibles.

—Pues lo tuvo,… y los hizo. ¡Quede claro que yo no he dicho en ningún momento —añadió— que no fuera una cosa sumamente extraña!

Algo había en su tono que por un tiempo hizo que no me arriesgase a hablar. Al cabo dije:

—¿Cómo había llegado a saber dónde vivías?

—Recordaría la dirección que figuraba en la etiquetita que los de la tienda dejaron tranquilamente pegada al marco que encargué para mi retrato.

—¿Y cómo iba vestida?

—De luto, mi amor. No grandes masas de crespón, sino un sencillo luto riguroso. Llevaba tres plumas negras, pequeñas, en el sombrero. Llevaba un manguito pequeño de astracán. Cerca del ojo izquierdo —continuó— tiene una pequeña cicatriz vertical…

Le corté en seco.

—La señal de una caricia de su marido —luego añadí—: ¡Muy cerca de ella has tenido que estar!

A eso no me respondió nada, y me pareció que se ruborizaba; al observarlo me despedí.

—Bueno, adiós.

—¿No te quedas un rato? —volvió a mí con ternura, y esa vez le dejé—. Su visita tuvo su belleza —murmuró teniéndome abrazada—, pero la tuya tiene más.

Le dejé besarme, pero recordé, como había recordado el día antes, que el último beso que ella diera, suponía yo, en este mundo había sido para los labios que él tocaba.

—Es que yo soy la vida —respondí—. Lo que viste anoche era la muerte.

—¡Era la vida…, era la vida!

Hablaba con suave terquedad —yo me desasí. Nos miramos fijamente.

—Describes la escena —si a eso se puede llamar descripción— en términos incomprensibles. ¿Entró en la habitación sin que tú te dieras cuenta?

—Yo estaba escribiendo cartas, enfrascado, en esa mesa de debajo de la lámpara, y al levantar la vista la vi frente a mí.

—¿Y qué hiciste entonces?

—Me levanté soltando una exclamación, y ella, sonriéndome, se llevó un dedo a los labios, claramente a modo de advertencia, pero con una especie de dignidad delicada. Yo sabía que ese gesto quería decir silencio, pero lo extraño fue que pareció explicarla y justificarla inmediatamente. El caso es que estuvimos así, frente a frente, durante un tiempo que, como ya te he dicho, no puedo calcular. Como tú y yo estamos ahora.

—¿Simplemente mirándose de hito en hito?

Protestó impaciente.

—¡Es que no estamos mirándonos de hito en hito!

—No, porque estamos hablando.

—También hablamos ella y yo…, en cierto modo —se perdió en el recuerdo—. Fue tan cordial como esto.

Tuve en la punta de la lengua preguntarle si esto era muy cordial, pero en lugar de eso le señalé que lo que evidentemente habían hecho era contemplarse con mutua admiración. Después le pregunté si el reconocerla había sido inmediato.

—No del todo —repuso—, porque por supuesto no la esperaba; pero mucho antes de que se fuera comprendí quién era…, quién podía ser únicamente.

Medité un poco.

—¿Y al final cómo se fue?

—Lo mismo que había venido. Tenía detrás la puerta abierta y se marchó.

—¿Deprisa…, despacio?

—Más bien deprisa. Pero volviendo la vista atrás —sonrió para añadir—. Yo la dejé marchar, porque sabía perfectamente que tenía que acatar su voluntad.

Fui consciente de exhalar un suspiro largo y vago.

—Bueno, pues ahora te toca acatar *la mía*…, y dejarme marchar *a mí*.

Ante eso volvió a mi lado, deteniéndome y persuadiéndome, declarando con la galantería de rigor que lo mío era muy distinto. Yo

habría dado cualquier cosa por poder preguntarle si la había tocado pero las palabras se negaban a formarse: sabía hasta el último acento lo horrendas y vulgares que resultarían. Dije otra cosa —no recuerdo exactamente qué; algo débilmente tortuoso y dirigido, con harta ruindad, a hacer que me lo dijera sin yo preguntarle. Pero no me lo dijo; no hizo sino repetir, como por un barrunto de que sería decoroso tranquilizarme y consolarme, la sustancia de su declaración de unos momentos antes la aseveración de que ella era en verdad exquisita, como yo había repetido tantas veces, pero que yo era su «verdadera» amiga y la persona a la que querría siempre—. Esto me llevó a reafirmar, en el espíritu de mi réplica anterior, que por lo menos yo tenía el mérito de estar viva; lo que a su vez volvió a arrancar de él aquel chispazo de contradicción que me daba miedo.

—¡Pero si estaba viva! ¡Viva, Viva!

—¡Estaba muerta, muerta! —afirmé yo con una energía, con una determinación de que *fuera* así, que ahora al recordarla me resulta casi grotesca. Pero el sonido de la palabra dicha me llenó súbitamente de horror, y toda la emoción natural que su significado podría haber evocado en otras condiciones se juntó y desbordó torrencial. Sentí como un peso que un gran afecto se había extinguido, y cuánto la había querido yo y cuánto había confiado en ella. Tuve una visión, al mismo tiempo, de la solitaria belleza de su fin.

—¡Se ha ido…, se nos ha ido para siempre! —sollocé.

—Eso exactamente es lo que yo siento —exclamó él, hablando con dulzura extremada y apretándome, consolador, contra sí—. Se ha ido; se nos ha ido para siempre: así que ¿qué importa ya? —se inclinó sobre mí, y cuando su rostro hubo tocado el mío apenas supe si lo que lo humedecían era mis lágrimas o las suyas.

VII

Era mi teoría, mi convicción, vino a ser, pudiéramos decir, mi actitud, que aun así jamás se habían «conocido»; y precisamente sobre esa base me pareció generoso pedirle que asistiera conmigo al entierro. Así lo

hizo muy modesta y tiernamente, y yo di por hecho, aunque a él estaba claro que no se le daba nada de ese peligro, que la solemnidad de la ocasión, poblada en gran medida por personas que les habían conocido a los dos y estaban al tanto de la larga broma, despojaría suficientemente a su presencia de toda asociación ligera. Sobre lo que hubiera ocurrido en la noche de su muerte, poco más se dijo entre nosotros; yo le había tomado horror al elemento probatorio. Sobre cualquiera de las dos hipótesis era grosería, era intromisión. A él, por su parte, le faltaba corroboración aducible —es decir, todo salvo una declaración del portero de su casa, personaje de lo más descuidado e intermitente—, según él mismo reconocía, de que entre las diez y las doce de la noche habían entrado y salido del lugar nada menos que tres señoras enlutadas de pies a cabeza. Lo cual era excesivo; ni él ni yo queríamos tres para nada. Él sabía que yo pensaba haber dado razón de cada fracción del tiempo de nuestra amiga, y dimos por cerrado el asunto; nos abstuvimos de ulterior discusión. Lo que *yo* sabía, sin embargo, era que él se abstenía por darme gusto, más que porque cediera a mis razones. No cedía —era solo indulgencia—; él persistía en su interpretación porque le gustaba más. Le gustaba más, sostenía yo, porque tenía más que decirle a su vanidad. Ese, en situación análoga, no habría sido su efecto sobre mí, aunque sin duda tenía yo tanta vanidad como él; pero son cosas del talante de cada uno, en las que nadie puede juzgar por otro. Yo habría dicho que era más halagador ser destinatario de una de esas ocurrencias inexplicables que se relatan en libros fascinantes y se discuten en reuniones eruditas; no podía imaginar, por parte de un ser recién sumido en lo infinito y todavía vibrante de emociones humanas, nada más fino y puro, más elevado y augusto, que un tal impulso de reparación, de admonición, o aunque solo fuera de curiosidad. *Eso* sí que era hermoso, y yo en su lugar habría mejorado en mi propia estima al verme distinguida y escogida de ese modo. Era público que él ya venía figurando bajo esa luz desde hacía mucho tiempo, y en sí un hecho semejante ¿qué era sino casi una prueba? Cada una de las extrañas apariciones contribuía a confirmar la otra. Él tenía otro sentir; pero tenía también, me apresuro a añadir, un deseo inequívoco de no significarse o,

como se suele decir, de no hacer bandera de ello. Yo podía creer lo que se me antojara —tanto más cuanto que todo este asunto era, en cierto modo, un misterio de mi invención—. Era un hecho de mi historia, un enigma de mi consistencia, no de la suya; por tanto él estaba dispuesto a tomarlo como a mí me resultara más conveniente. Los dos, en todo caso, teníamos otras cosas entre manos; nos apremiaban los preparativos de la boda.

Los míos eran ciertamente acuciantes, pero al correr de los días descubrí que creer lo que a mí «se me antojaba» era creer algo de lo que cada vez estaba más íntimamente convencida. Descubrí también que no me deleitaba hasta ese punto, o que el placer distaba, en cualquier caso, de ser la causa de mi convencimiento. Mi obsesión, como realmente puedo llamarla y como empezaba a percibir, no se dejaba eclipsar, como había sido mi esperanza, por la atención a deberes prioritarios. Si tenía mucho que hacer, aún era más lo que tenía que pensar, y llegó un momento en que mis ocupaciones se vieron seriamente amenazadas por mis pensamientos. Ahora lo veo todo, lo siento, lo vuelvo a vivir. Está terriblemente vacío de alegría, está de hecho lleno a rebosar de amargura; y aun así debo ser justa conmigo misma —no habría podido hacer otra cosa—. Las mismas extrañas impresiones, si hubiera de soportarlas otra vez, me producirían la misma angustia profunda, las mismas dudas lacerantes, las mismas certezas más lacerantes todavía. Ah sí, todo es más fácil de recordar que de poner por escrito, pero aun en el supuesto de que pudiera reconstruirlo todo hora por hora, de que pudiera encontrar palabras para lo inexpresable, enseguida el dolor y la fealdad me paralizarían la mano. Permítaseme anotar, pues, con toda sencillez y brevedad, que una semana antes del día de nuestra boda, tres semanas después de la muerte de ella, supe con todo mi ser que había algo muy serio que era preciso mirar de frente, y que si iba a hacer ese esfuerzo tenía que hacerlo sin dilación y sin dejar pasar una hora más. Mis celos inextinguidos —esa era la máscara de la Medusa—. No habían muerto con su muerte, habían sobrevivido lívidamente y se alimentaban de sospechas indecibles. *Serían* indecibles hoy, mejor dicho, si no hubiera sentido la necesidad vivísima de formularlas entonces. Esa necesidad

tomó posesión de mí —para salvarme—, según parecía, de mi suerte. A partir de entonces no vi —dada la urgencia del caso, que las horas menguaban y el intervalo se acortaba— más que una salida, la de la prontitud y la franqueza absolutas. Al menos podía no hacerle el daño de aplazarlo un día más; al menos podía tratar mi dificultad como demasiado delicada para el subterfugio. Por eso en términos muy tranquilos, pero de todos modos bruscos y horribles, le planteé una noche que teníamos que reconsiderar nuestra situación y reconocer que se había alterado completamente.

Él me miró sin parpadear, valiente.

—¿Cómo que se ha alterado?

—Otra persona se ha interpuesto entre nosotros.

No se tomó más que un instante para pensar.

—No voy a fingir que no sé a quién te refieres —sonrió compasivo ante mi aberración, pero quería tratarme amablemente—. ¡Una mujer que está muerta y enterrada!

—Enterrada sí, pero no muerta. Está muerta para el mundo…; está muerta para mí. Pero para ti no está muerta.

—¿Vuelves a lo de nuestras distintas versiones de su aparición aquella noche?

—No —respondí—, no vuelvo a nada. No me hace falta. Me basta y me sobra con lo que tengo delante.

—¿Y qué es, hija mía?

—Que estás completamente cambiado.

—¿Por aquel absurdo? —rio.

—No tanto por aquel como por otros absurdos que le han seguido.

—¿Que son *cuáles*?

Estábamos encarados francamente, y a ninguno le temblaba la mirada; pero en la de él había una luz débil y extraña, y mi certidumbre triunfaba en su perceptible palidez.

—¿De veras pretendes —pregunté— no saber cuáles son?

—¡Querida mía —me repuso—, me has hecho un esbozo demasiado vago!

Reflexioné un momento.

—¡Puede ser un tanto incómodo acabar el cuadro! Pero visto desde esa óptica —y desde el primer momento—, ¿ha habido alguna vez algo más incómodo que tu idiosincrasia?

Él se acogió a la vaguedad —cosa que siempre hacía muy bien.

—¿Mi idiosincrasia?

—Tu notoria, tu peculiar facultad.

Se encogió de hombros con un gesto poderoso de impaciencia, un gemido de desprecio exagerado.

—¡Ah, mi peculiar facultad!

—Tu accesibilidad a formas de vida —proseguí fríamente—, tu señorío de impresiones, apariciones, contactos, que a los demás —para nuestro bien o para nuestro mal— nos están vedados. Al principio formaba parte del profundo interés que despertaste en mí…, fue una de las razones de que me divirtiera, de que positivamente me enorgulleciera conocerte. Era una distinción extraordinaria; sigue siendo una distinción extraordinaria. Pero ni que decir tiene que en aquel entonces yo no tenía ni la menor idea de cómo aquello iba a actuar ahora; y aun en ese supuesto, no la habría tenido de cómo iba a afectarme su acción.

—Pero vamos a ver —inquirió suplicante—, ¿de qué estás hablando en esos términos fantásticos? —Luego, como yo guardara silencio, buscando el tono para responder a mi acusación—. ¿Cómo diantres *actúa*? —continuó—, ¿y cómo te afecta?

—Cinco años te estuvo echando en falta —dije—, pero ahora ya no tiene que echarte en falta nunca. ¡Estáis recuperando el tiempo!

—¿Cómo que estamos recuperando el tiempo? —había empezado a pasar del blanco al rojo.

—¡La ves…, la ves; la ves todas las noches! —él soltó una carcajada de burla, pero me sonó a falsa—. Viene a ti como vino aquella noche —declaré—; ¡hizo la prueba y descubrió que le gustaba!

Pude, con la ayuda de Dios, hablar sin pasión ciega ni violencia vulgar; pero esas fueron las palabras exactas —y que entonces no me parecieron nada vagas— que pronuncié. Él había mirado hacia otro lado riéndose, acogiendo con palmadas mi insensatez, pero al momento volvió a darme la cara con un cambio de expresión que me impresionó.

—¿Te atreves a negar —pregunté entonces— que la ves habitualmente?

Él había optado por la vía de la condescendencia, de entrar en el juego y seguirme la corriente amablemente. Pero el hecho es que, para mi asombro, dijo de pronto:

—Bueno, querida, ¿y si la veo qué?

—Que estás en tu derecho natural: concuerda con tu constitución y con tu suerte prodigiosa, aunque quizá no del todo envidiable. Pero, como comprenderás, eso nos separa. Te libero sin condiciones.

—¿Qué dices?

—Que tienes que elegir entre ella o yo.

Me miró duramente.

—Ya —y se alejó unos pasos, como dándose cuenta de lo que yo había dicho y pensando qué tratamiento darle. Por fin se volvió nuevamente hacia mí—. ¿Y tú cómo sabes una cosa así de íntima?

—¿Cuándo tú has puesto tanto empeño en ocultarla, quieres decir? Es muy íntima, sí, y puedes creer que yo nunca te traicionaré. Has hecho todo lo posible, has hecho tu papel, has seguido un comportamiento, ¡pobrecito mío!, leal y admirable. Por eso yo te he observado en silencio, haciendo también mi papel; he tomado nota de cada fallo de tu voz, de cada ausencia de tus ojos, de cada esfuerzo de tu mano indiferente: he esperado hasta estar totalmente segura y absolutamente deshecha. ¿*Cómo* quieres ocultarlo, si estás desesperadamente enamorado de ella, si estás casi mortalmente enfermo de la felicidad que te da? —atajé su rápida protesta con un ademán más rápido—. ¡La amas como *nunca* has amado, y pasión por pasión, ella te corresponde! ¡Te gobierna, te domina, te posee entero! Una mujer, en un caso como el mío, adivina y siente y ve; no es un ser obtuso al que haya que ir con «informes fidedignos». Tú vienes a mí mecánicamente, con remordimientos, con los sobrantes de tu ternura y lo que queda de tu vida. Yo puedo renunciar a ti, pero no puedo compartirte: ¡lo mejor de ti es suyo, yo sé que lo es y libremente te cedo a ella para siempre!

Él luchó con bravura, pero no había arreglo posible; reiteró su negación, se retractó de lo que había reconocido, ridiculizó mi acusación,

cuya extravagancia indefensible, además, le concedí sin reparo. Ni por un instante sostenía yo que estuviéramos hablando de cosas corrientes; ni por un instante sostenía que él y ella fueran personas corrientes. De *haberlo* sido, ¿qué interés habrían tenido para mí? Habían gozado de una rara extensión del ser y me habían alzado a mí en su vuelo; solo que yo no podía respirar aquel aire y enseguida había pedido que me bajaran. Todo en aquellos hechos era monstruoso, y más que nada lo era mi percepción lúcida de los mismos; lo único aliado a la naturaleza y la verdad era el que yo tuviera que actuar sobre la base de esa percepción. Sentí, después de hablar en ese sentido, que mi certeza era completa; no le había faltado más que ver el efecto que mis palabras le producían. Él disimuló, de hecho, ese efecto tras una cortina de burla, maniobra de diversión que le sirvió para ganar tiempo y cubrirse la retirada. Impugnó mi sinceridad, mi salud mental, mi humanidad casi, y con eso, como no podía por menos, ensanchó la brecha que nos separaba y confirmó nuestra ruptura. Lo hizo todo, en fin, menos convencerme de que yo estuviera en un error o de que él fuera desdichado: nos separamos, y yo le dejé a su comunión inconcebible.

No se casó, ni yo tampoco. Cuando seis años más tarde, en soledad y silencio, supe de su muerte, la acogí como una contribución directa a mi teoría. Fue repentina, no llegó a explicarse del todo, estuvo rodeada de unas circunstancias en las que —porque las desmenucé, ¡ya lo creo!— yo leí claramente una intención, la marca de su propia mano escondida. Fue el resultado de una larga necesidad, de un deseo inapagable. Para decirlo en términos exactos, fue la respuesta a una llamada irresistible.

LOS CONSTRUCTORES DE PUENTES

Rudyard Kipling

(The Bridge Builders, 1898)

Lo fantástico, en los cuentos de Rudyard Kipling (1865-1936), nace del contraste entre dos mundos: las culturas de la India, con toda la riqueza de sus tradiciones religiosas y filosóficas y de su modo de vida, y la moral del inglés, convencido de estar construyendo en la India una nueva civilización y que siente la responsabilidad de tal deber y la angustia por la incomprensión de los hindúes y de muchos compatriotas. Ambos mundos son objeto en Kipling de un profundo conocimiento y de una profunda pasión.

Emblemático entre los demás es este cuento que parte de la crónica de una empresa tecnológica, la construcción de un puente sobre el Ganges (el volumen en el que está incluido se titula The Day's Work, El trabajo diario), que choca con las fuerzas de la naturaleza y con la religión que en esas fuerzas se inspira —hay una evocación visionaria de los dioses de la India—. El diálogo entre los dioses a que asistimos es un debate ideológico sobre una posible integración de ambas civilizaciones, en el sentido de que la hindú, mucho más antigua, podría englobar perfectamente a la inglesa.

LO mínimo que esperaba Findlayson, del Departamento de Obras Públicas, era una C. I. E.; él soñaba con una C. S. I.[27] En realidad, sus amigos le decían que se merecía más. Durante tres años había aguantado calor y frío, decepciones, incomodidades, peligros y enfermedades, con una responsabilidad casi excesiva para un solo par de hombros; y día a día, durante todo ese tiempo, el gran Puente de Kashi sobre el Ganges había ido creciendo bajo su dirección. Ahora, en menos de tres meses, si todo iba bien, Su Excelencia el Virrey inauguraría el puente con gran

pompa, un arzobispo lo bendeciría, el primer convoy de soldados pasaría sobre él y habría discursos.

Findlayson, Ingeniero Jefe, sentado en su vagoneta en una vía de construcción que recorría uno de los principales revestimientos —los enormes terraplenes recubiertos de piedra se extendían a lo largo de tres millas por el norte y por el sur a ambos lados del río—, se permitió pensar en el final. Con los accesos, su obra tenía una milla y tres cuartos de largo; un puente de vigas enrejadas, apuntaladas con el entramado Findlayson, erigido sobre veintisiete pilares. Cada pilar medía veinticuatro pies de diámetro, rematado con piedra roja de Agra, y se hundía ochenta pies bajo la cambiante arena del lecho del Ganges. Por encima corría una vía de quince pies de ancho y por encima de esta, todavía, un camino de carros de dieciocho pies, flanqueado de pasarelas. En cada extremo se erguían torres fortificadas de ladrillo rojo, con troneras para mosquetería y para los grandes cañones; y la rampa del camino avanzaba hasta sus flancos. Centenares de burros que subían desde la cantera abismal, cargados con sacos de materiales, pululaban por los extremos de tierra cruda y el aire caluroso de la tarde estaba lleno del ruido de pezuñas, del golpeteo de los palos de los arrieros y del silbido de la tierra al caer. El río estaba muy bajo y sobre la arena blanca y resplandeciente, entre los tres pilares centrales, había pilastras rechonchas con traviesas entrecruzadas, llenas de barro por dentro y embadurnadas de barro por fuera, para sostener las últimas vigas mientras las iban remachando.

En el poco de agua profunda que quedaba después de la sequía, una grúa iba de un lado a otro colocando barras de hierro bruscamente, bufando y retrocediendo y gruñendo como un elefante en un aserradero. Cientos de remachadores hormigueaban entre los enrejados laterales y el techo de hierro de la vía, se colgaban de andamios invisibles bajo las tripas de las vigas, se apiñaban en torno a las gargantas de los pilares y cabalgaban por el alero de los puntales de las pasarelas; sus crisoles y las llamaradas que respondían a cada martillazo lanzaban pálidos reflejos amarillos bajo la deslumbrante luz del sol.

Al este y al oeste, al norte y al sur, las locomotoras traqueteaban y silbaban a lo largo de los terraplenes, con los vagones cargados de piedra marrón y blanca golpeando detrás de ellas, hasta que se derribaban los laterales y, rugiendo y retumbando, unos cuantos miles de toneladas más de materiales fueron lanzados para domeñar al río.

Findlayson, Ingeniero Jefe, giró en su vagoneta y contempló el aspecto del paisaje que él había cambiado en siete millas a la redonda. Miró hacia atrás a la aldea bulliciosa de sus cinco mil obreros; río arriba y río abajo, hacia las perspectivas de salientes y arena; por encima del río hasta los pilares más alejados, apenas visibles por la calima; hacia arriba, a las torres de guardia —y solo él sabía lo fuertes que eran— y con un suspiro de satisfacción vio que su obra era buena. Allí, delante de él, se alzaba su puente a la luz del sol. Le faltaban solo unas semanas de trabajo en las vigas de los tres pilares centrales. Su puente, crudo y feo como el pecado original, pero lo suficiente *pukka* —permanente— como para perdurar cuando todo recuerdo del constructor, incluso el espléndido entramado Findlayson, hubiera perecido. Prácticamente, la cosa estaba hecha.

Hitchcock, su ayudante, trotaba por la vía sobre un pequeño *pony* de Kabuli que agitaba la cola —el cual, gracias a su larga práctica, hubiera podido haber trotado tranquilamente sobre una rejilla— e hizo un gesto con la cabeza a su jefe.

—Casi —dijo con una sonrisa.

—Lo estaba pensando —contestó el de más edad—. No está del todo mal para dos hombres, ¿verdad?

—Uno y medio. ¡Qué verde estaba yo cuando llegué aquí!

Hitchcock se sintió muy viejo debido a la gran cantidad de experiencias de estos tres últimos años, que le habían enseñado el mando y la responsabilidad.

—Es verdad que parecía usted un potrillo —dijo Findlayson—. Me pregunto si le gustará volver a su trabajo de oficina cuando esto haya terminado.

—Lo odiaré —dijo el joven, y mientras seguía con sus ojos la mirada de Findlayson, murmuró—: ¿A que está estupendamente bien?

—Creo que ascenderemos juntos —dijo Findlayson para sí—. Es usted demasiado buen chico como para desperdiciarlo con otra persona. Verde estabas, ayudante eres. Ayudante personal serás y en Simla, si es que saco algún reconocimiento por todo esto.

Realmente el grueso del trabajo había recaído totalmente sobre Findlayson y su ayudante, ese joven que él mismo había escogido por su inexperiencia, para formarlo de acuerdo con sus propias necesidades. Ahí había medio centenar de contratistas —ajustadores y remachadores europeos, sacados de los talleres de los ferrocarriles, con quizá veinte subordinados blancos o mestizos para dirigir, dirigidos a su vez, a los grupos de obreros— pero nadie sabía mejor que ellos dos, que gozaban de una confianza mutua, cuán poco eran de fiar los subalternos. Habían pasado muchas veces por crisis imprevistas —el deslizamiento de los aguilones, la ruptura de los aparejos, averías en las grúas y la cólera del río—, pero ninguna presión había puesto de relieve a ningún hombre a quien Findlayson y Hitchcock hubieran podido honrar con un trabajo tan implacable como el que realizaban ellos mismos. Findlayson recordó todo desde el principio: los meses de trabajo de oficina destruidos de golpe cuando el Gobierno de la India, en el último momento, añadió dos pies a la anchura del puente, creyendo sin duda que los puentes se hacían con papel, y arruinando así al menos medio acre de planos —y Hitchcock, nuevo en eso de las decepciones, hundió la cabeza en sus brazos y lloró—; los retrasos descorazonadores en la firma de los contratos en Inglaterra; la fastidiosa correspondencia en la que se insinuaban grandes comisiones si se concedía una, solo una, más bien dudosa adjudicación; la guerra que siguió al rechazo; la obstrucción cuidadosa y cortés que siguió a la guerra, hasta que el joven Hitchcock, tras acumular dos meses de permiso y pidiendo prestados a Findlayson diez días, gastó sus pobres ahorros de un año en una escapada desesperada a Londres, donde, como él mismo afirmó y como demostraron las adjudicaciones posteriores, infundió el temor de Dios en un hombre tan poderoso que solo temía al Parlamento, y así se lo dijo, hasta que Hitchcock discutió con él en su propia mesa y empezó a temer al Puente de Kashi y a todos los que hablaban en su nombre.

Después, apareció el cólera que llegó de noche a la aldea, junto a la otra del puente; y después del cólera, la viruela. Nunca dejaban de tener fiebre. Hitchcock había sido nombrado magistrado de tercera clase con permiso para azotar, para mejor gobierno de la comunidad, y Findlayson observaba cómo el joven ejercía sus poderes con moderación, aprendiendo qué cosas se pueden pasar por alto y cuáles no. Fue una larga, larga ensoñación que incluía tormentas, desbordamientos repentinos de los riachuelos, la muerte en todas sus formas y modos, la rabia violenta y horrible ante la burocracia que casi conseguía enloquecer a una mente consciente de que debería estar ocupada en otras cosas; sequía, higiene, administración, nacimientos, bodas, entierros y riñas en la aldea entre veinte castas enemigas; discusiones, argumentos, persuasión, y la desesperación absoluta del hombre al acostarse, dando gracias porque su rifle está desmontado en su caja. Detrás de todo eso se alzaba el negro perfil del Puente de Kashi —plancha a plancha, viga a viga, arcada a arcada— y cada pilar le recordó a Hitchcock, el hombre para todo, que se había quedado al lado de su jefe sin fallarle, desde el primer momento hasta el final.

Así pues, el puente era la obra de dos hombres —a menos que se contase a Peroo, como ciertamente hubiera hecho el propio Peroo—. Era un lascar, un *kharva* de Bulsar, familiarizado con todos los puertos entre Rockhampton y Londres, que había ascendido a la categoría de *serang* en los barcos de la *British India*, pero, cansado de sus rutinarias inspecciones y de tener que llevar la ropa limpia, había abandonado el servicio y se marchó al interior, donde los hombres de su condición estaban seguros de encontrar un empleo. Como conocía el uso de los aparejos y los pesos pesados, Peroo valía lo que quisiera pedir por sus servicios, pero la costumbre regulaba el sueldo de los capataces y a Peroo le faltaban bastantes monedas de plata para alcanzar su precio. Ni las corrientes, ni las alturas extremas le infundían miedo; y, como antiguo *serang* que era, sabía mantener su autoridad. No había pieza de hierro que fuera tan grande o estuviera tan mal colocada como para que Peroo no pudiera idear algún cordaje para levantarla —cualquier invento desharrapado, apuntalado por una cantidad escandalosa de

comentarios—, pero perfectamente adecuado para la faena. Fue Peroo el que salvó el pilar número siete de la destrucción cuando el nuevo alambre se atascó en el ojo de la grúa y la enorme plancha se deslizó de sus correas, inclinándose peligrosamente de lado. Entonces, los obreros nativos perdieron la cabeza y se pusieron a gritar y a Hitchcock le rompió un brazo una plancha que le cayó encima y metió el brazo en la chaqueta, se la abrochó y se desmayó, volvió en sí y dirigió el trabajo durante cuatro horas hasta que Peroo, desde lo alto de la grúa, le informó: «Todo va bien», y la plancha llegó a su sitio. No había nadie como Peroo, *serang* para amarrar, anudar y sujetar, para controlar los motores auxiliares, para levantar hábilmente una locomotora de la zanja en la que se había caído dando tumbos; para desnudarse y lanzarse al agua, si era necesario, a comprobar cómo resistían los embates de Madre Gunga los bloques de hormigón que rodeaban los pilares, o para aventurarse río arriba en una noche de monzón e informar sobre el estado de los revestimientos de los terraplenes. Solía interrumpir, sin pudor alguno, las reuniones de Findlayson y Hitchcock hasta que su asombroso inglés o su aún más asombrosa «lingua franca» —medio portugués y medio malayo— se agotaban y se veía obligado a coger un cordón y demostrar los nudos que él recomendaba. Controlaba su propia brigada de encargados de los aparejos —una misteriosa parentela de Kutch Mandvi, recogida mes a mes y escrupulosamente probada—. Ninguna consideración de orden familiar permitía a Peroo mantener en la nómina unas manos débiles o una cabeza loca. «Mi honor es el honor de este puente» —solía decir a aquellos a quienes estaba a punto de despedir— «¿qué me importa a mí tu honor? Vete a trabajar a un vapor, es para lo único que sirves». El pequeño grupo de chozas donde vivían él y su brigada rodeaba la morada destartalada de un capellán —un sacerdote que jamás había pisado el Agua Negra, pero que había sido elegido como guía espiritual por dos generaciones de marineros, todos impermeables a los misioneros de los puertos o a esos credos religiosos que, mediante las agencias, asaltan a los marineros a lo largo del Támesis—. El sacerdote de los lascar no tenía nada que ver con su casta y, de hecho, con nada de nada. Comía lo que ofrendaban a su iglesia,

dormía y fumaba y volvía a dormir. «Porque», decía Peroo, que lo había llevado mil millas tierra adentro, «es un hombre muy santo. No le importa nunca lo que uno come con tal de que no sea carne de vaca y eso está bien, porque nosotros los kharvas, en tierra adoramos a Shiva, pero en el mar, a bordo de los barcos de la *Kúmpani*, obedecemos estrictamente las órdenes del Burra Malum (el primero de a bordo) y en este puente respetamos lo que dice el Findlayson *Sahib*».

El Findlayson *Sahib* había ordenado ese día que quitaran el andamiaje de la torre de guardia de la orilla derecha y Peroo, con sus compañeros estaba soltando y bajando los palos de bambú y las baldas tan deprisa como si estuvieran descargando un barco de cabotaje.

Desde su vagoneta podía oír el silbato de plata del *serang* y el crujido y traqueteo de las poleas. Peroo estaba de pie sobre el remate más elevado de la torre, vestido con el mono azul de su anterior servicio y, cuando Findlayson le hizo un gesto de que tuviera cuidado, porque la suya no era una vida que pudiera desperdiciarse, agarró el último palo y, haciendo sombra a sus ojos con las manos al modo marinero, contestó con el grito prolongado del vigía de proa:

—*Ham dekhta hai* (Estoy vigilando).

Findlayson se rio y entonces suspiró. Hacía años que no veía un vapor y sentía nostalgia de su hogar. Mientras su vagoneta pasaba bajo la torre, Peroo descendió por una cuerda, como un mono, y gritó:

—Tiene buen aspecto ahora, *Sahib*. Nuestro puente está casi hecho. ¿Qué cree que dirá Madre Gunga cuando la cruce el tren?

—Ha dicho poco hasta ahora. Nunca ha sido Madre Gunga la que nos ha retrasado.

—Ella se toma siempre su tiempo, y aun así ha habido retrasos. ¿Ha olvidado el *Sahib* la riada del otoño pasado, cuando las chalanas se hundieron sin previo aviso, o apenas con medio día de aviso?

—Sí, pero ahora solo una riada grande podría dañarnos. Los espolones aguantan bien por el oeste.

—Madre Gunga come grandes porciones. Siempre hay sitio para poner más piedra en los revestimientos. Es lo que le digo al Chota[28] *Sahib* —se refería a Hitchcock— y se ríe.

—No importa, Peroo. Otro año podrás construir un puente a tu manera.

El lascar sonrió.

—Entonces, no será de esta manera, con las piedras hundidas bajo el agua, como se hundiría el *Quetta*. A mí me gustan los puentes *col-col-colgantes*, que van de orilla a orilla por el aire, con una tarima como una plancha. Entonces ningún agua puede hacer daño. ¿Cuándo viene el Lord *Sahib*[29] para inaugurar el puente?

—Dentro de tres meses, cuando haga más fresco.

—¡Ja, ja, ja! Él es como el Burra[30] Malum. Duerme abajo mientras se hace el trabajo. Entonces sube al alcázar y pasa el dedo y dice: ¡Esto no está limpio! ¡Maldito *jiboonwallah*!

—Pero el Lord *Sahib* no me llama maldito *jiboonwallah*, Peroo.

—No, *Sahib*, pero no sube a cubierta hasta que el trabajo está totalmente terminado. Incluso el Burra Malum del *Nerbudda* dijo una vez en Tuticorin…

—¡Bah! ¡Vete! Estoy ocupado.

—Yo también —dijo Peroo, con un semblante impertérrito—. ¿Puedo bajar la barca ahora y remar por los espolones?

—¿Para sujetarlos con tus manos? Creo que son lo suficientemente sólidos.

—No, *Sahib*. Es así. En el mar, en el Agua Negra, hay sitio para que vaya de arriba abajo sin cuidado. Aquí no hay sitio en absoluto. Mire, hemos metido el río en un muelle y lo hemos hecho correr entre muros de piedra.

Findlayson sonrió al «nosotros».

—Le hemos puesto el bocado y la brida. No es como el mar, que puede lanzarse sobre una playa blanda. Es Madre Gunga… encadenada.

Peroo bajó un poco la voz.

—Peroo, has corrido mucho más mundo que yo. Ahora, di la verdad. ¿En el fondo de tu corazón, hasta qué punto crees en Madre Gunga?

—Todo lo que nuestro sacerdote dice. Londres es Londres, *Sahib*, Sidney es Sidney, y Port Darwin es Port Darwin. También Madre Gunga es Madre Gunga y cuando vuelvo a sus orillas, lo sé y la adoro. En

Londres, hice *poojah*[31] al gran templo junto al río en honor al Dios que hay dentro… Sí, llevaré la barca sin los cojines.

Findlayson montó en su caballo y cabalgó al trote hasta el cobertizo del *bungalow* que compartía con su ayudante. El lugar se había convertido en un hogar para él durante los tres últimos años. Se había asado con el calor, había sudado con las lluvias y tiritado de fiebre bajo el rudo techo de paja; la cal junto a la puerta estaba cubierta de dibujos toscos y de fórmulas, y el sendero de centinela que se había formado en la estera de la veranda mostraba los lugares por los que había caminado solo. No hay límite de ocho horas para el trabajo de un ingeniero y cenó con Hitchcock con las botas y las espuelas puestas; fumando puros, escuchaba el murmullo de la aldea mientras las brigadas navegaban por el lecho del río y las luces empezaban a titilar.

—Peroo ha ido a ver los espolones en su barca. Se ha llevado a un par de sobrinos con él y está repantingado en la popa como un comodoro —dijo Hitchcock.

—Muy bien. Hay algo que le preocupa. Cualquiera hubiera pensado que diez años en los barcos de la *British India* habrían acabado con casi toda su religión.

—Y así es —dijo Hitchcock, sofocando una risa—. Le oí el otro día mantener una charla muy atea con ese viejo gurú gordo que tienen. Peroo negó la eficacia de la oración y quería que el gurú fuera con él al mar a pasar por una tempestad, y ver si podría detener un monzón.

—De todas formas, si le quitaran a su gurú saldría disparado. Me estaba contando una historia sobre cómo rezó en la cúpula de San Pablo cuando estuvo en Londres.

—Me contó que la primera vez que entró en la sala de máquinas de un vapor, siendo un muchacho, rezó al cilindro de baja presión.

—De todas maneras, no es mala cosa a la que rezar. Ahora está propiciando a sus propios dioses y quiere saber qué piensa Madre Gunga del puente construido sobre ella. ¿Quién va?

Una sombra oscureció la entrada y pusieron un telegrama en la mano de Hitchcock.

—Debería estar bastante acostumbrada a estas alturas. No es nada. Es solo un *tar*. Será la respuesta de Ralli sobre los nuevos remaches… ¡Santo cielo!

Hitchcock se puso en pie de un salto.

—¿Qué hay? —dijo su superior, y cogió el impreso—. Eso es lo que piensa Madre Gunga, ¿eh? —dijo leyendo—. Mantenga la calma, joven. Nos espera trabajo. Vamos a ver. Muir dice, hace media hora: «Riada en el Ramgunga. Alerta». Bueno, eso nos da… una, dos… nueve horas y media hasta que la riada llegue a Malipur Ghaut y siete, son dieciséis y media hasta Latodi, digamos quince horas antes de que se nos venga encima.

—¡Maldita sea esa alcantarilla alimentada por las colinas del Ramgunga! Findlayson, esto sucede dos meses antes de lo que se podría haber previsto, y la orilla izquierda está todavía llena de materiales. ¡Dos meses enteros antes de tiempo!

—Por eso sucede. Solo conozco los ríos indios desde hace veinticinco años y no pretendo comprenderlos. Aquí viene otro *tar* —Findlayson abrió el telegrama—. Cockran esta vez, desde el canal del Ganges: «Lluvias fuertes aquí. Mal». Podría haberse ahorrado la última palabra. Bueno, no queremos saber más. Tenemos que poner las brigadas a trabajar toda la noche y limpiar el lecho del río. Irá usted a la orilla oriental y se las arreglará para reunirse conmigo en medio. Recoja todo lo que flote bajo el puente: ya tendremos suficientes barcos flotando a la deriva de todos modos como para que las chalanas cargadas choquen como arietes contra los pilares. ¿Hay algo en la orilla oriental a lo que haya que atender?

—Un pontón, un gran pontón con una grúa encima. La otra grúa está sobre el pontón reparado, con los remaches del camino de carros de los pilares veinte a veintitrés, dos vías de construcción y un ramal de giro. Las pilastras tendrán que arreglárselas como sea —dijo Hitchcock.

—De acuerdo. Recoja todo lo que pueda. Dejemos quince minutos más a las brigadas para comer.

Cerca de la veranda había un gong grande, que nunca había sido utilizado excepto en caso de riada o incendio en la aldea. Hitchcock

pidió un caballo nuevo y se dirigió hacia el lado del puente que le correspondía cuando Findlayson cogió el palo envuelto en telas y golpeó de manera tal que el metal tronó.

Mucho antes de que cesara el último redoble, todos los gongs de la aldea se habían unido a la llamada. A estos se añadieron el chillido ronco de las conchas en los templos pequeños, el palpitar de los tambores y los tamtanes y, desde el alojamiento de los europeos, donde vivían los remachadores, la corneta de M'Cartney, un arma ofensiva los domingos y festivos, sonó estrepitosa y desesperadamente tocando a botasilla. Las locomotoras que regresaban fatigosamente a casa por los espolones, después de su jornada, respondieron silbando hasta que sus silbidos fueron contestados desde la otra orilla. Entonces el gong grande tronó tres veces para señalar que era una riada y no un incendio; concha, tambor y silbato se hicieron eco de la llamada y la aldea tembló bajo el sonido de los pies descalzos que corrían sobre la tierra blanda. La orden, en cualquier caso, era la de acudir a su puesto de trabajo y esperar instrucciones. Las brigadas se precipitaron en el crepúsculo; los hombres se paraban para anudarse el taparrabos o atarse una sandalia. Los capataces de las brigadas gritaban a sus subordinados mientras corrían, o se detenían momentáneamente en los cobertizos de herramientas para recoger barras y azadones; las locomotoras bajaban por sus raíles, arrastrándose sobre las ruedas entre la multitud, cuyo torrente marrón se precipitaba en el oscuro lecho del río, corría sobre las pilastras, hormigueaba por los enrejados, se apiñaba en las grúas y se quedaba quieto, cada hombre en su sitio.

Entonces, el alarmante latido del gong comunicó la orden de recoger todo y llevarlo por encima del nivel más elevado del agua y centenares de lámparas de keroseno fueron encendidas entre las redes de hierro, mientras los remachadores empezaron el trabajo nocturno en una carrera contra la riada anunciada. Las vigas de los tres pilares centrales —las que estaban sobre las traviesas entrecruzadas— estaban casi en posición. Necesitaban todos los remaches que se pudieran clavar en ellas, porque la riada seguramente arrastraría los soportes y el hierro caería sobre los capiteles de piedra si no se fijaban sus extremos. Cien palancas se

metieron con las traviesas de la vía provisional que ponía en comunicación los estribos inacabados. La levantaron tramo a tramo, la cargaron en los vagones y las sofocadas locomotoras la arrastraron cuesta arriba por encima del nivel de la inundación. Los cobertizos de herramientas sobre la arena se desvanecieron ante el ataque de ejércitos de hombres vociferantes, y con ellos desaparecieron las provisiones del Gobierno, cajas de remaches recubiertas de hierro, alicates, cortadoras, piezas de repuesto para las máquinas de remachar, bombas de repuesto y cadenas. La grúa grande sería lo último en moverse, porque estaba alzando todos los materiales pesados hasta la estructura principal del puente. Se tiraron por la borda los bloques de hormigón que había en las chalanas en donde hubiera agua profunda, para proteger los pilares, y empujaron los barcos vacíos con pértigas bajo el puente, río abajo. Se oía chillar muy fuerte el silbato de Peroo, porque al primer golpe del gong grande regresó en su barca a toda velocidad y él y su gente estaban desnudos hasta la cintura, trabajando por su honor y su estima, más valiosos que la vida.

—Sabía que hablaría —gritó—, lo sabía, pero el telégrafo nos ha avisado. ¡Oh hijos de impensable procreación, criaturas de vergüenza indecible! ¿Estamos aquí por las apariencias?

Tenía dos pies de cuerda de alambre deshilachada en los bordes con los que Peroo hizo maravillas, saltando de barco en barco y gritando el lenguaje del mar.

A Findlayson lo que más le preocupaba eran las chalanas. M'Cartney, con sus brigadas, estaba fijando los extremos de las tres arcadas dudosas, pero unos barcos a la deriva, si la riada resultara crecida, podrían poner en peligro las vigas y en los canales, encogidos por el calor, había una auténtica flota.

—Mételas detrás de la torre de guardia —gritó a Peroo—. Habrá agua muerta allí; llévalas debajo del puente.

—*¡Accha!* (Muy bien). *Yo* sé. Estamos amarrándolas con cuerda de alambre —fue la respuesta— ¡eh, escuche al Chota *Sahib*, está trabajando duro!

Desde el otro lado del río llegó el silbido casi continuo de las locomotoras, acompañado del retumbar de las piedras. Hitchcock, en el último momento, estaba echando unos centenares más de vagones de piedra de Tarakee para reforzar sus espolones y revestimientos.

—El puente desafía a Madre Gunga —dijo Peroo riéndose—. Pero cuando ella hable yo sé quién gritará más fuerte.

Durante horas, los hombres desnudos trabajaban, chillando y gritando bajo las luces. Era una noche calurosa, sin luna, oscurecida por las nubes y un repentino chubasco que alarmó a Findlayson.

—¡Se mueve! —dijo Peroo justo antes del amanecer—. ¡Madre Gunga está despierta! ¡Escuche! —metió la mano en el agua desde la borda de un barco y la corriente se revolvió contra ella. Una ola pequeña golpeó un pilar con el sonido de una palmada seca.

—Con seis horas de antelación —dijo Findlayson, enjugando su frente con rabia—. Ahora no podemos contar con nada. Sería mejor que sacáramos a todo el mundo del lecho del río.

De nuevo el gong grande sonó y por segunda vez se produjo el ruido precipitado de pies descalzos sobre la tierra y resonó el hierro; el golpeteo de las herramientas cesó. En el silencio, los hombres oyeron el bostezo seco del agua que se arrastraba sobre la arena sedienta.

Uno tras otro, las capataces fueron gritando a Findlayson, apostado junto a la torre de guardia, que su sección del cauce había sido limpiada, y cuando se apagó la última voz, Findlayson cruzó apresuradamente el puente hasta donde las planchas de hierro de la vía permanente daban paso a la pasarela provisional sobre los tres pilares centrales y allí se encontró con Hitchcock.

—¿Todo en orden por su lado? —dijo Findlayson. El ruido de sus palabras resonó por la caja del enrejado.

—Sí, y el canal oriental se está llenando ahora. Estamos totalmente equivocados en nuestro cálculo. ¿Cuándo nos llega esta cosa?

—Es imposible saberlo. Se está llenado muy deprisa. ¡Mire! —Findlayson señaló las baldas bajo sus pies, donde la arena, tórrida y manchada por los meses de trabajo, empezaba a crepitar y a bullir.

—¿Cuáles son las órdenes? —dijo Hitchcock.

—Pasar lista, contar las provisiones, sentarnos a esperar y rezar por el puente. Es todo lo que se me ocurre. Buenas noches. No arriesgue su vida intentando rescatar algo río abajo.

—¡Oh, seré tan prudente como usted! Buenas noches. ¡Cielos, cómo se llena! ¡Aquí viene la lluvia en serio!

Findlayson, con tiento, buscó el camino de vuelta a su orilla, empujando delante de él a los últimos remachadores de M'Cartney. Las brigadas se habían distribuido a lo largo de los terraplenes, a pesar de la lluvia fría del amanecer, y allí esperaban la riada. Solo Peroo mantenía juntos a sus hombres detrás de la torre de guardia, donde estaban las chalanas cargadas, atadas proa y popa con cables, cuerdas de alambre y cadenas.

Un estridente gemido recorrió la vía hasta convertirse en un aullido, mitad de miedo, mitad de asombro. La superficie del río se blanqueaba de orilla a orilla, entre los revestimientos de piedra, y los espolones lejanos desaparecían entre chorros de espuma. Madre Gunga había llegado a la altura de la orilla con rapidez, anunciada por un muro de agua de color chocolate. Un chirrido dominó el rugido del agua: era la protesta de las arcadas cayendo sobre sus bloques, al tiempo que las traviesas entrecruzadas eran violentamente arrebatadas de debajo de sus tripas. Las chalanas gimieron y chocaron entre sí en el remolino que se formó entre los contrafuertes, y sus maltratados mástiles se levantaron cada vez más arriba contra el horizonte mate.

—Antes de que se la encerrara entre estos muros, sabíamos lo que podía hacer. ¡Ahora que está así, encajonada, Dios sabe qué hará! —dijo Peroo, mirando el furioso tumulto en torno a la torre de guardia—. ¡Eh! ¡Lucha, lucha fuerte, porque es así como una mujer se agota!

Pero Madre Gunga no quería luchar como Peroo deseaba. Después de la primera sacudida no se produjeron más murallas de agua, sino que el río levantó todo su cuerpo como una serpiente cuando bebe en pleno verano, raspando y sobando las escolleras, amontonándose detrás de los pilares hasta tal punto que Findlayson empezó a calcular mentalmente la resistencia de su obra.

Cuando llegó el día, la aldea se quedó estupefacta.

—¡Solo anoche —dijeron los hombres mirándose unos a otros— era como un pueblo en el lecho del río! ¡Mirad ahora!

Y miraron y volvieron a asombrarse de la profundidad del agua, el agua que corría y lamía la garganta de los pilares. La orilla opuesta estaba velada por la lluvia, haciendo que desapareciera la perspectiva del puente; solo los remolinos y las rompientes indicaban, río arriba, dónde estaban los pilares; y río abajo, el río cautivo, ya libre, se había extendido como un mar por el horizonte. Entonces pasaron rápidamente, arrastrados por la corriente, hombres y bueyes muertos, mezclados aquí y allá con un trozo de tejado de paja que se disolvía al tocar un pilar.

—Una riada grande —dijo Peroo, y Findlayson asintió con la cabeza.

Era una riada tan grande como para quitarle a uno las ganas de ver otra. Su puente resistiría lo que tenía encima ahora, pero no mucho más; y si por alguna probabilidad entre mil hubiera algún defecto en los malecones, Madre Gunga se llevaría su honor al mar junto con los demás despojos. Lo peor de todo era que no se podía hacer nada, excepto esperar tranquilamente; y Findlayson esperó tranquilamente con su impermeable, hasta que su salacot se convirtió en pulpa sobre su cabeza y sus botas estuvieron de fango hasta el tobillo. No prestó atención a la hora, porque el río marcaba las horas, pulgada a pulgada y pie a pie, a lo largo del malecón; y escuchaba, entumecido y hambriento, a las chalanas tensando sus cadenas, el tronar sofocado del agua bajo los pilares y los cien ruidos que componen la voz de una riada. En una ocasión, un criado totalmente mojado le trajo comida, pero no pudo comer; y otra vez, creyó oír el silbido casi imperceptible de una locomotora al otro lado del río y entonces sonrió. El fracaso del puente haría no poco daño a su ayudante, pero Hitchcock era joven, con toda una importante labor que realizar. En cuanto a él mismo, el derrumbamiento lo significaba todo —todo lo que hacía que mereciera la pena vivir una vida dura—. Los hombres de su profesión dirían…, recordaba lo que él mismo dijo, casi con lástima, cuando la gran central depuradora de Lockhart se reventó y se deshizo en montones de ladrillos y limo, y el espíritu de Lockhart se quebró dentro de él y murió. Recordaba lo que él mismo dijo cuando un gran maremoto arrasó el Puente de Sumao y, sobre todo, recordó el

rostro del pobre Hartopp tres semanas después, marcado por la vergüenza. Su puente era el doble de grande que el de Hartopp y llevaba el entramado Findlayson, además de la nueva zapata reforzada Findlayson. No había excusa alguna en su apoyo. El Gobierno escucharía, tal vez, pero los suyos le juzgarían por su puente, según aguantara o cayera. Lo examinó mentalmente, plancha a plancha, arcada a arcada, pilar a pilar, recordando, comparando, evaluando y calculando de nuevo por si hubiera algún error; y a menudo, durante largas horas y entre el trajín de las fórmulas que bailaban y revoloteaban delante de él, un helado temor le oprimía el corazón. Por su parte, la suma era indiscutible, ¿pero quién podía conocer la aritmética de Madre Gunga? Posiblemente, mientras él estaba equilibrando todo con la tabla de multiplicar, el río podría estar socavando minas en el fondo de cualquiera de esos pilares de ochenta pies que sostenían su reputación. Otra vez se acercó un criado con comida, pero su boca estaba seca y solo pudo beber y volver a sus decimales. Y el río seguía subiendo. Peroo, con un abrigo de enea, se acurrucaba a sus pies, observando alternativamente su cara y la cara del río, pero sin decir nada.

Por fin, el lascar se levantó y caminó a trompicones por el barro hasta la aldea, no sin dejar precavidamente a un ayudante para que vigilara los barcos.

Regresó pronto, empujando de forma irreverente al sacerdote de su fe —un anciano gordo, de barba cana que el viento agitaba al mismo tiempo que la tela mojada que aleteaba sobre su hombro—. Jamás se había visto un gurú tan lamentable.

—¿De qué sirven las ofrendas y las lamparitas de keroseno y el grano seco —gritó Peroo—, si lo único que puedes hacer es sentarte en cuclillas sobre el barro? Has tratado mucho a los Dioses cuando estaban contentos y bien dispuestos. Ahora están enfadados. ¡Háblales!

—¿Qué puede un hombre contra la ira de los Dioses? —gimoteó el sacerdote, encogiéndose ante la violencia del viento— déjame ir al templo y rezaré allí.

—¡Hijo de un cerdo! ¡Reza *aquí*! ¿No hay nada a cambio del pescado salado y el polvo de *curry* y las cebollas secas? ¡Llama en voz alta! Di a

Madre Gunga que hemos tenido bastante. Ruégale que se calme esta noche. Yo no sé rezar, pero he trabajado en los barcos de la *Kúmpani* y cuando los hombres no obedecían mis órdenes yo…

Con un ademán agitado del látigo de cuerda de alambre, Peroo terminó su frase y el sacerdote, apartándose de su discípulo, huyó a la aldea.

—¡Cerdo gordo! —dijo Peroo—. ¡Después de todo lo que hemos hecho por él! ¡Cuando baje el caudal yo me encargaré de conseguirnos un nuevo gurú! *Finlinson Sahib*, ya anochece y no ha comido nada desde ayer. Sea razonable, *Sahib*. Ningún hombre puede soportar velar y pensar demasiado con el estómago vacío. Túmbese, *Sahib*, el río hará lo que tenga que hacer.

—El puente es mío; no puedo dejarlo.

—¿Lo va a sujetar con las manos, entonces? —dijo Peroo riéndose— yo estaba preocupado por mis barcos y aparejos *antes* de que viniera la riada. Ahora estamos en manos de los Dioses. ¿El *Sahib* no va ni a comer ni a acostarse? Entonces, tome esto. Es carne y buen alcohol a la vez, mata toda fatiga, además de la fiebre que produce la lluvia. Hoy no he comido otra cosa.

Sacó de su cinturón empapado una pequeña caja de tabaco de latón, y la puso en la mano de Findlayson diciendo:

—No, no tenga miedo. Solo es opio. ¡Opio puro de Malwa!

Findlayson dejó caer sobre su mano dos o tres bolitas de color marrón oscuro y, casi sin saber lo que hacía, se las tragó. Al menos sería una buena defensa contra la fiebre —esa fiebre que subía del barro y que estaba apoderándose de él—; además, había visto lo que Peroo podía hacer en las nieblas sofocantes de otoño con una dosis de la caja de latón.

Peroo movió la cabeza con los ojos brillantes.

—Dentro de poco… dentro de poco el *Sahib* descubrirá que vuelve a pensar bien otra vez. Yo también tomaré…

Se lanzó sobre su preciada caja, se colocó bien el impermeable en la cabeza y se agachó para observar los barcos. Ya estaba demasiado oscuro para ver más allá del primer pilar, y la noche pareció haber dado nuevas fuerzas al río. Findlayson estaba de pie, con la barbilla sobre su pecho,

pensando. Había una duda sobre uno de los pilares —el séptimo— que todavía no había resuelto del todo en su mente. Las cifras no cobraban forma a su vista excepto una a una y durante intervalos de tiempo enormes. En sus oídos había un sonido rico y melodioso, como la nota más profunda de un contrabajo —un sonido encantador, en el cual le pareció que su pensamiento se prendió durante varias horas—. Entonces Peroo apareció junto a él gritándole que un cable se había roto y que las chalanas se habían soltado. Findlayson vio cómo la flota se abría y giraba como un abanico entre el chirriar prolongado del alambre al tensarse.

—Un árbol ha chocado con ellas. Se irán todas —gritó Peroo—. El cable principal se ha partido. ¿Qué hace el *Sahib*?

Un plan inmensamente complejo relampagueó en la mente de Findlayson. Vio las cuerdas que pasaban de barco en barco en líneas y ángulos rectos —cada cuerda, una línea de pálido fuego—. Pero había una que era la cuerda maestra. Él podía verla. Si consiguiera tirar de ella, era absoluta y matemáticamente seguro que la desordenada flota volvería a unirse en el remanso detrás de la torre de guardia. ¿Pero por qué, se preguntó, le agarraba Peroo tan desesperadamente por la cintura mientras bajaba a la orilla precipitadamente? Era necesario apartar al lascar, suave y lentamente, porque era necesario salvar los barcos y, además, demostrar lo sumamente fácil que era ese problema que parecía tan difícil. Y entonces —pero no tenía ninguna imponencia— una cuerda de alambre se deslizó en su mano, quemándola, la elevada orilla desapareció y con ella todos los factores del problema se dispersaron lentamente. Estaba sentado en la oscuridad lluviosa, sentado en un barco que giraba como una peonza y Peroo estaba de pie por encima de él.

—Había olvidado —dijo el lascar despacio— que para las personas que están en ayunas y que no están acostumbradas, el opio es peor que cualquier vino. Los que mueren en el seno de Gunga van junto a los Dioses. Aun así, yo no tengo ningún deseo de presentarme a tan altos personajes. ¿Sabe nadar el *Sahib*?

—¿Para qué? Sabe volar, volar tan rápido como el viento —fue la apagada respuesta.

—¡Está loco! —murmuró Peroo muy bajo—. Y me echó de lado como un fardo de estiércol. Bueno, no verá su muerte. El barco no puede aguantar aquí aunque no choque contra nada. No es bueno mirar a la muerte con mirada clara.

Volvió a proveerse en la caja de latón, se agachó en la proa de la embarcación tambaleante, mirando a través de la niebla a la nada que allí había. Una cálida somnolencia se apoderó de Findlayson, el Ingeniero Jefe, cuyo deber era estar junto al puente. Las pesadas gotas de lluvia le golpeaban con mil pequeños hormigueos excitantes y todo el peso del tiempo, desde su creación, le cayó pesadamente sobre los párpados. Pensaba y percibía que estaba completamente seguro porque el agua era tan sólida que seguramente un hombre podría pisarla y, quieto, con las piernas separadas para mantener el equilibrio —esto era lo más importante— se llegaría cómoda y rápidamente a la orilla. Pero se le ocurrió un plan mucho mejor. Solo era necesario un esfuerzo de voluntad para que el alma lanzara el cuerpo a tierra como el viento empuja un papel; para llevarlo a la ribera por el aire como una cometa. Después de eso —el barco giraba vertiginosamente— imagínate que el viento soplara por debajo del cuerpo dejado en libertad. ¿Subiría como una cometa e iría a dar de bruces sobre las arenas lejanas, o giraría fuera de control por toda la eternidad? Findlayson se agarró a la borda para sujetarse porque le parecía que iba a alzar el vuelo antes de que pudiera determinar todos sus planes. El opio hace más efecto al hombre blanco que al negro. Peroo estaba cómodamente indiferente a los accidentes.

—No puede aguantar —gruñó—, sus costuras se están abriendo. Si hubiera sido una barca de remos podríamos haberlo resistido; pero esta caja agujereada no sirve. *Finlinson Sahib*, nos hundimos.

—*¡Accha!* Yo me marcho. Véte tú también.

En su mente, Findlayson ya se había escapado del barco y volaba en círculos en el aire, buscando un punto de descenso donde plantar el pie. Su cuerpo —realmente sentía su necia impotencia— estaba en la popa, con el agua por las rodillas.

—¡Qué ridículo! —dijo para sí, desde su alto refugio—. Ese… es Findlayson… Jefe del Puente de Kashi. El pobre animal encima se va a

ahogar. Ahogarse cuando se está tan cerca de la orilla. Yo… yo ya estoy en tierra. ¿Por qué no viene?

Para su gran disgusto, encontró su alma devuelta a su cuerpo otra vez, a ese cuerpo a punto de ahogarse en la profundidad del agua. El dolor de la reunión fue atroz, pero también era necesario luchar por el cuerpo. Tuvo conciencia de asirse desesperadamente a la arena mojada y de dar unos pasos prodigiosamente largos, como en los sueños, para no perder pie en el agua arremolinada, hasta que por fin se arrastró fuera del abrazo del río y se dejó caer, jadeando, sobre la tierra húmeda.

—No será esta noche —dijo Peroo a su oído—. Los Dioses nos han protegido.

El lascar movió sus pies cautelosamente y crujieron entre los tocones.

—Esta es alguna isla de la cosecha de añil del año pasado —prosiguió—. No encontraremos hombres aquí; pero tenga mucho cuidado, *Sahib*; la riada ha hecho salir todas las serpientes en cien millas a la redonda. Aquí viene el relámpago, a la zaga del viento. Ahora veremos. Pero ande con cuidado.

Findlayson estaba muy lejos de tener miedo a las serpientes, en realidad, estaba muy lejos de cualquier emoción humana. Después de quitarse el agua de los ojos, veía con una claridad inmensa y caminaba, así se lo parecía, con unos pasos que abarcaban el mundo entero. En alguna parte, en la noche de los tiempos, había construido un puente —un puente que cruzaba ilimitadas extensiones de mares resplandecientes—, pero el Diluvio se lo había llevado, dejando esta única isla bajo el cielo para Findlayson y su compañero, los únicos supervivientes de la estirpe humana.

Un relampagueo incesante, hendido y azul, iluminaba todo lo que había que ver en esa pequeña parcela de tierra rodeada por la inundación —una mata de espinas, una mata de bambú que se balanceaba y crujía, un *peepul* gris y nudoso que daba sombra a un santuario hindú, en cuya cúpula ondeaba una bandera roja hecha jirones—. El santón, que lo tenía como residencia de verano, lo había abandonado hacía mucho, y la intemperie había roto la imagen embadurnada de rojo de su Dios. Los

dos hombres, con las piernas y los párpados pesados, tropezaron sobre las cenizas de un lar rodeado de ladrillos y se sentaron al abrigo de las ramas, mientras la lluvia y el río rugían al unísono.

Los tocones de añil crepitaban y hubo un olor a ganado cuando un enorme Toro brahmán se abrió camino hacia el árbol. Los rayos revelaron la marca del tridente de Shiva en su ijada, la insolencia de la cabeza y la joroba, los ojos luminosos como los de un ciervo, la frente coronada con una guirnalda de caléndulas mojadas y la sedosa papada que casi tocaba el suelo. Detrás de él se oía subir a otras bestias desde la línea de inundación a través de los matorrales, un ruido de pasos pesados y de respiración honda.

—Aquí hay alguien más que nosotros —dijo Findlayson, con la cabeza apoyada en el tronco, mirando a través de los ojos semicerrados y totalmente tranquilo.

—Ciertamente —dijo Peroo con la voz apagada— y no son inferiores.

—¿Qué son entonces? No los veo claramente.

—Los Dioses. ¿Quiénes van a ser? ¡Mire!

—¡Ah, cierto! Los Dioses seguramente, los Dioses.

Findlayson corrió mientras su cabeza caía hacia delante sobre su pecho. Peroo tenía toda la razón. Después del Diluvio, ¿quién podría estar vivo sobre la tierra sino los Dioses que la hicieron; los Dioses a quienes su aldea invocaba por las noches, los Dioses que estaban en boca de todos los hombres e involucrados en todas sus acciones? No podía levantar la cabeza ni mover un dedo debido al trance en el que estaba y Peroo sonreía a los relámpagos con un aspecto ausente.

El Toro se detuvo junto al santuario con la cabeza inclinada hacia la tierra húmeda. En las ramas, un Loro verde se alisaba las mojadas alas con su pico y chillaba a los truenos a medida que el círculo bajo el árbol se iba llenando de las sombras movedizas de las bestias. Había un Antílope negro pegado a los calones del Toro —un macho que quizá Findlayson había visto en sueños en su ya lejana vida sobre la tierra—. Un Antílope de cabeza regia, lomo de ébano, vientre de plata y cuernos rectos y brillantes. Junto a él, con la cabeza inclinada hacia la tierra, los

brillantes ojos verdes babo el pesado ceño, azotando la hierba con su cola inquieta, se paseaba una Tigresa, panzuda, de grandes quijadas.

El Toro se agachó junto al santuario y de la oscuridad saltó un Mono gris, monstruoso, que se sentó como un hombre en donde estaba la imagen caída y la lluvia derramaba sus gotas como joyas sobre el pelo de la nuca y sobre sus hombros.

Otras sombras iban y venían detrás del círculo, entre ellas un Hombre borracho que agitaba un bastón largo y una botella. Entonces, un ronco bramido subió del suelo.

—¡La riada amaina —gritó—; hora tras hora el agua baja y su puente sigue en pie!

—Mi puente —dijo Findlayson para sí—. Esto tiene que ser de otra época ya. ¿Qué tienen que ver los Dioses con mi puente?

Sus ojos se movían en la oscuridad después del rugido. Un Cocodrilo hembra —de morro chato, frecuentador de vados, el *Magar* del Ganges— se arrastró entre las bestias azotando furiosamente de derecha a izquierda su cola.

—Lo han hecho demasiado sólido para mí. En toda la noche solo he arrancado un puñado de tablones. ¡Los muros resisten! ¡Las torres resisten! Han encadenado mi caudal y mi río ya no es libre. ¡Celestiales, quitadme ese yugo! ¡Dadme agua que corra de orilla a orilla! Soy yo Madre Gunga, quien os habla. ¡La justicia de los Dioses! ¡Invoco a la justicia de los Dioses!

—¿Qué dije yo? —susurró Peroo—. En verdad esto es un *Punchayet*[32] de los Dioses. Ahora sabemos que el mundo entero está muerto excepto usted y yo, *Sahib*.

El Loro chilló y agitó sus alas otra vez, y la tigresa, con las orejas pegadas a la cabeza, rugió ferozmente.

En alguna parte, en la sombra, una gran trompa y unos colmillos resplandecientes se balanceaban de un lado a otro y un gorjeo sordo rompió el silencio que siguió al rugido.

—Estamos aquí —dijo una voz grave— los Grandes. Somos uno solo y muchísimos. Shiva, mi padre, está aquí con Indra. Kali ya ha hablado. Hanuman también escucha.

—Kashi está sin su Kotwal esta noche —gritó el Hombre de la botella tirando su bastón al suelo, mientras en la isla resonaba el ladrido de los perros—. Que se le conceda la justicia de los Dioses.

—No os movisteis cuando contaminaron mis aguas —bramó el gran Cocodrilo—. No hicisteis ninguna señal cuando mi río estaba atrapado entre los muros. Yo no tenía más ayuda que mi propia fuerza, y esta ha fallado —la fuerza de Madre Gunga ha fallado— ante sus torres de guardia. ¿Qué podía hacer? He hecho de todo. ¡Acabad ahora, Celestiales!

—Yo traje la muerte; cabalgué con la enfermedad de las manchas en las chozas de sus obreros, y aún no desistían —un Asno, con la nariz rajada, el pelo desgastado, cojo, con patas de tijera, y cubierto de llagas, avanzó renqueando—. Les soplé la muerte con mis narices, pero no desistían.

Peroo hubiera querido moverse, pero el opio lo paralizaba.

—¡Bah! —dijo escupiendo—. Es Sitala en persona: Mata, la viruela. ¿El *Sahib* tiene un pañuelo para taparse la cara?

—¡Vaya ayuda! —dijo el Cocodrilo—. Me entregaron sus cadáveres durante un mes y los eché en mis bancos de arena, pero su trabajo proseguía. ¡Son demonios e hijos de demonios! Y dejasteis sola a Madre Gunga para que sus carros de fuego se burlaran de ella. ¡Caiga la Justicia de los Dioses sobre los constructores de puentes!

El Toro rumiaba y contestó despacio.

—Si la justicia de los Dioses cayera sobre todos los que se burlan de las cosas santas, habría muchos altares apagados en la tierra, Madre.

—Pero esto es mucho más que una burla —dijo la Tigresa avanzando repentinamente una garra quejosa—. Tú sabes, Shiva, y vosotros también, Celestiales, sabéis que han profanado a Gunga. Seguramente deben acudir ante el Destructor. Que juzgue Indra.

El Ciervo contestó sin moverse.

—¿Cuánto tiempo hace que existe este mal?

—Tres años, según la cuenta de los hombres —dijo el Magar, acurrucado en la tierra.

—¿Va a morirse Madre Gunga en un año como para que esté tan ansiosa de ser vengada ahora? El mar profundo estaba ayer en el mismo sitio donde fluye hoy, y mañana el mar lo cubrirá de nuevo cuando los Dioses midan aquello a lo que los hombres llaman tiempo. ¿Quién puede decir que ese puente estará en pie mañana? —dijo el Antílope.

Hubo un largo silencio y al pasar la tormenta, la luna apareció sobre los árboles empapados de agua.

—Juzgad pues —dijo el Magar hoscamente—. Yo he proclamado mi vergüenza. La inundación decrece. Yo no puedo hacer más.

—En cuanto a mí —era la voz del gran Mono sentado en el santuario— me agrada mucho ver trabajar a estos hombres pues me recuerdan que yo también construí un gran puente en la infancia del mundo.

—También dicen —rugió la Tigresa— que estos hombres proceden de la destrucción de tus ejércitos, Hanuman, y por eso tú serías cómplice…

—Ellos trabajaban como trabajaban en Lanka mis ejércitos, y creen que su trabajo es perdurable. Indra está demasiado alto, pero tú, Shiva, tú sabes que han surcado la tierra con sus carros de fuego.

—Sí, lo sé —dijo el Toro—, sus Dioses les han instruido en la materia.

Una risa recorrió el círculo.

—¡Sus Dioses! ¿Qué saben sus Dioses? Nacieron ayer y quienes los han hecho apenas están fríos —dijo el Magar—. Mañana sus Dioses morirán.

—¡Oh! —dijo Peroo—, Madre Gunga habla bien. Yo se lo dije al padre *Sahib* que predicaba en el *Mombasa* y él pidió al Burra Malum que me cargara de cadenas por tan gran insolencia.

—Seguramente hacen estas cosas para agradar a sus Dioses —volvió a decir el Toro.

—No del todo —dijo el Elefante—. Es para beneficiar a mis *mahajuns*, mis gordos prestamistas que me adoran cada año nuevo, cuando dibujan mi imagen en la cabecera de sus libros de contabilidad. Yo miro sobre sus hombros, a la luz de lámparas, y veo que los nombres

de sus libros son los de nombres de lugares lejanos, porque todas las ciudades están unidas por los carros de fuego, y el dinero va y viene rápido, y los libros se ponen tan gordos como yo mismo. Y yo, que soy Ganesh de la buena Suerte, bendigo a mis gentes.

—Han cambiado la faz de la tierra, que es mi tierra. Han matado y hecho nuevas ciudades en mis riberas —dijo el Magar.

—No es sino mover un poco el polvo. Que el polvo cave en el polvo si le place al polvo —contestó el Elefante.

—¿Pero después? —dijo la Tigresa—. Después verán que Madre Gunga no puede vengar ningún insulto, uno a uno. Al final, Ganesh, nos quedaremos en nuestros altares vacíos.

El hombre borracho se puso en pie tambaleando, e hipó con vehemencia ante la asamblea de los Dioses.

—Kali miente. Mi hermana miente. Mi bastón, también, es el Kotwal de Kashi, y él lleva la cuenta de mis peregrinos. Cuando llega la hora de reverenciar a Bhairon —y siempre es hora— los carros de fuego se mueven uno tras otro y cada uno lleva mil peregrinos. No vienen a pie, sino rodando sobre ruedas, y mi honor se acrecienta.

—Gunga, en Pryag he visto tu lecho negro de peregrinos —dijo el Mono, inclinándose hacia adelante—, y si no fuera por los carros de fuego habrían venido lentamente y en menor cantidad. Recuérdalo.

—Hasta mí, vienen siempre —continuó Bhairon con una voz amorfa—. Día y noche el pueblo llano me reza en los campos y en las carreteras. ¿Quién se asemeja a Bhairon hoy en día? ¿Quién habla aquí de cambios de religión? ¿Acaso mi bastón es el Kotwal de Kashi en balde? Lleva la cuenta y dice que nunca como hoy ha habido tantos altares y que el carro de fuego los atiende muy bien. Bhairon soy yo, Bhairon del pueblo llano…

—¡Paz, tú! —mugió el Toro—. La adoración de las escuelas es mía, y en ellas se habla muy sabiamente, y se preguntan si soy uno o muchos, a mi gente le gustan esas cosas, y vosotros sabéis quién soy yo. Kali, esposa mía, tú también sabes.

—Sí, lo sé —dijo la tigresa, con la cabeza baja.

—Soy más grande que la propia Gunga. Porque sabéis quién hizo que los hombres llamasen santa a Gunga entre todos los ríos. Quien muere en estas aguas —sabéis lo que dicen los hombres— viene a Nosotros sin castigo, y Gunga sabe que el carro de fuego le ha traído centenares de personas ávidas de acabar así; y Kali sabe que sus fiestas más importantes las ha celebrado entre los peregrinos, traídos por el carro de fuego. ¿Quién consiguió en Poree, bajo la imagen de Dios, miles de víctimas en un día y una noche, y atando la enfermedad a las ruedas de los carros de fuego la hizo correr de un extremo a otro de la tierra? ¿Quién sino Kali? Antes de que llegara el carro de fuego era un trabajo duro. Los carros de fuego te han servido bien, Madre del Exterminio. Pero yo hablo por mis propios altares, yo que no soy Bhairon del pueblo llano, sino Shiva. Los hombres van y vienen fabricando palabras y contando cosas de Dioses extraños, y yo escucho. Las creencias se suceden entre mi gente en las escuelas, y yo no me enfado; porque cuando las palabras se han dicho y se acaba la nueva fábula, al final los hombres vuelven a Shiva.

—Cierto. Es cierto —murmuró Hanuman—. A Shiva y a los demás, Madre, vuelven. Yo voy sigilosamente de templo en templo en el norte, donde adoran a un Dios y a su Profeta; y dentro de poco solo mi imagen estará en sus santuarios.

—¿Eso es todo? —dijo el Antílope, volviendo lentamente su cabeza—. Yo soy ese Dios y también su Profeta.

—Así es, Padre —dijo Hanuman—. Y cuando voy al sur, yo, el más antiguo de los Dioses, tal como los conocen los hombres, no tengo más que tocar los santuarios de la nueva fe y entonces esculpen con doce brazos a la Mujer que todos conocemos y a la que sin embargo ellos llaman María.

—¿Eso es todo, hermano? —dijo la Tigresa—. Yo soy esa mujer.

—Así es, hermana; y cuando voy al oeste con los carros de fuego, me pongo delante de los constructores de puentes de muchas formas, y por mí, ellos cambian su fe y se hacen sabios. ¡Ja, ja, ja! En verdad yo soy el constructor de puentes; puentes entre esto y aquello, y cada puente al final conduce con seguridad a Nosotros. Alégrate, Gunga. Ni estos hombres ni los que vengan detrás de ellos se burlan de ti en absoluto.

—¿Estoy sola, entonces, Celestiales? ¿Tengo que suavizar mi caudal para que, inoportunamente, no arrase sus muros? ¿Indra secará entre sus muelles mis fuentes en las colinas y hará que me arrastre humildemente? ¿Tengo que enterrarme para no ofenderles?

—¡Y todo por una pequeña barra de hierro con el carro de fuego encima! ¡De verdad, Madre Gunga sigue siendo muy joven! —dijo Ganesh el elefante—. Un niño no habría hablado más tontamente. Que el polvo cave en el polvo antes de volver al polvo. Yo solo sé que mi gente se enriquece y me alaba. Shiva ha dicho que los hombres de las escuelas no le olvidan; Bhairon está contento con su pueblo llano; y Hanuman se ríe.

—Claro que me río —dijo el Mono—. Mis altares son pocos al lado de los de Ganesh o Bhairon, pero los carros de fuego me traen nuevos devotos de allende el Agua Negra, los hombres que creen que su dios es el trabajo. Yo corro delante de ellos haciendo gestos y ellos siguen a Hanuman.

—Dales el trabajo que desean, entonces —dijo el Magar—. Construye un muelle en mi caudal y echa el agua por encima del puente. Una vez demostraste tu fuerza en Lanka, Hanuman. Agáchate y levanta mi cauce.

—Quien da la vida puede quitar la vida —el Mono rascó en el barro con su alargado índice—. Y sin embargo, ¿a quién le beneficiaría la matanza? Morirían muchísimos.

Desde el agua subió el fragmento de una canción de amor como las que cantan los muchachos cuando vigilan su ganado bajo el ardiente mediodía de la primavera tardía. El Loro chilló gozosamente, moviéndose por su rama con la cabeza inclinada a medida que la canción crecía y, en medio de un claro de luna, apareció el joven vaquero, el favorito de los Gopis, el ídolo de los sueños de las vírgenes y de las madres antes del nacimiento de sus hijos —Krishna, el Bienamado—. Se agachó para anudar su larga cabellera mojada y, con un aleteo, el loro se posó sobre su hombro.

—Danzando y cantando, cantando y danzando —hipó Bhairon—. Eso es lo que hace que llegues tarde al consejo, hermano.

—¿Entonces? —dijo Krishna, riendo y echando la cabeza hacia atrás— no podéis hacer gran cosa sin mí, ni siquiera Karma aquí presente. —Acarició el plumaje del loro y volvió a reír—. ¿Qué hacéis ahí sentados y hablando todos juntos? Oí rugir a Madre Gunga en la oscuridad. Por eso he venido rápidamente, desde una choza en la que me encontraba tan a gusto. ¿Qué le habéis hecho a Karma para que esté tan mojado y tan callado? ¿Y qué hace Madre Gunga aquí? ¿Están tan llenos los cielos que tenéis que venir a arrastraros por el fango como las bestias? ¿Karma, qué les pasa?

—Gunga clama venganza contra los constructores de puentes y Kali está con ella. Ahora pide a Hanuman que anegue el puente para que aumente su honor —gritó el Loro—. Yo he esperado aquí sabiendo que vendrías. ¡Oh mi Señor!

—¿Y los Celestiales no han dicho nada? ¿Acaso Gunga y la Madre de los Suplicios les han ganado hablando? ¿Ninguno habló por mi gente?

—No —dijo Ganesh, moviéndose inquieto sobre sus patas—. Yo dije que no era sino polvo que jugaba. ¿Para qué aplastarlo?

—A mí me gustaba verlos trabajar, me gustaba mucho —dijo Hanuman.

—Yo soy Bhairon del pueblo llano y este, mi bastón, es el Kotwal de todo el Kashi. Yo hablo por el pueblo llano.

—¿Tú? —los ojos del joven Dios brillaban.

—¿Acaso no soy para ellos el primero de los Dioses hoy día? —respondió Bhairon sin inmutarse—. Por el bien del pueblo llano he dicho… muchísimas cosas sabias que he olvidado ahora… pero este, mi bastón…

Krishna se dio la vuelta con impaciencia, vio el Magar a sus pies, y arrodillándose, pasó un brazo en torno a su cuello frío.

—Madre —dijo suavemente— vuelve a tu cauce otra vez. Este asunto no te concierne. ¿Qué daño puede hacerle a tu honor este polvo viviente? Tú has hecho renacer sus campos año tras año, y por tu caudal se hacen fuertes. Al final, todos vuelven a ti. ¿Qué necesidad hay de matarlos ahora? Ten piedad, Madre, es solo por poco tiempo.

—Si solo es por poco tiempo —empezó a decir lentamente la bestia.

—¿Son ellos Dioses, entonces? —replicó Krishna, riendo y mirando los apagados ojos del Magar—. Estáte segura de que es solo por poco tiempo. Los Celestiales te han oído y pronto se te hará justicia. Regresa ahora, Madre, a tu cauce. Tus aguas están llenas de hombres y de ganado, las orillas se derrumban, y las aldeas se disuelven por tu causa.

—Pero el puente, el puente está en pie.

El Magar se volvió y, gruñendo, se adentró en la maleza al levantarse Krishna.

—Se acabó —dijo la Tigresa, sañuda—. Ya no hay justicia entre los Celestiales. Habéis avergonzado a Gunga y os habéis burlado de ella, que no pedía sino unas veintenas de vidas.

—De *mi* gente, que yace allá bajo los techados de paja de la aldea; de las muchachas y de los muchachos que cantan en la oscuridad; del niño que nacerá el mes que viene; del que ha sido concebido esta noche —dijo Krishna—. Y cuando todo acabe, ¿qué provecho sacaréis? Mañana volverán al trabajo. Sí, si arrancarais el puente de punta a punta volverían a empezar. ¡Oídme! Bhairon sigue borracho. Hanuman se burla de sus fieles con nuevos acertijos.

—No, que son muy viejos —dijo el Mono riéndose.

—Shiva escucha las conversaciones de las escuelas y los sueños de los hombres santos; Ganesh solo piensa en sus comerciantes barrigudos; pero yo, yo vivo con esa gente sin pedir regalos y, sin embargo, los recibo a todas horas.

—Eres muy tierno con los tuyos —dijo la Tigresa.

—Me pertenecen. Las viejas sueñan conmigo, removiéndose en sus camas mientras duermen; las vírgenes me miran y me escuchan cuando van a llenar sus cántaros al río. Camino con los muchachos que esperan fuera de las puertas al atardecer, y llamo por encima de mi hombro a los que tienen la barba canosa. Sabéis, Celestiales, que, de todos nosotros, soy el único que pisa la tierra continuamente, y no me complazco en modo alguno en nuestros cielos mientras brote una hoja de hierba verde aquí, o dos voces susurren al anochecer en las plantaciones. Sois sabios, pero vivís lejos, olvidando de dónde venís. Yo no olvido. ¿Decís que el carro de fuego llena vuestros santuarios? ¿Que los carros de fuego traen

mil peregrinos cuando solo venían diez en los viejos tiempos? Cierto. Eso es cierto hoy.

—Pero mañana estarán muertos, hermano —dijo Ganesh.

—¡Paz! —dijo el loro, mientras Hanuman se inclinaba nuevamente—. Y mañana, amado, ¿qué pasará mañana?

—Solo esto. Hay un nuevo rumor que va de boca en boca entre el pueblo llano, un rumor que ni hombre ni Dios pueden captar. Un rumor malo, un pequeño rumor que corre perezosamente entre el pueblo y que dice (y nadie sabe quién lo ha iniciado) que están cansados de vosotros, Celestiales.

Los Dioses rieron al unísono, suavemente.

—¿Y bien, amado? —dijeron.

—Y para cubrir ese cansancio, ellos, mi gente, te traerán a ti Shiva, y a ti, Ganesh, al principio, ofrendas mayores y un mayor estruendo de adoración. Pero el rumor ha corrido por doquier y después pagarán menos contribuciones a vuestros gordos sacerdotes. Luego olvidarán vuestros altares, pero tan paulatinamente que ningún hombre podrá decir cómo empezó este olvido.

—¡Lo sabía, lo sabía! Yo también dije esto, pero no me escucharon —dijo la Tigresa—. ¡Deberíamos haber matado, deberíamos haber matado!

—Ya es demasiado tarde. Deberíais haber matado al principio, cuando los hombres del otro lado del agua no habían enseñado nada a nuestro pueblo. Ahora mi gente ve su trabajo y piensa. No piensa en los Celestiales. Piensa en el carro de fuego y en otras cosas que han hecho los constructores de puentes, y cuando vuestros sacerdotes extienden sus manos pidiendo una limosna, ellos, a regañadientes, dan un poco. Sin duda es el principio, solo entre uno, dos, cinco o diez hombres, pues yo, que me muevo entre mi gente, sé lo que pasa en sus corazones.

—¿Y el fin, Bufón de los Dioses? ¿Cuál será el fin? —dijo Ganesh.

—¡El fin será como el principio, oh perezoso hijo de Shiva! Morirá la llama en los altares y la plegaria en los labios, hasta que os convirtáis en Dioses pequeños otra vez, Dioses de la selva, nombres que los cazadores de raras y perros susurran en la espesura y en las cuevas, fetiches, ídolos

del tronco del árbol y enseña de aldea como fuisteis al principio. Ese es el fin, Ganesh, para ti y para Bhairon, Bhairon del pueblo llano.

—Está muy lejos —gruñó Bhairon—. Además es mentira.

—A Krishna le han besado muchas mujeres. Ellas le han contado esto para consolar sus propios corazones cuando les llegaban las canas y él nos ha repetido la historia —dijo el Toro, en voz muy baja.

—¡Sus Dioses vinieron, y Nosotros los cambiamos! Yo cogí a la Mujer y le di doce brazos. Deformaremos sus Dioses —dijo Hanuman.

—¡Sus Dioses! No se trata de sus Dioses, uno o tres, hombre o mujer. Se trata de la gente. Son *Ellos* quienes se mueven, y no los Dioses de los constructores de puentes —dijo Krishna.

—Así sea. Yo he hecho que un hombre adorara el carro de fuego mientras estaba quieto echando humo y él no sabía que me adoraba a mí —dijo Hanuman el Mono—. Ellos solo cambiarán un poco el nombre de sus Dioses. Yo dirigiré a los constructores de puentes como antaño: Shiva será adorado en las escuelas por los que dudan y desprecian a sus semejantes; Ganesh tendrá sus *mahajuns*, y Bhairon los arrieros, los peregrinos y los vendedores de juguetes. Amado, no harán más que cambiar los nombres, y eso lo hemos visto mil veces.

—Seguramente no harán más que cambiar los nombres —repitió Ganesh; pero hubo un movimiento de inquietud entre los Dioses.

—Cambiarán más que los nombres. Únicamente a mí no me pueden matar, mientras la virgen y el hombre se reúnan o la primavera siga a las lluvias de invierno. Celestiales, no he recorrido la tierra en balde. Mi gente ahora ignora lo que sabe; pero yo, que vivo con ellos leo en sus corazones. Grandes Reyes, ya ha empezado el principio del fin. Los carros de fuego gritan los nombres de los nuevos Dioses que no son los viejos con nombres nuevos. ¡Bebed ahora y comed mucho! ¡Bañad vuestras caras en el humo de los altares antes de que se enfríen! ¡Tomad los donativos y escuchad los címbalos y los tambores, Celestiales, mientras haya flores y canciones! Según la forma en que los hombres cuentan el tiempo, el fin está lejos; pero tal como lo calculamos nosotros, que sabemos, es hoy. He dicho.

El joven Dios calló y sus hermanos se miraron en silencio durante largo tiempo.

—Nunca he oído esto antes —cuchicheó Peroo al oído de su compañero—. Y sin embargo, a veces, cuando engrasaba el latón de la sala de máquinas del *Goorkha*, me he preguntado si nuestros sacerdotes eran tan sabios… tan sabios. Amanece, *Sahib*. Se habrán ido al alba.

Una luz amarillenta se extendió por el cielo y el tono del río cambiaba a medida que la oscuridad se retiraba.

De repente, el Elefante bramó tan fuerte como si un hombre le hubiera pinchado.

—Que juzgue Indra. ¡Padre de todos, habla! ¿Qué opinas de las cosas que hemos oído aquí? ¿Krishna realmente ha mentido? ¿O…?

—Conocéis —dijo el Antílope, poniéndose en pie—, conocéis el enigma de los Dioses. Cuando Brahm deje de soñar, desaparecerán los Cielos, y los Infernos y la Tierra. Estad tranquilos, Brahm sigue soñando. Los sueños van y vienen y la naturaleza de los sueños cambia, pero Brahm sigue soñando. Krishna ha caminado demasiado tiempo sobre la tierra y sin embargo le quiero tanto más por la historia que ha contado. Los Dioses cambian, amado, ¡todos menos Uno!

—Sí, todos menos Uno, quien pone el amor en los corazones de los hombres —dijo Krishna, anudando su cinto—. No pasará mucho tiempo y sabréis si miento.

—En verdad, dentro de poco tiempo, como tú dices, sabremos. Regresa a tus chozas, amado, y diviértete con las jóvenes, porque Brahm sigue soñando. ¡Idos, hijos míos! Brahm sueña y hasta que él despierte no morirán los Dioses.

—¿A dónde fueron? —dijo el lascar, pasmado, tiritando un poco de frío.

—¡Sabe Dios! —dijo Findlayson.

El río y la isla estaban ahora a plena luz del día, y no había huellas de pezuñas ni de garras sobre la tierra húmeda, bajo el *peepul*. Solo un loro chillaba entre las ramas, provocando chubascos de gotas de agua con el revoloteo de sus alas.

—¡Arriba! ¡Estamos tiesos de frío! ¿Se ha apagado el efecto del opio? ¿Puedes moverte, *Sahib*?

Findlayson se puso en pie con dificultad y se sacudió. Estaba mareado y le dolía la cabeza, pero el efecto del opio se le había pasado y, mientras mojaba su cabeza en un estanque, el Ingeniero Jefe del Puente de Kashi se estaba preguntando cómo había logrado tropezar con la isla, qué posibilidades le ofrecería el día de regresar y, sobre todo, cómo estaría su obra.

—Peroo, he olvidado muchas cosas. Yo estaba bajo la torre de guardia mirando el río y entonces ¿nos arrastró la riada?

—No. Los barcos se soltaron, *Sahib* —(si el *Sahib* había olvidado lo del opio, Peroo no se lo iba a recordar)—; al intentar atarlos de nuevo me pareció, pero estaba oscuro, que una cuerda golpeó al *Sahib* y lo lanzó sobre un barco. Teniendo en cuenta que nosotros dos, con Hitchcock *Sahib*, construimos, por así decirlo, ese puente, yo también me subí al barco, que llegó a lomo de caballo, se puede decir, sobre la nariz de esta isla, y de esta manera, al romperse, nos echó a tierra.

Yo di un gran grito cuando el barco salió del muelle, y sin duda Hitchcock *Sahib* vendrá por nosotros. En cuanto al puente, han muerto tantos en su construcción que no se puede caer.

Un sol fortísimo, que provocó un olor a tierra empapada, siguió a la tormenta, y en esta luz tan clara no había lugar a que un hombre pensara en los sueños de la oscuridad. Findlayson miró río arriba a través del resplandor del agua movediza, hasta que le dolieron los ojos. No había rastro de orillas en el Ganges, ni mucho menos silueta de ningún puente.

—Hemos bajado mucho —dijo— me maravilla que no nos ahogásemos cien veces.

—Eso es lo menos maravilloso, porque ningún hombre muere antes de su hora. He visto Sidney, he visto Londres, veinte puertos grandes, pero —Peroo miró el santuario mojado y descolorido bajo el *peepul*— no hay hombre que haya visto lo que hemos visto nosotros aquí.

—¿El qué?

—¿El *Sahib* ha olvidado?, ¿o es que solo nosotros, los negros, vemos a los Dioses?

—Tenía fiebre. —Findlayson seguía mirando con inquietud el río—. Me pareció que la isla estaba llena de bestias y de hombres que hablaban, pero no me acuerdo. Un barco podría aguantar ahora en este agua, creo.

—Ah, entonces, es cierto. «Cuando Brahm deja de soñar los Dioses mueren». Ahora sé, de verdad, lo que quería decir. Una vez el gurú también me dijo lo mismo; pero entonces no comprendí. Ahora soy sabio.

—¿Qué? —dijo Findlayson por encima de su hombro.

Peroo seguía como si hablara para sí.

—Hace seis… siete monzones, yo estaba de vigía en el castillo de proa del *Rewah*, el barco más grande de la *Kúmpani*, y hubo un gran tufan[33]. El agua verde y negra nos golpeaba y yo me sujeté fuertemente a las cuerdas salvavidas, ahogándome bajo las olas. Entonces pensé en los Dioses, en los que hemos visto esta noche —miró con curiosidad hacia Findlayson, pero el hombre blanco estaba mirando el caudal del río—. Sí, digo, en esos que hemos visto esta noche pasada; y les llamé para que me protegieran. Y mientras rezaba, manteniéndome en mi puesto de vigía, una gran ola vino y me tiró hacia delante sobre el anillo del ancla grande y negra de proa, y el *Rewah* se alzó arriba, arriba, inclinándose hacia la izquierda y yo me quedé boca abajo, sujetando el anillo y mirando hacia esas grandes profundidades. Entonces pensé, cara a cara con la muerte, «Si me suelto, me muero, ya no habrá para mí ni *Rewah* ni sitio junto al hogar donde cocinan el arroz, ni Bombay, ni Calcuta, ni siquiera Londres». «¿Cómo puedo estar seguro —dije— de que los Dioses a los que rezo existan siquiera?». Esto pensé y el *Rewah* bajó su morro como un martillo y todo el mar entró y me arrastró por todo el castillo de proa y mi espinilla chocó contra el motor auxiliar y me hice una herida muy fea, pero no me morí, y he visto a los Dioses. Son buenos con los hombres vivos, pero con los hombres muertos… Ellos mismos lo han dicho. Por tanto, cuando llegue a la aldea pegaré al gurú por hablar con acertijos que no son acertijos. Cuando Brahm deja de soñar, los Dioses se van.

—Mira río arriba. La luz me ciega. ¿Hay humo allá?

Peroo se hizo sombra con las manos.

—Es un hombre sabio y rápido. Hitchcock *Sahib* no se fiaría de una barca de remos. Ha pedido prestada la lancha de vapor del Rao *Sahib*, y viene a buscarnos. Siempre he dicho que tendríamos que haber tenido una lancha de vapor en las obras del puente.

El territorio del Rao de Baraon estaba a unas diez millas del puente. Findlayson y Hitchcock habían pasado buena parte de su escaso tiempo libre jugando al billar y cazando antílopes negros con el joven. Había sido educado por un tutor inglés de gustos deportivos, durante unos cinco o seis años, y ahora estaba derrochando regiamente los ingresos acumulados durante su minoría por el Gobierno de la India. Su lancha de vapor, con sus barandillas recubiertas de plata, toldos rayados de seda y cubiertas de caoba, era un juguete nuevo que a Findlayson le había parecido un estorbo cuando el Rao venía a echar un vistazo a la construcción del puente.

—¡Qué suerte! —murmuró Findlayson, pero no obstante tenía miedo y se preguntaba qué pasaría con el puente.

La suntuosa chimenea azul y blanca bajaba la corriente con velocidad. Podían ver a Hitchcock en la proa, con unos gemelos y con la cara inusualmente blanca. Entonces, Peroo gritó y la lancha se dirigió hacia la parte baja de la isla. El Rao *Sahib*, con un traje de caza de *tweed* y un turbante de siete colores, saludó con su mano real, y Hitchcock gritó. Pero no tenía por qué hacer preguntas, pues la primera que le planteó Findlayson fue sobre el puente.

—¡Todo bien! Caramba, no esperaba volver a verle, Findlayson, está a siete *kos* río abajo. Sí, no se ha movido una piedra en ninguna parte. Pero ¿cómo está usted? Pedí prestada la lancha al *Sahib* y él ha tenido la delicadeza de acompañarme. Suba a bordo.

—¿Ah, *Finlinson*, está usted bien, eh? Ha sido una calamidad sin precedentes lo de anoche. ¿Eh? Mi palacio real también gotea como un colador y las cosechas serán escasas en toda la región. Ahora sáquenos marcha atrás, Hitchcock. Yo… no entiendo de motores de vapor. ¿Está usted mojado? ¿Tiene frío, *Finlinson*? Tengo algunas cosas de comer aquí y beberá un buen trago.

—Estoy inmensamente agradecido, Rao *Sahib*. Creo que me ha salvado usted la vida. ¿Cómo Hitchcock…?

—¡Oh! Tenía el pelo de punta. Vino a caballo en medio de la noche y me sacó de los brazos de Morfeo. Yo, de verdad, estaba muy preocupado, *Finlinson*, así que también he venido. Mi gran sacerdote está muy enfadado en estos momentos. Vamos de prisa, Mister Hitchcock. Me esperan a las doce cuarenta y cinco en el templo del estado donde consagramos algún nuevo ídolo. Si no, les invitaría a pasar el día conmigo. Son pesadísimas estas ceremonias religiosas, ¿eh *Finlinson*?

Peroo, a quien la tripulación conocía muy bien, había tomado posesión del timón, y hábilmente llevaba la lancha río arriba. Pero mientras pilotaba, mentalmente manejaba dos pies de cuerda de alambre medio deshilachado y la espalda sobre la que golpeaba era la espalda de su gurú.

EL PAÍS DE LOS CIEGOS

Herbert George Wells

(The Country of the Blind, 1899)

H. G. Wells (1866-1946) es el más extraordinario inventor de historias de esa extraordinaria época de la literatura mundial que está a caballo entre dos siglos. La inventiva y la exactitud de su imaginación (que le convierten en uno de los padres de la «ciencia fantástica») se acompañaban de una escritura transparente y fluida y eran alimentadas por una moral aguda, firme y clara. Muchos de sus cuentos ocuparían un lugar destacado en una antología dedicada a lo fantástico invisible, mental, que tiene su raíz en las imágenes de la vida cotidiana. Pero no me ha parecido justo renunciar a un cuento que pertenece a su producción más «espectacular» y que es, sin duda, una de sus obras maestras.

El país de los ciegos es un gran apólogo moral y político, digno de figurar junto a Swift, una meditación sobre la diversidad cultural y sobre la relatividad de toda pretensión de considerarse superior.

En los Andes ecuatoriales, un poblado de indios ha permanecido aislado del resto del mundo durante algunas generaciones. Todos sus habitantes son ciegos. Los niños nacen ciegos; los últimos viejos que habían gozado de la vista han muerto: todos han perdido ya la memoria de lo que significa ver; las casas no tienen ventanas, ni luz, ni colores. Del mundo exterior llega un hombre; creen que es un disminuido incapaz de hacer lo que ellos hacen, y piensan que dice cosas sin sentido. El hombre imagina llegar a ser su rey, como dice el proverbio del tuerto en el país de los ciegos… Pero el proverbio yerra: en el país de los ciegos quien no ve es más fuerte que quien ve…

A más de trescientas millas del Chimborazo y a cien de las nieves del Cotopaxi, en el territorio más inhóspito de los Andes ecuatoriales, se encuentra un misterioso valle de montaña, el País de los Ciegos, aislado

del resto de los hombres. Hace muchos años, ese valle estaba tan abierto al mundo que los hombres podían alcanzar por fin sus uniformes praderas atravesando pavorosos barrancos y un helado desfiladero; y unos hombres lograron alcanzarlo de verdad, una o dos familias de mestizos peruanos que huían de la codicia y de la tiranía de un malvado gobernante español. Luego sobrevino la asombrosa erupción del Mindobamba, que sumió en las tinieblas durante diecisiete días a la ciudad de Quito, y el agua hirvió en Yaguachi y todos los peces muertos llegaron flotando hasta el mismo Guayaquil; por doquier, a lo largo de las pendientes del Pacífico, hubo derrumbamientos y deshielos veloces e inundaciones repentinas, y una ladera completa de la antigua cumbre del Arauca se desprendió, desplomándose con gran estruendo, aislando para siempre el País de los Ciegos de las pisadas exploradoras de los hombres. Pero uno de estos primeros pobladores se hallaba por azar al otro lado de los barrancos cuando el mundo se estremeció de un modo tan terrible, y se vio forzosamente obligado a olvidar a su esposa y a su hijo y a todos los amigos y pertenencias que había dejado allá arriba, y a empezar una nueva vida en el mundo inferior. Volvió a empezarla, pero enfermo; le sobrevino una ceguera y murió en las minas a causa de los malos tratos. Pero la historia que él contó engendró una leyenda que ha perdurado a lo largo de la cordillera de los Andes hasta nuestros días.

Contó la razón que le había impulsado a aventurarse a abandonar aquel guájar adonde había sido transportado por primera vez atado al lomo de una llama, junto con un enorme bulto de enseres, cuando era niño. El valle, decía, poseía todo cuanto pudiera desear el corazón del hombre: agua dulce, pastos y un clima benigno, laderas de tierra fértil y rica con marañas de arbustos que producían un fruto excelente, y de uno de los costados colgaban vastos pinares que frenaban las avalanchas en lo alto. Mucho más arriba, por tres costados, inmensos riscos de rocas de color gris verdoso estaban coronados de casquetes de hielo; pero la corriente del glaciar no caía sobre ellos, sino que se precipitaba por las pendientes más alejadas y solo de vez en cuando las enormes masas de hielo rodaban por la ladera del valle. En este valle ni llovía ni nevaba, pero los abundantes manantiales proporcionaban ricos pastos verdes que

la irrigación esparcía en toda la extensión del valle. Los colonizadores habían hecho realmente una buena labor en aquel lugar. Sus animales se criaron bien y se multiplicaron y no había más que una cosa que ensombreciera su dicha. Y, sin embargo, bastaba para ensombrecerla sobremanera. Una extraña enfermedad se había abatido sobre ellos haciendo que no solo todos los niños nacidos allí, sino también muchos de los otros niños mayores, fueran atacados por la ceguera. Para buscar algún amuleto o antídoto contra esta plaga fue precisamente por lo que él, enfrentándose con la fatiga, los peligros y las dificultades, había bajado nuevamente por la garganta. En aquellos tiempos, en semejantes casos, los hombres no pensaban en gérmenes e infecciones, sino en pecados, y a él le parecía que la razón de esta calamidad debía estar motivada por la negligencia de estos inmigrantes sin sacerdote de no levantar un altar tan pronto como habían entrado en el valle. Él quería un altar, un altar bonito, barato y eficaz, para levantarlo en el valle; quería reliquias y todos aquellos poderosos símbolos de la fe, como objetos bendecidos, medallas misteriosas y oraciones. En su mochila llevaba una barra de plata, cuyo lugar de procedencia no quiso explicar, insistiendo en que en el valle no había plata, con la reiteración propia de un mentiroso inexperto. Dijo que habían fundido todas sus monedas y adornos en una sola pieza para comprar el sagrado remedio contra su enfermedad, ya que allá arriba para poco o nada necesitaban aquel tesoro. Me imagino a este joven montañés de ojos turbios, requemado por el sol, flaco y ansioso, sujetando febrilmente el ala del sombrero, un hombre totalmente ignorante de las costumbres del mundo inferior, contándole esta historia, antes de la gran convulsión, a algún atento sacerdote de mirada astuta. Parece que lo estoy viendo ahora mismo intentando regresar con remedios piadosos e infalibles contra aquel mal y la infinita congoja con la que debió contemplar la magnitud de la catástrofe que había obstruido la garganta de la que un día había salido. Pero nada sé del resto de la historia de sus infortunios, excepto que murió varios años después en trágicas circunstancias. ¡Pobre oveja descarriada de aquella lejanía! La corriente que antaño había formado la garganta prorrumpe ahora desde la boca de una cueva rocosa, y la leyenda a que había dado

paso su desdichada historia mal contada se convirtió en la leyenda de una raza de hombres ciegos que existía en alguna parte «más allá de las montañas», la leyenda que aún hoy se puede escuchar.

Y en medio de la escasa población de aquel valle ahora aislado y olvidado, la enfermedad siguió su curso. Los ancianos se volvieron cegatos y andaban a tientas, los jóvenes veían, pero confusamente, y los niños que les nacieron no vieron jamás. Pero la vida era fácil en aquel remanso, perdido para todo el mundo, donde no había ni zarzas ni espinas, ni insectos dañinos ni bestias, excepto las apacibles llamas que habían arrastrado, empujado y seguido al remontar los cauces de los mermados ríos en las gargantas por las que ascendieron. El ofuscamiento de la vista había sido tan gradual que apenas se dieron cuenta de su pérdida. Guiaban a los niños ciegos de acá para allá hasta que llegaban a conocer el valle maravillosamente bien; y cuando por fin la vista se agotó entre ellos, la raza sobrevivió. Tuvieron incluso tiempo de adaptarse a controlar a ciegas el fuego, que encendían con cuidado en hornillos de piedra. Al principio fueron una raza simple, analfabeta, solo ligeramente tocada por la civilización española, pero con restos de tradición artística del antiguo Perú y de su perdida filosofía. A una generación le siguió otra. Olvidaron muchas cosas, inventaron otras muchas. Su tradición del mundo mayor del que procedían adquirió un tinte mítico e incierto. En todas las cosas, excepto en la vista, eran recios y capaces, y al poco, por los azares del nacimiento y de la herencia, surgió entre ellos alguien que poseía una mente original, que sabía hablarles y persuadirles de las cosas; y luego surgió otro. Estos dos murieron, dejando sus efectos, y la pequeña comunidad creció en número y en entendimiento, y enfrentó y resolvió los problemas económicos y sociales que se presentaban. A una generación le siguió otra. Y a esta otra más. Vino un tiempo en que nació un niño, quince generaciones después de aquel antepasado que había salido del valle con una barra de plata en busca de la ayuda de Dios y que jamás volvió. Aproximadamente entonces fue cuando, por azar, apareció en esta comunidad un hombre procedente del mundo exterior. Y esta es la historia de aquel hombre.

Era un montañero de la región cercana a Quito, un hombre que había bajado hasta el mar y había visto el mundo, un lector de libros de un modo original, un hombre avispado y emprendedor que fue contratado por un grupo de ingleses que había venido a Ecuador para escalar montañas, en sustitución de uno de sus tres guías suizos que había caído enfermo. Él escaló y escaló allá, y después vino el intento de escalar el Parascotopetl, el Matterhorn de los Andes, en el que se perdió para el mundo exterior. La historia del accidente ha sido escrita una docena de veces. La narración de Pointer es la mejor. Cuenta cómo el grupo fue venciendo su difícil y casi vertical camino hasta los mismos pies del último y mayor de los precipicios y cómo construyeron un refugio nocturno entre la nieve, sobre el pequeño saliente de una roca, y con un toque de auténtico dramatismo, cómo se dieron cuenta al poco tiempo de que Núñez ya no estaba entre ellos. Gritaron y no hubo respuesta. Gritaron y silbaron y, durante el resto de la noche, ya no pudieron conciliar el sueño.

A la clara luz de la mañana hallaron las huellas de su caída. Parece imposible que él no pudiera articular ni un sonido. Había resbalado hacia el este, en dirección a la ladera desconocida de la montaña; mucho más abajo se había golpeado contra un escarpado helero y había seguido bajando, abriendo un surco en medio de una avalancha de nieve. Su rastro iba a parar directamente al borde de un pavoroso precipicio, y más allá de esto todo quedaba sumido en el misterio. Abajo, mucho más abajo, a una distancia indeterminada a causa de la bruma, pudieron ver unos árboles que se erguían en un valle angosto y confinado…, el perdido País de los Ciegos. Pero ellos no sabían que se trataba del País de los Ciegos, ni tampoco podían distinguirlo en modo alguno de cualquier otro retazo de valle angosto de tierras altas. Desalentados por el desastre, abandonaron su intento aquella misma tarde, y Pointer fue llamado a filas antes de que pudiera llevar a cabo otro ataque. Hasta hoy, el Parascotopetl continúa exhibiendo su cumbre virgen, y el refugio de Pointer se desmorona entre las nieves sin que nadie haya vuelto a visitarlo.

Pero el hombre caído sobrevivió.

Al final del declive se precipitó durante mil pies y se desplomó envuelto en una nube de nieve sobre un helero aún más escarpado que el anterior. Al llegar a este estaba mareado, aturdido e insensible, pero sin un solo hueso roto en su cuerpo. Y entonces, por fin, fue a parar a unos declives más suaves, y finalmente dejó de rodar y se quedó inmóvil, sepultado en medio de un montón de masas blancas que le habían acompañado salvándole. Volvió en sí con la oscura sensación de que se encontraba enfermo en la cama; luego se dio cuenta de su situación con la inteligencia de un montañero y, tras descansar un poco, se fue liberando de su envoltura hasta que alcanzó a ver las estrellas. Durante un tiempo descansó tumbado boca abajo, preguntándose dónde estaba y qué era lo que le había ocurrido. Exploró sus miembros y descubrió que varios de sus botones habían desaparecido y que la chaqueta se le había subido por encima de la cabeza; que el cuchillo se le había caído del bolsillo y que había perdido su sombrero a pesar de haberlo atado con una cuerda por debajo de la barbilla. Recordó que había estado buscando piedras sueltas para levantar la parte que le correspondía del muro del refugio. También su hacha para el hielo había desaparecido.

Decidió que debía haber caído y levantó la vista para ver, exagerado por la luz espectral de la luna creciente, el tremendo vuelo que había emprendido. Durante un rato se quedó inmóvil, contemplando anonadado el imponente barranco que se erguía en lo alto como una torre pálida que fuese surgiendo por momentos de la apacible marea de las tinieblas. Su belleza fantasmagórica y misteriosa le dejó sin aliento un instante y luego se apoderó de él un paroxismo convulso de risas y sollozos…

Después de un largo rato, tuvo conciencia de que se encontraba cerca del borde inferior de la nieve. Abajo, al fondo de lo que ahora era un declive practicable e iluminado por la luna, vio la forma oscura y áspera de la turba salpicada de peñas. Luchó para ponerse en pie, con todas las articulaciones y miembros doloridos, se liberó trabajosamente del cúmulo de nieve suelta que le rodeaba, y fue bajando hasta llegar a la turba y, una vez allí más que tumbarse se dejó caer junto a una peña,

bebió un largo trago de la cantimplora que llevaba en el bolsillo interior y se durmió instantáneamente…

Le despertó el canto de los pájaros sobre los árboles en la lejanía. Se incorporó y advirtió que se hallaba sobre un pequeño montículo a los pies de un inmenso precipicio que estaba surcado por la barranca por la que había caído rodeado de nieve. Ante él, otro muro de rocas se levantaba contra el cielo. La garganta entre estos precipicios iba de este a oeste y estaba bañada por el sol de la mañana, que iluminaba hacia el oeste la masa de la montaña caída que obstruía la garganta descendiente. A sus pies parecía abrirse un precipicio igualmente escarpado, pero detrás de la nieve, en la hondonada, encontró una especie de hendidura en forma de chimenea que chorreaba agua de nieve y por la que un hombre desesperado podía aventurarse a bajar.

Lo encontró más fácil de lo que parecía y llegó por fin a otro montículo desolado, y luego, tras trepar por unas rocas que no revestían una dificultad especial, alcanzó una escarpada pendiente de árboles. Se orientó y volvió la cara hacia lo alto de la garganta, ya que vio que desembocaba sobre unos prados verdes, entre los cuales ahora podía vislumbrar con mucha nitidez un grupo de cabañas de piedra de construcción insólita. A veces su avance resultaba tan lento que era como intentar trepar por la superficie de un muro, pero después de un cierto tiempo, el sol, al elevarse, dejó de batir a lo largo de la garganta, los trinos de los pájaros se apagaron y el aire que le rodeaba se volvió frío y oscuro. Pero debido a esto, el valle distante adquirió mayor luminosidad. Al poco llegó a un talud, y entre las rocas, ya que era un hombre observador, reparó en un insólito helecho que parecía estar intensamente agarrado fuera de las hendiduras con grandes manos verdes. Tomó una o dos de sus frondas y mordió su tallo y lo encontró agradable.

Hacia mediodía salió por fin de la garganta del desfiladero y se encontró en el llano que bañaba la luz del sol. Estaba entorpecido y fatigado: se sentó a la sombra de una roca, rellenó su cantimplora en un manantial, bebiendo hasta vaciarla, y permaneció un tiempo descansando antes de dirigirse hacia las casas.

Le resultaban muy extrañas a sus ojos y, a medida que lo miraba, toda la apariencia de aquel valle le parecía cada vez más misteriosa e insólita. La mayor parte de su superficie estaba formada por un exuberante prado verde de manifiesto cultivo sistemático pieza por pieza. En lo alto del valle y rodeándolo había un muro y lo que parecía ser un acueducto circular, del que partían pequeños hilos de agua que alimentaban el prado, y en las laderas más altas, unos rebaños de llamas pacían en los escasos pastos. Y unos cobertizos, al parecer establos o lugares de forraje para las llamas, se levantaban aquí y allá adosados al muro colindante. Los canalillos de irrigación iban a dar todos a un canal principal situado en el centro del valle, que orillaba a ambos lados un muro que se elevaba hasta el pecho. Esto le daba un singular carácter urbano a este recluido lugar, un carácter fuertemente acrecentado por el hecho de que un gran número de caminos pavimentados con piedras blancas y negras y cada uno de ellos con una curiosa acerita a los lados, partía en todas direcciones de forma metódica y ordenada. Las casas de la parte central de la aldea eran muy diferentes de las aglomeraciones casuales y fortuitas de las aldeas de montaña que él conocía; se erguían en hileras continuas a ambos lados de una calle central de asombrosa limpieza; aquí y allá sus fachadas estaban horadadas por una puerta, y ni siquiera una ventana rompía la uniformidad de su frente. Estaban parcialmente coloreadas con extraordinaria irregularidad, embarradas con una especie de enlucido a veces gris, a veces pardo, a veces de color pizarra o marrón oscuro. Y fue a la vista de este excéntrico enlucido cuando apareció por primera vez la palabra «ciego» en los pensamientos del explorador. «El buen hombre que ha hecho eso», pensó, «debía estar más ciego que un murciélago».

Descendió por un escarpado repecho y llegó al muro y al canal que recorría el valle, y al acercarse, este último expulsó su exceso de contenido en las profundidades de la garganta formando una cascada fina y trémula. Podía ver ahora, en la parte más remota del prado, a un buen número de hombres y mujeres descansando sobre apilados montones de hierba, como si estuvieran durmiendo la siesta, y más cerca de la aldea, a un número de niños recostados, y luego, más cerca todavía, a tres hombres que acarreaban cubos en horquillas por un caminito que partía

hacia las casas desde el muro que rodeaba el valle. Estos últimos iban vestidos con ropajes hechos de lana de llama y con botas y cinturones de cuero, llevaban gorras de paño que les cubrían la nuca y las orejas. Marchaban uno tras otro, en fila india, andando despacio y bostezando al andar, como si hubieran estado levantados toda la noche. Había algo tan tranquilizador, próspero y respetable en su porte que, tras un momento de vacilación, Núñez se adelantó visiblemente todo cuando pudo sobre la roca, y lanzó un grito poderoso, cuyo eco resonó en todo el valle.

Los tres hombres se detuvieron y movieron sus cabezas como si estuvieran mirando a su alrededor. Volvieron las caras de un lado a otro, y Núñez gesticuló. Pero no parecieron verle a pesar de todos sus gestos, y al cabo de un rato, dirigiéndose hacia las lejanas montañas de la derecha, gritaron a su vez como respuesta. Núñez voceó otra vez y entonces, una vez más, mientras gesticulaba sin resultado, la palabra, «ciego» se abrió paso entre sus pensamientos. «Estos estúpidos deben estar ciegos», dijo.

Cuando por fin, tras muchos gritos e irritación, Núñez cruzó el riachuelo por un puentecillo, entró por una puerta que había en el muro y se acercó a ellos, tuvo la certeza de que estaban ciegos. Tenía la certeza de que este era el País de los Ciegos del que hablaban las leyendas. Había surgido ante él la convicción y una sensación de gran aventura decididamente envidiable. Los tres se quedaron el uno junto al otro sin mirarle, pero con los oídos colocados en dirección suya, juzgándole por sus pasos no familiares. Se quedaron muy juntos el uno del otro, como hombres un poco temerosos, y él pudo ver sus párpados cerrados y hundidos, como si el mismo globo ocular se hubiera contraído. Había una expresión casi de pavor en sus rostros.

—Un hombre —dijo uno, en un español casi irreconocible—, es un hombre…, un hombre o un espíritu…, que baja por las rocas.

Pero Núñez avanzaba con el paso confiado de un joven que avanza por la vida. Todas las viejas historias del valle perdido y del País de los Ciegos se agolpaban de nuevo en su mente y entre sus pensamientos destacó este antiguo refrán, como un estribillo:

«En el País de los Ciegos el Tuerto es el Rey».

«En el País de los Ciegos el Tuerto es el Rey».

Y con mucha cortesía procedió a saludarles. Les dirigió la palabra utilizando sus ojos.

—¿De dónde viene, hermano Pedro? —preguntó uno.

—Ha bajado de las rocas.

—Vengo del otro lado de las montañas —dijo Núñez—, del país que está más allá…, donde los hombres pueden ver. De un lugar cercano a Bogotá, donde hay centenares de miles de personas y donde la ciudad no puede abarcarse con la vista.

—¿Vista? —refunfuñó Pedro—. ¿Vista?

—Viene de las rocas —dijo el segundo ciego.

Núñez vio que el paño de sus abrigos estaba confeccionado de un modo curioso, cada uno de ellos con costuras diferentes.

Le sobrecogieron realizando un movimiento simultáneo hacia él, alargando los tres una mano. Retrocedió para alejarse del avance de aquellos dedos extendidos.

—Ven acá —dijo el tercer ciego, siguiendo su ademán y asiéndole diestramente.

Y sujetaron a Núñez y le palparon por todas partes, sin decir ni una palabra hasta que hubieron terminado.

—¡Cuidado! —gritó él con un dedo en el ojo, notando que ellos pensaban que aquel órgano con la agitación de sus tapaderas, resultaba una cosa extraña en él. Y volvieron a tocarlo.

—Extraña criatura, Correa —dijo aquel que se llamaba Pedro—. ¿Han notado lo áspero que tiene el pelo? Es igual que el pelo de la llama.

—Es tan áspero como las rocas que lo engendraron —dijo Correa, investigando la barbilla no rasurada de Núñez con mano suave y ligeramente húmeda—. Tal vez se refine.

Núñez luchó un poco para zafarse de aquel examen, pero le sujetaron con firmeza.

—Cuidado —volvió a decir.

—Habla —dijo el tercer hombre—. No cabe duda de que es un hombre.

—¡Ugh! —dijo Pedro, ante la tosquedad de su chaqueta.

—¿Y has venido al mundo? —preguntó Pedro.

—He salido de él. Cruzando montañas y glaciares, justo por encima de esas alturas, a medio camino del sol. De un inmenso mundo que baja hasta el mar tras doce días de camino.

Apenas parecían escucharle.

—Nuestros padres nos contaron que los hombres podían ser criados por las fuerzas de la Naturaleza —dijo Correa—. Por el calor de las cosas, la humedad y la podredumbre…, la podredumbre.

—Conduzcámosle ante los ancianos —dijo Pedro.

—Grita primero —dijo Correa— no sea que los niños se asusten. Este es un acontecimiento extraordinario.

Y así gritaron, y Pedro se encaminó el primero tomando a Núñez de la mano para conducirle hacia las casas.

Él retiró la mano diciendo:

—Puedo ver.

—¿Ver? —dijo Correa.

—Sí, ver —dijo Núñez, volviéndose hacía él y tropezando en el cubo de Pedro.

—Sus sentidos aún son imperfectos —dijo el tercer ciego—. Tropieza y habla con palabras sin significado. Llévale de la mano.

—Como queráis —dijo Núñez dejándose llevar mientras reía.

Parecían no tener ni la menor noción de la vista.

Bien, a su debido tiempo, ya les enseñaría él.

Oyó los gritos de la gente y vio a una serie de figuras que se reunían en la calle principal de la aldea.

Comprobó que ese primer encuentro con la población del País de los Ciegos ponía a prueba sus nervios y su paciencia más de lo que había previsto. El lugar le pareció más grande a medida que se iba acercando, y los enlucidos embarrados más extravagantes, y una multitud de niños, de hombres y de mujeres (reparó complacido en que algunas de aquellas mujeres y muchachas poseían rostros muy agradables a pesar de que todas ellas tenían los ojos cerrados y hundidos) comenzó a rodearle, a agarrarle, a tocarle con manos suaves y sensibles, oliéndole y escuchando cada una de las palabras que él decía. No obstante, algunas de las

muchachas y de los niños se mantuvieron alejados como si sintieran miedo, y la verdad es que su voz parecía áspera y brusca en comparación con sus delicadas voces. Formaron un tumulto a su alrededor. Sus tres guías permanecieron muy cerca de él con un esfuerzo digno de unos propietarios mientras decían una y otra vez:

—Un hombre salvaje venido de las rocas.

—De Bogotá —dijo él—. Bogotá. Al otro lado de las cumbres de las montañas.

—Un hombre salvaje…, que utiliza palabras salvajes —dijo Pedro—. ¿Habéis oído eso…, Bogotá? Su mente apenas está formada. No posee más que los rudimentos del lenguaje.

Un niño pequeño le pellizcó una mano.

—¡Bogotá! —dijo burlonamente.

—¡Ay! Una ciudad distinta de vuestra aldea. Vengo de un vasto mundo…, donde los hombres tienen ojos y ven.

—Su nombre es Bogotá —dijeron ellos.

—Ha tropezado —dijo Correa—, ha tropezado dos veces mientras veníamos aquí.

—Conducidle ante los ancianos. Y le empujaron de repente a través de una puerta que daba a una habitación tan negra como la brea, excepto en el fondo, donde brillaba débilmente un fuego. La muchedumbre se agolpó tras él y ocultó hasta el último resplandor de la luz del día, y antes de que pudiera detenerse había caído de cabeza al tropezar con los pies de un hombre sentado. Su brazo, incontrolado, golpeó la cara de alguna persona mientras caía; sintió el blando impacto de unas facciones y oyó un grito de ira y, por un momento, luchó contra una multitud de manos que se habían apresurado a agarrarle. Era una lucha desigual. Le sobrevino una vaga noción de la situación y se quedó quieto.

—Me he caído —dijo—. No veía nada con esta intensa oscuridad.

Hubo una pausa, como si las personas invisibles que le rodeaban intentasen comprender sus palabras. Luego, oyó la voz de Correa que decía:

—Solo está recién formado. Tropieza al andar y mezcla en su lenguaje palabras que no tienen ningún sentido.

Otros también dijeron cosas sobre él que él no oyó o no comprendió perfectamente.

—¿Puedo sentarme? —preguntó en una pausa—. No volveré a luchar contra vosotros.

Deliberaron y le dejaron levantarse.

La voz de un hombre más anciano comenzó a interrogarle, y Núñez se encontró intentando explicar el vasto mundo de donde había caído, y el cielo y las montañas, y la vista y maravillas parecidas, a estos ancianos sentados en la oscuridad en el País de los Ciegos. Y ellos no quisieron ni creer ni comprender nada de todo cuanto pudiera contarles, un hecho que no entraba en absoluto dentro de sus expectativas. Hacía catorce generaciones que estas personas eran ciegas y estaban aisladas de todo el mundo visible. La historia del mundo exterior se había ido borrando convirtiéndose en un cuento de niños, y habían dejado de preocuparse de cualquier cosa que estuviera más allá de las pendientes rocosas, cuyas alturas dominaba su muro de protección. Habían surgido entre ellos hombres ciegos de genio que cuestionaron los retazos de creencias y de tradiciones que habían llevado consigo en sus días de visión, y habían desechado todas estas cosas como vanas fantasías, reemplazándolas con nuevas y más sensatas explicaciones. La mayor parte de su imaginación se había marchitado con sus ojos, y se habían creado por sí solos unas nuevas imaginaciones mediante sus cada vez más sensibles oídos y yemas de los dedos. Lentamente, Núñez empezó a darse cuenta de esto: que sus expectativas de asombro y reverencia ante su origen y sus dotes no iban a confirmarse y, tras este malogrado intento de explicarles la vista, que había sido descartado como la confusa versión de un ser recién formado que describía las maravillas de sus incoherentes sensaciones, accedió, un poco desanimado, a escuchar su instrucción. Y el más anciano de los ciegos le explicó la vida, la filosofía y la religión, y cómo el mundo (refiriéndose a su valle) había sido al principio un hueco vacío en las rocas, y que después había sido poblado primero por cosas inanimadas sin el don del tacto, y por llamas y por unas cuantas criaturas que tenían muy poco sentido, y luego por hombres, y, finalmente, por ángeles, cuyos cantos y revoloteos podían oírse, pero que nadie podía

tocar de ningún modo, cosa que dejó muy perplejo a Núñez hasta que se le ocurrió pensar en los pájaros.

Prosiguió contando a Núñez la forma en que este tiempo había sido dividido en frío y calor, que para los ciegos son los equivalentes del día y de la noche, cómo lo juicioso era dormir durante el calor y trabajar durante el frío, de modo que, si no hubiera sido por su llegada, todo el pueblo de los ciegos hubiera estado dormido. Dijo que Núñez debía haber sido creado especialmente para aprender y ponerse al servicio de la sabiduría que ellos habían adquirido y que, debido a toda su incoherencia mental y a sus tropiezos, debía tener valor y procurar hacer todo lo posible para aprender, ante lo cual todas las personas que se encontraban en el umbral prorrumpieron en murmullos de aliento. Dijo que la noche, pues los ciegos llamaban al día noche, ya estaba muy avanzada y que convenía que todo el mundo volviera a dormir. Le preguntó a Núñez si sabía dormir y Núñez dijo que sí, pero que antes de dormir quería comida.

Le trajeron comida, leche de llama en un cuenco y un pan tosco salado, y le condujeron a un lugar solitario para que comiera sin que le oyeran, y después a dormir hasta que el frío vespertino de la montaña les despertara para volver a empezar su día. Pero Núñez no durmió en absoluto.

En vez de eso, se incorporó en el mismo lugar donde le habían dejado, descansando sus miembros y dando vueltas en la cabeza, una y otra vez, a las imprevistas circunstancias que habían rodeado su llegada.

De tanto en tanto se reía, a veces divertido y a veces indignado.

—«¡Una inteligencia sin formar!» —decía—. «¡Aún no tiene sentidos! Qué poco saben que han estado insultando a su amo y señor enviado por el cielo. Veo que debo hacerles entrar en razón. Tengo que pensar…, tengo que pensar».

Aún estaba pensando cuando se puso el sol.

Núñez sabía captar la belleza de las cosas y le pareció que el brillo de las pendientes nevadas y de los glaciares que despedía cada lado del valle era la cosa más hermosa que había visto jamás. Su vista se paseó desde aquel inaccesible deleite hasta la aldea y los campos irrigados,

hundiéndose velozmente en el atardecer, y súbitamente se apoderó de él una oleada de emoción y dio gracias a Dios desde el fondo de su corazón por haberle regalado el poder de la vista.

Oyó una voz que le llamaba desde fuera de la aldea.

—¡Eh, Bogotá! ¡Ven aquí!

Al oír esto dejo de sonreír. Ya le enseñaría a esta gente de una vez por todas lo que significaba tener vista para un hombre. Le buscarían pero no le encontrarían.

—No te muevas, Bogotá —dijo la voz.

Rio sin hacer ruido y se apartó del camino con dos pasos furtivos.

—No pises la hierba, Bogotá, eso no está permitido.

Núñez apenas había oído el ruido que había hecho y se detuvo asombrado.

El dueño de la voz subió corriendo hacia él por el sendero jaspeado.

Volvió a entrar en el camino.

—Aquí estoy —dijo.

—¿Por qué no acudiste cuando te llamé? —dijo el ciego—. ¿Es que tienen que llevarte igual que a un niño? ¿No oyes el camino al andar?

Núñez rio.

—Lo puedo ver —dijo.

—No existe ninguna palabra como ver —dijo el ciego, tras una pausa—. Basta de insensateces y sigue el ruido de mis pasos.

Núñez le siguió un poco irritado.

—Ya llegará mi momento —dijo.

—Aprenderás —respondió el ciego—. En el mundo hay mucho que aprender.

—¿No te ha dicho nadie que «En el País de los Ciegos el Tuerto es el Rey»?

—¿Qué es ciego? —preguntó el ciego descuidadamente por encima del hombro.

Pasaron cuatro días, y al quinto, el Rey de los Ciegos aún seguía de incógnito, como un extraño torpe e inútil entre sus súbditos.

Comprobó que le resultaba mucho más difícil proclamarse rey de lo que se había imaginado y, entretanto, mientras meditaba su golpe de

Estado, hizo lo que le decían y aprendió las formas y las costumbres del País de los Ciegos. Trabajar y vagar de noche le pareció una cosa especialmente fastidiosa y decidió que sería lo primero que modificaría.

Aquella gente llevaba un vida simple y laboriosa, con todos los elementos de virtud y de felicidad tal y como estas cosas pueden ser entendidas por los hombres. Se afanaban pero no de un modo opresivo, tenían ropas y alimentos suficientes para sus necesidades, tenían días y temporadas de descanso, hacían música y cantaban mucho, y había entre ellos amor y niños pequeños.

Era maravilloso ver con qué confianza y precisión se movían por su ordenado mundo. Todo había sido hecho en función de sus necesidades; cada uno de los caminos radiales de la zona del valle formaba un ángulo constante con los demás, y se distinguía por una muesca especial en su acera; todos los obstáculos e irregularidades de los caminos o del prado habían sido suprimidos desde hacía mucho tiempo, y todos sus métodos y procedimientos habían surgido de modo natural de la peculiaridad de sus necesidades. Sus sentidos se habían agudizado maravillosamente, oían y juzgaban el gesto más leve de un hombre a una docena de pasos de distancia, oían incluso el mismo latido de su corazón. La entonación había reemplazado a la expresión desde muy antiguo entre ellos, y el tacto al gesto, y su trabajo con la azada, la pala y la horca se desarrollaba con tanta confianza y libertad como el de cualquier jardinero. Su sentido del olfato era extraordinariamente sutil; podían distinguir las diferencias de cada individuo con la misma facilidad que un perro y cuidaban de las llamas, que vivían entre las rocas altas y bajaban hasta el muro en busca de comida y refugio, con comodidad y confianza. Solo cuando Núñez decidió por fin hacer valer sus derechos se dio cuenta de lo ágiles y seguros que podían ser sus movimientos.

Se rebeló solamente después de haber intentado persuadirlos.

Primero intentó hablarles en numerosas ocasiones de la vista.

—Escuchadme un momento —decía—. Hay cosas en mí que vosotros no comprendéis.

Una o dos veces, uno o dos de ellos le prestaron atención; se sentaron con los rostros inclinados hacia abajo y los oídos

inteligentemente vueltos hacia él, y él se esmeró para contarles lo que significaba ver. Entre sus oyentes se encontraba una muchacha, con párpados menos enrojecidos y hundidos que los de los demás, de manera que casi podía imaginarse que estaba ocultando unos ojos, a quien él esperaba convencer especialmente. Habló de las bellezas de la vista, de la contemplación de las montañas, del cielo y del amanecer, y ellos le escucharon con divertida incredulidad que pronto se trocó en condena. Le dijeron que no existían montañas algunas, sino que el final de las rocas, donde pastaban las llamas, era definitivamente el final del mundo; a partir de ahí se erguía el cavernoso techo del universo, desde donde caían el rocío y las avalanchas; y cuando él sostuvo resueltamente que el mundo no tenía ni final ni techo como ellos suponían, le dijeron que sus pensamientos eran malvados. Mientras les describía el cielo y las nubes y las estrellas, aquello les parecía un espantoso vacío, una nada terrible en el lugar de la bóveda uniforme que protegía las cosas en las que creían, porque para ellos era un artículo de fe que el techo de la caverna fuera exquisitamente suave al tacto. Él veía que en cierto modo los estaba sobresaltando y entonces renunció totalmente a abordar este aspecto, tratando de mostrarles las ventajas prácticas de la vista. Una mañana vio a Pedro en el llamado camino Diecisiete que venía hacia las casas centrales, pero aún demasiado lejos como para ser oído u olfateado, y se lo dijo a ellos.

—Dentro de un poco —profetizó—, estará aquí Pedro.

Un anciano observó que Pedro no tenía nada que hacer en el camino Diecisiete y, como para confirmarlo, aquel individuo, mientras se acercaba, giró transversalmente tomando por el camino Diez, dirigiéndose con pasos ágiles hacia el muro exterior. Al no llegar Pedro se burlaron de él y luego, cuando él interrogó a Pedro para salvaguardar su reputación, este le desmintió y se enfrentó con él y desde aquel día le fue hostil.

A continuación les indujo a dejarle recorrer un largo camino por los prados en declive hacia el muro acompañado de un individuo complaciente a quien prometió describirle todo cuanto ocurriera entre las casas. Notó ciertas idas y venidas, pero las cosas que parecían

significar algo para esta gente sucedieron en el interior o detrás de las casas sin ventanas, las únicas cosas de las que ellos tomaron nota para ponerle a prueba, pero de estas, nada pudo ver ni contar; y fue después del fracaso de su tentativa y de las mofas que ellos no pudieron reprimir, cuando él recurrió a la fuerza. Pensó en agarrar una pala y derribar súbitamente con ella a uno o dos al suelo para poder así, en un combate leal, demostrar las ventajas de la vista. Impulsado por aquella resolución no llegó más que asir la pala, porque luego descubrió algo nuevo en él: que le resultaba imposible golpear a un ciego a sangre fría.

Vaciló y comprobó que todos ellos eran conscientes de que él había agarrado la pala. Permanecieron alerta, con las cabezas ladeadas y las orejas dobladas hacia él a la espera de lo que se propusiera hacer.

—Tira esa pala —dijo uno, y sintió una especie de terror impotente, que casi le hizo obedecer. Entonces acometió contra uno lanzándolo contra la pared de una casa y salió corriendo hasta encontrarse fuera de la aldea.

Entró de través por uno de sus prados, dejando rastros de hierba pisoteada detrás de sus pies y al poco se sentó junto al borde de uno de sus caminos. Sintió un poco de la excitación que invade a todos los hombres al comienzo de una pelea, pero una perplejidad mayor. Empezó a darse cuenta de que ni siquiera se podía luchar a gusto con criaturas que parten de una base mental diferente. En la lejanía vio a una multitud de hombres con palas y garrotes que salían de la calle de las casas y avanzaban desplegados en línea hacia él por los numerosos caminos. Avanzaban lentamente, hablando con frecuencia entre sí y, de tanto en tanto, todo el cordón se detenía a olisquear el aire y a escuchar. Núñez rio la primera vez que les vio hacer esto.

Pero después, ya no volvió a reír.

Uno de ellos descubrió su rastro en la hierba del prado y se agachó para tantear la dirección que debía seguir.

Durante cinco minutos contempló la lenta maniobra de cordón y, entonces, su remota intención de hacer algo se hizo apremiante. Se levantó, dio uno o dos pasos hacia el muro circular, se volvió y

desanduvo un poco el camino. Y allí estaban todos, como una luna creciente, inmóviles y a la escucha.

También se quedó inmóvil, sujetando la pala con fuerza con las dos manos. ¿Debía cargar contra ellos?

Sus oídos le latían al ritmo de «En el País de los Ciegos el Tuerto es el Rey».

¿Debía cargar contra ellos?

—¡Bogotá! —llamó uno de ellos—. ¡Bogotá! ¿Dónde estás?

Apretó su pala con mucha más fuerza y avanzó por los prados bajando hacia el lugar de las viviendas y, en cuanto se movió, ellos convergieron hacia él.

—Como me toquen los mato —juró—. Sabe Dios que lo haré. Los golpearé. Voceó con fuerza:

—Oídme, voy a hacer lo que quiera en este valle. ¿Me habéis oído? ¡Voy a hacer lo que quiera e iré a donde quiera!

Se cernían sobre él con rapidez, a tientas, pero moviéndose con agilidad. Era igual que jugar a la gallinita ciega, con todos, menos uno, con los ojos vendados.

—¡Apresadle! —gritó uno. Y se encontró en el arco de una curva de perseguidores en movimiento. Sintió repentinamente la necesidad de ser activo y resuelto.

—No lo comprendéis —gritó con una voz que pretendía ser estentórea y resuelta, pero que se le quebró en la garganta—. Vosotros sois ciegos y yo veo. ¡Dejadme en paz!

—¡Bogotá! ¡Tira esa pala y sal de la hierba!

La última orden, grotesca dentro de una familiaridad civilizada, resonó con un eco de cólera.

—Os lastimaré —dijo entre sollozos de emoción—. Sabe Dios que os lastimaré. ¡Dejadme en paz!

Empezó a correr, sin saber claramente hacia dónde. Corrió desde el ciego más próximo, porque le horrorizaba golpearle. Se paró y luego tuvo un arranque para escapar de las filas que se cerraban sobre él. Se dirigió hacia donde el hueco era mayor, pero los hombres situados a ambos lados, con rápida percepción de la aproximación de sus pasos, se

precipitaron el uno contra el otro. Dio un brinco hacia delante, y entonces vio que estaba atrapado y asestó un golpe con la pala. Notó el ruido sordo de un brazo y de una mano, y el hombre cayó en tierra con un grito de dolor. Estaba libre.

¡Libre! Y a continuación se encontró de nuevo cerca de la calle de las casas, donde los ciegos, enarbolando palas y estacas, corrían de un lado a otro con una presteza que parecía razonada.

Oyó pasos detrás de él justo a tiempo, y se encontró frente a un hombre alto que se precipitaba contra él asestando golpes, guiado por el ruido que emitía. Perdió el control, le asestó un mandoble a su antagonista, giró sobre sí mismo y huyó, casi chillando mientras le hacía un quiebro a otro.

Fue presa del pánico. Corrió furiosamente de un lado a otro, haciendo quiebros cuando no había ninguna necesidad de hacerlos y tropezando, angustiado por querer ver al instante todo cuanto le rodeaba. Por un momento cayó y ellos oyeron su caída. Muy lejos, en el muro de la circunvalación, una puertecita le pareció un refugio celestial, y se dirigió hacia ella en una carrera desenfrenada. Ni siquiera se volvió para mirar a sus perseguidores hasta que la alcanzó, y eso que había tropezado al cruzar el puente, trepado un trecho entre las rocas con sorpresa de una llama joven que de un brinco se perdió de vista, y se había tumbado para recuperar el resuello entre sollozos.

Y así concluyó su golpe de Estado.

Se quedó fuera del muro del valle de los ciegos durante dos noches y dos días, sin comida ni techo, y meditó sobre lo inesperado de los acontecimientos. Durante estas meditaciones repitió con mucha frecuencia y cada vez con un tono de mayor escarnio:

—«En el País de los Ciegos el Tuerto es el Rey».

Estuvo pensando principalmente en las formas de luchar y de conquistar a este pueblo, pero se fue abriendo paso en él la idea de que no había ninguna posibilidad que fuera viable. No disponía de armas y ahora le resultaría difícil conseguir una.

El cáncer de la civilización había alcanzado incluso a Bogotá y le resultaba inconcebible el hecho de bajar a asesinar a un ciego. Claro que

si lo hacía, podría entonces dictar condiciones bajo la amenaza de asesinarlos a todos. Pero ¡antes o después tendría que morir!

También intentó encontrar comida entre los pinos y un abrigo bajo sus ramas para protegerse de las heladas de la noche y, con menos convencimiento, capturar una llama por medio de un ardid para tratar de matarla, tal vez golpeándola con una piedra, para poder así, finalmente, comerse una parte. Pero las llamas recelaban de él y le miraban con sus desconfiados ojos marrones y escupían cuando se acercaba. El miedo y el estremecimiento se apoderaron de él durante el segundo día. Finalmente, bajó gateando hasta el muro del País de los Ciegos e intentó hacer un pacto. Bajó arrastrándose por el torrente, gritando, hasta que dos ciegos salieron por la puerta y hablaron con él.

—Estaba loco —dijo él—. Pero es porque estaba recién formado.

Le dijeron que aquello estaba mejor.

Les dijo que ahora estaba más cuerdo y arrepentido de todo lo que había hecho.

Luego lloró sin querer, porque ahora se sentía muy débil y enfermo, y ellos lo tomaron como una señal favorable.

Le preguntaron si aún pensaba que podía *ver*.

—No —dijo él—. Eso es una insensatez. ¡Esa palabra no significa nada…, menos que nada!

Le preguntaron qué había sobre sus cabezas.

—A una altura aproximada de cien hombres hay un techo encima del mundo…, de roca…, y muy muy suave… —volvió a estallar en histéricos sollozos—. Antes de que me sigáis preguntando, dadme algo de comer o me moriré.

Se esperaba unos castigos horribles, pero estos ciegos poseían la capacidad de ser tolerantes. Consideraron su rebelión como una prueba más de su idiotez e inferioridad general y, tras azotarle, le encomendaron las tareas más simples y más pesadas que podían encomendarle a nadie, y él, al no ver otra forma de vivir, hizo sumisamente lo que le decían.

Enfermó durante algunos días y lo cuidaron afablemente. Eso afinó su sumisión, pero insistieron en que guardara cama en la oscuridad, lo que acrecentó su desdicha. Y vinieron a verle filósofos ciegos y le

hablaron de la perversa ligereza de su mente, reprochándole de forma tan solemne sus dudas acerca de la tapadera que cubría su cacerola cósmica, que casi empezó a dudar de si no sería realmente víctima de una alucinación por no verla encima de su cabeza.

De este modo, Núñez se convirtió en ciudadano del País de los Ciegos, y estos dejaron de ser un pueblo generalizado y se convirtieron en individuos familiares para él, mientras que el mundo más allá de las montañas se volvía cada vez más remoto e irreal. Estaba Yacob, su amo, un hombre afable cuando no estaba irritado; estaba Pedro, el sobrino de Yacob, y estaba Medina-saroté, que era la hija menor de Yacob. Era poco apreciada en el mundo de los ciegos, porque poseía un rostro bien definido y carecía de esa tersura satisfactoria y satinada que es el ideal de la belleza femenina de un ciego; pero Núñez pensó que era bella al principio, y poco a poco, el ser más bello de toda la creación. Sus párpados cerrados no estaban hundidos y enrojecidos según la norma que imperaba en el valle, sino que por su forma parecía como si pudieran volver a abrirse en cualquier momento; y además tenía largas pestañas, lo que se consideraba como una grave deformidad. Y su voz era fuerte, y no satisfacía los delicados oídos de los cortejadores del valle, de tal modo que no tenía ningún pretendiente.

Entonces llegó un momento en que Núñez pensó que, si lograba conquistarla, se resignaría a vivir en el valle el resto de sus días.

La espiaba. Buscó las ocasiones de prestarle pequeños servicios y al poco reparó en que ella le observaba. Una vez, en la reunión de un día de fiesta, se sentaron el uno junto al otro en la penumbra de una noche estrellada, acompañados por una melodía acariciadora, su mano se posó sobre la de ella y se atrevió a apretarla. Entonces, con mucha ternura, ella le devolvió su presión. Y un día, mientras comían en la oscuridad, él notó que su mano le buscaba suavemente y, como por azar se levantó una llamarada de fuego en aquel momento, pudo ver la ternura reflejada en su rostro.

Trató entonces de hablar con ella.

Fue a verla un día mientras ella hilaba sentada a la luz de la luna de verano. La luz la convertía en un objeto plateado y misterioso. Se sentó a

sus pies y le dijo que la amaba y le dijo también cuán hermosa le parecía. Él poseía la voz de un enamorado y le habló con tierna reverencia que casi parecía temor y, ella, que jamás había sido interpelada con adoración, no le dio ninguna respuesta concreta, pero resultaba patente que sus palabras habían sido oídas con agrado.

Después de aquello habló con ella cada vez que se le presentaba la ocasión. El valle se convirtió en el mundo para él, y el mundo más allá de las montañas, donde los hombres vivían a la luz del sol, no le parecía más que un cuento de hadas que algún día derramaría en los oídos de ella. Tras muchos titubeos y muy tímidamente, él le habló de la vista.

La vista le parecía a ella la más poética de las fantasías y escuchaba su descripción de las estrellas y de las montañas y de la palidez y dulzura de su belleza como si se tratara de una indulgente complicidad. Ella no creía, solo podía comprender a medias, pero se sentía misteriosamente complacida, y a él le parecía que le comprendía totalmente.

Su amor le hizo perder el miedo y adquirir confianza. Y pronto le propuso pedirla en matrimonio a Yacob y a los ancianos, pero ella se mostró temerosa y aplazó su propuesta. Y fue una de sus hermanas mayores quien primero le contó a Yacob que Medina-saroté y Núñez estaban enamorados.

Desde el primer momento hubo una gran oposición al matrimonio de Núñez con Medina-saroté, no tanto porque la tuvieran en gran estima, sino porque a él le consideraban como a un ser aparte, un idiota incompetente muy por debajo del nivel permitido a un hombre. Sus hermanas se opusieron agriamente arguyendo que el descrédito caería sobre todos ellos, y el viejo Yacob, si bien había acabado por tomarle cariño a su obediente y torpe siervo, meneó la cabeza diciendo que no podía ser. Los jóvenes se mostraron todos irritados ante la idea de corromper la raza y uno de ellos fue tan lejos que llegó a vilipendiar y a golpear a Núñez. Este le devolvió el golpe. Entonces, por primera vez, apreció las ventajas de poder ver, incluso a la luz del atardecer, y después de que se acabara aquella pelea nadie se mostró dispuesto a levantarle la mano. Pero su matrimonio les siguió pareciendo imposible.

El viejo Yacob sentía ternura por su hija pequeña y se afligía cuando ella venía a llorar sobre su hombro.

—Verás, hija mía, es que él es un idiota, padece alucinaciones y no sabe hacer nada a derechas.

—Lo sé —lloraba Medina-saroté—. Pero ahora es mejor que antes. Está mejorando. Y es fuerte, padre querido, y gentil…, más fuerte y más gentil que ningún hombre del mundo. Y me ama y…, yo también le amo, padre.

El viejo Yacob se sintió muy angustiado por no poder consolar a su hija y, además, lo que le angustiaba aún más, a él le gustaba Núñez por muchos conceptos. Así que acudió a sentarse a la tétrica cámara de consejos con los otros ancianos y, prestando atención al rumbo de la conversación, dijo en el momento oportuno:

—Es mejor de lo que era. Y es muy probable que algún día nos parezca tan cuerdo como nosotros.

Al cabo de un rato, a uno de los ancianos, que reflexionó profundamente, se le ocurrió una idea. Era el gran doctor de este pueblo, el que curaba todos los males y poseía una mente muy filosófica y llena de inventivas: su idea consistía en curar a Núñez de sus peculiaridades.

—He reconocido a Bogotá —dijo— y su caso a mí me parece muy claro. Mi diagnóstico es que podría curarse con toda probabilidad.

—En eso es en lo que yo siempre he confiado —replicó el viejo Yacob.

—Tiene una afección en el cerebro —dijo el doctor ciego.

Los ancianos murmuraron asintiendo.

—¿Y cuál es esa afección?

—¡Ah! —dijo el viejo Yacob.

—*Esto* —dijo el doctor contestando a su pregunta—. Esas extravagantes cosas que se llaman ojos y que existen solo para dotar a la cara de una suave y agradable depresión están tan enfermas, en el caso de Bogotá, que han afectado a su cerebro. Están enormemente distendidas, tiene pestañas y sus párpados se mueven y, por consiguiente, su cerebro se encuentra en constante estado de irritación y destrucción.

—¿Ah, sí? —dijo el viejo Yacob—. ¿Ah, sí?

—Y creo que puedo decir con un grado de certeza razonable que, a fin de curarle completamente, solo necesitamos una simple y fácil operación quirúrgica, es decir, extraerle estos cuerpos tan irritantes.

—¿Y entonces se volverá cuerdo?

—Adquirirá una cordura absoluta y se convertirá en un ciudadano admirable.

—¡Doy gracias al cielo por la ciencia! —dijo el viejo Yacob y regresó inmediatamente a contarle a Núñez la buena noticia.

Pero la forma en que Núñez recibió la buena noticia le pareció fría y decepcionante. Y entonces le dijo:

—Por el tono que adoptas, se podría pensar que mi hija no te importa.

Fue Medina-saroté quien persuadió a Núñez para que aceptara la intervención de los cirujanos ciegos.

—¿Tú no querrás que pierda el don de mi vista? —dijo él.

Ella meneó la cabeza.

—Mi mundo es la vista.

La cabeza de ella se inclinó un poco más.

—Existen las cosas bellas, la belleza de las cosas pequeñas…, las flores, los líquenes entre las rocas, la ligereza y la suavidad de unas pieles, el lejano cielo con sus nubes a la deriva, los atardeceres y las estrellas. Y existes *tú*. Solo por ti es maravilloso tener ojos, para ver tu cara dulce y serena, tus labios bondadosos, tus amadas y hermosas manos entrecruzadas… Son mis ojos los que tú has conquistado, estos ojos son los que me atan a ti, y lo que estos idiotas buscan. En vez de eso, debería tocarte, oírte y no volver a verte jamás. Debería acomodarme bajo ese techo de rocas, de piedras y de tinieblas, ese horrible techo bajo el cual tu imaginación se aplasta… No. ¿Tú no querrás que yo haga eso, verdad?

Una duda terrible había surgido en él. Se detuvo y dejó la pregunta en el aire.

—A veces —dijo ella— me gustaría… —Y se detuvo.

—¿Sí? —dijo él un poco aprensivo.

—A veces me gustaría… que no hablaras de esa manera.

—¿De qué manera?

—Sé que es bonito…, es tu imaginación. Y me encanta, pero *ahora*…

Él sintió un escalofrío.

—¿Ahora? —dijo débilmente.

Ella permaneció inmóvil.

—Quieres decir…, piensas…, que tal vez estaría mejor si…

Estaba captando las cosas con mucha prontitud. Sintió cólera, una verdadera cólera ante el absurdo rumbo del destino, pero también compasión por su falta de comprensión…, una compasión muy cercana a la piedad.

—*Amada mía* —dijo y pudo ver por su palidez cuán intensa presión ejercía su espíritu contra las cosas que ella no podía decir. La rodeó con sus brazos, la besó en la oreja y permanecieron un rato sentados en silencio.

—¿Y si yo consintiera? —dijo por fin con una voz muy dulce.

Ella le lanzó los brazos al cuello, llorando desesperadamente.

—Oh, si consintieras —sollozó— ¡si consintieras de verdad!

Durante la semana que precedió a la operación que iba a elevarle desde su condición de servidumbre e inferioridad hasta el nivel de un ciudadano ciego, Núñez no supo lo que significaba dormir, y todas las horas, iluminadas por la cálida luz del sol, mientras los demás dormitaban felices, las pasó sentado cavilando o vagando sin rumbo, tratando de resolver en su mente este dilema. Había dado su respuesta, había dado su consentimiento y, sin embargo, no estaba seguro. Y por fin se agotó el tiempo de labor, el sol surgió con esplendor sobre las doradas crestas y comenzó para él su último día de visión. Pasó algunos minutos con Medina-saroté antes de que ella se fuera a dormir.

—Mañana —dijo él— dejaré de ver.

—¡Corazón mío! —respondió ella apretándole las manos con todas sus fuerzas.

—Te harán daño, pero poco —dijo ella— y si sufres… y si sufres, amor mío, será por *mí*… Cariño, si el corazón y la vida de una mujer pueden recompensarte, yo te recompensaré. Mi bien, mi bien querido, el de la dulce voz, yo te recompensaré.

Y él se sintió inundado de piedad por sí mismo y por ella.

La abrazó y apretó sus labios contra los suyos y contempló su dulce rostro por última vez.

—¡Adiós! —susurró a su amada visión—. ¡Adiós!

Y luego en silencio se apartó de ella.

Ella pudo oírle alejarse con pasos lentos y hubo algo en sus pisadas rítmicas que la sumieron en un llanto apasionado.

Había decidido firmemente ir hasta un lugar solitario donde los prados estaban embellecidos por los narcisos blancos y permanecer allí hasta que llegara la hora de su sacrificio; pero mientras se dirigía hacia allí sus ojos contemplaron la mañana, la mañana que, como un ángel de armadura dorada, se deslizaba por los barrancos…

Y ante este esplendor tuvo la sensación de que él y este mundo ciego del valle, y su amor, no eran, después de todo, más que un pozo de pecado. No se desvió tal y como se había propuesto hacer, sino que prosiguió y atravesó el muro de la circunferencia y empezó a trepar por las rocas mientras sus ojos permanecían siempre fijos sobre el hielo y la nieve bañada por el sol.

Vio su infinita belleza, y su imaginación los sobrevoló hasta llegar más allá de las cosas a las que iba a renunciar para siempre.

Pensó en el gran mundo libre del que se hallaba apartado, su propio mundo, y tuvo la visión de aquellas remotas pendientes más allá de la distancia, con Bogotá, un lugar de belleza multitudinaria y agitada, una gloria de día y un luminoso misterio de noche, un lugar de palacios, fuentes y estatuas y casas blancas, hermosamente emplazadas en la media distancia. Pensó que por un día o dos, uno podía muy bien bajar atravesando pasos, para acercarse más y más a sus calles bulliciosas y a sus costumbres. Pensó en el viaje por río, día tras día, desde el gran Bogotá hasta el mundo más vasto de más allá, atravesando ciudades y aldeas, bosques y desiertos, en la imparable corriente del río, día tras día, hasta que sus riberas se retiraran y los grandes barcos de vapor se acercaran salpicándole de espuma, y así uno alcanzaba el mar…, el mar infinito, con sus miles y miles de islas, y sus barcos avistados en la nebulosa lejanía en sus incesantes periplos alrededor del mundo más grande. Y allí, sin estar acorralado por las montañas, se podía ver el

cielo…, sí, el cielo, no el disco que se veía desde aquí, sino un arco de azul inconmensurable, en cuyos abismos más profundos flotaban dando vueltas las estrellas… Sus ojos escrutaron la gran cortina de montañas investigándolas ansiosamente.

Por ejemplo, si subía por esa garganta y hasta esa chimenea, podría salir en lo alto de aquellos pinos achaparrados que se extendían en una especie de saliente y seguían subiendo más y más hasta pasar por encima del desfiladero. ¿Y luego? Ese talud podría sortearlo. Desde allí tal vez pudiera encontrar una ruta para trepar hasta el precipicio que se hallaba debajo de la nieve y si le fallaba esa chimenea, entonces quizá otra más alejada, hacia el este, pudiera servir a sus propósitos. ¿Y luego? Entonces se encontraría sobre la nieve de color ámbar y a medio camino de la cresta de aquellas magníficas desolaciones.

Se volvió para mirar la aldea, y la contempló con resolución.

Pensó en Medina-saroté que se había convertido en un punto pequeño y remoto.

Se volvió de nuevo hacia la pared montañosa, junto a cuyas pendientes le había sorprendido el día.

Entonces, muy circunspecto, empezó a trepar. Al ponerse el sol había dejado de trepar, pero se encontraba lejos y muy alto. Había estado más arriba, pero aún así seguía estando muy alto. Su ropa estaba desgarrada, sus miembros, manchados de sangre; tenía magulladuras en muchos sitios, pero estaba tumbado como si se encontrara a sus anchas y en su cara lucía una sonrisa.

Desde su lugar de reposo parecía que el valle se encontraba en el fondo de un pozo a casi una milla de distancia. Había oscurecido ya y había bruma y sombras, aunque las cumbres de las montañas que le rodeaban eran objetos de luz y fuego. Las cumbres de las montañas que le rodeaban eran objetos de luz y fuego y los pequeños pormenores de las rocas que tenía a mano estaban impregnados de una sutil belleza…, una veta de mineral verde que traspasaba la masa gris, los destellos de las facies de cristal aquí y allá, un diminuto liquen anaranjado de minuciosa belleza muy cerca de su rostro.

Había sombras profundas y misteriosas en la garganta, de un azul intenso que se tornaba púrpura, y el púrpura en una oscuridad luminosa, y en lo alto se hallaba la ilimitada inmensidad del cielo. Pero dejó de prestarle atención a estas cosas y permaneció allí tumbado, casi inactivo, sonriendo como si estuviera satisfecho por el mero hecho de haber escapado del valle de los ciegos, donde había pensado convertirse en rey. Se apagó el resplandor del atardecer y cuando llegó la noche aún permanecía tumbado y apaciblemente contento bajo la fría luz de las estrellas.

Notas

[1] En *Los bandidos de Schiller*. <<

[2] «A los dioses ignotos» (Actos, XVII, 23). <<

[3] Este perro de aguas, cuya vida —como se verá luego— está unida a la de Bartolomé, parece ser una criatura demoníaca, y procede, sin duda, del Fausto de Goethe. <<

[4] Molière, Don Juan, IV, 3. <<

[5] Una de las más célebres de Roma, empezada según los planos de Rafael y decorada por Julio Romano. <<

[6] En español en el original. <<

[7] En italiano en el original. <<

[8] *Skelpies*: demonios de las aguas. *Fairies*: hadas. *Carrick Border*: Toponímico. <<

[9] *Bogillies*: espíritus de los bosques. *Brownillies*: espíritus del páramo. *Cranreuch*: viento del norte. *Lasses*: Muchachas. (N. del A.). <<

[10] Esta práctica está aún muy extendida en Escocia. <<

[11] *Squaw*: esposa. (N. del A.). <<

[12] Molière, Amphitryon, I, 2. <<

[13] «No conocerás los presentes de Venus», Eneida, IV, 33. <<

[14] En este juego, un jugador muestra rápidamente un cierto número de dados y el otro debe gritar la cifra correspondiente. <<

[15] Racina, Phèdre, I, III. <<

[16] Molière, Le Malade Imaginaire, II, VI. <<

[17] «Dad lirios a manos llenas», Eneida, VI, 883. <<

[18] En español en el original. <<

[19] Literalmente, expulsión del demonio, exorcismo. <<

[20] Filaret Drozdov (1783-1867). Metropolita de Moscú, desde 1821 hasta su muerte, autor del catecismo ortodoxo oficial. <<

[21] Yar. Famoso restaurante enclavado en la carretera de San Petersburgo, a unos kilómetros de Moscú. <<

[22] Gitanos. En realidad se trata de gitanos de Europa Central, o zíngaros. <<

[23] Alusión al «Caudillo negro», del poeta revolucionario alemán Freiligrath (1810-1876): jefe de una tribu negra, hecho prisionero, rompe el tambor que le han condenado a tocar en una barraca de feria. <<

[24] «Lanzando, sin saber dónde, sus globos tenebrosos». <<

[25] *Dryasdusts*: insoportables, pedantes, personajes de los prefacios de las novelas de *Sir* Walter Scott. <<

[26] Para los indios chickasaws, Chickamauga significa «el río de la muerte». <<

[27] C. I. E.: Cruz del Imperio Indio; C. S. I.: Cruz de la Estrella de la India. Condecoraciones que concedía el Imperio Británico a sus funcionarios en la India. <<

[28] Pequeño. <<

[29] El Virrey. <<

[30] Gran. <<

[31] Veneración. <<

[32] Consejo. <<

[33] Tifón. <<